GABRIEL JACKSON



Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX

BIBLIOTECA GABRIEL JACKSON

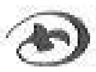
CRÍTICA

Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX



BIBLIOTECA GABRIEL JACKSON

GABRIEL JACKSON



Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX

CRÍTICA
BARCELONA

Título original: *Civilization and Barbarity in 20th Century Europe*

Crítica, SL, Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ed-critica.es
editorial@ed-critica.es

Ilustraciones del interior: A. Harlingue, AGE/Fotostock, APF, Bo-Erik Gyberg/Camera Press, Camera Press, Collection Viollet, Deutsche Fotothek Dresden, DPA, Eduardo Fornacari/Gamma, EFE, Europa Press, Farabola, Federico Arborio Mella, Henri Bureau-Gamma, Henri Cartier-Bresson/Magnum Photos, Herbert List, J. Rodríguez/Cover, Karsh of Ottawa/Camera Press, Keystone, Len Sirman/Camera Press, Leon Herschtritt/Camera Press, Magnum Photos, Miguel González/Cover, Mondadoripress, Novosti, P. A. Features, Philippe Achache/Gamma, Pressens Bild AB, Svenskt Pressfoto, Sygma y Zardoya

Depósito Legal: B. 36.222-2008
ISBN: 978-84-8432-998-5
2009 — Impreso y encuadernado en España por Egedsa (Barcelona)

PRÓLOGO

En este siglo, Europa se ha infligido a sí misma, y a gran parte del resto del mundo, dos guerras atrozmente destructivas. Durante las dictaduras de Hitler y Stalin experimentó dos de las más brutales tiranías de las cuales tenemos evidencia histórica. En el genocidio de judíos, gitanos y cuantos eslavos fue posible, los nazis (principalmente alemanes, pero con considerable ayuda de otros seguidores) masacraron a seres humanos sin más motivo que el de ser lo que eran y no por lo que pensaban o hacían, o por lo que se suponía pensaban o hacían. Durante las purgas masivas iniciadas por Lenin y multiplicadas de manera horrorosa por Stalin, millones de personas fueron desterradas, asesinadas o forzadas a confesar, en nombre de su supuesta oposición al régimen. En persecuciones menos imaginativas y menos publicitadas, los nacionalistas patrióticos de una u otra índole han victimizado a las minorías que vivían entre ellos.

Sin embargo, éste ha sido un siglo de milagros científicos y artísticos. La labor creativa, que empezó con el descubrimiento de la radiactividad en 1895, se ha convertido en una explosión mundial en el campo de las ciencias exactas. Europa dio también inicio al surrealismo y a la abstracción en el arte moderno. Creó, además, un nuevo lenguaje musical, que va más allá de la escala bien temperada de la era transcurrida entre Bach y Brahms. Por último, Europa ofreció, en la forma del Estado de bienestar —tal y como se desarrolló en Escandinavia después de la primera guerra mundial y se generalizó en la mayoría de los países europeos no comunistas terminada la segunda guerra

mundial—, un nivel de vida más alto y una elección más amplia de «estilos de vida» a sus habitantes, en mayor escala de la que ha conseguido ninguna otra sociedad compleja, pasada o presente.

¿Cómo es posible entender la combinación de tan prodigiosos logros con tan devastadora violencia? Y ¿qué lección se puede aprender de acontecimientos tan contradictorios? Como historiador siempre he pensado que, sin tener en cuenta gustos ni intereses personales, entender cualquier sociedad exige la comprensión de sus fundamentos económicos, sus sistemas políticos y las relaciones de poder que los arrastran. Pero este trabajo concierne más a los legados morales, intelectuales y artísticos que a los poderes económicos y políticos. Desde luego debemos preguntar: ¿cuáles son los factores que dieron lugar al liderazgo económico y político de Europa?, ¿cuáles son los factores que dieron lugar a las dos guerras y al conflicto cultural, dentro del contexto de una misma civilización?

Y lo que es más importante en términos del futuro de la humanidad: ¿qué fue lo que dio lugar a las vilezas de Hitler y Stalin?, ¿a la exuberante creatividad de Einstein y Picasso?, ¿a la honestidad moral de Bertrand Russell y Borís Pasternak? Si Europa tal y como la conocemos ha de desaparecer a consecuencia de una guerra nuclear, una enfermedad epidémica o a cambios demográficos o ecológicos incontrolados ¿qué es lo que merecería la pena recordar —para bien o para mal— como ejemplos que deben ser emulados o como catástrofes que deben ser evitadas?

Con toda franqueza, ha sido ese sentido de búsqueda de respuesta moral el que me ha motivado para escribir este libro. No acepto los despectivos juicios al uso de algunos multiculturalistas en el sentido de que la historia europea y la civilización occidental en general son meramente la labor de «hombres blancos ya muertos». Para mí, Europa es una cultura humana, no una biología de piel blanca. Haberse liberado de la discriminación racial y del imperialismo, haber logrado el desarrollo y la autoafirmación de sociedades asiáticas, africanas y latinoamericanas ha supuesto, como era natural, demandas de singularidad que, con frecuencia, incluyen un racismo al revés, en respuesta a la larga historia de «la carga del hombre blanco». Creo que los se-

res humanos de cualquier origen racial son capaces de dar a luz a un Einstein, un Mozart o un Hitler. Y tenemos sobrada evidencia de que gentes de todas las razas valoran la ciencia, la música, las artes plásticas y la literatura europeas exactamente igual que las personas de extracción europea. De modo que, en términos de capacidad emocional e intelectual, somos una única raza humana, capaz de reflexionar y aprender de la historia del siglo extraordinario que es tema de este libro.

Unas palabras sobre la bibliografía y las notas. Tengo una inmensa deuda con los autores de libros de texto e interpretaciones generales que he utilizado a lo largo de unos cuarenta años de docencia: son trabajos como los de Carleton J. H. Hayes, Cyril Black y E. C. Helmreich; Chambers, Harris y Bayley; Paul Beik y Laurence Lafore; R. R. Palmer, H. Stuart Hugues, Raymond Aron, Gordon Craig, Walter Laqueur, Arno Mayer, William McNeill; las historias intelectuales de Crane Brinton, Peter Gay, George Mosse, Carl E. Schorske; *Rise of Modern Europe*, series editadas por William L. Langer; *Peuples et civilisations*, series editadas por Maurice Crouzet; y las excelentes contribuciones de Dietrich Bracher, Martin Broszat, Hans Mommsen, etc., posteriores a la segunda guerra mundial. También han sido de incalculable valor para mí el *New Grove Dictionary of Music and Musicians*, las series del «World of Arts» publicadas por Thames and Hudson, el Oxford *Concise Science Dictionary* y la edición Penguin revisada en 1987 de la *New Guide to Science* de Isaac Asimov.

Pero éste es un libro de síntesis e interpretación. No he puesto notas en mi narración sobre la «corriente principal» de acontecimientos, teorías económicas y políticas, tratados, constituciones, legislación. Tampoco he intentado en absoluto dedicar el mismo tratamiento a todos los países ni a cada década. Las notas hacen referencia a mis fuentes cuando conciernen a pequeños países o campos y tópicos particulares; y, en especial, a los artículos de publicaciones mensuales y cuatrimestrales, disponibles en bibliotecas universitarias, pero cuyos títulos de artículo no están incluidos en los catálogos «de acceso directo», como están los títulos de todos los libros importantes.

Estoy muy agradecido por los comentarios hechos sobre el capítulo 5 por varios colegas científicos: el químico Russell

Doolittle y el físico Norman Kroll de la Universidad de San Diego (California); Henry Linschitz, Rubenstein, profesor de química (emérito) en la Brandeis University. A varios colegas humanistas: Thomas Metzger, Mimi Berlin, Arno Mayer, Ralph Bennett y Dan Aaron, que me hicieron sugerencias que me fueron probablemente de mayor ayuda de lo que ellos creían en el momento de hacerlas. A Gerald Feldman y Richard Herr de la Universidad de Berkeley (California) y a David Ringrose de la Universidad de San Diego, que organizaron coloquios durante los cuales me dieron valiosa información mientras escribía el libro. Dos amigos de Barcelona —Eduard Amorós y Antoni Rosell me ayudaron muchísimo en cuestiones informáticas. Recibí un subsidio de viaje del Faculty Research Committee de la Universidad de San Diego (donde yo había enseñado Historia y Humanidades durante unos dieciocho años). Tengo, por último, una gran deuda con los bibliotecarios de las universidades de Berkeley, de San Diego, Central de Barcelona, y con el Max Planck Institut für Geschichte de Gotinga que, cortésmente, me ofrecieron la ayuda bibliográfica.

GABRIEL JACKSON

Barcelona, marzo de 1997.

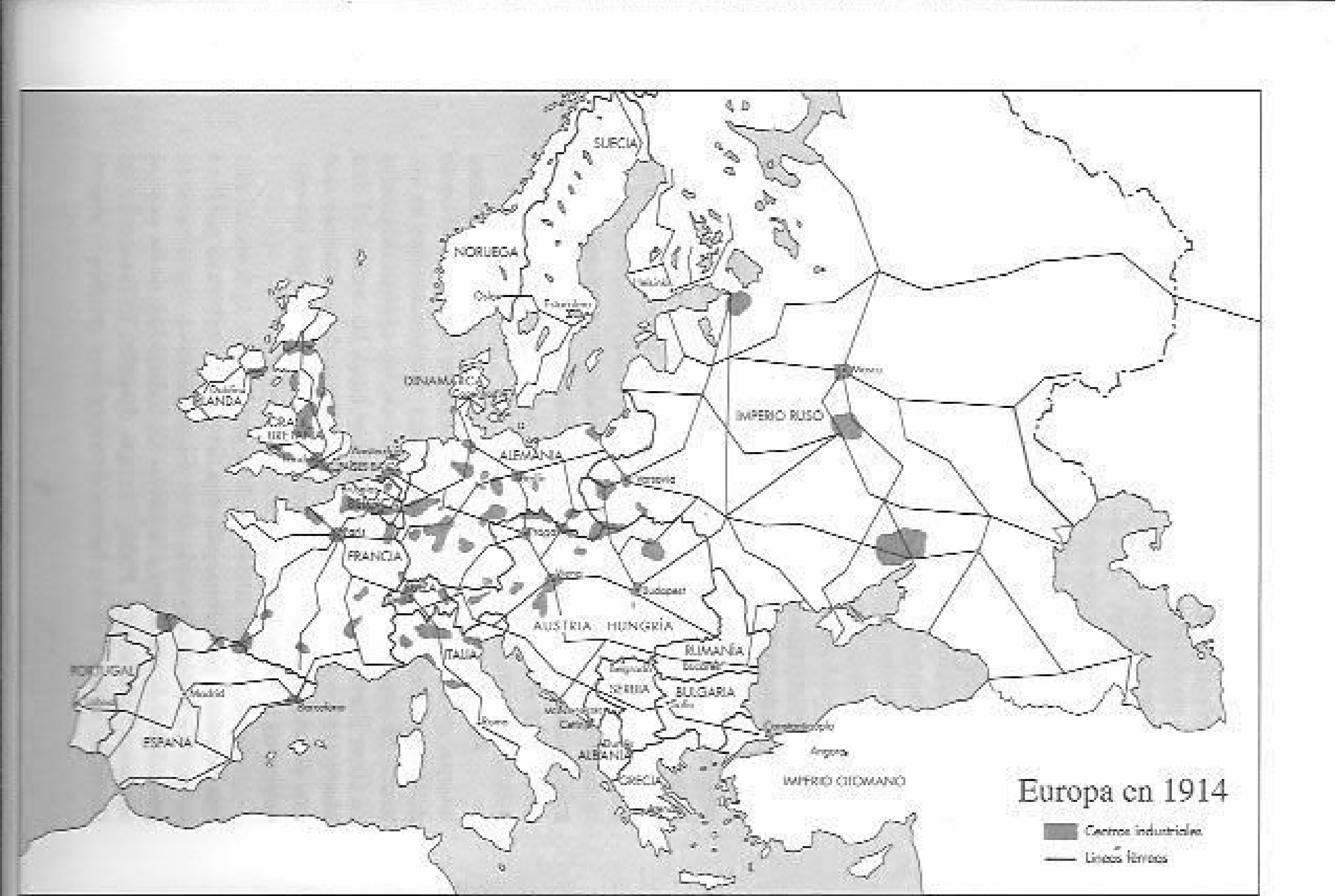
CAPÍTULO 1

EUROPA ANTES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

En 1914 Europa era universalmente considerado el continente más dinámico del mundo, conocido por su desarrollo económico, potencia militar, originalidad científica y variedad artística. Y lo había sido por lo menos durante dos siglos. Desde luego, la extendida suposición de que el cambio, el desarrollo y el «progreso» eran la esencia misma de la historia occidental sólo consiguió imponerse por el evidente dinamismo de la cultura europea, en contraste con las relativamente estáticas economía, tecnología y organización social de las culturas asiáticas, africanas e indoamericanas con las cuales los europeos habían estado en contacto.

Para ilustrar ese dinamismo y su carácter esencialmente internacional, lo mejor que puede hacerse es considerar el curso de la revolución industrial del siglo XIX. Revolución que se extendió de manera rápida y pacífica desde sus centros originales en Gran Bretaña y el noroeste europeo hasta las costas del mar Mediterráneo y, en general, a toda la parte del continente que está al este de Rusia y de los territorios dominados por los otomanos en la península Balcánica.

Gracias a los adelantos de la producción agrícola, el primer requisito para conseguir una revolución industrial pacífica se logró a finales del siglo XVIII. Esos adelantos significaron la posibilidad de alimentar a la población trabajadora de las nuevas ciudades industriales. Pocas décadas después, el desarrollo de los ferrocarriles y de los barcos de vapor hizo posible la impor-


Europa en 1914
Centros industriales
Líneas férreas
SUECIA
NORUEGA
Oslo
DINAMARCA
IRLANDA
IMPERIO RUSO
ALEMANIA
FRANCIA
París
AUSTRIA HUNGRÍA
Budapest
Viena
RUMANÍA
Bucarest
SERBIA
Belgrado
BULGARIA
Sofía
ALBANIA
GRECIA
ITALIA
Roma
PORTUGAL
ESPAÑA
Madrid
Barcelona
Constantinopla
Angora
IMPERIO OTOMANO

tación de trigo de Rusia y América. La población europea se cuadriplicó a lo largo del siglo XIX y, hasta cierto punto, estaba mejor alimentada y vestida en 1900 que en 1800. Para aquellos que fueron incapaces de beneficiarse con el nuevo desarrollo económico —o que preferían soluciones más aventuradas— existía la posibilidad de emigrar y empezar una nueva vida en las Américas o Australia.

Con respecto a las relaciones entre las numerosas nacionalidades europeas, la revolución industrial constituyó una experiencia integradora. Empresarios franceses y alemanes emplearon con frecuencia ingenieros, técnicos, capataces y contables ingleses, escoceses y galeses para que los asistieran en la instalación de fundiciones de hierro y fábricas textiles, así como en la construcción de ferrocarriles (que, en honor del hábito inglés, circulaban por la izquierda). Podemos percibir la fantasiosa oleada de euforia asociada a la construcción de ferrocarriles en los siguientes versos laudatorios de un poeta menor alemán, Karl Beck, escritos alrededor de 1840:

> Porque estos rafles son ajorcas de novia,
> anillos de boda del más puro oro;
> los Estados se los intercambiarán como los amantes,
> y el lazo matrimonial será duradero.

En la segunda mitad del siglo, a los británicos y belgas se unieron los ingenieros y hombres de negocios franceses, suizos, autríacos y alemanes para llevar las nuevas tecnologías a Italia, la península Ibérica y Escandinavia, así como a localidades desperdigadas de Hungría, Polonia y la Rusia europea.

Este desarrollo intraeuropeo no fue tan crudamente explotador como la brutal y simultánea colonización de Asia y África. Los trabajadores franceses, alemanes, checos, vascos, catalanes e italianos eran dueños de casi iguales destreza artesanal, conocimiento de las herramientas, experiencia de trabajo disciplinado y capacidad —tanto para el trabajo organizado como para la protesta organizada—, que las que tuvieron los pioneros británi-

1. Citado en T. S. Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction: Economics and Politics in Germany, 1815-1871*, Nueva York, 1958, p. 8.

cos de la revolución industrial y los del noroeste europeo. Lo mismo puede decirse de los hombres de negocios y contables; de modo que, dentro de Europa, todas las clases de las numerosas nacionalidades aprendieron rápidamente y, en pocos años, fueron capaces de continuar por su cuenta el desarrollo comercial e industrial.

Había también un significativo flujo de emigración permanente dentro de Europa, no sólo del campo a las ciudades del propio país, sino de polacos a las granjas de Prusia, la industria del Ruhr y las minas de carbón francesas; de italianos a Francia, Suiza y Alemania; de picapedreros serbios y croatas para el negocio de la construcción del norte de Europa; de granjeros y técnicos alemanes a Hungría, Rumanía y la Rusia imperial, donde su reputación de eficiencia y productividad los convirtió en inmigrantes bienvenidos, desde el punto de vista de los gobiernos locales.

En cuanto a los varios obstáculos para la libertad de comercio y los desplazamientos personales, desdichadamente corrientes en el siglo XX —aranceles aduaneros, restricciones en el cambio de moneda, visas y pasaportes—, hasta alrededor de 1880, la tendencia a lo largo y ancho de todo el continente era la de rebajar aranceles aduaneros y disminuir las restricciones en el cruce de fronteras. Las grandes casas bancarias hacían sus operaciones en el plano internacional, el capital pasaba libremente por encima de las fronteras y el patrón oro bastaba para mantener la confianza y fluidez de los pagos internacionales. Al mismo tiempo, esa velocidad de la revolución industrial contrasta con el fracaso de lograr que el cambio económico y tecnológico europeo llegara a África, Oriente Medio y las provincias del Imperio ruso —excepto las más occidentales—, a partir del siglo XIX. Una de las razones obvias —pero de ninguna manera suficiente— para explicar esa limitación es la de las diferencias religiosas entre Europa y sus vecinos.

A principios del siglo XIX, en gran parte de Europa, la Iglesia católica romana y las diversas Iglesias protestantes convivían en paz. Los protestantes, con su insistencia en la lectura de la Biblia, formaron a una población sustancialmente letrada en la mayor parte de Europa del norte; y lo mismo puede decirse con un grado de veracidad apenas menor de la Baviera católica,

Francia, Austria y el norte de Italia. De modo tal que, con una población mixta en los mismos territorios, que hablaba las mismas lenguas, entonaba parecidos si no idénticos cánticos y distribuía libros impresos de plegarias, las Iglesias protestantes y la católica tenían una influencia competitiva en las costumbres y ceremonias respectivas y en los respectivos estilos educativos. Además, ante la lenta pero firme declinación de los dogmas religiosos entre la mayor parte de la población, los matrimonios mixtos se habían convertido en algo definitivamente corriente. La cultura europea había superado en gran medida los esquemas religiosos de la época reformista.

Pero no hubo semejante interacción entre las formas occidentales de la cristiandad y las religiones islámicas u ortodoxas orientales. La enorme diferencia de credos, prácticas y culturas populares es por cierto una de las razones para que la revolución industrial —y muchas otras formas de intercambio cultural— quedara detenida en los límites entre la Europa católico-protestante y los mundos del islam y la Rusia ortodoxa.

Sin embargo, la religión por sí sola no puede explicar por qué no se produjo la revolución industrial más que en territorios de la cristiandad occidental. A lo largo de los siglos se han desarrollado importantes diferencias económicas e institucionales, que nada tienen que ver con la religión ni con la capacidad humana. Dentro de la Europa cristiana, esos patrones se transmitieron con facilidad, pero no fue así entre ese continente y el islam ni la Rusia ortodoxa.

Por ejemplo, el clima del norte europeo requiere casas a prueba de inviernos, ventanas con cristales refractarios, hogares con chimeneas adecuadas y calderas capaces de mantener temperaturas muy altas sin quemar las viviendas y sin que sus habitantes sean desalojados por el humo. Los materiales de construcción, las aleaciones de acero, las herramientas y la destreza para usarlas ya se habían convertido en propiedad común de toda Europa siglos antes de la revolución industrial.

La experiencia histórica también había preparado a la población europea para ejercitar un moderado grado de iniciativa personal con relación a la autoridad. El sistema predominante de gobierno territorial —basado en la acumulación de prácticas feudales a lo largo de siglos— implicaba tribunales, contratos escri-

tos y obligaciones mutuas entre gobernantes y gobernados. Por muy escasos que fueran los derechos de un campesino europeo en los albores de la revolución industrial, eran considerables comparados con los del siervo ruso o los de cualquier súbdito que no fuera noble de los potentados otomanos o norteafricanos. Hacia 1800, muchos campesinos europeos eran dueños de sus tierras, herramientas y casas de labranza; o bien las tenían arrendadas por largos períodos, lo que, en la práctica, significaba que gozaban de su propiedad, mientras pagaran sus impuestos.

Tenían derecho a casarse o no casarse, de modo que podían pensar en la economía familiar, posponer el matrimonio para acumular ahorros, enseñar a sus hijos e hijas un oficio, legar propiedades a sus herederos, emigrar en busca de mejores condiciones económicas, etc. Un elevado porcentaje de la población tenía, por lo tanto, sentido de autonomía personal y de responsabilidad, muy importantes para la rápida y exitosa propagación de la revolución industrial y, en especial, para el desarrollo de la economía de mercado. Pero estas cualidades, si bien no del todo desconocidas, eran la excepción y no la regla en las vecinas sociedades islámicas y ortodoxas.

La revolución industrial, el rápido desarrollo de las ciencias exactas y la aplicación de la ciencia en forma de nuevos inventos se fortalecieron mutuamente a lo largo del siglo. Para citar a un inglés, ilustre historiador de economía: «... el proceso de producción de acero de Siemens-Martin se desarrolló gracias a la colaboración de alemanes, franceses y galeses; el automóvil de Lenoir, Hugon y Otto en la década de 1860 fue seguido por Gottlieb Daimler y Karl Friedrich Benz en Alemania y Francia; la prospección petrolera estimuló el perfeccionamiento de barrenos rápidos (Alemania, 1895), el barreno de exploración de diamante (Holanda y Estados Unidos, 1905-1915), la balanza de torsión (Hungría, 1890); el sismógrafo (Alemania, 1919) y el barreno rotativo hidráulico (Francia, 1846) se perfeccionaron en 1919-1920».[2]

2. Sidney Pollard, *European Economic Integration, 1815-1970*, Thames and Hudson, Londres, 1974, p. 90. En estos párrafos he dependido mucho de los capítulos I-V de Pollard y de los capítulos I-VII de E. L. Jones, *The European Miracle*, Cambridge University Press, 1981.

A la integración de Europa en el siglo XIX contribuyó aún más el ambiente casi totalmente internacional de la vida artística y musical. París, Londres y Roma eran centros tradicionales de pintores, escultores, bailarines, músicos, acróbatas y magos. Viena, Praga, Budapest, Munich, Berlín y Varsovia se unieron a ellas con entusiasmo a lo largo del siglo XIX. Milán desde principios de siglo, y Barcelona en las últimas décadas, eran centro de la producción operística. El gran pianista y compositor húngaro Franz Liszt fue durante una década director teatral y musical en el ducado de Weimar y, a lo largo de su prolongada vida, utilizó una parte sustancial de sus inmensos ingresos como concertista para subvencionar el desarrollo de artistas talentosos más jóvenes. Por lo que sabemos, nadie pidió ver sus pasaportes.[3]

Pero la revolución industrial —apoyada por el rápido desarrollo de los barcos de vapor y el telégrafo—, sumada a los excedentes de capital en busca de inversiones rentables, condujeron al creciente interés por las regiones menos desarrolladas del globo. Al principio pareció haber abundancia de oportunidades que todos podían aprovechar, en líneas generales, según sus posibilidades económicas y militares: para los ingleses en la India, Birmania y China; para los rusos en Asia central y Siberia; entre Gran Bretaña y Rusia hubo acuerdo sobre zonas de interés en Persia y Afganistán; para el Imperio de los Habsburgo, en el sudeste de Europa donde aparecía como heredero natural del Imperio otomano; para Francia, tanto en África como en Asia; para España y Portugal en África.

La mayoría de estas regiones —por razones de clima o porque ya contaban con una población numerosa— no fueron importantes centros de emigración. Las dos excepciones significativas se dieron en los asentamientos franceses de Argelia y en los rusos de Kazajstán y Siberia. La competencia más seria de comercio e inversiones estaba bastante restringida a Gran Bretaña y Francia. Además, todas las potencias se consideraban portadoras de los beneficios que la cristiandad y la ciencia podían llevar a las zonas menos «civilizadas» del globo. En términos

3. Alan Walker, *Franz Liszt* (v. 1, «The Virtuoso Years», y v. 2, «The Weimar Years»), A. A. Knopf, Nueva York, 1983 y 1989.

generales sus actividades misioneras, exploradoras y médicas involucraban tanto la cooperación como la rivalidad.

Pero, hacia 1871, la creación de un poder territorial enteramente nuevo, el Imperio alemán, destruyó el equilibrio existente entre los Estados más poderosos. En tres breves guerras, hasta cierto punto poco destructivas, el reino de Prusia le arrebató el ducado de Schleswig a Dinamarca (1864); expulsó al Imperio de los Habsburgo de la existente Federación alemana (1866) y le quitó Alsacia y parte de Lorena a Francia (1870-1871).

En la primera de estas tres victoriosas y breves guerras, el canciller de Prusia —príncipe Otto von Bismarck— contó con la cooperación de Austria. En la segunda, basándose en abstrusos argumentos técnicos, se enfrentó con Austria a propósito de la interpretación del nuevo estatus de Schleswig. En el tercer caso, tergiversó de manera que sonara razonable un telegrama de su soberano —el rey Guillermo, de inclinaciones pacifistas— para que pareciera que el rey se daba por insultado. Este famoso (o infame)* «Despacho de Ems» indujo al vano y enfermo Napoleón III a declarar la guerra que Bismarck ya había considerado necesaria como paso previo para la unificación de Prusia y Alemania. Después del rápido triunfo militar, no sólo se anexó Alsacia e impuso cinco mil millones de francos oro de indemnización a su opulenta víctima, sino que proclamó el nuevo Imperio alemán (federado), en el Salón de los Espejos de Versalles. Así logró la espectacular humillación militar-político-financiera de aquella Francia, que había sido la primera potencia continental durante varios siglos.

La inmensa mayoría de los historiadores alemanes y una significativa parte de historiadores europeos consideran a Bismarck un gran estadista. Para este escritor también es un dechado de moderación comparado con sus sucesores, el káiser Guillermo II y el dictador Adolf Hitler. Bismarck poseía sin duda una rara combinación de brutalidad e inteligencia sagaz; y no tardaré en dar evidencia de la moderación de la cual era capaz. Pero a pesar de los elogios o admiración involuntaria que mere-

* Juego de palabras intraducible entre los adjetivos ingleses *famous* «famoso» e *infamous* «infame». (*N. de la T.*)

ce en la mayoría de las historias, para entender la trágica historia de la Europa del siglo XX es esencial tomar conciencia de que su singular y mayor poder nació de una asombrosa combinación de superchería y destreza militar.

Estas tres breves guerras despertaron temor y recelo contra la nueva Alemania e iban a afectar gravemente la historia del siglo siguiente.

Bismarck era muy consciente del terror que sus fulminantes victorias habían inspirado; también era consciente del peligro potencial que significaban para Alemania, si los temores de sus vecinos no eran aplacados. Tuvo éxito en lograr la reconciliación con los austríacos, dándoles apoyo económico y diplomático en los Balcanes. Calmó los temores rusos creando la *Dreikaiserbund* (Liga de los Tres Emperadores) como medio para compartir con Austria y Rusia el pacífico dominio de Polonia y los Balcanes. Alentó el imperialismo francés en África y el sudeste asiático. En repetidas ocasiones se refería a la nueva Alemania como a una potencia «satisfecha». Actuaba con calmosa persistencia, pero sin agresividad, en la adquisición de colonias africanas. Y no hizo nada que pudiera desafiar el poderío marítimo británico.

También adoptó para sí mismo el cargo de una suerte de director informal del «Concierto de Europa». En 1878 jugó el papel de «honesto intermediario» en una crisis que involucró a los otomanos, Rusia, Austria y al agitado y joven «principado» de Bulgaria. En 1884 fue huésped de la conferencia que estableció la soberanía del pequeño —pero poderoso— reino de Bélgica sobre el inmenso territorio del Congo. Aguijoneaba y adulaba alternativamente a los británicos, mientras establecía colonias alemanas al sudoeste de África, en Camerún y Tanganika. De modo tal que, a fines de la década de 1880, todos los apetecibles territorios de África y muchas de las regiones más ricas del Oriente Medio y Asia estaban bajo banderas europeas o, por lo menos, se habían convertido en «esferas de influencia» de las potencias europeas.

Desde 1862 hasta 1890, Bismarck guió los destinos de Prusia y, luego, los del nuevo Imperio alemán federado. Pero en ese último año el joven káiser Guillermo II destituyó al despótico y, a la vez, cauteloso canciller de su abuelo. Alemania ya no

se consideraba una potencia «satisfecha». Por el contrario, expandió vigorosamente su presencia imperial en África, se unió a la carrera general por obtener concesiones económicas en China y empezó a construir una armada, destinada sin duda a desafiar el control británico de los mares. Entre 1890 y 1914 todos los funcionarios diplomáticos y militares —si no todos los políticos en general— sabían que las grandes potencias se habían comprometido en una carrera armamentista y en la creación de alianzas militares cada vez más estrechas.

Docenas de historiadores competentes han estudiado desde la primera guerra mundial el curso del imperialismo europeo de fines del siglo XIX, la creación de alianzas militares y la íntima relación entre los dos procesos. Para los intelectuales cuya competitividad rara vez va más allá de las canchas de tenis o las citas y comités promocionales dentro de sus departamentos universitarios, es infinita la fascinación por las amenazas, promesas, fintas militares y navales, política financiera y tratos personales de los príncipes reinantes; los cancilleres ilustres, los ministros de relaciones exteriores, los ocasionales embajadores clave, cuyos juicios y motivaciones forman parte del quehacer diplomático y de las decisiones militares. Ninguna partida de ajedrez podría ser más compleja, más apasionante que el estudio de los orígenes de la que, quienes la vivieron, llaman con melancolía y temerosa admiración la «Gran Guerra»; sobre todo porque los protagonistas principales, sin excepción, se mostraron ansiosos —en sus documentos oficiales y sus memorias— por echarle la culpa a los malentendidos o a las ambiciones exageradas de los enemigos.

La historia ha sido, en efecto, narrada desde múltiples puntos de vista y concienzudamente documentada por varios archivos nacionales. Los detalles son demasiado complejos para ser tratados en el capítulo de introducción de un libro interesado por la Europa del siglo XX, pero es necesario indicar las principales líneas de desarrollo porque, desde alrededor de 1880, los aspectos que internacionalizaron la revolución industrial dieron paso de manera lenta, pero definitiva, a una creciente y potencialmente belicosa competencia.

Para resumir los intereses de las grandes potencias una por una: Gran Bretaña estaba decidida a mantener su dominio

sobre los mares y su papel de liderazgo en el comercio mundial y las inversiones. Su imperio era importante tanto por razones de seguridad como de prestigio, pero estaba muy bien dispuesta para compartir «la carga del hombre blanco» con otras naciones «avanzadas». Respecto a Europa evitó comprometerse en empresas militares, aunque siempre estuvo alerta ante el posible dominio del continente por parte de una única potencia. En igualdad de condiciones, a Gran Bretaña le gustaba sentir que favorecía el desarrollo de las libertades políticas y lo que ahora llamamos los derechos humanos en Italia, Grecia y los Balcanes.

Los franceses estaban interesados en África y en el sudeste asiático por el comercio y las inversiones, así como por la «misión civilizadora» de la cristiandad y de la cultura francesa. De modo subliminal, el hecho de que Gran Bretaña fuera más poderosa en términos de economía e imperio, y de que Alemania la hubiera reemplazado rápidamente como principal potencia continental, estimuló con tremenda energía a Francia para insistir en su papel imperialista y cultural fuera de Europa y para defender el uso casi exclusivo del francés como lengua diplomática. Suyo era también el primer imperio republicano, no aristocrático, desde la época romana anterior a Augusto.

Rusia estaba resuelta a mantener su control sobre Polonia y Finlandia, a compartir los despojos del gradual desmembramiento del Imperio otomano y a ser reconocida como protectora especial del recién constituido reino de Serbia y del principado de Bulgaria. Este último objetivo la condujo a un conflicto constante e insidioso con Austria. Las extraordinarias energías rusas se involucraron también en la permanente expansión a través de Siberia, hasta Asia central; y, en dirección sur, tanto hasta el mar Caspio como hasta Afganistán. Gran Bretaña estaba empeñada en limitar sus avances en la India y China; sin embargo, el resto de las potencias confiaban en que los éxitos en Asia disminuyeran su interés por los Balcanes y el tambaleante Imperio otomano.

El austro-húngaro era el único imperio dinástico que se mantenía en Europa. El guión había sido añadido en 1867, cuando Viena garantizó la soberanía de la mitad oriental del imperio a los magiares, y convirtió a Budapest en una suerte de co-capital. Los territorios de los Habsburgo formaban una unidad geográfica y económica natural; el alemán era sin duda la lengua do-

minante en política, administración y cultura; las profesiones estaban al alcance de los hombres con talento, como puede ver cualquiera que examine los nombres de los principales ministros, oficiales de ejército, jueces, intelectuales y artistas.

El nacionalismo era una fuerza política claramente en proceso de crecimiento en la Europa del siglo XIX. Italia y Alemania habían logrado la unidad completa en 1871. Al cabo de siglos de dominación otomana, Grecia, Serbia, Rumanía y Bulgaria habían conseguido la independencia. Ahora era Hungría la que se «liberaba» de la autoridad austríaca, despertando así los apetitos de eslovacos, rumanos y croatas en su propio territorio; y los de polacos, checos y eslovenos en la mitad austríaca del imperio.

Por una parte, los gobernantes austro-germanos y magiares podían tener la esperanza de desarrollar la revolución industrial, alimentar la histórica lealtad a la dinastía, extender su dominación política y cultural sobre los Balcanes y reconciliar a las nacionalidades minoritarias a fuerza de conceder autonomía parcial, mejorar las oportunidades educativas y poner las profesiones a disposición del talento. Pero, por otra parte, el nacionalismo parecía ofrecer la gran panacea para remediar siglos de subordinación y, a veces, de persecuciones amargamente recordadas. Serbia y Bulgaria se consideraban líderes rivales de los nuevos Estados balcánicos, que vivían a la sombra de Austria y Rusia. Polacos y checos habían organizado fuertes partidos nacionalistas; eslovenos y croatas se fueron haciendo cada vez más nacionalistas en las últimas décadas previas a 1914.

En primer lugar, las rivalidades nacionales y nacionalistas, y, en segundo lugar, las rivalidades imperialistas fueron la causa del constante crecimiento del sistema de alianzas después del surgimiento del Imperio alemán como la nación en solitario más poderosa del continente. Desde 1872 hasta 1890 mantuvo de una u otra forma el concepto de la Liga de los Tres Emperadores como la manera de conservar la paz entre Austria y Rusia, asegurando sus propios flancos orientales, ante la eventualidad de una guerra vengativa provocada por Francia.

En 1879, Alemania y Austria formaron la Alianza Dual que, a partir de entonces, iba a ser el compromiso militar más importante de los dos imperios. En 1882 se unieron a la recién

unificada Italia, en parte para mantener el aislamiento diplomático de Francia, en parte para evitar conflictos entre Italia y Austria, que podrían desestabilizar a los Balcanes. Entre 1882 y 1912 esta Triple Alianza apoyó a Italia en la adquisición de sus colonias africanas: Túnez, Eritrea, Somalia y Libia.

En 1887, Bismarck prohibió a los bancos alemanes prestar más dinero al financieramente inestable imperio de los zares. Esta actitud dio origen al acercamiento entre la más conservadora de las monarquías de Europa y la Francia republicana y anticlerical. En 1894 las dos potencias formaron una alianza con la intención de protegerse contra Alemania, alianza que duró hasta 1914. Durante ese período, Francia también hizo ingentes inversiones en ferrocarriles e industrias textiles y metalúrgicas rusas.

El temor que provocaba Alemania condujo a una relación más amistosa entre Gran Bretaña y Francia. Hasta 1898 habían sido en parte aliados y en parte rivales durante la ocupación de Egipto. Cuando en ese año se produjo la crisis de Fashoda, Francia reconoció la primacía de Gran Bretaña. Después de la crisis, las dos potencias empezaron a coordinar sus políticas mediterráneas. La Entente Cordial de 1904 incluía el entendimiento sobre sus intereses en Marruecos e iniciaba conversaciones acerca de la disposición de sus navíos entre las bases del Atlántico y el Mediterráneo, en caso de guerra con Alemania.

En 1907, Gran Bretaña y Rusia llegaron a un acuerdo sobre sus respectivos intereses en Afganistán, lo cual hizo posible que Gran Bretaña, Francia y Rusia formaran la Triple Entente que, desde entonces, se enfrentaría a la Triple Alianza de Alemania, Austria-Hungría e Italia. Todos los gobiernos proclamaban, como es natural, que sus intenciones eran exclusivamente defensivas, pero la pura verdad es que el vago equilibrio de poder existente desde 1815 hasta 1870 había sido reemplazado poco a poco por dos alianzas poderosas y hostiles.

Si se consideran en primer lugar la formación de alianzas y el consiguiente incremento de armamentos, se descubrirá con toda certeza que la guerra que empezó en agosto de 1914 era inevitable. Pero si se considera la vida política y cultural de las mismas décadas, se descubrirá que las naciones eran cada vez más conscientes de sus intereses particulares, pero no necesariamente que fueran a desencadenar una guerra suicida.

Gran Bretaña era la más poderosa y estable de todas las naciones. La clase tradicional de los terratenientes había llegado a un acuerdo de compromiso con la naciente clase industrial capitalista para compartir el poder general del gobierno en el Parlamento. El sufragio universal de los hombres, la educación primaria, las cooperativas de productores y consumidores, la legalización de los sindicatos eran todos factores de una gradual y casi pacífica mejora en la calidad de vida de la mayoría. Problemas tales como el de la autoridad británica en Irlanda, la notable subordinación de la mujer tanto en el hogar como en el trabajo y las deplorables condiciones de vida en las ciudades mineras y los barrios bajos no estaban resueltos, pero no eran problemas que fueran a involucrar a Gran Bretaña en una guerra con sus vecinos continentales.

La Francia de la Tercera República estaba en gran medida dirigida por representantes de la reducida clase capitalista. El fracaso de la intervención de Napoleón III en México y la desastrosa derrota en la guerra franco-prusiana habían dejado a la clase media francesa sin ninguna gana de aventuras militares. Un excelente sistema de escuelas públicas formó una población casi por completo alfabetizada y convirtió el francés en el idioma dominante, si bien los bretones, saboyanos, occitanos, vascos y catalanes continuaron hablando sus lenguas vernáculas en el ámbito local. Los empresarios franceses se concentraron en una agricultura variada y de alta calidad —que era la envidia de toda Europa—, en la industria a pequeña escala y en las inversiones en la península Ibérica y el norte de África.

A finales de siglo también hacían inversiones en bonos del gobierno y en nuevos proyectos industriales en Rusia y los Balcanes. Con su particular combinación de prosperidad, libertad personal y sofisticada cultura, los franceses sentían una gratificante actitud de condescendencia hacia sus primos italianos, españoles y portugueses, y hacia los pueblos eslavos que empezaban a despertar, muchos de cuyos intelectuales y artistas preferían la vida en París a la vida en sus inestables países de origen. Los franceses no habían olvidado de ninguna manera la pérdida de Alsacia; sin embargo, la inmensa mayoría de ellos tampoco estaba dispuesta a iniciar una guerra para recobrar la provincia perdida.

La situación en el Imperio de los Habsburgo era más compleja. Se hablaban media docena de lenguas importantes y había una consciente resistencia de las pequeñas nacionalidades contra la imposición del alemán y el magiar. Los niveles de vida y los grados de efectiva libertad personal variaban mucho más que en Francia o Gran Bretaña. Austríacos, checos y vecinos de las ciudades de Hungría, Eslovenia y Croacia disfrutaban de buenos niveles de alfabetización, y de servicios médicos y municipales comparables a los de Europa occidental. Pero las zonas rurales de Hungría, Eslovaquia y Bosnia-Herzegovina conservaban sociedades preindustriales, gobernadas por señores feudales y funcionarios alemanes o magiares. La cuestión lingüística obstaculizaba el desarrollo de la alfabetización, porque cualquier esfuerzo por establecer escuelas primarias habría provocado la demanda de que se impartiera la instrucción también en las lenguas locales además de —o en vez de— en alemán o magiar.

Viena y Budapest eran comparables con París en cuanto a la riqueza de su cultura artística y científica. Judíos y conversos recientes, cuyo porcentaje con respecto a la población total era relativamente pequeño, tenían extraordinaria prominencia en la vida cultural y económica de las dos capitales. Para aquellos que admiraban el mérito individual y creían en la herencia política de las revoluciones holandesa, inglesa y francesa, el importante papel que desempeñaban los judíos no era problema.

Sin embargo, los judíos (y los campesinos) de las tierras de los Habsburgo no habían sido emancipados hasta 1848. Y el antisemitismo era endémico entre todas las nacionalidades. Por esas razones, tanto la casa real de los Habsburgo como la comunidad judía consideraron prudente disimular el relieve económico y profesional de los judíos. Por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XIX, Budapest era la ciudad capital que, en Europa, gozaba del índice de crecimiento más rápido; y era la segunda después de la capital granera norteamericana —Minneapolis— en lo que se refiere a sus molinos de harina.

Budapest era también un pujante centro bancario para las inversiones europeas en Rusia y Turquía. Su aristocracia financiera-comercial estaba en gran parte formada por familias de judíos y judíos conversos, que recibieron títulos de nobleza y magiarizaron sus apellidos. Habían comprado propiedades de

campo y, en general, asimilaron su estilo de vida tanto como era posible al de la nobleza magiar. De las 346 familias «nobles» inscritas hacia finales de la guerra en 1918, 220 habían recibido el título a partir de 1900.[4]

En el terreno de las relaciones exteriores, la situación austríaca era también más compleja que la francesa. Con respecto a Alemania y a Europa occidental, el imperio estaba interesado, por encima de todo, en el comercio pacífico, las inversiones y los variados intercambios culturales. En la administración deseaba establecer una suerte de protectorado económico-militar, deseo que dividía a las clases gobernantes de Serbia, Rumanía y Bulgaria en sus respectivas actitudes hacia el «hermano mayor» de Viena. Con respecto a Rusia e Italia, los gobernantes austríacos sentían una hostilidad vigilante, apenas contenida por las seguridades que habían ofrecido los alemanes en caso de conflicto abierto en los Balcanes. De modo tal que, si bien Austria no tenía ningún motivo imaginable para guerrear contra Alemania, Francia o Gran Bretaña, el conflicto de sus ambiciones balcánicas con las de Rusia era, en verdad, el factor detonante que habría de estallar en agosto de 1914.

De la misma manera que el Imperio alemán fue la potencia militar más importante de Europa desde el momento de su creación, también fue la primera nación en crear un nuevo «hito en la sociedad» para todos sus ciudadanos. Bajo el gobierno de Bismarck, la nueva Alemania estableció el primer sistema nacional de pensiones a la vejez y un seguro parcial de salud. Los numerosos principados separados de Alemania compartían una larga tradición de siglos en la asignación de subsidios para las artes y las ciencias, así como para la protección estatal de bosques y otros recursos naturales. El nuevo imperio extendió al pueblo en general su política de protección: por su interés en la productividad económica y la salud pública por un lado; y por su interés en combatir la difusión de doctrinas internacionales subversivas, como el socialismo o el anarquismo, por el otro. Lo cierto es que el pionero sistema de seguridad social pretendía comprar la lealtad de la nueva clase trabajadora industrial sin conceder a

4. W. O. McCagg, Jr., «Hungary's "Feudalized" Bourgeoisie», *The Journal of Modern History*, marzo, 1972, pp. 65-78.

los alemanes la igualdad política y legal, proclamada por la Revolución francesa.

Un último conjunto de circunstancias, que deben ser consideradas al esbozar la situación de Europa antes de la primera guerra mundial, lo forman los movimientos políticos, filosóficos y culturales, que contribuyeron a crear el panorama de una Europa total, más que a considerar los aspectos nacionalistas competitivos. La Ilustración francesa y la revolución industrial despertaron grandes esperanzas de libertad y prosperidad, no sólo restringidas a una élite sino para la población en general. El siglo XIX fue una era de «ismos» esperanzadores: liberalismo (la palabra fue acuñada en las Cortes españolas de 1812); nacionalismo; republicanismo (originado principalmente por la tradición jacobina de la Revolución francesa); diversas variedades de socialismo, anarquismo y federalismo. Todos ellos prometían una estructura política que barriera el feudalismo, el derecho divino de la monarquía y la arbitrariedad de la autoridad de los señores.

A fines de siglo, el nacionalismo, el anarquismo y el socialismo marxista eran los «ismos» más importantes.

El nacionalismo moderno data de la era de la Revolución francesa, pero no es de ninguna manera fácil de definir porque el sentido de lealtades comunes y de una cultura común existía mucho antes de 1789: sin duda, en los países más adelantados como Gran Bretaña, Francia y Holanda, y, en menor grado, también entre escoceses, irlandeses, alemanes, polacos, suecos, daneses, checos y numerosos pueblos balcánicos, italianos e ibéricos. En todos estos casos, las clases gobernantes y, en variada proporción, el vulgo en general eran conscientes de una historia común, de compartidas lealtades dinásticas y territoriales, y de usar versiones similares de una misma lengua.

Lo que sí fue nuevo desde los tiempos de la Revolución francesa es el papel sobresaliente del «tercer estado», es decir, el de todos aquellos que no eran sacerdotes, nobles terratenientes ni servidores reales. La Francia revolucionaria sobrevivió a la intervención de los Estados dinásticos gracias a la *levée en masse*, la creación de un nuevo tipo de ejército de ciudadanos, basado en un acuerdo implícito entre gobernantes y gobernados: en la defensa de la tierra natal revolucionaria a cambio de los derechos

legales y políticos y, en general, en el reemplazo de los privilegios de clase por una ciudadanía común para todos.

Durante el siglo que siguió a la Revolución francesa, las instituciones políticas de toda la Europa al oeste de Rusia adoptaron en gran medida los conceptos de igualdad ante la ley y el derecho a algún grado de participación en la gestión de gobierno. El nacionalismo era entonces la identificación consciente de la mayoría con un Estado que le prometía una dignidad política y unos derechos individuales nunca antes conocidos. Por lo menos hasta mediados del siglo XIX, sus implicaciones internacionales eran generosas y optimistas.

Fue así como los primeros teóricos del nacionalismo —principalmente Johann Gottfried Herder y Giuseppe Mazzini— predicaban un mundo donde las nacionalidades liberadas contribuirían con sus artes y valores espirituales a crear una Europa pluralista y pacífica. Hubo, desde luego, varios casos en los cuales el nacionalismo jugó un papel generoso y liberador: es lo que sucedió con la ayuda británica durante la liberación de Grecia del dominio turco; con la general bienvenida occidental de emigrantes nacionalistas liberales procedentes de Alemania, Austria y Hungría, después de las fracasadas revoluciones de 1848; con la ayuda británica y francesa durante la unificación de Italia en el marco de una monarquía constitucional.

Muchos nacionalistas checos, eslovenos y croatas aspiraban a la autonomía lingüística y administrativa dentro del Imperio de los Habsburgo, y no a la destrucción del imperio en favor de Estados nacionales (inevitablemente rivales). Los intelectuales de toda Europa se identificaban cada vez más con su lengua materna; pero aquellos que tenían una perspectiva amplia coincidían con el sentimiento expresado por el gran educador danés Nikolai Grundtvig: primero ser humano y luego danés (o de cualquier otra nacionalidad).

El anarquismo (como todos los ismos) incluía muchas diferentes y en parte antagónicas formulaciones teóricas. Pero el denominador común era la oposición a los Estados centralizados y a todas las religiones oficiales o exclusivas; además de insistir no en la ausencia de gobierno alguno —como con demasiada frecuencia se ha pretendido— sino en la autoridad local, un poder que iba de abajo arriba en vez de arriba abajo. El anarquismo

era más fuerte entre los artesanos suizos y en los montes Jura, así como entre los pequeños agricultores y los trabajadores industriales de los países latinos. También era visto con simpatía por los cooperativistas de las islas británicas y Escandinavia. Los militantes solían ser lo que los españoles llamaban «obreros conscientes» (en español en el original), trabajadores que leían mucho, invitaban a profesores universitarios y hombres de ciencia a pronunciar conferencias para «educación de adultos», y estudiaban ciencias aplicadas relacionadas con sus trabajos industriales porque tenían la vista puesta en el eventual reemplazo de la burguesía por empresas de trabajadores democráticamente controladas.[5]

Los anarquistas sustituyeron el cristianismo tradicional por una fe optimista que confiaba en la perfectibilidad humana; abogaban por el estudio del *esperanto*, una lengua artificial con una gramática muy simplificada y un vocabulario extraído de las lenguas romances y germánicas, que fuera fácil de aprender en cualquier parte de Europa occidental y del norte. El énfasis puesto por los anarquistas en la autoridad local tomó con frecuencia la forma de lealtad hacia una región particular, pero esta postura era en sí misma una fuerza contraria al nacionalismo apadrinado por el Estado.

También es cierto que una considerable minoría de pensadores y militantes anarquistas eran partidarios de la «acción directa» como medio para acabar con la opresión de los terratenientes y los capitalistas. Esa acción directa se basaba en la terriblemente simplista idea de que el asesinato de determinado rey o ministro podría asestar un golpe duradero a las opresiones históricas. Sin minimizar de ninguna manera las contradicciones entre esas acciones y las doctrinas antes resumidas, me parece justo recordar que los «pistoleros» (en español en el original) eran siempre una pequeña minoría; y que el anarquismo filosófico que influyó sobre millones de personas social y culturalmen-

5. Para una biografía clásica de un «obrero consciente» de fines del siglo XIX, véase Anselmo Lorenzo, *El proletariado militante*, México, D. F., pp. 194-ss. También Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth*, Cambridge University Press, 1950, que ha merecido seguirse reimprimiendo desde entonces; capítulos 2, 7 y 8 que se refieren tanto a los anarquistas españoles como a sus antecedentes europeos.

te modestas era una fuerza internacionalista, de mente generosa, antimilitarista y antiautoritaria en la Europa anterior a 1914.

Mucho más importante que el anarquismo era el socialismo marxista. Una vez más había muchas fracciones doctrinarias, rivalidades personales y de organización, y una absoluta incertidumbre sobre la manera precisa de proceder cuando el poder de la burguesía hubiera desaparecido. Pero los denominadores comunes incluían el reconocimiento del papel «positivo» de la burguesía en la creación de la economía más productiva de la historia de la humanidad hasta entonces conocida; la fe en la tarea histórica y la capacidad humana de la clase trabajadora industrial para hacerse cargo del aparato productivo; el convencimiento de que las necesidades de la producción económica y los aceptados requisitos de la justicia social conducirían a la destrucción de los regímenes burgueses, y de que dichos regímenes serían reemplazados por una sociedad sin clases en la cual se «desvanecerían» los Estados existentes, puesto que la explotación y la necesidad de coacción habrían desaparecido.

Semejante doctrina —aparte de detalles y lagunas, tales como si la «inevitable» revolución exigiría una violencia mortífera o exactamente cuánto tiempo tardaría el Estado en «desvanecerse»— era una doctrina internacionalista; una doctrina cuyas presunciones en cuanto a la capacidad y motivaciones humanas eran optimistas. Cuando en 1848 se publicó el *Manifiesto comunista*, sus padres fundadores —Karl Marx y Friedrich Engels— creían sin vacilaciones que un proletariado industrial con fuerte conciencia de clase tendría que recurrir a la violencia antes de que la burguesía abandonara el poder. Pero hacia la fecha de su muerte en 1895, Engels pensaba que había una esperanza razonable de que los partidos socialistas de la Segunda Internacional pudieran hacerse con el poder a través de elecciones democráticas y de que la transformación transcurriera sin mayor violencia.

Uno de los ilustres intelectuales no marxistas que advirtió con beneplácito la nueva actitud de Engels fue el filósofo checo —más tarde presidente de la República checoslovaca— Tomás Masaryk. Masaryk admiraba el análisis marxista de la economía capitalista y compartía el deseo marxista de mejorar las condiciones de vida y las oportunidades educativas de la clase traba-

jadora industrial. Criticaba al marxismo por su dogmático materialismo y por su subestimación de los factores culturales. Pero en un largo artículo sobre la «cuestión social» —publicado en checo en 1898 y en alemán el año siguiente— manifestó con placer que los marxistas se habían vuelto menos deterministas en el tema del desarrollo económico, más abiertos a la importancia de la religión y a los factores culturales, y más flexibles en cuanto a las posibilidades de la democracia política.[6]

En la primera década del siglo XX, los partidos socialistas se hallaban, sin duda, en camino de lograr estatus mayoritario en Alemania y en las regiones germanoparlantes del Imperio de los Habsburgo. Eduard Bernstein era el teórico más renombrado de un marxismo revisado, que admitía que las condiciones de vida de la clase trabajadora habían mejorado en la segunda mitad del siglo XIX y que la educación, el reconocimiento de los sindicatos y la extensión gradual de la democracia política podrían hacer factible alcanzar el socialismo por medio de métodos políticos pacíficos.

El socialismo marxista y la revisión de Bernstein tenían menos influencia en el Partido Socialista francés y en los sindicatos políticamente activos de Gran Bretaña, Polonia, Bohemia y Escandinavia (ninguno de esos países había promulgado leyes de pensiones a la vejez como las de Alemania). Pero ese socialismo internacionalista y antimilitarista era lo bastante poderoso en la Europa anterior a 1914 para que a todos los gobernantes les preocupara seriamente si, en el caso de estallar una guerra, los partidos socialistas y los sindicatos apoyarían la causa nacional.

Durante la primera década del siglo, una voz disidente importante en filosofía política fue la del ingeniero francés Georges Sorel. Sorel estaba de acuerdo con Bernstein en que las condiciones de vida de los trabajadores habían mejorado a fines del siglo XIX, pero no compartía ni la en general optimista tradición de la Ilustración francesa, ni la idea de que los sindicatos y los trabajadores con derecho a voto pudieran hacer la revolución socialista. La civilización le parecía demasiado precaria y, en pa-

6. Erazim Kohak (traductor y autor de las notas al pie de página), «Masaryk's Revision of Marxism, "The Social Question"», *The Journal of the History of Ideas*, vol. XXV, 4, 1964, pp. 519-542.

labras muy lógicas para un científico bien formado, la definía en términos análogos a la segunda ley de la termodinámica: «...un estado de tensión y de lucha inflexible para detener las fuerzas del deterioro y la destrucción.»[7]

El único camino para que la civilización pudiera ser salvada pasaría por la acción del proletariado, imaginado como sucesor de los espartanos, los primeros cristianos, los soldados de Oliver Cromwell y la *Grande Armée*. A través de la huelga general, el proletariado «entronizaría una nueva civilización y una moral heroica sobre las ruinas del decadente mundo burgués». Como asumía que el régimen burgués estaría tambaleándose cuando el proletariado tomara la iniciativa, la violencia conduciría a un triunfo rápido, no a la guerra civil. Con el tiempo Sorel se convirtió en un tradicional patriota francés, pero el peso de su doctrina no es nacionalista y, de hecho, vivió para aclamar lo mismo a Lenin que a Mussolini durante los primeros años posteriores a la Gran Guerra.

Mientras el socialismo marxista era la influencia ideológica más importante entre los trabajadores industriales con conciencia de clase y los profesionales laicos, durante el papado de León XIII (1878-1903), la Iglesia católica propugnaba una doctrina de «catolicismo social», que fue igualmente influyente entre la clase media conservadora, el campesinado que acudía a misa y la sustancial minoría de trabajadores urbanos que mantenía sus vínculos religiosos.

Su encíclica más importante —*Rerum Novarum* (1891)— condenaba la base filosófica materialista del socialismo y reafirmaba los derechos de la propiedad privada; pero también condenaba las perversidades de la competitividad económica irrestricta y despiadada, y la creciente acumulación de capital en unas pocas manos. El mismo uso del término «cristianismo social» en lugar de la mera «caridad cristiana» constituía una importante adaptación a una sociedad en la cual los seres humanos podían reclamar ciertos derechos, y no recurrir simplemente a los sentimientos caritativos de sus superiores en la escala social. En con-

7. Las frases citadas en estos párrafos sobre Sorel están tomadas del excelente artículo de J. L. Talmon «The Legacy of Georges Sorel», *Encounter*, febrero, 1970, pp. 47-60.

tra de los sindicatos materialistas y ateos (según su punto de vista, asociados a los partidos socialistas), el papa abogaba por la creación de «asociaciones» para mitigar la pobreza, hablar en nombre de los legítimos intereses de los trabajadores en las fábricas y proveer seguros médicos, de accidente y de vida.

En ese proyecto, el papa había sido precedido por una parte de la clerecía alemana que, en 1871, fundó el Partido Centrista con el propósito de defender los intereses católicos dentro del nuevo Imperio alemán. A lo largo de las siguientes décadas, ese partido abogó por la libertad de organización de los sindicatos, la eliminación del impuesto sobre aquellas ventas que cubrían las mínimas necesidades vitales, la adopción de impuestos a la renta y, desde luego, por las leyes de seguridad social promulgadas en la época de Bismarck. Dada su envergadura se convirtió en el segundo partido del Reichstag y atrajo los votos de muchos votantes moderados y, sobre todo, antimilitaristas, que no eran católicos practicantes.

El elemento internacionalista, dominante en el pensamiento socialista y cristiano, era aún más característico en el campo de las ciencias. Con toda seguridad, uno de los grandes logros del último período del siglo XIX fue la aparición de una medicina científica en contraste con la puramente empírica y tradicional. Desde los primeros tiempos de la civilización griega, los médicos se habían acostumbrado a aliviar el sufrimiento humano sin tener en cuenta las afiliaciones tribales ni religiosas de sus pacientes. Pero su efectividad estuvo severamente limitada —y muchas veces satirizada en la literatura mundial— por su absoluta ignorancia de lo que en verdad causaba las enfermedades que intentaban curar. Casi lo único que, en realidad, podían hacer era identificar por los síntomas un puñado de las enfermedades más corrientes; y, en función de ellos, a lo sumo prescribir dietas, descanso, baños y el uso de hierbas tradicionales.

Como suele ocurrir en la historia de la ciencia, los avances en problemas similares se conseguían en varios sitios a la vez. A principios de los años cincuenta del siglo XIX, un médico judío húngaro, Ignaz Semmelweis —que trabajaba en el hospital Municipal de Viena—, descubrió la naturaleza infecciosa y contagiosa de la fiebre puerperal. Todavía no sabía cuál era la causa, pero consiguió reducir de manera drástica la cantidad de ca-

sos, insistiendo en que los médicos se lavaran bien las manos antes de atender un parto. Por los mismos años el cirujano británico Joseph Lister encontró la manera de evitar las infecciones que, con tanta frecuencia, acompañaban a la cirugía. Introdujo el uso del ácido fénico para lavar los instrumentos, rociaba las paredes del quirófano y aseguraba la limpieza de los vendajes.

Pero el descubrimiento clave lo hizo en Francia el químico Louis Pasteur, quien probó que una bacteria identificada bajo el microscopio era la causa específica de una enfermedad del gusano de seda, que se había convertido en plaga para la industria textil francesa. La bacteria fue entonces reconocida como el agente que provocaba distintos tipos de deterioro en la preparación de vinos, cervezas y productos lácteos. Pasteur y sus colaboradores desarrollaron el proceso que, desde entonces, se conoce como «pasteurización»: el breve e intenso calentamiento de líquidos, por debajo de su punto de ebullición, pero lo suficientemente alto para destruir la indeseable bacteria. Por extensión natural, el principio de pasteurización se aplicó al proceso de esterilizar al vapor las vendas, ropa de cama, uniformes, etcétera, usados en hospitales.

Las investigaciones de Pasteur sobre la enfermedad del gusano de seda y el ántrax del ganado lo condujeron, en 1865, a enunciar la teoría de los gérmenes de enfermedad que, de inmediato, se convirtió en piedra fundacional de la medicina científica. La obra de Pasteur fue continuada por los laboratorios químicos y los hospitales de toda Europa y América. Químicos alemanes —que tiñeron bacterias con anilinas colorantes recién perfeccionadas— pudieron identificar las causas específicas de docenas de enfermedades bacterianas. Químicos británicos y alemanes desarrollaron antisépticos menos agresivos, para mejorar las condiciones de cirugía antiséptica, sin exponer a médicos y pacientes al desagradable olor del ácido fénico.

Los equipos de Pasteur descubrieron la vacuna contra el ántrax y la rabia. El médico alemán Robert Koch, los orígenes bacterianos de la tuberculosis, el ántrax humano y el cólera. El médico ruso Elie Metchnikov, educado en Rusia y Alemania, hizo estudios cruciales sobre el papel de los glóbulos blancos de la sangre en la defensa contra las infecciones y, en 1904, fue nombrado subdirector del Instituto Pasteur de París. En 1908 el

médico alemán Paul Ehrlich y él compartieron el Premio Nobel de Fisiología y Medicina.

La medicina moderna dio otro paso gigantesco en 1909 con el descubrimiento de la primera droga sintética. Paul Ehrlich y su ayudante japonés Sahachiro Hata descubrieron el salversán (arsénico inocuo) después de cientos de experimentos; se trataba del compuesto número 606 de sus muchos años de esfuerzos, que curaba la sífilis. Es decir, entre 1865 y 1909 se produjo un veloz desarrollo en la microbiología, la identificación de enfermedades bacterianas, el descubrimiento de vacunas, la difusión del método pasteurizador, la asepsia quirúrgica y el principio de curaciones con drogas sintéticas. Dondequiera que se establecieran misiones cristianas, fábricas, guarniciones militares occidentales en África, Asia y el Pacífico, allí iban los médicos de Occidente y fueron, sin duda, los conocimientos adquiridos por esos médicos, los que iniciaron el extraordinario declive de la mortalidad infantil de todo el globo en el siglo XX.

También es sin duda cierto que, durante el rápido crecimiento de la comunidad de microbiólogos, hubo muchos conflictos personales y rivalidades sobre quién había sido el primero en hacer los descubrimientos. Pero la atmósfera internacional era abrumadoramente de cooperación, publicación rápida sin censura y adopción de técnicas nuevas por parte de los médicos de todas partes. Los principales obstáculos para la difusión de tratamientos médicos efectivos eran de orden económico y técnico, nunca nacionalistas. Por esa razón, al mismo tiempo que los discípulos de Pasteur y Koch identificaban y trataban enfermedades bacterianas en el África tropical, el cólera seguía amenazando Europa.[8]

Hasta aquí, al hablar de «ismos» y de la nueva ciencia médica, he tratado temas que contribuyen en conjunto a tener un punto de vista optimista o «progresista» del desarrollo humano que, cabría decir, sustituye al optimismo filosófico de la Ilustración del siglo XVIII. Pero siempre ha habido importantes co-

8. Para un simple ejemplo dramático véase Frank M. Snowden, «Cholera in Barletta, 1910», *Past and Present*, agosto, 1991, pp. 67-103. El autor destaca la diferencia entre el conocimiento científico disponible y la falta de voluntad política, recursos técnicos y médicos residentes para purificar el suministro de agua y tratar a los pacientes.

rrientes de pensamiento con implicaciones negativas. Quizá la más difundida fuera la del «darwinismo social», al aplicar a la civilización humana lo que parecían implicaciones de la teoría de Charles Darwin sobre la evolución biológica; una teoría que fue tema de apasionado debate desde su enunciación en 1859. El principio subyacente de la teoría de Darwin era que las especies vivas se habían ido diferenciando y modificando a través de ligeros cambios en sus estructuras hereditarias. Por qué se producían esos cambios era algo que no sabía ni pretendía decir con exactitud, pero creía que la supervivencia de cada ligera mutación dependía de la ventaja relativa que le ofrecía al organismo para adaptarse a un ambiente dado. Puesto que sólo una pequeña proporción de las criaturas nacidas sobrevivían en realidad fuera de su «caldo de cultivo» natural se deducía que, aquellos que sobrevivían, eran los «más aptos» en la lucha por alimentarse y adecuarse a las condiciones vitales.

El mismo Darwin, y la mayoría de los colegas que defendían su obra, evitaron cuidadosamente las especulaciones teleológicas o morales sobre la supervivencia o la desaparición de especies particulares. Pero los filósofos políticos y los científicos sociales no tardaron en empezar a establecer analogías basadas en la fantasía del debate evolutivo. Para decirlo crudamente, si las gentes de clase media que vivían dentro de los límites de sus ingresos disciplinaban a sus hijos, eran en apariencia fieles a sus cónyuges e iban a la iglesia los domingos, también se apañarían para acumular mayores riquezas y propiedades que aquellos que llevaban una vida más desordenada; los primeros tenían que estar mejor adaptados para sobrevivir y considerarse a sí mismos como los más «capaces». De modo similar, si ciertos pueblos —por ejemplo el británico, con su excelente sistema de gobierno y su exitoso imperio a lo largo y ancho del mundo; o el alemán, con sus industrias inmensamente productivas y sus grandes universidades— eran los más poderosos de la escena mundial, el hecho era clara evidencia de su superioridad en términos de adaptación y capacidad.

De manera tal, que una teoría creada para explicar de modo objetivo el largo y lento desarrollo de las especies se convirtió en el vehículo para justificar la explotación de clase y el racismo; y una teoría que evitaba cualquier tipo de juicios mora-

les se distorsionó para justificar conceptos de superioridad e inferioridad, con toda evidencia destinados a satisfacer los intereses de quienes ejercían el poder dentro de cada nación y en el escenario internacional. Muchos distinguidos científicos e intelectuales de primera línea creían que eran sólo realistas cuando predicaban «la carga del hombre blanco» o la superioridad y, en consecuencia, la responsabilidad político-imperial de los pueblos anglosajones y alemanes. Pero este concepto seudocientífico y arrogante de superioridad racial fue utilizado para racionalizar la masacre de africanos negros en las dos últimas décadas del siglo XIX. Durante la conquista de África central, Tanganika, el Congo y Sudán, unidades militares británicas, francesas, belgas y alemanas arrasaron a sangre y fuego pueblos enteros. Enfrentados a las «revueltas» de guerreros nativos armados con lanzas, mataron a miles de negros con las ametralladoras Maxim de reciente invención, mientras ellos mismos apenas sufrían docenas de bajas. Sus hazañas eran publicadas por periódicos europeos, que no tenían una gran masa de lectores, pero divulgaban con suficiente amplitud las noticias como para que muchos de esos lectores expresaran su horror ante semejante conducta de congéneres europeos; mientras otros, o bien justificaban abiertamente las matanzas en nombre de extender la «civilización», o bien expresaban una resignada y anestesiada pesadumbre ante los extraños caminos del Señor.[9]

La primera década del siglo XX fue también testigo de la creación de la nueva ciencia genética. El monje austríaco Gregor Mendel había hecho las primeras investigaciones científicas sobre las leyes de la herencia por los años 1860, pero era un hombre muy modesto y sus trabajos tuvieron mucha menos publicidad de la que, como promedio, tienen hoy las tesis doctorales de ciencias exactas. Sin embargo, su obra fue redescubierta al producirse el cambio del siglo XIX al XX y condujo a la inmediata multiplicación de experimentos en herencia de plantas, insectos y otros animales, y al rápido desarrollo de la genética.

Como en el caso de la evolución darwiniana, las presun-

9. Sven Lindqvist, *Exterminate All the Brutes*, The New Press, 1996, para un tratamiento sucinto de tales incidentes y rica bibliografía sobre reportajes de la época en la prensa europea.

tas implicaciones humanas de la nueva ciencia adquirieron un tinte altamente politizado.

Tal vez la inteligencia, la honestidad y el buen carácter, así como la agradable apariencia física, dependieran de los genes de cada uno. Tal vez los seres humanos podrían ser engendrados como los guisantes (la planta preferida de Mendel) o la mosca del Mediterráneo (usada por el zoólogo estadounidense T. H. Morgan) para enfatizar determinados rasgos deseables (suponiendo que pudiera haber acuerdo sobre la lista de rasgos deseables).

Exactamente los mismos prejuicios que se activaron con el darwinismo social fueron característicos de la propaganda para la subdivisión de genéticas conocidas como «eugenesia». Podría evitarse la reproducción de los pobres y menos inteligentes, y estimularse la de los mejor dotados, en especial la de los «arios», «anglosajones» o «germanos» como expresiones «más elevadas» del tipo racial. Con el profundo conocimiento —y las limitaciones— del código genético tal y como será posible en el siglo XXI, será desde luego factible lograr una beneficiosa y cuidadosamente controlada forma de eugenesia. Pero a principios del siglo XX era sólo seudociencia peligrosa, predicada por personas con arraigados prejuicios raciales y de clase.

En las últimas décadas del siglo XIX se desarrolló también una profunda corriente de pesimismo general en cuanto al futuro de la civilización europea. Baudelaire, Nietzsche, Dostoievski son tres de los verdaderamente grandes escritores para quienes las esperanzas de doctrinas como el anarquismo, el socialismo y el catolicismo social (o sus primos de los países protestantes) parecían del todo utópicas. Dejo para un capítulo posterior la discusión de la influencia de esos escritores porque fue considerablemente mayor en el siglo XX que a lo largo de sus vidas.

Cualquier esfuerzo por evaluar el talante de Europa antes de la Gran Guerra tiene que tener en cuenta el hecho de que una considerable proporción de los artistas y pensadores ilustres de la década anterior a 1914 estaban convencidos de la básica irracionalidad y el carácter pecaminoso (o, en términos laicos, capacidad de violencia y crueldad) de la especie humana. Las intenciones de la mayoría no eran racistas ni nacionalistas, pero sus ideas hacían que la guerra fuera más «imaginable» por su manera de minar las formas existentes de idealismo y esperanza. Con-

cluyo este capítulo inicial con unas pocas y breves referencias a los fenómenos culturales y políticos paneuropeos de principios del siglo XX.

No sólo las ciencias biológicas (bacteriología, evolucionismo, genética) sino también las ciencias físicas florecían particularmente en los años previos a 1914. Ante la evidente continuidad de descubrimientos desde alrededor de 1895 hasta el presente dejo la discusión detallada del tema para un capítulo posterior. Sin embargo, el descubrimiento de la radiactividad y los comienzos de la física cuántica y de la teoría de la relatividad se produjeron antes de la primera guerra mundial. Los Premios Nobel, concedidos por primera vez en 1901, se convirtieron de inmediato en los premios internacionales más prestigiosos en ciencias y literatura. Sentimientos de orgullo nacional eran evidentes entre muchos de los ganadores, pero el nacionalismo involucrado se parecía más al de Herder y Mazzini —una manera de exaltar la diversidad nacional— que al nacionalismo de alianzas competitivas o a la carrera armamentista.

La música y las bellas artes también siguieron siendo por completo internacionales en espíritu. El genio de Wagner, tanto en su condición de compositor como de escenógrafo innovador, era reconocido incluso por aquellos a quienes disgustaba su bien conocido antisemitismo. El gran compositor y director de orquesta judío-austríaco Gustav Mahler era tan admirado en París, Amsterdam, Londres y Nueva York como en Viena. El noruego Edvard Grieg, el finlandés Sibelius y los checos Dvorák y Smetana, todos ellos eran considerados favorecedores del «concierto» de las naciones, concebido por Herder y Mazzini. Los rusos Scriabin y Stravinski, los franceses Debussy y Ravel se admiraban mutuamente y se influían unos a otros en sus noveles planteamientos puramente musicales y de ballet. Obras originales y primordiales de la revolución musical del siglo XX como el *Pierrot Lunaire* de Arnold Schönberg y *La consagración de la primavera* de Stravinski fueron estrenadas en 1912 y 1913 respectivamente.

Las artes plásticas eran en esos mismos años internacionales, y en alto grado experimentales, al desarrollarse en Francia y España el cubismo y el *collage*, y en el arte futurista surgió un nuevo interés estético por el diseño de herramientas,

tejidos, metales y zonas industriales, sobre todo entre los pintores italianos y rusos. Lo mismo la pintura que la escultura empezaban a dar muestras de la influencia de las culturas de África y del Pacífico sur, con las cuales entró en contacto Europa como consecuencia de las emprendedoras sociedades de exploración y comercio de fines del siglo XIX. Los ritmos e instrumentos de percusión africanos hacían asimismo su aparición en la música europea, aunque la importancia de su influencia no se hizo notar hasta después de la primera guerra mundial.

Los pronunciamientos futuristas incluían, desde luego, cándidas invocaciones a la violencia como una necesaria, saludable y viril forma creativa de energía. El principal impulsor del futurismo italiano Filippo Tommaso Marinetti presenció como periodista el sitio búlgaro de Adrianópolis durante la guerra de los Balcanes de 1912. Al año siguiente gozó de un tremendo éxito teatral en varias capitales europeas con el espectáculo de un solo hombre titulado *Zang Tumb tuum*, un monólogo con efectos de sonido que narraba la movilización, las operaciones militares del sitio y el espantoso destino de los prisioneros de guerra abandonados que morían bajo el calor tropical.[10] No hay manera de saber cuántos de sus espectadores tenían la menor idea de los muchos «adelantos» que, en capacidad de fuego de rifles, ametralladoras y artillería, habían logrado las grandes potencias, adelantos que pocos años después serían empleados en toda Europa. En las dos conferencias internacionales por la paz, mantenidas en La Haya en 1899 y 1907, se hicieron significativos esfuerzos para detener la carrera armamentista con resultados prácticos nulos. Convocadas por el zar ruso —después de sondeos informales con los principales gobiernos europeos—, ofrecieron la ocasión de buscar vías para reducir la tensión internacional, fuera del ámbito del sistema de alianzas militares. No consiguieron ningún acuerdo sobre el desarme, pero dieron como resultado el establecimiento del tribunal Internacional de Arbitraje de La Haya. Las decisiones del tribunal no son vinculantes para los Estados soberanos, pero algún día —cuando puedan lograrse las necesarias formas de un limitado gobierno mun-

10. Marjorie Perloff, *The Futurist Movement*, University of Chicago Press, 1986, pp. 59-61.

dial— las conferencias de La Haya serán recordadas como el inicio de ese proceso.

Para el futuro inmediato fueron más importantes los acuerdos referentes al tratamiento de los prisioneros de guerra: éstos no estarían obligados a responder a ningún interrogatorio más que para revelar su nombre y rango; tendrían que ser alojados y alimentados debidamente; recibirían asistencia médica y estarían autorizados a expedir y recibir correspondencia. Por desgracia, los acuerdos no se aplicaban más que a guerras internacionales entre ejércitos uniformados y no a las guerras civiles o revoluciones. Pero ayudaron en buena medida a mitigar los horrores de las dos guerras mundiales del siglo XX y fueron tempranos pasos fundamentales para el desarrollo del reconocimiento internacional de los derechos humanos.

Si volvemos a la situación previa a 1914, las actitudes adoptadas durante la Segunda Conferencia de La Haya de 1907 indicaban la escasa disposición que había con respecto al desarme. Una vocinglera minoría de miembros del Parlamento apremiaban al gobierno británico para que presentara propuestas de desarme. Pero el Almirantazgo no quería oír hablar de reducir el programa de construcción de acorazados recién aprobado; el portavoz de la Federación Socialista Democrática sostenía que la lucha de clases era mucho más amenazadora que la guerra internacional y que el «pacifismo burgués» era mero paternalismo. En cuanto a los alemanes, el canciller Von Bülow ridiculizaba la idea del desarme entre las risas del Reichstag.[11]

De modo que, durante los primeros años del siglo XX, los trazos optimistas del desarrollo industrial y científico, el crecimiento de la democracia parlamentaria y sindical, y la importancia de los movimientos internacionalistas políticos y religiosos ofrecían todos la promesa de continuar las tendencias del siglo anterior. Pero había también fuertes corrientes de pesimismo en círculos intelectuales y artísticos, y una carrera armamentista que significaba el constante peligro de catástrofe, un peligro del cual los gobernantes y sus gabinetes eran plenamente conscientes.

11. A. J. A. Morris, «English Radicals and the Hague Conference», *The Journal of Modern History*, septiembre, 1971, pp. 367-393.

CAPÍTULO 2

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL, 1914-1918

Hemos visto que en los primeros años del siglo XX, las artes y las ciencias florecían, el comercio y la cultura europeos dominaban el globo y los europeos podían trasladarse del campo a la ciudad o emigrar, virtualmente sin restricciones. Para la mayoría de los ciudadanos, las perspectivas económicas y políticas eran esperanzadoras; las profesiones estaban cada vez más al alcance de quienes tenían talento, incluso en países cuyas estructuras sociales y gobiernos eran muy conservadores. ¿Por qué, entonces, se precipitaba Europa manifiesta e inevitablemente a una guerra suicida?

Por una parte contaba la ignorancia general de la población. La Europa de 1914 no había entrado todavía en la era de las comunicaciones masivas, de los boletines de radio y televisión que, de hora en hora, se transmiten desde cualquier lugar del globo. La escasa proporción de personas que leía los periódicos conocía la existencia de tensiones internacionales a propósito de Marruecos y los Balcanes; también sabía que Gran Bretaña y Alemania estaban comprometidas en una ominosa carrera para la construcción de barcos de guerra superpotentes, llamados «acorazados». Pero nadie imaginaba que hubiera una inminente amenaza de guerra general, causada por dichas tensiones y, de cualquier manera, la política exterior y militar estaba reservada a élites muy limitadas en todos los gobiernos.

Con excepción de una minoría de estrategas militares, nadie podía prever lo devastadoramente destructiva que podría

llegar a ser una guerra. Las batallas de Napoleón y las de los victoriosos ejércitos prusianos de 1866 y 1870 fueron rápidas y produjeron devastación en las tropas, pero relativamente pocos daños fuera del campo de batalla. La guerra de Crimea y la guerra civil norteamericana habían causado tremendas bajas y atroces sufrimientos tanto a los ejércitos como a la población civil provocados por la enfermedad, el hambre y las tácticas de tierra arrasada. Pero pocos europeos tenían la sensación física de cómo había sido la guerra en las distantes costas del mar Negro o en los estados de la costa atlántica de Estados Unidos. Y todos los estados mayores seguían soñando con el reconocimiento de la caballería y las fulminantes batallas decisivas, que destruían el grueso de las fuerzas enemigas (asediadas o caídas en una trampa).

Los estrechos vínculos contraídos por la Triple Alianza y la Triple Entente incrementaron de manera sustancial el peligro de una guerra general en la década anterior a 1914. Las alianzas, que pretendían mantener el equilibrio de poderes y proteger a cada uno de sus miembros del aislamiento en caso de agresión, también significaban que cualquier conflicto local serio se generalizaría, a menos que los aliados de los gobiernos agredidos aconsejaran prudencia y buscaran el compromiso en vez de la confrontación.

Hacia 1905, el ejército alemán no tenía desgraciadamente más que un único plan estratégico en caso de guerra con Rusia: el Plan Schlieffen (nombre del jefe de Estado Mayor), que exigía la rápida conquista de Francia para estar en condiciones de enfrentar en el este a las «hordas» rusas (así las llamaban abiertamente amplios sectores de la opinión alemana). Dicho plan —añadido a la vez al temperamento indeciso y excitable del káiser Guillermo II (y al de muchos de sus oficiales de Estado Mayor)— significaba que las autoridades alemanas aceptaban de antemano la alta probabilidad de que cualquier guerra que se provocara en el continente no dejaría de extenderse.

Cuando en 1908 se produjo en los Balcanes la anexión por parte de los austríacos de Bosnia-Herzegovina, la acción desafió simultáneamente a Serbia, Rusia y Turquía. Rusia había sido derrotada en una guerra breve por Japón, pero se estaba rearmando aceleradamente y era lógico suponer que las dificul-

tades en Asia le dieran motivo para interesarse en la cuestión balcánica. Por añadidura, Turquía —de la que desde hacía tiempo se hablaba como «el enfermo de Europa»— pasó en 1908 por una revolución que llevó al poder a enérgicos oficiales modernizadores y sugirió la posibilidad del renacimiento de la autoridad turca en los Balcanes.

Serbia, Bulgaria y Rumanía tenían la ambición de expandir sus territorios a expensas de Austria, Turquía e, incluso, a costa de enfrentarse una con otra. En las dos guerras balcánicas de 1912 y 1913 se intercambiaron territorios y se «compensaron» mutuamente como los príncipes de los siglos XVII y XVIII. Con la importante diferencia de que, mientras en el primer período muchas de sus poblaciones todavía no pensaban en términos de nacionalidad ni soberanía, hacia 1908 en los Balcanes había serbios, eslovenos, croatas, albaneses, montenegrinos, macedonios, griegos, búlgaros y rumanos, todos ellos con un profundo sentimiento de sus diferencias nacionales, y con reclamos étnico-lingüístico-territoriales superpuestos.

En las dos guerras balcánicas, Alemania y Gran Bretaña combinaron sus buenos oficios para contener los apetitos de los jóvenes reinos balcánicos y apaciguar tanto a Rusia como a Austria. Estas dos poderosas potencias mundiales también buscaron con afán en 1912 y 1913 reasegurarse una a otra en cuestiones navales y coloniales. No alcanzaron ningún acuerdo formal, pero la atmósfera diplomática entre las grandes potencias era menos tensa durante esos años de lo que había sido entre 1908 y 1911, un hecho que dejó a diplomáticos y lectores de prensa desprevenidos para la repentina crisis de julio de 1914.

Tal vez la opinión occidental no advirtiera la magnitud del resentimiento que la anexión bosnia de 1908 y los asentamientos territoriales impuestos por las grandes potencias habían creado en los países balcánicos. En particular, la total autoridad de los Habsburgo en Bosnia frustraba las recientes esperanzas serbias de hacerse con ese territorio. El nuevo reino de Albania —de mayoría musulmana— fue creado en 1911 en gran parte para evitar que Serbia se expandiera hasta la costa adriática. Sociedades secretas de Serbia estaban preparadas para luchar contra el Imperio de los Habsburgo a fuerza de terrorismo, y cuando el heredero del trono Francisco Fernando visitaba Sarajevo el

28 de junio de 1914, su mujer y él fueron asesinados por un joven patriota serbio.

Los acontecimientos se sucedieron vertiginosamente. Las autoridades militares austríacas consultaron con sus aliados alemanes y, el 6 de julio, los últimos aseguraron a Austria su apoyo incondicional, a la vez que aconsejaban prudencia. Sin embargo, los austríacos sabían que Alemania tendría que apoyarlos fueran o no prudentes. Además, ni Alemania ni Austria habían establecido el principio de la supremacía civil en el gobierno. Los jefes militares de ambos países gozaban de mucho prestigio social y podían, si querían, subyugar o simplemente ignorar los deseos de las autoridades civiles. Si era posible preferían apoyarse en el consejo civil, pero no se consideraban obligados a obedecer a los primeros ministros.

Por ejemplo, el Estado Mayor austríaco sí aceptó el consejo civil de posponer su ultimátum a Serbia. Como el patriótico presidente francés Poincaré estaba visitando a sus aliados rusos a mediados de julio, los militares esperaron a que hubiera iniciado el viaje de vuelta a su país antes de enviar —el 23 de julio— un ultimátum que, con toda intención, era inaceptable. El ultimátum incluía la exigencia de que fuera aceptado sin condiciones en cuarenta y ocho horas. El 25 de julio los serbios enviaron una respuesta tan conciliatoria que, en uno de sus famosos comentarios marginales, el káiser garabateó que en ese momento no había motivo para la guerra. Sin embargo, las jefaturas militares austríaca y alemana estaban decididas a ir a la guerra: los austríacos porque tenían que «aplastar» a la «advenediza» Serbia, los alemanes porque preveían la guerra generalizada en pocos años y consideraban que Alemania estaba mejor preparada en ese momento —comparada con Francia o Rusia— de lo que podría estar unos años después.

Por lo tanto, el 26 de julio, la flota británica y la alemana se concentraron en sus aguas territoriales. El canciller alemán Bethmann-Hollweg hablaba de la esperanzadora posibilidad de localizar la crisis; y el ministro de Relaciones Exteriores inglés sir Edward Grey ofrecía una mediación que no fue bien recibida por los militares de Berlín ni de Viena. Austria afirmaba que la contestación serbia no era satisfactoria y, con la esperanza de prevenir la intervención europea, declaró la guerra a Serbia el 28

de julio. El «hermano mayor» de Serbia, Rusia, anunció el principio de la movilización el 29 de julio. Puesto que la movilización se entendía como el último paso previo a la declaración de guerra, los alemanes exigieron que Rusia revocara la orden. En vista de que la revocación no se produjo, Alemania decretó la movilización el 1 de agosto y Francia hizo lo mismo. En ese momento, para Alemania ya era esencial poner en marcha el Plan Schlieffen. El 2 de agosto Alemania pidió permiso a Bélgica para cruzar su territorio e invadir Francia. La negativa belga no impidió la violación de su neutralidad, hecho que dio pie a la justificación político-moral de los británicos para declarar la guerra el 4 de agosto. La determinación austríaca de acabar con las pretensiones serbias y la dependencia de Alemania del Plan Schlieffen significó que, en el lapso de una semana, la crisis local provocada por el asesinato del archiduque dejara de ser una crisis austro-serbia para convertirse en guerra europea. Un factor psicológico más puede muy bien haber contribuido a la celeridad del estallido fatal. A lo largo de varias décadas, poetas y filósofos serios habían exaltado el heroísmo, el sacrificio y el derramamiento de sangre como requisitos para restablecer la salud de una civilización que, según sus puntos de vista de salón, se había tornado demasiado pacífica, demasiado «burguesa», demasiado dominada por los intereses comerciales. La mayoría de los ciudadanos corrientes no leía esas meditaciones, pero el movimiento de los Boy Scouts de Inglaterra, los clubs de excursionistas de Alemania y Austria, las organizaciones «pangermanas» y «paneslavas» transmitían dichas ideas y acostumbraban a los jóvenes al uso de uniformes paramilitares y a asumir una suerte de disciplina militar voluntaria.

Además, muchos ardientes y patrióticos docentes de escuelas secundarias, repartidos por cada uno de los países, ayudaban a crear una mentalidad farisaica, mentalidad que se reflejó en los debates de todos los parlamentos durante los primeros días de agosto. Legisladores, periodistas, clérigos, líderes civiles y personas de toda condición contribuyeron a las entusiastas y desatinadas demostraciones que acompañaron cada declaración de guerra y la partida de los primeros trenes cargados de tropas. La guerra para la cual las naciones europeas estaban psicológica y materialmente preparadas hubiera podido tener una duración

de alrededor de tres meses. En realidad duró cincuenta y un meses, desde el 4 de agosto de 1914 hasta el 11 de noviembre de 1918. A causa de los intereses imperialistas, pronto se convirtió en guerra mundial; se produjeron acciones de envergadura en Oriente Medio, parte de África y Asia y en todos los océanos. Pero las acciones decisivas tuvieron lugar en el continente europeo y en el océano Atlántico, a pocos cientos de millas de las islas Británicas. Por esa razón y por el hecho de que Europa es el tema de mi libro comentaré la guerra fundamentalmente en el ámbito europeo. Trataré de dar primero los perfiles militares y luego, con más detalle, sus múltiples efectos en la vida civil.

Hasta fines de 1915, los imperios centrales tuvieron en cierto modo mayores éxitos que los aliados. Los alemanes ocupaban la mayor parte de Bélgica a finales de agosto y llegaron a una distancia sorprendentemente corta de París a principios de septiembre. Pero el fulminante triunfo de 1870 no iba a repetirse. La moral francesa era más alta que la que había durante la guerra franco-prusiana y la invasión rusa de Prusia oriental forzó a Alemania a desechar uno de los aspectos cruciales del Plan Schlieffen. Es decir, en vez de estar en condiciones de concentrar un abrumador cuerpo de infantería en el ala derecha, que se suponía barrería el oeste y el sur de París, Alemania debió reforzar su frente oriental en los últimos días de agosto. Alemania derrotó a los rusos en Tannenberg (26-29 de agosto) y en los lagos Masurianos (10-14 de septiembre), pero fue detenida por la contraofensiva francesa en la batalla del Marne (5-9 de septiembre, 1914). Durante el mes siguiente, los ejércitos franco-británico y alemán intentaron infructuosamente rebasar el flanco enemigo en el norte de Francia y Bélgica. Hacia fines de octubre estaban frente a frente, escasos de abastecimientos esenciales, en trincheras cavadas a toda prisa desde el mar del Norte a la frontera suiza. Esas posiciones no iban a variar más que en un puñado de kilómetros, en una u otra dirección, hasta el verano de 1918.

Austria no tuvo éxito en sus repetidas invasiones en Serbia; e Italia procuró al principio mantenerse neutral en vez de unirse a sus aliados de la Triple Alianza. En cambio Turquía cerró el paso de los Dardanelos (única entrada al mar Negro) en agosto de 1914 y se unió a los imperios centrales en noviembre. Por último, Alemania alcanzó un éxito nada fácil contra los ru-

sos en Polonia y ocupó Varsovia el día del primer aniversario de la guerra, el 4 de agosto de 1915. Bulgaria declaró la guerra a Serbia en septiembre de 1915 y, entre Bulgaria, Alemania y Austria ocuparon Serbia y su pequeño aliado, Montenegro.

Italia tomó partido por los aliados en mayo de 1915. Pero ni sus primeras acciones ni los costosos esfuerzos de las fuerzas expedicionarias de Australia y Nueva Zelanda (los «anzacs») para capturar los Dardanelos dieron resultado. A lo largo del año, Francia sufrió dos millones de bajas y Gran Bretaña medio millón, en varias ofensivas fracasadas lanzadas contra las líneas alemanas en Francia. Los anzacs se retiraron de los estrechos el 20 de diciembre de 1915 y, en conjunto, hacia fines de 1915 los imperios centrales habían logrado resultados bastante mejores que sus enemigos.

En el mar, los británicos habían eliminado virtualmente el comercio alemán y establecido un apretado bloqueo de la costa europea hacia fines de 1914. Al mismo tiempo la armada alemana logró el control completo del mar Báltico. Según las leyes internacionales existentes era legal que Gran Bretaña evitara el arribo de material de guerra a los puertos alemanes, pero no sólo impidió la llegada de material bélico; decidió impedir también la llegada de alimentos, decisión que provocó un conflicto diplomático con países que, de otro modo, se habrían mostrado amistosos como Holanda, Dinamarca y Suecia.

Entretanto, los alemanes habían acelerado la construcción de una arma nueva, el submarino, con el cual esperaban hundir una buena cantidad de barcos mercantes británicos y neutrales, cuyos cargamentos eran vitales para la supervivencia de las islas Británicas. Puesto que los submarinos eran de por sí muy vulnerables, su supervivencia dependía de que pudieran hundir los barcos sin aviso previo. De modo que su contrabloqueo era mucho más brutal que el bloqueo de superficie británico. A lo largo de 1915 y 1916, los submarinos alemanes hundieron unos 1700 barcos, incluidos grandes barcos de pasajeros como el *Lusitania*. Pero como gesto de deferencia hacia la opinión pública de Estados Unidos, en mayo de 1916 abandonaron temporalmente los hundimientos «irrestrictos».

Desde principios de 1916 hasta fines de 1917, la guerra parecía haber quedado en un punto muerto imposible de superar,

sin victorias decisivas para ninguno de los bandos y sin perspectivas de innovaciones técnicas que pudieran poner fin al estancamiento. Desde el 21 de febrero hasta el 18 de diciembre, los alemanes trataron de pulverizar al ejército francés, cercado en parte en la cuña de Verdún. La moral era más importante que la estrategia militar en la determinación francesa de resistir en esa posición, geográficamente desfavorable. La batalla costó 500 000 bajas a los franceses y 450 000 a los alemanes. Los británicos trataron de aliviar la presión con la ofensiva del Somme durante el verano y el otoño, al precio de 800 000 bajas, para ganar 250 kilómetros cuadrados de terreno no estratégico.

El año 1916 fue también testigo de una importante acción naval —la batalla de Jutlandia en el mar del Norte— el 31 de mayo. Los alemanes infligieron a los británicos pocos más daños de los que recibieron pero, puesto que su armada era menor, decidieron no seguirse arriesgando en futuros enfrentamientos de superficie. Rumanía, alentada por los éxitos rusos de mediados de 1916, se unió en septiembre a los aliados. Los ejércitos austro-alemanes la ocuparon a fines de noviembre y, a la vez, detuvieron a los rusos. En cualquier parte donde la línea de los frentes fuera inestable, los alemanes continuaban demostrando su superioridad y, en diciembre, después de la rendición formal de Rumanía, Alemania hizo una oferta de «paz» que le proporcionaba anexiones significativas, oferta que fue de inmediato rechazada por los aliados.

En 1917, nuevas batallas terrestres en Francia provocaron enormes bajas a cambio de avances temporales e insignificantes. El 1 de febrero, Alemania anunció que reiniciaba la guerra submarina irrestricta. Los almirantes y generales sabían que, con mucha probabilidad, la medida iba a provocar la entrada de Estados Unidos en la guerra, pero jugaban con la posibilidad de someter por hambre a Gran Bretaña antes de que la intervención norteamericana fuera militarmente significativa... o antes de que el bloqueo británico sometiera por hambre a la población civil alemana. La ofensiva submarina hundió, en efecto, un total de unos 2 600 barcos mercantes en 1917, pero los británicos habían trabajado con celeridad desde principios de 1915 para desarrollar nuevas defensas: hidrófonos capaces de determinar la localización y dirección de las hélices hasta una distancia de catorce

millas, minas antisubmarinas y el inicio del uso de ondas ultrasónicas para ubicar por efecto del eco el origen de ondas que rebotaban en el casco de las naves que pudieran ser blanco de ataques. El Almirantazgo aceptó de mala gana la petición de las autoridades civiles de que naves de guerra escoltaran a los convoyes. La combinación de estos nuevos medios defensivos redujo de manera drástica la efectividad de los submarinos hacia fines de 1917.[1] Durante ese año, Gran Bretaña y sus aliados árabes de Oriente Medio también se anotaron importantes éxitos contra los turcos. En marzo ocuparon Bagdad y en diciembre Jerusalén. En cambio, a fines de octubre, el esfuerzo italiano por empujar a los austríacos terminó con la desastrosa retirada de Caporetto (inmortalizada por Ernest Hemingway en *Adiós a las armas*). De modo que el estancamiento indefinido parecía ser la única perspectiva posible hasta el mes de noviembre por lo menos.

Pero el último año de la guerra —de noviembre de 1917 a noviembre de 1918— se caracterizó por la repentina posibilidad de una victoria alemana, y una desesperada carrera contra el reloj de las dictadura militar de los generales Hindenburg y Ludendorff. La revolución rusa de marzo de 1917 había debilitado la participación militar rusa aunque el gobierno provisional intentaba mantener a Rusia en la guerra del lado de los aliados. Sin embargo, después de la Revolución bolchevique de noviembre, Rusia se retiró de la lucha y, en marzo de 1918, firmó una paz draconiana —el Tratado de Brest-Litovsk—, según la cual Alemania controlaba toda Polonia, la costa báltica y Ucrania.

Por esas fechas llegaban gran cantidad de tropas norteamericanas a Francia y el sistema de convoyes había derrotado a los submarinos. Alemania se apresuró a trasladar tropas y a reunir alimentos y abastecimientos de materia prima en sus recién conquistados territorios orientales. La idea era romper el estancamiento en el oeste y dejar a Francia fuera de juego antes de que la intervención norteamericana inclinara decididamente la balanza de recursos a favor de los aliados. Entre el 21 de marzo y el 20 de julio, los alemanes iniciaron cuatro ofensivas locales y,

1. Roy M. MacLeod y E. K. Andrews, «Scientific Advice in the War at Sea», *The Journal of Contemporary History*, 1971, núm. 2, pp. 3-41.

una vez más, llegaron a una asombrosa proximidad de París. Pero cuando a fines de julio los aliados contraatacaron con el refuerzo de tropas frescas norteamericanas, el exhausto ejército alemán comenzó una rápida y definitiva retirada. Los generales obligaron a los gobernantes civiles a iniciar negociaciones de paz y a garantizar un armisticio antes de que ningún ejército aliado persiguiera al alemán hasta su territorio.

¿Cómo era la vida de aquellos que ocupaban las trincheras y peleaban las batallas en el norte de Francia entre los años 1915-1917? Mejor que hacer la crónica de las muchas acciones locales que no condujeron a ninguna parte prefiero enfocar la atención en las características generales de esas batallas que llevan los nombres de Aisne, Somme, Verdún, Ypres y Passchendaele.

Ante todo, la defensa tenía inmensas ventajas: trincheras profundas, alambradas de púas, emplazamientos sobre hormigón de nidos de ametralladoras, fusiles de repetición que aumentaban considerablemente la velocidad y precisión de los modelos anteriores; además de periscopios, bengalas y sistemas telefónicos que permitían observar los menores movimientos del enemigo a través de pocos metros de «tierra de nadie» entre los ejércitos atrincherados. Cualquier intento por romper las líneas enemigas tenía que ser precedido por un intenso barrido de la artillería, cuyo propósito era destruir las alambradas del enemigo y desorganizar, por lo menos en parte, el sistema de trincheras, las defensas de los nidos de ametralladoras y las vías de abastecimiento de las cuales dependían los refuerzos del adversario.

Tales barridos —que con frecuencia duraban unos cuantos días— señalaban con precisión la zona por la cual llegaría el ataque y reducían a un barrizal los caminos que los mismos atacantes necesitarían, en caso de que de verdad consiguieran romper el frente enemigo. En términos generales, los hombres vivían entre el miedo y el aburrimiento durante los largos meses que separaban una de otra las batallas de la infantería. Todos estaban bien vestidos y alimentados, y las condiciones higiénicas eran tan superiores a las conocidas en guerras anteriores que, por primera vez, hubo más muertos provocados por las balas que por las enfermedades.

Como las acciones tenían lugar en suelo francés, los alia-

dos estaban más motivados que los alemanes para iniciar ofensivas locales en frentes cortos, con la esperanza de hacer retroceder al invasor. Por otra parte, los alemanes podían sacar partido del suelo extranjero y, cada vez que se veían rechazados, se llevaban consigo cuanto ganado, caballos y cosechas pudieran requisar; con frecuencia colocaban trampas explosivas en los edificios públicos e inutilizaban el suministro de agua. Nadie puede entender la naturaleza vengativa del Tratado de Versalles si no se recuerda el premeditado afán de destrucción puesto en práctica por el ejército alemán, sobre todo durante su retirada final del norte de Francia y Bélgica en el otoño de 1918.

A lo largo de los tres años que estoy describiendo, en cualquier sitio, podía haber entre veinte mil y cincuenta mil bajas en pocos días durante los «ataques de trinchera a trinchera» para ocupar un puñado de kilómetros cuadrados. Las víctimas quedaban donde habían caído hasta que ambos bandos acordaban breves treguas para poder recoger a sus muertos y heridos. Los periódicos daban cuenta de estos «éxitos», pero los pueblos británico, francés y alemán se enteraron en seguida de lo costosas y dudosas que eran las «victorias» que les contaban. Los generales más prominentes británicos y franceses mantenían su psicología de ataque, a pesar de que la experiencia probaba todo lo contrario. El comandante general británico Haig había sido oficial de caballería en Sudáfrica, estaba casado con una de las damas de honor de la reina y fue, por lo tanto, virtualmente inamovible hasta que el primer ministro David Lloyd George —hombre de inteligencia superior y firme voluntad— fue capaz de destituirlo del comando supremo a fines de 1917.

El mariscal francés Joffre se había ganado la gratitud de sus compatriotas cuando salvó París en la batalla del Marne. Pero en 1915 y 1916 se empeñó en numerosas ofensivas locales que no significaron ninguna ventaja territorial estratégica y, en cambio, desangraron a un ejército que ya había sufrido más bajas que las que nadie habría imaginado posibles en agosto de 1914. Joffre fue reemplazado por el general Nivelle, cuyas futuras ofensivas durante la primavera de 1917 causaron incluso mayor porcentaje de bajas que las del general Joffre, y cuyas órdenes de «asalto de trincheras» provocaron motines de los cuales, por milagro, no se enteraron los alemanes. Desde mediados

de 1917, los generales Pétain y Foch recobraron la sensatez del esfuerzo de guerra francés, levantaron la moral, reorganizaron los suministros y las comunicaciones. Esas medidas permitieron al ejército francés resistir las ofensivas alemanas de la primavera de 1918 y cooperar (casi siempre amistosamente) con sus aliados británicos y norteamericanos en la victoriosa y definitiva expulsión del ejército alemán, en septiembre de 1918.

Hubo relativamente pocas innovaciones técnicas durante los años de estancamiento. Los alemanes empezaron a usar gases venenosos en abril de 1915, gases que fueron utilizados de vez en cuando por los dos bandos. Pero la rápida provisión de máscaras de gas en todas las líneas del frente y la variabilidad de los vientos impidieron que los gases se convirtieran en arma decisiva. El invento británico del tanque fue utilizado en pequeña escala durante la batalla del Somme en septiembre de 1916 y, en mayor número, para quebrar las líneas alemanas en noviembre de 1917. Pero las huellas de las orugas de los carros blindados, la escasa velocidad y el excesivo peso del blindaje —más los caminos con frecuencia convertidos en lodazales por el fuego de la propia artillería— impidieron que el tanque adquiriera importancia rotunda.

La Gran Guerra fue el último de los conflictos en el cual la caballería jugó un papel vital. Todas las potencias dependían de ella para hacer llegar a las trincheras artillería, alimentos, municiones, correspondencia y provisiones médicas desde los centros ferroviarios, a través de intrincadas carreteras locales.[2] De hecho la escasez de caballos fue una de las razones para que los invasores alemanes dejaran atrás sus trenes de suministros por la época en que alcanzaron el río Marne en septiembre de 1914. Los aeroplanos fueron fundamentales en las tareas de reconocimiento; las «refriegas aéreas» y los espectaculares aunque ocasionales bombardeos de ciudades indicaban ya lo que reservaba el futuro. Pero la aviación no afectó en realidad el resultado final de la primera guerra mundial.[3]

2. John Singleton, «Britain's Military Use of Horses, 1914-1918», *Past and Present*, mayo, 1993, pp. 178-203.

3. Philippe Bernard, «Stratégie aérienne pendant la première guerre mondiale», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, julio, 1969, pp. 350-374.

La novedad médica de la guerra fue el hasta entonces desconocido fenómeno de la «neurosis de guerra»: los graves trastornos de conducta y psicológicos producidos en los hombres expuestos durante largo tiempo al fuego de la artillería pesada. Afectó más a los oficiales que a los soldados rasos; a los voluntarios que a la tropa reclutada; a los hombres agazapados en las trincheras que a quienes se movían en campo abierto. Las víctimas eran por lo tanto los hombres que, por razones emocionales, estaban más comprometidos con la causa y, al mismo tiempo, se sentían físicamente frustrados por no poder batirse frente a frente. Miles de ellos tuvieron que ser hospitalizados —muchos durante años después de acabada la guerra—, afectados por una amplia variedad de neurosis, pesadillas y fobias.[4]

En total, cuatro años de guerra provocaron alrededor de diez millones de muertos en los campos de batalla; veinte millones de heridos graves (durante décadas los lisiados con una pierna o un brazo amputados vendían billetes de lotería o cigarrillos por las calles de las principales ciudades europeas); cinco millones de viudas; nueve millones de huérfanos y diez millones de refugiados.[5]

A la vista de semejante carnicería, cualquier observador en su sano juicio tiene que preguntarse: ¿cuáles eran los objetivos que podían justificar tales sacrificios? En realidad, puesto que ninguna potencia estaba preparada para una guerra tan prolongada, tampoco ninguna —tal vez con la excepción de Austria— tenía desde el principio una idea clara de los objetivos del conflicto. En el caso de Austria eran consecuentes con sus actos y proclamaciones de la década anterior a la guerra. Austria insistía en que debía evitarse que Serbia se convirtiera en cabecilla de un grupo de Estados balcánicos y peleaba, literalmente, para sobrevivir como un imperio multinacional y multilingüe, amenazado por los movimientos nacionales independentistas.

Alemania tomó la iniciativa de salvar a su único aliado de confianza —el Imperio austro-húngaro— y de evitar que Rusia se expandiera más allá de sus límites europeos ya existentes. El

4. Norman Felton, *Shellshock and its Aftermath*, Londres, 1926.
5. Cifras totales de Brian Bond, *War and Society in Europe, 1870-1970*, St. Martin's Press, Nueva York, 1983, p. 100.

temor general a un imperio eslavo, que crecía en población y poder económico, estaba lo bastante extendido como para afectar lo mismo a los socialdemócratas que al Partido Católico de Centro, los dos grupos que podrían haber amenazado con alguna oposición. Al menos al principio, ambos aceptaron la razón fundamental de los militares de que Alemania luchaba para defender las puertas de Europa contra la barbarie potencial.

Francia luchaba por salvar a su aliado ruso y por recobrar Alsacia-Lorena.

Gran Bretaña luchaba por recobrar la independencia y neutralidad de Bélgica, y evitar que el continente fuera dominado por Alemania.

Rusia pretendía expandirse en los Balcanes a expensas de Austria y Turquía pero, a fines de 1916, su gobierno y su ejército cayeron literalmente hechos pedazos y las dos revoluciones de 1917 la dejaron sin ninguna política exterior clara.

Es por lo menos posible imaginar que si los objetivos originales de los principales combatientes —Alemania, Francia y Gran Bretaña— hubieran seguido siendo los mismos, los esfuerzos mediadores del presidente Wilson a fines de 1916 y los del papa en 1917 podrían haber logrado la paz sin una victoria total de un bando u otro. Ésa era por cierto la esperanza de la administración del presidente Wilson y del papado. Era también la esperanza de la mayoría de los centristas socialdemócratas y de los católicos de Alemania; de las sufridas y pacientes poblaciones civiles de Francia, Bélgica y Gran Bretaña; y la de ilustres intelectuales británicos como J. A. Hobson, H. N. Brailsford, George Bernard Shaw y Bertrand Russell. Pero los objetivos no siguieron siendo los mismos que se habían invocado para obtener el consentimiento parlamentario de los presupuestos de guerra en 1914 ni para lograr actitudes simpatizantes entre los neutrales.

Las victorias alemanas de 1915 y 1916 en el este la llevaron a proclamar la «independencia» de Polonia bajo los auspicios conjuntos germano-austríacos y cuando, a fines de 1916, los diplomáticos estadounidenses sondearon las condiciones de paz de Alemania, ésta dejó claro que esperaba conservar Alsacia-Lorena, dominar a la vez a Bélgica y la costa báltica. Eran expectativas necesarias para recobrar el flaqueante entusiasmo de la opinión pública alemana pero, como es natural, los sacrificios que

incentivaban esas reclamaciones alemanas también hicieron que franceses y británicos estuvieran cada vez más decididos a no aceptar la continua autoridad alemana sobre Bélgica y Alsacia. Por añadidura, los aliados arrastraron a la guerra a Italia después de un proceso de competitivas pujas con sus antiguos socios de la Triple Alianza. En un tratado secreto —que iba a resultar un engorro durante la conferencia de paz de Versalles—, Gran Bretaña y Francia ofrecieron el sur de Tirol, la península de Istria, la costa dálmata (arrebatada al tambaleante Imperio de los Habsburgo), más varias islas mediterráneas y trozos de territorios que todavía pertenecían al también tambaleante Imperio otomano; islas y territorios igualmente codiciados por la agitada Grecia, cuyo rey era pro alemán pero cuyo gobierno colaboró con los desembarcos anglo-franceses en Salónica durante el verano de 1915.

Además de los objetivos incompatibles, que implicaban una lucha hasta sus últimas consecuencias, el conflicto provocó hondas fisuras en el mundo intelectual y artístico, fisuras que pudieron advertirse en el debate de octubre de 1914 entre el gran novelista francés Romain Rolland y el igualmente prestigioso hombre de letras alemán Thomas Mann.

Rolland era en principio un pacifista que, al estallar la guerra, se trasladó a Suiza y se convirtió en valioso instrumento de la Cruz Roja para facilitar el acceso a los campos de prisioneros de guerra y organizar un eficiente intercambio de correspondencia entre los prisioneros y sus familias. En octubre de 1914 todavía creía en una rápida restauración de la paz. En un artículo significativamente titulado «Por encima de la batalla» apelaba «a los eslavos para que os apresuréis a acudir en auxilio de vuestra raza, de los ingleses que están luchando por el honor y el derecho, de los intrépidos belgas que se han atrevido a oponerse al coloso teutónico... de los alemanes que luchan por defender el lugar de nacimiento y la filosofía de Kant contra la avalancha cosaca». Las frases pseudorraciales abundan a lo largo del ensayo y, en su afán por preservar los tesoros del arte, confiesa que prefiere Rusia a Alemania, porque (en su opinión) Alemania no había producido ninguna obra de arte importante desde Wagner, mientras Rusia acababa de engendrar a Tolstói y Dostoievski. Es decir, con tristeza y a regañadientes, se sintió forzado a preferir la causa aliada a la de Alemania.

Su pretensión de estar «por encima de la batalla» —mientras tomaba partido por los aliados— fue contestada por un apasionado Thomas Mann, que le informaba de que «la guerra actual es una guerra entre la *Kultur* y la civilización». Definía la civilización con las palabras *Vernunft, Aufklärung, Sanftheit, Geist* («razón», «ilustración», «genio», «espíritu»). Definía *Kultur* «como una sublimación de lo demoníaco... una organización espiritual del mundo... por encima de la moralidad, por encima de la razón, por encima de la ciencia». En un breve poema pregonaba que el hombre se deteriora con la paz, que la ley es una fuerza niveladora que sólo beneficia a los débiles y que la guerra hace brotar la fuerza.[6]

Para decirlo con crudeza, la postura de Mann era la de que Francia representaba a una civilización cansada y en exceso intelectualizada, que desde hacía demasiado tiempo había dominado Europa; mientras Alemania representaba el futuro juvenil, enérgico y heroico. Docenas de profesores, científicos y escritores alemanes apoyaron tales manifestaciones referidas a una particular superioridad alemana; y docenas de intelectuales británicos y franceses defendieron orgullosamente la Ilustración, la Revolución francesa y el liberalismo anglosajón en contra de los alemanes. Durante aquellos años la voz más sensata fue la de Bertrand Russell, dialéctico y filósofo británico, quien advirtió de inmediato que una guerra prolongada destruiría la civilización europea. Rechazó toda manifestación cultural de superioridad de cualquier raza que fuera, adoptó una postura pacifista activa y fue a parar a la cárcel por ella.[7]

Si se pasa de los intelectuales a la población civil en general es posible ver en todos los países la evolución gradual de un entusiasmo ingenuo a un farisaico patriotismo, para llegar finalmente al fatalismo y al agotamiento provocado por la guerra. Miles de familias campesinas francesas y belgas —que vivían próximas a los estacionarios frentes— vieron destruidas sus tie-

6. Romain Rolland, *Above the Battle*, Ginebra, 1914, incluye las versiones inglesas de su ensayo y el de Mann, más las citas de otros ilustres intelectuales de los dos bandos en los primeros días de la guerra. Véase también L. W. Fuller, «German Intellectuals and the War of 1914», *The Journal of Modern History*, junio, 1942, pp. 145-160.

7. Bertrand Russell, *Justice in Wartime*, Londres, 1917.

rras y viviendas; la vida civil normal se vio también interrumpida por los transportes militares, las patrullas de reconocimiento y el supuesto o real espionaje en aquellos lugares que estaban a no menos de ochenta kilómetros de las líneas de fuego. Pero lejos de los frentes, los civiles sufrieron pocas penurias físicas, excepto algún ocasional ataque aéreo.

Los grandes cambios se produjeron por acumulación. En el continente la producción de alimentos se redujo en alrededor de un tercio porque eran muchos los campesinos que estaban en el frente. Hacia el final de la guerra, la dieta era monótona en todas partes y muchas zonas de las potencias centrales y de la Rusia revolucionaria estaban muy cerca de la hambruna. Las necesidades de combustible de los ejércitos hicieron que el carbón, la madera y el petróleo estuvieran racionados en todos los países, incluidos los neutrales; y la población tuvo que soportar el invierno con poca o ninguna calefacción casera. Escasearon los artículos de todo tipo y los que había eran de baja calidad.

Francia, Alemania, Austria, y sólo en ligero menor grado Gran Bretaña, luchaban cada vez con más dificultad por equilibrar las necesidades de la producción bélica con las de la vida civil normal. En cantidades sin precedentes, las mujeres manejaban las granjas y trabajaban en las fábricas, iniciando de ese modo una impremeditada revolución socioeconómica en la Europa del siglo XX. Hacia mediados de 1916, todos los gobiernos advirtieron con claridad que era esencial establecer controles de precios y racionamiento, además de fijar una cuidadosa distribución de materias primas. En Francia, Édouard Herriot —alcalde de Lyon y biógrafo de Beethoven— se convirtió en el primero de una serie de ministros que trabajaron en la coordinación de esfuerzos de los hombres de empresa con los de los estrategas militares y los administradores civiles. En Alemania, al brillante industrial Walther Rathenau se le dio plena autoridad para dirigir la economía de guerra. Lo mismo en Francia que en Alemania, los prisioneros de guerra fueron empleados como trabajadores en fábricas y minas bajo condiciones mínimamente humanas, que reflejaban las bienintencionadas resoluciones adoptadas por las conferencias de La Haya de 1899 y 1907.

En Inglaterra la supremacía civil no fue nunca puesta en duda. Eso no quiere decir que los generales y almirantes impor-

tantes no hicieran uso de toda la influencia que pudieran ejercer por cualquier medio. Pero esa influencia debía ser canalizada a través del gabinete civil y todas las decisiones políticas eran tomadas por el primer ministro y su gabinete, en representación de la mayoría parlamentaria. En Francia, los militares tenían más influencia directa en política que en Gran Bretaña aunque las decisiones clave las tomaban los gobernantes civiles.

En Alemania, el káiser tenía poderes constitucionales mucho más amplios que los del presidente francés o el rey británico. Los presupuestos no exigían el consentimiento del Reichstag ni siquiera antes del conflicto bélico; y casi no hubo pretensiones de control parlamentario una vez declarada la guerra. Alrededor de principios de 1917, los generales Hindenburg y Ludendorff dominaban por completo al gabinete civil y al káiser. Los llamados de la socialdemocracia y los centristas en favor de una paz negociada lograron promesas de reformas democráticas para después de la guerra pero, en esencia, no afectaron a la dictadura Hindenburg-Ludendorff. En Austria, los militares dominaron desde el principio y ellos mismos cayeron cada vez más bajo control alemán, conforme la guerra se fue prolongando. Uno de los aspectos interesantes de la guerra en el este —relegado por la conciencia occidental y la historiografía posterior ante el drama de la Revolución rusa y el colapso alemán— es el comienzo de la liberación de los pueblos que, durante siglos, habían estado bajo la autoridad de tres imperios dinásticos: el de los Románov, el de los Habsburgo y el de los Hohenzollern. En agosto de 1914, el territorio nacional de Polonia —habitado por el en otro tiempo poderoso y todavía orgulloso pueblo polaco— estaba dividido desde fines del siglo XVIII entre los tres imperios dinásticos. Menos poderosos pero igual de tenaces, pequeños pueblos —el lituano, el letón y el estonio— habían sido incorporados al Imperio ruso también durante el siglo XVIII; y los suecos habían cedido su soberanía sobre los finlandeses a Rusia en 1809.[8]

8. Mi relación de las provincias bálticas está basada principalmente en John Hiden y Patrick Salmon, *The Baltic Nations and Europe*, Longmans, Londres, 1991; y de Finlandia en Marvin Rintala, *Three Generations, the Extreme Right Wing in Finnish Politics*, Mouton, La Haya, 1962. A pesar del título, Rintala da información completa sobre todos los grupos políticos de Finlandia a principios del siglo XX.

No había ninguna frontera natural que dividiera a estos pueblos del ruso y, en verdad, la capital rusa —San Petersburgo— estaba en el lejano rincón noroeste del imperio, apenas separada por una estrecha bahía de Finlandia, a menos de 160 kilómetros al este de las planicies costeras de Estonia. Lo que distinguía a los letones, estonios y finlandeses de sus vecinos eslavos era la religión luterana; el alto porcentaje de alfabetismo (hacia 1900 muy por encima del 90 % en las provincias bálticas en comparación con un porcentaje del 30 % para el imperio en conjunto); las lenguas habladas a las cuales eran obstinadamente fieles a pesar de todos los esfuerzos por rusificarlos; muchos siglos de comercio marítimo y pesca en el Báltico y muchos siglos también de influencias alemana, danesa y sueca. Es un hecho que, hasta fines del siglo XIX, la mayoría de las clases terratenientes y profesionales urbanas eran alemanas en Letonia y Estonia, y suecas en Finlandia.

En cambio, durante la segunda mitad del siglo XIX, en el Imperio austro-húngaro la industrialización creó clases trabajadoras nativas y redujo en gran medida la participación alemana y escandinava en las actividades comerciales y profesionales. La conciencia nacional reavivada incluía la publicación de gramáticas y diccionarios de las lenguas vernáculas, el reclamo de que fueran enseñadas en las escuelas y universidades y, en general, la exigencia de una «autoridad patria», si no de completa independencia. El renacimiento de la conciencia nacional tomó también la forma de nacionalismo eslavo entre las minorías rusas de las provincias bálticas y, desde luego, alentó el deseo de las comunidades alemanas de conservar su cultura distintiva que, en cualquier caso, les estaba permitida. Pero el nuevo nacionalismo cultural creó también nuevos problemas psicológicos en todos los pueblos.

Hasta fines del siglo XIX, la autoridad rusa había sido relativamente benévola, como deferencia a la prosperidad creada por los muy trabajadores pueblos bálticos y a causa de la informal participación de poderes con la burguesía y los terratenientes alemanes. Sin embargo, la presión de nacionalismos competitivos y la de las seculares culturas «occidentales» llevó a los gobiernos rusos —durante aproximadamente dos décadas antes de la primera guerra mundial— a intentar la rusificación lingüística y administrativa de Finlandia y las provincias bálticas. La revolución rusa de 1905,

en particular, no sólo tuvo eco entre los trabajadores industriales de la zona sino que provocó el incendio de propiedades y el linchamiento de terratenientes alemanes en Estonia y Letonia. La lucha despiadada de clases había provocado una también despiadada reacción; los militares rusos y la aristocracia alemana local se unieron para reprimir a los trabajadores y campesinos bálticos.

Hacia 1914, Polonia, las provincias bálticas y Finlandia tenían organizaciones políticas de clase media que aspiraban a algún tipo de autoridad nacional; todas ellas tenían también partidos socialdemócratas, que buscaban liderazgo espiritual en los partidos socialdemócratas alemanes y austríacos. De modo tal que, al empezar la guerra, la situación psicológica de Europa oriental era muy distinta de la de Europa occidental. Los alemanes no invadían naciones con larga historia de países independientes ni con una cultura tan rica como la de los atacantes. Invadían la tierra natal de pueblos con profunda conciencia de su propia historia y valores, que habían tenido tanto buenas como malas experiencias con los terratenientes, mercaderes y médicos alemanes; y veían la posibilidad de jugar el poder ruso contra el alemán pero, en caso de poder elegir, tenían tendencia a admirar la cultura alemana y a preferir la autoridad alemana a la rusa.

En Polonia, las tres potencias gobernantes se afanaban por demostrar su buena voluntad hacia sus súbditos. Había tropas polacas en los tres ejércitos imperiales y se las veía pasar por las estaciones ferroviarias con el mismo entusiasmo que se veían pasar los primeros contingentes franceses y alemanes que partían de París y Berlín. Los austro-húngaros, mucho más conscientes de la sensibilidad nacional que los rusos o los alemanes, habían establecido la enseñanza del polaco en las escuelas y la administración desde alrededor de 1870. De los numerosos semipolíticos, semiconspiradores grupos activos de Polonia, los más importantes eran los «nacionaldemócratas», dirigidos por Roman Dmowski, y un disperso conglomerado de socialistas, llamados «fuerzas patrióticas» dirigidas por Josef Pilsudski, antiguo editor de uno de los primeros periódicos socialistas polacos, y antiguo exiliado en Siberia.[9]

9. Sobre política polaca y el papel de Dmowski y Pilsudski, me he basado principalmente en Norman Davies, *God's Playground, a History of*

En su condición de conservador social y de pragmático, que reparó en que Rusia era aliada de las potencias occidentales, Dmowski tomó una postura pro aliada. Tenía la esperanza de que Rusia pudiera ser inducida a conceder una autonomía nacional real, y también la esperanza de que los aliados occidentales derrotaran a las potencias centrales y, a la vez, ayudaran a su partido en sus negociaciones con Rusia. Pero Gran Bretaña y Francia estaban empeñadas en no sacar de sus casillas a la Rusia imperial y, por lo tanto, trataron los asuntos polacos como una cuestión interna de Rusia durante los años 1914-1916, mientras existió un gobierno imperial ruso coherente.

Pilsudski, después de haber estado exiliado en Siberia y de haber sido testigo de la feroz represión sufrida por la izquierda cuando la revolución de 1905, decidió que sólo una fuerza militar bien organizada podría destruir a la autocracia rusa, a la cual veía como el gran enemigo de la libertad de Polonia. Tenía, además, mejor disposición que Dmowski hacia las amplias minorías ucranianas, lituanas y judías, que compartían el suelo de Polonia. Consideraba a la austríaca la menos aborrecible de las tres potencias ocupantes. En 1908 empezó a organizar y a entrenar en los montes Cárpatos a sus «Legiones polacas» (nombre puesto en homenaje a las unidades que habían luchado del lado de Napoleón un siglo antes). Fue nombrado brigadier general por los austríacos, en cuyas filas pelearon sus Legiones durante los años 1914-1916.

En el este, la guerra no se estacionó nunca como ocurrió en el oeste. La invasión rusa de Prusia oriental en agosto de 1914 no sólo fue rechazada por los alemanes sino que, a fines de 1915, éstos habían ocupado toda Polonia, más Lituania y parte de Letonia. Los rusos obtuvieron un breve éxito en 1916 contra el ejército austríaco, mucho menos entrenado y disciplinado que el alemán. Pero a fines de 1916 el ejército alemán y divisiones austríacas, mezcladas con tropas alemanas, dominaban por completo el histórico territorio que, en cierto modo, los patriotas polacos tenían la esperanza de liberar.

Durante aquel año triunfal de 1916, los alemanes —o más

Poland, Columbia University Press, 1982, vol. II, cap. 18 y passim; y en Waclaw Jedrzejewicz, *Pilsudski*, Hippocrene Books, Nueva York, 1982.

bien los militares alemanes que tenían completamente dominado al káiser— estaban de algún modo planeando o bien establecer Estados satélites o bien anexionarse la mayoría de los territorios polacos, lituanos y letones occidentales (Curlandia) que venían administrando desde el verano de 1915. Con la bendición del káiser y sin consultar con el Reichstag empezaron a distribuir entre colonizadores alemanes las granjas lituanas confiscadas. Los partidos de centro y socialdemócratas reflexionaban con espíritu crítico sobre el aislamiento moral de la Alemania imperial —del cual habían tomado conciencia a través de sus contactos suecos— y abogaban por la independencia en lugar de la anexión. Pero carecían de poder político.

La revolución de marzo desorganizó al ejército ruso, lo bastante para que a los alemanes les resultara relativamente fácil ocupar el puerto de Riga, Letonia al norte del río Dugava y Estonia entera. A la espera de la ocasión para separar a todos los territorios bálticos y Finlandia de una Rusia muy debilitada, Alemania entrenó y utilizó en sus campañas a unos pocos miles de voluntarios bálticos y finlandeses, reclutados entre aquellas clases socialmente conservadoras que admiraban la eficiente economía alemana y educaban a sus hijos en universidades alemanas.

Los alemanes consideraban también la posibilidad de establecer gobiernos locales progermanos en el este. Autorizaron un Consejo Nacional estonio en la primavera de 1917, y unidades armadas estonias en julio. En septiembre permitieron que la Asociación Nacional lituana discutiera una nueva Constitución y aceptaron la declaración de independencia en febrero de 1918 (fecha en la que los bolcheviques también la habían ofrecido). Y, con notable habilidad política, ofrecieron el gobierno militar polaco al general Pilsudski, cuya inesperada negativa condujo al glorioso sátrapa a ser condenado a arresto domiciliario... en condiciones mucho más placenteras que las de Siberia.

A los aliados occidentales les interesaba mucho mantener a Rusia metida en la guerra, y al gobierno provisional también le interesaba sobremanera asegurarse su ayuda económica para la eventual reconstrucción de Rusia después del conflicto bélico. Pero los mejores cuadros del ejército ruso habían sido liquidados a fines de 1916, las zonas rurales estaban llenas de desertores, la

administración civil era un caos o no existía y la población en general había perdido el entusiasmo patriótico de fines de 1914. El gobierno provisional era incapaz de mantener ningún tipo de liderazgo político ni militar coherente y una amplia variedad de «soviets» revolucionarios (agrupaciones municipales locales y de fábricas) exigían soluciones «socialistas» en las principales ciudades.

En tales circunstancias, el principal jefe bolchevique Vladímir Lenin se dio cuenta de golpe de que su exilio en Suiza —que él creía iba a durar indefinidamente, si no para toda la vida— podría tener un final glorioso; de que su bien organizada y férreamente disciplinada «vanguardia» podría tomar el poder e iniciar la revolución socialista mundial. Los alemanes lo veían igual de claro porque les interesaba que el caos creciera en Rusia y no imaginaron ni remotamente que Lenin y sus seguidores fueran capaces de establecer un gobierno estable. Fueron ellos quienes pusieron a disposición de Lenin el tren blindado que habría de llevarlo de Suiza a la costa báltica, desde donde pasó a Suecia y finalmente a San Petersburgo en la primavera de 1917.

Los bolcheviques se ganaron el apoyo temporal de la población rusa con el lema de «paz, pan y tierra para el pueblo». Prometían también el derecho a la autodeterminación de los pueblos que constituían el Imperio ruso. Cuando en noviembre de 1917 tomaron el poder, la «paz» y la «autodeterminación» eran las partes del programa sobre las cuales podían actuar de inmediato. Anunciaron la retirada rusa de la guerra «imperialista» y, en el transcurso de tres meses, reconocieron el derecho a la independencia de Finlandia, los países bálticos, Polonia, Ucrania y Transcaucasia. Al mismo tiempo negociaban la paz en la ciudad de Brest-Litovsk, cuartel general de los ejércitos alemanes orientales. Como es natural eran sin comparación la parte más débil en términos de poder real y, además, habían anunciado su compromiso por la paz antes de que empezara el regateo. Sin embargo, los alemanes se vieron sorprendidos por la descarada propuesta de una paz sin indemnizaciones ni anexiones... condiciones que ellos ya le habían rechazado a interlocutores tan respetables como el presidente Wilson y el papa. ¿Quiénes eran esos desdeñables intelectuales (Liev Trotski y Liev Kámenev

eran los más sobresalientes), cuyo golpe de Estado sólo había sido posible gracias al dinero y a los transportes alemanes? Es muy posible que los alemanes no hubieran contado con la fuerza de las esperanzas de la revolución internacional, esperanzas que, sin embargo, Lenin tuvo que hacer aceptar incluso a sus más próximos colegas, como punto de partida temporal a fines de 1917.

Al mismo tiempo, los alemanes estaban verdaderamente desesperados por conseguir grano y materias primas del Imperio en desintegración y por lograr una tregua segura que les permitiera trasladar al grueso de sus tropas a Francia. Por un lado estaban embriagados con la alucinante perspectiva de un nuevo imperio oriental propio; por el otro, los pueblos alemanes y austro-húngaros estaban al borde de la hambruna, la disciplina militar austríaca dependía por completo de la presencia de los cuadros alemanes y los estadounidenses estaban entrenando millones de soldados de refresco, cuyo desplieque en cuestión de meses haría imposible la victoria alemana en el decisivo frente occidental. Lenin luchaba en las filas de los cabecillas bolcheviques para convencer a sus colegas de que las draconianas condiciones presentadas por los alemanes debían ser aceptadas. Lo más importante era establecer la base para la posterior revolución mundial. Los alemanes no estaban impidiendo a los bolcheviques consolidar el poder dentro del corazón de Rusia; y los bolcheviques serían barridos si no hacían valer su promesa de paz. El jefe estratégico de los bolcheviques Liev Trotski inventó la fórmula nada ingenua de «ni paz, ni guerra». Los alemanes no se dejaron impresionar y decidieron reanudar su marcha en dirección al este. A lo largo de febrero de 1918 ocuparon la mayor parte de Ucrania, incluidas las grandes ciudades de Kíev, Járkov y Rostov.[10]

El 3 de marzo los bolcheviques firmaron el Tratado de Brest-Litovsk. Según el acuerdo renunciaban a cualquier reclamación sobre Finlandia, las provincias bálticas, Ucrania y gran parte del Cáucaso. La industria alemana disfrutaría de una suerte de estatus extraterritorial en la misma Rusia: exención del pago de aranceles, subsidio de transporte, uso de la moneda ale-

10. Richard Pipes, *The Russian Revolution*, Vintage Books, Nueva York, 1991, pp. 208-240, 572-595, y passim.

mana, repatriación irrestricta de beneficios, etc. Los territorios arrancados a Rusia tenían una extensión tres veces mayor que la de la misma Alemania. Incluían un cuarto del total de la población y la industria rusa, y tres cuartos de sus reservas conocidas de hierro y carbón.

Todas las tropas y el grano disponibles fueron llevados apresuradamente en dirección al oeste y los alemanes lanzaron su desesperada ofensiva el 21 de marzo, una jugada que, en potencia, pareció exitosa hasta julio. Entretanto, las fuerzas políticas conservadoras de Lituania, Letonia, Estonia y Finlandia negociaban para lograr que distintos primos principescos del káiser se convirtieran en monarcas constitucionales de esos países, una forma de garantizar la estabilidad social y la futura amistad alemana hacia los nuevos Estados independientes.

Durante 1917 y 1918, la política finlandesa manifestó un complejo y, en última instancia, exitoso equilibrio entre la Rusia imperial —luego bolchevique—, el Imperio alemán y los aliados occidentales. Cuando la revolución de marzo redujo de manera ostensible el peso de Rusia, amenazando a la vez con un futuro impredecible, el gobierno alemán le aseguró en privado al primer ministro finlandés Svinhufvud que a Alemania le interesaba la independencia finlandesa, pero no le dio garantía alguna. En julio decidieron enviar una sustancial cantidad de armamento a Finlandia, cuya llegada coincidió con las primeras semanas de la Revolución bolchevique y, también, con la vuelta a su patria del general Gustav Mannerheim. Mannerheim era la principal figura militar de Finlandia, general del ejército del Imperio ruso, casado con la hija de un general ruso. También contó en esa ocasión con un tren blindado para llevarlo de Ucrania a Helsinki. En ese momento Svinhufvud y la mayoría de los conservadores presumieron que serían necesarias tropas alemanas para desalojar a las fuerzas de ocupación rusas de Finlandia. Los socialdemócratas querían negociar con los bolcheviques, que ya proclamaban estar dispuestos a aceptar la independencia finlandesa. El general Mannerheim recibió de buena gana las armas alemanas, pero prefirió no aceptar el envío de tropas alemanas, que podrían complicar el logro de la independencia.

El 31 de diciembre, Svinhufvud conferenció con Lenin y,

el 4 de enero, el gobierno soviético reconoció la independencia finlandesa, un gesto que más tarde sería recordado con gratitud por los conservadores finlandeses y por toda la izquierda. Pero lo que en verdad ocurrió fue que la milicia revolucionaria finlandesa ocupó Helsinki el 28 de enero y tres meses de guerra civil opusieron a los simpatizantes bolcheviques con las fuerzas conservadoras y constitucionales democráticas, dirigidas por Mannerheim. Enfrentado con la potencial revolución comunista, Mannerheim acordó la ocupación alemana de las islas Aaland y, el 6 de abril de 1918, dio la bienvenida a la división báltica del ejército alemán en la «liberada» Helsinki, donde el orden y la disciplina de dicha división causaron buena impresión entre la muy atemorizada clase media.

Todavía convencidos de que Alemania iba a ganar la guerra, los conservadores negociaron con el príncipe Friedrich de Hesse, su candidato favorito para el eventual trono. Los alemanes aprobaron la decisión finlandesa el 9 de octubre, el mismo día en que los generales Hindenburg y Ludendorff ordenaron al gabinete civil que pidiera la paz. Un mes después el káiser huyó a Holanda, Alemania se rindió y el gobierno provisional finlandés solicitó con éxito a los triunfantes aliados confirmar la existencia de la República independiente de Finlandia.[11]

La derrota de los alemanes en el oeste cogió a los líderes polacos, bálticos y finlandeses por sorpresa, pero del mismo modo que el frente oriental nunca había estado estancado como el occidental, la actitud de los victoriosos aliados no fue tan categórica hacia Alemania en el este como lo fue en el oeste. El armisticio especificaba que las tropas alemanas permanecerían en las provincias bálticas para ayudar a mantener «el orden», es decir, para proteger a los nuevos regímenes de posibles acciones bolcheviques. En el último minuto, cuando estaban evacuando Varsovia, los alemanes liberaron a Pilsudski y lo pusieron al cargo de la ciudad, medida aceptada por los aliados y que hizo posible un mínimamente unificado gobierno polaco durante el primer año de independencia.

De modo tal que los altibajos de la guerra en el este, la astucia política de los líderes independentistas bálticos y finlandeses, la autodeterminante doctrina bolchevique y su imperiosa necesidad de paz, más la, a veces, inteligente administración ale-

mana en tiempos de guerra —seguida por su completa derr
militar—, todo se combinó para permitir los comienzos de i
pendencia política a pueblos que, durante siglos, se habían
obligados a aceptar la autoridad imperial de los Románov o los
Hohenzollern.

CAPÍTULO 3

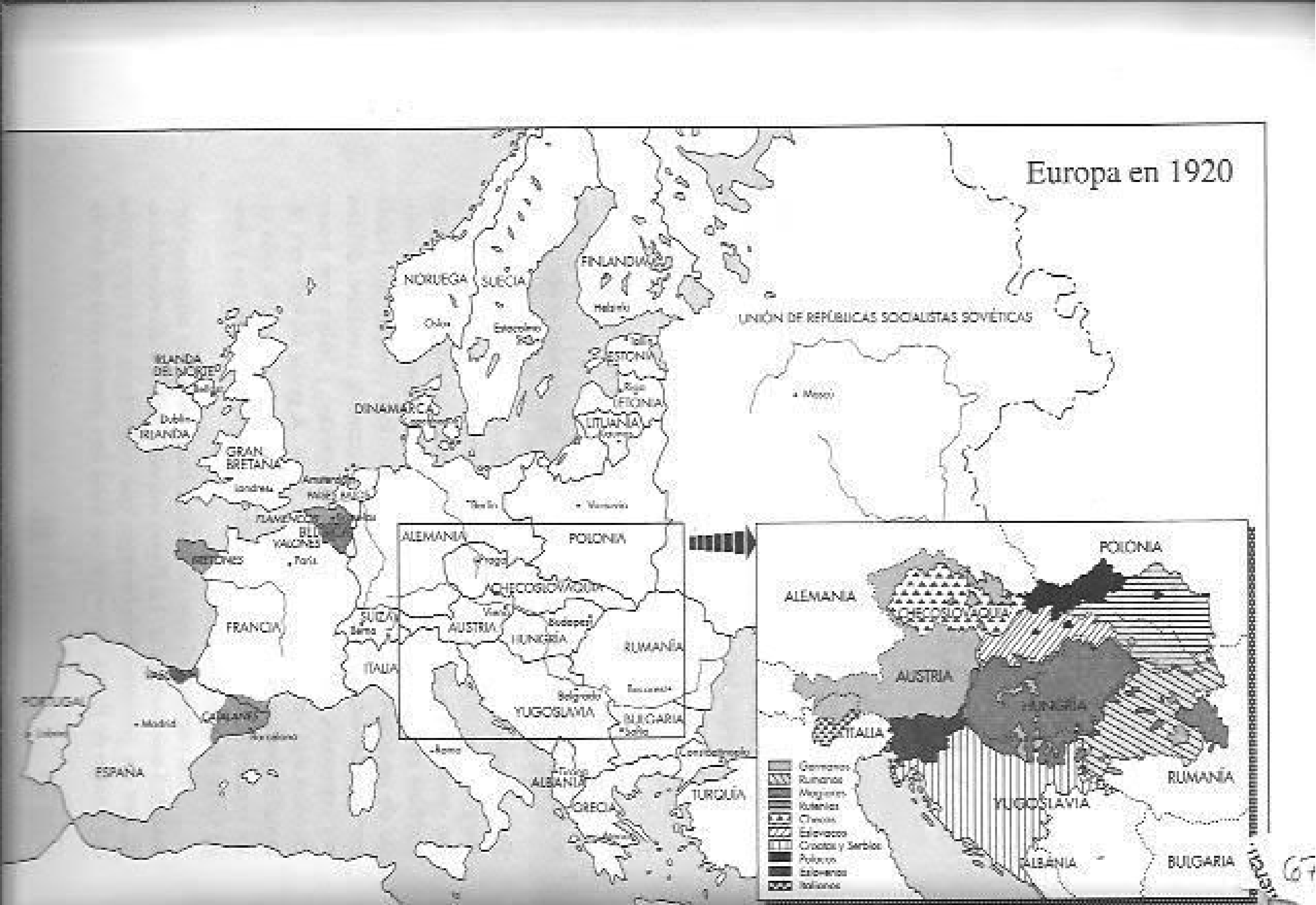
PAZ INESTABLE Y RECUPERACIÓN, 1919-1930

En el oeste, la victoria de las potencias aliadas —Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos— fue la victoria de países que compartían las instituciones del capitalismo, la libertad política y la supremacía civil en el gobierno. Gran Bretaña, Francia y Bélgica experimentaban una aguda sensación de agotamiento físico, de haber escapado por escaso margen de una amenaza mortal y tenían enormes deseos de volver a la «normalidad», entendida como la continuación de actividades pacíficas y progreso económico que habían caracterizado las décadas prebélicas.

El talante era casi el mismo entre sus vecinos neutrales. Por lo tanto, mientras Suiza, España, Holanda, Dinamarca, Noruega y Suecia habían sufrido de una u otra manera el bloqueo y los cuatro años de interrupción del comercio internacional, sus pueblos estaban en su mayoría complacidos por la victoria militar de naciones cuyos ideales e instituciones compartían. Había que superar escaseces de alimentos y bienes de consumo; debían ser reparados puertos, puentes y carreteras; y había que hacer frente a una virulenta epidemia de gripe. A pesar de todo era razonable pensar por anticipado que la recuperación de la vida civil normal sería rápida desde Gibraltar hasta Spitzbergen y desde Gran Bretaña hasta Suiza.

En cambio, al este de Suiza e Italia no había ninguna normalidad que recuperar. La Rusia imperial había sido reemplazada por un gobierno bolchevique que controlaba la mayor parte del centro de Rusia, pero que luchaba una guerra civil en distin-

Europa en 1920



tos frentes: contra las fuerzas militares del Antiguo Régimen y contra varios grupos nacionalistas, cada uno de los cuales buscaba la manera de liberarse por completo del dominio ruso. En Alemania había abdicado el káiser y se había proclamado la república; sin embargo, la gran mayoría de las clases medias, los campesinos, los militares, los profesionales y los funcionarios civiles habían sido leales al imperio hasta el momento del colapso, de modo tal que no había nada que se pareciera a un apoyo unánime para la naciente república.

En todos los territorios del centro y el este europeos —que habían estado gobernados por los tres imperios derrotados—, comités nacionales de variada ideología y variada autoridad proclamaban su derecho a crear nuevas repúblicas: Polonia, Lituania, Letonia, Estonia y Finlandia al norte; Checoslovaquia, Austria y Hungría en tierras de los Habsburgo. En los Balcanes, los existentes reinos de Rumanía, Bulgaria y Grecia dependían por completo de las intenciones de los aliados; representantes de las comunidades de eslovenos, croatas, montenegrinos y macedonios negociaban para transformar el existente reino de Serbia en el multinacional reino de Yugoslavia.

En tales circunstancias, los pueblos sometidos de Europa central y oriental, así como los de la península Balcánica, se tomaron muy en serio el texto de los *Catorce puntos* que el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, había propuesto el 8 de enero de 1918 como base para la futura paz del mundo. Sus representantes sabían, como es natural, que se mantenían discusiones confidenciales en el campo aliado y que los acuerdos secretos ya estaban tomados; sabían también que Estados Unidos no había entrado en la guerra hasta ocho meses antes del discurso del presidente. A pesar de todo se reconocía universalmente que, sin la contribución de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia solas no habrían podido derrotar a Alemania y que, en consecuencia, la voz de Estados Unidos estaba en pie de igualdad con las potencias occidentales originales.

Los puntos X, XI y XIII eran en especial relevantes para los pueblos que no tenían un Estado. El punto X declaraba que «a los pueblos austro-húngaros, cuyo lugar entre las naciones deseamos ver salvaguardado y asegurado, se les debe conceder la más libre de las oportunidades para un desarrollo autónomo». La

frase «lugar entre las naciones» no garantizaba en sí misma la existencia de un Estado soberano pero implicaba, con toda certeza, autogobierno y alguna forma de reconocimiento internacional.

El punto XIII demandaba «un Estado polaco independiente... que debe incluir los territorios habitados por poblaciones indiscutiblemente polacas, a las cuales debe asegurarse un acceso libre y seguro al mar...». En este caso, Wilson proponía sin equívoco posible un Estado en toda regla. Además, como no había forma de proporcionar acceso al mar sin incluir algún territorio con población alemana, ponía en claro que, si hubiera cualquier conflicto entre los límites nacionales y la viabilidad económica, prevalecería la última. De igual modo, en el punto XI, que trataba la cuestión balcánica, decía que a Serbia debía «concedérsele libre y seguro acceso al mar». Esta última declaración era crucial para aquellos que planeaban establecer un nuevo reino eslavo del sur bajo la autoridad de la existente dinastía serbia; y un obstáculo potencial para los italianos que creían que, según los acuerdos secretos de 1915, habían sido aceptadas sus reclamaciones sobre los territorios costeros adriáticos del Imperio de los Habsburgo.

Todos los pueblos del Imperio de los Habsburgo, más otras pocas nacionalidades sin Estado —como la irlandesa y la catalana—, enviaron delegaciones a la Conferencia de Versalles, con la esperanza de lograr la independencia nacional. Pero la preocupación dominante de la conferencia durante los primeros seis meses de 1919 era la de imponerle la paz a una Alemania derrotada. Los *Catorce puntos* no decían nada de Alemania y, en interés de apresurar su rendición, las autoridades aliadas permitieron que el pueblo alemán tuviera la esperanza de que los principios de Wilson también le serían aplicados en el futuro.

Sin embargo, de hecho, los vencedores iban a tratar a Alemania como a un enemigo derrotado a quien había que mantener militarmente impotente, y a quien habría que exigir el pago de los inmensos costos de la guerra recién terminada. Las decisiones relacionadas con Alemania fueron tomadas por el presidente Wilson, el primer ministro británico Lloyd George y el primer ministro francés Georges Clemenceau, con el consentimiento —pero menor participación— del primer ministro italiano, Or-

lando. Ningún delegado alemán fue invitado a participar en las discusiones.

Hubo algunas conversaciones informales con los bolcheviques, pero ninguna perspectiva real de incorporarlos. El gobierno comunista desconoció todas las deudas de la época zarista y puso en graves aprietos a los aliados al publicar los muchos tratados secretos, cuyas contradictorias promesas iban a envenenar las relaciones entre los vencedores. La propaganda revolucionaria bolchevique era por supuesto anatema para todos los gobiernos capitalistas occidentales y los aliados apoyaron a las fuerzas anticomunistas durante la guerra civil. De modo tal que todas las decisiones que concernían a Alemania dependían de las negociaciones entre los tres aliados principales y sus consejeros más cercanos.

Wilson, además de ser un político experimentado y tenaz, era un idealista. Por su faceta de político sabía muy bien que el conflicto submarino irrestricto, la herencia cultural común anglosajona de Estados Unidos y los venerados recuerdos de la ayuda francesa a los ejércitos revolucionarios de George Washington, significaban que la opinión de los norteamericanos fuera abrumadoramente favorable a Gran Bretaña y Francia, y contraria a Alemania.

Por su faceta idealista estaba resuelto a establecer una nueva Liga de las Naciones, para crear un mundo de «pactos pacíficos públicos alcanzados sin ocultamientos» (punto I de los *Catorce puntos*); a reducir el armamento de todas las naciones «hasta el mínimo posible dentro de lo que permitiera la seguridad interna» (punto IV); a posibilitar el autogobierno y el sentido de justicia internacional, no sólo para todos los pueblos europeos en el futuro inmediato sino también —en cuestión de décadas— para todos los pueblos no europeos que, en ese momento, estaban regidos por autoridades coloniales. Como mucha gente de elevados ideales estaba convencido de la pureza de sus motivaciones e irritaba a los demás por la incapacidad que demostraba para ocultar su sentimiento de superioridad moral.

Lloyd George representaba a una Inglaterra que no había sido nunca tan severamente amenazada desde los tiempos de Napoleón. Acababa de ser reelecto con lemas como «Colgar al káiser» (aunque sus ministros y él estuvieran en realidad encanta-

dos con que el káiser hubiera huido a Holanda, de cuyo territorio no podía ser legalmente extraditado) y con el reclamo de que Alemania fuera «exprimida hasta los huesos». En cuanto al anciano, dignísimo y tremendamente pesimista Clemenceau representaba a una Francia que, dos veces a lo largo de su vida, había sido ocupada por los ejércitos alemanes; una Francia cuya décima parte de territorio estaba reducida a ruinas por cuatro años de bombardeos de artillería y que había sufrido varios meses más la destrucción sembrada por los alemanes en su retirada; una Francia cuyo índice de natalidad y cuyos recursos económicos serían absolutamente insuficientes en el caso de que Alemania volviera a estar alguna vez en condiciones de invadirla.

Hubo momentos de ásperos conflictos entre estos tres estadistas, pero en lo que se refiere a la decisión franco-británica de que Alemania tendría que pagar los costos totales de la larga guerra y la repulsa moral de Wilson contra el militarismo alemán no hubo dudas: a Alemania le sería impuesta una paz punitiva.

Según el Tratado de Versalles, firmado el 28 de junio de 1919 (quinto aniversario del asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo), Alemania cedió todas sus colonias africanas, sus islas del Pacífico y sus concesiones comerciales y militares en China. También hubo de renunciar a las muchas concesiones territoriales y comerciales cedidas por Rusia en el Tratado de Brest-Litovsk de marzo de 1918. Alsacia-Lorena fue devuelta a Francia y se creó un «corredor» polaco en territorios donde la mayoría de los habitantes se consideraban incuestionablemente alemanes. El límite histórico entre Alemania y el Imperio de los Habsburgo se convirtió en el límite entre Alemania y la nueva República de Checoslovaquia. No se consultaron las preferencias de la población de los llamados Sudetes, mezcla de alemanes y checos.

Sin embargo, los vencedores tuvieron la sabiduría de no pretender decidir todas las cuestiones territoriales en seis meses. Tanto Lloyd George como Woodrow Wilson querían evitar que en Alemania se extendiera un rencor permanente. El presidente de Estados Unidos vio la ocasión de aplicar el principio de la autodeterminación una vez que las principales demandas francesas y polacas fueron satisfechas. En febrero y marzo de 1920, plebiscitos supervisados por autoridades internacionales dividieron

de forma pacífica la zona de población mixta de Schleswig entre Dinamarca y Alemania. Y, en la primavera de 1921 —de manera menos amistosa, pero con honestidad y supervisados por observadores internacionales—, los plebiscitos dividieron la Alta Silesia entre Alemania y Polonia.

La ciudad de Dantzig —principal puerto polaco sobre el Báltico— tenía una población de mayoría alemana e infraestructura comercial también alemana. En 1920 se convirtió en ciudad libre bajo los auspicios de la Liga de las Naciones, que designó a un alto comisionado para que arbitrara las disputas entre los intereses polacos y alemanes. La Liga supervisó también los plebiscitos de 1920, en los cuales la mayoría de los ciudadanos de Marienwerder y Allenstein votaron pertenecer a Prusia Oriental y no a Polonia.

Francia exigió también la anexión del Sarre, basándose en que sus minas de carbón serían la legítima compensación por las minas francesas destruidas durante la guerra. Sin embargo, la gran mayoría de la población del Sarre era alemana. Por lo tanto los aliados decidieron ceder las minas a Francia pero que, el territorio en sí, fuera administrado durante quince años por la Liga de las Naciones, al cabo de los cuales los habitantes decidirían si aceptaban la soberanía francesa o alemana, o bien continuaban bajo la soberanía de la Liga.

Los acuerdos de Dantzig y el Sarre auspiciados por la Liga de las Naciones y los exitosos plebiscitos de Schleswig, Silesia, Marienwerder y Allenstein demuestran que los aliados estaban dispuestos a experimentar soluciones internacionalistas y consensuadas en asuntos nacionales y económicos. Su actitud era en parte cuestión de sentido común, en parte la oportunidad de darle una función práctica a la Liga de las Naciones. Si Hitler no hubiera llegado al poder en 1933 absolutamente decidido a destruir todos los tratados de paz es muy posible que esos tratados hubieran podido ser modificados por consenso y que las heridas de una paz punitiva hubieran podido cicatrizarse. La historia es, sin duda, una cuestión de secuencias fácticas, no de hipótesis, pero en un mundo que tiene que aprender a vivir en paz si no quiere destruirse a sí mismo, los ejemplos expuestos en los párrafos anteriores merecen ser recordados.

La delimitación de las fronteras entre Alemania y sus ve-

cinos no fue en realidad arbitraria, excepción hecha del corredor polaco y del límite norte de Checoslovaquia. Por otra parte, los arreglos financieros intentados —en particular las demandas de indemnizaciones— eran un caso de insensatez económica reconocida en su momento pero, en apariencia, imposible de evitar después de que los gobiernos francés y británico hubieran prometido repetidas veces a sus pueblos que Alemania sería forzada a pagar todos los daños provocados por la guerra.

El Tratado de Versalles no estableció ninguna cifra para las indemnizaciones y, a fines de 1919, los políticos más fogosos hablaban de 64 000 millones de dólares, cantidad que pretendía cubrir no sólo los daños directos producidos en suelo francés y belga y la infraestructura productiva, sino también el costo completo del armamento de los aliados, el costo estimado de las pensiones de guerra de viudas y veteranos, etcétera. En abril de 1921 la suma se redujo a 32 000 millones y se decidió asimismo que Alemania estaba en condiciones de pagar un máximo de 500 millones de dólares en cuotas anuales.

Los 500 millones de dólares totalizarían alrededor del 1,6 % de 32 000 millones o, dicho en otras palabras, menos del valor normal de interés de pagos, es decir el 4-5 % del capital. De manera que, en caso de que los alemanes pagaran puntualmente, el volumen total teórico de su deuda continuaría creciendo. A la vista de semejante absurdo, los alemanes remolonearon y ni siquiera aportaron las cantidades que habrían podido pagar.

En 1923, Francia ocupó parte de la zona industrial del Ruhr para forzarlos a cumplir, una maniobra que le costó más que las indemnizaciones que estaba autorizada a cobrar por la fuerza. Alemania sufrió una hiperinflación sin precedentes. Se convocó una conferencia internacional para reducir las cifras de las indemnizaciones de 1921. Gracias al Plan Dawes de 1924 y al Plan Young de 1929 —Dawes y Young eran los apellidos de los principales negociadores estadounidenses—, Alemania redujo de manera drástica el total del endeudamiento y recibió préstamos de Estados Unidos por un monto mayor que las indemnizaciones pagadas por Alemania hasta 1931, fecha en que quebró todo el sistema a raíz de la depresión.

Entre 1919 y 1924 una serie de tratados añadidos garantizaron un grado sin precedentes de autogobierno a los antiguos

súbditos de los imperios dinásticos. Polonia, las nuevas repúblicas bálticas, Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia, todas ellas tenían trazadas sus fronteras a lo largo de los límites nacionales y fueron reconocidas como miembros de la Liga de las Naciones. Con la importante excepción de los Estados bálticos, tenían también garantizada su seguridad por tratados de defensa mutua con Francia que, a principios de 1920, era la potencia militar más importante del continente.

En su intento por emular a Occidente estos Estados redactaron constituciones parlamentarias democráticas y convocaron elecciones libres. Pero también levantaron barreras arancelarias entre sí en zonas que habían gozado de una virtual libertad de comercio bajo los Habsburgo o los Románov. Todos tenían desavenencias territoriales con sus vecinos, desavenencias que a menudo parecían incomprensibles a sus protectores occidentales y que, en varias ocasiones, condujeron a conflictos militares fronterizos. En todos ellos había minorías nacionales dentro de sus límites y judíos contra quienes los prejuicios y, a veces, la violencia física eran endémicos. Había sustanciales minorías de ucranianos, alemanes y lituanos en Polonia; de húngaros en Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia; de búlgaros en Rumanía y Yugoslavia; de eslovenos y austríacos en Italia; de albaneses en Yugoslavia; de macedonios en Yugoslavia, Bulgaria y Grecia; de griegos en Turquía y de turcos en Grecia y Bulgaria. Todos los tratados de paz tenían cláusulas que protegían a las minorías, cláusulas que causaban mucho resentimiento local, puesto que no estaban escritas en las constituciones de Bélgica, Francia ni Gran Bretaña, naciones en las cuales los prejuicios nacionales y religiosos no eran desconocidos.

De cualquier modo, el pacto de la Liga y las cláusulas de los tratados de paz referentes a las minorías significaban un paso positivo en el largo esfuerzo por establecer la justicia social sobre bases internacionales. Tales cláusulas habrían sido inconcebibles sin la iniciativa de Wilson y sin el reconocimiento por parte de todas las potencias aliadas de que la paz mundial dependía de la justicia y no de la revancha. Wilson mismo sabía muy poco sobre la estructura nacional-étnica de la Europa que estaba remodelando. Sin embargo, hay momentos de la historia en que los grandes principios encuentran un tal vez falible pero

gran portavoz. Durante 1919, en las ventanas de las cabañas de las granjas a ambos lados de las fronteras del armisticio, los campesinos encendían velas y rezaban plegarias por *Meester Veelson*. Rendían culto a lo que simbolizaba, si bien no a todo lo que hacía.

De modo tal que, en los primeros años posteriores a la guerra —1919-1924—, Europa centrooriental y los Balcanes fueron testigos del surgimiento de una cantidad de nuevos Estados, cuyas fronteras habían sido en gran parte trazadas de acuerdo con los principios de autodeterminación nacional. En las regiones con poblaciones mixtas se dio preferencia a las antiguas nacionalidades sometidas, en contra de los alemanes, austríacos y húngaros. Debido a la inextricable mezcla de pueblos en la región, cada uno de esos nuevos Estados incluía nuevas minorías nacionales; y todos ellos prometían proteger los derechos de esas minorías y los derechos de los judíos. Todos esos Estados tenían economía capitalista y constituciones parlamentarias. Todos ellos miraban hacia Occidente por razones de seguridad militar y por razones de relaciones comerciales mutuamente prósperas.

La Revolución rusa

La evolución histórica contemporánea en el antiguo Imperio ruso fue por completo distinta de la que se desarrollaba bajo los auspicios de Wilson y los aliados en Europa centrooriental. En noviembre de 1917, la toma del poder por los bolcheviques separó de modo definitivo a Rusia de la Europa capitalista y provocó la transformación social y política más profunda intentada en parte alguna de Europa desde la Revolución francesa de 1789. A partir de 1917 no hay nada en la historia europea que pueda entenderse sin hacer referencia a la Revolución rusa. Por eso es esencial en este punto considerar los antecedentes de ese acontecimiento, que constituyó un verdadero cataclismo.

En las décadas que precedieron a la Gran Guerra, el Imperio ruso era un cúmulo de pueblos predominantemente campesinos y nómadas que apenas se mantenían unidos por la lealtad dinástica al zar, la Iglesia ortodoxa rusa en las regiones europeas del imperio y una serie de guarniciones militares y cen-

tros administrativos establecidos en la región norte del continente euroasiático durante los siglos XVIII y XIX (alrededor de una séptima parte de la superficie de la Tierra). Las inmensas distancias y las poblaciones desperdigadas hacían posible la coexistencia pacífica de culturas muy distintas porque, la mayor parte del tiempo, se ignoraban mutuamente. En los montes del Cáucaso, y a lo largo de Asia central y Siberia, la variedad de nacionalidades, subculturas económicas, religiones y lenguas era infinitamente superior a las diferencias nacionales existentes en la Europa que se extendía al oeste de Rusia.

A mí siempre me ha parecido que Europa occidental, en razón de que sus territorios son relativamente pequeños y sus pueblos relativamente homogéneos, nunca ha sabido apreciar la envergadura *humana* del Imperio ruso (lo mismo que antes no supo apreciar la de los imperios español y portugués). Los rusos no eran racistas como lo fueron los colonizadores anglosajones y del norte de Europa que, al llegar a América, exterminaron a los indígenas sin considerar nunca la posibilidad de asimilarlos pacíficamente dentro de una federación flexible, que admitiera niveles técnicos y culturales muy distintos. Los rusos celebraban matrimonios mixtos dondequiera que se asentaran y, a pesar de la falta de desarrollo de la autocracia imperial, sus soldados y administradores deben de haber tenido ciertas cualidades humanas porque lograron una módica anuencia de pueblos muy dispares.

En 1900, la cultura de estilo europeo —que incluía zonas urbanas con plazas centrales pavimentadas, iglesias y ayuntamientos de piedra, edificios comerciales y mercados organizados— se limitaba a las regiones fronterizas occidentales, a los valles de los ríos principales y a las ciudades de San Petersburgo, Moscú, Kíev y Odessa. Por aquel entonces el capitalismo industrial se desarrollaba en las ciudades más importantes; los campesinos —que hasta 1861 habían sido siervos— se iban transformando de manera gradual en una clase de granjeros europeos que, o bien eran dueños de sus tierras, o las tenían en arriendo con la obligación de compartir las cosechas.

Dos características de la situación a fines del siglo XIX eran en especial pertinentes con respecto al futuro de Rusia. La primera es que, a pesar de la torpeza del gobierno autocrático, lo mejor de las bellas artes, la literatura, la música, la educación su-

perior y las ciencias estaba en pie de igualdad con el resto de Europa. La segunda, que las clases educadas estaban profundamente divididas sobre la cuestión del futuro de Rusia en un mundo de ferrocarriles, comercio internacional, comunicaciones telegráficas y constante aumento de la interdependencia de las naciones a escala mundial.

¿Debía Rusia hacer todo lo posible por adoptar los métodos y técnicas del capitalismo occidental, tener un gobierno parlamentario y una cultura cada vez más laica? ¿O había aspectos de la religión ortodoxa y de la cultura campesina precapitalista moralmente superiores a los del competitivo y laico Occidente? Y ¿cuáles de esos aspectos debían ser preservados como ingredientes básicos del futuro de Rusia? El primer grupo era conocido con el nombre de «occidentalizantes»; el segundo con el de «eslavófilos».

Los partidos que hicieron la Revolución —en especial la segunda, la Revolución «bolchevique»— eran en su mayor parte, pero no del todo, occidentalizantes. Cuando en marzo de 1917 abdicó el zar, los demócratas-constitucionales (Cadetes) esperaban reorganizar Rusia como una monarquía parlamentaria o una república, según los modelos de Gran Bretaña o Francia. El mayor partido de izquierdas —el de los socialistas-revolucionarios— era occidentalizante porque aceptaba el desarrollo del capitalismo industrial, pero eslavófilo porque exaltaba las cualidades del Mir, los pueblos que ejercían la responsabilidad *colectiva* de la agricultura campesina. Los socialistas-revolucionarios eran además los herederos de la «Voluntad del pueblo», grupos de estudiantes idealistas que en la década de 1870 se habían ido a vivir entre los campesinos como maestros y artesanos; eran también los que habían asesinado al zar Alejandro II y los que, hasta 1914, habían agregado a más de cien altos oficiales del gobierno y funcionarios civiles a la lista de «opresores» liquidados.

El Partido Socialdemócrata, dividido por razones tácticas y personales en dos alas, esperaba que la guerra mundial fuera seguida por una revolución socialista también mundial, en la cual Gran Bretaña y Alemania jugarían probablemente los papeles principales y en la cual Rusia colaboraría dando lo mejor de sí misma dentro de sus posibilidades. El ala más numerosa estaba a favor de una democracia parlamentaria y mantenía relacio-

nes amistosas con los socialdemócratas alemanes, los sindicatos polacos y judíos, y los grupos socialistas de Polonia. El ala minoritaria despreciaba la democracia parlamentaria; sus miembros eran en parte herederos de las tradiciones secretistas y violentas de la Voluntad del Pueblo.

En 1915-1916, cuando Alemania triunfaba en el este europeo, los socialdemócratas rusos trabajaban en células clandestinas o vivían en el exilio en otros países europeos, sin expectativa alguna de que la revolución pudiera producirse en un futuro próximo. Pero la abdicación del zar sin ofrecer resistencia, más el extraordinario y total colapso del Estado existente ofrecieron una oportunidad inesperada. Fue en esas circunstancias, entre marzo y noviembre de 1917 (utilizo el calendario occidental en vez del ortodoxo ruso), cuando la certidumbre teórica y el genio organizativo de Vladímir Ilich Lenin, junto con la «audacia» dantoniana de Liev Trotski, hicieron literalmente historia.

Lenin siempre había insistido en que era «el primero entre iguales» en el liderazgo de su facción dentro del Partido Socialdemócrata. Una de sus victorias tácticas significativas fue, desde luego, vincular el nombre de *bolcheviques* ('mayoría') a su grupo. Adoptó el nombre después de una votación particular en la cual ganó su postura, pero la mayor parte del tiempo en toda la década anterior a la Revolución y durante la primavera y el verano de 1917, los bolcheviques eran en realidad menos numerosos que sus rivales a quienes dejaron marcados con el nombre de *mencheviques* («minoría»).

Lenin era un hombre que exudaba certidumbre —por lo menos en todas las relaciones con sus asociados próximos—. Vio el colapso del zarismo como una oportunidad única para lanzar la revolución socialista *mundial*, usando a la «atrasada» Rusia como trampolín, como la primera base territorial. Pero estaba completamente convencido de que la guerra conduciría también al colapso de los otros gobiernos capitalistas y de que la revolución se extendería entonces a la mayoría de los países industrializados, aquellos cuya madurez económica los convertiría en punta de lanza de la revolución mundial, en especial Gran Bretaña y Alemania.

Era también un hombre que no tenía reparos en cuanto a usar los recursos del sistema existente para hacer avanzar los in-

tereses de la revolución. Millonarios «radicales y *chic*» se contaban desde hacía tiempo entre los contribuyentes de la prensa y las arcas bolcheviques (controladas por Lenin). Sus partidarios se engancharon en transacciones monetarias ilegales y, en varias ocasiones, asaltaron bancos (en una de ellas bajo el mando del futuro «padre de la patria» Iósiv Stalin). Al comienzo de la guerra, en agosto de 1914, Lenin y su íntimo seguidor Zinóviev eran técnicamente extranjeros en la parte austríaca de Polonia. Pero gracias a los buenos oficios de la policía austríaca se les permitió abandonar Austria e instalarse en Suiza, país neutral. Simpatizantes que vivían en Alemania financiaron la publicación de varias obras de Lenin y Bujarin en Estocolmo que, después, pasaban de contrabando a Rusia. Tras el colapso del régimen zarista, la prensa bolchevique empezó a reclamar una paz por separado. A los alemanes les pareció que merecía la pena proporcionar un tren especial para trasladar a Lenin y a algunos de sus colaboradores de Suiza a la costa báltica y luego a Suecia. El mismo gobierno provisional gestionó los visados de entrada de Lenin y Trotski. Este último acababa de volver de Canadá y Estados Unidos, donde se había dedicado a tareas periodísticas.[1]

Entre marzo y noviembre, el gobierno provisional encabezado por el jefe de la Izquierda Socialista Revolucionaria Alejandro Kerenski ofreció que Rusia continuara la guerra al lado de los aliados, planificó dotarla de una Constitución democrática y trató de mantener buenas relaciones con el cuerpo de oficiales, mucho más conservador y monárquico que la mayoría de la Duma (asamblea legislativa). La izquierda democrática —compuesta por el Partido Socialista Revolucionario y los mencheviques— solicitó también la cooperación de los bolcheviques.

Pero Lenin tenía su programa propio, elaborado en abril, en el momento de su retorno de Suiza a Petrogrado. (La capital había dejado caer de su nombre el «San» en 1914 y se llamaría Petrogrado hasta 1924 cuando se convirtió en Leningrado en ho-

1. Mi relación de la toma del poder por los bolcheviques se basa principalmente en Richard Pipes, *The Russian Revolution*, Vintage Books, Random House, Nueva York, 1991, caps. 8-11; sobre las finanzas en particular, véase Joel Carmichael, «German Money and Bolshevik Honor», *Encounter*, marzo, 1974, pp. 81-90.

nor del recién fallecido líder máximo de los bolcheviques. Después de la extinción de la Unión Soviética en 1991 recuperó su nombre histórico de San Petersburgo.) El programa de Lenin estaba resumido en los lemas: «Paz», «Tierra para los campesinos», «Todo el poder a los soviets». El primero lo puso de punta con todos los demás partidos políticos, puesto que habían votado continuar la guerra. El segundo le permitió acumular cierto apoyo de los socialistas-revolucionarios, mientras los otros partidos políticos temían enemistarse con los aliados y tal vez desorganizar por completo la ya caótica situación interna si se estimulaba abiertamente a que los campesinos ocuparan las tierras. El tercero permitió a los bolcheviques dar a su programa minoritario la apariencia de representar la voluntad de los «obreros y campesinos». Los soviets eran comités elegidos localmente, que controlaban y hablaban en nombre de cada fábrica, grupo de hombres enrolados, marineros de determinados barcos o bases navales, etc. Los soviets eran más fuertes cerca de las grandes ciudades, Petrogrado y Moscú. Tenían mayoría los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, que los colocaron a la izquierda del gobierno provisional, y sus cabecillas eran antiguos compañeros de armas, que habían compartido la prisión y el exilio con los bolcheviques. Eran por lo tanto reacios a romper con estos últimos, a pesar de las profundas diferencias de programa y ética.

Lenin, como organizador y teórico, y Trotski, como su principal portavoz, aprovecharon a fondo lo que quedaba de la buena voluntad de los demás partidos de izquierda y, al mismo tiempo, incrementaron gradualmente el apoyo popular, proponiendo lemas que estaban desde luego muy cerca de los deseos de la mayoría. Los soldados estaban hartos de la guerra y desertaban en masa. Los campesinos asumían que se estaban convirtiendo en dueños de las tierras que eran alentados a ocupar. El gobierno de los soviets reemplazó al débil gobierno provisional y permitió que la reducida pero disciplinada minoría bolchevique gobernara en nombre de los órganos populares.

El gobierno provisional se veía debilitado por un factor fundamental: las mutuas (y muy justificadas) desconfianzas entre el primer ministro Alexandr Kerenski y el comandante general del frente de Petrogrado Lavr Gueórguievich Kornílov. Para-

lizado el gobierno, los bolcheviques casi tomaron el poder en julio y, de hecho, lo tomaron en noviembre. No se produjeron las heroicidades en masa que pintaron las películas de Eisenstein una década larga más tarde a instancias de Stalin y por temor a él. La Revolución de noviembre fue un exitoso golpe de Estado. Se produjo la ocupación sin resistencia y por sorpresa de los principales edificios públicos, correos, radios, etc.; los diputados de la Duma, que querían evitar un baño de sangre y que todavía no tenían una idea clara de las acciones que se podían esperar de los bolcheviques, se rindieron en el palacio de Invierno.

Los mismos bolcheviques esperaban una Revolución en la cual ellos fueran el brazo ejecutivo, pero a la cual la izquierda entera prestara colaboración voluntaria. Permitieron elecciones para formar una asamblea constituyente; sin embargo, cuando los resultados de esas elecciones significaron el triunfo de una mayoría socialista-revolucionaria-menchevique, clausuraron la asamblea sin más trámites el 18 de enero de 1918. Les costó tres años de guerra civil, tener que resistir la intervención internacional y sufrir la derrota en una temeraria invasión de Polonia, antes de poder asentar con firmeza su autoridad en Rusia. Además tuvieron que aceptar un tratado de paz, según el cual cedían numerosas poblaciones bielorrusas y ucranianas a la nueva Polonia.

Sin embargo, Lenin obtuvo notable éxito con los puntos fundamentales de su programa inicial. Compró la paz con Alemania gracias al Tratado de Brest-Litovsk aunque, al abogar por él, estuviera a menudo en minoría dentro de su mismo partido. Usó con habilidad los servicios de sus viejos correligionarios Zinóviev y Kámenev para organizar los gobiernos municipales de Petrogrado y Moscú. Se ganó el control de la industria pesada y de muchas unidades militares asentadas cerca de Petrogrado a través de soviets, donde o bien había mayorías bolcheviques, o bien aceptaban el liderazgo bolchevique a falta de otras propuestas claras.

Puso al recién converso Trotski —antiguo menchevique— a cargo del Ejército Rojo. La energía de Trotski, su poder persuasivo en situaciones críticas y el exitoso aprovechamiento tanto de los oficiales zaristas como de los que habían ascendido de las filas de soldados rasos, fueron decisivos para la victoria

militar bolchevique. Lenin puso a cargo de la cuestión de las nacionalidades a su seguidor georgiano Stalin, que desarrolló lo que iba a ser la constante política de los gobiernos bolcheviques: cultivar el folclore y la lengua de cada nacionalidad, pero asegurarse de que el poder real estuviera en manos de hombres leales a la autoridad central bolchevique. Lenin alentó también a los campesinos a ocupar las tierras y dejó para el futuro cualquier explicación de hasta qué punto serían o no legalmente dueños de los campos que cultivaban. Por último, siempre que fue posible, cubrió las decisiones bolcheviques con la legitimidad popular de confirmarlas con entusiastas votos cantados en los soviets.

Hasta aquí he resaltado de qué modo las dotes personales de Lenin le permitieron convencer a sus correligionarios y ganarse un considerable apoyo popular, gracias a su decidida manera de poner en práctica un programa que, sin duda, respondía a los deseos de la mayoría. Pero el caos económico, la guerra civil y la ausencia de «revolución mundial» alguna lo forzaron a adoptar políticas de «comunismo de guerra» y terror masivo. En estas decisiones su carácter personal tuvo cierta importancia. Sin ser vano ni cruel —en el sentido corriente de estas palabras—, Lenin estaba absolutamente seguro de ser indispensable (rasgo nada raro entre los grandes líderes). También estaba absolutamente seguro de la acertada formulación de su programa bolchevique, no sólo para el pueblo ruso sino para los trabajadores y campesinos del mundo entero. Durante el verano de 1917 se mantuvo oculto para no correr el riesgo de ser arrestado o asesinado. A través de sus principales lugartenientes dirigía la prensa bolchevique y la preparación militar para la toma del poder, que todo el mundo anticipaba a principios de octubre.

Los primeros meses después del golpe de noviembre parecieron una especie de luna de miel para la Revolución pero, el 30 de agosto de 1918, el asesinato del jefe de policía Uritski y el intento de asesinato del mismo Lenin lo indujeron —igual que a los jacobinos de 1793— a defender la Revolución a fuerza de terror. Tampoco entonces hubo sadismo ni desbordes emocionales (aunque «aplastar» fuera uno de los verbos favoritos de Lenin), sino la precisa y rápida eliminación física de presuntos enemigos. El 3 de septiembre, el gobierno anunció que, como represa-

lia por la muerte de Uritski, había ejecutado a quinientos enemigos de clase en Petrogrado y a cuatrocientos en Yaroslavl.[2] Se instalaron campos de concentración para «reeducar» a la burguesía recalcitrante y al *lumpen proletariat*. El gobierno nunca ocultó su disposición para detener o ejecutar, y Lenin justificó el estado de terror basándose en que, con esos métodos, moría mucha menos gente que en las guerras de las potencias capitalistas.

La política de comunismo de guerra se adoptó para contener el prevaleciente caos y proporcionar un liderazgo resuelto en contraste con el supuestamente vacilante liderazgo de los socialistas-revolucionarios y los mencheviques. Bajo el amparo del comunismo de guerra se nacionalizaron por completo las tierras, el comercio y la industria. Se implantó el racionamiento junto con los principios de clase que adjudicaban raciones más abundantes a los obreros industriales que a los empleados de cuello blanco y a los «burgueses». El comercio exterior se convirtió en monopolio estatal y, en el interior, el gobierno recibió con beneplácito la quiebra de los bancos y la sustitución de la economía monetaria por el trueque. Las propiedades de la Iglesia ortodoxa fueron confiscadas, pero las iglesias siguieron abiertas. Se requisó el grano aunque el gobierno trató de dejar a los campesinos suficiente cantidad del total producido, de modo que no se sintieran desilusionados con la Revolución. Se toleró en gran medida el mercado negro de alimentos y bienes de consumo.

El período del comunismo de guerra —desde el verano de 1918 hasta marzo de 1921— corresponde al período de la guerra civil y la intervención extranjera. El gobierno soviético tuvo que hacer frente a varios desafíos armados: de campesinos nacionalistas y grupos anarquistas en Ucrania y el Cáucaso; de ejércitos contrarrevolucionarios apoyados por los monárquicos, los franceses y los japoneses; de los legionarios checos, ex prisioneros de guerra que se habían mostrado amistosos con el gobierno provisional, pero que eran antibolcheviques y estaban de-

2. Mi relación sobre la guerra civil y el comunismo de guerra se basa principalmente en W. H. Chamberlain, *The Russian Revolution, 1917-1921*, Liev Trotski, *History of the Russian Revolution* (ambas disponibles en varias ediciones desde 1934) y Geoffrey Hosking, *The First Socialist Society*, edición corregida y aumentada, Harvard University Press, 1990.

seando volver a su tierra natal, donde se estableció una república democrática capitalista; y de unidades alemanas autorizadas explícitamente por los aliados para defender a las provincias bálticas contra cualquier intento soviético por recobrar la soberanía de la zona.

La organización del Ejército Rojo fue el aporte más sobresaliente de Trotski a la Revolución. Alrededor de noviembre de 1917 contaba aproximadamente con cien mil «guardias rojos», que fueron utilizados para tomar y patrullar los edificios gubernamentales de Petrogrado y Moscú. Pero esas tropas voluntarias no eran de ninguna manera bastante numerosas, ni estaban lo suficientemente bien entrenadas ni disciplinadas, para extender el control bolchevique más allá de las ciudades importantes. Entre los años 1918 y 1920 se reclutaron y entrenaron entre dos y tres millones de soldados. Escasez de armas y uniformes, y sólo escaramuzas menores a falta de verdaderas batallas, significaron que, en realidad, rara vez hubiera más de cien mil soldados en combate. El partido, dirigido por intelectuales de orientación occidental, tuvo que aceptar el hecho de que en primavera los reclutas desertaran para tomar parte en la siembra; y en septiembre un considerable porcentaje de ellos volviera a sus unidades para ayudar a defender al gobierno que les había dado las tierras.

La brecha cultural entre los altos mandos bolcheviques y la masa de campesinos rusos era —como sugerí antes con relación al Antiguo Régimen— mucho mayor que en Europa occidental. El genio de Trotski y su plana mayor para tratar de forma humana a sus iletrados compatriotas nunca ha sido apreciado como merece en el oeste. El Ejército Rojo combinó los cursos de alfabetización e higiene pública con el entrenamiento militar. Se enseñaba que el saqueo, los pogromos antisemitas, las violaciones, no eran prácticas aceptables en un ejército disciplinado; se fusiló a un considerable número de saqueadores y violadores para demostrar la gravedad de esos hechos.

Trotski empleó a unos cincuenta mil oficiales zaristas, atraídos por su extraordinaria habilidad y por el hecho de que el Ejército Rojo, ideologías aparte, defendía zonas decisivas de la Rusia histórica contra fuerzas centrífugas e invasores extranjeros. Esos oficiales crearon a su vez una nueva clase de oficiales

y suboficiales, elegidos entre los reclutas más talentosos de origen campesino y obrero. La mayoría de las veces, Trotski no interfería con sus juicios profesionales, pero estableció un cuerpo de «comisarios políticos» para protegerse contra la traición de aquellos que, después de todo, venían de las filas de las clases altas. A pesar del tifus, la viruela, el cólera, la gripe, la disentería y distintas formas de enfermedades venéreas, en noviembre de 1920 el Ejército Rojo se las arregló para derrotar los esfuerzos combinados de los contrarrevolucionarios, los separatistas ucranianos y las intervenciones de europeos y japoneses.[3]

A los ojos de la sufrida población, la victoria en la guerra civil terminó con la justificación del comunismo de guerra y el terror. Los socialistas-revolucionarios, los mencheviques y los anarquistas empezaron a provocar agitaciones más abiertamente. En particular, los marinos de la base naval de Kronstadt, proletarios ideales desde el punto de vista bolchevique, llamaron a nuevas elecciones de los soviets con una campaña preliminar libre para todos los partidos y voto secreto. El gobierno consideró que las demandas eran una conspiración contrarrevolucionaria para desestabilizar al país, precisamente cuando se estaba buscando reconocimiento diplomático internacional. Al cabo de dos semanas de negociaciones infructuosas, unidades del Ejército Rojo cruzaron a toda velocidad los hielos durante la noche del 17 de marzo de 1921, capturaron la acosada base naval y ejecutaron a cientos de marinos prisioneros.

Pero al mismo tiempo que reprimía sin piedad la rebelión, Lenin entendió el mensaje. En pocos días anunció la adopción de una Nueva Política Económica (NEP). Fueron restablecidos el mercado minorista y el uso de la moneda. Las fábricas y las tiendas con menos de veinte empleados fueron desnacionalizadas, se permitió la iniciativa privada en el comercio minorista, la vivienda y las profesiones. La requisa de grano fue reemplazada por un impuesto fijo en especies, y se autorizó a los campesinos a vender los excedentes en los mercados libres. Se restableció la economía monetaria y se instauró un nuevo sistema estatal ban-

3. Orlando Figes, «The Red Army and Mass Mobilization during the Russian Civil War, 1918-1920», *Past and Present*, noviembre, 1990, pp. 168-211.

cario con un rublo respaldado por el patrón oro, que sería la base de las transacciones comerciales.

Según explicó Lenin la cuestión en el X Congreso del Partido, lo único que el país pedía era que se curaran sus heridas. El gobierno tenía que estar atento a la abrumadora mayoría campesina. Era necesario un capitalismo limitado —que incluyera las inversiones extranjeras—, el cual no tenía por qué poner en peligro el futuro del socialismo mientras el gobierno mantuviera en sus manos «los bienes estratégicos», es decir, mientras controlara los recursos naturales, las redes de transportes y comunicaciones, las grandes plantas industriales y, desde luego, las fuerzas armadas. Sin embargo, al mismo tiempo que Lenin demostraba flexibilidad en asuntos económicos, seguía sin restaurar la libertad de prensa ni la de las organizaciones mencheviques y del Partido Socialista Revolucionario.

Establecida la NEP, la economía rusa recuperó hacia 1928 los mismos niveles de producción y calidad que tenía en 1913. Pero entretanto los bolcheviques habían perdido a su líder máximo. Lenin sufrió un derrame cerebral en 1922 y murió en enero de 1924. El éxito de su política económica conservó su fuerza, pero al partido le costó casi cinco años decidir el futuro liderazgo. Una de las grandes contradicciones de la historia revolucionaria —no del todo reconocidas por los principales protagonistas de la época— fue que, por un lado, el partido se consideraba ejecutor del impersonal Mandato de la Historia; pero por otro, su triunfo en el período de 1917-1921 dependió con absoluta certeza del voluntarismo poderosamente eficaz de su jefe supremo V. I. Lenin.

Los comienzos de la República de Weimar

Durante los mismos años en que la más «atrasada» de las grandes potencias era transformada de acuerdo con la voluntad de los bolcheviques, la más adelantada económica y científicamente tanteaba, dando tropiezos, la forma de recuperarse de su derrota en la guerra mundial. Al empezar cualquier exposición sobre la desdichada República de Weimar es importante destacar la tremenda diferencia de atmósfera política entre Rusia y Ale-

mania. En Rusia, los partidos reformistas e izquierdistas no se sentían humillados por la derrota de los ejércitos zaristas. Por el contrario, la veían como una brillante oportunidad para rehacer su tierra natal. Además, el control del cuerpo de oficiales zaristas sobre las autoridades civiles no era el mismo que en el caso de Alemania.

Es un hecho que el desencanto civil alemán con respecto a la guerra se hizo palpable en 1917. Una ala del Partido Socialdemócrata insistió públicamente en una paz sin anexiones y en democratizar la Constitución imperial. Formaron un nuevo partido, pequeño pero prestigioso por la calidad de sus miembros, el Partido Socialdemócrata Independiente. Y a la izquierda de ese partido se situaron los seguidores de los intelectuales socialistas antibélicos Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg que formaron la «Liga Espartaquista» (nombre tomado de la más famosa de las revueltas de esclavos en la época del Imperio romano). Sin embargo, hasta el último día de la guerra, e incluso después, los militares profesionales les dictaban a los gobernantes civiles lo que debían hacer en todas las cuestiones que consideraban cruciales para sus intereses. Y, como eran la única fuerza capaz de mantener el orden, convertían a cualquier autoridad civil en rehén de su tolerancia.

A fines de septiembre los generales decidieron que la situación militar era insostenible y que debía acordarse la paz de inmediato, antes de que la lucha se trasladara a suelo alemán. Ordenaron al último canciller imperial, príncipe Maximiliano de Baden, que pidiera un armisticio. El canciller intentó impedir una derrota completa y, el 4 de octubre, informó al presidente Wilson de que Alemania aceptaba los *Catorce puntos* como base para la paz. Entretanto, importantes personalidades políticas trataban de conseguir que el káiser abdicara en favor de uno de sus hijos, de modo que el Imperio alemán no fuera necesariamente destruido por la derrota militar. Los aliados hicieron saber al príncipe Maximiliano que sólo aceptarían la rendición incondicional; y el káiser se negó a dejar el trono hasta que fue demasiado tarde: el 9 de noviembre abdicó y huyó a Holanda, que se había mantenido neutral.

Durante ese mismo mes de octubre se produjeron varios motines, en los cuales se exigían medidas de trato igualitario, de un calibre como jamás se habían oído en la disciplinada historia

de las fuerzas armadas alemanas. Los marineros de la base naval de Kiel, aunque seguían «manteniendo las distancias», pidieron que en el futuro «el tratamiento de *Herr Kapitan* se reservara sólo para el comienzo de la frase y que, de ahí en adelante, pudieran dirigirse a los superiores usando *Sie* («usted»)».[4] Mucho más importante que los motines fue la simple y masiva desintegración de las fuerzas armadas, conforme cientos de miles de soldados y marineros empezaron a volver a casa a pie, sin pedir permiso alguno; los trabajadores de las grandes ciudades, inspirados por el ejemplo de la Revolución bolchevique del año anterior, establecieron soviets que, en muchos distritos, se convirtieron en la única forma de autoridad municipal. El 7 de noviembre de 1918, la sección bávara del Partido Socialdemócrata Independiente proclamó una República de Baviera, con la evidente intención de descentralizar y radicalizar el sistema político, cualquiera que fuera el futuro de Alemania.

En tales circunstancias, los únicos miembros civiles de un gobierno «legítimo» dispuesto a actuar en nombre de toda Alemania fueron los diputados de los partidos Socialdemócrata y de Centro del Reichstag. El 9 de noviembre, los líderes socialdemócratas Friedrich Ebert y Philipp Scheidemann proclamaron otra República en Berlín; el diputado centrista Matthias Erzberger entregó el pedido de rendición a los aliados. Como presidente provisional y primer ministro, Ebert y Scheidemann dependían desgraciadamente del apoyo de los soviets de Berlín y de aquellos generales que aceptaban la república como única autoridad institucional en condiciones (por el momento) para tratar con los aliados.

Unas semanas más tarde, el 6 de enero de 1919, la Liga Espartaquista, casi sin armas, protagonizó un alzamiento que trató de tomar el control del Concejo de la ciudad de Berlín, en un intento por empujar a la bisoña república hacia un comunismo de estilo soviético. El gobierno provisional no tenía fuerzas policiales confiables a las cuales acudir y pensó —tal vez con todo acierto— que su futuro dependía por completo de la capacidad que tuviera para mantener «la ley y el orden» en las calles de la derrotada Alemania. Por lo tanto se volvió hacia los Freikorps,

4. Rudolph Coper, *Failure of a Revolution: Germany in 1918-1919*, p. 68.

unidades desmovilizadas del ejército privadamente financiadas, para reprimir la revuelta espartaquista. Tarea que esas tropas desempeñaron con extrema brutalidad y que incluyó los asesinatos de Liebknecht y Luxemburg. Al mismo tiempo la República de Baviera estaba paralizada por querellas internas entre sus absolutamente inexpertos ministros y sus apasionados teóricos. Su presidente-fundador Kurt Eisner fue asesinado en febrero de 1919 y sus seguidores más radicales establecieron una república «soviética», con la cual acabó el gobierno provisional en mayo, ayudado por el ejército y las unidades de los Freikorps. Así fue como nació la república en Alemania: de la completa derrota militar y de la desintegración interna del Imperio alemán; y así fue como quedó a merced de las fuerzas militares más reaccionarias para establecer su autoridad en las calles. Los generales manejaron también a conciencia la escenificación del armisticio y la posterior firma del Tratado de Versalles de manera que implicara a los civiles... y solamente a los civiles. En el caso del Tratado, lo mismo que en el del armisticio, el gobierno republicano provisional trató de suavizar los términos y, en la única declaración que le fue permitido hacer, indicó con toda franqueza que Alemania nunca podría aceptar la cláusula que señalaba que la agresión germana era la única responsable de la guerra. Pero los aliados, como ya hemos visto, no estaban de ninguna manera dispuestos a hacer concesiones y la delegación civil tuvo que firmar el Tratado aceptando la cláusula que se refería a la culpabilidad por haber desatado la guerra.

En cuanto al ejército hubo de rendir sus armas pesadas; pero ni los gobiernos aliados ni el alemán interfirieron en la libertad personal ni en la autoridad jerárquica del cuerpo de oficiales. La táctica de los generales con relación a las autoridades civiles sentó las bases de dos importantes leyendas de la época de posguerra: la primera, que el ejército nunca había sido derrotado en el campo de batalla; la segunda, que había sido «apuñalado por la espalda» por los «civiles», es decir, socialistas, comunistas y judíos. Por añadidura, la absoluta dependencia del nuevo gobierno de lo que quedaba de las fuerzas armadas significaba que el núcleo monárquico del ejército, la policía y los servicios civiles en general fueran intocables para la «revolución» republicana.

A pesar de todas estas dificultades había un gran caudal de conocimiento y buena voluntad en las filas de la mayoría de los civiles, que ya llevaban dos décadas votando a la socialdemocracia y a los partidos centristas, y clamando por una Constitución más democrática. Entre febrero y agosto de 1919, en la ciudad de Weimar (ligada a las ilustres figuras de J. S. Bach, Goethe, Schiller, Franz Liszt y Friedrich Nietzsche), una asamblea constituyente electa elaboró trabajosamente la carta fundamental de la Alemania republicana.

El emperador fue reemplazado por un presidente elegido por sufragio universal. El Reichstag también sería elegido por sufragio universal *no calificado* de todos los ciudadanos que tuvieran más de veinte años. (El Reichstag imperial era elegido de acuerdo con un sistema de sufragio calificado para los hombres adultos, que daba más votos a las clases ricas.) El canciller y su gabinete serían responsables ante la mayoría legislativa, como en cualquier auténtico sistema parlamentario. En un esfuerzo para que el Reichstag reflejara con tanta precisión como fuera posible el estado de la opinión pública, la asamblea constituyente adoptó la representación proporcional, adjudicando un diputado por cada sesenta mil votos, característica que significaba que el número de diputados variara de acuerdo con el número de personas que de verdad votaran.

Alemania siguió siendo un Estado federal, con una cámara alta —el Reichsrat— que representaba a los *Länder* («estados»). El Reichsrat podía vetar leyes, en cuyo caso la cámara baja tendría que reunir dos tercios de la mayoría para superar el veto. Pero en vez de dejar que las cosas llegaran a un conflicto directo, el Reichstag adoptó la costumbre de consultar al Reichsrat antes de pasar ninguna legislación que afectara los derechos de los Länder. La Constitución incluía también nuevos derechos sociales: viviendas dignas, sindicatos independientes, libertad de asamblea pacífica y atención de los veteranos de guerra y sus familias.

La República de Weimar extendió también una característica que a mí, como estadounidense, siempre me ha parecido particularmente lúcida. Alemania, igual que Estados Unidos, era un país con muchas Iglesias. Mientras en Estados Unidos siempre se ha levantado un muro de separación entre la Iglesia y el

Estado, la República alemana decidió de forma explícita utilizar los fondos públicos para financiar todas las escuelas según los porcentajes de fieles de cada Iglesia (incluida la judía) en una zona determinada.

La intención de los redactores de la Constitución era con toda certeza crear lo que ahora llamaríamos un Estado democrático de bienestar con economía mixta. La Asamblea de Weimar aprobó el documento final en agosto de 1919 por una votación de 262 contra 75. Al mismo tiempo la mayoría liberal-centrista-socialdemócrata se cuidó muy bien de no interferir en los derechos históricos del funcionariado civil, los cuerpos docentes universitarios y secundarios, la judicatura, la policía y las fuerzas armadas. Todos esos grupos eran monárquicos hasta el tuétano. Los profesores y maestros seguían glorificando el Imperio y sus tradiciones militares. Los jueces dictaban duras sentencias contra los huelguistas de izquierda y trataban con benignidad a la violencia derechista, incluidas atrocidades como el asesinato del líder socialista independiente Hugo Haase y del ministro de Industria (judío) Walther Rathenau. La policía demostraba preferencia por romper los cráneos de los izquierdistas en las numerosas manifestaciones callejeras de la época de Weimar, y siempre encontraba dificultades para identificar a los matones de derecha.

Si volvemos a los aspectos internacionales de la situación, Francia insistía en el pago total de una inmensa cantidad de indemnizaciones de guerra, con el tibio respaldo de las potencias anglosajonas. Una de la cuales —Estados Unidos— había rechazado la visión de su propio presidente, incorporada en el Tratado de Versalles o en la Liga de las Naciones. Alemania había financiado su esfuerzo bélico —en mucha mayor escala que los aliados— a costa de la emisión de billetes. La combinación de la paz, de un nuevo gobierno con poca autoridad sobre las clases profesionales y comerciales, más la pérdida total de todas sus reservas de oro dedicadas al pago de indemnizaciones condujeron a una hiperinflación. Mientras los franceses invadían el Ruhr por la falta de pago en especies de las indemnizaciones (sobre todo hierro y carbón), para mantener las tasas de cambio con respecto al dólar, el marco sufrió un colapso tal que los precios subían por horas, primero en cientos de miles y luego en millones.

Pero, por fortuna, la insensatez financiera no elimina las bases fundamentales de una economía desarrollada. La verdadera riqueza de un país está en sus recursos naturales, su capacidad industrial y agrícola, el nivel educativo y la capacidad económica de su población. Alemania estaba muy bien dotada en todas estas formas de riqueza, sus fábricas y minas no habían sufrido los daños provocados por la guerra de la misma manera que los sufrieron Francia y Bélgica.

La solución para una hiperinflación disparada fue en gran parte obra del socialdemócrata ministro de Hacienda Rudolph Hilferding. El 1 de enero de 1924 puso en circulación el nuevo Rentenmark, basado no en las reservas metálicas (que virtualmente habían desaparecido) sino en la hipoteca general sobre la riqueza nacional o, más precisamente, en la confianza en la capacidad productiva de toda la economía alemana. El Rentenmark inició una forma de estabilidad no inflacionaria que, desde entonces, ha sido característica de la economía alemana en tiempos de paz. Fue también en 1924 cuando el Plan Dawes redujo el total de futuros pagos por indemnizaciones y concedió a Alemania sustanciales préstamos, que contribuyeron de manera notable a la nueva estabilidad de las finanzas alemanas.

Un breve atisbo de normalidad

Si se tratara de elegir una fecha en la cual se pudiera decir que los europeos tuvieron la sensación de haberse «recobrado» de la Gran Guerra y de sus revolucionarias secuelas, sería la de los años 1925 o 1926. Por esa época el Rentenmark había restablecido la estabilidad financiera en Alemania; la Nueva Política Económica había recuperado la producción agrícola, el comercio local y la industria en la Unión Soviética; las recién estrenadas repúblicas centroeuropeas habían estabilizado sus administraciones; los aliados occidentales y los pujantes países neutrales habían recobrado su nivel de vida anterior a la guerra y avanzaban tanto en prosperidad como en la democracia política. El recuerdo de tantas muertes y privaciones físicas durante el conflicto bélico, la vista diaria de tantos veteranos con un solo brazo o una sola pierna que, de no haber sido por la guerra, habrían sido

hombres sanos de treinta o treinta y tantos años, dio lugar a una nueva sensibilidad ante toda clase de injusticias y desgracias. En Gran Bretaña y Francia, los Países Bajos y Escandinavia el sufragio se hizo de verdad universal para ambos sexos; el derecho de huelga y las libertades sindicales se fortalecieron; la educación pública y la asistencia sanitaria subvencionada se extendieron a zonas antes abandonadas. En Bélgica, Holanda y Suecia tales cambios significaron el recorte de la autoridad real y, en los tres países, se logró de forma pacífica un nuevo equilibrio entre la Corona y el Parlamento.

Más importante que el sentimiento de una nueva estabilidad fueron los cambios de talante que auguraban un futuro más pacífico. Antes de 1914 Gran Bretaña había mostrado su inquietud a la vista del desafío industrial y naval de la Alemania imperial. Terminada la guerra, se ciñó de manera pacífica al hecho de que Estados Unidos la había reemplazado como principal acreedor mundial y al de que Japón hubiera incrementado su relativa influencia política y económica en el Pacífico. Reconoció que la recuperación de su antigua enemiga, Alemania, era en realidad esencial para su prosperidad económica y comercial. Por la vía de una serie de —en su mayoría— amistosas conferencias imperiales aceptó la transformación del Imperio en la Commonwealth, con todo lo que implicaba la virtual independencia de Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

La Francia oficial no podía realmente liberarse del miedo a Alemania, pero a mediados de los años veinte había reconstruido la pujante industria y agricultura del nordeste. Estaba electrificando los ferrocarriles, pavimentando las carreteras rurales y modernizando la maquinaria de minas y fábricas. Mucho antes de 1914, los europeos en general creían que la ropa, los objetos estéticos de cualquier clase, la cocina, las bellas artes y los bienes de consumo franceses eran garantía de alta calidad. Los muertos durante la guerra y el bajo índice de natalidad habían creado una notable escasez de mano de obra y las filas de trabajadores se nutrieron en los años veinte con la inmigración de unos tres millones de italianos, españoles y polacos.

En el siglo XIX, Francia daba tradicionalmente refugio a exiliados políticos de los imperios dinásticos del este. La actitud francesa hacia los inmigrantes era compleja y reflejaba esa com-

binación singular de orgullo nacional e ideales universalistas, herencia de la Revolución francesa. Los trabajadores eran necesarios y podía pagárseles menos que a sus compañeros franceses. (Aun así, se las arreglarían mejor que en sus países de origen menos desarrollados.) Artistas, intelectuales y líderes políticos exiliados contribuyeron a la extraordinaria vitalidad de la vida cultural francesa, especialmente en París, y su mera presencia confirmaba a los franceses en su convencimiento de que Francia era el mejor de los lugares posibles donde un ser humano podía vivir (de lo contrario ¿por qué iban todos a parar allí?).

La burocracia no facilitaba a los trabajadores inmigrantes la ciudadanía, pero los hijos de los inmigrantes iban a escuelas francesas, se educaban en las tradiciones cartesianas del racionalismo y en las tradiciones de tolerancia e igualdad de oportunidades de la Ilustración. De modo que, haciendo balance, los inmigrantes latinos y eslavos fueron asimilados con éxito gracias a los ideales preñados de universalismo prevalecientes en Francia, que había recuperado su prosperidad y su reputación mundial.

Hacemos una pausa para examinar la situación en los florecientes países neutrales: antes de 1914, Suecia había dado forma a su gobierno y a su funcionariado civil en gran parte según el modelo germano. Como en Alemania, el respeto por la educación y la competencia también provocó un fuerte sentimiento de diferencias de clase. El gobierno tomó una decidida actitud paternalista hacia el ciudadano de a pie. Lo prueba —por ejemplo— el hecho de que no se pudiera renunciar a ser miembro de la Iglesia nacional (luterana), a menos que uno se integrara simultáneamente en otra comunidad cristiana.

En 1914, igual que en Alemania, el Partido Socialdemócrata era el más numeroso y el que más insistía en las reformas democráticas. Dos eran los factores de particular importancia que lanzaron la famosa «vía media» sueca entre el capitalismo anglosajón y el socialismo marxista. El primero era que, hacia 1920, el Partido Socialdemócrata abogaba no por una nacionalización general de la economía, sino más bien por una combinación de la propiedad social de los recursos naturales con un capitalismo industrial y cooperativas de productores y consumidores. El segundo era que la llegada del sufragio universal y la representación proporcional coincidían —felizmente— con la

buena disposición del temperamental y autoritario rey Gustavo V para aceptar un auténtico gobierno parlamentario. La victoria de la monarquía parlamentaria británica sobre la autoritaria monarquía alemana alentó, como es natural, esa transformación.[5]

La evolución de Dinamarca demostró cómo incluso un país pequeño, con pocos recursos naturales y una posición geográfica peligrosa, podía lograr prosperidad económica y estabilidad democrática. Había perdido un tercio de su territorio a manos de la Prusia de Bismarck en 1864 y, en las últimas décadas del siglo XIX, el trigo ruso, argentino y estadounidense le habían arrebatado sus mercados agrícolas tradicionales. Pero las Escuelas Populares y el movimiento cooperativo aportaron el consejo que permitió a los granjeros daneses convertir las granjas de cereales en granjas lecheras. Además, a falta de grandes prados de pastoreo, criaban cerdos —que requerían menos terreno— y se convirtieron en productores y exportadores de mantequilla, queso y jamón de alta calidad.

El bloqueo británico causó sustanciales pérdidas y la vida en una estrecha península que separaba el mar del Norte —dominado por los británicos— del mar Báltico —dominado por los alemanes— exigía la más exquisita neutralidad para que se le permitiera vivir en paz en plena guerra mundial. Terminada la contienda, sus ingenieros navales, sus motores Diesel, su muy desarrollada industria cementera (siempre había abundancia de arena disponible) y su capacidad para tratar amigablemente con clientes muy distintos permitió a Dinamarca construir muelles para el nuevo puerto polaco de Gdynia, ayudar a modernizar las instalaciones portuarias de la derrotada Alemania, construir el túnel de Maas para sus vecinos holandeses de Rotterdam y suministrar barcos a la nueva Unión Soviética.[6]

Entre 1899 y 1901 consiguieron un auténtico gobierno parlamentario y el reconocimiento de los derechos de los sindicatos libres para negociar, y el sufragio universal data de 1915. Después de la guerra, los gobiernos que fueron sensibles a las necesidades de la economía en pequeña escala subsidiaron con

5. O. F. Ander, *The Building of Modern Sweden*, cap. 10 y passim.
6. J. Danstrup, *A History of Denmark*, Wivors, Copenhague, 1949.

regularidad tanto las empresas privadas como las cooperativas de pesca, construcción de viviendas y diversos oficios. Lo mismo que en Suecia y Noruega, los socialdemócratas no exigían la socialización de todos los «medios de producción» sino más bien que los recursos naturales y los servicios públicos estuvieran socialmente controlados; que el Estado asumiera más responsabilidad con respecto a las pensiones a la vejez, la salud y la educación.

En la solución de sus problemas nacionales, los países escandinavos contaban con varias ventajas naturales. Una era la de tener poblaciones relativamente pequeñas (tres millones Dinamarca y Noruega, y seis millones Suecia alrededor de 1920), que hablaban una sola lengua (aunque con significativos dialectos regionales) y pertenecían por abrumadora mayoría a una misma Iglesia (el 97 % de la población era luterana). La otra, que las minúsculas minorías de judíos y otros europeos eran asimilados con facilidad en las ciudades donde la feligresía luterana se combinaba con la tolerancia hacia otros credos.

La situación era más difícil en la recién creada República de Checoslovaquia. Sólo un 65 % de una población total de aproximadamente catorce millones de habitantes estaba registrada como checoslovaca, por un gobierno reacio a «reconocer» a checos y eslovacos como pertenecientes a distintas nacionalidades. Hablaban, sí, la misma lengua, pero los checos habían pertenecido a la mitad austríaca del Imperio de los Habsburgo, se habían convertido en la zona más industrializada de todo el Imperio hacia 1914 y disfrutaban de niveles más altos de vida y educación que los eslovacos. Si se pretendiera separar a los dos grupos, los étnicamente eslovacos vendrían a ser algo así como el 20 % de la población nacional.

Había, además, un 23 % de alemanes concentrados en tierras de los Sudetes, cerca de la frontera alemana, y en ciudades principales como Praga y Pilsen; más de un 5 % de magiares; un 3,5 % de rutenos (primos hermanos de los ucranianos) y un 2,5 % de judíos. Todas esas cifras son, como estoy diciendo, aproximadas. Es imposible establecer con precisión si los individuos saben de verdad y/o se interesan por reconocer su etnia ancestral. Si pertenecen a cierto grupo porque ellos mismos se han identificado con tal o si han sido identificados como perte-

cientes a determinado grupo por funcionarios civiles con motivos para maximizar o minimizar a ciertas etnias. Pero con la debida licencia por las cifras aproximadas está claro que los «checoslovacos» eran sólo dos tercios de la población y que, si se los trata como nacionalidades separadas, tanto numérica como económicamente, los checos constituían menos de la mitad de la totalidad.

Las diferencias religiosas eran menos llamativas pero, aun así, muy importantes. El 76 % de la población era católica romana; los checos, para quienes el mártir protestante Jan Hus es héroe nacional, están en contra del catolicismo romano; mientras que eslovacos y magiares eran los comulgantes más ultramontanos. El Partido del Pueblo Eslovaco del padre Hlinka era demagógicamente antichecо y antisemita. Los rutenos, salvo unos pocos de etnia polaca —concentrados en el extremo más oriental de Checoslovaquia— pertenecían a la Iglesia uniata, que seguía el rito ortodoxo oriental, pero reconocía la autoridad del papa. El 7 % de los protestantes estaba dividido entre docenas de sectas. Es difícil evaluar la importancia del antisemitismo y las mutuas suspicacias entre católicos y protestantes, y en la comunidad católica debido a la tradición husita. Checoslovaquia era en cierto modo más tolerante que sus vecinas Polonia y Hungría, y estaba espiritualmente mucho menos unida que los países escandinavos.[7]

La Constitución checoslovaca, como la de la República alemana, establecía una presidencia fuerte, pero albergaba la soberanía en un Parlamento elegido por sufragio universal con representación proporcional. Esta modalidad alentó la existencia de muchos pequeños partidos. Entre 1920 y 1935, las legislaturas incluyeron alrededor de quince partidos distintos, de los cuales sólo el Partido Agrario checoslovaco, el Partido Socialdemócrata checoslovaco y el Partido Comunista lograron en uno u otro momento el 10 % de votantes. Pero con excepción de pequeñas formaciones ultranacionalistas de alemanes, eslovacos y magiares, todos los partidos deseaban participar en coali-

7. Para las estadísticas étnicas, religiosas y políticas me he basado en Joseph Rothschild, *East Central Europe between the Two World Wars*, University of Washington Press, Seattle y Londres, 1977, pp. 87-116.

ciones y llegar a los compromisos que fueran necesarios para vivir en paz.

Los checoslovacos sabían que eran una nación pequeña, rodeada de enemigos potencialmente más fuertes. Sabían que, en gran parte, debían su existencia a la buena voluntad de Woodrow Wilson y a la astuta diplomacia anterior a Versalles de Tomás Masaryk y Edvard Benes. Sabían que la tolerancia, la mano de obra, la sobriedad y la puntualidad contribuían poderosamente a la prosperidad. No habían sido humillados como los alemanes y, de buena gana si bien con inquietud, asumían su dependencia del liderazgo económico y diplomático francés.

Una serie de gobiernos de coalición compilaron un impresionante récord legislativo: la reforma agraria (facilitada por el hecho de que la mayoría de los terratenientes habían sido nobles o pertenecían a la alta burguesía, íntimamente ligada a los funcionarios del extinto imperio); la jornada de ocho horas; el seguro de enfermedad y desempleo; la construcción de escuelas y el adiestramiento de maestros en las lenguas locales de cada región; la amplia autonomía administrativa para los alemanes; los especiales esfuerzos por entrenar a oficiales eslovacoparlantes; la construcción de carreteras y otros tipos de infraestructura en Eslovaquia; los subsidios a las principales industrias, como las de armamento, porcelana, cristal, cuero y aceros de alta calidad.[8]

La actitud de los alemanes de los Sudetes fue particularmente importante. Al principio, por ser parte de la minoría gobernante durante los pasados siglos, no estaban de ningún modo dispuestos a aceptar como amos a sus antiguos súbditos checos. Esperaban que la aplicación de los principios de Wilson significara que su territorio sería anexado, bien a Alemania, bien a la Austria alemana. Pero la propuesta frontera norte de Checoslovaquia había sido durante siglos la frontera del Imperio de los Habsburgo. Tenía sentido tanto desde el punto de vista geográfico como económico y, en cualquier caso, los aliados favorecían a los nuevos Estados por encima de los derrotados alemanes en todo lugar donde las fronteras étnicas fueran dudosas.

8. Hugh Seton-Watson, *Eastern Europe between the Wars, 1918-1941*, capítulos sobre Checoslovaquia, y S. Harrison Thomson, *Czechoslovakia in European History*, caps. 10-13.

Luego de sensata meditación, los industriales de los Sudetes empezaron a pensar que se manejarían mejor con protecciones arancelarias contra las renacientes industrias alemana y austríaca. Además, como parte de una nación «vencedora» no estaban atados por indemnización alguna; y, por último, durante los años inflacionistas de 1921-1923 tuvieron, en verdad, la fortuna de no ser parte de la República de Weimar. De modo tal que, aproximadamente durante la década que va de 1925 a 1935 —en cuya última fase la agitación nazi cobró importancia—, los alemanes de los Sudetes colaboraron con el gobierno democrático y la república multinacional.

Para el carácter democrático y la estabilidad de la pequeña república fue esencial la naturaleza de su presidente-fundador Tomás Masaryk, que se mantuvo en el gobierno hasta 1935. Masaryk era hijo de un siervo eslovaco, se convirtió en profesor de filosofía, vivió un tiempo y se casó en Estados Unidos y era un admirador incondicional del concepto de que la democracia es un «crisol». Era también un nacionalista checo que, en 1876, había tenido el valor de declarar la falsedad de unos manuscritos fraguados que, desde hacía mucho tiempo, habían sido utilizados en la propaganda nacionalista. Y se arriesgó a ser atacado por la multitud por proteger a un buhonero judío de la clase de violencia que se estilaba allí y en todas partes de Europa oriental.[9] De igual modo que, cuando en 1919 la muchedumbre tomó el edificio del antiguo teatro Alemán de Praga, el recién nombrado presidente anunció que no volvería a aparecer en ningún teatro checo, mientras los derechos de propiedad del teatro Alemán no hubieran quedado establecidos de manera amistosa.[10] Los individuos sólo pueden representar un papel limitado en la historia, pero aquellos que son fundadores de un Estado dejan una marca mayor que los demás. Si se compara la República de Weimar con Checoslovaquia es posible ver que el primer presidente de la primera (Friedrich Ebert) era un hombre que se había hecho republicano de bastante mala gana y que, a la vez, se sentía y le hacían sentir socialmente inferior ante los oficiales militares reac-

9. J. S. Roucek, editor, *Central Eastern Europe, Crucible of World Wars*, 1946, pp. 83-85.

10. V. Mares, *Current History*, septiembre, 1952.

cionarios y los funcionarios civiles que lo rodeaban. El segundo presidente fue el mariscal Hindenburg, codictador durante la guerra, que entregaría la República a Hitler. La combinación del carácter de Masaryk con el interés de Wilson y los franceses en la creación de nuevos Estados democráticos en Europa central, le dio a Checoslovaquia comienzos mucho más felices que los de la Alemania postimperial. En la pacificación de Europa después de Versalles fueron también importantes los tratados de Locarno, negociados en 1925, y la aceptación de Alemania como miembro de la Liga de las Naciones en 1926. En Locarno, Alemania, Francia, Bélgica, Gran Bretaña e Italia garantizaron las fronteras occidentales de Alemania contra cualquier cambio que no se hiciera por consentimiento mutuo. La medida revisaba de manera muy importante el *Diktat* de Versalles. En aquel caso, a una Alemania postrada se le ordenó firmar sin discusión. En Locarno, la internacionalmente reconocida República alemana ofreció garantías diplomáticas a los países que había invadido en 1914. Esas garantías fueron solemnemente confirmadas por las otras grandes potencias europeas, Gran Bretaña e Italia. Por otro lado, lo que quedó pendiente en Locarno fue tan importante como lo que se logró. Alemania se negó a garantizar la frontera polaca y firmó un pacto de defensa mutua con el paria de Europa, la Rusia soviética. A falta de garantías alemanas, Polonia (como así también las naciones de la «Pequeña Entente»: Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia) esperaba que los tratados bilaterales de defensa con Francia la protegerían contra la posible futura agresión alemana. Es decir, los pactos de Locarno confirmaron la existencia de la misma línea divisoria entre la Europa occidental y central que era evidente en 1919: buenas perspectivas de normalidad en el oeste, incertidumbre y temor en el este.

Un último factor importante en la tentativa de pacificación en Europa fueron las actividades de la Liga de las Naciones. La Liga se había hecho más famosa por sus fallos que por sus éxitos. Estados Unidos no se incorporó nunca, las conferencias de desarme eran pura verborragia sin acciones significativas, el sistema de mandato era en gran parte la hoja de parra que disfrazaba el viejo estilo imperialista, sus sanciones contra los agresores eran desafiadas por los fascistas y los soviéticos en los

años treinta, etc. Pero había también elementos muy positivos (tales como la ya mencionada administración de Dantzig), que son ejemplo para un futuro inevitable, en el cual la humanidad tendrá que aprender a sustituir la «soberana» acción militar por acuerdos negociados.

La Liga de las Naciones estableció una Corte Mundial, cuyos jueces eran de diferentes nacionalidades, seleccionados por grupos de naciones en vez de por Estados individuales. Durante los años transcurridos entre las dos guerras, la Corte falló numerosas cuestiones de interpretación en acuerdos económicos y cláusulas de tratados. Los conflictos llevados a su jurisdicción no eran obviamente los conflictos de las mayores potencias de la época, pero su resolución fue un ejemplo muy importante para saber cómo avanzar más allá de la tradicional anarquía de las relaciones internacionales. Demostraron que soluciones justas y pacíficas podían alcanzarse sin llegar a la violencia.

La Organización Internacional del Trabajo alentó el desarrollo de pautas mundiales en cuestiones como las condiciones sanitarias y de iluminación en las fábricas, minas y barcos; las condiciones de trabajo de las mujeres embarazadas; la estricta limitación y eventual eliminación del trabajo de los niños; los seguros de desempleo y las vacaciones pagadas. A sus reuniones anuales acudían delegados de más de sesenta países. Sus publicaciones fueron redactadas según la experiencia previa alemana, austríaca y escandinava sobre la legislación que protegía el trabajo. A esas naciones se les negó el acceso a la Liga hasta 1926, pero eran miembros de la Organización Internacional del Trabajo desde el principio. Pertenecer a la OIT ayudó a los sindicatos socialistas de España a mantener un considerable grado de prestigio y capacidad de negociación durante la moderada dictadura del general Primo de Rivera; también les sirvió para cultivar relaciones personales e institucionales con sindicatos democráticos de pequeñas naciones económicamente más desarrolladas, como Checoslovaquia y Holanda.[11]

La Liga también tomó parte en la lucha contra el hambre

11. Anthony D. McIvor, *Spanish Labor Policy during the Dictablanda of Primo de Rivera*, University Microfilm International, Ann Arbor, Michigan, 1982, cap. III y passim.

y las enfermedades y, en los primeros dos años de existencia, ayudó a unos 430 000 refugiados de 27 nacionalidades diferentes a regresar a sus hogares. En 1920 nombró al explorador noruego Fridtjof Nansen alto comisionado para los refugiados. Su oficina creó el llamado «pasaporte Nansen» para proteger los derechos básicos de miles de personas que no tenían Estado en los años veinte. El acaudalado ingeniero estadounidense Herbert Hoover y él cooperaron para aliviar el hambre en Rusia y Ucrania en 1921, dando así ejemplo de su preferencia por el bienestar humano, sin tener en cuenta el rechazo a un gobierno o sistema político particular.

A raíz de conversaciones con colegas más jóvenes sé que muchos de ellos piensan que las dos guerras mundiales fueron en realidad sólo una, con un tregua de veinte años que separó las dos fases militares. La recuperación económica y psicológica a la que me he referido en este capítulo fue, es cierto, evidente sobre todo en Europa occidental y Escandinavia. Pero también es verdad que, hacia 1928, Alemania había sido virtualmente liberada de la carga del pago de indemnizaciones y había sido aceptada en la Liga de las Naciones. Del mismo modo la Unión Soviética se había recuperado de la devastación de la guerra, la Revolución y la guerra civil entre 1914 y 1921, y había establecido relaciones diplomáticas normales con la mayoría de las naciones más poderosas, excepto Estados Unidos. Los pactos de Locarno y las diversas funciones administrativas y mediadoras de la Liga empezaban a desarrollar hábitos internacionalistas a la vez que aquellos que se referían de forma exclusiva a la soberanía nacional. A menos que miremos la historia hacia atrás, tratando los posteriores triunfos y catástrofes como inevitables designios de Dios o de la historia, debemos reconocer la esperanzadora, si bien frágil, evolución de la primera década que siguió a la Gran Guerra.

CAPÍTULO 4

EL FASCISMO Y SUS IMITADORES, 1922-1944

El fascismo no es un tema sobre el cual se pueda escribir con precisión. Su padre fundador, Benito Mussolini, hacía alarde de que él había creado la doctrina sobre la marcha y de que nunca se había hecho formulaciones teóricas comparables con las doctrinas del socialismo, comunismo o anarquismo. Pero Mussolini se convirtió de alguna manera en el modelo de varios dictadores durante el período transcurrido entre las dos guerras y, en cualquier caso, con o sin la ayuda de teorías coherentes (caras para el corazón de los científicos sociales) es importante entender la ola de dictaduras beligerantemente anticomunistas, antisocialistas y, de manera implícita, antidemocráticas que gobernaron muchas de las naciones europeas más pequeñas y menos prósperas en los años veinte y treinta.

Con respecto a los términos en sí mismos, durante los pasados tres cuartos de siglo se ha usado el nombre de «fascismo» y, en especial, el adjetivo de «fascista» para aplicarlos en tres sentidos del todo diferentes. A veces tales palabras se refieren al movimiento de partido único, nacionalista y anticomunista creado en Italia por Benito Mussolini, inmediatamente después de la primera guerra mundial; otras se refieren a las dictaduras de Mussolini en Italia y de Hitler en Alemania, con mucha diferencia la más poderosa de las dictaduras personales ejercidas al oeste de Rusia en el período transcurrido entre las dos guerras; y a veces se refieren a numerosas dictaduras derechistas de Europa y América latina, que imitaron diversos rasgos del régimen de

Mussolini, pero carecían de las instituciones esenciales que distinguieron su gobierno de la tradicional dictadura militar conservadora.

Propongo utilizar los dos términos según la primera y más estricta definición antes dada. Sin ser de ninguna manera un apologista de Mussolini, creo que Hitler era tan monstruosamente más maligno, que un simple sentido de la proporción me obliga a no usar los mismos términos para caracterizar a ambos y utilizaré «nazismo» y «nazi» cuando me refiera al régimen de Hitler. Tampoco hay que olvidar que quienes imitaban y admiraban a Mussolini no intentaron o no fueron capaces de organizar una maquinaria de propaganda ni partidos de masas como los que le dieron un matiz distinto y cierto grado de prestigio internacional al ejercicio del poder de Mussolini.

El fascismo surgió como una respuesta «revolucionaria» a la particular situación de Italia después de la Gran Guerra. Mussolini fue editor de un periódico socialista antes de convertirse en nacionalista italiano. Era también un agudo observador de la Revolución bolchevique; el Partido Fascista desarrolló una organización jerárquica y ejerció el monopolio del poder político de forma más o menos similar a la del Partido Comunista en la Unión Soviética. En cambio, Mussolini no soñaba con una revolución mundial sino más bien con la manera de infundir energía a un país desencantado, con una clase gobernante confundida y atemorizada.

Tenemos que recordar que, según los tratados secretos de 1915, a Italia se le habían prometido los territorios de los Habsburgo de Istria y de la costa dálmata, más las islas mediterráneas que pertenecían a Turquía y eran codiciadas por Grecia. En Versalles se le concedió el Tirol del Sur (con su población alemana), para que tuviera una frontera alpina defendible; pero sus otras expectativas se vieron frustradas. Aunque era una potencia «vencedora», sus ejércitos habían salido las más de las veces derrotados y no victoriosos en los combates con tropas austro-alemanas. La falta de éxitos militares había exacerbado el sentimiento existente antes de la guerra de ser una potencia sin poder, de no haber recibido más que las sobras durante el banquete europeo de territorios africanos, celebrado a fines del siglo XIX. Ése era el sentir de las clases gobernantes.

En cambio, en 1919, los obreros de las fábricas y los campesinos más pobres se sentían inspirados por los comienzos de «su» Revolución en la lejana Rusia. Los campesinos exigían la propiedad de la tierra que cultivaban como aparceros o jornaleros. El Partido Socialista estaba dividido por la polémica entre quienes habían adoptado una actitud de reserva hacia la Revolución bolchevique y los que veían a la Rusia comunista como punta de lanza de la revolución mundial y deseaban unirse a la Tercera Internacional. El debate interno del partido también abordaba la cuestión de si había llegado la hora de organizar la dirección «soviética» de la industria italiana.[1]

En agosto de 1920, los obreros industriales de Milán y Turín ocuparon las fábricas donde estaban empleados. Tenían la esperanza de mantener la calidad de producción y la disciplina laboral, de manera que se probara la capacidad de los trabajadores para iniciar una revolución socialista en el corazón de Europa. El esfuerzo no duró más que unas cuantas semanas y fue de inmediato obvio que, si bien los trabajadores entendían el cuidado y manejo de sus máquinas, no estaban en condiciones de renovar los suministros ni de establecer (o restablecer) los mecanismos del mercado, etcétera.

El fracaso de la ocupación de fábricas redujo la combatividad de los trabajadores. Pero un resultado no previsto de la experiencia —fundamental para el desarrollo del fascismo— fue el temor provocado entre las clases medias y los terratenientes, hasta el extremo de sentirse incapaces de mantener su autoridad a través del sistema parlamentario existente. Tanto más cuanto que los partidos que habían dominado la política en la recién unida Italia —entre 1870 y la primera guerra mundial— carecían de programas creíbles y de líderes enérgicos para tan crítica situación.

Hacia 1920-1921 existían dos grandes partidos: el Socialista, dividido internamente, con una ala vocinglera y militante, que fundaría el Partido Comunista en 1921; y el *Partito Popola-*

1. Mi relación de los partidos de izquierda y de las ocupaciones de fábricas está principalmente basada en Alistair Davidson, *Antonio Gramsci*, Merlin Press, Londres, 1977; también en Thomas R. Bates, «Antonio Gramsci and the Bolshevization of the PCI», *The Journal of Contemporary History*, julio, 1976, pp. 115-131.

ri, que representaba a la masa de campesinos descontentos y a los obreros que aceptaban el liderazgo católico, mientras buscaban una distribución de poder y propiedad que no fuera burguesa. Los oligarcas locales y los industriales conservadores deben de haber sentido sin duda que la «historia» iba a barrerlos del mapa.

En esos momentos de ansiedad, el hombre que proclamaba que podía salvar a las clases pudientes del comunismo, que proclamaba también que recuperaría el orgullo nacional italiano y el poderío militar (invocando retóricamente al Imperio romano y el uso del lema «*Mare Nostrum*»), era Benito Mussolini. Mussolini era hijo de un zapatero de ciudad pequeña, simpatizante anarquista, que le había puesto el nombre de Benito a uno de sus hijos en homenaje al presidente y libertador de México, Benito Juárez; al otro hijo le puso el nombre de Arnaldo, en memoria del librepensador liberal (y en consecuencia herético por definición) de la Edad Media, Arnaldo de Brescia.

En la década anterior a 1914, Mussolini fue un prominente periodista socialista, de orientación revolucionaria y antiimperialista. No era un pensador abstracto, profundo ni polemista como Lenin o Trotski, pero sí un personaje terrenal, aparatoso, autor anónimo de obras sensacionalistas, como un panfleto titulado «Dios no existe» y una novela titulada *La querida del cardenal*. Había leído a Marx y a Sorel. Era considerado capaz aunque un poco vulgar por los intelectuales y las personas socialmente destacadas a quienes cortejaba. Compartía el entusiasmo futurista por los aeroplanos y los coches rápidos. Abstemio y no fumador, era un orador enérgico de convincentes gestos y frases, y un hombre sin ningún sentido del humor.[2]

En 1914, los socialistas italianos abogaban por la neutralidad, en contra de la postura adoptada por los socialistas franceses y alemanes. Mussolini rompió entonces con ellos y llamó, en cambio, a una tregua temporal con el capitalismo, urgiendo a defender Italia de su enemiga histórica —Austria—, actitud que re-

2. Sobre Mussolini como hombre, Carleton Beals, *Rome or Death*, The Century Company, 1923, y G. A. Borghese, *Goliath: The March of Fascism*, The Viking Press, 1937. También Clarence Yarrow, «The Forging of Fascist Doctrines», *Journal of the History of Ideas*, 1942, núm. 2, pp. 159-181.

cibió el apoyo de dos futuros jefes del Partido Comunista italiano, Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti. De ahí en adelante, como temas de su oratoria, Mussolini reemplazó la lucha de clases y la revolución socialista por el llamado sensiblero a la renovación y dignidad nacionales, que pasaba por el patriotismo y la guerra.

Fundó su partido con el nombre de *Fascio di Combattimento* en 1919 y, durante los primeros años, fue más el primero entre iguales que un jefe supremo. La organización del partido consistía en una serie de feudos regionales, controlados por cabecillas locales. Tenían en común grupos de *arditi* semiarmados, o *squadristi*, pelotones de muchachos pendencieros que eran usados para intimidar y, si era necesario, golpear y hasta matar a los portavoces de las causas izquierdistas. Pero Mussolini era la figura principal que los unificaba: como orador, como quien ha leído mucho más que sus correligionarios, como quien cortejaba asiduamente a los altos personajes políticos y sociales, y como aquel que articulaba los resentimientos de los veteranos de guerra y los intereses de las confundidas y atemorizadas clases medias.[3]

En términos electorales, su partido no tuvo éxito hasta *después* de que él hubiera sido nombrado primer ministro. Por lo tanto no logró ningún escaño en las elecciones parlamentarias de 1919, y sólo 35 (contra los 139 de socialistas y comunistas, y los 108 del Partito Popolari) en 1921. Sin embargo, los *arditi* pronto se hicieron famosos por destruir la prensa socialista, allanar oficinas municipales de la izquierda y apalear a los obreros y campesinos militantes. A fines de 1920 había unos trescientos mil fascistas y Mussolini ya recibía sustancial apoyo financiero de los preocupados industriales. Un líder de más edad que él y de mucho mayor prestigio —el poeta Gabriele D'Annunzio— se había apoderado de la disputada ciudad de Fiume, donde se mantuvo en el poder durante casi un año. Vistió a la milicia local con camisas negras y leía sus decretos de floridas frases desde el balcón del ayuntamiento. Mussolini adoptó las camisas negras y la

3. S. J. Woolf, ed., *Fascism in Europe*, Methuen, Londres, 1981, cap. 3 sobre Italia de Woolf, y la interpretación de los comentarios de H. R. Trevor-Roper en el capítulo titulado «The Phenomenon of Fascism».

oratoria de balcón, que hizo dramática, como técnicas propagandísticas para captar adeptos políticos.

En octubre de 1922, después de que cinco débiles gobiernos parlamentarios desde el final de la guerra hubieran fracasado en el empeño por superar la depresión posbélica y por hacer desvanecer el espectro de la Revolución bolchevique —un espectro cuidadosamente cultivado por Mussolini—, el rey y el anciano jefe parlamentario Giolitti ofrecieron a Mussolini el cargo de primer ministro en un gabinete de coalición. El establecimiento de la dictadura se llevó a cabo bastante gradualmente. Hubo ministros liberales de Giolitti y de los *popolari* hasta mediados de 1924. El filósofo italiano más prestigioso, Benedetto Croce, respaldó al nuevo gobierno y lo mismo hizo el fundador del movimiento futurista Filippo Marinetti; y Giovanni Gentile se llegó a convertir en lo más parecido a un filósofo oficial del fascismo. Desde el principio al fin, la personalidad de Mussolini y sus métodos fueron mucho más importantes que cualquier doctrina. Durante el primer año en el poder, el nuevo primer ministro dirigió una política exterior truculenta, pero no en exceso arriesgada. En noviembre de 1920, D'Annunzio había sido expulsado de Fiume e Italia había firmado un tratado con Yugoslavia, reconociendo a Fiume como ciudad libre. A lo largo de 1923, Mussolini orquestó una serie de desórdenes urbanos, que le permitieron presionar a la débil monarquía yugoslava para que hiciera concesiones. Por último le arrancó un nuevo acuerdo diplomático en enero de 1924, según el cual la ciudad sería anexada a Italia y los suburbios a Yugoslavia. La medida fue cuidadosamente propagandizada como una solución basada precisamente sobre fundamentos étnicos «wilsonianos» y como manifestación de que Italia estaba decidida a ejercer sus «derechos».

En el Tirol, donde la mayoría de los pueblos eran germanoparlantes, Mussolini instituyó una agresiva política de italianización en escuelas, servicios públicos, nombres de ciudades y calles, etc. De ese modo apelaba al orgullo nacional mientras no arriesgaba más que el disgusto de una República austríaca en extremo debilitada.

En el verano de 1923, varios oficiales italianos fueron muertos misteriosamente cuando prestaban servicio en una co-

misión de límites a lo largo de la disputada frontera greco-albanesa. Mussolini, de alguna manera al estilo de Austria-Hungría en el momento del asesinato de Sarajevo, dirigió un ultimátum a Grecia y, a falta de una respuesta del todo satisfactoria, bombardeó la isla griega de Corfú. Europa se sintió intimidada, los diplomáticos de las grandes potencias y los funcionarios de la Liga de las Naciones se reunieron para calmar (por no usar el término «apaciguar» utilizado en los años treinta) a Italia, que se retiró de Corfú, a cambio de compensaciones económicas concedidas por Grecia, y el nuevo primer ministro tuvo la ocasión de demostrarle al pueblo que, cuando Mussolini tomaba la iniciativa, el mundo respondía respetuosamente. También aprovechó la crisis para repudiar la promesa hecha por el (poco patriótico) gobierno de Giolitti en 1920 de aceptar la soberanía griega sobre las islas del Dodecaneso, que antes habían pertenecido a Turquía, pero cuya población era mayoritariamente griega. La debilidad de Grecia en esos momentos y la relativa indiferencia de las grandes potencias aportaron a Mussolini otra victoria fácil con la anexión de las islas.

Hasta 1924, Mussolini no se lanzó a la decidida dictadura interna. El asesinato del líder parlamentario socialista Matteoti, cometido por los fascistas en junio de ese año, colocó a Mussolini en la situación de renunciar o desafiar la protesta conjunta de todos los partidos parlamentarios tradicionales. Después de algunos meses de titubeos se decidió por la última alternativa y anunció que, de ahí en adelante, el régimen fascista sería una dictadura de partido único. Para consolidar su poder, Mussolini administró aceite de ricino como una forma de tortura, estableció cárceles de seguridad y envió a varios intelectuales prominentes a vivir en exilio interno vigilado. Entre las monumentales obras intelectuales contra su brutal, pero sólo esporádicamente sanguinaria dictadura, están la famosa autobiografía del exiliado doctor Carlo Levi, *Cristo se detuvo en Éboli*, y los diarios y cartas escritos en prisión por Antonio Gramsci, la figura intelectual comunista más ilustre fuera de la Unión Soviética.

Mussolini cortejaba por igual a la opinión pública internacional y a la doméstica. Como antiguo editor de periódicos se convirtió en uno de los grandes «creadores de imagen» del siglo de la (des)información. A fuerza de presionar a los servicios pú-

blicos ineficientes dejó saber en países «avanzados» como Gran Bretaña, que había «conseguido que los trenes llegaran a tiempo». También se hizo tomar fotos, desnudo de cintura para arriba, blandiendo una pala para desecar las ciénagas pontinas —famosas por la malaria en la historia del Imperio romano—, que seguían provocando la malaria en el siglo XX e iban a proporcionar tierras cultivables a varios cientos de familias campesinas italianas. En sosegadas conversaciones con el gran biógrafo alemán Emil Ludwig —que tanto éxito mundial de ventas consiguió— le detalló sus *métodos* para «esculpir» la materia prima de la nación, que él tenía la gravosa pero honrosa tarea de dirigir. Su logro doméstico más importante fue solucionar la posición legal y cultural de la Iglesia católica romana en el reino de Italia, posición sujeta a controversia desde la unificación del Estado en 1870. La monarquía parlamentaria había confiscado la mayoría de las extensas tierras pertenecientes a la Iglesia y abolido su autoridad secular en territorios que venía gobernando desde la Edad Media. La mayor parte de los principales políticos y la mayor parte de los partidos habían sido anticlericales. Los papas se referían dramáticamente a sí mismos como «prisioneros» del Estado sin Dios, y la hostilidad mutua entre la Iglesia y la élite política dejó sin definir importantes cuestiones sobre educación, matrimonios y el papel de la Iglesia en las fuerzas armadas.

Mussolini sabía que el papa Pío XI —obispo de Milán en la época en que los *squadristi* fascistas «salvaban» a la respetable clase media de las supuestas atrocidades del comunismo— miraba con buenos ojos a su gobierno. En su condición de papa ordenó, de hecho, que el Partito Popolari se desbandara, apartando así a la izquierda católica de la oposición para que Mussolini consolidara su poder. Durante cuatro años, que culminaron con el Tratado de Letrán en 1929, el gobierno fascista y la Iglesia negociaron la solución de sus antiguos conflictos.

Italia reconocía a la ciudad del Vaticano como Estado soberano, con libertad para recibir embajadores y poder así comunicarse, protegido por la confidencialidad diplomática, con otros Estados soberanos. Le garantizaba una importante dote para compensarla por la pérdida de las tierras y propiedades urbanas de la Iglesia. Abolía el matrimonio civil y, mientras protegía los derechos individuales de los no católicos, reconocía a la religión

católica romana como religión oficial del Estado y de sus fuerzas armadas. También cedía a la Iglesia el control del currículum y la formación de docentes en las escuelas primarias y secundarias. Los acuerdos del Tratado de Letrán sobrevivieron al mismo Mussolini y fueron en su época fuente de considerable prestigio internacional para su régimen.

Merecen atención varios otros rasgos del régimen interno. Uno de ellos era la pretensión de haber acabado con la lucha de clases en cuestiones económicas. Desde 1927, Mussolini estableció «corporaciones» en diferentes ramas de la industria y la agricultura, dentro de las cuales representantes de los dueños y los obreros —con la presencia mediadora de funcionarios gubernamentales— establecían los salarios y las condiciones laborales sin recurrir a las huelgas. Hubo desde luego muy pocas huelgas después de que los arditi destruyeran los cuarteles generales de los sindicatos y aterrorizaran a los jefes sindicales; y después de que los más tenaces opositores del nuevo gobierno hubieran sido encarcelados o exiliados. Mussolini no estaba demasiado interesado en la economía, ni pudo nunca ejercer poder absoluto sobre las élites dominantes (como el que tenía sobre los ciudadanos corrientes), de modo que las corporaciones eran más importantes como un refuerzo para su «imagen» internacional que como factor real en las decisiones económicas italianas.

Algo que sí le interesaba mucho a Mussolini era la idea de crear una Italia más «viril», con una disciplina militar a la romana, muy distinta de la que había llegado a sus manos de escultor en 1922. Con esa idea en la cabeza patrocinó a los jóvenes grupos de *balilla* a quienes dotó de uniformes, entrenamiento militar rudimentario y entre quienes estimuló actividades atléticas para niños y adolescentes. Los balilla provocaron un conflicto entre los fascistas y la Iglesia sobre la formación espiritual de los jóvenes. Mussolini era partidario de satisfacer las inclinaciones anticlericales de muchos de los jefes fascistas locales y de evitar que la Iglesia ejerciera el monopolio de la educación, al cual aspiraba él. Uno de los supuestos signos de potencia masculina, y uno de los requisitos básicos de una postura militar agresiva, era el de engendrar muchos hijos (preferentemente varones). Mussolini dirigía con regularidad ceremonias festivas en las cuales colocaba medallas en el pecho de las madres más fecundas.

Mussolini pretendió también, con moderado éxito, reforzar la presencia diplomática de Italia en Europa central y el Mediterráneo. En 1926, un tratado con Albania —que pronto llegó a convertirse en virtual satélite— y un tratado de amistad con Rumanía intentaron reducir la dependencia rumana de Francia y ofrecerle ejemplo de lo que era un gobierno dictatorial inteligente. En 1927 firmó un tratado con Hungría y expresó simpatía hacia sus deseos revisionistas. En 1928 estableció tratados con Grecia y Turquía que cerraron viejas heridas en las relaciones con esos dos países. Y, desde alrededor de 1928 hasta que Hitler empezó a dar indicios de su intento por absorber a Austria, Mussolini fue el amistoso protector de las dictaduras clericales de ese país. El dictador italiano disfrutó asimismo con su papel de ser uno de los garantes de los acuerdos de Locarno y profesó una amistad activa tanto hacia la Francia republicana como hacia las dictaduras conservadoras de España y Portugal.

Si hacemos una pausa para hacer una lista de los rasgos distintivos del régimen de Mussolini, en mi opinión serían los siguientes: Estado de partido único; pretensión de haber superado la lucha de clases dentro del sistema capitalista; énfasis en la virilidad, el entrenamiento militar y la expansión; patrocinio de organizaciones que combinaban la propaganda con objetivos sociales y comunitarios, como los balilla; control absoluto de la prensa y la radio con la vista puesta en la creación de la unidad nacional; anticomunismo y controlado propósito imperial. Ésos son los rasgos que constituían el «fascismo» en contraposición con la engañosa variedad de dictaduras conservadoras. De hecho, la afición de Mussolini por la propaganda y su postura como «modelo» de numerosos gobiernos europeos no democráticos llevaron al uso del término fascista para caracterizar a tales gobiernos. Si nos ponemos en su lugar y en sus condiciones, todas las historias de las pequeñas naciones de Europa central y del este, de los Balcanes y de la península Ibérica tienen, durante los años transcurridos entre las dos guerras, una serie de características que las hacen muy diferentes de aquéllas de la Italia de Mussolini.

Todos esos pequeños Estados eran, o bien monarquías dinásticas con tentativos comienzos de libertad constitucional (España, Rumanía, Yugoslavia, Bulgaria, Grecia, Albania), o bien

repúblicas que tendían a ser presidencialistas y centralistas, aunque estuvieran comprometidas en principio con el estilo de libertad parlamentaria occidental, absoluta libertad de expresión y tratamiento considerado de las minorías (Austria, Polonia, Portugal, Lituania, Letonia, Estonia y Finlandia). Las variadas e idiosincráticas historias, a las cuales me referiré después, compartían los siguientes rasgos importantes:

Todas carecían de la clase media empresarial y de profesionales independiente, muy bien formada y desarrollada, que caracterizaba a Gran Bretaña, Francia, los Países Bajos y Escandinavia. Sus élites económicas y profesionales se reclutaban entre un puñado de familias numerosas, con profesiones al alcance de quienes se distinguieran por su talento. Entre esas élites había demasiados abogados y notarios, y demasiado pocos médicos e ingenieros. Pero en las capas más altas los artistas y científicos estaban a la par con los mejores del mundo.

Todos esos países eran fundamentalmente agrícolas y su prosperidad dependía de los precios de los mercados europeos y mundiales. Tenían altos índices de natalidad y, en consecuencia, problemas de desempleo; en su mayoría desarrollaban industrias ineficientes, que protegían con aranceles altos y restricciones sobre las inversiones o propiedades extranjeras. Eran industrias que no podían competir en los mercados mundiales ni empleaban a suficiente cantidad de personas como para poder combatir el desempleo rural. En los años veinte todos ellos confiaban en las inversiones francesas y en las exportaciones a Francia. Y todos ellos, sin tener en cuenta sus sentimientos ideológicos, se inclinaban por entrar en la órbita de la economía alemana a mediados de los años treinta, cuando Hitler buscó con empeño sus exportaciones agrícolas y mineras, a cambio de cierto grado de modernización industrial a lo largo de las fronteras alemanas.

Todos esos países temían a la Unión Soviética porque recordaban la historia expansionista del Imperio ruso, y les preocupaban los confiados llamados de sus nuevos jefes y de varios partidos comunistas en favor de la revolución mundial. Las élites temían la pérdida de sus propiedades y privilegios; los campesinos temían el ateísmo, la colectivización de sus cosechas y sus modestas casas de labranza en caso de una revolución comunista. Todos sentían una mezcla de admiración y temor hacia

Alemania: admiración por sus hazañas tecnológicas, y sus niveles educacionales y profesionales; temor por el rencor racial y las amenazas militares.

Con excepción de los países ibéricos, todos esos Estados y sus pueblos se caracterizaban por un antisemitismo endémico. Los judíos eran vistos como gentes de ciudad y la habitual desconfianza hacia mercaderes, abogados y burócratas aumentaba por el hecho de que fuera tan alta la proporción de judíos entre las clases comerciales y profesionales. Los burócratas y los maestros pertenecían a las nacionalidades dominantes y, a menudo, trataban de dar respuestas simplistas a problemas fundamentales, achacándoles todas las culpas a «los judíos».

Todos esos países tenían también numerosas minorías de distintas nacionalidades, cuyos derechos a una ciudadanía igual para todos se suponía estaba constitucionalmente garantizada. Pero todos llevaban adelante políticas de asimilación forzada y trataban de evitar que, lo mismo sus tribunales que la Liga de las Naciones, interfirieran en sus esfuerzos coercitivos. En todos ellos se desarrollaron pequeños partidos de estilo fascista, partidos que apelaban en especial a militares desempleados, funcionarios civiles mal pagados y estudiantes universitarios nacionalistas. Pero, excepto en el período de la ocupación nazi durante la guerra, todos esos países siguieron siendo gobernados por sus élites tradicionales, y lo reducido de esas élites significó que determinados personajes fueran mucho más importantes de lo que eran los políticos en tiempos de paz en las democracias más vastas y más prósperas.

Pero incluso la más superficial de las miradas a los gobiernos fascistas y conservadores debe tener en cuenta la variedad del carácter regional de esos regímenes. Para dar algunos ejemplos empezaré con el país que más conozco, España. Cuando el rey Alfonso XIII visitó Italia le dijo a su par el rey Víctor Manuel III: «Yo también tengo mi Mussolini.» Se refería al general Miguel Primo de Rivera, que había tomado el poder en septiembre de 1923, once meses después de que, en Italia, se le pidiera a Mussolini formar gobierno. Sin embargo, el nombramiento del general no había sido una decisión parlamentaria como en Italia sino un «pronunciamiento» (en español en el original), la clase de toma militar del poder, casi sin

violencia, que había caracterizado a la política española a lo largo del siglo XIX.

En 1923, España todavía sufría en gran medida los efectos de la Gran Guerra y de las dos revoluciones rusas. Había permanecido neutral durante la contienda, pero las clases altas, los militares y la Iglesia simpatizaban en general con las potencias centrales. La importante y creciente clase media y los socialistas simpatizaban con los aliados. La guerra había sido, desde el punto de vista económico, una época de bonanza porque España tuvo la oportunidad de vender alimentos, materias primas, textiles, productos de cuero y metal a los dos bandos; y de ganar, incluso, grandes y espectaculares beneficios en el trasiego naval de armas y materias primas, esquivando el bloqueo. La demanda insaciable y la subida de los precios beneficiaron a la vez a la clase industrial-comercial y a los trabajadores industriales. Barcelona, en particular, se convirtió en centro de espionaje, contrabando y enriquecimiento de la burguesía. También se produjo allí el auge de la militancia obrera.[4]

La España en donde se producía ese auge era, formalmente, una monarquía constitucional con dos partidos principales (conservador y liberal), que se alternaban en el poder de acuerdo con los resultados públicos de elecciones nacionales. Pero, en realidad, fuera de unas pocas grandes ciudades, los datos oficiales de las elecciones se fabricaban en el Ministerio del Interior. Los liberales de clase media que, durante mucho tiempo, habían aceptado los informes falsificados, demandaron el fin de los «pucherazos» (en español en el original) y del «caciquismo» (en español en el original). El caciquismo significaba la dominación política de pequeñas ciudades y zonas rurales, donde un puñado de personas ricas compraban los votos, controlaban el escaso empleo y suprimían toda oposición.

Al hecho de que los aliados occidentales se hubieran recuperado de las primeras victorias alemanas, demostrando así la capacidad militar de la democracia cuando se enfrentó con las míticas hazañas de Prusia, se agregó el de que el presidente Woodrow Wilson hubiera llevado a Estados Unidos a la guerra

4. Gerald K. Meaker, *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923*, Stanford University Press, 1974.

con el programa de «conseguir un mundo seguro para la democracia». Las dos cosas estimularon el optimismo de los liberales ibéricos. Aparte de que socialistas y liberales se habían sentido alentados por la primera revolución rusa y a pesar de la significativa proporción de socialistas que era, por lo menos, cautelosa simpatizante de la segunda Revolución, la de los bolcheviques.[5]

Como ya ocurriera varias veces en la historia española, los beneficios de un súbito auge no fueron aprovechados para mejorar la técnica de la economía nacional sino rápidamente gastados en bienes inmobiliarios y vida lujosa. Al mismo tiempo se desarrollaban distintas y complejas formas de lucha: huelgas, cierres patronales, asesinatos (en total hubo setecientos entre 1916 y 1923), que involucraron a la burguesía catalana, al ejército español y a la policía por un lado; a los cabecillas anarcosindicalistas y a los de colectivos menores de católicos y/o de esquiroles, por otro.

En la época inmediata a la posguerra, los gobiernos parlamentarios —que no eran representativos— fueron incapaces de arreglárselas con las fuerzas sociales y las esperanzas despertadas por la guerra. Los liberales exigían elecciones honradas; los socialistas, la reforma agraria y la construcción de escuelas para la muy amplia población analfabeta; los sindicatos socialistas y anarcosindicalistas competían entre ellos en la organización de los esfuerzos y en las exigencias por una mejora significativa de los jornales y de las condiciones laborales.

Las circunstancias antes descritas habrían, con seguridad, llevado por sí mismas a una profunda crisis en el manejo de una monarquía semiconstitucional. Pero el problema específico que precipitó el pronunciamiento de 1923 estuvo relacionado con la autoridad militar de España en el norte de África. En 1905, una de las muchas conferencias diplomáticas para descuartizar África en beneficio de las potencias europeas dividió al antiguo reino de Marruecos entre Francia (la zona más extensa) y España. La resistencia marroquí contra la ocupación de las dos potencias fue mucho más dura de lo que se esperaba.

5. Además de Meaker: Colin C. Winston, «El sindicalismo libre, 1919-1931», *Historia 16*, diciembre, 1978, pp. 73-81, y Stanley C. Payne, *The Spanish Revolution*, Norton, Nueva York, 1970, pp. 40-57.

En 1921, una expedición que se suponía iba a terminar de una vez para siempre con la «rebelión» —expedición en la cual se comprometió el prestigio y la intervención del rey, quien, como Guillermo II, disfrutaba mezclándose en las decisiones militares— terminó en desastre. Las investigaciones parlamentarias se arrastraron hasta el año 1923 y, cuando fue evidente que el papel del rey iba a ser revelado, pareció que había llegado el momento propicio para restringir la autoridad del Parlamento, cosa no demasiado difícil, dadas las divisiones internas de los partidos políticos y el alto grado de tensión social de posguerra.[6]

El general Primo de Rivera —que no estaba personalmente implicado en el desastre de 1921— asumió el poder a petición del rey y se justificó ante la opinión pública española, aduciendo que era necesario restablecer el orden público y que el Parlamento no representaba en absoluto al «pueblo sano» (en español en el original), que era como a él le gustaba considerarlo. No tenía particular afición por los intelectuales y, lo cierto, es que ellos fueron sus primeros y principales críticos. Cerró el Ateneo de Madrid y destituyó al filósofo más renombrado de España —Miguel de Unamuno— de su cargo como rector en la Universidad de Salamanca. Le gustaban las justas polémicas y, en uno de sus muchos comunicados informales, le explicó al airado profesor: «Creo que un toque de cultura helénica no confiere derecho a intervenir en todo lo divino y humano, ni a decir disparates sobre todos los demás problemas.»[7]

El general Primo de Rivera, como muchos de los principales líderes militares y políticos de España, pertenecía a una familia terrateniente andaluza (no demasiado rica). Había, sin duda, cierta división del trabajo en la semiconstitucional monarquía española: el desarrollo industrial, financiero y comercial estaba en su mayoría en manos de vascos y catalanes; el poder militar y político en manos de castellanos y andaluces.

Primo de Rivera no era ni un hombre cruel ni un «capita-

6. Carolyn P. Boyd, *Praetorian Politics in Liberal Spain*, University of North Carolina Press, 1979.

7. Citado en mi *Aproximación a la España contemporánea, 1898-1975*, Grijalbo, Barcelona, 1980, p. 69.

lista opresor». Como Mussolini, quería establecer un gobierno no parlamentario que reconciliara los intereses de clase en nombre del patriotismo. En parte por imitar a Mussolini fundó una Unión Patriótica, que pretendía hacer las veces de partido político. Pero esa Unión no logró nunca un liderazgo coherente ni entusiasmo popular.

En términos prácticos fue mucho más importante su invitación a la Unión General de Trabajadores (federación de sindicatos socialistas conocida por las siglas UGT) para que colaborara con el gobierno. Demostró su buena fe resolviendo las demandas de salarios de los mineros asturianos del carbón, en muchas ocasiones a favor de éstos. Por el contrario, como nacionalista *español*, recurrió a la mano dura para reprimir las actividades nacionalistas catalanas y, como general que estaba restableciendo «la paz y el orden» en beneficio de las clases propietarias, desarmó y llevó a prisión a los activistas anarcosindicalistas. Lo cierto es que las formas no violentas de la cultura anarquista —el estudio del esperanto, la práctica del vegetarianismo, el nudismo, la abstinencia de alcohol y tabaco, los matrimonios libres y la educación para el control de la natalidad— florecieron en la Cataluña de los años veinte.[8]

Ni demasiado conocedor de la economía ni demasiado interesado en ella, Primo de Rivera siguió las fórmulas de desarrollo conservadoras. Por recomendación de sus consejeros civiles utilizó las reservas de oro para defender la peseta contra la constante tendencia a la baja en el mercado de divisas extranjeras. Protegió con aranceles aduaneros muy altos la industria española. Pero por el interés práctico de establecer un sistema telefónico eficiente en España permitió que la Compañía Telefónica y Telegráfica Americana operara en condiciones empresariales muy ventajosas y pudiera repatriar todos sus beneficios. Sin embargo, no estaba de ninguna manera dispuesto a permitir que su país fuera dominado por las potencias capitalistas extranjeras. Apoyó a su ministro de Economía José Calvo Sotelo cuando

8. Dolors Marín i Silvestre, *De la llibertat per conèixer, al coneixement de la llibertat*, tesis del doctorado de Filosofía en Historia Contemporánea, Universidad de Barcelona, 1995, da riqueza de detalles sobre la vida social e intelectual de las familias anarquistas y «grupos afines».

fundó Campsa, el monopolio nacional de petróleo, e importó ingentes cantidades de la Rusia soviética como medio para impedir que las corporaciones europeas y americanas impusieran sus condiciones a España.

En general no interfirió con la tradicional práctica del caciquismo en la política rural. Su gobierno, lejos de ser anticlerical, decretó que los títulos otorgados por las universidades católicas privadas tuvieran el mismo valor que los acordados por las universidades estatales. Era también más que respetuoso con la Iglesia en todas las ceremonias públicas. Tuvo dificultades con los cuerpos de artillería, pero en conjunto mantuvo buenas relaciones con los militares, basadas no sólo en su excelente hoja de servicios y credibilidad personal, sino porque en 1926 negoció un acuerdo que llevó la paz al Marruecos español. No era sensible a la necesidad de una reforma agraria, pero hizo inversiones en el desarrollo de los ferrocarriles y en «política hidráulica» [en español en el original]: construcción de embalses, lagos artificiales y canales de irrigación, convencido de que una red de transportes y un mejor suministro de agua beneficiarían sin duda a toda la población.[9] Estas obras públicas dieron lugar a importantes sobornos, pero él, personalmente, no fue uno de los muchos dictadores del siglo XX que depositaban tanto como fuera posible de la riqueza nacional en cuentas de bancos suizos.

Se destacó entre los dictadores de cualquier época o continente por su sincero deseo de que su dictadura fuera temporal. Hablaba sin cesar de enmendar la Constitución de 1876 para restablecer una monarquía parlamentaria que funcionara. No tenía fe en las elecciones democráticas, pero consideraba que necesitaba el consentimiento de la Iglesia, el rey y la jefatura militar. Renunció cuando los generales le retiraron su confianza a fines de 1929 (por razones de salud y porque creía en la necesidad de consenso de los poderes institucionales). De cualquier manera, en este siglo cruel, podemos recordar con agradecimiento a un

9. Manuel Lorenzo Prado, *La conquista del Ebro*, Zaragoza, 1931, relación del primer ingeniero ejecutivo del programa hidráulico del valle del Ebro; Juan Velarde Fuertes, *Política económica de la dictadura*, Guadiana, Madrid, 1973.

dictador que se las arregló sin campos de concentración ni purgas sanguinarias, y que se retiró por propia voluntad.[10]

Otro ejemplo de dictadura conservadora —con algunos arreos de fascismo— fue la regencia del almirante Miklós Horthy en Hungría. Como la élite era tercamente monárquica y los aliados no iban a permitir el gobierno de un Habsburgo, la Hungría de la posguerra no era monarquía ni república. En términos de extensión territorial y población, el Estado de la mitad oriental que sucedió al Imperio de los Habsburgo fue el mayor perdedor de la Gran Guerra. El total del número de muertos, heridos y prisioneros de guerra significó aproximadamente los tres quintos de la población masculina de la preguerra. Según el Tratado de Trianon de junio de 1920, Hungría cedió dos tercios de lo que era su territorio en 1914 a Rumanía (Transilvania), a Checoslovaquia (Eslovaquia) y a Yugoslavia (el Banato). Esas cesiones incluían alrededor de la mitad del total de sus recursos económicos y de población, y dividió lo que había sido una unidad económica natural. En cuanto a las fronteras alemana, austríaca y búlgara, los principios de la autodeterminación nacional eran imposibles de aplicar en la práctica y, por lo tanto, fueron interpretados a favor de los nuevos Estados. Un millón de magiares se quedaron en Checoslovaquia, 1 700 000 se convirtieron en súbditos rumanos y, alrededor de medio millón, en súbditos yugoslavos.

Desesperados, los húngaros hicieron dos intentos por completo infructuosos para escapar al destino arriba esbozado. Desde octubre de 1918 hasta marzo de 1919, el aristócrata liberal Mihály Károlyi intentó sentar las bases de una democracia de estilo occidental, incluida la distribución parcial de las tierras heredadas por él entre los campesinos (un gesto que confirmó a sus aristocráticos correligionarios en la idea de que era un traidor de la única clase con legitimidad para tener autoridad sobre Hungría). Desde fines de marzo hasta fines de julio de 1919, Béla Kun, un periodista de izquierda que había participado en la Re-

10. En conjunto, mis juicios están basados en Raymond Carr, *Spain, 1808-1975*, cap. XIV; Shlomo Ben Ami, *The Origins of the Second Republic in Spain*, Oxford University Press, 1978, cuyo tema principal es la dictadura de Primo de Rivera, y mi antes citada *Aproximación*.

volución bolchevique, trató de establecer una república soviética. Tenía la esperanza de conseguir ayuda material soviética —ayuda que no llegó— para extender «la revolución mundial» —revolución que no se extendió— y la esperanza de entablar, negociaciones con los aliados occidentales, negociaciones que tampoco se entablaron.

Hacia la primavera de 1920 la tradicional clase gobernante de los terratenientes había vuelto al poder y todavía fantaseaba con la restauración de la dinastía de los Habsburgo como la legítima y estable forma de gobierno. Los aliados vetaron cualquier candidatura de los Habsburgo y reconocieron al regente Miklós Horthy, último almirante de la armada austro-húngara, cuya base había estado en Trieste, ciudad que entonces se disputaban Italia y Yugoslavia. A lo largo del período transcurrido entre las dos guerras, Hungría siguió siendo una regencia, gobernada por el almirante.

El régimen de Horthy era desvalida pero ideológicamente irredentista y dependía del apoyo de los patrióticos veteranos de guerra, aunque aceptaba con realismo la necesidad de integrarse de manera pacífica en la nueva Europa. A lo largo de los años veinte fue primer ministro el aristócrata conservador calvinista conde Bethlen, que gobernó con moderación en beneficio del círculo que incluía a los terratenientes magiares, los militares, la burocracia estatal, el clero (católico y calvinista) y los bancos. El partido del gobierno tenía garantizada la mayoría automática gracias a que, fuera de las principales ciudades, todas las votaciones se hacían en asambleas abiertas por el método de mano levantada. A los socialistas, los sindicatos y a los distintos grupos de oposición se les permitía hacer campañas en pro de reformas internas, siempre y cuando aceptaran la política exterior revisionista del gobierno y no incitaran al voto secreto en el campo. Horthy y Bethlen compartían el comedido antisemitismo social de la tradicional clase gobernante magiar, pero trabajaban de manera cordial con la importante clase económica y profesional de los judíos de Budapest.

Los años veinte fueron testigos de una sustancial recuperación de la agricultura y la industria ligera (textil, papelera, cerámica y del cuero). Pero no hubo reforma agraria efectiva, avance educativo ni cambios en el nivel de vida. Los campesinos

dependían sobre todo de la aparcería, seguían siendo en gran parte analfabetos, sus viviendas carecían de electricidad y los caminos no estaban pavimentados. En 1922, Hungría fue admitida en la Liga de las Naciones y, en 1924, recibió un préstamo para la «reconstrucción» auspiciado por la Liga. Sin embargo, el dinero se usó en su mayor parte para liquidar deudas de la época de los Habsburgo y para fortalecer a la banca y al sistema monetario. Esas medidas demostraron la buena voluntad de la comunidad capitalista internacional hacia un vecino menor y beneficiaron a una reducida élite urbana, pero no alteraron la vida primitiva de la gran mayoría de los húngaros.

Durante la depresión de los años 1930-1932, los precios agrícolas sufrieron un colapso y todos los Estados centroeuropeos (de alguna manera imitando a Italia) trataron en vano de salvarse con políticas «autárquicas»: restricción de importaciones, devaluación de sus monedas a cambio de temporarias ventajas exportadoras, en lo que J. M. Keynes describe como la política de «empobrecer al vecino». A principios de 1935, cuando empezaron el rearme alemán y el sistema de acuerdos comerciales bilaterales auspiciados por el gobierno nazi, Hungría se fue haciendo cada vez más dependiente de Alemania, tanto en el mercado agrícola como en el industrial.[11]

En 1932, el conde Bethlen fue sustituido por un oficial militar de genuinos sentimientos fascistas: Gyula Gömbös. El nuevo primer ministro había sido admirador de Mussolini y Hitler a lo largo de los años veinte. Era antilegitimista (estaba en contra de los Habsburgo) y representaba a los veteranos de guerra que no eran nobles, a los funcionarios civiles retirados o desempleados que eran fieramente patrióticos, en general antisemitas, y que sentían un amargo resentimiento contra la aristocracia tradicional.

En su afán por imitar a sus mentores dirigía una organización paramilitar de unos sesenta mil «luchadores de vanguardia», pero nunca pudo, ni remotamente, dominar Hungría como un dictador fascista. El nacionalismo magiar entró en conflicto

11. Jörg K. Hoensch, *A History of Modern Hungary*, Longmans, 1988, y Joseph Rothschild, *East Central Europe Between the Two World Wars*, University of Washington Press, 1974, cap. 4.

con los sentimientos prohitleristas de las minorías locales alemanas y también con los intereses de Austria en el Burgenland. Gömbös carecía de cualquier condición semejante a la hechizante oratoria dramática de Mussolini o Hitler. Necesitaba la ayuda económica de la comunidad urbana judía y decidió mirar como a «hermanos» a aquellos judíos que se identificaban con el nacionalismo magiar. Murió inesperadamente en 1936.

En general, hasta el momento en que Hitler ocupó directamente Hungría en 1944, los gobiernos fueron conservadores y sus ejecutivos dominaron con facilidad a un Parlamento no representativo y a una judicatura sumisa. Pero permitieron libertad de expresión y de prensa, siempre y cuando los contenidos no amenazaran su autoridad. No «movilizaron» a las masas con oratoria ni con la organización de un partido único. Utilizaron el antisemitismo para limitar el papel de los judíos, pero evitaron cuidadosamente la canallesca incitación antisemita de los nazis.[12]

Para volver de los grandes perdedores a los grandes vencedores: en 1919, Yugoslavia y Rumanía, que habían ampliado considerablemente sus territorios, surgieron como monarquías ungidas por el favor con que los británicos suelen compensar a las monarquías estables y el respeto inconsciente que sienten por los regímenes monárquicos los estadounidenses, quienes, en 1789, se privaron a sí mismos de los placeres de tener una casa real. El «reino de serbios, croatas y eslovenos» —como se le llamaba en 1919—, convertido en Yugoslavia en 1929, estaba formado por las monarquías de Serbia y Montenegro de antes de la guerra, más los territorios tomados de los extinguidos imperios Habsburgo y otomano. Los croatas (el 23 % de la población) y los eslovenos (el 8,5 %) —sobre todo los últimos— habían disfrutado de un nivel de vida y de servicios estatales algo mejores que los serbios (43 %). Pero fueron las instituciones civiles y militares de los serbios las que gobernaron efectivamente el reino entero; y la autoridad dinástica del rey Alejandro se extendió sin consulta previa sobre todas las zonas y poblaciones no serbias.

La mayoría de los historiadores le acreditan a Alejandro integridad personal y sincero deseo de gobernar con justicia el

12 N. M. Nagy-Talavera, *The Green Shirts and Others: a History of Fascism in Hungary and Romania*, Hoover Institution Press, Stanford, 1969.

ampliado reino de dieciséis millones de súbditos, donde los serbios constituían menos de la mitad de la población. Sin embargo, ni su círculo íntimo de serbios fue capaz de pensar en términos multinacionales, y la historia posterior sugiere que ninguno de ellos ni ningún partido habrían sido de verdad capaces de unificar a pueblos tan extraordinariamente diversos. Serbios y croatas hablaban la misma lengua, pero pertenecían a distintas Iglesias y su cultura había estado dominada durante siglos por dos imperios muy diferentes. Los bosnios (musulmanes) y eslovenos lograron cierto tratamiento favorable al hacerse bilingües y llegar a compromisos pragmáticos con la administración serbia, la policía y los militares.

Pero también había campesinos alemanes, magiares y rumanos, y poblaciones urbanas al norte, en los antiguos territorios de los Habsburgo, que se consideraban culturalmente superiores a los serbios. Había macedonios que formaban otra nacionalidad. En los acuerdos de la posguerra no se les reconoció un Estado independiente sino que fueron divididos entre Grecia, Bulgaria y Yugoslavia. Había gitanos y albaneses. Ninguno de ellos suponía en manera alguna una amenaza para el Estado, pero tampoco eran fáciles de asimilar. Había judíos, a quienes no se señalaba para ser maltratados, pero que tampoco se integraban a la cultura serbia dominante.[13]

El nuevo reino, con la parcial excepción de Eslovenia y la costa dálmata, sufrió los problemas económicos generales de la península balcánica: métodos primitivos en la agricultura y la industria; falta de infraestructuras de transporte, comunicación y salud; 40 % de analfabetos; altos índices de natalidad y enfermedades; alto desempleo rural; venalidad y corrupción de cargos civiles y militares, de los cuales en gran parte dependía para sobrevivir la reducida clase media. En tales circunstancias el reino «uno y trino» nunca pudo funcionar como una monarquía cons-

13. Para los antecedentes fácticos, Rothschild, cap. 5; Barbara Jelaviche, *History of the Balkans*, vol. 2, Cambridge University Press, 1983, y Fred Singleton, *A Short History of the Yugoslav Peoples*, Cambridge University Press, 1985. Un clásico de la atmósfera de las relaciones personales y culturales serbio-croatas, según las experimentó una gran periodista y ensayista, Rebecca West, *Black Lamb and Gray Falcon*, The Viking Press, Nueva York, 1941.

titucional. Elecciones fraudulentas, violencia física en el hemiciclo del Parlamento, abusos policiales contra opositores políticos y periodistas críticos prevalecieron desde el principio. Todos los partidos políticos, con excepción del ilegal y perseguido Partido Comunista, representaban intereses regionales nacionalistas.

Uno de los grandes dilemas de la historia yugoslava —y de la historia centrooriental y de los Balcanes en general— es hasta qué punto prevalecen de verdad los odios étnicos, religiosos y nacionales en la población mixta y hasta qué punto esos sentimientos son azuzados por la propaganda con el fin de «dividir para reinar», en beneficio de una dinastía, un dictador, un partido fascista, un partido de campesinos o un partido comunista. No tengo un conocimiento minucioso de ninguno de los países de los cuales hablo en este capítulo, salvo de España. Pero he leído bastante como para saber que los investigadores más ilustres llegan a conclusiones diametralmente opuestas en cuanto a la tenacidad y profundidad de los conflictos étnicos.

Me inclino a creer que en épocas de paz y en condiciones económicas que operen dentro de niveles normales en la zona estudiada, la gran mayoría de los miembros de todos los grupos étnicos prefieren vivir en paz con sus vecinos «distintos». Es posible que no les gusten los matrimonios mixtos, es posible que prefieran, de ser factible, hacer negocios con los de su «propia clase», pero están dispuestos a vivir y dejar vivir. Sin embargo, cuando se produce una crisis y, en especial, si no hay una autoridad política en general respetada para resolver o mediar en tal crisis, en condiciones de absoluta incertidumbre, la gente se identifica instintivamente con su grupo y es en ese momento cuando la paranoia y la violencia pueden estallar en llamas con mucha rapidez. En la historia de toda esa zona de diversas nacionalidades mezcladas hay largos períodos de paz e interpenetración cultural, interrumpidos por revueltas, identidades nacionales agresivas, matanzas y guerras civiles.

Volvamos específicamente a Yugoslavia. En 1928, a Stephan Radich, jefe carismático del Partido Campesino croata, le pegaron un tiro en una sesión parlamentaria y murió tras una lenta y dolorosa agonía pocas semanas más tarde. No fue el primero ni el último de una serie de incidentes semejantes, pero sí el más importante porque pareció simbolizar el martirio de la nu-



Léon Blum.



Arthur Neville Chamberlain.



Miguel Primo de Rivera.



Philippe Pétain.







Liev Trotski.

Lenin.



Benito Mussolini.







Molótov.



Joachim von Ribbentrop.



Harold Macmillan.





Tito.



Pío XII.





Francisco Franco.



Charles de Gaulle.





Konrad Adenauer.

János Kádár.



Imre Nagy.

Leonid Brézhnev.







Walter Ulbricht.



Nikita Jruschov.



Cardenal Wyszynski.







Mijail Gorbachov.



Alcide de Gasperi.

Alexander Dubcek.





Antonin Novotny.



méricamente segunda etnia del reino uno y trino, y por la compleja relación personal que Radich tenía con el rey. Al año siguiente el rey suspendió la inoperante Constitución, rebautizó el reino con el nombre de Yugoslavia en un extraordinario esfuerzo por «empeñarse» en la unidad de sus dominios, y anunció una dictadura monárquica. En 1934, agentes de Italia y Hungría asesinaron a Alejandro en Marsella, al principio de lo que iba a ser una visita para «mejorar su imagen» en Francia, por ese tiempo patrocinadora de la Pequeña Entente de las naciones de Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia. Para terminar con esta breve exposición del reino uno y trino, hay que decir que el régimen de Alejandro fue sin duda una dictadura monárquica con algún barniz constitucional, pero no un régimen «fascista».

Rumanía empezó su historia de entreguerras con la adquisición de los antiguos y prósperos territorios pertenecientes a los Habsburgo de Bucovina y Transilvania, con las menos prósperas adquisiciones rusas de Besarabia y la parte sur de Dobrudja de Bulgaria. Comparada con Yugoslavia tenía dos grandes ventajas: su dinastía y administración civil estaban bien asentadas y el 70 % de su población (un total de dieciocho millones de habitantes) era rumana.

Por añadidura, entre 1917 y 1927, Rumanía había llevado adelante la reforma agraria más importante hecha en Europa al oeste de Rusia. Más de un millón de familias campesinas recibieron entre una y diez hectáreas, fortaleciendo así la base patriótica de la autoridad conservadora monárquica en un país con altos índices de analfabetismo, tuberculosis, enfermedades venéreas y otros signos de la extrema pobreza. Pero en términos económicos los resultados fueron decepcionantes. Había poca maquinaria, pocos caminos pavimentados y, virtualmente, ningún sistema de educación ni de crédito agrícola. La población ganadera se redujo considerablemente cuando se araron lo que habían sido campos de pastoreo antes de la reforma. El alto índice de natalidad y la falta de adelantos tecnológicos significaron que ni la productividad ni los niveles de vida mejoraran y que los pueblos, lo mismo que los de Hungría y Yugoslavia, sufrieran un constante y alto índice de desempleo.

Elecciones fraudulentas, nepotismo en los nombramientos, acoso policial de la oposición eran corrientes durante la, en

teoría, monarquía constitucional, que disfrutaba de la particular simpatía occidental debido a la herencia lingüística y arqueológica romana del reino. Los problemas de las nacionalidades rumanas eran menos serios que los de Yugoslavia. Había minorías magiares y ucranianas resentidas por haber sido colocadas bajo soberanía rumana, pero representaban un porcentaje relativamente pequeño de la población. Desde un punto de vista cultural y económico, la minoría más importante era la de los alemanes que, durante siglos, había tenido comunidades compactas en Transilvania y Banat, a las cuales el gobierno daba un trato de favor.[14]

El antisemitismo era endémico y el contraste cultural entre los judíos y sus vecinos mucho más marcado que en Polonia, Austria o Yugoslavia. Los primeros dos países tenían clases empresariales y profesionales propias; y en Yugoslavia había tanta cantidad de tenderos griegos y musulmanes como judíos. Pero en Rumanía, aunque los judíos constituían sólo el 4 % de la población, eran un tercio o la mitad de habitantes en las ciudades, además de destacarse en todas las profesiones liberales. Los judíos de las provincias adquiridas en 1919 (Bucovina y Besarabia) eran más firmemente ortodoxos y difíciles de asimilar que los judíos de Hungría, Austria o Checoslovaquia. Usaban los tradicionales caftanes y los sombreros negros en las calles; numerosos carteles de tiendas estaban escritos en el alfabeto hebreo (el alfabeto del yiddish escrito).

A finales de los años veinte se desarrolló un importante partido fascista, la Guardia de Hierro. Su poder de atracción era muy similar al del temprano fascismo de Mussolini. La Guardia de Hierro lamentaba la corrupción, la falta de iniciativa gubernamental, la falta de dignidad y energía demostrada por los burócratas. Clamaba por la justicia social y, a veces, daba ejemplo ayudando a los campesinos a recoger las cosechas, reparar los caminos y los diques. Apelaba a un patriotismo rumano específico, al antisemitismo, a temer y despreciar a la Unión Soviética, y a las clases que se sentían marginadas por el gobierno monárquico: los oficiales de bajo rango, los funcionarios civiles, los

14. Sobre Rumanía, las obras antes citadas de Rothschild, Jelavich y Nagy-Talavera.

campesinos que, a pesar de la reforma agraria, apenas podían alimentar a sus familias.

Entre 1930 y 1940 el país fue gobernado por un rey particularmente manipulador y oportunista, Carol II. En parte por imitar al rey Alejandro de Yugoslavia —de cuyas pocas admirables cualidades él carecía—, desarrolló una dictadura monárquica con una administración centralizada «rumanizante» y mucha retórica alrededor de la Iglesia ortodoxa, la familia y la ética laboral. En unas ocasiones utilizaba a los agentes de la Guardia de Hierro y, en otras, los reprimía como rivales de su brutal policía. En diciembre de 1933 la Guardia de Hierro asesinó a uno de los pocos primeros ministros incorruptos de Rumanía, con la conocida connivencia de la policía y la muy probable connivencia del rey. Pero en noviembre de 1938 el rey metió al fundador de la Guardia de Hierro en prisión, donde fue asesinado.

En aquel intervalo de cinco años, Hitler había reemplazado a Mussolini como el más importante de los dictadores europeos. La Guardia de Hierro simpatizaba cada vez más con los nazis y el rey también buscaba servilmente el favor de Hitler. El papel de la Guardia de Hierro pasó a depender entonces no de su fuerza local como movimiento político sino de las opiniones de Hitler. En septiembre de 1940, el rey Carol fue obligado a exiliarse y la Guardia de Hierro pareció haber triunfado en toda la línea. Pero su violencia resultó demasiado desordenada para Hitler quien, en junio de 1941, impuso una dictadura militar que gobernó a instancias suyas hasta que fue derrotado en la segunda guerra mundial.

Comparemos lo ocurrido en Rumanía con los acontecimientos de Italia y España: en los dos últimos casos, el rey nombró y apoyó al dictador y, en el caso de Mussolini, por supuesto aceptó —en contra o no de su voluntad— el Estado de partido único y el aparato de propaganda fascista. En cambio Carol trató de deshacer el juego de los fascistas rumanos contra su violenta y corrupta policía. Ni Hitler ni él respaldaron nunca con firmeza a la Guardia de Hierro y los verdaderos gobiernos de Rumanía fueron una dictadura monárquica sucedida por una dictadura militar controlada por los nazis. Las relaciones mutuas —a veces de colaboración, a veces hostiles— entre una monarquía corrupta y un movimiento fascista fueron un factor cons-

tante en la política rumana entre 1927 y 1944. Pero el fascismo nunca dominó el país. En la ringlera de pequeños países que se extendían desde Grecia a Finlandia, cualquier capítulo dedicado al período de la historia de entreguerras tiene que ofrecer una impresión aterradora de la inevitable deriva del intento de constitucionalismo y de democracia parcial de los primeros años, a los regímenes autoritarios y opresivos de mediados de los años treinta. En los casos de Grecia, Bulgaria, Polonia y los países bálticos —que no estoy tratando por separado—, todos ellos tenían precisas intenciones constitucionales en 1919 y, todos ellos, eran dictaduras antes del comienzo de la segunda guerra mundial. Los grados de corrupción y crueldad, y los grados de doctrinas claras o de lealtades dinásticas o partidarias diferían mucho, pero la tendencia general era inequívoca.

Tanto más interesante es, pues, el ejemplo contrario de Finlandia, que habría podido convertirse fácilmente en una dictadura en 1918 y haber llegado con igual facilidad al fascismo en cualquier momento entre 1928 y 1932. Sin embargo resolvió su larga crisis política en favor de un gobierno constitucional democrático. Fueron cruciales para el feliz resultado los escrúpulos morales y constitucionales de los tres hombres de Estado que dominaron Finlandia (con una población de 3 500 000 habitantes) durante los primeros quince años de existencia independiente.

En enero de 1918, el primer ministro conservador parlamentario Pehr Evind Svinhufvud negoció exitosamente la independencia con el gobierno de Vladímir Lenin. Los bolcheviques habían prometido la independencia a los pueblos del imperio zarista que la desearan y, en el único caso de Finlandia, hicieron honor a su promesa. La independencia fue reconocida, desde luego, en una época en que Lenin confiaba por completo en la revolución mundial, que pronto barrería todas las soberanías existentes; pero no deja de ser cierto que firmó y respetó un tratado con un primer ministro finlandés que todavía tenía la esperanza de que Finlandia se convirtiera en una monarquía constitucional, regida por un príncipe alemán.

A fines de enero, la milicia prosoviética finlandesa intentó tomar Helsinki como paso previo para crear una Finlandia comunista. Fue derrotada a fines de abril de 1918 por tropas finlandesas comandadas por el general Gustav Mannerheim, que

había sido el oficial de más alta graduación en el ejército imperial ruso. Mannerheim había limitado con sumo cuidado la «ayuda» alemana en su campaña, y había pasado por alto cualquier oportunidad de convertirse en dictador en beneficio de los más rabiosos reaccionarios de Finlandia.

Con la rendición de Alemania en noviembre de 1918, Finlandia pidió el reconocimiento de los aliados como república y se otorgó una Constitución democrática, cuyo principal autor fue el profesor liberal de derecho J. K. Stahlberg. A lo largo de los años veinte, los padres fundadores de la república, tanto el liberal Stahlberg como el conservador Svinhufvud, concedieron la amnistía a varios comunistas que estaban en prisión desde 1918 y favorecieron una legislación social básica, según las pautas del admirado y recién extinguido Imperio alemán.

Las elecciones finlandesas fueron conducidas con honestidad aunque también ensombrecidas por algunas acciones esporádicas de violencia entre comunistas y anticomunistas. En conjunto la izquierda logró un 40 % de votos —dos tercios para los socialdemócratas y un tercio para los comunistas—; los diversos partidos centristas lograron un 50 %. La extrema derecha pidió repetidas veces la supresión del Partido Comunista, pero los dos hombres de Estado se opusieron a la medida.

Hacia 1929, un partido fascista nativo, el Movimiento Laopu —así llamado por la ciudad en donde el cuartel general comunista había sufrido un asalto vandálico—, reclamó que se revocara la legislación social y se ilegalizara el Partido Comunista. En las elecciones presidenciales de 1931 sus votos proporcionaron por estrecho margen la victoria a Svinhufvud sobre Stahlberg. La dirección del Movimiento Laopu confió en que Svinhufvud estableciera una dictadura presidencial anticomunista. Al ver frustrados sus deseos clamaron por un «Hitler finlandés» y organizaron una marcha sobre Helsinki al estilo de la marcha sobre Roma organizada por Mussolini diez años antes.

El presidente conservador aceptó el desafío, ordenó al ejército que evitara la marcha y arrestó a un puñado de manifestantes que se negaron a deponer las armas. Mannerheim rechazó las tentativas de quienes pretendían convertirlo en dictador. Svinhufvud y Stahlberg apoyaron enérgicamente al gobierno constitucional con elecciones honestas y hubo diputados comu-

nistas sentados en el Parlamento. La diferencia entre su conducta y la del presidente mariscal Von Hindenburg en 1933 en Alemania no puede dejar de ofrecer la tentación de suponer cuán distinta habría sido la historia del siglo XX si los conservadores alemanes hubieran enfrentado la violencia verbal y callejera de Hitler, en vez de facilitarle la destrucción de la República de Weimar. En cualquier caso, tres hombres de Estado finlandeses, que tomaron partido por el gobierno constitucional, comparten el crédito de haber salvado a Finlandia del desalentador destino de Alemania y del resto de los países centroeuropeos, balcánicos y bálticos. Estos actos, propios de la habilidad de verdaderos estadistas, se produjeron cuando la depresión tocaba fondo y cuando todos sus vecinos inmediatos, excepto Suecia, se habían convertido en dictaduras.[15]

15. Jutikkala, Eino y Pirinen, Kaulo, *A History of Finland*, Praeger, Nueva York, 1974; Rintala, Marvin, *Three Generations, the Extreme Right Wing in Finnish Politics*, Indiana University Press y Meuton, La Haya, 1962; Jean-Jacques Fol, «La montée du fascisme en Finlande, 1922-1932», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, enero, 1971; William J. Stover, «Finnish Military Politics Between the Two World Wars», *The Journal of Contemporary History*, octubre, 1977.

CAPÍTULO 5

LAS CIENCIAS NATURALES Y SOCIALES, 1895-1939

Desde el siglo XVII el progreso de las ciencias exactas ha sido continuo. Fue el siglo en que Galileo, Kepler, Descartes, Newton y Leibniz sentaron las bases de la física, la astronomía y las matemáticas modernas. En el transcurso de los siglos XVIII y XIX, el desarrollo de las ciencias exactas se extendió de la física y la astronomía a la química, la biología, la geología y la medicina. Y, desde mediados del siglo XIX en adelante, se han venido haciendo trabajos de inmejorable calidad en Estados Unidos y Asia, lo mismo que en Europa.

Los dos más importantes motores del progreso de todos los tiempos fueron la exitosa aplicación de las matemáticas a nuevos campos y las mejoras de los instrumentos de medición y los equipos de laboratorio en general. Las matemáticas permitieron a los científicos hacer la descripción más exacta y precisa de sus resultados y formular hipótesis que inspiraran nuevos experimentos para descubrir lo que podría ocurrir en una variedad de posibles condiciones diferentes de las que ya habían sido analizadas. Equipos más avanzados en la forma de telescopios, microscopios, balanzas de precisión, relojes, termómetros e instrumentos de medición; aislamiento de vibraciones, luz y ruidos externos; controles cada vez más precisos de temperaturas, presiones y ambientes químicos; la capacidad de crear vacíos más completos, todos estos avances hicieron posible ver más lejos en

el espacio y observar partículas cada vez más pequeñas lo mismo inertes que en movimiento.

Hasta avanzado el siglo XIX, todos los fenómenos físicos parecían explicables según las leyes fundamentales de la física del siglo XVII o, por lo menos, potencialmente coherentes con ellas. La relativa simplicidad de esas leyes, que no exigían nada más complejo que ecuaciones cuadráticas o cúbicas, dio también pie a un enorme optimismo sobre la comprensión última del universo. Si los movimientos de todos los cuerpos celestes podían ser previstos con precisión con miles de años de anticipación, si las trayectorias de todos los proyectiles podían ser trazadas de antemano, si la caída de la manzana de Newton y todas las galaxias obedecían a la misma ley de la gravedad, parecía en principio posible que todos los fenómenos —orgánicos e inorgánicos— podrían ser sometidos eventualmente a leyes análogas, matemática y conceptualmente simples.

Por lo tanto fue un hecho desde los tiempos de Newton hasta fines del siglo XIX que muchos intelectuales, científicos y humanistas, religiosos y laicos ilustres compartieron una ilógica pero muy acendrada fe en la naciente comprensión del universo. La imagen del inflexible Dios del Antiguo Testamento y el Hijo amantísimo, que se había sacrificado para redimir los pecados de la humanidad, tendía —aunque sólo fuera de modo inconsciente— a ser reemplazada por el Gran Ingeniero, el Benigno Relojero, que puso el universo en marcha y observaba con paternal orgullo cómo los hombres de genio iban descubriendo gradualmente sus leyes.

El éxito del sistema de Newton alentó asimismo a los hombres a creer que la observación y el experimento, en química y biología, revelarían una subestructura de las leyes de Newton, que también gobernarían esas ciencias. Y en la época de la Revolución francesa había quienes se atrevían a esperar que la sociedad humana, si se la estudiaba científicamente, proporcionara leyes muy simples y deterministas, que permitieran a la humanidad resolver los antiquísimos problemas de la guerra y la pobreza. La absoluta fe europea en el «progreso» estaba íntimamente ligada al continuo éxito de la ciencia de Newton.

Sin embargo, desde mediados del siglo XIX, entre los mismos científicos se iban acumulando las dudas en cuanto a la apli-

cación universal de la síntesis de Newton. El estudio de los gases los obligó a pensar en términos estadísticos, en la conducta *promedio* de las masas de partículas individuales más que en la conducta de partículas individuales. Por otro lado, la teoría cinética de los gases no contradecía los conceptos de continuidad y sus leyes eran matemáticamente comparables a las existentes leyes de Newton. En las mismas décadas, el estudio de la electricidad y el magnetismo hizo necesario introducir un nuevo e importante concepto: el del campo de la fuerza electromagnética. El concepto de campo es más complejo que el de la gravitación de Newton, que actuaba a distancia, en línea recta entre los centros de gravedad de cuerpos masivos. El campo está constituido por energía más que por objetos de materia y sus campos de energía se propagan como ondas transversales, viajando en todas direcciones a través del espacio vacío a la velocidad de la luz, mientras las líneas de fuerza eléctricas y magnéticas permanecen en planos perpendiculares a la dirección de la propagación.

Sin embargo, las leyes de campo desarrolladas por el matemático escocés Clerk Maxwell no contradicen los principios del determinismo ni de la continuidad de la acción, aspectos esenciales de la herencia de Newton. Tampoco contradecían la creencia muy arraigada de principios de siglo de que la luz consistía en ondas y se propagaba también por ondas.

Sin embargo, hacia finales del siglo XIX, era evidente que había problemas con el concepto de que la luz consistía en ondas o, en todo caso, sólo en ondas. Las ondas necesitan un medio como el aire o el agua a través del cual viajar. De modo que la convicción de que la luz consistía en ondas exigió que se formularan hipótesis sobre un medio que posibilitara su transmisión a través de la inmensidad del espacio «vacío». Ese medio se llamó «éter». Mientras los instrumentos para medir la velocidad de la luz no pudieron ofrecer más que una aproximación a las mejores estimaciones posibles, no hubo manera de medir el efecto del éter en la Tierra, que también —como las ondas de luz— tenía que moverse a través del éter.

Pero en 1887 ya era posible medir con precisión la velocidad de la luz, lo cual permitió realizar un experimento específicamente diseñado para detectar los efectos del éter sobre el movimiento de la Tierra. La velocidad de la luz fue medida

simultáneamente en la dirección del movimiento de la Tierra y en ángulos rectos con respecto a ese movimiento. Por pequeños que fueran los efectos del éter, la luz reflejada por el rayo enviado en la dirección del movimiento terrestre debería retornar ligeramente antes que la luz reflejada por los rayos enviados en ángulos rectos respecto a ese movimiento. Pero no se detectó en absoluto ninguna diferencia.

¿Significaba que el éter no existía? No necesariamente. El físico irlandés George Fitzgerald formuló la hipótesis de que un cuerpo de gran tamaño que se trasladara a mucha velocidad podría reducirse ligeramente en la dirección de su rápido viaje. Y que esa reducción —que incluiría la del interferómetro (aparato para medir la velocidad de la luz)— podría ser suficiente para cancelar el efecto anticipado del éter observado en la velocidad del rayo de luz. En sus experimentos con rayos catódicos, el físico holandés Hendrik Antoon Lorentz formuló la hipótesis de que una partícula en movimiento, que se redujera en dirección del movimiento, también aumentaría su masa. La ecuación de Fitzgerald sobre la reducción y la ecuación de Lorentz del incremento de la masa dieron resultados del todo compatibles y, por lo tanto de momento, salvaron la teoría del éter de una muerte súbita. Las ecuaciones de «la transformación de Lorentz-Fitzgerald» iban a ser pronto importantes como ecuaciones relacionadas con la teoría de la relatividad especial.[1]

Otra de las suposiciones ampliamente creídas, pero al final no probadas de la física y la química del siglo XIX, era la teoría atómica: se presumía que las partículas fundamentales de la materia eran átomos individuales de unos ochenta elementos químicos distintos, identificados y clasificados en el curso del siglo. Pero hacia 1900 el poder de observación de los instrumentos de laboratorio descubrió y empezó a medir fenómenos que indicaban con certeza que los átomos estables e indivisibles no eran las partículas más pequeñas de la materia (dejando de lado

1. Mi exposición sobre la ciencia moderna en este capítulo está basada principalmente en George Gamov, *Thirty Years that Shook Physics*, Doubleday, 1966; Heinz R. Pagels, *The Cosmic Code*, Bantam Books, 1983; J. C. Polkinghorne, *The Quantum World*, Princeton Science Library, 1989, y Emilio Segrè, *From X-rays to Quarks*, W. H. Freeman, San Francisco, 1980.

las vagas implicaciones de la palabra «fundamental»). Los rayos X, descubiertos en 1895 por el químico alemán Wilhelm Roentgen y los elementos radiactivos, por la química polaco-francesa Marie Sklodowska y por su marido, el físico Pierre Curie, no podían ser tenidos en cuenta en términos de átomos indivisibles estables ni como los compuestos moleculares estables analizados por la química atómica del siglo XIX. En 1897, el químico inglés J. J. Thomson probó la existencia de una casi desmaterializada partícula cargada de electricidad —el electrón— cuya relación con los átomos existentes y las moléculas estaba por completo indefinida.

Pero el problema nuevo más dramático, que exigía romper con la tradición, era el fenómeno de la radiación de los cuerpos negros, estudiados sobre todo en Alemania y Gran Bretaña. Los físicos ingleses Rayleigh y Jeans trataron sin éxito de calcular el espectro observado de la radiación de cuerpos negros, en términos de cambios *continuos* en frecuencia y niveles de energía, que esperaban encontrar por la energía que estaba siendo irradiada. Enfrentado al mismo problema, el físico alemán Max Planck, rompiendo con su experiencia pasada y su intuitiva creencia en la continuidad, decidió que la radiación observada *tenía* que estar ocurriendo en paquetes discontinuos de energía, a los cuales se refirió como los *quanta* y, para las partículas mínimas de cambio discontinuo, desarrolló una fórmula matemática que ha sido la piedra angular de la física cuántica desde que se publicó en 1900. En algún punto de ese originalísimo trabajo, cuyas implicaciones lo perturbaron y estimularon a la vez, le dijo a su hijo adulto que había descubierto algo comparable en importancia a los descubrimientos de Isaac Newton.

Así fue de hecho y, en los treinta años que siguieron al anuncio de la constante de Planck, se creó una física enteramente nueva para describir los fenómenos atómicos y subatómicos. Esta nueva física no invalidó la física de Newton en sus aplicaciones a los macrofenómenos de la Tierra y del sistema solar. Pero el rápido desarrollo de la teoría cuántica, de las teorías de la relatividad especial (1905), y de la relatividad general (1915) fue esencial para describir los minúsculos fenómenos antes desconocidos. Y en el otro extremo de las magnitudes se hallaban la naturaleza de millones de galaxias más allá del sistema solar, el

número, la inmensidad y las distancias que, literalmente, eran insospechadas hasta la aparición de los telescopios gigantes y, de manera especial, la de los radiotelescopios del siglo actual.

Pocos años después de 1900, la física de la época 1600-1900 se llamó la «física clásica»; la física cuántica y la de la relatividad constituyeron la «física moderna» (terminología que adoptaré de aquí en adelante). Como contraste indicativo entre la física y las humanidades —en el sentido de la medida del tiempo— quiero resaltar que, cuando estudiaba para mi doctorado dentro del sistema universitario francés en 1950, «historia moderna» significaba el período transcurrido entre alrededor de 1500 y 1789 (fecha de la Revolución francesa); y todo lo acontecido desde 1789 era «historia contemporánea». Puesto que los cambios de comportamiento humano son mucho más lentos que los cambios en el conocimiento científico, no parece en absoluto desacertado que lo «moderno», que para los historiadores empezó hace cinco siglos, haya empezado para los físicos en este siglo. La física moderna se ha desligado de todo el sistema asumido por la física clásica. Para Newton, el espacio era la facultad infinita de Dios; para Einstein el espacio es lo que medimos con una cinta métrica. Y no es que Einstein fuera ateo. Él, lo mismo que el gran pensador judío del siglo XVII Baruch Spinoza, creían en un universo por completo determinista, que coincidía con lo que nosotros llamamos «Dios»; y como Spinoza, basaba su vasta tolerancia personal y su paciencia con la tambaleante humanidad en su convicción de la inevitabilidad de los hechos tal y como ocurren. Pero como científico hacía caso omiso de todas las estructuras absolutas e insistía en ceñirse a los hechos que puede observar el ser humano: el espacio es lo que se mide con una regla, el tiempo lo que se mide con un reloj.

Poco después de que Planck descubriera la naturaleza cuántica de la radiación de los cuerpos negros, otro físico alemán, Philipp Lenard, advirtió que, cuando la luz choca con la superficie de ciertos metales, los electrones (identificados apenas unos pocos años antes) son emitidos desde esa superficie: un fenómeno conocido como efecto fotoeléctrico. Las ondas cortas de alta frecuencia, en el extremo azul del espectro, son la causa de que la superficie metálica emita electrones con más energía que los emitidos por las ondas rojas largas. Pero ¿cómo podían las

ondas cortas o largas ser la causa de que una superficie metálica emitiera electrones? En 1905 Einstein sugirió que, en cierto sentido, la luz tiene que ser también un corpúsculo, una especie de diminuto proyectil capaz de bombardear los átomos del metal y, a veces, desprender algunos de sus electrones. La frecuencia más alta —por lo tanto la de más energía— de la luz azul explicaba su mayor efectividad para producir el efecto fotoeléctrico. De modo tal que la interpretación cuántica, que Planck había aplicado a la radiación, proporcionaba la respuesta al efecto fotoeléctrico, una respuesta que no habría podido ser dada si la luz se imaginara sólo como una onda.

A Lenard se le concedió el Premio Nobel de Física en 1905 por sus decisivos experimentos; y a Einstein se le concedió el Premio Nobel en 1921 por su explicación teórica del efecto fotoeléctrico. A fines de los años veinte, ya en época nazi, Lenard se convirtió en vocero de la física alemana: de la muy sólida física experimental; y las contribuciones teóricas de Einstein fueron estigmatizadas como física «judía». De esa manera se combinaban el antiintelectualismo y el antisemitismo dentro de la mentalidad nazi; combinación que también ha sido frecuente en muchos grupos, además de los nazis, y que volveré a tratar cuando hable de los años treinta.

En ese mismo año 1905, el *annus mirabilus* del genio creativo de Einstein, éste anunció la teoría de la relatividad especial que, con la teoría cuántica, ha sido el trabajo que ha servido de base para casi todos los físicos modernos. Afirmó que el incremento de la masa y la reducción de la longitud de las partículas, cuyas hipótesis habían desarrollado Fitzgerald y Lorentz, también regirían en todos los cuerpos, pequeños o grandes, que se muevan a velocidades cercanas a la de la luz. También que la velocidad de la luz en el vacío (cualquiera que sea la naturaleza exacta de su onda-partícula) será constante sin que pese la velocidad de la fuente que emita la luz. Por añadidura, que no hay tales cosas como espacio y tiempo absolutos, sino que (como su ilustre predecesor Galileo había demostrado en el siglo XVII) todas las mediciones espaciales y temporales tienen que ser *relativas* con respecto a algún marco de referencia elegido.

Con frecuencia se ha dicho que Einstein llegó a la relatividad meditando sobre los problemas planteados por el experi-

mento de Michelson-Morley de 1887. Ese experimento crítico probó fuera de toda duda la constancia de la velocidad de la luz, sin encontrar ninguna huella en absoluto del éter del cual los científicos habían venido hablando desde los tiempos de Christiaan Huygens y de la teoría general de la luz en el siglo XVII. Dado que la teoría de Einstein enunció las sorprendentes implicaciones de la velocidad constante de la luz, es en efecto comprensible que se piense que pudiera haber estado reflexionando sobre el resultado de Michelson-Morley.

Pero Einstein, que era muy escrupuloso cuando se trataba de dar crédito al trabajo de sus colegas, no hizo mención de tal experimento en el informe donde anunciaba la relatividad especial. Por estudios biográficos parecería que, ya en la adolescencia, Einstein se preguntaba: «¿Y si...?» la velocidad de la luz fuera constante en todas las circunstancias, no existiría la posibilidad de que un rayo de luz fuera acelerado para «alcanzar» a otro.

Quizá sea incluso más importante que, tanto Max Planck como él, consideraran que las leyes de la termodinámica fueran las más firmemente establecidas de todas las leyes físicas, más aún que las de Newton. La primera ley de la termodinámica es la ley de la conservación de la energía y, en cierto sentido, la famosa fórmula de Einstein —que afirma que la energía es igual a la masa por el cuadrado de la velocidad de la luz ($E=mc^2$)— es una generalización de la conservación de la energía mucho más terminante en sus implicaciones que la idea de la conservación de la energía, antes de que nadie imaginara que todas las formas de la *materia* pudieran ser tratadas como equivalentes a energía. Y Max Planck, contestando a un amigo que quería saber cómo había él imaginado algo tan ajeno al sentido común y a la tradición científica como la teoría cuántica, le contestó que estaba desesperado por encontrar una explicación que no contradijera las leyes de la termodinámica.

En las biografías, cartas y autobiografías de grandes científicos de principios del siglo XX es posible apreciar la combinación de alborozo y perplejidad que se extendió por la comunidad de físicos, químicos y astrónomos en cuanto a que las implicaciones de los descubrimientos de Planck y Einstein fueran entendidas y aplicadas a una miríada de nuevos fe-

nómenos bajo el umbral del sólido átomo de las postrimerías del siglo XIX, más allá del limitado (por no decir minúsculo) universo observado alrededor de 1900. Al mismo tiempo, aunque desde un punto de vista intelectual los comienzos de la física cuántica y de la relatividad fueron los descubrimientos más revolucionarios a principios de siglo, es discutible si el descubrimiento de varios tipos de radiaciones y los adelantos en química y en la comprensión de la estructura atómica no tuvieron en lo inmediato más influencia en la mayoría de los científicos prácticos.

En los párrafos que siguen, trataré de dar alguna idea de la labor experimental, las hipótesis y los debates que se produjeron entre 1900 y la declaración de la primera guerra mundial. En Francia los Curie —hasta el accidente fatal sufrido por Pierre en 1906 y, de ahí en adelante Marie sola— trituraron trozos de rocas y tamizaron concienzudamente toneladas de pecblenda, suministradas por físicos austríacos de las minas de uranio de Bohemia. Ella trabajaba en un cobertizo que desde luego no se parecía en nada a lo que hoy se podría llamar un laboratorio en cualquier escuela secundaria o universidad. Destruyó su salud mientras separaba e identificaba con éxito cantidades usables de radio y trazos de otros elementos radiactivos. Nadie tenía entonces la menor idea del riesgo que significaba trabajar con la radiactividad. Por milagro sobrevivió hasta los sesenta y siete años. (Sus libros de cocina todavía tenían radiactividad en 1980.)

En Inglaterra, el investigador más activo fue Ernest Rutherford, un neozelandés de incansable energía, que había llegado a ese país como estudiante becado y que había trabajado sucesivamente en Cambridge, la Universidad McGill de Montreal y la Universidad de Manchester. Rutherford era un «jefe» nato de equipo de investigación, generoso en alentar a los estudiantes graduados, rápido en reconocer a los grandes talentos, capaz de escuchar las ideas de los demás (una condición no demasiado frecuente entre los grandes académicos). Su laboratorio de Manchester se benefició gracias a su amistad con sir Arthur Schuster, un químico anglo-alemán, cuya fortuna privada le permitía comprar los últimos equipos de laboratorio.

Alrededor de 1900, la técnica de análisis del espectro

—desarrollada sobre todo en Alemania— había identificado muchos elementos químicos nuevos y anunciado la existencia de otros, pero no ofreció ninguna descripción clara de la estructura atómica. J. J. Thomson, descubridor del electrón, formuló la hipótesis de que fuera una esfera de consistencia porosa, parecida a la de un budín, en la cual los electrones estaban incrustados como pasas (así era la imagen que él daba). Pero experiencias cada vez más avanzadas con varias formas de irradiación y la desconcertante conducta de los elementos radiactivos condujeron a una importante cantidad de experimentación y teorización sobre la estructura del átomo, que nadie había «visto» todavía, cuya existencia era cuestionada por científicos de tanto prestigio como el físico austríaco Ernst Mach y el químico alemán Wilhelm Oswald.[2]

Dentro de los cinco años siguientes a 1895, físicos y químicos habían distinguido muchas formas de radiaciones recién descubiertas. Se descubrieron los rayos X que, de inmediato, resultaron útiles en medicina. Se descubrieron los rayos alfa, pronto identificados como el núcleo del helio, con un peso atómico de cuatro y carga eléctrica positiva. Se descubrieron los rayos beta, que no tardarían en ser identificados como electrones. Se descubrieron los rayos gamma, con propiedades similares a los rayos X, pero con más carga de energía —y por lo tanto, más penetrantes—, también presentes en el espacio exterior y, en consecuencia, de creciente importancia para la astronomía del siglo XX.

Alrededor de 1908, Ernest Rutherford descubrió que el átomo no consistía en un budín de pasas de uvas sino en un núcleo muy concentrado, con carga positiva, rodeado por una «nube» de electrones virtualmente carentes de peso. Su experimento crucial consistió en el bombardeo de una pesada chapa metálica (de oro y plomo) con los recién descubiertos rayos alfa con carga positiva. El 99,9 % de los rayos pasaron a través de la chapa sin que se detectara deflección. Pero un minúsculo resto se retrajo hacia la fuente de radiación. Rutherford dedujo que eso tenía que ocurrir porque las partículas alfa positivamente carga-

2. Lewis S. Feuer, *Einstein and the Generations of Science*, 2.ª ed., Transaction, New Brunswick, NJ, 1982, pp. 29-40; Gerald Holton, «Mach, Einstein, and the Search for Reality», *Daedalus*, primavera, 1968.

das colisionaban en su curso con algún punto del espacio con fuerte carga positiva. Ese rechazo de cargas similares era indicio de la carga positiva del centro concentrado o «núcleo» del átomo. Por esos mismos años los químicos identificaban nuevos elementos cuya posición en la tabla periódica había sido predecida, pero cuya existencia real no había sido probada. Químicos experimentales más precisos observaban varios fenómenos enigmáticos. Uno de ellos era que los elementos radiactivos se descomponían, en apariencia, en otros elementos. Otro era que, si se pesaban con precisión, indicaban que podría haber varias sustancias con un peso atómico ligeramente diferente, sustancias que, sin embargo, eran (casi) imposibles de distinguir en cuanto a propiedades químicas.

Un químico del laboratorio de Rutherford en Manchester, Frederick Soddy, tomó la iniciativa de describir y pesar varias de estas sustancias, a las que llamó «isótopos», queriendo significar que ocupan la misma posición en la tabla periódica. Como cuestión experimental quedó claro que cuando el núcleo perdía una partícula alfa, ésta descendería dos escalones en la tabla periódica; y que cuando perdía una partícula beta se movía un escalón hacia arriba (desplazamientos que fueron conocidos como la ley del desplazamiento radiactivo). Pero en ese momento nadie tenía una explicación diáfana de por qué algún deterioro radiactivo producía un elemento diferente, ni por qué otras sustancias mostraban diferencias de peso atómico mientras retenían las mismas propiedades químicas.

Posibles explicaciones del fenómeno de los isótopos y posibles modelos del átomo de Rutherford —con su peso concentrado en el «pequeño» núcleo— fueron dadas por el trabajo de un joven físico danés que, como estudiante, pasó parte del año 1912 en el laboratorio de Rutherford. Niels Bohr tenía el mismo tipo de personalidad exuberante, enérgica y comunicativa que su mentor, pero estaba más interesado que Rutherford en la teoría física. Bohr, que con frecuencia discutía (cortésmente) con un escéptico Rutherford, creó los primeros modelos del átomo como una suerte de sistema planetario en miniatura.

En un artículo fundamental publicado en 1913, Bohr aplicó con éxito la nueva teoría cuántica en su modelo planetario del átomo del hidrógeno (desde un punto de vista estructural, el más

simple de los elementos). Explicó los niveles de energía de diferentes órbitas electrónicas, su estabilidad y los discontinuos saltos entre órbitas, usando la constante de Planck. Igual de importante para el futuro de la química fue su hipótesis de que las propiedades químicas de un elemento están determinadas principalmente por la envoltura más externa de sus electrones.

Aunque el trabajo más significativo que condujo a la comprensión de la estructura atómica se hacía en Inglaterra, no quiero en absoluto sugerir que Rutherford tuviera el monopolio de los experimentos y de las especulaciones teóricas más interesantes. Los estímulos y experimentos no procedían sólo del continente europeo sino también de Estados Unidos y Japón.

Ernest Solvay, químico belga que había hecho una fortuna con la invención de un proceso industrial para producir bicarbonato de sosa, decidió subsidiar reuniones internacionales en Bruselas a las que asistían físicos y químicos sobresalientes de todo el mundo (recepción y cena con los reyes incluidas). Planck, Thomson, Rutherford, los Curie, Einstein y alrededor de otras veinte luminarias intercambiaban ideas y crearon un sólido sentimiento del carácter internacional y de trabajo en común de la ciencia. El presidente informal era Hendrik Lorentz, científico holandés, famoso por la transformación de las ecuaciones, que tanta importancia tuvieron en las teorías de Einstein, y por su habilidad diplomática para moderar la sensibilidad personal y nacionalista de algunos de los distinguidos participantes.

Las discusiones reflejaron tanto el conocimiento como la incertidumbre en cuanto al estatus de la física «clásica». Planck habló casi pidiendo perdón por la aplicación de sus conceptos cuánticos. Rutherford y la mayoría de los científicos experimentales se afanaban por aferrarse al marco clásico. Einstein dijo en 1909 (pero sin duda ya lo tenía pensado desde hacía años) que la futura gran tarea de los físicos sería la de elaborar una teoría satisfactoria que sirviera, a la vez, para las propiedades de las ondas y los corpúsculos de la luz, y para los fenómenos electromagnéticos en general. Bohr diseñó órbitas circulares y elípticas que obedecían a las ecuaciones de Newton y Maxwell, siempre que fuera posible, y presentó las ideas cuánticas (como había hecho Planck mismo) sólo cuando la explicación clásica no era factible.

La declaración de la guerra de 1914 redujo de forma drástica —pero no suspendió— el progreso de la ciencia pura. Thomson, Rutherford y la gran mayoría de sus colegas dedicaron sus energías a tareas relacionadas con la guerra. Marie Curie montó servicios de radiología en hospitales próximos al frente francés. Los científicos alemanes más ilustres —con la notable excepción de Einstein— apoyaron públicamente los objetivos bélicos alemanes y volcaron todos sus recursos en la investigación relacionada con éstos. Sin embargo, la Gran Guerra no provocó una ruptura completa en la tradición internacionalista de la ciencia. Rutherford mantuvo correspondencia con su colega austríaco Stefan Meyer y con su antiguo discípulo Hans Geiger, que había vuelto a Alemania y estaba al servicio del gobierno alemán. Y cuando uno de los discípulos de Rutherford, James Chadwick, fue hecho prisionero, Geiger intervino para que continuara sus investigaciones en Alemania.

Antes de la guerra Meyer había prestado una significativa cantidad de bromuro de radio al laboratorio de Manchester y, en 1918, el gobierno británico propuso confiscarlo como propiedad enemiga. Rutherford insistió en que de ser retenido (medida que desde luego apoyaba para poder reiniciar la investigación sobre radiactividad) habría que pagarlo. Después de lo cual mandó el dinero a Viena para que fuera utilizado en la reparación y el reequipamiento del instituto del profesor Meyer.

Como una manera de recordar la diferencia entre el Imperio alemán y el austríaco —y el posterior y breve imperio nazi— podemos destacar que el judío pacifista Einstein pasó los años de la primera guerra mundial trabajando con toda tranquilidad en Alemania y que anunció su teoría general de la relatividad en 1915; también que el psicoanalista judío y radical Sigmund Freud trabajaba sin ser molestado en Viena. Además tenía dos hijos que servían en el ejército austríaco. Es verdad que el rencor acumulado por los aliados contra las potencias centrales, debido en especial a la ocupación de Bélgica y a la guerra submarina irrestricta, era tal que, hasta 1927, los alemanes y austríacos no volvieron a ser invitados a las conferencias Solvay. Pero la mayoría de las relaciones personales fueron rápidamente reanudadas en 1919.

El período que va desde el final de la Gran Guerra has-

ta 1939 fue tan rico en grandes adelantos como habían sido los años 1895-1905. Al anunciar la teoría general de la relatividad, Einstein sugirió posibles observaciones que podrían poner a prueba su validez. Una de ellas era que, fuera del sistema solar, los rayos de luz se curvarían ligeramente al pasar a través del campo de gravitación del sol.

Para reunir al equipo y a los científicos necesarios habría que esperar a que se restableciera la paz. Era también muy deseable que se produjera un eclipse solar. El primer año de paz fue 1919. En ese verano se produjo el esperado eclipse, que fue visible desde la isla Príncipe en la costa occidental de África. La Real Sociedad Astronómica Británica envió una expedición y sus fotos demostraron la curvatura de los rayos de luz predicha por Einstein. De ese modo pudieron los británicos anunciar alborozados la primera confirmación de la nueva y fantástica teoría, incubada durante la pasada guerra por un físico judío alemán.

Entretanto, los teóricos de la física se desvivían por resolver los enigmas de la nueva teoría cuántica. El trabajo continuó con especial intensidad en Munich (Arnold Sommerfeld, colegas más jóvenes y discípulos); Gotinga (Max Born, colegas más jóvenes y discípulos); en Copenhague (Niels Bohr más colegas, discípulos y visitantes distinguidos). Einstein jugó también un papel importante, a pesar de sus objeciones filosóficas a la teoría cuántica. Avaló el trabajo del desconocido y joven físico hindú S. Bose, que ofrecía nuevas pruebas de la naturaleza cuántica de la radiación y, en 1924, publicó sus propios hallazgos con respecto al comportamiento cuántico de las moléculas gaseosas.

En 1905, como parte de sus argumentos sobre el efecto fotoeléctrico, Einstein destacó que si la luz desprendía los átomos de una superficie metálica tendría que ser un corpúsculo. Y en 1909, como se ha mencionado antes, llamó la atención sobre la necesidad de una teoría que sirviera para la onda y el comportamiento corpuscular de la luz. En 1924, Louis de Broglie (hermano menor y colaborador feliz de un físico conocido, en el laboratorio perteneciente a la familia) advirtió que la ecuación cuántica implica una frecuencia, y que las ondas —aunque no los corpúsculos— tienen frecuencias. Se dedicó a estudiar la interpretación de los datos cuánticos en términos de «ondas de ma-

teria». Cuando dos amigos franceses de Einstein, Paul Langevin y Marie Curie, le mandaron los primeros informes teóricos de De Broglie, Einstein los respaldó decididamente.

A mediados de los años veinte, el brillante y joven físico alemán Werner Heisenberg creó una «mecánica de la matriz», que hizo posible interpretar matemáticamente las reacciones cuánticas discontinuas, sin tratar de «visualizarlas». Su colega inglés P. M. Dirac hizo una importante contribución para la formulación matemática más clara de la mecánica de la matriz. Y al mismo tiempo un joven físico austríaco, Erwin Schrödinger, desarrolló una «ecuación de onda», matemáticamente equivalente al método más abstracto de Heisenberg, que podía ser aplicada lo mismo a los fenómenos de onda clásicos que cuánticos.

Las ecuaciones de De Broglie, Heisenberg, Dirac y Schrödinger funcionaron todas muy bien para explicar los datos experimentales de la física atómica y molecular. Esas ecuaciones sustituyeron las aproximaciones y las combinaciones clásicas cuánticas de las primeras teorías de Bohr (casi con el paternal satisfacción del mismo Bohr). Pero como la física cuántica contradecía el sentido común y la intuición humana, y como también anulaba las leyes clásicas en su nivel microscópico, su interpretación (a diferencia de su éxito práctico) era muy enigmática para los científicos mismos y ha seguido siéndolo hasta el día de hoy.

Cualquier esfuerzo por entender las implicaciones de la mecánica cuántica tiene que empezar a partir de una valoración de la situación experimental y a partir de las ideas seminales enunciadas en los años veinte por los mismos Heisenberg y Bohr. La balanza que pesa unos pocos gramos de materia, o la luz que brilla sobre un grumo inerte de sí misma, no afecta de modo apreciable la condición ni el comportamiento de esa materia. De manera tal que, durante siglos, quien experimentaba en condiciones clásicas podía separarse con toda verosimilitud, él y sus instrumentos, de los fenómenos que examinaba. El investigador era el ser cartesiano («pienso, luego existo»), el sujeto consciente, que examina el mundo «objetivo» exterior a sí mismo. Pero cuando empezó a experimentar con objetos infinitamente más pequeños, sus rayos de luz o sus instrumentos de medición alte-

raron de manera inevitable el estado del minúsculo objeto del experimento. Ya no podía observar ni medir por la acción misma, sin alterar el objeto en observación.

Heisenberg resumió esta limitación sobre la situación experimental de la física atómica con su «principio de incertidumbre»: es imposible conocer simultáneamente la posición y el momento de una partícula. Se puede ser preciso sobre una u otra cosa, pero no sobre las dos al mismo tiempo. La mecánica de la matriz y la ecuación de onda de Schrödinger demostraron que era posible tener dos sistemas matemáticos de interpretación por completo diferentes que, sin embargo, daban los mismos resultados. Pareció que por lo menos los científicos tendrían que abandonar la idea de imágenes espacialmente visualizables del comportamiento de la «materia» (cualquiera que fuera ésta).

Niels Bohr y sus colegas (Bohr era un hombre que hacía la mayor parte de sus lucubraciones en medio de una animada conversación con personas más o menos capaces de entender su fraseo elíptico y su peculiar pronunciación de cualquier idioma que no fuera el danés) elaboraron lo que llamaron la doctrina de la «complementariedad», también llamada «interpretación de Copenhague». Al tratar las coyunturas atómicas como ondas, satisficieron parte de la verdad y, al tratarlas como partículas, satisficieron también parte de la verdad. La indudable utilidad y seriedad de los resultados era, por lo menos en esos tiempos, más importante que una interpretación del todo sólida.[3]

La generación de los físicos de mayor edad, como Planck y Einstein, era en extremo reacia a abandonar el determinismo absoluto de su herencia clásica. Pero la generación más joven, y virtualmente todos los físicos, ha aceptado desde los años treinta la idea de que en niveles micro, molecular y submolecular, el comportamiento observado de las partículas es estadístico y de alta probabilidad, pero no está totalmente determinado. Tampoco puede (ni necesita) ser fotografiado.

En consecuencia, el mundo atómico no ha generado relaciones tan relativamente simples como aquéllas veneradas en las leyes de Newton. Las matemáticas exigidas eran mucho más

3. Gerald Holton, «The Roots of Complementarity», *Daedalus*, otoño, 1970.

complejas que las de la física clásica. Viejos amigos como los cuadrados, cubos y pi todavía tenían un papel, pero había multitud de nuevas «constantes» con valores que llegaban a la décima potencia (positiva o negativa); había también efectos magnéticos complejos —como la «rotación» de partículas (descubierta a mediados de los años veinte)—, fuerzas de atracción cruciales para las interacciones físicas y químicas, que tienen que ser diferentes de las previamente conocidas fuerzas de gravitación y electromagnetismo. De tal manera que Werner Heisenberg demostró en 1932 que es necesario que haya una «potente» fuerza nuclear que actúe dentro de las dimensiones de átomos y moléculas individuales. Y el joven físico italiano Enrico Fermi anunció en 1934 la necesaria presencia de una fuerza nuclear «débil».

En 1932 se produjo el descubrimiento de nuevas partículas: el neutrón (casi gemelo del protón, pero eléctricamente neutro), el positrón (positivamente cargado, equivalente al electrón), el neutrino (minúscula partícula neutra necesaria para los intercambios de energía de la química cuántica aunque no se «viera» hasta 1956) y el deuterio (un isótopo pesado del hidrógeno con un peso atómico de 2). En 1934, la segunda pareja Curie —Irène Curie, hija de Marie, y su marido Frédéric Joliot-Curie— descubrió la radiactivad artificial y, a lo largo de los años treinta, se generaron en el laboratorio gran cantidad de nuevos isótopos, que ofrecían incontables usos potenciales en la medicina y la industria. Para entonces ya era del todo evidente que los electrones y protones del átomo de Rutherford-Bohr no eran más que los dos primeros de un número indefinido de partículas subatómicas.

De ahí que los años treinta fueran testigos del desarrollo de una variedad de nuevos métodos de laboratorio para separar las partículas de los átomos o iones que los alojan. El más exitoso de esos métodos —el ciclotrón— se instaló en 1939 en la Universidad de Berkeley, California. Y, a principios de ese año, pocos meses antes de que estallara la segunda guerra mundial, reducidos equipos de químicos alemanes y franceses descubrieron casi al mismo tiempo la fisión nuclear.

Antes de dejar el campo de la física y la química para hablar de otros aspectos de la ciencia en la época que va de 1895

a 1939, vale la pena hacer hincapié en la razón por la cual ese período merece llamarse revolucionario. Entre 1600 y 1900, los físicos clásicos y la gente ilustrada que seguía su obra creían, en su abrumadora mayoría, en la absoluta continuidad de las fuerzas de la materia y la energía (concebidas como separadas, pero interdependientes; por analogía, algo así como las aceptadas nociones cristianas de cuerpo y alma). También creían que las leyes de Dios, o de la naturaleza, podrían exigir comprender el álgebra y los cálculos pero que, por analogía con la experiencia cotidiana y la geometría tridimensional, seguían siendo comprensibles.

En cambio, los físicos modernos que trabajan con la teoría cuántica y la relatividad han aceptado la discontinuidad, han visto que materia y energía son equivalentes entre sí, han entronizado la probabilidad en lugar del determinismo y han aceptado la idea de que los «acontecimientos» en el «espacio-tiempo» pueden ser descritos matemáticamente, pero no retratados en términos de «sentido común». La diferencia cualitativa entre las condiciones clásicas y modernas es inmensa, y sus implicaciones filosóficas han destruido, a la vez, el cómodo optimismo de la imagen de Dios como Gran Relojero y el austero pero precioso determinismo de las ecuaciones astronómicas de Newton-Laplace y de la fe de Einstein en que «Dios no juega a los dados con el universo» (su razón para no aceptar nunca como últimas las verdades de la mecánica cuántica).

Lo cierto es que la imagen de Einstein en esa famosa objeción no es, en realidad, una imagen precisa de la nueva situación. Las leyes de la probabilidad que, en un nivel subatómico, coinciden en su operación práctica con las soluciones virtualmente deterministas en el nivel macro, nos dejan consecuencias por completo predecibles, que han sido usadas en toda forma de artilugios electrónicos y nucleares. Las leyes de la física cuántica son tan confiables como las de la física clásica. La queja de Einstein no significa que el universo esté gobernado por la casualidad. Significa que él y sus admirados predecesores como Kepler y Maxwell, lo mismo que Descartes y Newton, tenían una fe «religiosa» en el determinismo absoluto como la única base intelectual y estéticamente aceptable para entender el universo. Todavía no tenemos un marco teórico completo para tal

comprensión —y tal vez no lo tengamos nunca— pero las confiables leyes de la probabilidad son algo muy distinto que un universo casual.

Otro elemento de la revolución científica en el umbral del siglo XX fue el de sentar los cimientos de la genética, la ciencia de la herencia biológica. De manera general, siempre ha sido obvio que los retoños se parecen a sus progenitores; muchas sociedades pasadas de criadores de ganado cruzaban parejas de animales poseedores de rasgos particulares, con la esperanza de que se perpetuaran en sus rebaños. Una vez más, por aproximación, lograron el éxito de aumentar la frecuencia de las características deseadas aunque nadie tenía la menor idea de cómo funcionaba, de verdad, la herencia.

Los primeros experimentos científicos que proporcionaron los principios de ese conocimiento los hizo alrededor de 1860 un monje que enseñaba en un monasterio cerca de la ciudad eslovaca de Brno. Versiones noveladas de la vida de Gregor Mendel lo pintan como un oscuro pero dotado aficionado; lo cierto es que de verdad carecía de títulos doctorales, menciones honoríficas, premios nacionales e internacionales y del gigantesco ego de muchos «conquistadores» científicos modernos. De modo que, cuando dio a conocer sus trabajos sin que el mundo científico se inmutara, no hizo imprimir su material. Pero si queremos entender los avances de la ciencia europea tenemos que mirar más allá de la leyenda.

A mediados del siglo XIX, Austria tenía una reducida clase media y sólo comienzos muy rudimentarios de un sistema de educación pública. La Iglesia era una de las pocas instituciones que podía ofrecerse a educar a los niños con algún talento de las familias de escasos recursos. Para beneficiarse de las oportunidades educativas que concedía la Iglesia no era necesario tener vocación religiosa de santo, pero sí ser un creyente conformista de buen carácter y mucha inteligencia. Se entendía sin regateos que el receptor de esa educación serviría a la Iglesia con gusto, de la manera que sus superiores determinaran.

El párroco de Heinzendorf (Austria) —dueño de un invernadero de árboles frutales— reconoció el talento de Mendel

cuando éste era un muchacho y lo recomendó al abad del monasterio local quien, a su vez, lo envió a estudiar a la Universidad de Viena. Allí aprendió, según la teoría atómica, que se pensaba que los constituyentes básicos de la materia eran unidades discontinuas. Aprendió también que el comportamiento de algunas formas de la materia —en especial las moléculas de los gases— era tratado estadísticamente.

Por esa época los criadores de ganado de la zona de Brno se preguntaban si podrían encontrar una manera de mejorar sus crías, como ya habían hecho sus pares de Inglaterra y Francia. Pusieron la cuestión en manos de los monjes —por ser los hombres con más nivel de educación que conocían—, y el abad Knapp le asignó el problema al talentoso Gregor Mendel, educado en Viena. Al fecundar por polinización cruzada distintas clases de guisantes, Mendel decidió concentrarse en características visibles particulares, tales como las diferencias entre semillas redondas lisas y semillas arrugadas; o entre plantas amarillas y verdes. Llevó durante varias generaciones cuidadosos registros de las proporciones conseguidas de amarillo-verde y lisas-arrugadas.

Sus observaciones lo condujeron a formular la hipótesis de que por cada característica seleccionada había dos aportes de algún tipo atribuibles a la herencia, uno derivado de cada origen. También observó que las características seleccionadas se heredaban con independencia la una de la otra: que la semilla redonda o arrugada se encontraría, bien en la planta amarilla o bien en la planta verde. Al hacer el recuento de una cantidad de generaciones observó que una de las características dominaba sobre la otra. En el caso específico de los guisantes, el amarillo dominaba sobre el verde. Si cruzaba una planta amarilla con otra planta amarilla, desde luego la nueva planta salía amarilla. Si cruzaba la amarilla con la verde y la verde con la amarilla, la nueva planta también salía amarilla. Sólo cuando cruzaba una verde con otra verde lograba progenie verde. De ese modesto modo atinó con el mecanismo discreto de la herencia y descubrió las proporciones en las cuales se podía esperar ver la característica heredada, según fuera una característica «dominante» o «recesiva».

Mendel dio a conocer sus resultados en 1866. En aquel momento no fueron apreciados; los redescubrieron simultánea-

mente en 1900 tres jóvenes biólogos: el holandés Henry De-Vries; el alemán Karl Correns y el austríaco Erich von Tschermak. En un gesto ético que no siempre ha caracterizado al progreso de la ciencia, los tres investigadores reconocieron —en publicaciones separadas— que estaban redescubriendo las leyes de la herencia proporcional, antes descubierta por Gregor Mendel.

Varios nuevos factores fueron responsables del espectacular desarrollo de la genética desde principios del siglo actual. Uno fue el hecho de que hacia 1900 los microscopios fueron capaces de ver los cromosomas, los pequeños filamentos que incluyen el material hereditario. Cuando el químico estadounidense Walter Sutton advirtió que los cromosomas siempre aparecen en pares, su observación sugirió de inmediato la relación del estudio de la herencia hecho por Mendel. Botánicos daneses y holandeses, sin poder explicar todavía la naturaleza exacta del material hereditario, empezaron a llamarles genes; químicos alemanes hicieron notar que la herencia parecía depender de una sustancia química específica, el ácido nucleico, identificado por primera vez en 1869.

La atención dedicada a una posible nueva ciencia de las leyes hereditarias estaba también motivada por su posible relación con la doctrina de la evolución por selección natural de Darwin. Se decía que la evolución ocurría al acumularse pequeños cambios que hacían que una planta o animal se adaptara mejor a su ambiente específico para poder sobrevivir. Estaba en debate la cuestión de cómo ocurrían esos cambios y en qué circunstancias eran hereditarias esas «adaptaciones». El biólogo alemán August Weismann desarrolló la teoría del plasma germinal de la herencia. La teoría insistía en la continuidad ininterrumpida del plasma germinal de generación en generación, y en la consecuente falta de transmisión hereditaria de los rasgos adquiridos durante la vida del individuo.

Henry DeVries, que estudiaba la herencia en las plantas, hizo hincapié en que las mutaciones, es decir, los pequeños y específicos cambios de la estructura hereditaria, eran los principales medios para que se produjera la generación de nuevas especies. Así se convirtió la tarea de la nueva ciencia genética en la tarea esencial de cualquier trabajo sobre biología evolucionista.

El descubrimiento más importante fue el trabajo del biólo-

go estadounidense T. H. Morgan y de sus discípulos desarrollado en la Universidad de Columbia de Nueva York, desde alrededor de 1906 hasta fines de los años veinte. Morgan encontró en las moscas de la fruta la especie ideal para el estudio de la herencia. Las moscas se multiplicaban muy deprisa y en gran cantidad. Eran fáciles de alimentar. No eran peligrosas para quien las criaba ni para ningún espectador circunstancial. Tenían características hereditarias fácilmente identificables, que podían ser estudiadas con mayor detalle y con una técnica estadística mucho más sofisticada que la que se podía utilizar con plantas de jardín. Los procesos químico-físicos precisos de la herencia no serían descubiertos hasta los años cincuenta, pero el trabajo de Morgan y sus colegas proporcionó una explicación muy clara de sus mecanismos.

El desarrollo revolucionario de las ciencias físicas y biológicas en las décadas en estudio estuvo acompañado por igualmente novedosos progresos en las ciencias sociales. Antes de exponer unos pocos aspectos de dichas ciencias, me parece importante examinar el término «ciencia social». A fines del siglo XIX, todos los investigadores y pensadores —dedicados al estudio de los campos relativamente nuevos de la sociología, antropología, ciencias políticas, economía y psicología— ambicionaban lograr resultados que fueran tan precisos como los de las ciencias exactas.

Era una ambición laudable y ayudó a reducir los elementos de idiosincrasia personal y la influencia ideológica o religiosa en el estudio de los fenómenos sociales. Alentó el enfoque estadístico, objetivo, desprejuiciado y de mente abierta. Además, como las ciencias ya reconocidas, cada una de las ciencias sociales definió su campo de estudio y separó —hasta donde era posible— el fenómeno en estudio del resto de la actividad humana. Sin embargo, hay en las ciencias exactas un elemento esencial, que no es posible alcanzar en las ciencias sociales: el experimento de laboratorio, que puede ser repetido con exactitud para confirmar los resultados precisos y las implicaciones precisas de esos resultados. Las ciencias sociales tratan la conducta humana en conjunto y, puesto que los seres humanos son infinitamente complejos y, puesto que no hay dos individuos —y mucho menos grupos de clases sociales o profesionales, nacionalidades, tribus, etc.— que sean exactamente iguales, es imposible

lograr una exactitud comparable a los resultados de un experimento físico o químico.

El logro supremo de las ciencias sociales fue el de crear un campo por completo nuevo de investigación humana. Las civilizaciones previas de Europa, Egipto, Oriente Medio y Asia habían sido todas privilegio de élites muy reducidas. La gran masa de los seres humanos eran sujetos de explotación —o de piedad—, y sus necesidades fueron en ocasiones consideradas según los intereses de poder y prosperidad de la élite gobernante. Pero antes de la Ilustración del siglo XVIII, de las revoluciones francesa y norteamericana, de la proclamación de los derechos del hombre, la vida intelectual se ceñía por completo a las actividades de una élite minoritaria. Después, algunos de los más sutiles intelectuales acumularon datos que se referían a las actividades de toda clase de seres humanos. Los antropólogos, en particular, dieron a conocer descripciones precisas y análisis estructurales de muchas culturas africanas, del hemisferio indio occidental y de las islas del Pacífico, que nunca nadie había estudiado de manera sistemática.

En mi opinión, el más intelectualmente notable y, tal vez, el más influyente de todos los pioneros europeos de la sociología a lo largo del siglo XX, fue el alemán Max Weber. Weber estaba muy influenciado por el análisis del capitalismo y por el análisis de la división de clases que fue la gran obra de Karl Marx. Pero los elementos científicos de la obra de Marx estaban en parte viciados por el elemento teleológico: su certeza de que el capitalismo sería sucedido inevitablemente por el socialismo y su decisión de leer toda evidencia a la luz de esa supuestamente científica predicción.

Desde el punto de vista de Weber, el capitalismo no era un fenómeno puramente europeo. Weber no tenía tampoco una previsión hecha sobre cuánto duraría ni de lo que podría ocurrir en un futuro lejano. El capitalismo era —como había dicho Marx— el sistema económico más productivo jamás creado por el hombre. Había existido en las civilizaciones de Egipto, Roma y Grecia. Pero su éxito estaba muy limitado por el poder de las castas sacerdotales, las estructuras militares y las burocracias reales o estatales, que tenían otras prioridades, aparte de las de una vida económica racional.

Weber atribuía el enorme éxito del capitalismo moderno a lo que llamaba «el espíritu protestante»; al énfasis en la responsabilidad individual, responsabilidad que era característica de la Reforma protestante, sobre todo en su versión calvinista. La iniciativa de los empresarios capitalistas buscaba afanosamente un dominio de las fuerzas materiales, no tradicional e innovador. En ese sentido la mentalidad capitalista era más abierta, más flexible que la de los sacerdotes, soldados y burócratas. El reciente gran éxito del capitalismo se debió también al hecho de que las clases empresariales eran lo bastante poderosas para competir por el control del Estado con gentes como los terratenientes prusianos o las castas militares.

Al mismo tiempo, la economía capitalista moderna exigía el uso racional de los recursos y la organización racional del trabajo y los mercados. La racionalización requería una burocracia en el sentido de que las funciones públicas debían llevarse adelante de acuerdo con reglas sensatas y predecibles. Tanto los grandes negocios como los gobiernos eran tan complejos, que su organización no podía seguir dependiendo de cualidades singulares individuales. Los ejecutivos, gerentes, administradores tenían que ser reemplazables sin que se produjeran cambios arbitrarios en la operación de todo el complejo. Los empleados de cuello blanco y los obreros industriales tenían que ser entrenados en el uso de máquinas que, en creciente medida, hacían el verdadero trabajo productivo. Por eso la burocracia era a la vez necesaria y peligrosa: necesaria para que el funcionamiento de una sociedad compleja se desarrollara de manera fluida; peligrosa porque la burocracia es enemiga inevitable de la innovación. Lo que Weber consideraba necesario era el máximo de racionalización de los procesos económicos, combinado con la iniciativa continua de los hombres de negocios y los científicos creativos.[4]

Aunque no hizo predicciones tan grandiosas como Hegel o Marx, Weber expresaba con frecuencia sus puntos de vista sobre problemas de Alemania y Europa. Quería emancipar a los campesinos prusianos de la dominación de la aristocracia te-

4. Jürgen Kocka, «Otto Hintze, Max Weber, und das Problem der Bürokratie», y W. J. Mommsen, «Die antinomische Struktur des politischen Denken Max Webers», ambos en *Historische Zeitschift*, núm. 233, 1981.

rrateniente. En la década anterior a la primera guerra mundial —y durante la misma guerra— abogaba por los sindicatos libres, la responsabilidad parlamentaria (que no existía en el Imperio alemán) y por el sufragio universal. Puesto que creía que los funcionarios civiles no debían dominar la política y que la gran masa del pueblo carecía de conocimientos para tomar decisiones sabias, abogaba por una suerte de *Führerdemokratie*, en la cual el jefe de la mayoría parlamentaria —o el presidente de la república— tomaran las decisiones. La característica clave de la democracia sería la obligación de rendir cuentas, la regularidad de elecciones y la capacidad de los votantes para elegir a otro cuando no estuvieran satisfechos. Weber murió en 1920, cuando la República de Weimar no tenía más que dos años de vida. Pero, desde su punto de vista, lo había desilusionado su fracaso para formar un liderazgo capaz de adecuarse a los problemas de la Alemania de posguerra.

Weber estaba también a favor del imperialismo, en razón de que el desarrollo de los mercados y administraciones imperiales ofrecerían oportunidades económicas y movilidad social ascendente, aflojando así la estructura jerárquica de la sociedad alemana. Entre 1900 y 1914 aproximadamente parece haber configurado como una posibilidad ideal un mundo con media docena de potencias imperiales competitivas que, de alguna manera, no llegaran a provocar guerras entre ellas.[5] Como casi todos los líderes intelectuales y políticos de su época, pensaba en democratizar la vida europea sin sentir mayor responsabilidad por lo que el imperialismo significaba para los súbditos no europeos de ese imperialismo.

Excepción hecha de la ceguera o indiferencia por las necesidades de los pueblos no europeos, el análisis de Weber de los problemas de una sociedad industrial avanzada parece tan pertinente hoy como cuando fue escrito. Cómo combinar la iniciativa capitalista con la predecible administración de una sociedad compleja; cómo ofrecer oportunidades económicas sin revoluciones confiscatorias; cómo consultar la voluntad de todos los ciudadanos sin dejar en sus manos decisiones que no están capacitados para tomar; cómo encontrar líderes que pudieran equili-

5. Richard Bellamy, «Liberalism and Nationalism in the Thought of Max Weber», *History of European Ideas*, 1992, pp. 499-507.

brar los intereses legítimos de los capitalistas con los de la población trabajadora urbana y rural, y con los de los burócratas. Son problemas tan reales en las naciones desarrolladas del mundo contemporáneo como lo eran en la Alemania de 1900.

Hay otro aspecto de la revolución científica de principios del siglo XX que creo es esencial tratar en este capítulo: el esfuerzo de estudiar la parte instintiva e irracional de la conducta humana. Tendría que decir ya que es aún más duro lograr precisión científica en psicología que en ciencias sociales. Un Max Weber puede ser mucho más científico que Karl Marx porque no trata de convencer al mundo de la inevitabilidad de una revolución futura particular; pero Weber, y todos los científicos sociales de cuya obra sé algo, tenían preferencias emocionales y preocupaciones éticas que coloreaban, sin remedio, la recopilación e interpretación de datos.

Los grandes estudiosos de la psicología humana —Sigmund Freud, C. G. Jung, Alfred Adler, Karl Abraham, Krafft-Ebing, Havelock Ellis, Gregorio Marañón, etc.— eran todos hombres de temperamento apasionado, que trataban audazmente los problemas de pacientes en exceso neuróticos; trabajaban en un terreno del cual todavía no había mapas. Desde luego cometieron errores, desde luego muchas de sus definiciones han tenido que ser revisadas sin cesar, desde luego no podían hacer experimentos repetibles que pudieran ser verificados o falsificados por otros investigadores, desde luego no podían enunciar leyes para seres humanos —formados por billones de células— que fueran comparables con las leyes que gobiernan las partículas atómicas o los genes de las moscas de la fruta.

Tal vez el más importante y, sin duda, el más conocido y controvertido de estos psicólogos sea Sigmund Freud.[6]

6. Dada la controvertida naturaleza del legado de Freud, quiero especificar con más detalle que de costumbre las lecturas en las cuales están basadas estas páginas. Las importantes biografías de Ernest Jones y Peter Gay; más Paul Roazen, *Freud and His Followers*, A. A. Knopf, 1971; Seymour Fisher y Roger P. Greenberg, *The Scientific Credibility of Freud's Theories and Therapy*, Columbia University Press, 1985; Judith M. Hughes, *From Freud's Consulting Room*, Harvard University Press, 1994; Jerome S. Bruner, «The Freudian Conception of Man and the Continuity of Nature», *Daedalus*, invierno, 1958, pp. 77-84; Philip Rieff, «Freud's Political Psychology», *Journal of the*

La obra original de Freud y su carrera pública coincidieron, casi exactamente, con el período tratado en este capítulo. Fue alrededor de 1895 cuando él empezó a mostrarse insatisfecho con el uso de la cocaína y la hipnosis como principales métodos para tratar las neurosis, métodos que había estado usando como colega menor de importantes psicólogos de París y Viena. Pero desde los comienzos de su práctica estaba convencido de que la parte consciente y racional de la mente no significaba más que una pequeña proporción del total de la actividad mental; de que había una enorme zona de impulsos inconscientes e irracionales; y de que la conciencia no era más que la punta del témpano.

De manera que, alrededor de 1895, empezó a desarrollar lo que hoy conocemos como psicoanálisis. En lugar de drogarlo o hipnotizarlo, el paciente era invitado a recostarse, a relajarse por completo y a decir cualquier cosa que le acudiera a la mente. La acumulación de estas asociaciones verbales libres permitirían que médico y paciente juntos recobraran recuerdos parciales de fantasías y traumas de la primera infancia, que Freud estaba convencido eran la raíz de las enfermedades no orgánicas de sus pacientes.

Freud era un hombre de una vasta cultura literaria, un excelente y prolífico escritor. Sus obras están llenas de acertadas referencias a Cervantes, Shakespeare, Goethe, Schiller, Heine y Dostoievski entre otros. Como judío se había beneficiado de la liberalización de la monarquía de los Habsburgo en sus días de estudiante y había sufrido el arraigado antisemitismo de los ambientes universitarios y médicos. En su época de estudiante tradujo ensayos de John Stuart Mill. Émile Zola era uno de sus héroes intelectuales en tiempos del caso Dreyfus y muchos de sus amigos de toda la vida eran prominentes socialdemócratas austríacos.

History of Ideas, abril, 1956; Angus McLaren, «Conception and its Discontents», *Journal of Social History*, verano, 1979, pp. 513-527; Carl E. Schorske, «Politics and Patricide in Freud's Interpretation of Dreams», *The American Historical Review*, abril, 1973, pp. 328-347; del mismo autor, «Freud's Egyptian Dig», *The New York Review of Books*, 27 de mayo, 1993; Frederick Crews, «The Unknown Freud», y «The Revenge of the Repressed», *The New York Review of Books*, 18 de noviembre, 1993, y 17 de noviembre, 1994, respectivamente, más las muchas cartas que se refieren a los dos artículos.

Freud mismo había considerado en algún momento la posibilidad de estudiar derecho y dedicarse a la política. Pero uno de sus motivos más importantes para desarrollar el psicoanálisis —aunque no siempre fuera consciente de él— era el de resolver, dentro de la mente —traer a la conciencia y solucionarlos—, los conflictos que de lo contrario serían políticos, profesionales o familiares, y consumirían (desperdiciarían) las energías inconscientes, de los cuales eran expresión. Freud era un hombre de moderadas simpatías izquierdistas que, hacia 1900, estaba convencido de haber descubierto un nuevo método para resolver conflictos íntimos y adaptar a la gente al mundo tal y como era, de una manera «saludable».

Los títulos de sus primeras obras importantes dejan ver la dirección de su pensamiento: *La interpretación de los sueños* (1900), *La psicopatología de la vida diaria* (1901), *Las tres teorías de la sexualidad* (1905), *El chiste y su relación con el inconsciente* (1905). Fue muy boicoteado por sus colegas austríacos, pero tenía inmensas reservas de estoicismo y humor, y una inmensa capacidad organizativa y persuasiva. Desde 1906 hasta el final de su vida dominó un creciente movimiento internacional que formó y licenció analistas; publicó investigaciones eruditas y conferencias populares; asistió a congresos internacionales, excepto durante la primera guerra mundial.

En un esfuerzo por entender lo que puede ser considerado científico o no, trataré de resumir sus principales doctrinas y procedimientos, para después exponer sus advertencias y las alternativas ofrecidas por otros psicólogos serios. Freud creía que la mayor parte de la actividad mental era inconsciente y que el carácter se formaba en los primeros cinco o seis años de vida, para bien o para mal, sobre todo como resultado de la interrelaciones dinámicas entre los hijos y las figuras paternas (en general, pero no necesariamente, los padres biológicos). Tanto la energía creativa de los seres humanos de éxito —desde los genios científicos o artísticos, hasta los granjeros, hombres de negocios, amas de casa, madres y artesanos corrientes bien adaptados (habla poco de los obreros industriales)— como la energía de la histeria y de la neurosis es energía sexual.

Al principio, el instinto sexual no está enfocado, es «polimorfo». El niño va en procura del placer y, al salir de la infan-

cia, descubre que el mundo no está organizado para el placer, tras lo cual acepta gradualmente «el principio de la realidad» como la necesidad de trabajar, adaptarse a las exigencias de los demás, aceptar los límites del placer, etc. Si la interdinámica es tal que el niño no puede aceptar las limitaciones que la sociedad impone, el adulto sufrirá neurosis de distinta gravedad con respecto a su capacidad para vivir una vida «normal». Lo más particular de la teoría de Freud es la importancia del «complejo de Edipo». Estaba convencido de que los niños desean inevitablemente tomar como primer y preferido «objeto sexual» al progenitor de sexo opuesto, y de que la capacidad del amor heterosexual adulto, la de la amistad y la de la interacción armoniosa social depende, en general, de la exitosa transferencia de esa energía sexual del progenitor a la de un coétaneo del sexo opuesto.

A lo largo de los años desarrolló un mapa general de la mente humana, dividida como el ello, el ego y el superego. El ello es el reino del inconsciente, lo preconsciente, los impulsos instintivos de la libido, básicamente sexual. El ego es lo consciente, en parte racional, que razona y verbaliza una porción del territorio. El superego está compuesto por los ideales éticos, la autocensura, la necesaria represión, los en parte conscientes y en parte inconscientes códigos que ajustan el principio del placer a las exigencias del principio de la realidad. El ideal de análisis —ya sea integrado en una terapia o como medio de autoconocimiento (un objetivo valioso en sí)— es maximizar el área del ego, para comprender la fuerza de los impulsos instintivos propios y para comprender las fuentes de los propios ideales, de la propia conciencia.

Freud era un científico radical y un conservador cultural. Hacía en verdad falta un coraje provocador para predicar, en la Europa de los umbrales del siglo, que toda la vida emocional, intelectual y artística estaba incentivada, en primer lugar, por la energía sexual. Freud era al mismo tiempo un marido y un padre típico de clase media de la última mitad del siglo XIX. No se casó hasta que no estuvo en condiciones de poder mantener a su mujer y a sus hijos. Simpatizaba con sus pacientes homosexuales, pero nunca aceptó que la homosexualidad fuera una manifestación «normal» de la sexualidad. Nunca aprobó ningún método

de control artificial de la natalidad y practicó la abstinencia después de haber tenido seis hijos en nueve años. Aplicó una combinación de afecto, humor y principio de la realidad en la crianza de esos hijos, dos de los cuales sirvieron como voluntarios en el ejército austríaco durante la Gran Guerra y todos ellos llevaron como adultos una vida razonablemente exitosa y bien adaptada.

Fue un patriota jingoísta en 1914, con la esperanza de que Austria le aplicara un merecido castigo a la «advenediza» Serbia. Un año después, cuando la abrumadora cantidad de bajas y el hambre de los civiles producto de una guerra indecisa y suicida fueron cada vez más evidentes, Freud consideró otra teoría sobre las energías instintivas. Al final de la guerra estaba convencido de que no todas las energías subconscientes eran sexuales —y por lo tanto, fundamentalmente creativas— y motivadas por el deseo de vivir, sino que, al lado del instinto vital, Eros, existía un instinto mortal, Tánatos.

Freud siempre tuvo algo de estoico, sobre todo en su respuesta a las decepciones personales y profesionales. Durante los años 20 habló con frecuencia en público a favor de la Liga de las Naciones. Se unió a figuras internacionales como Einstein, Romain Rolland y Bertrand Russell en declaraciones que se referían a la necesidad del desarme y la paz internacional.

En 1930 publicó un breve trabajo dirigido al público en general (pero de ningún modo elemental en su estilo), titulado *El malestar en la cultura*, en el cual explicaba con pesimismo y estoicismo que la cultura —absolutamente necesaria para la supervivencia de la raza humana— dependía a pesar de todo, y tendría que depender siempre, de cierto grado de represión, en una combinación de renunciamientos autoimpuestos y socialmente impuestos al instinto de gratificación. Mantuvo sus puntos de vista de ateo de toda la vida, sin ofrecer a los hombres esperanza alguna como no fuera la sublimación de los instintos y la aceptación estoica de lo inevitable. Sus diecisiete años de lucha contra el cáncer de mandíbula ilustran magníficamente lo que quería significar cuando hablaba de estoicismo. Dejó abierta la cuestión de quién acabaría siendo más fuerte con el tiempo, Eros o Tánatos.

Desde Viena observó el surgimiento y el triunfo de los na-

zis en Alemania. Cuando quemaron sus libros le recalcó sardónicamente a su discípulo y biógrafo Ernest Jones: «Qué progresos estamos haciendo. En la Edad Media me habrían quemado a mí. Ahora se conforman con quemar mis libros.» Tuvo la suerte de no vivir hasta el momento en que, sin duda, también lo habrían quemado a él. Poco después de que en marzo de 1938 los nazis ocuparan Austria pudo emigrar a su admirada Inglaterra y allí murió en septiembre de 1939, en las primeras semanas de la guerra de Hitler y antes del comienzo del Holocausto.

Si ampliamos nuestro enfoque de la psicología de Freud a la profunda y moderna psicología en general, sobre algunas cosas parece haber acuerdo en la práctica aunque no siempre se reconozcan en teoría. Todos los psiquiatras, psicoanalistas, psicólogos y licenciados en psicoterapia del mundo occidental —y en otras partes del resto del globo— están de acuerdo en que la «cura de la conversación» es preferible a la cocaína o la hipnosis. Todos están de acuerdo en que la parte racional de la mente no es más que una pequeña parte del total. Todos están de acuerdo en que hay una gran área no completamente definida de las enfermedades mentales que causan gran sufrimiento —no tan graves como la insania literal—, cuyos síntomas pueden verse muy aliviados por una serie de conversaciones de una hora con un psicólogo experimentado y calificado. Casi todos creen que, conforme las drogas terapéuticas se hacen más precisas en sus efectos, obviarán de manera gradual la necesidad del mucho tiempo consumido en la terapia que hoy se practica. Este último punto fue una esperanza a la cual se refirió de forma explícita Freud a lo largo de su vida. Casi todos están de acuerdo en que la energía sexual y la primera relación con las figuras paterna y materna juegan un papel fundamental en el desarrollo de la personalidad.

Pero, como todos sabemos, el movimiento psicoanalítico fue resquebrajado por las rivalidades personales y teóricas desde sus primeros años. Las teóricas tienen que ver en gran parte con la insistencia de Freud en la abrumadora importancia de la sexualidad y en el complejo de Edipo. C. G. Jung sustituyó el concepto mucho más arcaico de Freud de una libido sexual por el de un inconsciente colectivo compartido por todos los seres humanos. Su ideal de terapia era armonizar los motivos conscientes

del adulto con la influencia de ese inconsciente colectivo. Alfred Adler sustituyó la libido de Freud por la fuerza del poder, el dominio del ambiente de cada uno: atribuyó muchas neurosis a los complejos de «inferioridad» y «superioridad» (términos acuñados por él). Pero al rechazar aspectos específicos de la teoría de Freud, ellos y otras escuelas de psicología profunda admitían el nuevo reconocimiento de la importancia del inconsciente y trabajaban por la vía terapéutica de las sesiones de conversación entre paciente y terapeuta.

A mí, pues, me parece que a pesar de las fisuras y de la fuerte crítica negativa (encuadradas dentro de los ítems de mis notas bibliográficas sobre Fisher-Greenberg y Crews), la psicología profunda creada por Freud, revisada y discutida una y otra vez desde entonces por los terapeutas teóricos y prácticos, constituye una forma de acumulación de conocimiento, de alivio del sufrimiento, que merece ser incluida en un capítulo dedicado a la ciencia aunque sus imprecisiones le impidan convertirse en una ciencia en el sentido de que su verdad pueda ser probada en un laboratorio o estadísticamente. Según las palabras con que el distinguido psicólogo estadounidense Jerome S. Bruner valora en *Daedalus* la obra de Freud, éste «hizo que el hombre fuera comprensible sin hacerlo al mismo tiempo desdeñable».

CAPÍTULO 6

LAS BELLAS ARTES Y LA MÚSICA, 1895-1939

El período que va desde mediados de 1890 hasta el estallido de la segunda guerra mundial en 1939 fue testigo, además del desarrollo revolucionario de las ciencias, de innovaciones igualmente asombrosas en las bellas artes y la música: en las artes plásticas se produjo el rechazo contra las reglas clásicas del diseño, la perspectiva, la proporción y el color; en la música, el descarte de la tonalidad, de las reglas tradicionales de la conducción de voces, de la armonía y la modulación; en la danza, nuevas formas de expresión corporal del ser humano. Para la población en general, la innovación más importante fue el invento de un arte por completo nuevo: la cinematografía.

Hasta mediados del siglo XIX, las bellas artes habían obedecido casi al pie de la letra los gustos de la realeza y de la aristocracia terrateniente. Durante siglos, los artistas plásticos proporcionaban los retratos de sus señores y gobernantes; los paisajes y las naturalezas muertas, que cubrían las espaciosas paredes de sus mansiones; las escenas bíblicas para sus iglesias y capillas privadas. Lo que de ellos se esperaba era que sus pinturas y esculturas representaran con precisión objetos reales con una perspectiva tridimensional; que los brazos, piernas y rasgos faciales reflejaran con fidelidad las formas y proporciones que observa el ojo humano normal; que utilizaran una paleta de colores ya consagrados, que correspondiera en líneas generales a la experiencia visual de un ojo sin entrenamiento especial.

La prosperidad y el crecimiento de la clase media urbana

creó un nuevo tipo de patrones en el curso del siglo XIX que, a su vez, ofreció nuevas oportunidades a los artistas independientes. No es que la clase media de comerciantes y banqueros fuera menos conservadora en sus gustos que las clases dirigentes tradicionales, cuyas maneras pretendía imitar. Pero como advenedizos a formas elevadas de cultura tenían menos confianza en su juicio personal que la aristocracia de antigua raigambre. Además, por ser hombres que se habían hecho a sí mismos, solían ser más capaces de reconocer los méritos de otros hombres, que también se habían hecho a sí mismos. Algunos estaban bien dispuestos a arriesgarse por la obra de los pintores impresionistas: ciertos esbozos podían parecerles penosamente vagos, pero los objetos seguían siendo reconocibles y las pinturas descubrían la belleza en las estaciones de ferrocarril, las barcazas de los canales o el humo de las plantas industriales, temas que nunca antes habían sido considerados «motivos artísticos».

Había entre ellos quienes tenían hijos o hijas que decidían dedicarse al arte en vez de ocuparse de los negocios familiares y, si bien esa decisión dio lugar a muchas crisis generacionales, también hubo numerosos ejemplos de familias de clase media que apoyaron los esfuerzos creativos de sus vástagos, sublevados contra la «tiranía» de las normas burguesas. No debemos dejarnos confundir por el hecho de que la literatura moderna esté plagada de novelas y autobiografías que satirizan con ensañamiento el filisteísmo de la clase media. La mayoría de sus autores pertenecen a esa clase media y, en primer lugar, sin el apoyo aunque fuera reticente y muchas veces incomprensivo de sus familias, nunca habrían tenido ocasión de llegar a ser escritores o artistas. En las artes, igual que en el desarrollo económico y en las libertades políticas, el surgimiento de la clase media ofreció oportunidades mucho más diversas que ninguna sociedad aristocrática, por muy admirable que fuera su cultura tradicional.

En general, las revoluciones plásticas y musicales se nutrieron del profundo deseo de superar las represiones tradicionales, el decoro tradicional y el «buen gusto». Pintores, escritores y compositores decidieron expresar con más espontaneidad y más dramatismo sus impulsos artísticos e incluir en sus obras toda clase de nuevos elementos que, con anterioridad, no se había creído pudieran pertenecer al reino de la estética.

Empecemos por las artes visuales: los padres técnicos y espirituales del arte europeo del siglo XX fueron el pintor francés Paul Cézanne, el francés de origen peruano Paul Gauguin, el pintor holandés Vincent Van Gogh y el noruego Edvard Munch. Cézanne, en su esfuerzo por transmitir más sensación de volumen, de peso intrínseco y dignidad a sus temas —fueran personas, objetos hogareños o paisajes— dio trazos geométricos a sus pinceladas de una manera que, veinte años después, llevaría directamente al cubismo.

Gauguin abandonó los conocidos paisajes campestres europeos por la geografía y civilización de los isleños de los mares del Sur. Van Gogh pintó mineros y gentes pobres rurales y urbanas con una empatía y una fuerza dramática nuevas. Pintó también paisajes que no vendió en toda su vida, pero cuyos violentos colores y pinceladas transformaron el modo en que los artistas del siglo XX iban a pintar esos temas. Munch dio a los retratos las expresiones de depresión y ansiedad que han prevalecido o, por lo menos, han atraído más atención en el siglo XX que en épocas pasadas.

Con todos estos artistas, las labores de parto espiritual estaban íntimamente ligadas a sus innovaciones técnicas. Cézanne y Gauguin se rebelaron contra la respetabilidad de la clase media a la cual pertenecían. El primero se refugió en comunión espiritual con los luminosos paisajes del mediodía francés, muy en especial con una montaña —el monte de la Sante-Victoire—, que pintó o bosquejó cientos de veces a través de décadas. Gauguin abandonó su trabajo de empleado bancario en París y a su familia, primero para pintar la vida rural de Bretaña y más tarde la de Tahití. Van Gogh estaba torturado por dudas religiosas y por la crueldad de la economía capitalista que se ensañaba con los pobres. Munch podría haberse dedicado cómodamente a pintar apacibles paisajes convencionales y al retrato de burgueses satisfechos. Pero, por instinto, sus simpatías lo llevaron a retratar a desdichados y reprimidos, y a desarrollar la paleta adecuada para esos temas. Sin embargo, los elementos más novedosos del arte europeo llegaron de fuera del continente. En la última mitad del siglo XIX, las rivalidades imperialistas en África, Asia y el Pacífico fueron familiarizando al público europeo con culturas no europeas. La mayoría de los contactos se produjeron a través de

guarniciones militares, núcleos comerciales, misiones cristianas, escuelas y hospitales. Hubo también exploradores, geógrafos, cartógrafos, etnólogos y, ya en el siglo XX, cada vez nayor número de antropólogos. Muchos de esos individuos buscaban inconscientemente escapar del acelerado desarrollo urbano e industrial. Apreciaban de verdad —y en algunos casos idealizaban— la calidad menos apremiante, menos competitiva de las sociedades no blancas.[1]

Enviaban o llevaban de vuelta a Europa muestras de la rica variedad de obras de arte que encontraban en África, las islas del Pacífico sur, el noroeste de la India y los territorios esquimales del norte de Cánada y Alaska. Esculturas en madera, piedra y marfil; máscaras que combinaban textiles, plumas de pájaro, dientes de animales, pieles de serpiente y piedras preciosas; ornamentos rituales y amuletos; sillas talladas, canoas, túnicas, bastones y ropas cuyo significado ritual no podían más que adivinar, pero cuya belleza era manifiesta. En museos etnográficos británicos, franceses y alemanes, en las tiendas importantes de las grandes ciudades, los artistas podían estudiar esos objetos de un arte antes desconocido.

Desde la época del Renacimiento hasta 1900 todo el arte europeo fue exclusivamente figurativo. Los impresionistas y los cuatro pintores arriba mencionados ampliaron los temas y variaron las técnicas del arte tradicional, pero sus tópicos seguían siendo descriptivos y figurativos. Las esculturas africanas combinaban imágenes reconocibles de seres humanos y animales con símbolos geométricos abstractos. La mayoría de ellas eran monocromáticas y lograban sus efectos a través del volumen, la geometría y el tallado de las superficies, más que a través del color o la variedad de materiales.

Entre 1906 y 1914, la combinación de las esculturas africanas con las técnicas pictóricas de Cézanne crearon el cubismo, cuyos primeros y principales exponentes fueron Picasso y Geor-

1. *«Primitivism» in 20th Century Art*, editado por William Rubin, 2 vols., The Museum of Modern Art, Nueva York, 1994. Particularmente valiosas las fotografías que comparan en la misma página objetos de arte africanos y del Pacífico con obras europeas «afines» a ellos. Rubin explica la elección de la palabra «afinidad» porque en muchos casos el artista europeo no puede haber visto realmente el objeto con el cual se compara su obra.

ges Braque. Como todos los artistas jóvenes en los umbrales del siglo, los futuros cubistas buscaban nuevas formas para describir la actividad humana, la emoción humana, la trascendencia humana de lo meramente físico. El problema era cómo avanzar más allá de la tradición heredada, tan sólida en perspectiva, tan exacta en el detalle descriptivo, tan limitada en capacidad expresiva precisamente porque «imitaba» a la naturaleza con tanta fidelidad.

El arte africano, melanesio y del noroeste del Pacífico ofrecía una asombrosa variedad de posibilidades. Esos artistas anónimos expresaban ideas, conceptos, significados metafísicos igual o mucho mejor que la creación de figuras reconocibles. Con la excepción de los antropólogos, los europeos no sabían y, en la mayoría de los casos, no intentaron comprender los significados religiosos o rituales. Lo que veían era la maravillosa combinación de lo figurativo y lo abstracto: triángulos que representaban narices; círculos simples o concéntricos que representaban ojos, ventanas de nariz, pechos, ombligos, vaginas; óvalos y cuadrados que representaban cabezas; trozos de piedras o marfil que representaban dientes u ojos; graciosas curvas que sugerían movimiento o gestos rituales; sartas de hierbas o plumas que representaban cabellos, etcétera.

Según la manera en que se combinaran esas formas abstractas, los efectos podían ser mágicos, gozosos, dignos, juguetones, aterrorizantes o cómicos. El anonimato inspiraba el mismo respeto que las tradiciones medievales europeas: respeto por los grandes talentos que, sin ningún egotismo personal, se habían dedicado a expresar los valores comunitarios.

La escultura africana, que destacaba la abstracción y el volumen para ponerlos al servicio de la expresión ritual, tuvo una influencia enorme en el desarrollo del cubismo. El arte de Oceanía y el noroeste de la India, más decorativo y más inclinado a utilizar materiales orgánicos como las hierbas y las plumas, ejerció una tremenda influencia en el arte surrealista durante el período de entreguerras. Pero todos los pintores de principios del siglo XX (excepto aquellos que se especializaban en retratos de presidentes de bancos o rectores universitarios) fueron profundamente influenciados por el arte africano y del Pacífico.

En la década que precedió a la primera guerra mundial

surgieron otros dos movimientos, no directamente relacionados con el cubismo ni con el arte de África y el Pacífico: el fauvismo en Francia, y el expresionismo en los países germanoparlantes y Bélgica. Ambos rompieron con los prejuicios del arte tradicional, dándole un papel dominante al color por encima de la perspectiva y la proporción realista. Los fauvianos (Matisse, Vlaminck, Rouault, Dérain) dibujaron intensos esbozos en colores fuertes como una forma de destacar el volumen y la expresión emotiva. No vacilaron en deformar o exagerar rasgos específicos para lograr efectos más decorativos o emocionantes. Podían pintar la piel en colores completamente irreales como el verde, el amarillo o el azul, no para sugerir mala salud sino para resaltar el poder expresivo y geométrico de colores contrastantes.[2]

El fauvismo fue un movimiento puramente pictórico; el expresionismo estuvo inspirado por preocupaciones filosóficas más ambiciosas. Sus padres fundadores (Kirchner, Bleyl, Heckel, Schmidt-Rottluff) eran estudiantes de arquitectura de la escuela técnica de Dresde. Como lectores de literatura moderna se inspiraron en el poético y profético estilo de Nietzsche, en las preocupaciones de reforma social de Ibsen y en las tribulaciones espirituales de Dostoievski. Estaban profundamente insatisfechos con la tradición académica y usaron los términos *Einfühlung* («empatía») y *Durchgeistigung* («impregnado de espíritu») para definir sus objetivos expresivos.

Querían que las artes plásticas lograran el impacto emocional inmediato que le atribuían a la música. Querían asimismo que el arte fuera accesible para aquellos que no tenían dinero e hicieron gran parte de su obra en forma de grabados, reviviendo una artesanía tradicional alemana, que ponía su arte a disposición de la gente por el precio de una revista. Compartían sus estudios, modelos y alojamientos en barrios de clase obrera. Expusieron varias veces sus obras juntos entre 1905 y 1911, con el nombre colectivo de *Die Brücke* («El puente»), nombre elegido para significar que estaban abiertos a diferentes técnicas, estilos

2. Para definiciones de varios movimientos me he basado principalmente en *Conceps of Modern Art, from Fauvism to Postmodernism*, 3.ª ed., editado por Nikos Stangos, Thames and Hudson, 1994. Sobre fauvismo, Jean Leymarie, *Fauvism*, Editions d'Art, Albert Skira, 1959.

y temas. Estaban muy pendientes de París y miraban con simpatía cuanto allí ocurría; admiraban a Van Gogh, Gauguin, Matisse y a los artistas anónimos de África y el Pacífico.[3]

La vida cultural alemana estaba mucho menos centralizada que en Francia. Un grupo de artistas tan importante como el de Dresde floreció en Munich entre 1909 y 1913. *Der blaue Reiter* («El jinete azul») era también un grupo colectivo de elevados ideales y variados intereses filosóficos. Incluía a dos rusos trasplantados, el abogado Vasili Kandinsky y el oficial del ejército imperial Alexéi Jawlensky; a dos pintoras, Marianne Werefken (mujer de Jawlensky) y Gabriele Münter (compañera de Kandinsky).

Kandinsky estaba muy interesado en los novedosos conceptos filosóficos: el *élan vital* de Henri Bergson, las propuestas educativas de Rudolf Steiner y las ideas místicas de madame Blavatsky. Compartía con Franz Marc una teoría general que concernía al significado de colores diferentes: el azul para lo masculino, el amarillo para lo femenino, el rojo para lo violento. De vez en cuando proclamaba que el arte iba a ser la religión del futuro. Sería un error intentar decir con demasiada precisión hasta qué punto esas lecturas y teorías se volcaron en su pintura. La evidencia de una amplia curiosidad intelectual es más importante que las «influencias» específicas. Veinte años después de su existencia, Kandinsky explicó en una ocasión que el nombre de Blaue Reiter había sido elegido mientras tomaban un café con Marc, a quien le gustaban los caballos, y por su propia debilidad por el azul.

El grupo era en espíritu internacionalista a conciencia. En Munich organizaron exposiciones de pintores franceses y rusos; de máscaras africanas, latinoamericanas y del Pacífico; en 1913 montaron la primera exposición de tapicería islámica. En gran parte a instancias de Gabriele Münter llegaron a interesarse por la pintura en vidrio, el moblaje y las muñecas, que eran una tradición artística folclórica local.

Considerados como una totalidad, los principios del fauvismo, el cubismo y el expresionismo; la rapidez del creciente

3. Wolf Dieter-Dube, *The Expressionists*, Thames and Hudson, 1993, y Georges Boudaille, *Expressionists*, Tabard Press, Nueva York, 1976.

interés por las artes africanas, asiáticas y del Pacífico; la participación de mujeres entre los artistas; la amplia curiosidad intelectual y las preocupaciones sociales involucradas en esos movimientos indican lo tolerante, no chovinista e inventivo que era el espíritu de las bellas artes en los años que precedieron a la primera guerra mundial.

Merecen ser mencionados dos movimientos más en este rico panorama: el futurismo y el constructivismo, centrados respectivamente en Italia y Rusia (dos naciones que habían llegado con retraso pero entusiastamente a la revolución industrial). Los diversos y solemnes manifiestos futuristas publicados entre 1909 y el estallido de la guerra ilustran con especial vivacidad los impulsos culturales contradictorios de la época. Por un lado confundían la necesidad de liberarse de las tradiciones académicas sofocantes con la exaltación cargada de ignorancia de la guerra y el sexismo, vistos como algo «saludable» para una cultura dominada incuestionablemente por el machismo.

Por otro lado veían el potencial estético de las máquinas, vapores, ferrocarriles, aeronaves, puentes y arquitectura urbana. Desarrollaban las posibilidades estéticas del metal y el cristal, el diseño industrial, los bloques de apartamentos urbanos, los escaparates y los anuncios impresos. Sus pinturas, esculturas y diseños arquitectónicos llevaron los elementos del cubismo y el expresionismo a visualizar un futuro industrial que, era de esperar, reemplazaría la sordidez de las ciudades contemporáneas.[4]

El movimiento constructivista compartía con el futurismo italiano cierta similitud de esperanzas y estaba influido por él. El constructivismo floreció en Rusia aproximadamente durante la década de 1915 a 1925. Los constructivistas eran marxistas y ardientes partidarios de la Revolución bolchevique. Estaban resueltos a desplazar las artes de su limitada esfera aristocrática y ponerlas al servicio del proletariado, es decir, de la sociedad en conjunto (según lo que ellos anticipaban traería el futuro).

Eliminaron la distinción entre las bellas artes y las artes aplicadas. Sus partidarios más destacados enseñaban el uso de los metales, la madera y la cerámica. Diseñaban fábricas, mue-

4. Caroline Tisdall y Angelo Bozzolla, *Futurism*, Thames and Hudson, Londres, 1993.

bles, ropa de trabajo, teatros y cines, carteles y diagramación de revistas. En su pintura, escultura y diseño usaban formas geométricas y sólidos bloques de color, evitando toda ornamentación rococó. Dos palabras fundamentales se repiten en todas las explicaciones de sus obras: *tectonic*, para designar a todos los materiales que deben ser fabricados y utilizados con fines sociales; y *factura*, para significar que todos los objetos deben ser funcionales, no sólo en su uso sino en su creación; que las propiedades naturales de todas las materias primas, junto con la modificación de dichas propiedades en el curso de la producción, deben ser cuidadosamente respetadas.

Los dirigentes bolcheviques más intelectualizados acogieron complacidos el arte constructivista pero, entre las ruinas de la guerra mundial y de la guerra civil, y el relativo atraso de la tecnología rusa, fue imposible llevar adelante sus diseños arquitectónicos. Numerosas contradicciones del siglo XX se confabularon en el sino del constructivismo. Lo que no pudieron ser más que utópicos planos sobre papel en la Rusia posrevolucionaria se convirtió en importante influencia en la arquitectura de Alemania, Europa occidental y América en los años veinte.

La insistencia en la simplicidad de las líneas, en la combinación de belleza y utilidad, en los componentes reemplazables, en el uso del vidrio y el aluminio, en las aleaciones ligeras de metal formó parte de la obra de la *Bauhaus* en la Alemania de Weimar, de Le Corbusier y sus colegas en Francia y de numerosos arquitectos industriales de Nueva York, Detroit y Chicago. Los constructivistas o bien emigraron a Occidente o alteraron su estilo para ajustarse al «realismo socialista» de la época de Stalin. El principal edificio que lograron construir —funcional, geométrico, libre de ornamentos rococó— fue el mausoleo del jefe revolucionario Lenin en la plaza Roja.

Lo cierto es que los años que van aproximadamente de 1910 a 1930 fueron de los más ricos en la historia del arte ruso. Antes de la Revolución una élite reducida, pero entusiasta, que dirigía la mirada hacia Occidente, creaba sus propias versiones del fauvismo, el cubismo y el expresionismo. Sus seguidores celebraban las tradiciones del icono y de los mosaicos bizantinos. Estimaban en alto grado el valor de las alfombras y tapicerías tejidas por artistas anónimos, que muy bien podrían haber

sido criados en las propiedades rurales de sus propias familias. Las formas del icono y la tapicería influyeron en su estilo pictórico, que se mezcló con la nueva tendencia cubista. Estuvieron muy pronto dispuestos a captar el renovado interés por los grabados y los dibujos a tinta y lápiz, motivados por preocupaciones sociales. Les gustaban también los expresionistas alemanes; se dirigían hacia la abstracción, hacia la idea de que la pintura no figurativa podía ser tan «expresiva» como la descriptiva. Esa gente —espiritualmente generosa aunque políticamente *naïve*— acogió con alborozo las sucesivas revoluciones de 1917 —tanto la liberal de marzo como la bolchevique de noviembre— porque consideraban que liberaban a Rusia de la opresión de un régimen anquilosado. En medio de su entusiasmo inicial por el cambio, no vieron ninguna contradicción en su interés por los movimientos experimentales apolíticos de Occidente y las nuevas exigencias de un arte proletario y politizado. Desde 1917 hasta mediados los años veinte pintaban campesinos y obreros con el mismo entusiasmo y ardor fauvista o expresionista que antes pintaban a sus parientes o amigos, o sus lienzos no figurativos.

En los cinco años transcurridos entre 1925 y 1930 se deslizaron de lo experimental a lo convencional y lo descomunal. Durante los últimos años de la NEP, incluso los bolcheviques más ilustrados exigían una actitud cada vez más utilitaria y política en las artes. Al consolidarse la dictadura estalinista, para vender sus pinturas, los artistas más sabios y de más edad se convirtieron del expresionismo o constructivismo al retrato al óleo convencional de jerarcas del partido, campesinos y obreros ejemplares.[5]

El futurismo, el constructivismo y todo el espectro de la pintura rusa durante la primera década de la Revolución veían el futuro con optimismo. Pero en el corazón de la Europa desarrollada, entre jóvenes artistas y estudiantes de todas las nacionalidades, las matanzas masivas en el estancado frente occidental hicieron surgir un talante de protesta antibelicista, un nihilismo intelectual y una afirmación desesperada y exhibicionista de en-

5. *Soviet Art. 1920's-1930's*, Sovietsky Khudozhnik, Moscú, y Harry N. Abrams, Nueva York, 1988. Excelentes reproducciones con fechas que permiten al lector seguir la evolución descrita en párrafos anteriores.

tusiasmo artístico. Según Hans Arp, ilustre pintor dadá que luego fue surrealista:

> En el Zurich de 1915, perdido el interés por los mataderos de la guerra mundial, nos volvimos a las Bellas Artes [las mayúsculas son suyas]. Mientras el tronar de las baterías retumbaba en la distancia, nosotros empastábamos, recitábamos, versificábamos, cantábamos con toda nuestra alma. Buscábamos un arte elemental que podría, creíamos, salvar a la humanidad de la locura de esos tiempos.[6]

El movimiento dadá tuvo corta vida, dependiendo como dependía del talento teatral, musical y artístico de un número relativamente pequeño de personas. Como no sólo era antibelicista e internacionalista sino que también desafiaba las convenciones sociales (usando asientos de retrete como objetos estéticos, proclamando que la orina era un barniz excelente, etcétera), dependía de su capacidad para chocar, provocar y entretener, todo al mismo tiempo. Pero produjo intensa impresión en las charlas de café de la Zurich neutral durante la guerra y en la posguerra de Berlín y París.

Con respecto a la premeditada puerilidad del nombre, el acuñamiento de la palabra lo explicaría el entonces estudiante de medicina y luego exitoso psiquiatra en Nueva York Richard Huelsenbeck en sus *Memoirs of a Dada Drummer*: «En francés las dos sílabas significan "caballito de madera"; en ruso "sí, sí"; en rumano "desde luego"; en italiano "mimar"; en bantú "hermana"; en el antiguo argot suabo se refiere a un "cretino sexualmente obseso".»

Ese juego de palabras brillante, irreverente a carta cabal, es típico de la poesía dadá. No pudo haber sido creado por autores sin una educación cultivada ni intelectualmente obtusos. Estaban muy al tanto de los movimientos creativos descritos en las páginas anteriores de este capítulo. Huelsenbeck acuñó otra frase que, según aseguraba, se le había ocurrido en las tres lenguas aquí citadas: «El arte está muerto. Viva la [en español en el original] Machinenkunst de Tatlin» (uno de los principales constructivistas rusos).

6. Citado en Nikos Stangos, *Concepts of Modern Art*, 3.ª ed., Thames and Hudson, 1994, p. 114.

Por último, para ilustrar el poder imaginativo y la riqueza cultural del dadaísmo, cito la versión inglesa de un poema que Huelsenbeck recitó en alemán con acompañamiento musical (sobre todo instrumentos de percusión) en un café de Zurich, ruidoso, atestado y lleno de humo:

The heads of the horses float on the blue prairie
like huge dark purple flowers
the bright disk of the moon is surrounded by the shrieks
of the comets stars and glacier dolls
schalaben schalamai schalamezomai
Canaanites and janizaries are fighting a great
battle on the shores of the Red Sea
the heavens draw in their flags the heavens
slide the glass roofs over the battle of the bright armors
oh you ceremonious shadows terebinth and hogweed
oh you ceremonious worshippers of the great God
behind the veils the horses are singing praises to the great God
schalaben schalamai schalamezomai...[7]

A la larga, la verdadera trascendencia que tuvo el dadaísmo fue su contribución al movimiento conocido como surrealismo, un movimiento mejor organizado y no tan iconoclasta. Los surrealistas florecieron desde 1922 hasta alrededor de 1960, primero en París y, a partir de los años treinta, en toda Europa y Estados Unidos cuando se produjo la inmigración de importantes surrealistas durante el nazismo y la segunda guerra mundial.

Los conceptos fundamentales del surrealismo surgieron de una muy rica y sugestiva combinación de ideas filosóficas, psicológicas y antropológicas elaboradas por André Breton a principios de los años veinte. Igual que los dadaístas y los futuristas, los surrealistas rechazaban el arte académico y el marco general «respetable» de la civilización europea burguesa. Estaban amargamente desilusionados por la reciente y suicida guerra mundial. Sentían que la cultura europea había perdido contacto con sus raíces mitológicas y religiosas, que se había convertido

7. Richard Huelsenbeck, *Memoirs of a Dada Drummer*, The Viking Press, Nueva York, 1974, pp. 31-34, para el texto completo en alemán e inglés.

en demasiado racional y profundamente represora de las emociones humanas.

Los surrealistas se sintieron pues atraídos por la filosofía no racional, vitalista, bellamente escrita de Henri Bergson; por las descripciones etnográficas y antropológicas llenas de ramificaciones de las sociedades «primitivas»; por el arte africano, del Pacífico y esquimal; por el análisis de los sueños bellamente escritos del profesor Freud y por su insistencia en que la faceta racional de la mentalidad humana es sólo una pequeña parte del total.

A través de esas lecturas llegaron a la convicción de que las características completas de la experiencia humana podían ser rescatadas por la fusión de la realidad con el sueño para producir un entendimiento superreal o surreal del mundo. Algunos surrealistas practicaron la escritura y el dibujo «automático» como una forma de explorar bajo la superficie racional y académica de la literatura y el arte. Todos ellos valoraban sus sueños y fantasías como materia prima del arte. Todos ellos sentían afinidad con los elementos rituales y oníricos del arte no europeo. La mayoría de ellos no eran militantes políticos, pero el grupo que rodeaba a Breton fue antifascista durante los años treinta y prosoviético durante la primera década posterior a la segunda guerra mundial. Todos ellos valoraban la naturaleza y se preocupaban por la amenaza de la polución industrial, varias décadas antes de que la sociedad occidental en general tomara conciencia de la importancia del medio ambiente.

En sus pinturas, esculturas y *collages*, los surrealistas eran eclécticos entusiastas. Retrataban sus fantasías con todos los recursos desarrollados por Cézanne, los fauvistas, los cubistas, los expresionistas, los futuristas, los constructivistas y los dadaístas. Su obra más imponente la produjeron entre mediados los años veinte y mediados los cincuenta. Su energía creativa estaba íntimamente atada a las creencias culturales más amplias de sus contemporáneos.[8]

Por ejemplo, «primitiva» era una palabra con muchas implicaciones. Se refería a la naturaleza técnicamente menos de-

8. Enrico Crispolti, *Ernst, Miró, and the Surrealists*, Bloomsbury Books, Londres, 1989.

sarrollada de las sociedades así llamadas, a sus relativamente menores niveles de alfabetización, conocimiento científico, poder económico y militar. También se refería a su evidente proximidad con la naturaleza orgánica, a su capacidad para vivir sin las complejidades artificiales de la sociedad europea y a sus sin duda escasas inhibiciones sexuales y de vida emocional. Se refería a sus poco comprendidas religiones y a su muy admirada capacidad para combinar elementos figurativos y abstractos en las artes. Se refería a su evidente menor agresividad, a su por cierto mucho menos destructiva forma de vida, tanto en el afán por destruirse unos a otros como en el de destruir el ambiente natural.

El arte surrealista se nutrió con los aspectos positivos de la imagen de las sociedades «primitivas», las facetas artísticas, imaginativas, menos agresivas, más íntimamente ligadas a la naturaleza. En sus manifiestos de los años veinte, Breton consideraba que las sociedades «primitivas» ofrecían un modelo para la expresión desinhibida de sentimientos largo tiempo reprimidos en Occidente. Ni Freud ni los antropólogos ni él expresaban ningún sentimiento de condescendencia al utilizar la palabra «primitiva» para aplicarla a las civilizaciones no europeas.

Hacia fines de los años cincuenta, Breton pensaba que «seguimos ignorando en gran medida» la verdadera naturaleza de esas sociedades; aconsejaba a los artistas retornar al estudio de sus tempranas raíces europeas. El ocaso de la imagen idealizada de las sociedades africanas y del Pacífico y el creciente contacto con sus aspectos sociales y políticos negativos corresponde a la declinación del surrealismo como movimiento creativo. De modo similar, la relativa decadencia de la fe en las terapias freudianas y jungianas ha socavado las bases doctrinales y debilitado el vigor creativo del surrealismo.

Para captar la fe surrealista en su momento más impresionante, incluida su relación tanto con la guerra como con la fe totémica del Pacífico, cito una declaración autobiográfica de Max Ernst del año 1941, cuando escapó de la Europa dominada por el nazismo a Estados Unidos:

> Max Ernst murió el 1 de agosto de 1914. Resucitó el 11 de noviembre de 1918 como un joven que aspiraba a convertirse en

mago y a encontrar el mito de su tiempo. De vez en cuando consultaba al águila que había empollado el huevo de su vida prenatal. En su obra puede usted encontrar los consejos del ave.

La música europea también se vio sometida a una revolución técnica y conceptual en la década que precedió a la Gran Guerra. Lo mismo que la pintura, alrededor de 1900, la música parecía haber llegado a un punto muerto. Wagner y Brahms habían llevado a sus límites la tonalidad y los recursos armónicos basados en la escala temperada de J. S. Bach, desarrollada por los grandes clásicos y compositores románticos de los siglos XVIII y XIX. Mahler expandía el horizonte tradicional de la sinfonía añadiéndole la voz humana e incorporando directamente melodías folclóricas. Los «impresionistas» franceses Debussy y Ravel usaban las escalas pentatónicas griegas, creando la escala de tonos enteros y rechazando las «normas» heredadas de la conducción de voces y la modulación. La obra de estos tres grandes compositores añadió importantes matices a la tradición de Bach-Brahms-Wagner, pero eran matices, no cambios fundamentales.

Tales cambios empezaron con Arnold Schönberg, no al principio de su carrera sino como resultado de su convicción de que el vocabulario tradicional había agotado sus posibilidades. La vida de Schönberg se vio marcada por haber estado expuesto a la vez a la «civilización y a la barbarie». Su destino personal estuvo constantemente entretejido con diversas etapas de su evolución creativa.[9]

Nació en 1875 en lo que entonces era la ciudad húngara de Pressburg (ahora Bratislava). Fue criado en la religión judía ortodoxa y, como compositor, se educó en gran parte solo. En la Viena del cambio de siglo lo alentó el gran compositor y director Gustav Mahler y, al igual que éste, se convirtió al cristianis-

9. *New Grove Dictionary of Music and Musicians*, MacMillan, Londres, 1980, capítulos en la «Second Viennese School» para información biográfica y definiciones. Las evaluaciones de su evolución espiritual y de su música son mías como ejecutante aficionado y oyente. Existe edición castellana de Muchnik Editores, Barcelona, 1986.

mo, no por el deseo de ocultar su origen judío sino porque, como muchos judíos de Alemania y del Imperio de los Habsburgo, tenía la esperanza de que la conversión eliminara el principal obstáculo para lograr la aceptación social en el mundo cultural alemán —que admiraban con fervor—, al cual venían haciendo importantes aportes científicos y artísticos desde hacía tiempo.

El antisemitismo académico austríaco no le permitía convertirse en profesor de composición, pero sí la ejecución y el reconocimiento crítico de su música. En 1911 se trasladó a Berlín, donde encontró encumbrados patrocinadores aunque siguió tropezando con los ataques antisemitas de la prensa. Pero fue también en Berlín donde disfrutó el mayor éxito público de su carrera con el estreno de *Pierrot Lunaire*, una obra atonal dramática y satírica para soprano y orquesta de cámara.

Desde 1914 hasta 1936 su vida profesional dependió fundamentalmente de condiciones que escapaban a su control. Quiso servir en el ejército austríaco y desempeñó numerosas tareas no militares hasta que el asma lo obligó a darse de baja en 1917. Mecenas adinerados subsidiaron la publicación y ejecución de su obra desde 1917 hasta la inflación de 1922-1923. Después, en el Berlín de la República de Weimar, disfrutó de las mejores condiciones de trabajo de toda su vida: una cátedra en la Academia Prusiana, el reconocimiento de los grandes directores alemanes y la ejecución ante audiencias reducidas, pero educadas y entendidas.

En la primavera de 1933, cuando los nazis anunciaron que despedirían a los judíos de cualquier cargo académico o cultural, renunció a su cátedra antes de ser expulsado. Siguieron tres años de cargos temporarios como inmigrante en Estados Unidos. Por último, desde 1936 hasta su muerte en 1951 vivió en Los Ángeles, donde varias instituciones le ayudaron a llevar una vida modesta, pero donde nunca se sintió culturalmente a gusto. Durante la primera guerra mundial comenzó una perseverante vuelta atrás hacia el judaísmo y, durante el último año de su vida, fue nombrado presidente honorario de la Academia Israelí de Música. En general hay una correspondencia cronológica entre la biografía arriba esbozada y las etapas de su vida como compositor. Sus primeras obras —anteriores a 1907— demuestran un dominio completo de la técnica de composición

tradicional y un talante emotivo muy próximo al de sus reconocidos modelos: Wagner, Richard Strauss y, especialmente, Brahms. Desde 1908 hasta 1920 experimentó con la atonalidad (un término que le disgustaba, pero que es con certeza útil y preciso como descripción de la experiencia de quien escucha). Es decir, mientras continuaba utilizando las formas tradicionales de la danza y la sonata, y empleando la mayor ingenuidad contrapuntística desde J. S. Bach, apartó la música de cualquier centro tonal. No había clave ni juego de modulaciones reconocibles a través de las cuales se desarrollaran las piezas. Ni cadencia final en la cual la música pudiera «llegar al descanso», sino más bien un desarrollo de los materiales temáticos y rítmicos por completo independientes de ninguna clave específica.

Entre 1920 y 1936 desarrolló la técnica «serial» que lo hizo famoso. Schönberg siempre creyó en la necesidad de normas de composición. Siempre apremió a sus alumnos a dominar la armonía tradicional y el contrapunto. Pero, al mismo tiempo, como parte de su experiencia personal, se convenció de que Wagner y Brahms habían agotado las posibilidades de la técnica existente. ¿Por qué no liberar a la música de la tiranía de la tonalidad y de la prohibición de las disonancias extremas? La vida no está ordenada con tanta meticulosidad como un jardín italiano o una sonata de Mozart. ¿Por qué no va a tener la música libertad para expresar las confusiones, las ambigüedades, las desordenadas y fieras energías de la vida misma?

Entre los años 1908 y 1920, Schönberg y sus discípulos austríacos y alemanes —como así también los jóvenes compositores rusos Stravinski y Prokófiev— ya se habían apartado de los centros tonales y utilizaban disonancias extremas. El nuevo orden teórico logrado por Schönberg se llamó dodecafónico porque usaba los doce tonos de la escala cromática como iguales, no como componentes dominantes y subordinados de una tonalidad mayor o menor.

El compositor arregló los doce tonos en una «serie» elegida por él. Tanto el aspecto horizontal (melódico) como el vertical (armónico) de la composición debían ser desarrollados desde la serie inicial. Podía variar el ritmo en el cual sonaba la serie, también invertir los intervalos y correrlos hacia atrás, dándose así potencialmente 48 (4×12) diferentes maneras de manipular

las series; más toda la variedad que pudiera agregarse por los cambios de ritmo y el uso de distintos instrumentos y voces humanas.

En la práctica, casi toda la música serial sigue empleando elementos de la armonía tradicional y el contrapunto. El propósito era añadir recursos, no rechazar sistemáticamente todo el pasado; era liberar a la música de la exigencia de las cadencias y de la prohibición de las disonancias extremas, no abogar porque toda cadencia estuviera prohibida ni porque la disonancia tuviera que ser universal.

Schönberg sintió desde luego la necesidad de codificar sus nuevos conceptos, pero sus teorías no habrían tenido eco si no hubiera sido por la alta calidad de su música. Las obras previas a 1908 expresan la misma gama de emociones que las obras de Wagner, Brahms, Mahler y Debussy. Pero en aciertos como *Verklärte Nacht* («Noche transfigurada») *Pelleas und Melisande* y la apasionada *Gurrelieder* («Cantos de guerra») —música para una historia de amor medieval de un poeta danés—, el converso judío Schönberg se identificaba intensamente con el mundo espiritual de los grandes maestros alemanes y franceses.

Desde 1908 hasta fines de los años treinta buscó sin cesar la manera de ampliar el vocabulario musical y de expresar a la vez las variadas facetas de su compleja naturaleza emocional. Compuso coloridos y humorísticos tratamientos de formas de danzas, en general atonales, pero con cuerdas suficientemente abiertas para que los oyentes puedan escuchar las armonías que él pretendía transmitir. Hay canciones y piezas instrumentales que reflejan el amargo desencanto de la psiquis europea en la posguerra de 1918 y dramatizan interpretaciones casi freudianas de la psicología individual. Hay luchas indecisas, pero musicalmente ricas, por volver atrás a la fe judía de su infancia (el ciclo incompleto de canciones *Jacob's Ladder* y la ópera inconclusa *Moses and Aaron*). Hay constantes experimentos acústicos, sobre todo con instrumentos de viento y percusión. Hay momentos de gran ternura y, en sus últimos años, importantes obras corales con textos judíos.

La revolución musical del siglo XX no incluye tantos «movimientos» separados como la historia de la pintura y la escultura. Se debe en gran medida al hecho de que esas últimas ar-

tes estaban muy desarrolladas en todas las culturas humanas, empezando por los hombres de las cavernas y a que, en cualquier época, siempre ha habido en Europa mayor cantidad de grandes pintores que de grandes compositores. Ciertas formas de música vocal e instrumental han existido en todas las civilizaciones de cualquier tiempo. Pero la ópera moderna, el ballet, el teclado y la música orquestal, que designamos con los adjetivos «barroca», «clásica», «romántica» y «moderna», son mucho más complejas que ninguna otra música del pasado de la cual tengamos noticia. No hay equivalentes de Bach ni de Beethoven fuera de la experiencia musical de Europa. La música «clásica», desde el siglo XVII hasta nuestros días, junto con las matemáticas durante el mismo período, ha sido sin duda contribución particular de Europa a la civilización mundial.

Los novedosos desarrollos de la música de Schönberg son los más intelectualmente elaborados y los más revolucionarios en la música occidental del siglo XX. Más joven que él, su contemporáneo ruso Ígor Stravinski —quizá el más grande de los compositores del siglo (en cualquier caso el más versátil)— compuso sus partituras instrumentales más revolucionarias como parte de la gran renovación del tradicional y muy estructurado arte del ballet.

El ballet tradicional europeo, tal y como lo cultivaba la aristocracia, estaba restringido a un espectro muy limitado de temas (principalmente variaciones sobre historias de galanes burgueses o nobles que seducen a muchachas de la clase trabajadora). Utilizaba un refinado pero muy limitado repertorio de pasos y reservaba los papeles principales a las mujeres. De pronto, entre 1909 y 1913, una compañía de ballet ruso constituida por Serge de Diáguilev introdujo nuevos temas dramáticos y mitológicos, incluyó movimientos corporales naturales sin abandonar los exigidos pasos formales, adjudicó papeles principales a hombres y se afanó en la búsqueda de colaboración de todos los grandes compositores, pintores, coreógrafos y creadores de vestuario que pudo encontrar en París. La coincidencia de circunstancias únicas hizo posible lo que, sin exagerar, puede llamarse la revolución de Terpsícore inspirada por Diáguilev. Los maestros italianos de ballet más ilustres ya enseñaban en San Petersburgo. La escuela oficial de ballet del zar impartía una soberbia forma-

ción técnica a los alumnos, que se convirtieron literalmente en hijos adoptivos de la familia real, muy amante del ballet. Las condiciones por completo predemocráticas de la vida rusa hicieron posible que el cuerpo docente lograra que los alumnos aceptaran un grado de disciplina y de concentración con un único propósito, que no podría haber sido impuesto en Europa occidental. Y a los compositores rusos más ilustres, menos aferrados que sus colegas occidentales a la forma de la sonata y a la música pura en general, les apasionó dedicar sus mejores esfuerzos a componer para el ballet.

Serge de Diáguilev, hijo de un general zarista y sobrino de un ministro del Interior, empezó su carrera con la importante ventaja de pertenecer a una familia influyente y de compartir las considerables entradas que proporcionaban las destilerías familiares. Era también un hombre de notable inteligencia y percepción estética. Convenció a los banqueros más poderosos de que le hicieran préstamos por cuantiosas sumas de dinero. Supervisó la instalación de un nuevo suelo de parqué en el desmantelado teatro Châtelet. Pudo alojar a los miembros de la compañía en pensiones modestas, pagarles salarios mínimos, representar ante ellos el papel de guía culto en museos y conciertos, hacerles el amor a los hombres, mandarles flores a las mujeres y, en general, convencerlos de que todos estaban sirviendo a la sagrada causa del arte.

Diáguilev estaba resuelto a que Occidente reconociera la cultura rusa. En 1906 organizó la primera gran exposición de pintura rusa en París y, en 1907, fue empresario de una serie de conciertos en los cuales se ejecutó la nueva música rusa. Pero su contribución principal fue, sin duda, su liderazgo conceptual y de interpretación en la renovación del arte del ballet. Sus artistas tomaron Europa por asalto entre los años 1909 y 1913. Desde 1913 nada tuvo un impacto tan grandioso como la danza de Vaslav Nijinski y la música de Ígor Stravinski. La posterior evolución de la danza creativa del siglo XX en Europa, la Rusia soviética, los países angloparlantes y Latinoamérica deben su inspiración original a la compañía de preguerra de Diáguilev. Rara vez un hombre de negocios ha sido, en solitario, tan trascendental en la historia de las artes.

Volvamos al tema de la música. En sus partituras previas

a la guerra mundial —*El pájaro de fuego*, *Petrushka* y, sobre todo, *La consagración de la primavera*, de 1912—, Stravinski introdujo la atonalidad, las cuerdas muy disonantes y los ritmos exóticos en la música orquestal. Al mismo tiempo que Debussy y Ravel introdujo los ritmos y los estilos del jazz negro en la música europea. En las obras compuestas entre las dos guerras mundiales se apartó de los ritmos y las disonancias radicales de la *Consagración*, pero siguió siendo un «compositor de compositores» con la renovación de las formas clásicas (sobre todo italianas) y con sus experimentos del colorido tanto de armonía como instrumental. En los años treinta se fue haciendo cada vez más religioso y prestó también mayor atención a la obra de Arnold Schönberg y a la de los discípulos de este último. Ese esfuerzo de autorrenovación, lo mismo en la esfera espiritual que en la técnica, lo condujo a la creación de numerosas obras religiosas desde la segunda guerra mundial hasta su muerte, acaecida en 1971.

La evolución espiritual de Stravinski muestra algunos paralelismos llamativos con los acontecimientos principales de su vida. Los tres grandes ballets anteriores a 1914 tienen algo de la extraordinaria originalidad, energía demoníaca y sensibilidad ante las culturas no tradicionales, no europeas, características de la década de la preguerra. Su música neoclásica posterior a 1918 refleja la repentina sobriedad, el desengaño de Europa como secuela de la Gran Guerra. Talante ligero, transparencia, moderación (especialmente en el uso de ritmos bárbaros y disonancias), ésos eran los elementos estimados por las audiencias, que trataban de recobrar el equilibrio después de la matanza suicida.

También influyó mucho el agotamiento que se percibía en las formas tradicionales del arte, que llevó al cubismo y al surrealismo en pintura, a la atonalidad y al serialismo en música. En lo que se refiere al elemento religioso se puede decir que, como muchos pesimistas políticos y gentes perplejas ante la violencia de las dictaduras fascistas y estalinistas, Stravinski se refugió cada vez más en sus convicciones religiosas. Como no era un europeo dogmático conservó la fe ortodoxa rusa en la cual había sido criado; pero en su música utilizó con la misma sinceridad textos latinos que hebreos.

En las primeras décadas del siglo XX, el nacionalismo cultural tuvo también influencia decisiva en la obra de muchos compositores. Los húngaros Bartók y Kodály, el rumano George Enesco, los españoles Falla y Albéniz, el inglés Ralph Vaughan Williams —entre otros— introdujeron melodías folclóricas y ritmos de su tierra natal en contextos clásicos. La utilización de la música folclórica modificó con frecuencia sus escalas y prácticas armónicas aunque, ni mucho menos, tan radicalmente como en el caso de la música atonal o serial.

Jean Sibelius es un caso único. Su música, compuesta casi toda entre 1892 y 1926, llegó a ser considerada como la quintaesencia de la expresión del alma finlandesa. Pero lo cierto es que Sibelius no recurrió a la música folclórica. Fue tal vez el compositor mejor dotado para la melodía pura desde los tiempos de Franz Schubert. Compuso temas que fluían con tanta naturalidad, tanta expresividad que, incluso los críticos musicales, creyeron que no podían dejar de ser melodías folclóricas hasta que se demostró lo contrario.

Sus poemas sinfónicos orquestales se inspiraban en la mitología y la poesía finlandesas. Se limitó casi por completo al vocabulario anterior a Schönberg y demostró, por lo menos en una ocasión, que las posibilidades creativas de ese vocabulario no estaban agotadas. Su logro fue, desde luego, dar expresión musical convincente y estéticamente satisfactoria a la psicología y la atmósfera emocional de las leyendas finlandesas. En sus siete sinfonías fundió el espíritu poético finlandés con la forma heredada de la sinfonía europea del siglo XIX.

Por último, si se escuchan media docena de grandes compositores del siglo XIX y luego las obras de Debussy, Schönberg, Webern, Stravinski, Bartók y Sibelius no puede dejar de advertirse cuánto más variada es la música creada en las primeras décadas del siglo XX. Hay que decir también que, con la excepción de Debussy y Sibelius, casi todo lo que es nuevo es difícil de comprender y requiere un grado de atención y esfuerzo que no requería música alguna del siglo XIX.

La revolución musical tuvo, pues, una importante característica que más tarde se hizo notable también en poesía, pintura, ficción e, incluso, en la historia literaria y la crítica. La atonalidad, la disonancia y la técnica serial amenazaban con apartar al

compositor de buena parte de su eventual audiencia. La mayoría de quienes escuchan la música nueva esperan responder emocionalmente y apreciarla estéticamente en la primera audición o, por lo menos, en la segunda o tercera. No se sienten mejor porque se les haya explicado que no tienen por qué esperar (ni es importante para ellos) escuchar todas las transformaciones de los doce tonos de una serie. Razón por la cual, a todo lo largo de este siglo, la música atonal y serial sigue gustando sólo a una reducida minoría del público.

Lo mismo ocurre con la poesía y sus alusiones clásicas al arcano cada vez más frecuentes o sus metáforas que dejan perplejo al lector; con la crítica literaria que utiliza un vocabulario muy especializado y presume el conocimiento de una o más técnicas literarias; con la pintura y la escultura abstractas que tienen que ser cuidadosamente explicadas antes de que quien las mire se sienta capaz de entender lo que tiene delante de los ojos. Todas esas corrientes han tendido a crear reducidas audiencias especializadas e, involuntariamente, a destruir la idea de una cultura humanística amplia y compartida, valorada desde siempre.

El nuevo gran arte del siglo XX, el cine, no tuvo problemas para ser comprendido. Los primeros aparatos de proyección que hicieron posible que una gran audiencia viera secuencias fílmicas se inventaron en Francia en 1895. La Exposición Internacional de París de 1900 ofrecía cinco o diez minutos de secuencias sobre temas contemporáneos, explicadas por comentaristas y a veces acompañadas por la música de un piano o instrumentos de percusión. La tecnología de la cámara y la iluminación se internacionalizó desde el principio. Entre 1900 y 1914 se produjeron películas de acción cortas y dibujos animados en Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia, Bélgica y Escandinavia. Antes de la primera guerra mundial, Charlie Chaplin, Buster Keaton, Will Rogers y Lon Chaney eran ya conocidos por el público internacional.

El cine, incluso sin el sonido, que no llegó hasta 1928, ofrecía ilimitadas posibilidades de entretenimiento, educación y propaganda. La mayoría de los primeros actores y directores procedía de los teatros de revistas o de los circos; los dos o tres rollos de pe-

lícula, que duraban de diez a quince minutos, se especializaron en comedias bufonescas, crisis domésticas o cazas de policías y detectives. Pero también hubo películas de viajes, que enseñaban las bellezas de la naturaleza y culturas exóticas a públicos que nunca se habían alejado más que unos pocos kilómetros de su casa. Se produjeron unos cuantos documentales, como *Baby's Toilet* (1905), que enseñaba a las madres cómo tener en brazos, llevar, cambiar y bañar a los bebés. En la primera década de producción fílmica activa, los dramaturgos y directores de escena tardaron en darse cuenta del importante potencial teatral del cine. Sin embargo, con su sentido de la historia romana y de la reciente historia de Italia, los italianos hicieron varias películas históricas entre 1905 y 1914: *La toma de Roma*, 1905, que glorificaba la unificación de Italia en 1870; *La caída de Troya*, 1911, dedicada con espiritual reverencia a Virgilio; *Quo Vadis?*, 1913, basada en la exitosa novela del escritor polaco Henryk Sienkiewicz. También son de 1913 dos versiones de *Los últimos días de Pompeya*, basada en la novela victoriana de Edward Bulwer-Lytton, y, en 1914, *Cabiria*, sobre la segunda guerra púnica con subtítulos del famoso poeta de la época Gabriele D'Annunzio.[10]

De modo que en 1914 ya era posible rodar películas de dos horas de duración y muchos dramaturgos, que no habían visto en el cine más que una forma de entretenimiento ligero para gente de bajo nivel cultural, empezaron a pensar en él en términos de producciones tan valiosas como la ópera o el teatro. Lo cierto es que, para los espectadores, el cine mudo podía ser incluso más fascinante que el teatro. Los primeros planos y los efectos luminosos acercaban mucho más las expresiones de los actores al público, cosa que no era posible más que en el caso de quienes estaban en las primeras filas de los teatros.

Los directores se concentraban inevitablemente en la expresión facial y, a falta de diálogos, a los espectadores se les permitía imaginar toda suerte de posibilidades, que suplementaban las frases explicativas que aparecían como pantallazos entre un episodio y otro, ayudados por la sugestiva atmósfera creada por el acompañamiento musical de un piano o un gramófono. El he-

10. Robin Buss, *Italian Films*, Holmes and Meier, Nueva York, 1989, passim.

cho de que nada fuera «real» en la pantalla, de que los actores no fueran de carne y hueso, y de que, a pesar de todo, la imagen de la pantalla resultara tan vívida y abarcadora en la oscuridad del teatro dio alas a la imaginación de públicos de todas clases, edades, niveles de inteligencia y educación.

En Francia, Alemania e Italia, la guerra puso temporalmente fin a la producción de películas (excepto las que servían para el entrenamiento de las tropas). Durante los años de la guerra, Estados Unidos adquirió la supremacía cinematográfica de la que desde entonces ha gozado. Dos de las películas históricas de D. W. Griffith, *El nacimiento de una nación* (1915) e *Intolerancia* (1916), fueron distribuidas con mucha más amplitud y tuvieron más influencia técnica que las producciones italianas antes mencionadas.

La guerra proporcionó la gran oportunidad tanto a la industria fílmica sueca como a la estadounidense. Numerosos factores favorecieron la calidad de los logros suecos entre 1913 y 1924. A la novelista Selma Lagerlöf (ganadora del Premio Nobel) y al dramaturgo August Strindberg les gustaba pensar en el cine como verdadero arte y no como mero entretenimiento. El Teatro Real Dramático formó actores y directores tan refinados como los de la vecina Rusia, Europa occidental y él mundo anglosajón. Ese teatro tenía también sólida tradición colegiada, que logró una atmósfera mucho más seria desde el punto de vista intelectual que el exhibicionismo del «todo vale» que caracterizó desde sus comienzos la vida de Hollywood.

Suecia atravesaba un período de luchas políticas que focalizaban la atención en los problemas de los pobres y condujeron a corto plazo al establecimiento del Estado de bienestar. El país fue neutral durante el conflicto bélico y su comunidad artística estaba en conjunto resueltamente en contra de las barbaridades de la guerra que se libraba en el continente y alta mar.

Ingeborg Holm (1913) dramatizaba de manera realista y con simpatía las tribulaciones de una viuda que no podía mantener a sus hijos y se veía obligada a dejarlos en manos de empleados municipales mediocres y antipáticos. Fue una película que influyó de modo decisivo sobre la opinión pública en favor de la propuesta reforma de bienestar. *Terje Vigen* (1916), basada en un poema de Henrik Ibsen, celebraba el heroísmo de un pescador

que desafiaba el bloqueo británico durante las guerras napoleónicas para llevar alimentos a su familia y su pueblo que estaban pasando hambre.

Esa película, como varias otras de la época, transmitía a la vez sensibilidad por las bellezas naturales y por la lucha del hombre contra las fuerzas de la naturaleza que, desde entonces, ha sido siempre característica de las películas escandinavas. Las comedias suecas eran notables por su franqueza emocional y visual con respecto al sexo. En 1922, la película titulada *La brujería a través de los tiempos* trataba con seriedad y comicidad las diversas maneras según las cuales los temores y prejuicios sexuales han sido la fuerza motriz de la persecución de las llamadas brujas.[11]

En la época inmediatamente posterior a la guerra, los adelantos creativos más importantes del cine se produjeron en Alemania, Francia y la Unión Soviética. En Alemania, la derrota desacreditó las jactanciosas pretensiones de la cultura imperial de los Hohenzollern y creó una atmósfera que nutrió al mismo tiempo la experimentación y el cinismo. En Francia, los surrealistas estaban fascinados por las oportunidades psicológicas y técnicas que ofrecía el nuevo arte. En la Unión Soviética, las revoluciones sucesivas, primero la parlamentaria y luego la bolchevique, crearon simultáneamente un caos espantoso en la vida diaria y utópicas expectativas para el futuro.

Los primeros años de la República de Weimar fueron testigos de la producción de numerosos melodramas: versiones con lujoso vestuario de *Nibelungenlied* (una épica cargada de sombría violencia y muchas traiciones personales); cuentos contemporáneos sensacionalistas de obsesiones sexuales como *El gabinete del doctor Caligari*. Los alemanes produjeron también muchos dramas «históricos», que iniciaron una continua tradición internacional de películas del género y tendían a ser muy precisos con respecto al vestuario aunque, con honrosas excepciones, sean groseramente indignos de confianza desde el punto de vista histórico.[12]

11. Peter Cowie, *Scandinavian Cinema*, The Tantivy Press, Londres, 1992, passim.

12. Siegfried Kracauer, *From Caligari to Hitler*, Princeton University Press, 1947, caps. I y II.

Los surrealistas de Francia (muchos de los cuales habían llegado de otros países como Gran Bretaña, Bélgica, España, Alemania, Rusia y Rumanía) no pensaban en un cine narrativo sino en una pura experiencia visual. De la misma manera que los pintores cubistas pugnaban por enseñar todos los aspectos de un objeto tridimensional a la vez, los productores de cine surrealistas utilizaban los efectos luminosos, la magnificación, los cambios rápidos de perspectiva. Alteraban apresuradamente los ritmos para intensificar la experiencia visual. Igual que los cubistas, usaban artículos caseros corrientes en lugar de objetos artísticos, con la intención de poner de relieve las posibilidades expresivas de la película misma.

Importantes artistas de vanguardia, sobre todo Kandinsky y Robert Delaunay, y, por breve tiempo, el compositor Schönberg (que también era un pintor competente) expusieron teorías que relacionaban la pintura con la música. Se decía que un diapasón era equivalente a las variaciones cromáticas (del color). Las figuras en dos o tres dimensiones podían compararse con las formas musicales. El uso del color era comparable al uso de diferentes instrumentos (orquestación).

Estas teorías fueron aplicadas de manera experimental en las películas vanguardistas, pero tuvieron mucha menos influencia en la evolución posterior del cine de la que tuvieron el arte cubista y surrealista en la evolución de la pintura y la escultura. La verdad es que nunca ha sido posible prescindir de la narrativa si quien hace una película quiere mantener la atención del público durante más de unos pocos minutos. La mayoría de los cineastas europeos reconocieron que, por muy llamativa que fuera visualmente una película, tenía también que contar una historia. Los grandes directores franceses de los años veinte y treinta utilizaron con frecuencia recursos surrealistas, pero para enriquecer el argumento, no como material principal de la filmación.[13]

Durante los años veinte, tanto el gobierno como la generación de jóvenes intelectuales de la Rusia revolucionaria veían al cine como el arte del futuro. Para Lenin y su comisario de Educación Anatoli Lunacharski, la cinematografía dirigiría el

13. Standish D. Lawder, *The Cubist Cinema*, New York University Press, 1975, passim.

pensamiento y formaría la moral de la clase trabajadora. Para los entusiastas adolescentes de toda nueva tecnología, para la gente joven que se había liberado de su herencia burguesa y se identificaba con variados programas colectivizantes de acción que llevarían al futuro, el nuevo arte de la cinematografía abarcaba las esperanzas de la utopía laica que estaba surgiendo.

Las primeras películas con heroínas y héroes proletarios, filmadas durante la NEP, hacían hincapié en la explotación económica y sexual del pasado. Tenían un fuerte contenido social, pero no hacían burda propaganda. Su realismo era genuino en el sentido de que los actores y los escenarios no se embellecían para la pantalla sino que se presentaban tal y como eran en la vida real. Más adelante, conforme Stalin consolidó su poder durante los años treinta, se produjo un cambio de estilo, que no necesariamente impuso él en persona sino aquellos que pretendían adularlo. Las campesinas y las muchachas de las fábricas aparecían lustrosas, saludables, rollizas, con sonrisas que revelaban dientes blancos como perlas y bien parejos. Los trabajadores de ambos sexos ya no andaban o deambulaban; marchaban llenos de alegría hacia el futuro.

La constante intervención política en la producción de películas soviéticas puede ilustrarse por importantes hitos en la carrera de Serguéi Eisenstein, internacionalmente famoso como innovador en la técnica de cámara y el montaje. *El acorazado Potemkín* (1925), que exaltaba el papel «políticamente correcto» de los marineros durante la Revolución bolchevique, fue considerado por Stalin un modelo de cine revolucionario. Por otro lado, Eisenstein celebró la Revolución mexicana en una película rodada en 1928, que nunca se exhibió en la Unión Soviética porque en algunos aspectos parecía demostrar demasiada simpatía por los anarquistas y el sacerdocio rural.

En 1934, Eisenstein intentó dos veces hacer una película biográfica del muchacho campesino Pavlik Morozof, a quien se estaba promoviendo como héroe de la campaña de colectivización. En ese momento, el régimen alentaba públicamente a los niños para que comunicaran los dichos y hechos contra la colectivización que oyeran o vieran entre sus recalcitrantes parientes. Pavlik tuvo el valor de advertir a las autoridades que sus padres se oponían a la colectivización y llegó al martirologio porque

una cuadrilla armada de kulaks del pueblo lo linchó. Eisenstein hizo todo lo que pudo para hacer una versión simpática de ese heroico soplón, pero Stalin no se quedó satisfecho con ninguno de los dos intentos.

Alejandro Nevski (1938), con música de Serguéi Prokófiev —que acababa de volver a la Unión Soviética después de haber pasado los primeros quince años de la Revolución en Occidente—, pintaba la heroica salvación de Moscú en el siglo XIII contra una invasión de caballeros teutónicos. Esa película, estrenada por la época en que Stalin daba fin a sus primeras purgas sangrientas, recibió el Premio de la Orden de Lenin en 1939 y fue retirada de la circulación pocos meses después, cuando la Unión Soviética y la Alemania nazi firmaron el pacto de no agresión. La primera parte de *Iván el Terrible*, 1944, retrataba al zar del siglo XVI como a un déspota cruel, pero también como a un soberano que había rescatado a Rusia de sus señores feudales, los boyardos, y de sus enemigos extranjeros, los polacos. Iván organizó un ejército disciplinado y leal, y amplió la soberanía rusa hasta las costas del Báltico. Si *Alejandro Nevski* había merecido el segundo de los más importantes premios soviéticos —la Orden de Lenin—, la primera parte de *Iván*, estrenada cuando lo que quedaba del ejército alemán se retiraba derrotado, mereció el premio mayor, el Premio Stalin. Sin embargo, la segunda parte, anunciada para 1946, no se exhibió nunca. Retrataba al viejo Iván como a un tirano paranoico y, según el decreto condenatorio del Comité Central del Partido Comunista, pintaba a sus gloriosos soldados como si fueran matones del Ku Klux Klan.

En párrafos anteriores me he concentrado en aquellos aspectos del cine relacionados con el arte, el drama y los acontecimientos políticos de la Europa contemporánea. Pero el invento del cine incluyó otras dos facetas cuya importancia es difícil no destacar. Una es la repentina democratización cuantitativa del público. Gauguin y Picasso, Debussy y Stravinski llegaron a toda la clase media culta, tal vez al 10 o 15 % de la población rusa, europea y americana. Max Ernst y Arnold Schönberg quizá al 1 %, a aquellos con una curiosidad intelectual activa, con voluntad de trabajo arduo para poder apreciar el valor íntegro del arte surrealista y de la música atonal.

Pero *todo el mundo* ha visto a Charlie Chaplin y a Mary Pickford. Esa democratización tan absoluta del público se aplica tanto a la Rusia revolucionaria como a los campesinos pobres de los países mediterráneos y a los centros culturales establecidos en las ciudades. Durante la segunda mitad del siglo actual, la India, China y Japón han desarrollado su industria cinematográfica, y han conseguido también un público universal dentro de sus zonas culturales. La segunda faceta es el poderoso dominio de Hollywood sobre el cine occidental desde 1914 hasta la actualidad. En los años veinte, muchos más franceses y rusos vieron las películas de Mary Pickford y Douglas Fairbanks que la surrealista *Ballet mechanique* de Fernand Léger o las películas experimentales de los directores soviéticos. Las películas de Hollywood atraen mayores audiencias en Suecia y Alemania que los excelentes filmes hechos por directores nativos. En los años veinte, Hollywood contrató una gran proporción de los mejores actores y directores alemanes y escandinavos.

Las industrias fílmicas de Francia, Suecia, Gran Bretaña y Alemania empezaron la época de la posguerra llenas de esperanza y, alrededor de los años veinte, todas las habían dado por perdidas. En un primer momento creyeron que el cine hablado, al introducir el diálogo, crearía una gran demanda de películas en las distintas lenguas. Pero el surgimiento del sonido significó un incremento considerable de costos, justo cuando empezaba la gran depresión económica. Y además el público europeo estaba por lo visto satisfecho si escuchaba inglés y leía los subtítulos.

La relación entre las élites intelectuales y el público corriente siempre ha significado una lucha de tira y afloja. El gusto de los intelectuales y artistas es distinto que el de la mayoría de los seres humanos. Siempre ha habido fructíferas relaciones recíprocas entre las bellas artes y la cultura popular. En este siglo, por ejemplo, los pintores expresionistas, los compositores que basan su obra en la música folclórica nacional y muchos productores de películas de Europa y Estados Unidos se han visto motivados por el deseo de alcanzar al público de masas con obras de alto calibre intelectual y artístico; a veces han tenido éxito y lo han conseguido.

Pero los costos de producción y distribución, las complejidades técnicas y el convencimiento de que el público busca re-

lajarse y entretenerse más que «elevarse» han influido poderosamente sobre la producción cinematográfica para dirigirla a temas corrientes y a emociones e ideas simples. El poeta, el artista plástico, el compositor trabajan para sí mismos, con materiales relativamente baratos, en su casa, pequeños estudios o al aire libre por el cual no tienen que pagar ningún alquiler. Sueñan con llegar a públicos masivos, pero no tienen por qué hacerlo.

La figura central creativa de una película —el director— necesita un productor que lo provea, por lo menos, de miles de dólares. Tiene que tener enormes cantidades de película de buena calidad y los técnicos necesarios para procesarla, construir los escenarios, aportar las luces y la banda de sonido. Tiene que pagar a un puñado de «estrellas» y a cientos de extras y tramoyistas. Y para recuperar el dinero invertido tiene que asegurarse una amplia distribución con un espectáculo que sea visto por millones de seres corrientes, dispuestos a pagar.

Sea el cine mudo o el hablado desde 1928, en forma de drama, noticiario, dibujo animado o documental, el cine se ha convertido en el nuevo gran arte del siglo XX. Ha llegado a todo el mundo y no sólo a las clases pudientes o cultivadas. El cine enseña cómo son otros continentes, mares o universos estelares. Proporciona diversos ejemplos —por tanto estándares— de belleza personal, conducta individual o social, diseño de ajuar de granjas, fincas, palacios, apartamentos urbanos, prisiones o rascacielos. Permite a los espectadores ser testigos oculares de grandes acontecimientos. En la vida de la mayoría de la gente ha tenido mucha más influencia que ninguna otra forma de arte o comunicación social.

Por último hay que destacar que, entre 1914 y 1939, la cultura *europea* tanto artística como científica se convirtió en cultura *occidental*. La mayoría de las más importantes teorías científicas y de los movimientos artísticos de principios de siglo son de origen europeo. Pero, alrededor de 1914, las bibliotecas y los laboratorios universitarios de Estados Unidos, Canadá y Japón se ponían rápidamente en pie de igualdad con los de Europa. La primera guerra mundial trajo consigo la supremacía de Estados Unidos en el nuevo arte de la cinematografía, la veloz expansión y el éxito del jazz americano o de la música popular durante el conflicto bélico y hasta entrados los años veinte.

Los estudiantes talentosos de arte iban en tropel a París; los de medicina a Viena; y los graduados en ciencias a las grandes universidades británicas y alemanas. Después de 1933, gracias a Adolf Hitler, se revirtió la tendencia. Conspicuos científicos, músicos y médicos judíos se vieron forzados a abandonar Alemania y, después de 1939, todo el continente europeo. La mayoría de los exiliados del nazismo y, en menor número, los del fascismo italiano eran judíos. Pero una cantidad apreciable no eran más que científicos, artistas y profesionales que se negaron a vivir en el fascismo y pudieron, con cierto sacrificio económico, dejar sus países gobernados por dictaduras.

La guerra civil española de 1936 a 1939 provocó la diáspora a Gran Bretaña y las Américas de muchos intelectuales y profesionales de renombre. Lo mismo que en la primavera de 1940, una gran cantidad de intelectuales holandeses, belgas y franceses huyó también a Gran Bretaña y las Américas. La vida cultural del Nuevo Mundo se enriqueció inmensamente con los aportes de esos exiliados europeos. Las universidades de América latina, la vida literaria, los departamentos de literatura española y alemana de las universidades de Estados Unidos, las orquestas sinfónicas, las facultades de ciencias, los grupos de actores de Broadway y Hollywood, las galerías de arte y los museos, todos ellos recibieron el aporte permanente del talento europeo, gentileza de los señores Hitler, Mussolini y Franco. Desde 1940, en todas las cuestiones artísticas y científicas, las culturas europea y americana se convirtieron en cultura *occidental*.

CAPÍTULO 7

DEPRESIÓN Y CONFRONTACIÓN IDEOLÓGICA, 1930-1939

Durante los años veinte, los europeos estaban preocupados, sobre todo, por las cuestiones domésticas, la recuperación de cada uno de sus países o regiones de la devastación y el disloque económico provocados por la Gran Guerra. Las élites conservadoras de los países democráticos eran decididamente anticomunistas y los reducidos —pero militantes— comunistas miraban a la Unión Soviética en busca del liderazgo de la postergada si bien todavía «inevitable» revolución mundial. Sin embargo, los pueblos en general no estaban involucrados en batallas ideológicas. En lo que a los asuntos internacionales se refería, sus esperanzas estaban puestas en que la Liga de las Naciones ofreciera un fórum para dar soluciones negociadas a las disputas territoriales. Se esperaba también la reintegración de Alemania y la Unión Soviética al concierto de las naciones y que se hicieran progresos en el desarme internacional.

Pero en octubre de 1929 se produjo el derrumbe de la Bolsa en Estados Unidos, derrumbe que fue seguido por la Depresión más profunda sufrida por la era capitalista moderna. El surgimiento del nazismo en Alemania iba a destruir las esperanzas de cooperación internacional y a polarizar al mundo europeo alrededor de las alternativas ideológicas del fascismo, el comunismo y la democracia.

Para hablar brevemente de la Depresión: ciclos de auge y derrumbe en la Bolsa, quiebras bancarias, bancarrotas en la agricultura y las empresas, más un consecuente desempleo en

gran escala no eran desde luego fenómenos desconocidos. Pero la amenaza de parálisis nunca había sido tan grande y la Depresión afectó de manera más crítica a los países industriales avanzados. En el momento de mayor gravedad, aproximadamente entre 1931 y 1933, un total de un tercio de la población en edad de trabajar estaba desempleada en Alemania, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Por añadidura, el aspecto puramente financiero de la Depresión estaba muy exacerbado por el problema nunca resuelto de las deudas de Alemania con los aliados por indemnizaciones de guerra y por las deudas de los aliados con Estados Unidos. En gran parte por iniciativa de Estados Unidos, las indemnizaciones (pero no las deudas de los aliados) habían sido reducidas dos veces, en 1924 y 1929. De cualquier modo, la Depresión suspendió por completo el pago de las indemnizaciones y de las deudas de los aliados. Los gobiernos capitalistas de los tres países más industrializados trataron en primer lugar de remediar la crisis con la deflación: disminuyeron los gastos estatales, redujeron los salarios laborales y los de los empleados de cuello blanco, mantuvieron altas tasas de interés para defender a toda costa los valores internacionales de cambio de sus monedas. La idea era que la inversión y la capacidad de consumo no podrían ser restablecidas, a menos que los pueblos recuperaran la confianza en el valor de su dinero. Eso era, y siempre es, bastante cierto para aquellos que tienen dinero. Pero el problema de 1930 era que el flujo circular de los ingresos salariales y el consumo se había reducido de manera drástica. La mayoría de la gente tenía muy poco dinero y temía gastar el poco que tenía.

Si se habla en general, la deflación es muy conveniente para los acreedores y muy dura para aquellos que dependen por completo de su salario mensual. Pero en 1930, los países industriales más avanzados tenían gobiernos más receptivos a los deseos de la clase acomodada que a los problemas de los asalariados, empleados o desempleados. Todos practicaban la ortodoxia financiera. Los británicos y estadounidenses porque consideraban que las suyas eran las monedas del comercio mundial; los franceses porque ya habían sufrido una grave devaluación a principios de los años veinte; los alemanes porque la experiencia de la hiperinflación de 1922-1923 había vacunado a todas las

clases contra el abuso de la emisión de billetes como solución a los problemas monetarios.

Sin embargo, la deflación no era la única manera de reaccionar ante el pavoroso decrecimiento de la actividad económica. Había una política alternativa: la propuesta por el economista británico John Maynard Keynes, que había sido una de las primeras personas en criticar la insensatez económica del Tratado de Versalles. Keynes aceptaba la secuencia normal de expansiones y contracciones cíclicas en toda actividad económica. Pero abogaba por las inversiones gubernamentales en obras públicas como un medio de «cebar la bomba» en períodos de contracción. Con ese método, los períodos de depresión podrían acortarse. Una de las mayores virtudes de esa política era que el gobierno podría mejorar las infraestructuras y proveer de servicios que el sector privado no había desarrollado o no consideraba bastante lucrativos.

Todo eso podría muy bien provocar una inflación moderada, pero sólo poniendo dinero en circulación y dándole al pueblo trabajos útiles podría recuperarse de verdad la confianza. Después se recobrarían la producción y el consumo general. En realidad, una inflación moderada de un pequeño porcentaje de puntos por año tiende a estimular la inversión porque, si la gente sabe que sus deudas de intereses e hipotecas serán menores cuando las pague al cabo de los años, estará mejor dispuesta a arriesgar la inversión original en una casa, granja o empresa.

El concepto de Keynes de cebar la bomba fue aplicado hacia 1932 por el gobierno socialdemócrata de Suecia. Con el New Deal se aplicó en Estados Unidos hacia 1933. Gran Bretaña aumentó la ayuda al desempleo y mejoró algunos servicios sociales, pero no adoptó la verdadera política de Keynes de cebar la bomba. Los países escandinavos, Gran Bretaña y Estados Unidos abandonaron el patrón oro y devaluaron sus monedas como una forma de aumentar sus exportaciones, al bajar automáticamente los precios en el mercado internacional (o en lo que quedaba de él).

Francia, que no había sido tan golpeada por el desempleo como los países más industrializados, pensó que merecía la pena importar oro y disfrutar del singular placer (vanidad inútil en esas circunstancias) de contar con una de las monedas más

«fuertes» del mundo. La deflación significó estancamiento en el interior y dañó también las economías de sus pequeños vecinos Bélgica y Holanda. Perjudicó asimismo a los Estados que eran sus clientes —la Pequeña Entente y Polonia—, cuya salud económica dependía de créditos franceses y de sus exportaciones a Francia. En Alemania, el gobierno financieramente ortodoxo de Brüning mantuvo su política deflacionaria, fomentando así sin proponérselo el fuerte desempleo y el bajo gasto de los consumidores.

El desempleo alemán, el estancamiento francés, la timorata política británica de inversiones públicas y, en Escandinavia y Estados Unidos, la necesidad de déficit financiero para dar lugar a una recuperación parcial, sirvieron más bien para minar la confianza de todas las clases sociales en la eficacia del capitalismo.

Desde el punto de vista de las clases gobernantes occidentales, el desafío soviético era el más preocupante. Entre 1921 y 1928 había recuperado los niveles anteriores a 1914. Con la Nueva Política Económica, la agricultura rusa y ucraniana empezó el proceso de mecanización. Lo cierto es que, a mediados de los años veinte, los campesinos rusos conocían más el nombre de Henry Ford (fabricante de automóviles y camiones) y el de International Harvester (fabricante de tractores) que los nombres de los jerarcas soviéticos. Las instituciones militares alemanas y soviéticas cooperaban entre sí, según el tratado firmado por ambos gobiernos en 1922. Ingenieros europeos y estadounidenses fueron contratados para supervisar importantes proyectos de infraestructura. Los jefes económicos soviéticos —Mikoyán, Orjonkidze, Kaganóvich, Bujarin y Stalin— eran todos entusiastas de la tecnología de Estados Unidos y de su eficiencia (a pesar de que el reconocimiento diplomático de Estados Unidos no se produjo hasta 1933).[1]

Después de la muerte de Lenin —en enero de 1924—, las cuestiones económicas se entrelazaron con las luchas internas del partido por el futuro liderazgo. En 1928, Stalin había surgido

1. Hans Rogger, «Americakanizm and the Development of Russia», y Kendall E. Bailes, «Ideology and American Technology in the USSR, 1917-1941», ambos en *Comparative Studies in Society and History*, 1981.

como jefe indiscutible. Decidió terminar con la NEP (Nueva Política Económica) e iniciar una serie de «planes quinquenales» para industrializar a la Unión Soviética y colectivizar la agricultura. En 1933, mientras el mundo capitalista estaba atascado en la peor Depresión hasta entonces conocida, Stalin anunció que el primer plan quinquenal se había cumplido en cuatro años. Apuntó un tremendo crecimiento en la producción de carbón y acero, en la extensión de la red ferroviaria y en el aumento del número de vagones de mercancías, en la construcción de fábricas de todo tipo, en la producción de energía eléctrica y en las cosechas de las granjas, colectivizadas en un 90 % entre 1929 y 1933. Llevó a cierta cantidad de ingenieros extranjeros a juicio por presuntos actos de sabotaje. Hubo informes no oficiales sobre resistencia masiva a la colectivización y sobre deportaciones masivas de campesinos a Siberia.

Para los observadores del exterior, la Unión Soviética era una mezcla inextricable y fascinante de entusiasmo revolucionario, política dogmática, cultura experimental, logros industriales ineficientes —pero impresionantes—, movilidad social ascendente para los inteligentes y ambiciosos, oportunidades crecientes para las mujeres y las nacionalidades no rusas, disciplina cruel y policía omnipresente. Al mismo tiempo, en cuanto al conocimiento real de lo que ocurría a diario, la sociedad era mucho más cerrada que la del imperio zarista o que las de cualquier otra dictadura europea contemporánea. Hacia 1930, por ejemplo, en Italia, Polonia y en las dictaduras balcánicas y bálticas era peligroso divulgar verdades desfavorables; los corresponsales extranjeros solían ser amenazados y, en algunas ocasiones, expulsados. Pero todavía era posible viajar libremente por el país, observar acontecimientos y entrevistar a personalidades políticas de la oposición.

En cambio en la Rusia soviética los corresponsales tenían que pedir permiso para salir de Moscú o Leningrado, vivir en hoteles especiales, ser acompañados por «intérpretes» y policías vestidos de civil que los seguían como sombras (mientras, a la vez, ponían el ojo en los intérpretes). Quienes no pertenecían a los círculos de gobierno temían tener algún tipo de contacto personal con extranjeros, para no ser acusados de espionaje o de «calumniadores» contra el Estado soviético. Las informaciones

de juicios por sabotaje debían ser revisadas por los censores y reflejar el punto de vista oficial. Las informaciones sobre la resistencia y el hambre en Ucrania eran automáticamente condenadas como calumnias. En vista de que a los periodistas occidentales no se les permitía viajar por las zonas recién colectivizadas, sus comentarios sobre la guerra bolchevique contra los kulaks (campesinos prósperos) tenían que basarse en las historias contadas por los refugiados que escapaban a Rumanía o Polonia.

Sin embargo, a pesar de todas sus características contradictorias, el período que va desde 1928 —cuando Stalin consolidó su poder— hasta 1936 —cuando escenificó el primero de los juicios por traición contra la anterior generación de líderes revolucionarios— fue un período de grandes logros en las tareas básicas de la industrialización. Hay numerosos testimonios concordantes en las memorias de jóvenes obreros, estudiantes y profesionales izquierdistas (no necesariamente comunistas), que fueron desde Europa y las Américas para ayudar a construir el socialismo durante los planes quinquenales.

Esos voluntarios extranjeros fueron arrastrados por el entusiasmo de los obreros locales por «sobrecumplir» los planes de producción del partido de vanguardia y su gran líder, el camarada Stalin. Acerías, edificios de apartamentos, talleres de reparación de maquinaria, locomotoras, material rodante, diques con instalación de turbinas hidráulicas daban la sensación de logros tangibles. Aquellos que pertenecían a las clases medias de las sociedades occidentales se quedaban profundamente impresionados por las escuelas y hospitales nuevos, por la alta proporción de médicas (sin lugar a dudas un fenómeno raro en los países occidentales de aquellos tiempos) y por la cantidad de puestos importantes ocupados por baxkires, tártaros y miembros de nacionalidades minoritarias de los cuales no habían oído hablar nunca.

En las zonas urbanas alejadas de Moscú y Leningrado, la policía y la burocracia no eran tan omnipresentes como en las grandes capitales y el contacto humano era más informal. Entre los voluntarios estadounidenses que trabajaban en el centro de producción de Magnitogorsk («la montaña de hierro») en los Urales estaba John Scott, un hijo izquierdista del economista radical estadounidense Scott Nearing. Así es como impresionó al principio a su futura mujer, Masha:

El primer americano que jamás había visto parecía un niño sin hogar. Vi en él el producto de la opresión capitalista. Vi con los ojos de la mente su triste infancia; imaginé las largas horas de trabajo inhumano, que había estado obligado a cumplir en alguna fábrica capitalista mientras todavía era un niño; me imaginé el vergonzoso jornal que recibía, apenas suficiente para comprar el pan necesario que le permitiera seguir trabajando al día siguiente; imaginé el temor de perder incluso esa pitanza y de ser echado a la calle desempleado, en el caso de que no fuera capaz de cumplir sus tareas para satisfacción y provecho de sus parasitarios jefes.[2]

En la década posterior a la extinción de la Unión Soviética, semejante visión puede parecer increíble, pero en aquellos tiempos no lo era en absoluto. Alemania y Estados Unidos estaban sufriendo un desempleo masivo, a la vez que había una «superproducción» de bienes y servicios que millones de sus ciudadanos no estaban en condiciones de comprar. El gobierno soviético casi no necesitaba exagerar la verdad en su incesante propaganda sobre el desempleo occidental. Sus mismos ciudadanos, excepto un puñado de diplomáticos y representantes comerciales, no estaban autorizados para viajar al exterior. La presencia de voluntarios extranjeros parecía confirmar las declaraciones de las autoridades soviéticas.

Entretanto su país clamaba por la construcción de un futuro mejor para toda la humanidad, sin desempleo, sin discriminaciones raciales ni de sexo. Estaban obligados a llevar consigo pasaportes internos y a registrarse ante las comisarías cada vez que se mudaban de casa o cambiaban de empleo. Pero se presumía que un gobierno sabio estaba dando lo mejor de sí para distribuir de manera racional los recursos en beneficio de todos. El nacionalismo agresivo parecía cosa del pasado. Los etnólogos recogían la música y las danzas de más de cien nacionalidades; los lingüistas preparaban diccionarios de lo que, hasta los años veinte, sólo habían sido lenguas habladas. No había pogromos ni guerras interétnicas. Europeos occidentales, estadounidenses, canadienses, rusos, ucranianos y pue-

2. John Scott, *Behind the Urals*, Indiana University Press, 1989, p. 119.

blos asiáticos compartían el trabajo, las esperanzas y los genes en la Unión Soviética.

Durante esos mismos años de los iniciales triunfos agrícolas e industriales soviéticos —alrededor de 1928-1933—, la República de Weimar era incapaz de arreglárselas con la Depresión. Los socialdemócratas y el Partido de Centro —los únicos comprometidos de verdad con un gobierno democrático en manos civiles— no hacían más que tropezar una y otra vez, sin liderazgo indiscutido ni programas claros. Al mismo tiempo, el Partido Nacionalsocialista de Adolf Hitler —que a principios de los años veinte no parecía más que un puñado de pendencieros callejeros— surgió de pronto en las elecciones de septiembre de 1930 como el segundo partido del Reichstag, con 107 diputados (contra 143 de los socialdemócratas).

La vida política de la época estaba plagada de milicias políticas privadas: los *Stahlhelm*, «cascos de acero», patrocinados por industriales reaccionarios; los *Saalschutz Abteilung*, la Sección de Protección de Mítines de Hitler, dirigida por uno de sus más tempranos y vulgares seguidores mercenarios, Ernst Röhm; los *Schutzstaffel* —los camisas negras—, «Escuadras de Protección», dirigidas por Heinrich Himmler; los *Rot Kämpferbund*, la «Guardia Roja» del Partido Comunista; los *Reichsbanner*, milicia defensiva formada en su mayoría por socialdemócratas y un pequeño número de centristas.

Los nazis hacían su campaña sin ninguna visión racional ni revolucionaria del futuro de la humanidad que se pareciera a la que inspiraba a los comunistas. La suya era una concepción abiertamente nacionalista y racista —no la de un futuro mejor para la humanidad en general—, que pretendía conquistar y dominar Europa, con «mil años de Reich alemán». Sus oradores apelaban a una extraña combinación de odios e ideales. Eran antibolcheviques, anticapitalistas (retóricamente por lo menos), antifranceses, antisemitas, antidemocráticos, decididos a vengar las humillaciones del Tratado de Versalles. Prometían superar el estancamiento económico y el desempleo. Pero lo más importante para sus compatriotas —sobre todo para las mujeres, que parecían hipnotizadas por su oratoria— era que Hitler prometía la recuperación de los «valores» alemanes de una prístina y antigua cultura rural y artesana —destruida por la industria capita-

lista y la urbanización—, idealizada en el recuerdo como una cultura superior a la sucia cultura industrial.

Hitler era austríaco; amante de la mitología wagneriana y del drama musical; fracasado pintor de paisajes; testigo de los grandes avances conseguidos por los judíos emancipados de Austria a principios de siglo; ferviente admirador de Karl Lueger, popular, capaz y antisemita alcalde de Viena. Ni el antisemitismo personal de Hitler ni la importancia que adquirió el antisemitismo en la visión mundial del nazismo en su conjunto podrían entenderse sin hacer alusión a los estereotipos europeos sobre los judíos y al rápido cambio de situación de los judíos en el mundo germanoparlante, durante el período que va de 1890 a 1930 aproximadamente.

Hablaré primero de los estereotipos generales: los judíos observaban una religión emparentada, pero diferente, con la cristiana que predominaba en Europa. El judaísmo y la cristiandad compartían el monoteísmo y el Antiguo Testamento. Jesús mismo fue rabino pero, mientras los cristianos creían que era el Hijo de Dios, que había tomado forma humana y permitido que lo crucificaran para pagar los pecados de toda la humanidad, los judíos se negaron a reconocerlo como el Salvador y fueron de hecho corresponsables con el gobierno provincial romano de su arresto y crucifixión.

Los judíos tenían leyes dietéticas distintas, festividades y hábitos familiares distintos a los de sus vecinos. Durante la Edad Media era creencia general (sin pizca de evidencia) que mataban a los niños cristianos para utilizar su sangre en toda clase de ritos diabólicos. A fines del siglo XIX, casi cualquier europeo urbano que supiera leer y escribir rechazaba tales creencias que, en cambio, seguían vivas entre los campesinos y vecinos de los pueblos. Esas creencias fueron factor de instigación a los pogromos de Europa oriental ya bien entrado el siglo XX. Hasta la emancipación legal producida medio siglo después de la Revolución francesa, a los judíos les estuvo prohibido poseer tierras. Por lo tanto para la mayoría de la población eran conocidos como buhoneros y prestamistas, ocupaciones que daban la imagen añadida de ser gente «sin raíces» en quienes no se podía confiar (puesto que la mayoría de las poblaciones rurales desconfiaban del dinero y de aquellos que lo tocaban).

Volvamos a la experiencia específica de los alemanes: hasta 1871 Alemania estuvo dividida en docenas de pequeños Estados que, sin embargo, eran cultural y económicamente prósperos y estaban gobernados por familias reales con varios siglos de antigüedad. A los judíos no se les permitía asistir a las universidades ni pertenecer a los gremios artesanales o profesionales, que autorizaban casi toda la actividad económica. De ahí que se concentraran en pequeños negocios itinerantes. Un reducido, pero también muy culto, puñado de judíos financieros sirvieron como tesoreros en las casas de los príncipes alemanes y como administradores de los terratenientes, para quienes la actividad comercial era función que debía dejarse en manos de gente inferior. De modo que todas las clases alemanas miraban socialmente con desprecio a los judíos, pero les resultaban muy útiles como buhoneros, pequeños comerciantes o gerentes financieros y comerciales.

La emancipación legal de los judíos en el siglo XIX coincidió con la rápida urbanización e industrialización de Alemania. Los judíos se trasladaron en gran número a las ciudades industriales en expansión, donde ejercieron sus ocupaciones urbanas tradicionales con mucha energía y éxito. Los judíos tenían también una larga tradición de respeto por la filosofía y el estudio; un respeto cuyo principal desahogo eran los comentarios bíblicos y talmúdicos, la lingüística y los ejercicios lógicos. Con la emancipación se precipitaron a las universidades y se introdujeron en las profesiones liberales. Aunque constituían menos del 1% de la población, después de 1890 parecieron de pronto inmensamente numerosos e influyentes en medicina, derecho, grandes empresas, periodismo, arte, música, teatro y en el nuevo arte de la cinematografía.

Además de las arriba mencionadas bases religiosas y económicas del antisemitismo, los nazis explotaron con mucha habilidad dos factores más. Adoptaron al pie de la letra la seudobiología y la teoría de la supuesta superioridad racial aria, desarrollada a fines del siglo XIX, de la cual extrajeron la conclusión de que la sangre judía (y qué decir de la gitana o negra) «contaminaría» la sangre pura y sana del pueblo alemán. Por último explotaron el factor que siempre había estado presente en la violencia antisemita, un factor que podría ser etiquetado como

«odio sin riesgo». Los judíos eran siempre un grupo reducido y muy pocos de ellos servían como militares de carrera o policías. Y desde luego no tenían un Estado ni un ejército detrás. Por lo tanto era menos peligroso atacar al capitalismo judío que al capitalismo alemán o anglosajón; a los sindicalistas judíos que a los sindicalistas alemanes, etcétera.

A fines de 1930, mientras se profundizaba la Depresión, Hitler se empezó a mover rápida y confiadamente en demanda del poder. Aseguró a los capitalistas y banqueros más importantes que no tenía ninguna intención de socializar sus propiedades. Hizo una alianza electoral con los nacionalistas de Alfred Hugenberg, un acaudalado magnate de la prensa y productor cinematográfico. En las elecciones presidenciales de abril de 1932 ganó trece millones de votos contra el héroe de la guerra mariscal Hindenburg reelegido por diecinueve millones de votantes, los cuales esperaban que acabara a la vez con Hitler y los comunistas. Durante esa y otras campañas electorales nunca pretendió evitar la violencia sino, por el contrario, utilizar a su frenética caterva de camisas pardas para hacer añicos los escaparates de las tiendas judías y las cabezas de los obreros socialistas y comunistas. Cuando el canciller Brüning trató de desbandar a las pandillas armadas del partido, Hitler forzó al anciano presidente Hindenburg a rescindir la orden.

Brüning renunció antes de someterse a la intervención presidencial y, en las siguientes elecciones parlamentarias del 31 de julio de 1932, los nazis se convirtieron en el partido mayoritario de la cámara. Lograron el 37 % de los votos, el porcentaje más alto que recibieron nunca en una elección libre. Hitler no estuvo dispuesto a aceptar gabinetes de coalición —en los cuales él habría sido nombrado vicecanciller— de modo que el punto muerto parlamentario continuó y hubo que convocar nuevas elecciones en noviembre, en las que el voto nazi disminuyó hasta el 33 %.

Hitler, sus aliados nacionalistas y los industriales que lo apoyaban decidieron que tenía que llegar al poder constitucionalmente, antes de que sus votos se redujeran más aún. El 30 de enero de 1933, el presidente Hindenburg autorizó un gabinete nazi-nacionalista de coalición. El nuevo gobierno empezó por arrestar a los líderes socialistas y comunistas, e impulsó el ya existente

boicot nazi a las empresas de propiedad judía. Hitler anunció nuevas elecciones para el 5 de marzo que, públicamente, predijo serían las últimas en el futuro previsible. El 27 de febrero fue incendiado el Reichstag, un incendio políticamente conveniente, del cual se culparon mutuamente nazis y comunistas. Al parecer fue provocado en solitario por un débil mental holandés aunque el caso no ha sido nunca del todo aclarado.[3]

Redoblado el terror nazi callejero, el partido ganó las elecciones del 5 de marzo con el 44 % de los votos. Gracias a la ayuda de sus aliados nacionalistas fueron dueños de una escasa mayoría, pero Hitler se proponía actuar como un dictador, no como primer ministro, aunque fuera de una mayoría de coalición. En la dramática sesión parlamentaria del 23 de marzo —convocada en la Kroll Opera House en lugar del incendiado Reichstag, donde los pasillos del auditorio estaban flanqueados por tropas armadas de asalto—, los nazis presentaron una «Ley de Defensa del Pueblo y del Estado», que legalizó la dictadura de Hitler. Eran pocos los diputados socialistas y comunistas que todavía estaban en libertad o que se atrevieron a asistir a la sesión. Para el triunfo de Hitler fue vital el voto favorable de los diputados católicos y centristas. El Partido de Centro había mantenido su fuerza electoral y su oposición al paganismo y a la violencia nazi en todas la últimas elecciones. Pero en la atmósfera de emergencia que siguió al incendio del Reichstag y a las elecciones del 5 de marzo, sus líderes —después de consultar con el Vaticano— decidieron votar a favor de la Ley de Defensa del Pueblo y del Estado.

Durante el mes de abril los nazis promulgaron una serie de decretos que expulsaban a los judíos de los cuerpos de oficiales, los hospitales públicos, el funcionariado civil y la profesión docente. De forma intencionada y efectiva privaron a los judíos alemanes patriotas de cualquier ilusión de que sus servicios fueran aceptables en la «nueva Alemania». El 10 de mayo los libros de autores judíos, ya purgados de las bibliotecas universitarias y de las librerías, fueron quemados en ceremonias celebradas en las plazas de las ciudades de toda Alemania. El 30 de julio el Va-

3. Hans Mommsen, «Der Reichstagbrand und seine politischen Folgen», *Vierteljahre für Zeitgeschichte*, 1964, pp. 352-413.

ticano firmó un concordato, que rompió varios meses de boicot diplomático a los nazis que habían saludado la violencia gubernamental contra los judíos y contra toda la izquierda.[4]

En el curso de los dieciocho meses transcurridos entre enero de 1933 y junio de 1934, Hitler estableció su indiscutida dictadura. El partido había aceptado siempre el *Führerprinzip*, la máxima de que las decisiones de Hitler en cualquier terreno eran las decisiones finales que todos los miembros del partido tenían que llevar adelante con ciega lealtad. La Ley de Defensa del Pueblo y del Estado le garantizaba el poder legal para aplicar el *Führerprinzip* en la remodelación del funcionariado civil y la judicatura. Un gran porcentaje de abogados y jueces alemanes se afanaron por proporcionar las nuevas leyes deseadas por el Führer.

La acción que culminó sus exigencias de que el poder supremo estuviera en sus manos fue la sangrienta purga del 30 de junio de 1934. En esa ocasión se deshizo de Gregor Strasser, líder de los nazis con inclinaciones izquierdistas para quienes, dentro del nacionalsocialismo, el socialismo era importante; del general Kurt von Schleicher, el único oficial de alta graduación cuya habilidad política podría haberle estorbado para controlar al ejército; él, en persona, asesinó a Ernst Röhm, cuyas tropas de asalto —los camisas pardas— eran demasiado pendencieras para un gobierno que se afanaba por conseguir la lealtad de los alemanes amantes del orden. De ahí en adelante las SA estuvieron subordinadas a las SS, tropas de élite más disciplinadas, dirigidas por Heinrich Himmler.

La altisonante oratoria y la abierta brutalidad de Hitler fueron la causa de que muchos alemanes y extranjeros subestimaran su habilidad política. Una vez en el poder demostró gran capacidad para ganarse la voluntaria colaboración de la élite alemana y para mejorar la situación económica del país. El desempleo había llegado al 44 % en 1932 y descendió al 1% hacia 1938. El milagro se produjo, en primer lugar, por los programas de obras públicas a gran escala: la construcción de una importante red nacional de carreteras; la inauguración de nuevos canales y puentes;

4. Karl Otmar Freiherr von Aretin, «Prälat Kaas, Franz von Papen, und das Reichskonkordat von 1933», *Vierteljahre für Zeitgeschichte*, 1966, pp. 252-279.

la reparación y ampliación de las líneas de transporte existentes; el programa de reforestación; y el acelerado programa de rearme, una vez denunciado el Tratado de Versalles.

En temas económicos era del todo pragmático. No tenía escrúpulos sobre déficits ni sobre inversiones privadas o públicas; empleaba ambas, y duplicó las rentas fiscales entre 1933 y 1937. Delegó la cuestión monetaria y las relaciones comerciales en el muy hábil banquero Hjalmar Schacht —que al principio no era nazi—, cuyo padre le había puesto el nombre de Horace Greeley en honor del editor estadounidense antiesclavista del siglo XIX. Schacht firmó numerosos acuerdos bilaterales con Latinoamérica y los países balcánicos, intercambiando sus materias primas (muy necesarias para la industria alemana) por artículos manufacturados y maquinaria. El constante ejemplo de la brutalidad nazi le ayudó desde luego en sus negociaciones con los aterrorizados interlocutores de los países balcánicos, pero también es un hecho que los socios más débiles encontraban mercados para sus exportaciones y que, tanto ellos como los nazis, obviaban los problemas monetarios recurriendo al trueque en la mayor parte de sus transacciones.

La ideología nazi era retóricamente anticapitalista, sin embargo Hitler combinaba una política de altos impuestos, incluidos los impuestos a los beneficios, con las constantes seguridades de que no iba a confiscar ninguna propiedad que no fuera judía; y con la concesión de largos y favorables contratos en el programa de rearme. El partido y la élite industrial hacían al mismo tiempo concienzudos esfuerzos para limar los sentimientos de aquellos que todavía soñaban con la restauración de un paraíso rural y de los que creían que la industrialización moderna era desalmada. Los nazis hablaban de la tecnología como manifestación de la cultura alemana, que estaba siendo desarrollada para mejorar la naturaleza estética de las obras públicas, el uso de los bosques, las vías de agua y los montes; hablaban de la salubridad, el aire libre, la buena iluminación de los espacios y edificios públicos. Y contrastaban esa cultura técnica alemana con la presunta codicia y la plaga urbana de la tecnología capitalista anglo-norteamericana.[5]

5. Jeffrey Herf, «The Engineer as Ideologue... in Weimar and Nazi Germany», y Anson G. Rabinbach, «The Aesthetics of Production in the Third Reich», *Journal of Contemporary History*, octubre, 1984, pp. 631-648, y octubre, 1976, pp. 43-74, respectivamente.

Los nazis eran también conscientes de que la clase obrera industrial había mantenido su lealtad a los partidos marxistas a través de todas las elecciones libres celebradas antes de 1933. Establecieron un Frente de Trabajo Nacional que, como muchas otras organizaciones juveniles y atléticas, combinaba la propaganda nazi y el chantaje con cierto atractivo para los intereses e ideales de la clase obrera. El Frente de Trabajo dirigía la competitividad productiva y concedía sustanciales premios a los ganadores. Sus clubs de atletismo tomaron posesión de compañías de autobuses y hoteles enteros para las vacaciones de sus miembros. Ampliaron en gran medida un plan de educación que formara trabajadores diestros, programa que había sido lanzado al final de los años veinte por los industriales conservadores.

A fines de 1935 el plan de rearme estaba escaso de obreros metalúrgicos y de la construcción bien entrenados; los graduados del programa de enseñanza del Frente de Trabajo ganaron pues, a la vez, en capacidad profesional y seguridad económica. El «calentamiento» de la economía industrial desde 1935 a 1939 provocó cierta inflación, de modo que los salarios reales no eran, en verdad, más altos de lo que lo habían sido antes de la Depresión. Pero todo el mundo tenía trabajo y era mucha la gente que comía mejor y estaba mejor alojada que durante la República de Weimar. Es por lo tanto muy comprensible que, aunque Hitler no convenciera nunca a más de un tercio de sus conciudadanos en elecciones libres, se convirtiera en un gobernante aceptable para un pueblo que recordaba la inflación de la posguerra y las tremendas tasas de desempleo de los años de la Depresión.[6]

Entre quienes subestimaron de mala manera la habilidad de Hitler y la rapidez con que se extendía su popularidad estaban los comunistas. Los teóricos marxistas, tanto de Moscú como de las democracias occidentales, creían que el fascismo —como fenómeno genérico de Italia, Alemania y los países centroeuropeos— representaba el último y desesperado esfuerzo del mundo capitalista para prevenir el triunfo inevitable del socialismo. Los comunistas recordaban con mucha amargura que el gobier-

6. T. W. Mason, «Labor in the Third Reich, 1933-1939», *Past and Present*, abril, 1966, pp. 112-141.

no provisional de la República de Weimar había utilizado a los *Freikorps*, de notoria mala reputación, para reprimir la revuelta de los espartaquistas y otras manifestaciones revolucionarias. La prensa comunista se refería a los socialdemócratas como «socialfascistas» y, en unas pocas ocasiones, los comunistas votaron con los nazis contra los socialdemócratas, convencidos de que la desestabilización de la República de Weimar redundaría en su beneficio, tal vez después de un breve período de los nazis en el poder.

Entre los años 1930 y 1933 la violencia nazi en las calles estuvo dirigida en especial contra los comunistas. Apenas tomaron el poder, los nazis arrestaron a cuanto militante comunista no había podido esconderse o marchar al extranjero a tiempo. Después de la primavera de 1933 los comunistas nunca pudieron volver a ejercer más que una resistencia simbólica contra el régimen nazi. Entretanto el gobierno soviético, comprometido con la política de Stalin de construir el socialismo en un país —aunque también ejerciera absoluto control sobre los pronunciamientos públicos de los partidos comunistas del mundo entero—, revisó su postura a la vista del desastre alemán.

Hacia mediados de 1935 los comunistas decidieron hacer una distinción entre las democracias capitalistas y las potencias fascistas. Con la intención de evitar que la barbarie fascista triunfara en toda Europa se urgió a los partidos comunistas a buscar alianzas con los partidos socialistas y con todos los elementos «progresistas» de los partidos políticos, sindicatos y élites intelectuales del mundo capitalista democrático. Ésa fue la política del Frente Popular, compuesto por fuerzas liberales, socialistas y comunistas, contra la amenaza del fascismo. En la política interna significaba apoyar programas reformistas como el aplicado por el New Deal estadounidense y los de la socialdemocracia sueca de la Vía Intermedia. En cuestiones internacionales significaba crear la «seguridad colectiva», sobre la base de alianzas militares defensivas entre la Unión Soviética y las democracias occidentales.

Las ideas del Frente Popular fueron muy bien recibidas por todos aquellos que, dentro de la izquierda democrática, se sentían capaces de dar crédito a la sinceridad de la nueva fachada comunista. Pero verdaderos Frentes Populares legislativos

sólo se lograron en España y Francia. Los años transcurridos entre 1936 y 1939 fueron testigos de los únicos esfuerzos serios por cubrir la brecha entre la izquierda democrática y los comunistas antes de la invasión a la Unión Soviética en la segunda guerra mundial.

España se había convertido en República en 1931 y, durante los primeros dos años, el nuevo gobierno estuvo formado por una coalición de clase media de republicanos y demócratas-socialistas (los comunistas formaban un partido minúsculo, en ese tiempo internamente dividido, y los anarquistas se oponían a la participación política en ningún régimen «burgués»). La coalición redactó una Constitución democrática, separó a la Iglesia del Estado, promulgó la primera ley de divorcio en España, garantizó la «gobernación autónoma» de Cataluña y los derechos de sufragio de las mujeres, mejoró los jornales rurales e inició la reforma agraria y los programas de construcción de escuelas.

Pero en el otoño de 1933 la coalición republicano-socialista se quebró y, cuando se presentaron como partidos separados en las elecciones de noviembre, fueron derrotados por una coalición de fuerzas conservadoras, que propuso revocar la mayoría de las leyes significativas aprobadas por las Cortes Constituyentes. Además, en vez de aceptar un régimen cuya política sólo pretendía una «monarquía sin rey», una parte considerable de la izquierda se vio envuelta en dos levantamientos simultáneos contra el entonces gobierno reaccionario (en el sentido literal de la palabra).

A principios de octubre de 1934, los mineros asturianos (tradicionalmente el sector más combativo del movimiento obrero) proclamaron la «comuna» con el apoyo de las organizaciones socialistas, comunistas, trotskistas y anarcosindicalistas locales. Uno de sus lemas era «Más vale Viena que Berlín», en clara alusión a los obreros socialistas vieneses que habían resistido al fascismo en febrero de 1934, mientras que los obreros alemanes habían permitido a los nazis llegar al poder en enero de 1933 sin ofrecer resistencia.

El segundo levantamiento, el de Barcelona, sólo duró un día, pero fue muy sintomático de la atmósfera política que se vivía. El movimiento proclamaba «una República catalana dentro de la República federal española». En la política española, «fe-

deral» era la palabra clave para una futura descentralización y una política social más de izquierda, que ningún gobierno reaccionario republicano iba a estar dispuesto siquiera a considerar ni la vigente Constitución unitaria podría autorizar.

Las dos revueltas indicaban el enorme temor al fascismo por parte de toda la izquierda y lo dispuesta que estaba a rebelarse contra el gobierno parlamentario con tal de no correr el riesgo del fascismo que, al fin y al cabo, ya había llegado al poder legalmente en Italia y Alemania. La revolución de Asturias fue reprimida con premeditada crueldad bajo la dirección del más joven de los generales españoles, el futuro dictador Francisco Franco. En Barcelona fueron arrestados los líderes del gobierno de la Generalitat y el estatuto de autonomía fue suspendido.

Fue así como, hacia 1935, escarmentados por su desdichada experiencia, los socialistas parlamentarios y los republicanos reformistas de España empezaron a elaborar una línea que coincidía con la nueva línea comunista: es decir, que sólo una alianza de la izquierda democrática, los comunistas y, de ser posible, los anarquistas podría evitar que la España republicana se deslizara hacia un fascismo de corte italiano o austríaco. Las elecciones de febrero de 1936 provocaron un ardiente enfrentamiento entre la coalición del Frente Popular y una alianza de los partidos conservadores, cuyos métodos propagandísticos y cuyo programa reflejaban con claridad los de Mussolini (incluidos los enormes retratos del «líder» y el saludo de las masas que gritaban: «Jefe, Jefe, Jefe», imitando el italiano «Duce, Duce, Duce»).

El Frente Popular (por el cual esa vez decidieron votar muchos anarquistas) ganó por una estrecha pero legalmente reconocida mayoría. Sin embargo, a causa de las incesantes manifestaciones de triunfo caracterizadas por lemas revolucionarios de un lado y conspiraciones militares ampliamente rumoreadas de otro, el nuevo gobierno republicano de izquierda apenas si podía funcionar. No obstante en la primavera de 1936 era evidente su intención de recuperar el programa reformista de los años 1931-1933. Entretanto, en mayo de 1936, el Frente Popular francés ganó las elecciones parlamentarias y comenzó a legislar sobre temas como las vacaciones pagadas de los trabajadores industriales y un programa de obras públicas de tipo keynesiano.

Los programas de reformas domésticas de los gobiernos, tanto el del Frente Popular francés como el del español, iban a ser superados por acontecimientos internacionales de los cuales no eran en absoluto responsables. El rearme había dejado la iniciativa en manos de los gobiernos fascistas. En 1935 Hitler empezó a reconstruir la armada alemana. Los británicos, con la esperanza de limitar el daño, firmaron un acuerdo naval con él, que anulaba los principios y las cláusulas específicas del convenio de 1919, haciendo que a los franceses se les estremecieran los huesos. Fue también en 1935 cuando Mussolini invadió, bombardeó y anexionó a Italia el único país independiente que quedaba en África, el reino de Etiopía. En marzo de 1936 Hitler envió tropas a las desmilitarizadas tierras del Rin. Tenían órdenes secretas de retirarse en caso de encontrar resistencia por parte de las tropas aliadas de ocupación, pero no tropezaron con resistencia alguna.

Hasta ese momento las potencias occidentales podían tranquilizarse con la idea de que Hitler no hacía más que destruir el Tratado de Versalles y de que se convertiría en un buen ciudadano tan pronto como se hubiera vengado de la humillación de 1919. En cuanto a Mussolini creó un exitoso antídoto contra el bolchevismo, y sus ambiciones sobre el Mediterráneo y el norte de África podrían ser acomodadas.

El estallido de la guerra civil española probó de modo decisivo que las dos potencias fascistas se proponían dominar Europa. El 18 de julio el grueso del ejército español intentó derribar al gobierno del Frente Popular con un «pronunciamiento» [en español en el original], la clase de revuelta militar que tantas veces había conducido en el pasado a cambios de gobierno sin derramamiento de sangre. Pero en esa ocasión, la combinación de algunas unidades leales y miles de miembros de los sindicatos socialistas y anarquistas evitaron el éxito de la revuelta en las principales ciudades.

El 20 de julio el fallido pronunciamiento se había convertido en una guerra civil que iba a durar treinta meses. De un lado estaban las unidades de élite del ejército, los industriales y financieros, la Iglesia, los monárquicos, el reducido partido fascista conocido como la Falange y los campesinos conservadores de la meseta castellana. Del otro, los partidos del Frente Popular, el grueso de la fuerza aérea y de la marina, los gobiernos autó-

nomos de Cataluña y las provincias vascas, la mayoría de los campesinos del sur de España y los anarquistas que, en esas circunstancias, decidieron que era necesaria la acción política para salvar al país del fascismo.

Ambos bandos apelaron de inmediato a sus amigos europeos en busca de ayuda militar y la ya internacionalizada guerra civil fue la prueba o, mejor dicho, la prueba fallida de la disposición de las potencias democráticas para resistir las agresiones del fascismo. El gobierno francés, encabezado por el intelectual socialista Léon Blum, envió de inmediato unas pocas docenas de antiguos aeroplanos todavía usables y permitió que voluntarios y camiones cargados con un misceláneo suministro de armas cruzaran los Pirineos. Esa permisividad hizo que el gobierno británico advirtiera a Francia contra medidas que podían provocar a Italia y Alemania. Lo cierto es que provocó la reacción amenazante de los conservadores franceses, muchos de los cuales eran profascistas y antisemitas (Blum era judío).

Entretanto la junta militar española había enviado emisarios a Italia y Alemania, cuyos dos dictadores decidieron mandar importantes cantidades de artillería, aviones de guerra, tanques y armas de pequeño calibre además de pilotos, especialistas en comunicaciones y consejeros militares. A principios de agosto, Francia tímidamente, Italia y Alemania con todo descaro habían empezado a mandar ayuda militar a los combatientes españoles. Sin embargo, atemorizada por las advertencias británicas y por la amenaza de disturbios internos, Francia cerró sus fronteras el 8 de agosto y asumió la iniciativa diplomática de crear un «Comité de No Intervención». A primeros de septiembre, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Portugal y la Unión Soviética se habían comprometido, «en principio», a no mandar suministros militares ni personal a ninguno de los dos bandos.

Una de las características novedosas de la diplomacia practicada por Hitler y Mussolini era la de contestar a los eufemismos codificados de la tradicionalmente mentalizada diplomacia británica con el mayor de los cinismos. A los dictadores no les costaba nada decir que, «en principio», estaban de acuerdo con algo. El Comité de No Intervención, presidido por los británicos, adoptó engorrosas normas cuya observancia permitió que pasaran meses antes de poder empezar a considerar siquiera

cualquier evidencia de intervención. Cuando el aterrizaje de aviones italianos en Marruecos y la descarga de cargueros alemanes en Lisboa eran noticias divulgadas por fuentes confiables de la prensa mundial, las potencias fascistas declaraban que las informaciones carecían de fundamento; haber aceptado la evidencia habría significado tachar a los gobiernos acusados de mentirosos. Lo cierto es que, desde julio de 1936 hasta que la completa victoria de Franco estuvo asegurada en marzo de 1939, las potencias fascistas no hicieron esfuerzo alguno por ocultar su continua —y decisiva— intervención. Su propósito original y constante era, en parte, el de intimidar a las potencias occidentales. Lograron muy bien su propósito combinando una abierta intervención, de la cual se jactaban sin tapujos, mientras ataban de pies y manos al Comité de No Intervención con embrollados procedimientos. En octubre de 1936 la Unión Soviética advirtió que no se sentía atada por ninguna restricción, puesto que otros las violaban. Ese mismo mes empezó a suministrar aviones, tanques, camiones, alimentos, medicinas y consejeros militares al gobierno de Francisco Largo Caballero (un socialista, antiguo yesero y dirigente sindical, el primer caso de un primer ministro europeo que procedía de la clase obrera industrial).

La guerra civil española fue titular de prensa durante más de dos años y medio. Casi todas las personas políticamente conscientes de Europa y del hemisferio occidental la interpretaron como el campo de batalla decisivo entre las fuerzas de la libertad política y el progreso económico, y las fuerzas de la reacción y los privilegios tradicionales. La defensa de la República implicaba, nada menos, que la defensa de toda la herencia emancipadora tanto de la Revolución francesa como de la Revolución rusa: libertad individual y constitucional; gobierno civil; reformas económicas en favor de los campesinos sin tierra y de los obreros industriales explotados; separación de la Iglesia y el Estado; educación pública universal; servicios médicos y sociales básicos; derechos lingüísticos y autonomía local para las minorías nacionalistas dentro de España; aceptación de los experimentos colectivizadores socialistas y anarquistas en la agricultura y la dirección de fábricas.

La causa de los «nacionales» [en español en el original] era nada menos que la defensa de toda la herencia conservadora

de Europa: inviolabilidad de la propiedad privada; orden público; relaciones sociales y económicas jerarquizadas entre las clases existentes (concebidas como de naturaleza divina otorgada por Dios a la sociedad humana); instituciones centralizadas, religiosas y políticamente autoritarias; rechazo del marxismo, el ateísmo, el sufragio universal, la soberanía parlamentaria y los partidos políticos.

Dentro de la misma España no fue sólo una guerra de intereses sino de ideales. Los republicanos liberales y los socialistas parlamentarios luchaban por que España llegara al rango de las democracias del siglo XX, por dotarla de instituciones como las de Francia, Escandinavia y el mundo anglosajón. Los socialistas de izquierda, los anarquistas y varios partidos marxistas —no estalinistas— luchaban por darle a España las instituciones revolucionarias que, con tanto fervor, imaginaban fueron las que había pretendido establecer la Revolución rusa original, deformada por la burocracia estalinista. Los nacionalistas vascos y catalanes luchaban por que España tuviera, no sólo un régimen civil democrático, sino un régimen que reconociera los derechos de las lenguas y culturas no castellanas.

En el bando del general Franco, los católicos luchaban por defender a su Iglesia contra los atropellos anticlericales y por mantener la educación y moral católicas. Los monárquicos alfonsinistas luchaban por la eventual restauración de una monarquía parlamentaria borbónica. Los carlistas luchaban por una monarquía más tradicionalista y autoritaria, como la que auspiciaba la rama carlista de la familia real. Los conservadores de clase media luchaban por preservar la creciente sociedad secular capitalista, a la cual veían como el medio más idóneo para mejorar la economía española y atenuar la lucha de clases. La Falange luchaba por establecer un Estado de corte fascista italiano, al cual veían como el mejor medio para combatir el peligro del marxismo materialista y ateo. El general Franco luchaba por recobrar la autoridad y el orden tradicionales. Y también —en un momento en que los anarquistas profanaban las iglesias— porque creía haber sido destinado para salvar a la España cristiana de las hordas ateas, masónicas y materialistas. Todas las guerras implican una mezcla de ideología e intereses específicos de poder. Pero en el caso de España, el poder relativo de las ideologías

políticas y de los ideales morales fue mucho mayor que en la mayoría de las guerras. De ahí el compromiso, el heroísmo, el sentido de «destino» universal, la capacidad de sacrificio personal y la crueldad con el enemigo. Los primeros meses de la guerra, en particular, estuvieron marcados por el terror revolucionario y contrarrevolucionario. En la zona del Frente Popular fueron asesinados curas y monjas por ser miembros de una Iglesia privilegiada, que había dominado la vida social y cultural de España durante siglos y que, casi siempre, había tomado partido por los ricos y poderosos en contra de los pobres y desposeídos. Terratenientes y empresarios fueron asesinados por quienes dependían económicamente de ellos, y pretendían vengar reales o supuestas vejaciones.

En la zona dominada por los generales Franco, Mola y Queipo de Llano, los maestros y médicos eran automáticamente considerados sospechosos de apoyar al Frente Popular y, muchos de ellos, fueron asesinados por esa única razón. En el sur y el oeste de España, tropas relativamente reducidas en número invadieron amplias zonas cuya población campesina se presumía —con fundamento— era hostil al levantamiento militar. Durante los años veinte el ejército había masacrado en Marruecos a los habitantes de pueblos moriscos rebeldes. En la España de la guerra civil, el ejército no tuvo ningún escrúpulo para ametrallar a campesinos armados con horquillas y mosquetes de caza. Tampoco los tuvo para ejecutar a trabajadores que tuvieran una magulladura sobre otra en el hombro, porque podrían ser consecuencia de haber hecho fuego con una escopeta.

Las noticias del terror desatado eran internacionalmente mucho más perjudiciales para la causa republicana que para la de los militares. El Frente Popular estaba por la libertad y la justicia social. Quienes lo apoyaban podían entender muy bien la confiscación de las propiedades de la Iglesia y el cierre de las escuelas religiosas, pero no el linchamiento de sacerdotes. Por añadidura, muchas de las víctimas acaudaladas eran bien conocidas en Francia o Gran Bretaña y tenían contactos familiares o de negocios en esos países; en cambio, los campesinos y los maestros de escuela ejecutados por los militares eran desconocidos fuera de sus pueblos nativos. Los hombres de prensa extranjeros podían informar libremente de lo que veían en la zona republicana, pero

la fuerte censura impuesta en la zona nacional impedía que trascendieran noticias de ese tipo.

De hecho, el número de víctimas en la zona militar fue mucho mayor que en la zona republicana. El gobierno republicano advertía por radio que no se les abrieran las puertas a extraños; permitió el refugio en embajadas y consulados de Madrid y Barcelona; concedió pasaportes y, en algunas ocasiones, brindó escolta policial a ciudadanos conservadores, que se sentían amenazados y querían emigrar. En la España nacional, la jefatura militar consideraba que no estaba haciendo más que depurar al país de la canalla. Ningún republicano pudo buscar refugio en consulados; a los soldados que estaban haciendo el servicio militar se los asignó a los pelotones que sacaban a los prisioneros republicanos de las cárceles para llevarlos a los campos de ejecución. En el bando republicano, el gobierno se avergonzaba del terror descontrolado; en el otro, la junta militar practicaba el terror abiertamente como medio «legítimo» para establecer el control.

El contenido ideológico de los programas de partido y el idealismo personal de los combatientes fueron, en gran parte, responsables del terror en los dos bandos durante los primeros meses de la guerra. Pero, a la larga, la conducta política en ambas zonas y el resultado de la guerra estuvieron determinados por factores internacionales. El papel desempeñado por la Unión Soviética y el Partido Comunista español fue decisivo para el desarrollo de los acontecimientos en la zona republicana. La guerra civil española parecía proporcionar la gran oportunidad de defender la seguridad colectiva y de frenar el avance del fascismo sin necesidad de llegar a una segunda guerra mundial. Los soviéticos, al mismo tiempo que participaban en el Comité de No Intervención, contrarrestaban la ayuda fascista al general Franco con su ayuda a la República y trataban, sin cejar, de formar una alianza defensiva contra las potencias fascistas a través de la diplomacia. La mayoría de la opinión pública de todos los países occidentales simpatizaba con la República, sobre todo desde que el terror anárquico terminó en noviembre de 1936 y cuando la defensa de Madrid probó la capacidad militar de los republicanos. Entre julio de 1936 y fines de 1938 unos cuarenta mil voluntarios llegados de toda Europa y las Américas, peque-

ños contingentes de Asia, África y Australia (además de cientos de enfermeras y médicos) sirvieron en las Brigadas Internacionales en defensa de la República.

El papel de los partidos comunistas fue vital. Sus miembros más jóvenes componían alrededor de la mitad de los voluntarios. Las organizaciones comunistas proporcionaban pasaportes y transporte para todos ellos fueran o no comunistas. Los contactos fraternales que mantenían con intelectuales democráticos —a través del Frente Popular— lograron que la prensa concediera un tratamiento favorable a la República y les permitió organizar mítines masivos en nombre del Frente Popular más que de la Tercera Internacional.

Desde septiembre de 1936 hasta el final de la guerra, la Unión Soviética fue la única potencia importante que envió ayuda militar, defendió los derechos legales de la República en los foros internacionales y llamó al pan «pan» y al vino «vino» cuando se hablaba de la ayuda ítalo-alemana-portuguesa a Franco. Los obreros soviéticos fundían candelabros y arrojaban las alhajas de la familia a los potes donde se recogía ayuda para la España republicana. Ésa fue una de las raras ocasiones en las que el gobierno soviético se sintió capaz de permitir la expresión espontánea de la opinión pública. Sin embargo la Unión Soviética de los años 1936-1938 fue también la tierra de las sangrientas purgas de Stalin: los juicios orquestados en los cuales docenas de líderes bolcheviques de toda la vida confesaban actos de presuntos sabotajes y conspiraciones para matar a Stalin; los años durante los cuales varios millones de personas firmaron confesiones falsas y fueron deportadas a campos de concentración del norte de Rusia y Siberia.

Junto con los consejeros militares llegó a Madrid, Valencia y Barcelona la policía secreta de Stalin para purgar la vida política española y catalana de todos los izquierdistas no estalinistas o antiestalinistas. Los sucesivos gobiernos del Frente Popular y de la Generalitat tuvieron que tolerar esa intromisión, que mezclaba constantemente el consejo práctico militar y político con las purgas sectarias. Las Brigadas Internacionales y el Partido Comunista español también se vieron obligados a aceptar la creciente ingerencia de los agentes estalinistas.

Dentro de España, el aumento del poder comunista estuvo

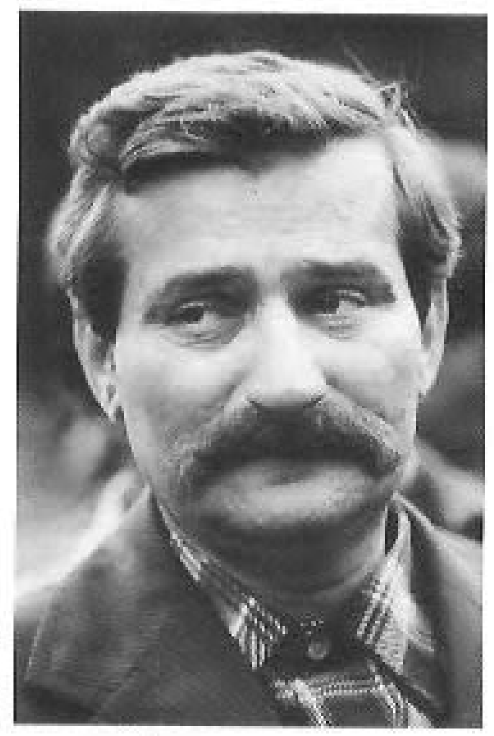
acompañado por el creciente derrotismo de la izquierda no comunista. En Londres, durante los farseantes procedimientos del Comité de No Intervención, los portavoces británicos y franceses lamentaban la excesiva influencia de los comunistas mientras se negaban a pedir cuentas a las potencias fascistas de los más de cien mil efectivos, uniformados y bien armados, que habían mandado para luchar al lado del general Franco. De modo que la «no intervención» unilateral hizo que la República dependiera por completo de la ayuda material soviética y puso al gobierno del Frente Popular ante una disyuntiva: aceptar la dominación estalinista o rendirse por falta de armas.

La guerra civil española demostró que, allí donde las ideologías están en cuestión, la derecha es mucho más capaz de unirse que la izquierda. Numerosos banqueros y empresarios británicos, franceses, belgas y suizos apoyaron al general Franco. Muchos de ellos no eran, en apariencia, fascistas ni militaristas. Pero en términos pragmáticos les parecía que los nacionales eran más capaces de hacer contratos viables. Y, en general, los empresarios prefieren gobiernos que mantienen el orden público, sin que les importen las barbaridades que puedan cometer. En la zona franquista había también divisiones internas entre facciones monárquicas, facciones falangistas y oficiales ambiciosos que pretendían brillar por cuenta propia. Pero no se permitió que ninguno de esos conflictos destruyera la unidad de la causa nacional, como ocurrió con las divisiones internas del Frente Popular, que tanto ayudaron a Franco en la aniquilación de la República.

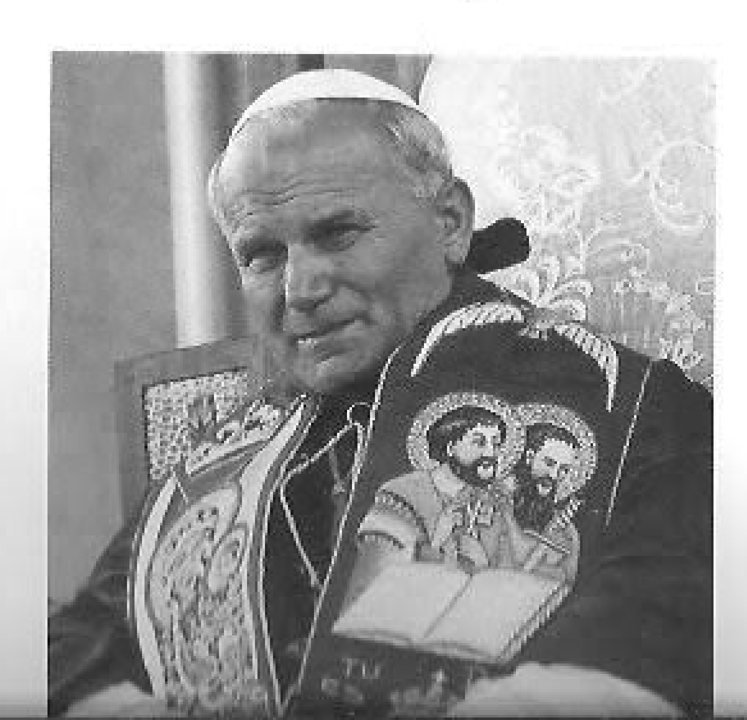
La política de no intervención permitió que Hitler y Mussolini supusieran —con razón— que, mientras Francia y Gran Bretaña no se vieran directamente atacadas, harían cuanto estuviera en su poder para no entorpecer las ambiciones de los dos dictadores. La política seguida por las democracias occidentales desde 1935 a 1939 se ha conocido desde entonces con el nombre de «política de apaciguamiento». La diplomacia desplegada por esos países durante la guerra civil española es, tal vez, el ejemplo particular más notorio de la política así llamada. Estados Unidos había seguido el liderazgo anglo-francés en la cuestión española pero, a mediados de 1938, el presidente Roosevelt y en Gran Bretaña el disidente tory (conservador) Winston Churchill



Margaret Thatcher.



Lech Walesa.







Olof Palme.

Clement Attlee.





Willy Brandt.



Helmut Schmidt.



Helmut Kohl.







Mário Soares.

Adolfo Suárez.



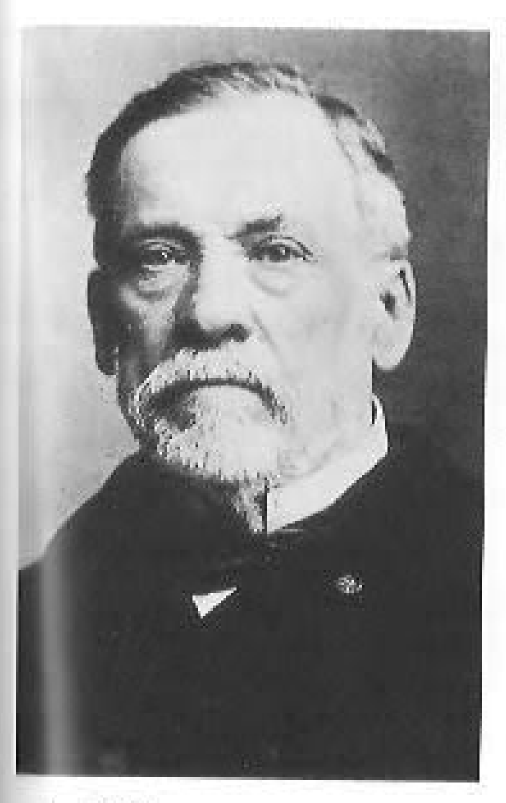
Sandro Pertini.



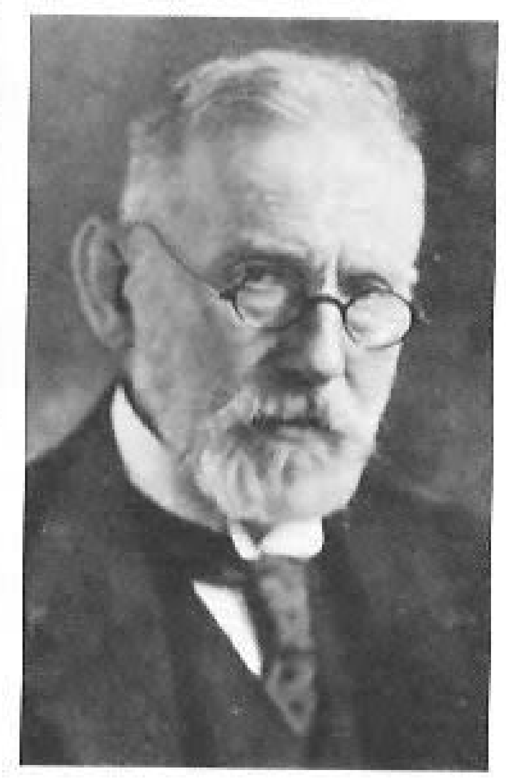
Felipe González.







Louis Pasteur.

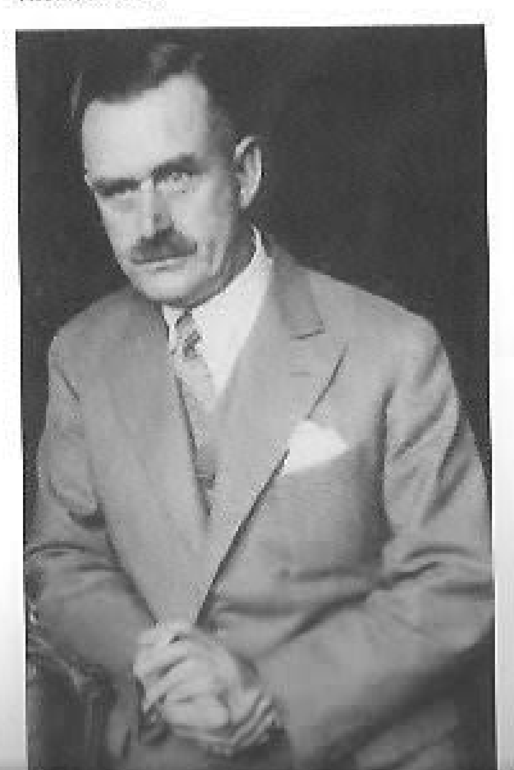


Paul Ehrlich.



Michel Foucault.

Thomas Mann.



Romain Rolland.



Jean-Paul Sartre.



Martin Heidegger.

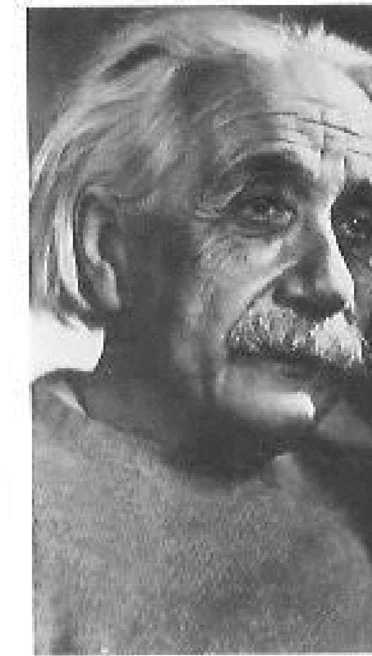


Oswald Spengler.





Max Planck.



Albert Einstein.



Marie Curie.

Niels Bohr.



lamentaban el apoyo a la política de no intervención y esperaban que la República española pudiera continuar la resistencia contra las fuerzas combinadas del general Franco, Italia y Alemania.

Otra prolongada crisis diplomática iba a proporcionar la última oportunidad para desarrollar una política colectiva de seguridad que salvara a Europa de una guerra generalizada. En marzo de 1938 Hitler amedrentó al último canciller de la Austria independiente, quien permitió que los nazis ocuparan el país sin ofrecer resistencia militar. Luego anunció que las terribles vejaciones que, supuestamente, estaba sufriendo la minoría alemana en Checoslovaquia debían terminar con la liberación de los Sudetes —zona del norte checoslovaco poblada en gran parte por alemanes— del dominio del Estado checoslovaco.

En ese momento Francia y la Unión Soviética que, cada una por su cuenta, habían firmado tratados de defensa mutua con Checoslovaquia anunciaron calladamente que harían honor a esos tratados si Checoslovaquia era atacada. Sin embargo, el primer ministro británico Neville Chamberlain rechazó explícitamente en el Parlamento brindar ayuda británica a Francia en el caso de que Alemania agrediera a Checoslovaquia.

Hitler no tardó en aprovechar la ocasión. Las elecciones municipales en las provincias de los Sudetes debían celebrarse el 22 de mayo. El 24 de abril el Partido Alemán de los Sudetes dirigido por Konrad Henlein —después de una visita muy bien publicitada de Henlein a Berlín— abrió su campaña con el anuncio del «Programa de Karlovy Vary», que exigía el completo autogobierno de la zona de los Sudetes. Los consejeros nazis orquestaron las manifestaciones callejeras y los chantajes, que habían caracterizado las elecciones de 1932 en la misma Alemania. El ejército alemán —por casualidad— hizo maniobras cerca de la frontera checoslovaca el día de las elecciones, maniobras a las cuales respondió el ejército checoslovaco con la movilización parcial. Llegados a ese punto, Chamberlain advirtió a Hitler que Gran Bretaña podría verse envuelta en el conflicto en caso de que hubiera guerra. Hitler le ordenó a Henlein que moderara su tono. De cualquier manera, para entonces, el partido de Henlein había reemplazado por completo a los demás partidos alemanes de los Sudetes, que representaban a la minoría alemana en la política parlamentaria checoslovaca desde 1919. Obtuvo el 80% de

los votos emitidos el 22 de mayo y convirtió la victoria en exigencias inmediatas que, de hecho, habrían expulsado a todos los funcionarios civiles y policías checoslovacos de los Sudetes y desmembrado el Estado existente. Pero al igual que el ultimátum enviado por Austria a Serbia en 1914, las exigencias pretendían ser inaceptables, puesto que Hitler no esperaba más que una excusa para invadir Checoslovaquia.

Ante la nueva situación, Chamberlain advirtió a los franceses que su aliado checoslovaco tendría que hacer las concesiones que fueran necesarias con el fin de satisfacer las exigencias del señor Hitler. Después envió a un amigo personal, lord Runciman, para que actuara como mediador y diera de facto la independencia a los alemanes de los Sudetes, con la pretensión de evitar la guerra. Pero Hitler quería una victoria militar y Henlein tenía órdenes de no aceptar ningún compromiso que los checoslovacos ofrecieran. Después de que le hubieran rechazado tres borradores de propuestas, el negociador checo —en presencia de lord Runciman— puso al descubierto el objetivo nazi: entregó una hoja de papel en blanco, firmada, en la cual el pequeño führer Henlein se negó a escribir nada.

Runciman hubo de admitir el fracaso de una «mediación» que había durado un mes. Era la semana del Congreso anual del Partido Nazi en Nuremberg. En el podio, ante la multitud de tropas de asalto y de unidades de las SS, Hitler aulló sus fieras denuncias sobre las intolerables provocaciones de los checos. Simultáneamente los seguidores de Henlein organizaron disturbios en los Sudetes. Checoslovaquia decretó la ley marcial y Henlein huyó a Alemania. Durante unos días pareció que David había desafiado con éxito a Goliat. Pero el 15 de septiembre el primer ministro Chamberlain voló a Berchtesgaden para encontrarse con el Führer —según le resultaba más cómodo al último—, dispuesto a aceptar un mapa en el cual las zonas limítrofes habitadas por alemanes, junto con el mejor sistema de fortificación de la Europa continental, serían anexadas a Alemania. El 22 de septiembre, Chamberlain voló a Godesberg con la intención de firmar los protocolos. Pero se encontró con que el señor Hitler había hecho un nuevo mapa, que incluía muchas zonas indiscutiblemente checas. El indignado primer ministro se sintió traicionado e informó al gobierno checoslovaco de que no se

opondría a la movilización, movilización que se decretó al día siguiente.

Sin embargo, nadie —excepto Hitler— quería la guerra. Los atemorizados gobiernos de Italia y Francia recurrieron a sus buenos oficios para calmar al dictador alemán, hasta el punto de que aceptó una conferencia de las cuatro potencias, que se reuniría el 28 de septiembre en Munich. Los soviéticos —que no habían sido consultados— aseguraron a Checoslovaquia que harían honor al tratado de defensa mutua. Para los acosados checos, el valor de esa promesa era dudoso porque ni Polonia ni Rumanía estaban dispuestas a permitir que tropas soviéticas cruzaran su territorio para poder llegar a Checoslovaquia.

Entre el 28 y el 30 de septiembre Gran Bretaña y Francia obligaron en Munich a Checoslovaquia —que ni siquiera estuvo presente en la mesa de negociaciones— a ceder toda la zona de los Sudetes, como quería Hitler. El único Estado democrático que quedaba en Europa central fue desmembrado con el consentimiento de las potencias democráticas occidentales, en nombre de exagerados y falsos agravios étnicos. La moral del gobierno y del ejército checoslovaco se quebró. Cientos de alemanes antinazis de los Sudetes huyeron a Praga. Occidente había celebrado que Checoslovaquia hubiera hecho frente a Hitler con las movilizaciones parciales del 24 de mayo y 24 de septiembre. Pero en Munich sacrificaron a ese mismo valeroso pueblo para apaciguar a Hitler, en vez de reforzar la seguridad colectiva contra sus agresiones llegando a un entendimiento con la Unión Soviética.

Nunca han estado más claras las intenciones de un agresor ni las especulaciones equivocadas de las potenciales víctimas que en la crisis checoslovaca de 1938. Todo el mundo, menos Chamberlain, se dio cuenta de la oportunidad que se le ofrecía a Hitler de apretar más y más las tuercas con sus aterrorizantes amenazas. Pero Chamberlain era el primer ministro de la más poderosa de las potencias democráticas, y tanto la opinión pública francesa como la británica estaban tan atemorizadas con la posibilidad de una guerra generalizada, que celebraron los resultados de su gestión diplomática. El pueblo alemán también estaba asustado y un sector de los militares consideró la posibilidad de dar un golpe contra Hitler si occidente se ponía firme. Pero

Hitler jugó audazmente con las divisiones internas entre sus opositores y les ganó.

Hay que reconocer que la propaganda nazi entre los años 1935 y 1938 había caído en terreno abonado. El partido nazi dirigido por Henlein —en elecciones libres— suplantó por completo a los partidos parlamentarios alemanes de los Sudetes como la «voz» de la minoría alemana. Cualquier error diplomático o psicológico del funcionariado civil checoslovaco en su trato con la población de los Sudetes desde 1919 fue exagerado con mucha habilidad. Al mismo tiempo, a mediados de los años treinta, las numerosas quejas presentadas ante la Liga de las Naciones en favor de las minorías étnicas de toda Europa central habían predispuesto a muchos políticos occidentales a creer que los Estados multinacionales no tenían ninguna posibilidad de sobrevivir en paz.

El Pacto de Munich quebró también la moral de la República española porque puso en evidencia que las potencias democráticas no se opondrían ni siquiera a que los nazis destruyeran directamente a una nación soberana y, mucho menos, a la intervención limitada que venían practicando desde agosto de 1936. Los líderes franceses no se habían hecho ilusiones con el Pacto de Munich ni siquiera en el momento de firmarlo. En cuestión de pocas semanas también Chamberlain estaba del todo decepcionado con el señor Hitler. Gran Bretaña y, en menor grado, Francia continuaron sus programas de rearme a fines de 1938. En marzo de 1939 Hitler ocupó todo el territorio de Checoslovaquia y estableció un gobierno títere eslovaco en la zona eslovaca. De ese modo demostró el absoluto desprecio que sentía por los solemnes acuerdos firmados por él seis meses antes. Ese mismo mes, el general Franco completó su conquista de la España republicana.

Hitler dedicó entonces su perversa oratoria a Polonia y denunció los intolerables sufrimientos de la población mayoritariamente alemana de la ciudad de Dantzig. Incluso Chamberlain dudó de que el apaciguamiento pudiera volver a funcionar. Durante los meses de primavera y verano, los diplomáticos británicos, franceses y soviéticos llevaron adelante conversaciones con el objeto de llegar a un acuerdo pensando, al fin, en la seguridad colectiva. Pero por la época de Munich —y probablemente antes—, Stalin había tomado conciencia de que uno de los objeti-

vos no reconocidos de la política de apaciguamiento era darle a Hitler la señal de que podía atacar la Unión Soviética sin molestar en exceso el sueño de los estadistas occidentales. Era una simple cuestión de sentido común sondear a los alemanes para saber si dos supuestos enemigos ideológicamente irreconciliables podrían encontrar la manera de hacer acuerdos mutuos ventajosos para ambos.

En toda la confrontación entre fascismo, comunismo y democracia, el fascismo había sido siempre el agresor. Desde 1917 hasta 1934 los comunistas habían volcado su rencor contra la democracia capitalista y considerado el fascismo una mera «última etapa» del capitalismo. La consolidación de la dictadura de Hitler, el heroísmo de los obreros vieneses en febrero de 1934 y de los mineros asturianos en octubre del mismo año hicieron que revisaran sus previsiones de futuro. Entretanto, Mussolini había sido sustituido por Hitler como el más poderoso de los líderes fascistas. Los dos países —Italia y Alemania— estuvieron sin duda alguna tanteando la voluntad de las potencias occidentales para resistir la agresión durante las crisis de Etiopía, España y Checoslovaquia.

En las democracias y, en especial, en Gran Bretaña, los gobiernos, los banqueros y los empresarios más influyentes eran por supuesto mucho más anticomunistas que antifascistas. En general las clases medias estaban muy divididas en lo que se refería a la propaganda fascista y comunista. La clase obrera y los intelectuales eran decididamente antifascistas y se inclinaban por dar a la Unión Soviética el beneficio de la duda tanto en política interna como internacional. Consideraban que el régimen nazi era una vuelta a la Edad Media (calificando así de malévolos a numerosos príncipes, cuyos regímenes no habían sido ni remotamente tan brutales como el de Hitler).

Las sangrientas purgas de Stalin y el creciente dominio del Partido Comunista en la España republicana habían generado en todas partes dudas inevitables sobre las intenciones de los comunistas. Al mismo tiempo era cada vez más evidente que las potencias fascistas sólo podían ser contenidas si había un acuerdo básico entre soviéticos y occidentales en lo que concernía a detener la agresión fascista. En general la izquierda democrática prefería la cooperación con los soviéticos; la derecha prefería

apaciguar a Hitler, con la esperanza de que apuntara sus armas hacia el este. A fines de 1938, los acontecimientos de España y Checoslovaquia parecían consagrar la victoria de los fascistas sin que les hubiera costado mayor derramamiento de sangre (en España hubo algunos miles de bajas italianas y alemanas).

Desgraciadamente también es verdad que, aunque las potencias occidentales hubieran tenido líderes menos proclives a apaciguar a los dictadores fascistas, las tácticas políticas de fascistas y comunistas ponían a los políticos democráticos ante un dilema sin resolver. ¿Cómo podían las sociedades constitucionales democráticas protegerse de movimientos que utilizaban técnicas constitucionales para destruir la libertad? La democracia es en gran parte cuestión de gobernar dialogando. Puede tolerar un considerable grado de estupidez y corrupción, pero su supervivencia depende siempre de la predominante honestidad y de las predominantemente decentes intenciones de quienes están en el poder.

Mussolini consolidó su dictadura de manera tan gradual, que el pueblo italiano no habría tenido nunca la menor ocasión de detenerlo si hubiera querido hacerlo. Hitler anunció de antemano que no habría más elecciones después de las de marzo de 1933, pero ya se había hecho legalmente con el poder cuando lo dijo. Los partidos comunistas de la época de los frentes populares sabían muy bien que eran partidos minoritarios pero, de alguna manera, se convencieron a sí mismos de que eran una vanguardia sabia y benévola. Pudieron haber creído de buena fe que conseguirían convencer a sus socios pero, con frecuencia, manipularon o simplemente pasaron por encima de los deseos expresados de forma democrática por los otros partidos de los frentes populares. Y nunca reconocieron el hecho obvio de que sus políticas estaban determinadas por la «línea» marcada por Moscú.

Por lo tanto, el fracaso de las democracias para atajar las agresiones internacionales del fascismo no fue sólo un fracaso de entendimiento, temple, lentitud en la recuperación económica o lentitud en el rearme. Fue también un dilema político y técnico, es decir, el de cómo vérselas con partidos que reclamaban todos los derechos de la democracia, con el propósito de destruirla. Fue el problema de los años treinta y también el que tuvieron que enfrentar después de la victoria aliada en la segunda guerra mundial. Y hoy sigue siendo un problema potencial.

CAPÍTULO 8

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, 1939-1945

A fines de marzo de 1939 Hitler había completado la destrucción de Checoslovaquia. Su aliado menor, el general Franco, había completado su victoria sobre la República española con la ocupación de Madrid. Las tropas italianas y alemanas podían ser repatriadas para emplearlas en otras aventuras fascistas. El 7 de abril Mussolini invadió Albania sin informar a Hitler (que había ocupado Praga el 15 de marzo sin notificarlo a Mussolini).

El 31 de marzo, por su parte, Gran Bretaña ofreció garantías formales a Polonia. Además, en las semanas siguientes el gobierno de Chamberlain decretó, por primera vez en la historia británica, el reclutamiento en tiempos de paz y también ofreció garantías a Rumanía y Grecia. El 3 de mayo Stalin sustituyó al ministro de Relaciones Exteriores Maxim Litvínov que había sido portavoz de la cooperación con la Liga de las Naciones y, en ese momento, de la seguridad colectiva. Su sucesor Viacheslav Molótov era uno de los pocos «viejos bolcheviques» verdaderamente hábiles, a quien Stalin había exceptuado de las purgas de 1936-1938. En el transcurso del verano Francia y Alemania reforzaron sus guarniciones, dotando de personal a sus fuertes de las líneas defensivas, las llamadas líneas Maginot y Sigfrido.

No cabía duda de que, si bien no se habían repudiado abiertamente ni la política de apaciguamiento ni la de la seguridad colectiva, ninguna de las dos eran ya las líneas maestras de la política de las potencias occidentales ni de la Unión Soviética respectivamente. Hitler estaba, a su vez, listo para provocar la

guerra con su siguiente agresión, pero quería estar seguro de no cometer el error estratégico de abrir dos frentes, un error que había resultado fatal para las ambiciones de Alemania en 1914. De modo tal que, mientras fulminaba a los polacos, recibía de buena gana los sondeos secretos que le hacía la Unión Soviética, su tan de antiguo proclamada principal enemiga.

Los gobiernos británico y francés no podían concebir la posibilidad de una alianza entre las dos ideologías más contrarias del mundo. Sin apresurarse enviaron una misión de bajo nivel diplomático a Moscú para discutir acuerdos defensivos contra Hitler. La misión no podía considerar en serio las demandas de la Unión Soviética con respecto a establecer un protectorado militar en las repúblicas bálticas. Tampoco estaba dispuesta a presionar al gobierno polaco para que autorizara el paso de tropas soviéticas en caso de guerra. Entretanto, a fines de julio, el señor Hitler —dispuesto como siempre a firmar acuerdos que no tenía ninguna intención de cumplir— decidió llegar a un entendimiento con la Unión Soviética que le permitiera tener las manos libres para actuar en el resto de Europa.

El 23 de agosto de 1939 el dictador soviético —con su pipa y su expresión benévola—, el ministro de Relaciones Exteriores de Alemania Joachim von Ribbentrop —con su amplia sonrisa y su aspecto de ario puro— y Molótov —con su cara hosca— anunciaron la firma de un tratado de no agresión entre sus dos gobiernos, amantes de la paz. Hitler tenía las garantías que necesitaba antes de lanzar la invasión a Polonia. Los gobiernos apaciguadores se quedaron solos para enfrentarse con Alemania. Y los partidos comunistas del mundo entero necesitaron entre una semana y un mes —según la personalidad de sus dirigentes— para descubrir que la guerra que se avecinaba era una guerra entre «imperialistas».

La segunda guerra mundial empezó, pues, con la humillación diplomática de las potencias democráticas —una obra maestra de calculada hipocresía del señor Hitler—, la renuncia a la seguridad colectiva por parte de la Unión Soviética y la confusión/desmoralización de una parte considerable de la izquierda democrática, que había admirado la postura soviética durante la guerra civil española y la crisis de Checoslovaquia.

En la primera fase de la guerra, desde septiembre de 1939

a junio de 1941, el triunfo de los alemanes en el continente europeo fue espectacular, pero fallaron en su intento de derrotar a Gran Bretaña o de forzarla a aceptar una paz impuesta por Alemania. Los alemanes intentaron también forzar por hambre a Gran Bretaña con la guerra submarina. Igual que en la primera guerra mundial lograron infligir tremendas pérdidas a la marina mercante británica. Pero hacia el verano de 1940 el presidente Roosevelt (que había sido secretario asistente de la marina de Estados Unidos durante la primera guerra mundial) ya colaboraba con el primer ministro Churchill (primer lord del Almirantazgo durante la misma guerra) suministrando destructores norteamericanos fuera de servicio y las últimas técnicas para detectar los movimientos de los submarinos. Además, astilleros estadounidenses construían cargueros con más rapidez de la que tardaban en hundirlos los submarinos alemanes.

En cambio en la guerra terrestre los alemanes tardaron menos de un mes en destruir al ejército polaco, en septiembre; unas cuantas horas para ocupar Dinamarca; y pocas semanas para derrotar a Noruega en abril de 1940. El 10 de mayo un esfuerzo chapucero de la armada británica para acudir en defensa de Noruega condujo a la renuncia de Chamberlain y al nombramiento de Winston Churchill como primer ministro. En esa misma fecha, por pura coincidencia, los alemanes lanzaron su ataque en el oeste y, en escasas cinco semanas —entre el 10 de mayo y el 15 de junio—, derrotaron a Holanda, Bélgica, Francia y a las tropas expedicionarias británicas, que formaban una parte importante de las fuerzas defensivas franco-belgas.

La victoria sobre Polonia demostró la efectividad de los tanques alemanes y de los bombarderos, que operaban en campo abierto, contra un ejército formado por una infantería no mecanizada y por tropas de caballería tradicional. Las unidades de tierra polacas fueron simplemente cercadas y pulverizadas por tropas móviles que se colaban a través de las brechas abiertas por los tanques. Con los famosos bombarderos en picado Stuka, los alemanes destruyeron en tierra a la pequeña fuerza aérea polaca, destrozaron las pocas carreteras pavimentadas y aterrorizaron a la población civil de las ciudades. Sólo en la ciudad de Varsovia pudo el ejército defensor ofrecer una resistencia calle por calle y casa por casa, que retrasó la rendición unos diez días.

El pacto de no agresión soviético-alemán del 23 de agosto incluía cláusulas secretas según las cuales los signatarios se repartirían Polonia y las repúblicas bálticas entre ellos. El 17 de septiembre el Ejército Rojo se trasladó hacia las provincias orientales de Polonia, en su mayor parte a Ucrania y Bielorrusia, que habían sido cedidas a la Unión Soviética. Como era natural la acción confirmó la inutilidad de la resistencia polaca, pero la sorpresa y la velocidad del asalto inicial alemán desde el oeste habría destruido Polonia en un mes aunque los soviéticos no hubieran participado.

Las victorias sobre Dinamarca y Noruega requieren poca explicación. Los dos eran pequeños países neutrales, que habían hecho lo imposible por no irritar a los nazis y cuyas poblaciones eran de raza abrumadoramente «aria». Después de la primera guerra mundial muchos escandinavos ayudaron a familias alemanas a recobrarse de la casi inanición a la cual las habían sometido los años de bloqueo. Las tropas alemanas que invadieron esos países estaban dirigidas por soldados criados en casas adoptivas danesas o noruegas al principio de los años veinte; pasaban las vacaciones en playas danesas o practicaban esquí en las montañas noruegas. Por lo tanto conocían las zonas que iban a ser ocupadas.

El Führer había demostrado en muchas ocasiones cómo puede la traición conducir al éxito. Muchos de esos jóvenes parecían creer que, de verdad, serían bien recibidos por sus antiguos huéspedes. La armada alemana fue barrida de los mares abiertos en los primeros meses de la guerra. Al preparar los desembarcos en Noruega, Hitler tuvo la oportunidad de probar su capacidad de engaño, atracando barcos en puertos noruegos con misiones «pacíficas» para luego, el 9 de abril, descargar unidades militares móviles. Durante el breve período de los combates probó también su eficiencia en la escolta de barcos cargados de tropas a través del indiscutido Báltico.

En la victoria conseguida con cinco semanas de *Blitzkrieg* sobre Europa occidental, los alemanes utilizaron las mismas tácticas de recurrir a los tanques y a la fuerza aérea que tan buen resultado les dieran en Polonia. Los holandeses fueron neutrales en la primera guerra mundial y sus reducidas guarniciones se vieron superadas en un par de días. Abrir los diques no tuvo más que un breve efecto dilatorio sobre los blindados alemanes. Francia de-

pendió estratégica y psicológicamente de la construcción de la línea Maginot durante los años transcurridos entre las dos guerras. Como Bélgica confiaba en mantener su neutralidad a costa de no provocar a la renaciente Alemania, la línea Maginot no se extendió hasta ese país.

Bélgica resistió dos semanas pero, sin verdaderas fortificaciones ni defensa coordinada alguna por parte de los aliados, los tanques y bombarderos alemanes repitieron sus éxitos de Polonia. A fines de mayo habían cercado a las unidades británicas del oeste de Bélgica y del norte de Francia. Aunque parezca increíble, los estados mayores británico y francés no habían llegado a ningún acuerdo preciso sobre el terreno con respecto a los objetivos de la guerra ni con respecto a las responsabilidades específicas de la defensa durante los meses de lo que se llamó la «guerra grotesca», entre octubre de 1939 y mayo de 1941.[1] Por lo visto contaban con la línea Maginot para desalentar el ataque de Hitler, si no quería verse envuelto en una guerra de desgaste al estilo de la de 1915-1918. Nunca se sabrá si las fortificaciones francesas habrían podido proporcionar una defensa efectiva porque los alemanes las flanquearon limpiamente, pasando por encima de Holanda y Bélgica. A los pocos días de iniciada la ofensiva alemana, la derrota de los ejércitos belga y holandés era obvia. Los comandantes de campo británicos y franceses empezaron a multiplicar los llamados pidiendo más tropas y suministros, acordando reuniones de estrategia conjunta, a las cuales muchos de los oficiales convocados no pudieron o no quisieron acudir, dispuestos a culparse unos a otros por la predecible derrota de sus divisiones.

El comando naval francés anunció que no estaba preparado para evacuar a los británicos; los británicos querían que los franceses atacaran la línea Sigfrido para reducir la presión sobre sus tropas en Flandes; y los dos comandos se encontraron con que muchas de sus líneas telefónicas ya habían sido cortadas. Las tropas cercadas de ambos países se retiraron hacia el puerto de Dunkerque. Los franceses se quejaban de que los británicos destruyeran el equipo pesado en las playas y de que evacuaran

1. John Cairns, «Great Britain and the Fall of France», *The Journal of Modern History*, diciembre, 1955, pp. 365-409.

los puestos de defensa municipal, mientras ellos tenían órdenes de seguir luchando. Ayudados por un tiempo nuboso, los británicos se las arreglaron para evacuar a unos 350 000 soldados —con parte de su equipo ligero—, antes de que el 4 de junio llegaran los alemanes.

La Wehrmacht ya estaba en condiciones de trasladarse rápidamente a París. Las carreteras del norte de Francia estaban atascadas por automóviles, carros y bicicletas de los civiles holandeses y belgas que huían del invasor. No cabe duda de que ese tráfico de refugiados entorpeció la velocidad del avance de las columnas motorizadas más que la escasa resistencia de las unidades militares. Los bombarderos Stuka lanzaban explosivos y ametrallaban a los civiles que huían, igual que habían hecho en el País Vasco, en Cataluña y más tarde en Polonia. Los franceses solicitaron un armisticio el 15 de junio, pero los alemanes tardaron una semana en contestar para poder ocupar por completo la mitad norte de Francia y tomar aproximadamente dos millones de prisioneros de guerra. Hitler exigió que el armisticio fuera firmado en el mismo vagón de ferrocarril donde los alemanes habían firmado su rendición en 1918. En esta segunda ocasión, Hitler daba brincos de alegría como un chiquillo alborozado.

El gobierno francés no podía estar más desorganizado ni desmoralizado. El gabinete de Churchill hizo en el último momento una desesperada propuesta de unificación al gobierno de Paul Reynaud, que había intentado continuar la lucha durante los primeros días de junio. Pero Reynaud renunció el 16 de junio a favor del mariscal Pétain. Y el gobierno francés, que había huido de París a Burdeos, rechazó la oferta británica. Las condiciones de Alemania incluían la cláusula de que Francia se dividiera en dos zonas: la zona norte más la costa atlántica, que sería directamente ocupada por Alemania; y la zona interior del sur, gobernada por lo que quedaba del Estado, cuyo presidente sería el mariscal Pétain.

En su investidura como jefe de Estado en Vichy —el 12 de julio—, la misma Cámara de Diputados elegida en 1936, la que había legislado las reformas del programa del Frente Popular, apoyó la concesión de plenos poderes al héroe de Verdún por 569 votos contra 80. De los 80 que votaron en contra, 73 diputados pertenecían a partidos que habían formado parte del Frente

Popular. Pero de los 152 diputados socialistas presentes, 83 votaron por Pétain. La abrumadora rapidez de la victoria alemana hizo psicológicamente imposible concebir una resistencia sistemática contra los conquistadores. Los comunistas eran por fuerza «neutrales», en vista del pacto nazi-soviético. La izquierda democrática estaba tan desmoralizada como el resto del pueblo francés.

La velocidad de la victoria sorprendió a los mismos alemanes. No tenían medios ni plan detallado alguno para invadir Gran Bretaña. Desde fines de julio hasta mediados de septiembre trataron de acabar con la resistencia británica desde el aire. Pero sus bombarderos eran lentos y vulnerables ante los aviones de combate británicos, cualitativamente superiores, cuyas tripulaciones —además de estar más motivadas— estaban tan bien adiestradas como las del enemigo. Por añadidura los alemanes no podían decidir en dónde concentrar sus esfuerzos: ¿en los aeropuertos, en los muelles de embarque, en las estaciones de radar, en las fábricas, en los centros de población civil? Hacia el 15 de septiembre —después de haber perdido más de mil doscientos aviones—, Hitler detuvo los ataques aéreos masivos. Los británicos habían perdido más de setecientos cazas. Jamás tanta gente le debió tanto a tan pocos, como dijo el primer ministro Churchill en el homenaje a la Real Fuerza Aérea.

En sus fases europeas la segunda guerra mundial fue decididamente la guerra de Hitler. En repetidas ocasiones les había dicho a sus generales y a sus más íntimos camaradas del partido que Alemania tenía que conquistar Europa y, por razones demográficas y estratégicas, el momento óptimo para completar esa tarea sería el año 1943. Él era el único que tomaba todas las decisiones: ayudar al general Franco, ocupar Austria, destruir Checoslovaquia, hacer un acuerdo temporal con Stalin, atacar Polonia aun a riesgo de desencadenar una guerra generalizada, ocupar Dinamarca, Noruega y Europa occidental.

Pero Hitler no era un gobernante sistemático. Confiaba en su intuición, incluso cuando se trataba de la capacidad y la lealtad de docenas de subordinados militares y civiles. Desde 1934 hizo del rearme el centro de su política industrial y de empleo. Favoreció el desarrollo de la fuerza aérea y el uso de los tanques como punta de lanza para el avance de la infantería. También se

ocupó del acopio de metales estratégicos y de combustible. En cambio nunca centralizó la adquisición de bienes manufacturados ni su distribución. Y no parecía preocuparle la constante rivalidad entre los intereses militares e industriales. Otra de sus intuiciones era la de lograr que cada campaña militar fuera breve y decisiva. Por lo tanto uno de los principales resultados de sus ideas y de la administración no sistematizada fue que sus ejércitos tuvieran una excelente preparación para campañas *breves* y, entre septiembre de 1939 y junio de 1940, el curso de la guerra pareció reivindicar sin sombra de duda su «genialidad» como estratega militar.

Lejos de los principales escenarios de los combates hubo varios acontecimientos importantes durante el tiempo transcurrido entre la *Blitzkrieg* de mayo-junio de 1940 y la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941. Antes de la invasión de Polonia, Mussolini le había dicho a Hitler que Italia no estaba lista para combatir de inmediato en Europa. Sin embargo, para no perder la ocasión de aprovechar los despojos de la conquista de Francia, le declaró la guerra el 10 de junio. Los soviéticos —también sorprendidos y preocupados por la rapidez de las victorias de Hitler— ocuparon las repúblicas bálticas y Besarabia en la segunda quincena de junio. El 7 de octubre Hitler ocupó los campos de petróleo de Rumanía, asegurándose así el futuro suministro de combustible y notificando a la Unión Soviética que Rumanía seguiría estando en la esfera de influencia de Alemania. El 28 de octubre Mussolini —que había ocupado Albania sin mayores tropiezos— invadió Grecia, donde encontró fuerte resistencia y tuvo necesidad de recurrir a la ayuda de Alemania.

También fue en octubre cuando el Führer honró al mariscal Pétain y al general Franco con encuentros que pretendían consolidar su cooperación con el Nuevo Orden que, en ese momento, estaba improvisando. Franco explicó que España estaba demasiado exhausta para ofrecer cooperación militar contra Gibraltar y otros objetivos del Mediterráneo. Hitler contó a sus amigos que prefería que le extrajeran una muela a tener que pasar por otra entrevista con su aliado español. Con el mariscal Pétain estuvo circunspecto. Había impuesto inmensos costos diarios de ocupación a Francia, pero quería hablar en términos de colaboración, con la esperanza de que la armada francesa y

las guarniciones coloniales francesas no se pasaran a los británicos.

En 1941 tropas alemanas —llamadas en auxilio de su aliado italiano— ya amenazaban a las colonias del norte de África y a los mandatos británicos y franceses de Oriente Medio, mandatos concedidos por la Liga de las Naciones. Pero, en esa ocasión, fueron derrotadas por el momento. En el decisivo teatro de operaciones europeo fue mucho más importante el hecho de que, a principios de 1941, Hitler planeara un ataque sorpresivo a la Unión Soviética. Estaba acopiando alimentos y materias primas en los países que había ocupado en 1940, como así también los que consiguió de los condescendientes y atemorizados gobiernos de Eslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria. El recuerdo del bloqueo de la primera guerra mundial y el complaciente convencimiento de la superioridad de la raza alemana hicieron que Hitler dedicara grandes esfuerzos a lograr que su pueblo estuviera bien alimentado.

Se había asegurado asimismo un tratado de cooperación con Yugoslavia, que incluía el derecho a transportar tropas a través de ese país con destino a Grecia. La élite serbia y la población en general sentían que el tratado convertía a su patria en virtual colonia alemana. El 6 de abril un levantamiento militar obligó a renunciar al gabinete de Belgrado. La represalia alemana fue instantánea y aplastante: Yugoslavia fue ocupada por Alemania e Italia; los británicos fueron expulsados de Grecia (donde habían desembarcado para ayudar en la guerra contra Mussolini); y se produjo la espectacular ocupación de Creta, llevada a cabo por tropas alemanas aerotransportadas.

Entretanto los soviéticos continuaban cumpliendo puntualmente sus obligaciones comerciales, según establecía el pacto de agosto de 1939. Por razones todavía desconocidas (tal vez relacionadas con las patológicas sospechas que le inspiraba Occidente), Stalin no prestó atención a las advertencias que le habían hecho sobre los preparativos alemanes para invadir la Unión Soviética. Los fulgurantes éxitos de Yugoslavia y Creta confirmaron la elevada moral y la competencia militar de Alemania. Y confirmaron también que la economía alemana disponía de los recursos a la vez de Europa y de su «aliado» soviético.

El 22 de junio Hitler lanzó la «operación Barbarroja».

Aproximadamente cuatro millones de hombres, tres mil trescientos tanques y cinco mil aviones atacaron a lo largo de la frontera estipulada en septiembre de 1939, que separaba la zona polaca ocupada por los alemanes de la zona polaca ocupada por los soviéticos.[2]

Hitler anticipaba una campaña de dos a tres meses y no había suministrado a sus tropas ropas de invierno. Lo cierto es que, a fines de octubre, la Wehrmacht había ocupado toda Ucrania y Bielorrusia, amenazaba a Rostov en el sur y había avanzado hasta encontrarse a unos veinte kilómetros de Moscú y Leningrado. Los alemanes habían hecho casi cuatro millones de prisioneros, destruido alrededor de dos mil aviones, catorce mil tanques y variedad de vehículos militares.

Muchas autoridades de granjas municipales y colectivas recibieron de buena gana a los invasores, como potenciales libertadores del sistema soviético dominado por Rusia. Pero los soldados alemanes no podían ocultar su desprecio racista por una población que, sin duda, estaba acostumbrada a un nivel de vida muy inferior al de ellos. Se enemistaron en seguida con los vecinos de los pueblos por la masiva confiscación de alimentos, los fusilamientos en represalia ejecutados a sangre fría a la menor señal de falta de colaboración y la crueldad del trato impuesto a los prisioneros de guerra.

Mientras tanto las autoridades de Moscú apelaban al patriotismo de todos los pueblos soviéticos para salvar a la patria del bárbaro invasor. Los conceptos de defensa soviéticos siempre habían incluido planes para evacuar a ciudades de Siberia las fábricas situadas en Ucrania y Crimea. Los obreros industriales y ferroviarios se las arreglaron para desmantelar y transportar con éxito una vasta cantidad de equipos valiosos. Las gentes de Moscú y Leningrado se apresuraron a colaborar con el Ejército Rojo en la construcción de trincheras y trampas de tanques en los suburbios de las zonas urbanas. Los alemanes fueron incapaces de decidir si le daban prioridad a Moscú o a Leningrado; el re-

2. Para cifras y estadísticas me he atenido (a menos que se indique lo contrario) a Franck B. Tipton y Robert Aldrich, *An Economic and Social History of Europe from 1939 to the Present*, Johns Hopkins University Press, 1987, y *The Longman Handbook of Modern European History*, 2.ª ed., 1992.

sultado fue que no pudieron tomar ninguna de las dos ciudades antes de que los pillara el invierno y se vieran forzados a suspender las ofensivas.

Según los fidedignos diarios de su fiel ministro de Propaganda Joseph Goebbels, Hitler dijo en marzo de 1942 que no quería volver a ver nieve nunca más. A pesar de todo la Wehrmacht logró un moderado éxito en la ofensiva de verano que condujo el 2 de julio a la toma de Sebastopol y el 28 de julio a la de Rostov. Ésas iban a ser las últimas victorias. Sin tener en cuenta el cauteloso consejo de sus generales, Hitler insistió en tomar Stalingrado tanto por razones simbólicas como estratégicas. A fines de noviembre los ejércitos soviéticos consiguieron hacer una maniobra de cerco del tipo que hasta entonces había sido especialidad de los alemanes. A lo largo de diciembre la Wehrmacht intentó sin éxito quebrar el cerco. También inició la retirada de casi todas las posiciones más avanzadas de Crimea y el 31 de enero de 1943 el general Von Paulus —desobedeciendo las órdenes de Hitler— rindió lo que quedaba de su ejército hambriento y congelado de frío.

En 1943 los alemanes fueron forzados a abandonar poco a poco la mayor parte de sus posiciones en Rusia y Crimea. En el año 1944 a retirarse sin cesar de Ucrania, Bielorrusia y Polonia. El equilibrio de recursos, potencial humano disponible, liderazgo y moral se había deslizado de modo decisivo del bando alemán al soviético. Los tanques, morteros y camiones soviéticos no eran tecnológicamente tan avanzados como los de los alemanes, pero eran resistentes, efectivos y se produjeron en crecientes cantidades desde principios de 1942 en adelante. Los aviones de combate eran excelentes y la artillería incorporó el uso de cohetes, en cuyo desarrollo los científicos soviéticos habían trabajado sin descanso en los años treinta.

El gobierno británico había ofrecido una alianza inmediata y abrir un segundo frente a los pocos días del ataque alemán. Estados Unidos, arrastrado a la guerra por el ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 y también por la subsiguiente declaración de guerra de Hitler, incluyó a la Unión Soviética en el programa de «préstamo y arriendo». Estados Unidos se iba a convertir rápidamente en el «arsenal de la democracia», un arsenal capaz de suministrar armamento en cantida-

des que Alemania jamás podría intentar igualar a pesar de dominar por completo la «fortaleza de Europa». Según el *Pravda* del 11 de junio de 1944, hasta esa fecha Estados Unidos había proporcionado a la Unión Soviética 6 430 aviones, 3 734 tanques, 206 771 vehículos, 245 000 teléfonos, 5 500 000 pares de botas, 2 000 000 de toneladas de alimentos (latas de carne y leche en polvo sobre todo) e innumerable cantidad de municiones y explosivos de alto poder.

Una de las facetas más importantes de la guerra en Occidente fue la dependencia de los bombardeos estratégicos. Había numerosas razones para poner tanto empeño en el poderío aéreo. Una era la inmensa capacidad industrial de Estados Unidos para producir aviones y el combustible que necesitaban. Desde el punto de vista psicológico fue muy significativo que el papel de la aviación hiciera recuperar cierto grado de iniciativa individual y un sentido de heroísmo personal y de equipo, casi desaparecido ante la experiencia de combate de la infantería en la lucha de trincheras durante el estancamiento de las operaciones en la primera guerra mundial, y por completo inexistente en las desastrosas retiradas de mayo y junio de 1940.

Los bombarderos estaban equipados con una tripulación de cinco o seis hombres; los aviones de combate que los escoltaban por uno o dos. Las tripulaciones se entrenaban juntas, comían juntas, se alojaban juntas y constituían una rama de élite militar, separada del ejército de tierra y de las fuerzas de la marina. Los pilotos aprendían no sólo a controlar una máquina poderosísima sino a entender el uso de docenas de indicadores muy sutiles y bien afinados, que señalaban la velocidad, la presión del aire, la altitud, la temperatura, la presión del combustible, la disponibilidad de oxígeno, la forma de manejar productos químicos para extinguir el fuego, etcétera. Los pilotos habían hecho cursos intensivos de astronomía y cartografía; los artilleros estaban también entrenados en la lectura de mapas y eran expertos en el manejo de controles de precisión. Los pilotos de combate tenían que ser igual de aptos para controlar sus rutas de vuelo que para defenderse con ametralladoras. Por eso las fuerzas aéreas daban a sus hombres la sensación de estar desarrollando misiones aisladas, que exigían acciones de excepcional destreza con frecuencia heroicas.

En septiembre de 1939 los alemanes bombardearon sin piedad a los civiles en Polonia e hicieron documentales que, después, enseñaban con orgullo a la audiencia interna, más preocupada que entusiasmada ante la declaración de guerra de su Führer. A las sesiones fílmicas de sus embajadas invitaban a los representantes de sus aliados Italia y Eslovaquia, y a los de sus futuras víctimas, Dinamarca y Noruega. En mayo de 1940 destruyeron Rotterdam desde el aire como parte de su velocísima conquista de Holanda. Entre el 23 de agosto y el 15 de septiembre de 1940 trataron del mismo modo de destruir Londres con ataques aéreos nocturnos. El 14 de noviembre arrasaron la ciudad de Coventry con una combinación de bombas explosivas e incendiarias; el 29 de diciembre provocaron enormes incendios en el centro de Londres. Pero en el curso de 1941 los cargamentos de «préstamo y arriendo» y la posterior entrada de Estados Unidos en la guerra —después del ataque a Pearl Harbor (el 7 de diciembre de 1941)— permitieron a los aliados empezar a dar a los alemanes ocasión de probar su propia medicina.

A principios de 1942 los soviéticos presionaban por la apertura del prometido segundo frente. Los aliados renovaron sus garantías de hacer una invasión a través del canal de la Mancha para liberar Francia y los Países Bajos, pero no podían —ni lo hicieron— fijar una fecha. Hasta 1939 Gran Bretaña nunca había tenido servicio militar obligatorio y Estados Unidos tenía que empezar casi desde el principio para formar un ejército de tierra. Lo que sí podían hacer los aliados —mientras formaban sus ejércitos y creaban fuerzas de desembarco— era bombardear las industrias alemanas, las líneas ferroviarias y las bases militares. A lo largo de los años transcurridos entre 1942 y 1945 las fuerzas aéreas aliadas llevaron a cabo ataques aéreos masivos cada vez con mayor frecuencia sobre ciudades alemanas. Los británicos volaban casi siempre en misiones nocturnas y los aviones de Estados Unidos en misiones diurnas a una altura que se presumía estaba fuera del alcance de las baterías antiaéreas alemanas.

Los bombardeos estratégicos pretendían lograr dos objetivos principales: destruir las instalaciones militares enemigas y minar la moral de los civiles. Los aliados no hacían alarde de su capacidad para aterrorizar a la población civil, pero estaba muy

extendido el sentimiento de que a los alemanes había que darles una lección y que la destrucción de sus vidas y hogares era también un legítimo, incluso necesario, objetivo militar. Desde fines de 1941 hasta el final de la guerra unas 61 ciudades alemanas con más de cien mil habitantes fueron sometidas a bombardeos de «saturación». Las cifras estimadas incluían trescientos mil civiles muertos y siete millones de viviendas arrasadas.

En lo que se refiere a los bombardeos de instalaciones militares, fábricas, carreteras y líneas ferroviarias no hay cifras fiables cuantitativas que puedan ser registradas. El análisis de los daños provocados dependía de fotos tomadas a altitudes de entre diez mil y trece mil metros —a través del humo y la artillería antiaérea— de edificios que podían o no haber sido inutilizados y que podían o no albergar instalaciones militares; de líneas de transportes y comunicaciones que, sin duda, habían sido dañadas pero que en la mayoría de los casos eran rápidamente reparadas hasta donde fuera necesario para que siguieran en funcionamiento. A pesar del hecho de que la fuerza aérea alemana había sido por completo superada en número y capacidad de fuego en los últimos tres años de guerra, su artillería antiaérea forzó a los aviones aliados a volar más alto y a más velocidad, de modo que las bombas eran arrojadas con menos precisión de la deseada. La fuerza aérea alemana también se cobró un gran número de bajas en aviones derribados. De acuerdo con las estimaciones de un economista británico —citado por el famoso comentarista político francés, Raymond Aron—, los bombardeos aliados redujeron la producción alemana de armas en alrededor de un 2,5 % en 1942, un 9 % en 1943 y un 17 % en 1944.[3] No se pueden dar bases precisas de esas cifras, sobre todo en cuanto al decimal, pero es probable que sean indicativas como dato aproximado.

Desde el punto de vista psicológico, lo más importante de los bombardeos estratégicos era la proclamada efectividad y racionalización de la destrucción civil en una escala nunca vista en anteriores guerras europeas que, si bien era imposible de confir-

3. Raymond Aron, *The Century of Total War*, The Beacon Press, Boston, 1955, p. 40. El actual escepticismo del escritor con respecto a los resultados de los ataques aéreos se basa, en parte, en su experiencia como intérprete de fotografías en la segunda guerra mundial.

mar, resultaba reconfortante. Ciudades como Hamburgo y Colonia fueron saturadas con bombas incendiarias, que provocaron terribles estallidos de incendios y mataron inevitablemente a decenas de miles de personas que no estaban envueltas en absoluto en nada que pudiera ser calificado con ninguna certeza como acción militar. Dresde fue borrada por bombas incendiarias en febrero de 1945, cuando era obvio que la guerra estaba tocando a su fin. Como excusa que justificara tan gratuita destrucción, los comunicados proclamaban la eliminación de depósitos ferroviarios y nudos de comunicaciones importantes. Para las tripulaciones aéreas el bombardeo masivo tenía también la ventaja de que no estaban personalmente presentes para tomar conciencia de a quién estaban matando ni de lo que estaban destruyendo.

El bombardeo de saturación de ciudades no quebró la moral de los alemanes. Desde luego obstaculizó sus movimientos, les quitó el sueño y los obligó a recurrir a cuatro millones de civiles de edad avanzada para limpiar los escombros de las calles; y, hacia 1944, dificultó de modo significativo la producción bélica. Pero también creó hábitos de destrucción masiva, que no evaluaban realmente el costo económico ni humano y, tal vez, preparó la vía moral (o más bien inmoral) para el uso de la bomba atómica en 1945. La exigencia aliada de una «rendición incondicional» jugó probablemente un papel importante en la destructividad de los ataques aéreos y en la posterior resistencia suicida de Alemania en Europa, y de Japón en el Lejano Oriente. La exigencia pretendía impedir un final como el de 1918, cuando los alemanes forzaron a las autoridades civiles a pedir la paz antes de que los aliados hubieran ocupado un palmo de suelo alemán; después inventaron la leyenda de un ejército imbatible, que había sido «apuñalado por la espalda». Esta vez Alemania iba a ser ocupada de modo que el pueblo no se hiciera ilusiones en cuanto a si habían o no sido derrotados en combate. Y la expresión de «rendición incondicional» creaba también entre los vencedores sensación de lucidez y virtud moral: estaban castigando a dos gobiernos arrogantes, culpables de alevosas agresiones y de indecibles atrocidades contra sus víctimas. Pero al mismo tiempo creaba un sentido de desesperada resolución entre alemanes y japoneses.

Aunque a fines de 1943 estaba claro que Alemania había

perdido su jugada de conquistar Europa, las fuerzas armadas alemanas y el ejército paralelo de Himmler —las SS— resistieron desde luego con mucha mayor desesperación de la que había demostrado el ejército imperial en la primera guerra mundial. Cuando los aliados desembarcaron en Sicilia y el sur de Italia en julio de 1943, el rey Víctor Manuel III forzó a renunciar a Mussolini e Italia confió en apartarse definitivamente de la guerra o en disfrutar de una benigna ocupación aliada. Pero los alemanes tomaron Roma, los aliados tuvieron que pagar con graves pérdidas cada uno de sus avances y al término de la guerra, en mayo de 1945, Alemania seguía ocupando gran parte del norte de Italia. De igual manera, cuando los aliados desembarcaron en Normandía el 6 de junio de 1944 encontraron tenaz y efectiva resistencia en cada cerco arbolado y en cada cabeza de puente. Entre junio y septiembre Alemania hizo llover sobre Inglaterra siete mil bombas voladoras, los llamados misiles V-1; y entre septiembre de 1944 y abril de 1945, mil de los mucho más peligrosos cohetes V-2, producto de la ciencia de la cohetería y del trabajo forzado, dirigidos por el joven científico nazi Wernher von Braun, que luego sería una figura clave en la estructura de defensa de Estados Unidos.

Los alemanes evacuaron París en agosto sin destruir la ciudad, subyugados tal vez por la mística de París como capital del mundo más que como la capital de su tradicional enemigo. Pero continuaron las represalias masivas contra todos los partisanos y resistentes civiles que caían en sus manos. Incluso después de haber sido empujados hasta la misma Alemania lanzaron una breve, exitosa y demoledora ofensiva en el bosque de las Ardenas («el bolsón de las Ardenas»), en diciembre de 1944.

En el este alemanes y soviéticos estaban decididos a darle forma al futuro mientras luchaban en el presente. Stalin se comprometía en público a restaurar la independencia de Polonia mientras en privado decidía que tendría que ser gobernada por los comunistas. El Ejército Patriótico polaco, leal al gobierno en el exilio establecido en Londres, decidía luchar contra los alemanes pero no permitir la dominación soviética de su patria. La Wehrmacht y las SS, obedeciendo las obsesiones personales de Hitler, decidían destruir Polonia antes de retirarse a Alemania.

El 22 de julio de 1944 los soviéticos establecieron el Co-

mité de Liberación Nacional en Lublín, que acababa de ser recuperada. El Comité, compuesto en su mayoría por comunistas que habían pasado la guerra en Moscú y a quienes Stalin consideraba tan leales como él podía concebir que fueran polacos, sustituyó rápidamente al gobierno instalado en Londres como interlocutor de los soviéticos en la Polonia liberada. El 29 de julio Radio Moscú hizo un llamamiento a los ciudadanos de Varsovia para que iniciaran la rebelión. El general Komorowski, del Ejército Patriótico, sabía que unos cuantos tanques soviéticos habían aparecido en Praga luego de haber cruzado el Vístula desde la capital y, erróneamente, supuso que esos tanques anunciaban la llegada del ejército soviético. Con la intención de asegurarse de que los polacos no comunistas en la clandestinidad desempeñaran algún papel en la liberación de Varsovia dio la orden de levantamiento contra las tropas de ocupación alemanas. En los siguientes dos meses los alemanes aplastaron la resistencia local y, una vez rendido el Ejército Patriótico el 2 de octubre, arrastraron al grueso del medio millón de habitantes que quedaban a campos de concentración y se llevaron a 150 000 sobrevivientes aptos para trabajar a fábricas alemanas. Mientras ocurrían esos hechos, el Ejército Rojo luchaba al sur de Polonia y entraba en Hungría. Stalin descartó cualquier responsabilidad sobre el levantamiento de Varsovia, que caracterizó como la obra de «aventureros» y «criminales».

Al mismo tiempo hizo una pequeña concesión a las preocupaciones políticas y humanitarias de sus aliados occidentales. El 18 de septiembre autorizó a los aviones estadounidenses y británicos a aterrizar en aeropuertos soviéticos, después de que hubieran dejado caer cientos de toneladas de armas y alimentos sobre Varsovia. La mayor parte de ese material cayó en manos de los alemanes. Entretanto éstos exterminaban a 250 000 habitantes de Varsovia, junto con el Ejército Patriótico, que esperaba recibir a los soviéticos con un gobierno municipal no comunista instalado en el poder. Finalmente, el 17 de enero de 1945 los soviéticos ocuparon las carbonizadas ruinas de lo que en 1939 era una ciudad de 1 300 000 habitantes.

En el segundo semestre de 1944 Stalin estaba más preocupado por ocupar todo el territorio que pudiera de Europa central que por completar la reconquista de Polonia, porque de cual-

quier manera caería con las repúblicas bálticas en manos de los ejércitos soviéticos. Consideraba que era esencial anticiparse a las acciones militares de los occidentales en el centro de Europa. De modo que cuando Churchill ofreció atacar Budapest desde el sur, Stalin decidió arremeter contra la capital de Hungría a la mayor velocidad posible. Hitler, al tanto de que los soviéticos no estaban preparados del todo para semejante acción, decidió resistir el cerco soviético.

El general Malinovski —a costa de graves pérdidas— necesitó seis semanas (desde fines de diciembre hasta el 13 de febrero de 1945) para tomar la ciudad y sus suburbios en una lucha calle por calle. Luego informó a Stalin de que había puesto fuera de combate a 180 000 soldados y tomado 110 000 prisioneros. Stalin le ordenó que le enviara a los 110 000 prisioneros a la Unión Soviética como fuerza laboral. La verdad es que Malinovski no había tomado más que cuarenta mil prisioneros, de modo que redondeó la cifra con un contingente de otros setenta mil hombres reclutados entre policías húngaros, bomberos, obreros ferroviarios, civiles y judíos. El prolongado cerco permitió también a Hitler llevarse a otros miles más de judíos del único Estado de Europa central que, en realidad, no ocupó hasta marzo de 1944.

La batalla de las Ardenas en occidente y la fiera resistencia a los soviéticos en Budapest fueron las úlimas acciones serias llevadas a cabo por los alemanes en sus maniobras dilatorias. Cualquier gobernante en su sano juicio habría pedido la paz mucho tiempo antes, pero Hitler insistió en disputar cada palmo de terreno. A su entorno íntimo le comentó con amargura que el pueblo alemán no se merecía a su Führer y que él había puesto en escena el *Götterdämmerung* («el ocaso de los dioses») de ese pueblo sin méritos, cuando ordenó la resistencia a ultranza ante el abrumador poder de fuego y la aplastante superioridad numérica de los convergentes ejércitos aliados y soviéticos. Por su parte los aliados y los soviéticos aprovecharon los meses de invierno para acopiar suministros con vistas al ataque final y para llegar a acuerdos con respecto a las zonas que serían ocupadas por cada uno de los ejércitos.

El 7 de marzo de 1945 los norteamericanos capturaron un importante puente del Rin en Remagen —antes de que los ale-

manes tuvieran tiempo de volarlo— y sus tropas avanzaron a toda velocidad por Westfalia. El 20 de abril los soviéticos estaban en los suburbios de Berlín. El 26 se encontraron los ejércitos aliados y soviéticos, acontecimiento que celebraron en Torgau a orillas del río Elba.

El 28 de abril los partisanos italianos colgaron a Mussolini y a su amante en Milán. El 30 Hitler y su esposa de un día, Eva Braun —que había sido su fiel compañera durante muchos años—, se suicidaron en el búnker berlinés del dictador.

Al día siguiente, el perturbado ministro de Propaganda de Hitler Joseph Goebbels —que hasta el último momento creyó en el contenido ideológico si no en el contenido «fáctico» de sus mensajes— se suicidó junto con su mujer, después de que esta última hubiera asesinado a sus seis hijos durmiéndolos con un veneno indoloro.

Entre el 1 y el 8 de mayo todas las fuerzas alemanas de Italia, Austria y Alemania se rindieron a los aliados o a los soviéticos. Militarmente la guerra europea había terminado.

Igual que la primera guerra mundial, la segunda se peleó también en el frente científico aunque esa contienda no figurara en los titulares de los diarios. A pesar de las extremas tensiones políticas de los años treinta, la comunicación científica se mantuvo muy fluida. Después de que el físico inglés James Chadwick descubriera el neutrón, los laboratorios de Italia, Alemania, Dinamarca y Francia —como asimismo los de los países anglosajones— empezaron a bombardear los átomos más pesados con neutrones y a intercambiar información sobre los resultados obtenidos. Una rivalidad a veces amistosa y otras tensa, pero siempre honesta, enfrentó a la química francesa Irène Curie y a su marido, el físico Frédéric Joliot, con la física austríaca judía Lise Meitner y su colaborador, Otto Hahn. (El origen ario de este último y su decencia personal le permitieron proteger a Lise contra las leyes antisemitas nazis hasta después de que los nazis ocuparan Austria.) El equipo Meitner-Hahn anunció la fisión del átomo de uranio en enero de 1939. Al cabo de unas semanas se repitieron con éxito experimentos similares en París, Roma y Copenhague.

La comunidad científica supo de inmediato que la energía

atómica podría ser empleada para generar electricidad y para producir explosiones de un poder sin precedentes. Sin embargo, cuando en septiembre empezó la guerra nadie había resuelto todavía el problema de cómo construir la pila de uranio que lograra una fisión *controlada*. La fuente más importante de uranio en Europa la constituían las minas de Checoslovaquia. Cuando Alemania ocupó la totalidad del infortunado país —en marzo de 1939— prohibió la exportación de mineral de uranio. Con esa medida señaló involuntariamente su interés por los usos militares de ese elemento.

Durante el primer año de guerra parecía que el agua pesada era la sustancia necesaria para desacelerar el bombardeo de neutrones, de modo que se pudieran controlar las explosiones atómicas. Noruega era el único país que podía suministrarla y Francia importó 165 litros en marzo de 1940 (el último mes de la llamada «guerra grotesca» o *Sitzkrieg*, «guerra sentada»). Un mes más tarde Alemania invadía Noruega, quedándose así con el monopolio del suministro del agua pesada en Europa. En el curso de los dos años siguientes la fábrica que la producía fue saboteada en varias ocasiones por la resistencia noruega clandestina y bombardeada por la Real Fuerza Aérea hasta que llegó el momento en que los alemanes no pudieron utilizarla.[4]

Esas actividades hacían presumir que tanto los alemanes como los aliados estaban corriendo una carrera para ver quién se anticipaba en dominar la energía atómica. Los físicos antifascistas exiliados en Estados Unidos —Enrico Fermi (italiano), y Leo Szilard (húngaro)— descubrieron que el polvo de grafito, mucho más asequible que el agua pesada, podría servir como moderador en la fisión del uranio. El ciclotrón de Berkeley, inaugurado en 1939, dio una tremenda ventaja a Estados Unidos sobre Alemania en el estudio de las partículas atómicas y condujo en 1945 a la exitosa producción de dos prototipos de bombas atómicas: una utilizaba el uranio y la otra el plutonio, el nuevo elemento 94 creado por el hombre en el curso de los experimentos con el ciclotrón.[5]

4. Bertrand Goldschmitt, *The Atomic Adventure*, Pergamon Press, Londres, 1964.

5. Robert Jungk, *Brighter than a Thousand Suns*, Harcourt Brace Jovanovich, 1958.

Los alemanes poseían el mismo conocimiento teórico que Occidente, pero no habían hecho el descubrimiento práctico de que se podía usar el grafito en lugar del agua pesada. El gobierno de Hitler consultó a los científicos alemanes para averiguar si la energía atómica podría ser usada con fines militares durante la guerra. Los cálculos científico-militares asumían (equivocadamente) que estaban por delante de Occidente en lo que se refería a conocimiento teórico, pero que tenían menos material disponible y que un programa de emergencia para desarrollar cohetes sería más útil que un esfuerzo similar dedicado a la energía atómica. Suponían que los cohetes podrían estar listos en 1944 y que la bomba atómica tardaría un año o más en ser producida. Según se desarrollaron los acontecimientos en ese aspecto tenían razón. Los cohetes V-2 estuvieron listos en 1944. Los aliados, con su programa acelerado que empleaba a científicos estadounidenses, canadienses, británicos y europeos refugiados, no consiguieron producir la bomba atómica hasta el verano de 1945.[6]

En la primavera de 1942, casi al mismo tiempo que los alemanes decidían concentrarse en los cohetes (una decisión que los aliados desconocían), los occidentales se decidieron por un programa de emergencia para conseguir la bomba atómica. Los departamentos más importantes de física de las universidades de Estados Unidos y Canadá —con la entusiasta colaboración de los refugiados europeos antinazis— trabajaban en secreto bajo el mando de las autoridades militares estadounidenses y británicas. No fue de ninguna manera fácil para científicos tan inclinados al pacifismo como Einstein y Niels Bohr recomendar la producción de una bomba con un inimaginable poder destructivo, pero la necesidad de detener a Hitler superó sus escrúpulos.

Es una reflexión sobria la idea de que, si Hitler no hubiera mandado al exilio a todos los científicos alemanes judíos, medio judíos o casados con judíos, el balance del talento científico y de los logros de los tiempos de guerra lo habrían favorecido. Habría tenido mucho antes más y mejores cohetes para hacer llover so-

6. Mark Walker, «Legenden um die Deutsche Atombomb», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 1990, pp. 45-74; David C. Cassidy, *Uncertainty, the Life and Science of Werner Heisenberg*, W. H. Freeman, Nueva York, 1991; Thomas Powers, *Heisenberg's War*, Jonathan Cape, Londres, 1993.

bre Inglaterra y habría habido mucha menos premura y menos grandes talentos disponibles para el proyecto anglo-americano de la bomba atómica sin la influencia de muchos brillantes participantes europeos. La historia no es la narración de hechos no acontecidos, pero todo lo que sabemos de Hitler indica que habría usado cualquier arma que tuviera a su disposición; y todo lo que sabemos de sus científicos indica que, por muy a disgusto que se sintieran con algunos aspectos del régimen nazi, trabajaron para él según decisiones tomadas con su participación. El hecho real es que Alemania fue derrotada varios meses antes de la primera explosión atómica, que tuvo lugar en Los Álamos en julio de 1945. Después de que los aliados ocuparan en mayo toda Alemania fue de inmediato evidente que estaba muy lejos de producir una bomba atómica propia. Hubo entonces una breve oportunidad —de tremenda significación política y moral— de no infligir a la humanidad los daños de esa última arma, cuya producción había sido justificada por la necesidad de frenar a un dictador psicópata.

Estados Unidos estaba todavía en guerra con Japón y la victoria no estaba en duda. Pero el presidente Truman (Roosevelt había muerto el 12 de abril, justo antes del triunfo en Europa) tenía el deber obvio de minimizar las bajas norteamericanas y de terminar la guerra lo antes posible. Una vez rendida Alemania hubo claros indicios de mensajes diplomáticos japoneses, transmitidos a través de capitales neutrales y de la inteligencia militar, de que Japón buscaba alguna manera de terminar la guerra sin una «rendición incondicional», la misma exigencia que había jugado su parte en la prolongación de la inútil resistencia alemana. De cualquier manera todos los consejeros veteranos de Truman —excepto el secretario de Defensa adjunto, John J. McCloy— aprobaron el uso de la bomba atómica, ya casi lista, para obligar a Japón a rendirse y salvar así decenas de miles de vidas norteamericanas, que se habrían perdido si hubiera sido necesario invadir Japón.[7]

Los científicos, que conocían el pavoroso poder del áto-

7. Ian Buruma, «The War over the Bomb», *The New York Review of Books*, septiembre, 21, 1995, comenta seis libros recientes y el debate interno en Estados Unidos a propósito del cincuenta aniversario del uso de la bomba.

mo, tenían serias dudas. El físico exiliado judío James Franck, el húngaro Leo Szilard y el estadounidense Eugene Rabinowitch recomendaron en junio de 1945 que se probara la bomba en una zona deshabitada, en presencia de representantes de todos los países aliados y que, a la vista de los devastadores daños que produciría, se le diera un ultimátum a Japón.[8]

Ese mismo mes una encuesta de científicos que trabajaban en el proyecto atómico de la Universidad de Chicago aconsejó una explosión en el océano antes de hacerla en zonas habitadas. Los informes presentados en esa ocasión fueron calificados de secretos para evitar que se divulgaran entre los demás colegas. No sólo me he referido a la oportunidad perdida en agosto de 1945 desde el punto de vista retrospectivo de un historiador. A lo largo de tres años de investigaciones realizadas en laboratorios británicos y estadounidenses se supo sin lugar a dudas —y en algunos casos se declaró— que si se llegaba a fabricar la bomba sería infinitamente más destructiva que ninguna de las armas conocidas; que la magnitud de creciente capacidad de destrucción sería inmensamente mayor que la de ninguno de los avances anteriores en capacidad de poder explosivo de obuses o bombas aéreas. Fue la absoluta certeza de esa capacidad destructiva sin precedentes la causa de que los aliados hubieran decidido que era de imperiosa necesidad adelantarse a los alemanes.

De cualquier manera, sólo una minoría de los científicos que estaban en la tarea y, por lo visto, ninguno de los consejeros más importantes del presidente tomaron seriamente en consideración la propuesta Franck-Szilard-Rabinowitch. Las bombas fueron arrojadas sobre el centro de dos ciudades muy populosas —Hiroshima y Nagasaki— con sólo tres días de diferencia, es decir, sin darle al gobierno japonés la menor oportunidad razonable de reconsiderar su postura ante una situación tan singular y aterrorizante. Tampoco se sostiene la necesidad de una «rendición incondicional» como razón para lanzar las bombas porque, de hecho, Estados Unidos garantizó la principal condición en la que insistieron los japoneses: la de que el emperador no fuera obligado a abdicar ni juzgado como criminal de guerra.

A mí, un norteamericano que en aquel tiempo prestaba

8. Jungk, op. cit., pp. 348-360.

servicio como cartógrafo militar, me pareció un «crimen de guerra» y en el medio siglo transcurrido desde entonces jamás he leído ninguna explicación convincente de por qué no se pudo hacer una prueba en una zona deshabitada o escasamente habitada, para salvar vidas *humanas* y no sólo las de los soldados norteamericanos. En las circunstancias específicas de agosto de 1945 el uso de la bomba atómica demostró que un Ejecutivo desde el punto de vista psicológico muy normal, elegido en elecciones democráticas, pudo utilizar el arma exactamente igual que la habría utilizado el dictador nazi. Ninguna persona a quien le preocupen las distinciones morales en la conducta de diversos tipos de gobierno puede dejar de pensar que, con el lanzamiento de las bombas atómicas, Estados Unidos redujo la diferencia entre fascismo y democracia.

En Europa y Asia la segunda guerra mundial fue más devastadora para la población civil que para las fuerzas militares (no así en el caso de Estados Unidos). Los alemanes forzaron a tres millones de civiles y prisioneros franceses y polacos a trabajar en Alemania desde el verano de 1940. Hacia fines de 1944 se estimaba que había dos millones y medio de trabajadores extranjeros en las fábricas alemanas de los cuales sólo una pequeña proporción eran voluntarios; y entre los no voluntarios había unos seiscientos mil italianos, víctimas del resentimiento alemán porque Italia se hubiera retirado de la guerra.

Aunque según las fuentes los datos estimados varían mucho, todos ellos demuestran que sólo los británicos y alemanes muertos en acciones militares excedieron a los muertos civiles. En Italia, Grecia, Francia, Bélgica y Holanda las muertes provocadas por los ataques aéreos y las ejecuciones de represalia excedieron con creces a las muertes en combate. En Polonia, Yugoslavia y la Unión Soviética los alemanes hicieron una guerra contra la población civil, con la intención de barrer a los judíos y reducir la antigua ventaja demográfica eslava sobre la población aria.

En conjunto Polonia perdió el 15 % de la población que tenía antes de la guerra (incluidos tres millones de judíos entre el total de cinco millones de pérdidas polacas). Yugoslavia perdió el 10 % de la población que tenía antes de la guerra. La Unión Soviética sufrió entre diecisiete y veinticinco millones de muer-

tos, más de la mitad como resultado de matanzas premeditadas, hambrunas masivas, congelamientos y enfermedades directamente atribuibles a la invasión alemana.

Las técnicas germanas de terror habían relajado las inhibiciones habituales de los soldados alemanes. Los crímenes cometidos por todas las ramas de los servicios civiles y militares alemanes nutrieron, como es natural, el deseo de venganza en aquellos que habían sufrido la barbarie nazi. Por parte de los aliados occidentales, los bombardeos de saturación fueron una forma de venganza encubierta por diversas y exageradas manifestaciones de perseguir objetivos militares. A la luz del comportamiento alemán entre 1939 y 1942, muy pocos ciudadanos de Gran Bretaña y Estados Unidos cuestionaron la efectividad militar ni las pérdidas humanas que implicaban los continuos bombardeos día y noche.

El ejército soviético se cobró la venganza en los últimos meses de guerra. En Budapest, la numéricamente poderosa infantería siberiana saqueó los barrios proletarios, confundiendo los apartamentos de la clase trabajadora con los de la aborrecida burguesía. En Austria y Alemania violaron a las mujeres y robaron cuanto objeto doméstico cayó en sus manos.

La «guerra total» empezó con la *Blitzkrieg* alemana; continuó con las matanzas masivas cometidas por los militares alemanes en el este y los bombardeos de ciudades alemanas llevados a cabo por los aliados. Se había borrado todo resto de escrúpulo, de esfuerzo por limitar la guerra a los combatientes, que todavía habían caracterizado a los altos mandos en la primera guerra mundial. La Convención de Ginebra fue respetada con los oficiales de los ejércitos occidentales, pero violada sin ambages en el trato a los prisioneros que eran soldados rasos en el oeste y a todos los prisioneros, sin excepción, en el este.

Más allá de los treinta o cuarenta millones de víctimas mortales y de la magnitud de la devastación material, unas 22 930 000 personas quedaron catalogadas dentro de la nueva categoría social conocida como la de «personas desplazadas»: 830 000 bálticos huidos a Suecia o Alemania, y finlandeses evacuados de los territorios anexados por la Unión Soviética; 2 300 000 soviéticos (la mayoría ucranianos o pertenecientes a las reducidas nacionalidades del Cáucaso); 4 500 000 ucrania-

nos y bielorrusos de lo que había sido Polonia oriental entre 1919 y 1939; 1 950 000 checos emigrados a Austria o Alemania; 12 350 000 *Volksdeutsche* huidos o expulsados de sus antiguos hogares de Silesia, Pomerania, Prusia Oriental, los Sudetes y numerosas regiones de Yugoslavia, Hungría y Rumanía; un millón que abandonaron Alemania para trasladarse a los Países Bajos y Francia.[9]

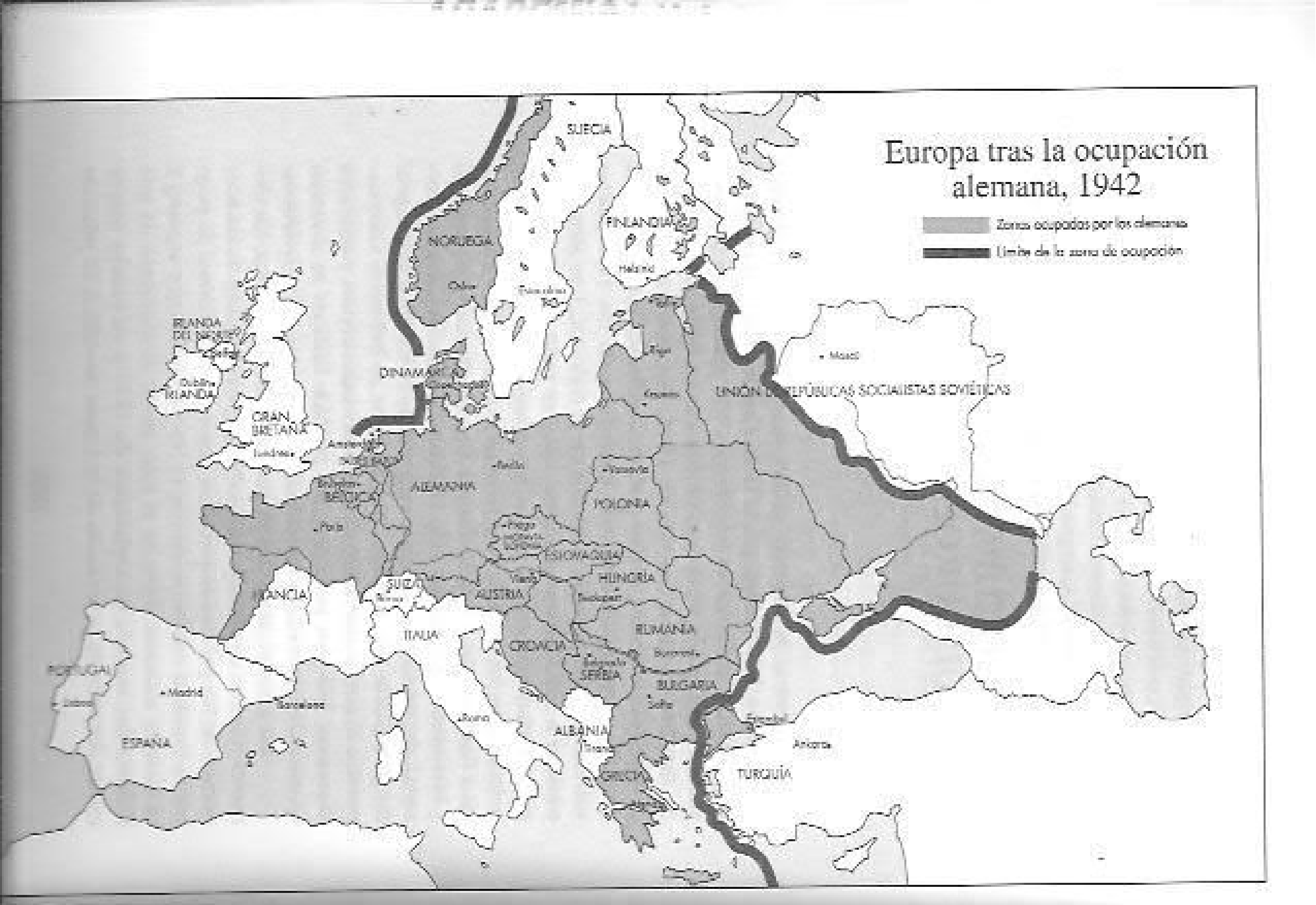
9. Cifras del *The Times Atlas of World History*, p. 175, edición revisada, editada por Geoffrey Barraclough, Londres, 1984.

CAPÍTULO 9

OCUPACIÓN NAZI DE EUROPA, 1940-1945

Mientras la segunda guerra mundial fue materialmente mucho más devastadora que la Gran Guerra, también es verdad que políticas económicas inteligentes y la abundancia de recursos hicieron que la recuperación económica fuera más rápida y de más envergadura después de 1945. Por otra parte, la ocupación del continente entero por los obedientes ejércitos de un dictador psicópata fue la más traumática de las experiencias sufridas por los pueblos europeos en el siglo XX. Los alemanes trataron a sus víctimas europeas —sobre todo en el este— de manera muy parecida a la que los europeos habían puesto en práctica con los pueblos de África en sus conquistas imperialistas a fines del siglo XIX. Incluso la mayoría de rusos, ucranianos y bielorrusos que habían sido víctimas de colectivizaciones forzadas, deportaciones y purgas sangrientas en los años treinta preferían a Stalin que a Hitler, una vez que se hubieron visto expuestos al comportamiento de las autoridades civiles y militares alemanas. Sólo los polacos y los pueblos bálticos se sintieron igualmente oprimidos y traicionados por alemanes y soviéticos.

En general, antes del ataque a la Unión Soviética, los alemanes trataron en el oeste de combinar la explotación de las economías de los países conquistados con una oferta formal de pago por la eventual colaboración con el Nuevo Orden, que seguiría a la victoria alemana. Pero en el este, desde el momento en que Polonia fue atacada en septiembre de 1939 y en mucha mayor escala después de la invasión de la Unión Soviética en junio de


Europa tras la ocupación alemana, 1942
Zonas ocupadas por los alemanes
Límite de la zona de ocupación
SUECIA
FINLANDIA
Helsinki
NORUEGA
Oslo
DINAMARCA
IRLANDA
GRAN BRETAÑA
Londres
BÉLGICA
París
FRANCIA
ALEMANIA
Berlín
POLONIA
Varsovia
Praga
ESLOVAQUIA
HUNGRÍA
Budapest
Viena
AUSTRIA
SUIZA
ITALIA
Roma
CROACIA
SERBIA
Belgrado
RUMANIA
Bucarest
BULGARIA
Sofía
ALBANIA
Tirana
GRECIA
TURQUÍA
Estambul
Ankara
UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS SOVIÉTICAS
Moscú
Riga
PORTUGAL
Lisboa
ESPAÑA
Madrid
Barcelona

1941, los alemanes llevaron a cabo una concienzuda *Vernichtungskrieg*, una guerra de aniquilamiento, que pretendía destruir a las élites, convertir en semiesclava a la población local entera y proporcionar tierras para los asentamientos de alemanes.

La mayoría de los generales y oficiales del partido que gobernaron los territorios ocupados no tenían experiencia previa de gobernar grandes comunidades civiles; y los países bajo su control —con excepción de Polonia, Bélgica y el nordeste de Francia— no tenían recuerdos vívidos de haber sido ocupados militarmente. La puesta en práctica real de las políticas de ocupación implicaba por lo tanto una buena dosis de improvisación. La relación psicológica entre ocupantes y ocupados variaba de manera sustancial de acuerdo con las circunstancias locales.

La mayoría de los oficiales alemanes —fueran o no nazis de corazón— creyeron que los daneses, noruegos, holandeses y flamencos serían amigos potenciales. Eran pueblos con culturas, lenguas y «valores» íntimamente ligados a los de los alemanes. Para los nazis y otros creyentes en la superioridad de la raza nórdica (el racismo no se limita de ninguna manera a los nazis), esos pueblos eran primos hermanos de la raza dominante.

Los granjeros y comerciantes daneses vendían sus productos a los alemanes según las normas impuestas por los ocupantes, que no fueron demasiado onerosas hasta los dos últimos años de guerra. Era una colaboración sin simpatía y con la perspectiva de un castigo devastador si los primos arios no obedecían a sus amos. El Instituto de Cultura alemán trató de llevar adelante sus programas como si los tiempos siguieran siendo normales. Por esa razón el físico Carl Friedrich von Weizsäcker —sobrino de un distinguido diplomático alemán— daba conferencias en marzo de 1941, a las cuales estaba invitada la élite intelectual danesa. Y en septiembre de 1941, cuando la invasión alemana a la Unión Soviética todavía parecía destinada a lograr una rápida victoria, Werner Heisenberg —laureado con el Premio Nobel— visitó a Niels Bohr —físico medio judío, mundialmente conocido—, cuyo Instituto no había sido molestado por las autoridades de ocupación. Weizsäcker y Heisenberg se adjudicaban a sí mismos la mejor de las intenciones como miembros de la comunidad *internacional* de físicos. Ambos parecen haberse sorprendido y entristecido por la evidente desconfianza que

en esas circunstancias les demostró Bohr. Hay numerosas pruebas de los esfuerzos culturales hechos por los alemanes durante la guerra —en Escandinavia y el oeste—, y de su absoluta incapacidad para imaginar la humillación causada por esos esfuerzos por actuar cono vencedores «amistosos» y representantes ilustrados del mundo de la cultura.

La moral de la «mayoría silenciosa» de Dinamarca y Noruega fue reforzada por sus soberanos. Cuando a los judíos daneses se les obligó a usar la estrella amarilla, el rey Cristián se la puso también y miles de ciudadanos corrientes hicieron lo mismo. En Noruega, el Parlamento se negó a nombrar candidatos alemanes como autoridades civiles. El rey Haakon pudo escapar a Londres y, para la mayoría de los noruegos, el rey exiliado y el Parlamento disuelto siguieron siendo la única expresión legítima de la soberanía noruega.

En Holanda, los alemanes se mostraron benévolos al principio y hasta la invasión de la Unión Soviética no necesitaron esquilmar a la economía holandesa. Casi toda la policía, los jueces y los funcionarios civiles colaboraron con los amos extranjeros. En febrero de 1941 hubo dos días de huelga espectacular en protesta contra la primera ola de violencia antisemita. Pero cuando los alemanes arrestaron a cientos de personas (muchas de las cuales fueron deportadas a Mauthausen) e impusieron el toque de queda, los huelguistas obedecieron con el propósito de evitar un baño de sangre. Para el holandés apolítico corriente, el primer año —desde junio de 1940 hasta junio de 1941— la cosa no marchaba tan mal. Las exportaciones agrícolas a Alemania aumentaron en seis veces comparadas con las de 1938. Los obreros de las fábricas de munición y textiles podían vivir pacíficamente en sus casas siempre y cuando produjeran para Alemania.

Pero en el otoño de 1941 los alemanes requisaron los automóviles, las bicicletas y la ropa de abrigo. Los judíos fueron obligados a registrarse y a vender sus propiedades y, en abril de 1942, a usar la estrella amarilla. Los holandeses desaprobaban decididamente las deportaciones, que fueron cumpliéndose por etapas entre junio de 1942 y septiembre de 1943. La población estaba culturalmente dividida en grupos de católicos, protestantes y gente de izquierda con mente laica, cada uno de ellos con sus propios servicios sociales y sus propias organiza-

ciones laborales. Desde los tiempos de Napoleón no habían tenido que vérselas con ninguna ocupación extranjera. Se ayudaban unos a otros en caso de tener que esconder a judíos o estudiantes antinazis. Cuando en marzo de 1943 los alemanes trataron de imponer el «juramento de lealtad» en las universidades, las facultades advirtieron calladamente contra la firma del juramento y, de alguna manera, se mostraron negligentes en la distribución de los formularios.

Los médicos también se comprometieron en un moderado grado de no colaboración. Como alternativa para no aceptar el nombramiento de un médico holandés nazi como jefe de la organización nacional establecieron su propio grupo informal de «contacto médico». En junio de 1943 (durante las últimas etapas de la deportación de judíos y del ajuste de la fuerza laboral), le escribieron al gobernador nazi diciéndole que normas médicas y éticas les impedirían obedecer exigencias inaceptables. El gobernador (un abogado austríaco nazi) se declaró insultado y ordenó la detención de 360 médicos como rehenes. «Contacto médico» se disculpó oficialmente, declaró que no había pretendido hacer ninguna crítica personal y los rehenes fueron liberados poco a poco. Como en la cuestión universitaria, los médicos holandeses manifestaron su disconformidad con los ideales nazis; los alemanes mostraron la fuerza bruta bajo la aparente benevolencia y ambos grupos evitaron un choque frontal.[1]

La resistencia se mantuvo moderada. El destino de las comunidades cristianas y laicas fue muy distinto del de la comunidad judía. De los 140 000 judíos holandeses, 110 000 fueron deportados a los campos de exterminio. Escasos cinco mil de los deportados sobrevivieron a la guerra. En cambio sólo fueron ejecutados 43 ministros protestantes y 49 sacerdotes católicos por participar en acciones de resistencia. Y unos trescientos mil o cuatrocientos mil trabajadores reclutados en Holanda murieron en Alemania. En conjunto alrededor de 240 000 holandeses murieron a consecuencia de la ocupación. Pero el total de la población holandesa creció cerca del 5 % durante la guerra, en duro contraste con lo que sucedió en el este europeo.

1. Werner Warmbrunn, *The Dutch under the German Occupation, 1940-1945*, Stanford University Press, 1963, pp. 107-111, 146-160 y passim.

En Bélgica, pueblo y gobierno se empeñaron en evitar que se repitieran el hambre y las atrocidades sufridas en la primera guerra mundial. El rey Leopoldo III, la élite empresarial, la Iglesia y los funcionarios civiles, todos ellos se adaptaron sin entusiasmo, pero sin resistencia. Una significativa proporción del pueblo flamenco fue pronazi mientras los alemanes lograban victoria tras victoria. Las autoridades de ocupación nunca se cansaban de decirles a los flamencos que eran arios y sostuvieron la esperanza de que, después de la guerra, los valones pudieran ser considerados también arios que por casualidad hablaban francés.

En Francia, el choque psicológico y la humillación nacional eran mucho mayores que en los Países Bajos o Escandinavia. Francia había sido la potencia más importante del continente europeo desde principios del siglo XVII hasta mediado el siglo XIX. Luego fue derrotada rápidamente por Prusia en 1870, apenas si logró evitar la derrota en 1914 y «ganó» la Gran Guerra gracias a la alianza con Gran Bretaña suplementada por la intervención de la joven República de Estados Unidos. En 1940 volvió a ser derrotada tan rápida y decisivamente como en 1870. Los alemanes eran demasiado numerosos, demasiado agresivos, demasiado eficientes para que la civilizada pero vieja y cansada Francia pudiera enfrentarse a ellos.

Por eso, en el verano de 1940 la mayoría de los franceses se mostraron sin duda de acuerdo con el venerable mariscal Pétain en que cualquier esfuerzo de abierta resistencia sería inútil. Gran parte de la clase media y de los campesinos compartían también su opinión de que el laicismo y el abandono del tradicional fervor por la familia y el suelo eran responsables de la «decadencia» de Francia. Y mucha gente perteneciente a todas las clases, incluidos los intelectuales más ilustres, se sintió tentada por una suerte de aceptación masoquista de la superior vitalidad alemana. Al mismo tiempo, después del fracaso de Hitler para poner a Gran Bretaña de rodillas, la mayoría esperaba el posible triunfo británico y muchos corrieron el riesgo de esconder, por ejemplo, a los aviadores británicos que caían en suelo francés cuando sus aviones eran derribados por los alemanes.

La situación de la política interna de Francia era única entre los países ocupados. Polonia, Noruega y Holanda tenían go-

biernos en el exilio establecidos en Londres, reconocidos por las potencias anglosajonas. Dinamarca y Bélgica mantenían —por lo menos de forma— sus monarquías tradicionales. Los cinco países estaban de hecho gobernados por sátrapas alemanes que contaban, en mayor o menor grado, con la resignada aceptación de los pueblos. Pero Francia había sido dividida en una zona ocupada y otra no ocupada. La zona no ocupada fue gobernada hasta fines de 1942 por una dictadura paternalista, votada por el último Parlamento libremente elegido de la extinta Tercera República. Por añadidura Francia siempre había tenido una vida intelectual muy vital fuera cual fuera el gobierno que estuviera en el poder. Esa vida intelectual no desapareció durante la ocupación ni los alemanes intentaron acabar con aquellos aspectos de la cultura francesa que no interfirieran con sus propósitos político-militares.

A pesar de la ausencia de una prensa libre y de una vida política democrática había, por lo menos, tres corrientes que competían por influir en la «corte» del viejo mariscal. Sus seguidores más inmediatos se afanaban por crear una Francia católica, con predominio rural, que colaborara mínimamente con los alemanes para vivir en paz.

El almirante Darlan, viceprimer ministro entre diciembre de 1940 y abril de 1942, era un antibritánico y anticomunista violento; esperaba utilizar a la armada y al imperio como fichas de cambio para que se le reconociera un papel dentro del Nuevo Orden de Hitler. Pero una vez comenzada la campaña de la Unión Soviética, el Führer estuvo demasiado ocupado para gratificarlo.

Pierre Laval, que había cabildeado lleno de fervor con sus compañeros diputados para que votaran el otorgamiento de plenos poderes a Pétain, fue viceprimer ministro desde julio hasta diciembre de 1940 y después de la etapa de Darlan. Laval había desempeñado un papel prominente cuando se trató de apaciguar a Mussolini en la época de la conquista de Etiopía. Se consideraba a sí mismo la persona más indicada para colaborar parcialmente con los alemanes y, a la vez, proteger a Francia de las exigencias más draconianas de los nazis.

Una última corriente —mucho más fuerte en la zona ocupada que en la de Vichy— era la de los seguidores del antaño lí-

der comunista Jacques Doriot, fascistas laicos que estaban a favor de la colaboración total y de la integración al Nuevo Orden nazi. Los tres grupos tenían su propia prensa y discutían el papel potencial de «su» Francia como socia de una Europa organizada por Alemania.

Lo que todas estas corrientes tenían en común era la aceptación a veces entusiasta, a veces masoquista de la derrota y los esfuerzos puramente oportunistas para ganar una porción paniaguada de poder y favores personales de los vencedores. La colaboración de la policía y de los funcionarios de ambas zonas hizo posible que los alemanes pudieran ahorrar una preciosa fuerza humana propia para tareas militares directas y para la represión física de la resistencia civil.

Pierre Laval justificaba sus declaraciones de tener la esperanza de una victoria alemana con la excusa de que, adulando a los ocupantes, lograría reducir sus demandas de fuerza laboral, productos y servicios franceses. Dejó saber que, comparativamente, los alemanes habían exigido menos trabajadores franceses que belgas para trabajar en las fábricas alemanas; y dejó caer funestos indicios del peligro de «polonización» como única alternativa a su hábil manejo de los ocupantes. Sin embargo, esas declaraciones tuvieron que confundir con toda seguridad a sus conciudadanos en cuanto a sus verdaderas intenciones. En cualquier caso la política de insinuaciones, artimañas, oportunismo y ambigüedad era una política que daba testimonio de la vergüenza de un pueblo, antes muy civilizado y poderoso.

Por esa razón tuvo tremenda importancia moral que un general de brigada poco conocido —Charles de Gaulle— levantara el estandarte de la «Francia Libre», incluso antes del establecimiento del régimen de Vichy. De Gaulle voló de Burdeos a Londres el 18 de junio de 1940 en un avión británico y se comprometió de inmediato a perseverar en la lucha contra Hitler. Su postura fue decisiva como contrapeso de lo que fue la rendición/colaboración del grueso del ejército y de los funcionarios civiles franceses.

Durante el primer año, mientras hablaba de salvar a Francia pero no necesariamente a la república parlamentaria, sus intenciones y su capacidad política no estuvieron del todo claras. Pero conforme fue creciendo su organización se comprometió él

mismo en la restauración de la democracia republicana y demostró su habilidad para comprender y ganarse la voluntad de hombres con ideas muy distintas, dentro del espectro que abarcaba por completo a demócratas conservadores cristianos, comunistas y anarquistas. Producida la invasión alemana de la Unión Soviética, los comunistas aportaron los elementos más activos de la resistencia, cuyo número fue sin embargo muy pequeño hasta que el reclutamiento de fuerza laboral impuesto por los alemanes colocó a los trabajadores en la posición de tener que elegir entre la deportación a fábricas de armamento en Alemania o unirse a las fuerzas clandestinas de la Francia Libre.

Las distintas actitudes de las potencias anglosajonas no ayudaron a crear una resistencia unificada. Churchill apoyó a De Gaulle desde el principio a pesar de las diferencias temperamentales entre los dos hombres, cada uno de ellos tenaces patriotas, convencidos de su singular papel como encarnación de sus países en las horas de peligro mortal. Franklin Roosevelt mantenía una misión de alto nivel diplomático en Vichy con la teoría de que su embajador —el almirante Leahy— pudiera reforzar la espina dorsal del mariscal Pétain. Y también porque sentía profundas antipatía y desconfianza por el general De Gaulle. Incluso cuando los desembarcos en el norte de África y la precipitada ocupación alemana de toda Francia acabaron con la fantasmal «independencia» de Pétain, Estados Unidos prefirió tratar con el almirante Darlan y el general Giraud —cualquier cosa menos reconocer el liderazgo político de De Gaulle—, un hecho que habría de arrojar sombras sobre las relaciones de posguerra entre Francia y Estados Unidos.

La resistencia francesa era importante sobre todo para la moral de los aliados, los objetivos bélicos y la inteligencia militar. Los grandes intelectuales podían estar silenciados, los grandes pintores y músicos podían continuar sus actividades con aire de normalidad; los granjeros podían producir para exportar a Alemania; y la mayoría de los funcionarios podía obedecer a las autoridades alemanas o de Vichy en el territorio dividido. Pero un general francés socialmente conservador, incontaminado por el marxismo y comprometido con la libertad política había levantado el estandarte de la Francia Libre bajo la Cruz de Lorena, el símbolo de Juana de Arco. Y ese acto hizo posible que Gran

Bretaña —y después Estados Unidos— trataran con la Francia «real» como con un aliado en quien se podía confiar.

Los agentes de la Francia Libre lanzados en paracaídas, que viajaban con papeles falsos y eran protegidos por partisanos locales, estaban en condiciones de suministrar importantes datos a los servicios de inteligencia para conocer los movimientos de los alemanes y su capacidad potencial; para indicar las zonas boscosas donde los aviadores británicos debían dejar caer armas destinadas a las crecientes unidades de maquis; para resistir la tortura de la Gestapo y proteger así la identidad de sus camaradas. Bajo la autoridad de De Gaulle, las unidades guerrilleras compuestas por jóvenes franceses y veteranos republicanos españoles sabotearon cargamentos ferroviarios y convoyes de camiones durante los meses previos a los desembarcos aliados en junio de 1944. Y después del Día D participaron activamente en la liberación del territorio francés. Hacia mediados de 1944, las fuerzas de la Francia Libre también incluían a bastantes militantes de los partidos del Frente Popular de la preguerra, de modo que, a medida que los alemanes iban siendo desalojados, pudo organizarse una administración republicana provisional sin necesidad de que se produjera la «ocupación» aliada.

Por muy humillante que fuera la ocupación de Escandinavia y Europa occidental fue benigna comparada con la ocupación de las tierras eslavas y del este europeo. En esta última zona los alemanes buscaban el *Lebensraum* («espacio vital») para su futuro imperial, un objetivo que de ninguna manera fue exclusivo de los nazis sino que había sido parte de las ambiciones alemanas de la primera guerra mundial y parte de la ideología pangermana desde fines del siglo XIX. La contribución particular de los nazis fue la extrema brutalidad empleada. Los soldados alemanes en general y la Wehrmacht como institución se sentían sin duda superiores, raza dominante en su conquista relámpago de Polonia y, más aún, durante su posterior invasión de la Unión Soviética.

A lo largo de las primeras semanas del avance en Bielorrusia y Ucrania solían encontrarse con autoridades de ciudades y pueblos que tenían la esperanza de que los alemanes significaran una mejora comparados con la autoridad soviética o, por lo menos, que pudieran ser aplacados y tal vez incluso negociar con

ellos. Pero pocos de los invasores hablaban lenguas eslavas. Despreciaban a los pobladores por su doble condición de eslavos y de estar gobernados por comunistas. No tenían plan alguno de colaboración con los funcionarios locales. Los soviéticos habían destruido cualquier tipo de clase media comparable a las que habían colaborado en la ocupación de Europa occidental.

Su propósito principal era el de inspirar suficiente terror como para ser obedecidos sin cuestión y mandar de vuelta a Alemania todos los alimentos y recursos necesarios que pudieran confiscar. A principios de diciembre de 1941 habían tomado cerca de cuatro millones de prisioneros, a quienes no tenían previsto cómo alimentar ni alojar. A la mayor parte de esos cautivos simplemente los acarrearon a campos de concentración provisorios, donde los dejaron morir de hambre, expuestos a los elementos. Por otro lado, el fracaso en la toma de Moscú y Leningrado significó que habían perdido la jugada de una rápida victoria y los más previsores de ellos se dieron cuenta de que necesitarían la mano de obra de esos prisioneros durante la campaña del año siguiente. Para citar un informe económico de herr Peter Heinz Seraphim (*sic*) a la administración de armamento de Ucrania, fechado el 2 de diciembre de 1941:

> Si matamos a los judíos, dejamos morir a los prisioneros de guerra, exponemos a gran parte de la población de las grandes ciudades a la muerte por inanición y perdemos también a parte de la población rural por hambre en el año próximo, la pregunta sigue en pie: ¿quién va a hacer aquí el trabajo?[2]

La escasez de mano de obra fue para los nazis un problema cada vez mayor desde principios de 1942 hasta el colapso de 1945. Había matices de diferencia entre la jerarquía nazi sobre cómo tenían que ser tratados los judíos y los eslavos en esas circunstancias. El mariscal Goering —que había administrado la fabricación de armas en la preguerra—, el ministro de Armamento Albert Speer, los empresarios industriales de IG Farben, Daimler Benz y los cientos de subcontratistas relacionados con

2. Citado por Ulrich Herbert, «Labor and Extermination... in National Socialism», *Past and Present*, febrero de 1993, pp. 144-195.

la producción de armas favorecían las condiciones de supervivencia, dieta y alojamiento e, incluso, la utilización de judíos; en cambio, los ideólogos más fanáticos —dirigidos por el mismo Hitler— querían llevar a los prisioneros a la muerte de una manera que los hiciera útiles al Reich pero que, a la vez, los eliminara como bocas innecesarias que habría que alimentar en el futuro. Heinrich Himmler, jefe de las SS, adoptó una postura intermedia: ideológicamente habría preferido ver morir a todos los prisioneros soviéticos y judíos pero, como cabeza del imperio industrial dentro de las zonas ocupadas, le preocupaba la regularidad de la producción.

En febrero de 1942, sólo 1 100 000 de los 3 900 000 prisioneros capturados en la segunda mitad de 1941 estaban considerados aptos como mano de obra. Por razones prácticas, pues, los alemanes eran un poco más cuidadosos en el trato de los recursos humanos cuando se adentraron en Ucrania y Crimea en la primavera y el verano de 1942. En vez de destruir las granjas colectivas —como era su primera intención— se limitaron a nombrar sus propios jefes de koljoses: alemanes, ucranianos o tártaros, nacionalidades que preferían a los polacos y rusos.

Estaban dispuestos a conciliar a los jerarcas de las religiones ortodoxa e islámica, a permitir que sus escuelas siguieran abiertas y, a cambio, esperaban que esos jerarcas les ayudaran a que la población aceptara la autoridad alemana.

El Ejército Rojo tenía una tradición de guerra de guerrillas que databa de los años de la guerra civil de 1918-1920 y, mientras las divisiones de infantería oficialmente reclutadas se retiraban, dejaban numerosos cuadros de partisanos organizados en el campo montañoso al este de Sebastopol. En la primavera de 1942 el hambre era tan extrema entre esas unidades guerrilleras, que sus jefes mismos les aconsejaron filtrarse de vuelta en sus pueblos y buscar cualquier alimento o trabajo que pudieran encontrar para reanudar las operaciones guerrilleras cuando llegara el otoño. Los alemanes sabían con frecuencia quiénes eran esos hombres pero, en lugar de ejecutarlos, los enviaban a trabajar en las fábricas de Alemania.

Al mismo tiempo, desde luego, había que dejar los territorios ocupados *judenrein*, «limpieza de judíos», por usar el tér-

mino «neutral» alemán. En el desempeño de sus tareas, austeros funcionarios —siempre atentos a los detalles— pidieron consejo a Berlín sobre si los *tschaken* y *caraítas* debían ser tratados como judíos. A los primeros parecía imposible distinguirlos de la masa de tártaros, excepto por el hecho de que escribían la lengua tártara con el alfabeto hebreo. Los segundos eran judíos no talmúdicos, que habían vivido en Rusia meridional desde hacía más de mil años y habían sido específicamente excluidos de las leyes antisemitas zaristas en 1863. La respuesta de Berlín fue que se eliminara a los dos grupos.[3]

Lo cierto es que a pesar del concepto de superioridad con respecto a todos los que no fueran pueblos arios, las circunstancias de la guerra llevaron a los gobernantes alemanes a favorecer a algunas pequeñas nacionalidades cuya colaboración podía resultar útil desde el punto de vista militar y económico, y cuyas posturas políticas no significaban ninguna amenaza de resistencia para la hegemonía alemana. Los croatas, eslovacos y ucranianos eran tres de esos pueblos.

La de los croatas había sido una de las nacionalidades más satisfechas dentro del Imperio de los Habsburgo, pero sus grupos nacionalistas (que como siempre no deben ser confundidos con el pueblo entero) se mostraron muy resentidos con la dominación serbia dentro del reino yugoslavo de la posguerra de 1918. Después de la invasión alemana de junio de 1941, el gobierno títere fascista de Ante Pavelic (uno de los asesinos del rey Alejandro de Yugoslavia, que desde el atentado vivía en la Italia de su patrón Mussolini) colaboró con muy buena voluntad en la matanza de judíos, serbios antinazis y partisanos prosoviéticos de Josip Broz Tito.

Los nacionalistas eslovacos —de la relativamente menos desarrollada mitad oriental de la República checoslovaca— guardaban rencor porque en 1918 se hubiera considerado que los checos y ellos eran una misma nación. Los nazis hicieron alarde de garantizar la condición de Estado a Eslovaquia bajo la presidencia del sacerdote pro nazi padre Tiso. Eslovaquia contaba a su vez con una respetable minoría húngara cuya existencia le dio

3. Michel Luther, «Die Krim unter deutschen Besatzung», *Forschungen zur Östeuropäischen Geschichte*, 1956, pp. 28-99.

a Hitler y a sus títeres eslovacos la oportunidad de chantajear calladamente al gobierno húngaro del almirante Horthy, que no era tan dócil como los nazis hubieran querido. El gobierno eslovaco colaboraba sobre todo en la entrega de judíos para ser deportados a los campos de exterminio polacos.

Los nacionalistas ucranianos se inclinaban por el Imperio alemán durante la primera guerra mundial y se resistieron a ser incorporados a la Unión Soviética durante la Revolución y los años de la guerra civil. Sus ambiciones y enemistades podrían a la sazón ser usadas contra los polacos y contra los soviéticos. Además, las autoridades de ocupación favorecían a veces a los tártaros como una manera de reinar sobre los indóciles ucranianos y de abrir canales diplomáticos con las belicosas y en potencia rebeldes poblaciones islámicas del Cáucaso.[4]

En los tres casos los nazis trabajaron logrando una combinación de autoridades religiosas locales con aliados fascistas laicos. A veces tanto a los sacerdotes católicos de Croacia y Eslovaquia como a los ortodoxos de Ucrania los atemorizaba la brutalidad nazi. Fue lo que ocurrió con el metropolitano de la Iglesia uniata, al oeste de Ucrania (Rutenia), que en 1941 recibió con los brazos abiertos a los alemanes y en agosto de 1942 escribió al papa diciéndole que los alemanes eran peores que los bolcheviques. Croacia estaba en teoría ocupada por Italia y muchos judíos y serbios escaparon de la muerte a manos de las milicias *ustasi* de Pavelic, gracias a la ayuda clandestina de oficiales y funcionarios italianos.

Al final, desde luego, Alemania fue derrotada por el Ejército Rojo y por la apabullante superioridad logística de los aliados. Pero la brutalidad nazi y el juego cínico de hacer que se enfrentaran entre sí pequeñas nacionalidades tuvo su papel en el colapso del imperio nazi y, lo que es todavía más significativo, en la expulsión en la posguerra de entre doce y quince millones de ciudadanos étnicamente alemanes de Europa central y oriental, cuyos antepasados habían vivido en esos países durante siglos. En última instancia, pues, en vez de conseguir el *Lebensraum*, el

4. John Armstrong, «Collaboration in World War II: the Integral Nationalist Variant in Eastern Europe», *The Journal of Modern History*, septiembre de 1968, pp. 396-410.

régimen nazi condujo a la repatriación forzosa de millones de *Volksdeutsche* después de la derrota.

Volvamos de Ucrania a Bielorrusia. La conquista nazi nunca fue tan completa como aparecía en los informes radiales y en los mapas de los periódicos de la época. Los rusos blancos fueron tratados como ciudadanos de segunda categoría por la República de Polonia entre 1918 y 1939. Conocían la existencia de escuelas y de servicios médicos que el régimen comunista había establecido en las zonas de Bielorrusia ocupadas por los soviéticos; y por varias razones no eran tan nacionalistas ni tan anticomunistas como los ucranianos. El 17 de septiembre de 1939 dieron una tibia bienvenida al Ejército Rojo que, por acuerdo previo con los alemanes, se anexaba la zona bielorrusa de la Polonia de entreguerras. Los soviéticos procedieron a deportar a los terratenientes y a los kulaks, a tratar bien a los «propietarios medianos», a la construcción de escuelas y dispensarios y a establecer granjas colectivas, que dieron a los campesinos locales la primera ocasión de utilizar maquinaria en la siembra y recolección.

Los soviéticos empezaron también a organizar milicias populares según la tradición partisana revolucionaria pero, cuando los alemanes lanzaron su ataque en junio de 1941, el vertiginoso triunfo desbandó por completo a las milicias además de hacer retroceder al Ejército Rojo. Sin embargo, los alemanes estaban demasiado empeñados en precipitarse hacia Moscú y Leningrado para consolidar la administración local de Bielorrusia. Pero ejecutaron a suficientes judíos y funcionarios soviéticos como para que no cupiera la menor duda del destino que le esperaba al país en el caso de que los alemanes ganaran la guerra y se establecieran en Bielorrusia.

La Rusia Blanca es tierra de bosques y marismas con una densidad de población relativamente baja. Como en Polonia, había un porcentaje bastante alto de judíos. Miles de hombres jóvenes y algunas muchachas de familias eslavas y judías se internaron en los bosques. Los alemanes controlaban las carreteras, los ferrocarriles, la radio y las ciudades, en todas la cuales arrastraron a los judíos a guetos. Ejecutaron a personas que habían sido sorprendidas escuchando Radio Moscú, pero ya se había difundido la noticia de que Stalin llamaba a luchar la «gran guerra patriótica»; los

oficiales comunistas clandestinos y los jefes partisanos sugerían que, terminada la guerra, el régimen comunista sería más flexible y estaría más atento a las necesidades locales de lo que lo había estado durante la primera década de brutal industrialización.

A mediados de 1942, mientras los alemanes todavía avanzaban hacia el Cáucaso, la mitad de Rusia Blanca estaba controlada por los partisanos, que tenían armas llegadas de Rusia y cierto pluralismo de liderazgo: comunistas soviéticos, bielorrusos comunistas y nacionalistas, socialistas de diversos matices y sionistas de izquierda. En las ciudades los alemanes necesitaban la mano de obra calificada de los judíos. Establecieron los *Judenräte* («consejos judíos») a los cuales les adjudicaron la responsabilidad de gobernar los guetos. Para los alemanes esos consejos tenían la presunta ventaja de ahorrar el escaso personal alemán y dedicarlo a las tareas militares; para los judíos tenían la presunta ventaja de hacerse tan imprescindibles a los alemanes, que éstos decidieran tratarlos mejor que en los primeros días de la invasión.

Los obreros judíos eran por cierto capaces de actuar como enlaces entre grupos de oposición de distintas ciudades, pero lo mismo los partisanos comunistas que los nacionalistas eran hostiles al sionismo, además de estar infestados por el tradicional antisemitismo de Polonia y Rusia. A la luz de las ejecuciones cometidas por los alemanes en represalia por las actividades de los partisanos —y, sobre todo, cuando los que habían conseguido escapar de los guetos contaban la verdadera obsesión de los alemanes por matar judíos—, los partisanos no judíos aceptaban sólo judíos que estuvieran armados y cuyo aspecto físico no los delatara. Sin tener en cuenta las diferencias en política interna, los principales triunfos que se adjudicaron los guerrilleros fueron los de lograr que alrededor de la mitad de la producción de las granjas colectivas fuera desviada para el consumo de la población local, así como la voladura de muchos trenes cargados con tropas alemanas durante los meses de constante retirada nazi, desde septiembre de 1943 hasta enero de 1944.[5]

5. Witalij Wilenchik, «Die Partisanbewegung in Weissrussland, 1941-1944», *Forschugen zur Östeuropäischen Geschichte*, 1984, pp. 129-251, y Harold Werner, *Fighting Back*, Columbia University Press, 1992, una meticulosa memoria de la resistencia judía en Polonia y Rusia Blanca.

Si descendemos más a los círculos del infierno llegamos al fantasmagórico fenómeno que la mayoría de los judíos y las personas decentes de toda la humanidad conocen como el Holocausto, llamado por los nazis «la solución final». El completo aniquilamiento físico del pueblo judío fue una manía de Hitler durante la guerra; una obsesión a la cual había llegado por etapas. De joven no había sido particularmente antisemita y, de hecho, hablaba con afecto del médico judío que había tratado a su madre viuda en los últimos años de su vida. Como admirador de Karl Lueger —el popular y hábil alcalde de Viena entre 1897 y 1910—, Hitler se había embebido de su antisemitismo que advertía contra los supuestos males de la cultura y la influencia económica judía pero que, ni remotamente, sugería su aniquilación física. También le influyeron el reconocido antisemitismo de su ídolo musical Richard Wagner y la seudobiología de fines del siglo XIX, que clasificaba a la especie humana entre razas inferiores y superiores.

Más específicamente Hitler se contaba entre ese gran porcentaje de alemanes que, en 1919, creía que el ejército alemán —al cual había pertenecido— no había sido derrotado sino «apuñalado por la espalda» por sus enemigos civiles, entre quienes el grupo principal era supuestamente el de los judíos. El antisemitismo se convirtió en punto fundamental del programa político nazi; las tropas de asalto de los camisas pardas apaleaban a los obreros judíos y hacían trizas los escaparates de las tiendas judías, años antes de que Hitler tomara el poder. Entre 1933 y 1939 la serie de leyes antisemitas fue acompañada por permisos para que los judíos emigraran si dejaban atrás todo su dinero y propiedades. A los nazis les producía placer advertir la renuencia de Europa occidental y de Estados Unidos para aceptar algo más que una pequeña proporción de refugiados judíos.

En enero de 1939, después del Pacto de Munich, cuando fue obvio que Gran Bretaña y Francia aceleraban el rearme, Hitler declaró en un discurso ante el Reichstag que si «los financieros judíos internacionales» iban a provocar otra guerra, esa guerra conduciría a la «aniquilación de la raza judía en Europa».[6] Sus discursos y escritos de la década de la preguerra demuestran

6. Citado por Michael Marrus, «History of the Holocaust», *The Journal of Modern History*, marzo de 1987, p. 121. Me he basado en este ex-

que se había convencido a sí mismo de que los judíos eran los cabecillas principales tanto del mundo capitalista como del mundo comunista. La prensa nazi se refería al presidente Franklin D. Roosevelt como «Rosenfeld» y, durante la guerra, alegó en repetidas ocasiones que Winston Churchill, el papa y él estaban todos «en la nómina de los judíos».

El doble argumento de capitalismo judío y bolchevismo judío era creído también por numerosos alemanes antinazis y lo refleja el hecho de que muchos alemanes y austríacos pensaran que sus sociedades representaban una cultura más pura, basada en la cultura campesina y artesana (idealizada por Wagner en *Los maestros cantores de Nuremberg*, en muchas obras de ficción de la época imperial y en muchas películas rodadas bajo la égida propagandística de Joseph Goebbels durante la época nazi), opuesta a la cultura industrial del capitalismo moderno y del comunismo soviético.

En 1940, después de la conquista de Francia, los nazis hicieron correr el rumor de un plan para reasentar a los judíos en la isla de Madagascar, en esa época colonia francesa. Ese rumor les permitió ofrecerse a «colaborar» con los franceses e incluso con los británicos si estos últimos estaban dispuestos a aceptar las condiciones de paz nazis. También les permitió insistir en sus declaraciones de los años treinta, a propósito de la renuencia del oeste a asumir ningún rescate a gran escala de los judíos alemanes.

El ataque a la Unión Soviética —que empezó el 22 de junio de 1941— fue concebido como una guerra de *Vernichtung*, de «aniquilación». La «solución final», discutida en el verano de 1941 e implementada desde entonces hasta pocas semanas antes del colapso total en mayo de 1945, significó en primer lugar la aniquilación de los judíos, pero también la de los gitanos y de los incapacitados físicos o mentales de todas las «razas». Comandos de la Wehrmacht y de las SS ejecutaron a grupos de judíos capturados conforme entraban a los pueblos de la Rusia Blanca y Ucrania. Experimentaron asimismo el envenenamiento con monóxido de carbono y el ametrallamiento de grupos de judíos frente a las tumbas que, momentos antes, esos judíos habían sido invitados a cavar.

---

celente análisis bibliográfico e interpretativo para muchas de mis afirmaciones generales sobre el Holocausto.

Semejantes métodos eran demasiado lentos y también demasiado obvios para las escandalizadas poblaciones locales. La solución metodológica, puesta en práctica a principios de 1942, fue la construcción de fábricas de la muerte en campos específicos de Polonia y el uso del Cyclon B, un gas que se producía como insecticida. Los sistemas ferroviarios de todos los países ocupados suministraron los vagones de carga, el carbón y la tripulación de los trenes. Empresas químicas alemanas suministraron el gas, los hornos de altas temperaturas y los medios para reconvertir en productos de uso industrial las ropas, los dientes postizos, la joyería y los artículos de cuero, confiscados sistemáticamente a las víctimas.[7]

Las SS de Himmler estaban a cargo de la administración del sistema de los campos. Hasta cierto punto según el grado de humanidad o de inhumanidad, de los caprichos y de la inteligencia pragmática de los oficiales que estuvieran al mando, los distintos campos utilizaban a algunos de los prisioneros físicamente aptos como obreros industriales antes de mandarlos a las cámaras de gas. Algo así como el 2 % de la producción de armas alemanas de los años 1943 y 1944 se hizo en las fábricas de los campos. La administración de las SS recibía «salarios» diarios por el uso de prisioneros-trabajadores. También cobraba sobornos a los empresarios alemanes, unos pocos de los cuales —como el ahora famoso Oscar Schindler— usaron el soborno para salvar a un lamentablemente reducido porcentaje de la población total de los campos.[8]

Unos pocos campos llevaron asimismo adelante «investigaciones» médico-biológicas, usando a los prisioneros para probar la capacidad humana de resistencia al frío, al hambre y a diversas sustancias químicas. El Berlin-Dahlem Institut für Rassenbiologie registraba información sobre morfología compa-

7. Jean-Claude Pressac, *Les crématoires d'Auschwitz*, CNRS, París, 1993, la obra de un farmacéutico francés originalmente escéptico sobre la verdad del genocidio.

8. Thomas Keneally, *Schindler's List*, Serpentine Publishing C. Pty. Ltd., 1982, reimpreso más tarde por Simon and Shuster (*La lista de Schindler*, Barcelona, 1994), y usado como base para la película de Steven Spielberg, contiene evidencias mucho más concluyentes que la película en cuanto a la seriedad del compromiso de Schindler con la comunidad judía.

rativa y metabolismo de mellizos, que despachaba con regularidad por correo el doctor Joseph Mengele, quien también supervisaba la muerte de mellizos y la preparación de las consecuentes autopsias.

¿Qué características humanas pueden explicar el hecho de que miles de alemanes y otros ciudadanos europeos tomaran parte voluntariamente durante un período de cuatro años en un proceso de aniquilación masiva? El principal impulso venía del mismo Hitler, el jefe carismático, cabeza del Partido Nazi y después de la nación alemana en armas. Muchos de sus lugartenientes, como Goering, Speer y el almirante Dönitz no compartían su insana obsesión aunque desde luego carecían por completo de sensibilidad moral puesto que, de lo contrario, nunca habrían llegado a pertenecer a la jefatura de la Alemania nazi. En cuanto a aquellos que sí compartían la obsesión racial, como Goebbels, Heydrich, Kaltenbrunner y el sádico-bufón-patrocinador de las artes Hans Frank —gobernador de la Polonia ocupada—, nunca poseyeron autoridad personal para haber impuesto ninguna política sobre las instituciones civiles y militares en su totalidad. Por lo tanto las decisiones y la autoridad para ponerlas en práctica partían de Hitler en persona.[9]

Quizá el ejemplo singular más impresionante en la implementación del Holocausto sea la carrera del antes mencionado doctor Joseph Mengele. El padre de Mengele era dueño de una próspera empresa de suministros militares. Se trataba de una familia de católicos convencionales, que tenía amigos judíos durante la adolescencia de Mengele en los años que precedieron a la toma del poder por Hitler. Joseph obtuvo títulos de medicina y antropología, y se convirtió en discípulo de Otmar Freiherr von Verscheur, antropólogo y eugenista internacionalmente famoso, que creía que los judíos debían emigrar, que los matrimonios

9. Sobre Frank, véase Cristoph Klessman, «Gouverneur General Hans Frank», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 1971, pp. 245-260, y Wolfgang Jacobmayer, «Die polnische Widerstandsbewegung in Generalgouvernement», en la misma revista, 1977. El uso de la grafía francesa era una manera afectada de Frank, que pretendía relacionar a su régimen con el de los déspotas ilustrados del siglo XVIII, en un tiempo soberanos de Polonia, Estanislao I y Estanislao II, ambos patrocinadores de las artes y de la cultura francesa.

mixtos debían evitarse y que los débiles mentales debían ser esterilizados (no asesinados).

Mengele tenía la ambición de hacerse un nombre en la investigación y vio su oportunidad como médico de las SS durante la guerra. En Auschwitz iba al encuentro de los trenes que llegaban y, en el andén, supervisaba el proceso de selección y separaba a aquellos que serían utilizados como trabajadores de quienes serían gaseados de inmediato. En algunas ocasiones también apartaba a los mellizos para usarlos en sus investigaciones. Como no era un nazi fanático ni un antisemita fanático utilizaba los servicios de tres subordinados muy capaces: el doctor Ella Lingens, un médico de prisión, ario y vienés, que había sido asignado a Auschwitz en castigo por haber ayudado a escapar a judíos; un médico de las SS, Hans Münch, que fue absuelto en un juicio de desnazificación después de la guerra, por haberse negado a tomar parte en el proceso de selección; y el doctor Miklós Nyszli, un patólogo húngaro judío, «seleccionado» por el doctor Mengele como ayudante de investigación.

Según el testimonio que estos tres profesionales prestaron después de la guerra, Mengele creía con verdadero entusiasmo en las posibilidades científicas de sus investigaciones; era riguroso con respecto a la limpieza y la disciplina; por completo racional e impersonal en sus conversaciones; y respetaba la competencia de su equipo de investigación aunque incluyera a antinazis y judíos. Después de la derrota huyó a Paraguay, desde donde escribió numerosas cartas, quejándose de verse en el exilio, sin mencionar Auschwitz, pero refiriéndose a sus investigaciones y responsabilidades administrativas durante «la segunda parte de la guerra». Su personalidad resume la capacidad de los altos oficiales nazis para dejar de lado todo escrúpulo emocional o ético en nombre del deber hacia el Führer, cuyos deseos los relevaban de cualquier responsabilidad personal.[10]

Para referirnos a la colaboración sistemática de aquellos directamente involucrados en el Holocausto: todos ellos pueden aducir que estaban obedeciendo órdenes. Algo semejante se es-

10. Zdenek Sofka, «Josef Mengele zur Typologie eines NS-Verbrechers», *Vierteljahrshefte zur Geschichte*, 1986, pp. 245-267; doctor Miklós Nyszli, *Auschwitz*, Fawcett Publications, Greenwich, Conn., 1960.

pera que hagan tanto los soldados como los empleados civiles. Además muchos de los policías y guardias carceleros alemanes, eslavos y bálticos compartían los conceptos racistas de los nazis. Consideraban a los judíos un «problema»; veían con desconfianza los matrimonios mixtos; creían que los judíos eran demasiado conspicuos en los negocios y las profesiones, etc. Esos puntos de vista no significan que hubieran abogado por el asesinato en masa, pero minaban de antemano cualquier resistencia sistemática contra la persecución de los judíos.

Aquellos que tenían asignados deberes militares en los campos de concentración ya habían visto antes de la guerra cómo aguantaban —o aprobaban— pasivamente los vecinos que las empresas judías fueran confiscadas, los niños judíos sacados de las escuelas, los administradores y oficiales de justicia judíos reemplazados, las familias judías expulsadas de los edificios de apartamentos, etc. Había también, desde luego, un submundo habitual de criminales y sádicos, encantados con exceder en su conducta las órdenes recibidas, pero eran una minoría muy reducida y jamás habrían podido llevar a cabo la «solución final» sin los soldados y funcionarios «normales», que componían la mayoría del personal de los campos de concentración.

Es asimismo verdad que la mayoría «normal» era consciente de estar haciendo algo atrozmente vergonzoso. Los mismos nazis empleaban con sumo cuidado eufemismos en todos sus documentos administrativos y se tomaban algún trabajo para ocultar el proceso ante la opinión general, en especial si se trataba de la muerte de débiles mentales. Los guardias carceleros y los investigadores médicos no alardearon de sus actividades ni durante la guerra ni en épocas posteriores. Ahogaban sus dudas en crecientes dosis de alcohol. Aunque es imposible saber hasta qué punto lo hacían porque estaban enfermos de tanto matar a gente inocente o hasta qué punto era porque estaban perdiendo la guerra y temían la posible venganza de los vencedores.

En cuanto a la población europea —lo mismo los cristianos que los judíos—, las noticias del genocidio topaban con distintos grados de incredulidad, negación y horror. En la primavera de 1942, el gobierno polaco en el exilio de Londres y varias embajadas de Hungría y Suiza tenían informes convincentes de testigos oculares —pero no documentos oficiales— del genoci-

dio que se estaba cometiendo en Polonia bajo el auspicio de los nazis. Muchos de los británicos y norteamericanos a quienes comunicaron la información no podían literalmente creer que semejantes atrocidades estuvieran ocurriendo en la Europa del siglo XX.

Casi siempre la mayoría de la gente hace juicios intuitivos de fe sobre toda clase de cosas de las cuales no tiene experiencia personal. Pero también es posible que, si se está decidido a no creer algo, se insista en conseguir más y más cantidad de confirmación detallada antes de admitir la verdad de acontecimientos lejanos. La mayor parte de los alemanes, los pueblos de la Europa ocupada y los jefes políticos y militares aliados hicieron todo lo posible por no creer los informes. En el caso de los civiles había un deseo desesperado por negar el genocidio porque, muchos de ellos, habían sido indiferentes o se habían mostrado hostiles con la víctima dondequiera que hubieran sido testigos directos de actos de persecución; y eran muy pocos los que honestamente podían decir que nunca habían presenciado el ataque a un judío o un acto de vandalismo contra una propiedad judía. En el caso de los militares, éstos eran renuentes a la idea de distraer aviones para el posible bombardeo de Auschwitz y los demás campos de concentración; les preocupaba que sus propios ejércitos y gobiernos pudieran acusarlos de estar haciendo la guerra para salvar a los judíos.[11]

Los mismos judíos reaccionaron de diversas maneras. En Francia, Noruega, Yugoslavia y en el este europeo —todos territorios ocupados—, los jóvenes se echaron a los montes y a los bosques cuando llegó la orden de registrarse en persona y de ser trasladados a guetos. En los pequeños países muy populosos —Dinamarca, Holanda y Bélgica—, se cambiaron los nombres, falsificaron documentos de identidad y, con frecuencia, fueron ocultados por sus vecinos cristianos. En los territorios eslavos era más difícil esconderse porque había más antisemitismo local, más diferencias de apariencia y cultura entre judíos y cristianos, y más ferocidad de parte de los nazis. Aun así un número consi-

11. En lo que se refiere al descreimiento aliado, dos artículos de Walter Laqueur en *Encounter*: «Hitler's Holocaust», julio de 1980, y «How Not to Break the Silence», abril de 1987.

derable de valerosos polacos falsificaron papeles de registro, permisos de trabajo, documentos de viaje, cupones de gasolina y racionamiento para los judíos, a quienes consideraban compañeros polacos al cabo de quinientos años de convivencia fructífera en el mismo territorio.[12]

No hubo nada en toda la guerra que demostrara con más claridad el sadismo de los nazis que su insistencia en que los guetos fueran «gobernados» por consejos de judíos notables, los llamados *Judenräte*. Usar a los judíos para esas tareas ahorraba desde luego mano de obra alemana, que podía emplearse en otras tareas. Pero el objetivo principal era el de quebrar la moral de sus víctimas. El consejo era responsable de la distribución de cupones de racionamiento, de la asistencia médica comunitaria y de reunir a las generaciones distanciadas de familias que a veces eran más de dos.

Si los alemanes daban tres cartillas de racionamiento para una familia de cuatro o cinco miembros o un par de zapatos por matrimonio, recaía en el consejo decidir de qué manera se distribuían los insuficientes suministros adjudicados. Si los alemanes necesitaban una docena de obreros para construir barracas o reparar un cobertizo, era tarea del consejo designar a los trabajadores. Si los alemanes exigían una docena de rehenes para garantizar la conducta pacífica de una calle del gueto, era cosa del consejo elegir a los rehenes. Si los alemanes les daban a elegir entre seleccionar a un número de personas para ser deportadas o verlas ejecutar como castigo por la negativa de la comunidad a «colaborar», el consejo elegía a quienes iban a ser deportados. Si un miembro del consejo decidía que no estaba en condiciones de seguir en servicio se le ofrecía la oportunidad de cambiar de opinión o de ser introducido en el primer tren con destino a Auschwitz.[13]

Hay abundante literatura —escrita sobre todo por emigrados que vivían con razonable confort en Estados Unidos— que reprueba severamente a los judíos que se dejaron encerrar en el

12. Stanislaw Lewandowska, «Authentication Activities of the Polish Resistance», *Acta Poloniae Historica*, 1984, pp. 181-218.

13. Lucy Davidowicz, *The War Against the Jews*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1975, cap. 11 y passim; Reuben Ainsztein, *Jewish Resistance in Nazi-occupied Eastern Europe*, Paul Elek, Londres, 1974.

gueto, por colaborar en su propia destrucción. Es desde luego cierto que algunos miembros del consejo no eran más que oportunistas, que lo único que pretendían era salvar el pellejo congraciándose con los nazis; muchos de los judíos laicos más jóvenes creían que los consejos eran colaboracionistas o incautos. Pero cualquier condena global del *Judenräte* no indica más que una tremenda falta de imaginación sobre las condiciones reales en que vivían los involucrados.

A fines de 1941 nadie en absoluto sabía que *todos* los judíos iban a ser sistemáticamente exterminados. Los alemanes necesitaban mano de obra y los judíos tenían todo tipo de oficios para ofrecer. Los consejos de los guetos de Polonia y Bielorrusia esperaban que la mano de obra judía fuera tan indispensable para los alemanes que sus habitantes pudieran sobrevivir a la guerra. Si de hecho la jefatura hitlerista hubiera sido medianamente razonable habría proporcionado un mínimo de condiciones de supervivencia a los trabajadores útiles y habría dado la guerra por terminada antes de que su país hubiera sido destruido del todo. ¿Quién habría podido predecir su conducta suicida? Y ¿quién de entre los ilustres filósofos morales tenía derecho a condenar automáticamente al *Judenräte* por esa remota esperanza de un mínimo de racionalidad y por las tremendas decisiones que con frecuencia tenían que tomar para tratar de mantener esa esperanza?

La aparente complicidad, la supuesta pasividad de los judíos han dado también lugar a una abundante literatura. Pero esa pasividad no fue de ninguna manera ni única ni total. Muy a menudo se ha observado que en situaciones extremas los seres humanos indefensos no resisten ante una situación totalmente deseperada, cuando las armas, los alimentos y los recursos económicos están todos en manos del bando contrario. Los gitanos al borde de la inanición y los prisioneros soviéticos no se resistieron a la muerte más que los judíos deportados; ni en el siglo XVII los indios desmoralizados, hechos prisioneros y masacrados por los conquistadores españoles; ni lo hicieron sus descendientes del siglo XIX cuando fueron tratados de manera similar por los agentes de Estados Unidos, que se había adjudicado el «destino manifiesto».

Es un hecho irónico relacionado con las lealtades políticas del siglo XX que muchos resistentes judíos no se identifica-

ran a sí mismos como judíos en su lucha contra el nazismo. Con muy pocas excepciones, quienes pelearon en el lado republicano durante la guerra civil española no se identificaron a sí mismos como judíos sino como obreros, estudiantes, sindicalistas, socialistas y comunistas. Durante los años 1943-1945 en el maquis italiano y francés, también se identificaron a sí mismos sólo como grupos de resistencia. En Europa oriental tuvieron por lo general que ocultar su origen judío como precio para poder participar en los movimientos de resistencia nacional.

Únicamente con el peso que adquirieron las identidades étnicas en los años ochenta buscaron los estudiosos judíos establecer la identidad judía de miles de brigadistas internacionales y luchadores durante la segunda guerra mundial. Si sus hazañas y su número se suman a los del levantamiento del gueto de Varsovia de abril de 1943 y a los de los grupos de partisanos de Polonia y la Unión Soviética, el mito de la pasividad judía generalizada se desvanece.

Una de las cuestiones más arduas de tratar con respecto al Holocausto es la actitud de la Iglesia católica, como institución internacional gobernada desde el pequeño territorio soberano de la Ciudad del Vaticano. No cabe duda alguna de que tanto el papa Pío XI como el papa Pío XII —que lo sucedió en 1939— tomaron como axioma que el comunismo era su mayor enemigo y que los gobiernos fascistas, cualesquiera fueran sus fallos desde un punto de vista católico, eran aliados necesarios en la lucha contra el comunismo. Pío XI había negociado el Concordato con el Estado italiano en 1929 y con frecuencia elogiaba a Mussolini en público. Apoyó la dictadura de Dollfuss en Austria, la de Salazar en Portugal y la causa del general Franco durante la guerra civil española.

Cuando el cardenal Pacelli (el futuro Pío XII) era secretario de Asuntos Exteriores del Vaticano en 1933, advirtió al Partido Católico de Centro y a los obispos católicos que no se opusieran a Hitler. En la crucial sesión del Reichstag que votó la Ley de Defensa del Pueblo y del Estado —en marzo de 1933—, urgió a los diputados centristas a votar la ley que legalizó la dictadura nazi. Luego, en julio de 1933, negoció el Concordato, según el cual el Partido de Centro se disolvió a sí mismo y los sacerdotes católicos se comprometieron a no mezclarse en acti-

vidades políticas. En los años siguientes varios sacerdotes y monjas iban a experimentar la brutalidad nazi en carne propia. En 1937 Pío XI dio a conocer la encíclica *Mit Brenneder Sorge* («Con vehemente angustia»), que condenaba el paganismo y la violencia de los nazis. Pero sigue siendo un hecho que a lo largo de toda la época nazi —de 1933 a 1945—, el Vaticano trató al régimen de Hitler como un mal menor comparado con el comunismo, y que nunca hizo suya la causa aliada en la segunda guerra mundial.

La actitud del papa durante la guerra se apoyó en una mezcla de su conservadurismo natural, su cautela temperamental, sus tribulaciones por la población católica de naciones que estaban en guerra unas con otras, su profundo anticomunismo y su disposición a salvar vidas individuales si podía hacerlo calladamente. En privado alentaba a los pocos obispos alemanes que protestaban contra la política nazi, pero no los respaldó con declaraciones públicas. Por ejemplo, en marzo de 1943 el obispo Preysing —antinazi decidido— pretendió que el papa reaccionara contra una nueva ola de deportaciones desatada en Alemania. El 30 de abril el pontífice respondió que lo único que podía hacer era rezar por los católicos no arios o medio arios perseguidos.[14]

Su Santidad estaba sin duda de acuerdo con las posturas cada vez más antinazis del cardenal Gerlier de Lyon, del arzobispo Saliѐges de Toulouse, del obispo Thèas de Montauban y con la del cardenal belga Van Roey, pero no sumó su voz a las protestas de ninguno de ellos. Estaba enterado de que la jerarquía católica colaboraba con los regímenes títeres abiertamente antisemitas de Croacia y Eslovaquia, pero expresó su desaprobación sólo en unos pocos casos flagrantes. En 1942 estaba tan bien informado como los suizos y los húngaros de los asesinatos masivos que se cometían en Auschwitz, pero adoptó la postura de que darles publicidad sólo empeoraría las cosas.

Un incidente particularmente doloroso ocurrido en Holanda lo confirmó con seguridad en su determinación de guardar silencio. En un gesto por tratar a los holandeses como compañe-

14. Wolfgang Schieder, «Pius XII im II Weltkrieg», *Historische Zietschrift*, 207, 1986, pp. 346-356.

ros «arios», al principio los alemanes se abstuvieron de deportar a los judíos conversos. Sin embargo, en julio de 1942 los jefes de la Iglesia católica y de la Iglesia reformista holandesa se pusieron de acuerdo para protestar juntos y en público contra la deportación de la comunidad judía. Ante las amenazas de represalias alemanas, los protestantes se abstuvieron de leer la protesta en sus iglesias mientras que los católicos actuaron según el acuerdo original. En una típica respuesta de «divide y reinarás», los alemanes deportaron a los conversos católicos, pero no a los conversos protestantes.[15]

En octubre de 1943, cuando los alemanes ocuparon Roma y empezaron a arrestar judíos ante la vista del Vaticano, el papa autorizó el uso de unos 155 edificios eclesiásticos para refugiar a alrededor de cinco mil judíos. Al mismo tiempo colaboró gustosamente con el embajador alemán en el Vaticano —el conservador antinazi Ernst von Weizsäcker—, facilitó que la Ciudad del Vaticano protegiera a los refugiados judíos y comunicó a los obispos alemanes su horror ante las deportaciones nazis.[16]

De esa manera el papa salvó a unos cuantos judíos de la deportación y, cada vez que pudo, dio indicios de su condena moral a la jerarquía alemana sin desafiar públicamente a los nazis.

Volvamos de la conducta del Vaticano a la de muchos pueblos de Europa. Un puñado de los gobiernos menos importantes eran en particular vehementes antisemitas. El régimen eslovaco deportó a las tres cuartas partes de su población judía en octubre de 1942, después de lo cual la callada intervención de la Iglesia y el generoso soborno a la policía detuvieron acciones posteriores hasta que Eslovaquia fue ocupada por las SS a fines de 1944. En los últimos días de 1941, el gobierno rumano suministró vagones de ganado en su afán por colaborar no sólo en la deportación de sus judíos sino en los de Ucrania y Besarabia.[17]

Es un hecho muy llamativo que donde la opinión pública se opuso de verdad a las persecuciones, a los nazis les resultó im-

15. Léon Poliakov, «The Vatican and the Jewish Question», *Commentary*, noviembre de 1950; Anthony Rhodes, *The Vatican in the Age of the Dictators*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1973, pp. 342-346.

16. Leonidas E. Hill, III, «The Vatican Embassy of Ernst von Weizsäcker», *The Journal of Modern History*, junio de 1967, pp.138-159.

17. Davidowicz, op. cit., pp. 510-522.

posible llevar adelante sus planes de deportación masiva. La gran debilidad de los ocupantes era su escaso número, en especial cuando, después de la batalla de Stalingrado a fines de 1942, tuvieron que comprometer a todos los hombres alemanes aptos en sevicios militares directos.

En Noruega, a fines de 1942, el gobierno de Quisling obedeció las órdenes alemanas de internar a la reducida comunidad judía. Pero se negó a deportarlos y la mayoría consiguió escapar de alguna manera a Suecia con ayuda noruega. En Dinamarca gran parte de la población civil se puso la estrella amarilla y, así las cosas, las autoridades alemanas mismas dejaron trascender intencionados rumores sobre la inminencia de una redada general en septiembre de 1943. En consecuencia alrededor de la mitad de los judíos daneses escaparon a Suecia en pequeños botes, que los alemanes observaban alejarse en silencio. La mayoría de la otra mitad sobrevivió a la guerra con la ayuda de sus vecinos. Tampoco en Bélgica colaboraron la policía ni las autoridades ferroviarias en la redada de judíos. El resultado fue que aproximadamente la mitad de la comunidad existente en 1939 consiguió sobrevivir.

En Francia, los funcionarios de Vichy y la policía de la zona ocupada colaboraron en la redada de los judíos que no eran franceses, incluidos los hijos de esas familias, excediendo así las órdenes dadas por los alemanes. Pero la población en general y los funcionarios que compartían esa opinión se opusieron a la deportación de los judíos *franceses*. Gracias a esa actitud bastante más de la mitad de la comunidad judía francesa —que estaba muy asimilada— sobrevivió a la guerra.

Mientras el gobierno fascista de Mussolini fue un honroso socio de la Alemania nazi —hasta mediados de 1943—, las autoridades italianas publicaron varios decretos antisemitas, pero no internaron ni deportaron a los judíos. Después de que Italia tratara de apartarse de la guerra, los alemanes ocuparon Roma. Cuando en octubre hicieron una batida en el barrio judío tradicional —que no era un gueto cercado—, los vecinos italianos ayudaron a toda la comunidad, logrando así que unos siete mil de los ocho mil judíos romanos evitaran ser capturados. Más tarde, en la primavera de 1944 —los alemanes ya sabían que en poco tiempo perderían la guerra—, tomaron medidas más drásti-

cas y ellos mismos deportaron a la gran mayoría de judíos italianos urbanos, que pudieron identificar como tales.

Bulgaria era uno de los aliados de Alemania aunque, por razones de amistad histórica, no declarara la guerra a la Unión Soviética. Ante la presión alemana en 1941 el gobierno promulgó leyes antisemitas pero exceptuó a los judíos bautizados, medida que tuvo como consecuencia una avalancha de conversiones. Era de conocimiento público que tanto el rey como el metropolitano de Sofía se oponían a la persecución de los israelitas. Debido al estado de la opinión pública y a la actitud gubernamental —y también a la escasez de mano de obra alemana—, la mayoría de los judíos búlgaros sobrevivieron a la guerra.

Como en Italia, en Hungría había un abismo espiritual entre los gángsters nazis y el reaccionario protofascista —pero no racista— gobierno del almirante Horthy.

A principios de 1944, Hitler había conseguido acabar con alrededor de cinco millones de judíos de Europa central y oriental. En ese momento sus ejércitos estaban en plena retirada de la Unión Soviética y ahí estaba su aliado magiar, dando cobijo a aproximadamente medio millón de judíos. En marzo ordenó la ocupación de Hungría y puso a Eichmann a cargo de los Servicios de Seguridad húngaros. Entre abril y diciembre más de cuatrocientos mil judíos fueron deportados a Auschwitz.

Para el cuerpo diplómatico de Budapest era más que obvio que los alemanes habían ocupado Hungría con el único propósito de completar la matanza de judíos. En esas circunstancias las embajadas de España y Suecia concedieron visas a miles de judíos que, de lo contrario, habrían sido deportados. Durante esos mismos meses Eichmann y Himmler, que no compartían la estructura mental suicida de Hitler de «todo o nada» y que, además, eran conscientes de que la guerra estaba perdida, negociaron con la comunidad judía mundial el rescate de húngaros judíos a cambio de moneda fuerte y camiones militares. Hasta diciembre se salvaron así unas 2 700 personas. En ese momento Hitler barruntó las negociaciones y ordenó explícitamente que ningún judío sobreviviera a la guerra.[18]

18. César Vidal, *El Holocausto*, Alianza Editorial, Madrid, 1995, pp. 120-145.

¿Qué pasó con la población civil en general en las zonas donde ninguna autoridad local eludió las exigencias nazis? Allí, una minúscula minoría de seres humanos decentes redimieron la indiferencia y el miedo de la gran mayoría. Esa gran mayoría pertenecía al grupo de gente que no quiere llamar la atención, en especial cuando sus vecinos podían informar a las autoridades de sus actos. De modo que su conducta se conoce sobre todo a través de las últimas investigaciones de historiadores y científicos sociales de la *Yad Vashem*, la Autoridad Israelí en Memoria del Holocausto.

En esas investigaciones tiene relevancia la figura de lo que el folclore judío entiende como «el hombre justo», que vale para la «mujer justa». Él o ella no tienen necesariamente una educación elevada ni son individuos con inclinaciones filosóficas; son personas que aman la vida, tienen muchas buenas cualidades y muchas debilidades. Lo esencial es que en momentos de crisis la persona justa hace espontáneamente lo que es decente, asume los riesgos que sean necesarios para demostrar su solidaridad con los perseguidos, se resiste a aceptar la crueldad o la injusticia. Los investigadores los encontraron lo mismo entre hombres que entre mujeres, homosexuales y heterosexuales de todas las edades y ambientes sociales. En una población de millones encontraron a los miles —alrededor de una décima parte del 1 %— que criaron a niños judíos como si fueran propios, escondieron a los partisanos en los graneros o en las buhardillas, falsificaron pasaportes para coterráneos y extranjeros, confundieron a la policía en sus esfuerzos por localizar judíos o se hicieron pasar por representantes de las autoridades constituidas.

Dejemos que la historia de una de esas miles de personas las represente en un texto cuyo espacio es insuficiente para escribir sagas individuales. Giorgio Perlasca era un joven hombre de negocios, representante de ventas en Budapest de una empresa italiana de productos cárnicos. Una vez que Italia se hubo rendido a los aliados fue internado como súbdito de un, entonces, gobierno enemigo. Pero era también veterano de las fuerzas expedicionarias italianas, que habían ayudado al general Franco a ganar la guerra civil española y como tal los españoles le habían dicho que acudiera a su embajada si alguna vez necesitaba ayuda. Escapó a la custodia húngara, buscó en la embajada docu-

mentos que lo protegieran y, al mismo tiempo, se ofreció como voluntario para prestar asistencia en la alimentación y el alojamiento de los miles de judíos puestos bajo la protección de la legación española.

Con esas credenciales llevó una carta del encargado de negocios Ángel Sanz-Briz (cuya memoria fue honrada por el gobierno húngaro en 1994), y se identificó como empleado de la delegación, responsable de los judíos protegidos por ésta. Pero a fines de noviembre, justo antes del asedio ruso y de la desesperada resistencia alemana, Sanz-Briz fue reclamado por Madrid y los alemanes empezaron a vaciar los apartamentos donde se alojaban los judíos protegidos. En ese momento Perlasca —que hablaba español con fluidez— se hizo pasar ante los alemanes como el nuevo encargado de negocios español y pudo así, a riesgo de la suya, salvar entre cinco mil y seis mil vidas.[19]

Una última cuestión que debe ser considerada en este capítulo es la actitud del pueblo alemán y del pueblo austríaco, aquellos en cuyo nombre los nazis estaban conquistando y explotando al continente entero con excepción de la península Ibérica. La resistencia alemana, como el Holocausto, ha inspirado una vasta literatura. Tras las desastrosas consecuencias inmediatas de la guerra muy pocos alemanes estaban dispuestos a discutir el tema. Pero la Alemania anterior a 1933 fue una de las más cultas y admiradas naciones del mundo. Los hijos y los nietos, ahora ciudadanos de una Alemania próspera, pacífica y democrática, han querido saber cómo habían reaccionado sus antepasados en su momento.

A fines de los años treinta se produjo una intuitiva y enérgica protesta cuando llegó a conocerse la «eutanasia» practicada con los débiles mentales y los discapacitados. Tanto la Iglesia católica como la protestante y sus organizaciones laicas condenaron esa política y, hasta cierto punto, consiguieron frenarla antes de la guerra. Pero los nazis continuaron cometiendo los asesinatos en secreto y el proceso se mezcló con el genocidio de los judíos durante los años del conflicto bélico. El con frecuencia in-

19. Judith Weinraub, «Common Man, Uncommon Decency», *International Herald Tribune*, 12 de septiembre, 1990, y Juan Arias, «El italiano que salvó a miles de judíos...», *El País*, 17 de agosto, 1989.

consciente racismo de los alemanes impidió una vasta protesta contra las leyes antijudías anteriores a la guerra. Algunas Iglesias protestantes criticaron las leyes antisemitas, pero una gran proporción de ellas se hicieron eco de la propaganda nazi, caracterizando a los judíos como demasiado destacados, dueños de demasiado poder económico, etcétera. Y cuando los judíos bautizados fueron obligados a usar la estrella amarilla, las Iglesias evangélicas de siete *Länder* distintos expulsaron a sus conversos.[20] El alcalde antinazi de Leipzig Carl Goerdeler, que se convirtió en uno de los más gloriosos mártires de la resistencia, hablaba antes de la guerra de los judíos como de una raza separada, ajena a los alemanes. Estaba a favor de limitar sus actividades en Alemania y apoyaba la idea de que los judíos tuvieran una «patria» en cualquier otro sitio. Sentimientos similares expresaban muchos de aquellos que arriesgaron sus vidas en la conspiración para asesinar a Hitler en julio de 1944. De modo que debe reconocerse como endémico cierto grado de sentimientos antisemitas en muchas de las más capacitadas mentes de Alemania.[21]

Además de los matices de antisemitismo había muchos alemanes liberales, religiosos y éticamente sensibles que durante la contienda hacían una distinción entre su actitud ante Occidente y su actitud ante Oriente. Especialmente entre científicos con educación universitaria, profesionales y funcionarios civiles, la guerra contra Occidente les parecía lamentable. Algunos pensaban que los aliados tenían parte de la responsabilidad por no haberle hecho frente a Hitler en la época de la crisis checoslovaca. Por eso numerosos autores han insistido en destacar que un puñado de diplomáticos y oficiales del ejército alemán trataron de advertir a los aliados a fines de los años 30. Sostienen que esos opositores habrían depuesto con gusto a Hitler si hubieran podido contar con ayuda occidental.

20. Raul Hilberg, *Perpetrators, Victims, Bystanders*, Harper Collins, Nueva York, 1992, p. 261.

21. En mis aseveraciones generales concernientes a Alemania y los judíos me he apoyado mucho en los escritos de Raul Hilberg, Léon Poliakov y Walter Laqueur; en numerosas entrevistas, encuestas de opinión tanto en Alemania como en Polonia y en artículos de investigación publicados en *Die Zeit*, referentes a la reacción alemana ante la película de Steven Spielberg *Schindler's List* (*La lista de Schindler*).

Otra vertiente de la discusión ha sido que Alemania estaba atrapada entre el «civilizado» Occidente y la «bárbara» Unión Soviética. La imagen de esta última combinaba el rechazo al comunismo con prejuicios sostenidos de antiguo sobre la inferioridad de los pueblos eslavos. Un ser humano tan ilustre como el gran físico Werner Heisenberg esperaba que Alemania derrotara a la Unión Soviética y trataba de creer que, con el tiempo y las responsabilidades de gobierno, los mismos nazis no se comportaran con tanta barbarie.

La enorme cantidad de publicaciones y memorias que conciernen a la reducida oposición de grupos de estudiantes y de militares aristocráticos sirve también para poner de relieve el triste hecho de que hubo muy poca resistencia activa entre la generalidad de los pueblos alemán y austríaco. Los grupos de oposición se sentían totalmente aislados de todos, salvo de algunos valedores ocasionales de las Iglesias católica y protestante. Por otro lado no habría que olvidar nunca que aproximadamente un millón de alemanes (el 1,4 % de la población) pasaron tiempo en los campos de concentración entre 1933 y 1939; que se produjeron doce mil ejecuciones políticas entre 1933 y 1938; y que más de treinta y dos mil ejecuciones políticas tuvieron lugar entre 1938 y 1945.[22] Pero esas gentes en su mayoría socialistas, comunistas y pacifistas fueron fácilmente neutralizadas por los nazis porque la opinión pública en general no acudió en su defensa. La recuperación económica patrocinada por los nazis y la disposición a atribuir toda responsabilidad, para bien o para mal, al Führer parece haber embotado la sensibilidad moral del pueblo en general.

En resumen: donde el antisemitismo histórico siguió siendo fuerte, entre muchas de las poblaciones alemanas y eslavas, los nazis contaron con el decidido apoyo de las élites de los funcionarios militares y civiles, y encontraron escasa resistencia a políticas criminales sin precedentes en países tan cultos y con una técnica tan avanzada como las de Alemania y Austria. En

22. Hans Rothfels, *The German Opposition to Hitler*, O. Wolf, Londres, 1961, pp. 13-14, y J. Nobecourt, *Le Monde*, 21 de julio, 1964, en conmemoración del vigésimo aniversario del infructuoso atentado de oficiales alemanes antinazis para asesinar a Hitler.

Escandinavia, Suiza y Europa occidental tropezaron con una mezcla de incredulidad y una resistencia en su mayor parte cautelosa y poco conspicua.

Pero también hay que decir que cuando figuras respetables como los reyes de Dinamarca y Bulgaria —o los obispos del sur de Francia— dieron ejemplo de resistencia moral fueron muchos quienes siguieron ese ejemplo. Los nazis mismos eran lo bastante conscientes de su conducta criminal e hicieron considerables esfuerzos para ocultar el genocidio a su país y a los países ocupados. De cualquier modo, para toda la Europa que se extiende al norte del Mediterráneo, el Holocausto de judíos, eslavos y gitanos sigue siendo parte de lo que los alemanes llaman *die unbewältigte Vergangenheit*, «el pasado sin superar».

CAPÍTULO 10

EL ESTADO DE BIENESTAR Y EL MERCADO COMÚN, 1945-1990

En Occidente y Escandinavia, la más devastadora de las guerras europeas fue sucedida por una sociedad que gozaba de mayor libertad personal y seguridad económica, de más oportunidades en educación y tiempo de ocio que ninguna sociedad anterior. El Estado de bienestar se desarrolló al mismo tiempo que la guerra fría, la división de Europa entre la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) —dominada por los estadounidenses— y el Pacto de Varsovia —dominado por los soviéticos—, el retroceso de antiguas formas de imperialismo para ser sustituidas por otras nuevas y el «equilibrio del terror» entre los arsenales nucleares de Estados Unidos y la Unión Soviética.

Exigiría mucho más de un capítulo dilucidar todas estas interrelaciones. Las noticias de las amenazas diplomáticas y militares llaman por sí mismas la atención más que la sensata mejora de la condición humana. Con el objeto de estimar una de las facetas más esperanzadoras de la «civilización» y no de la «barbarie», me concentraré en este capítulo en los aspectos positivos del desarrollo europeo en las cuatro décadas posteriores a la segunda guerra mundial y dedicaré la menor atención posible a los aspectos negativos.

En la primavera de 1945 la población europea estaba exhausta al cabo de cinco años de ocupación militar, escasez de alimentos y artículos de todas clases, bombardeos aéreos, destrucción de gran parte de la infraestructura de carreteras, ferrocarriles, puentes, edificios públicos, alojamientos familiares y

flotas cargueras. La gente estaba físicamente desnutrida y, con la excepción de numéricamente pequeños cuadros de la resistencia, también su espíritu estaba desnutrido. La mayoría de los líderes civiles y religiosos habían dado ejemplo de extrema prudencia en los países ocupados y, como es natural, no había habido libertad de prensa ni discusión política.

Pero también es cierto que después de la derrota alemana existía cierta esperanza generalizada. Al cabo de cuatro años de colaboración militar con los soviéticos se había extendido un sentimiento general de admiración y gratitud hacia el Ejército Rojo. Sólo una minoría de europeos occidentales recordaban el montaje de los juicios y las sangrientas purgas estalinistas de 1936-1938 y sólo una minoría pensaba que un futuro conflicto armado entre el mundo capitalista y el soviético era inevitable. Sobre todo porque los mismos soviéticos hablaban de continuar la cooperación entre ellos y las fuerzas «progresistas» del Occidente burgués. El gran enemigo tanto de los Estados capitalistas democráticos como de la Unión Soviética había sido el fascismo. En aquel momento —con la excepción de las dictaduras ibéricas del general Franco en España y del antiguo profesor de economía António Salazar en Portugal—, el fascismo y los regímenes que lo apoyaban habían sido eliminados.

En dos conferencias cumbres —la de Yalta en febrero de 1945 y la de Potsdam en julio del mismo año—, los «Tres Grandes» forjaron los acuerdos que se referían al destino de Alemania y Europa del Este. También fijaron la frontera militar entre los territorios que iban a ser ocupados por los ejércitos occidentales y por el ejército soviético respectivamente. Como potencia agresora, Alemania tendría que pagar onerosas indemnizaciones en especie y, por haber sido la Unión Soviética la víctima que más había sufrido la devastadora destrucción de los nazis, se acordó que fuera ella quien recibiera el grueso de esas indemnizaciones. A pesar del convenio sobre fronteras militares Alemania fue tratada como una única unidad económica. Aproximadamente un cuarto de la producción industrial de las zonas ocupadas por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia y gran parte de la producción de hierro y carbón del Ruhr serían suministradas a los soviéticos. A cambio, una cantidad considerable de los productos agrícolas de la zona oriental ocupada por los so-

viéticos sería enviada para alimentar a las zonas occidentales, mucho más populosas.

Gran Bretaña y Estados Unidos acordaron la anexión a la Unión Soviética de las provincias orientales de Polonia y la de Silesia, Poznan y Prusia Occidental a los polacos. En resumidas cuentas, Polonia fue desplazada en conjunto hacia el oeste y en ese proceso adquirió provincias industriales a cambio de sus bosques y campos orientales. Las potencias occidentales confirmaron también sin entusiasmo pero en silencio la anexión soviética de las repúblicas bálticas que, de hecho, se había producido en junio de 1940 durante la época del pacto nazi-soviético. Polacos y soviéticos hablaban de la línea Oder-Neisse como de la nueva y definitiva frontera entre Polonia y Alemania. Las potencias occidentales la aceptaron como frontera «administrativa» temporal.

Además de los términos específicos que se referían a Polonia y Alemania, los Tres Grandes firmaron en Yalta una Declaración sobre la Europa Liberada que comprometía a los vencedores a «constituir autoridades gubernamentales interinas ampliamente representativas de los elementos democráticos de toda la población y a prometer que lo antes posible se establecieran mediante elecciones libres gobiernos que respondieran a la voluntad de los pueblos».

Excepto en lo que se refería a la división territorial de Alemania y a las nuevas fronteras polacas no se cumplieron ninguno de esos acuerdos. Además de recibir un cuarto de la producción de las zonas ocupadas, los soviéticos arramblaron con fábricas enteras de su propia zona junto con gran cantidad de vías ferroviarias y material rodante. Las potencias occidentales se sintieron obligadas a subsidiar las necesidades mínimas de la reconstrucción alemana para compensar el desmantelamiento practicado por los soviéticos de lo que quedaba de la infraestructura y la industria alemana. Los soviéticos creían que Occidente estaba retrasando el suministro de productos industriales y, a mediados de 1946, fueron suspendidos tanto los suministros por indemnizaciones del oeste como los suministros alimenticios del este.

Se produjo un conflicto amenazador (ocultado a la opinión pública en su momento) referido a la repatriación de prisioneros de guerra. Como aliados, los Tres Grandes habían acorda-

do el regreso a sus lugares de origen de todo el personal aliado de sus respectivas zonas. En los campos occidentales —la mayoría bajo control británico—, miles de polacos y cientos de miles de soviéticos se negaron a ser repatriados, alegando que serían políticamente perseguidos en sus países. Los soviéticos insistieron en que quienes se resistían eran «guardias blancos», elementos contrarrevolucionarios, y plantearon una cuestión de honor entre los aliados. A las autoridades militares británicas les preocupaban las posibles dilaciones soviéticas para devolver a los prisioneros británicos y franceses comprendidos en el acuerdo. Una cantidad no especificada de familias huyó de los campos y se produjeron algunos suicidios.[1]

Con respecto a lo acordado sobre elecciones libres, los partidos no comunistas sólo eran aceptados si se mostraban «amistosos», es decir, por completo serviles con los burócratas estalinistas que habían acompañado a las fuerzas «liberadoras» del Ejército Rojo. Sin entrar en detalles sobre la toma del poder de cada gobierno nacional, basta decir que para 1948 todos los gobiernos del este europeo habían sido purgados no sólo de los líderes «pequeño-burgueses» de los partidos campesinos (que habían recibido mayoría de votos en las elecciones de 1946) sino de los comunistas que Stalin decidió no eran del todo leales a él personalmente.

A los tres años, pues, de los acuerdos de Yalta y Potsdam la alianza de tiempos de guerra de los Tres Grandes se había transformado en la guerra fría que condicionó toda la evolución europea desde 1948 hasta fines de los años 80. La frontera militar trazada en febrero de 1945, anticipando la derrota alemana, se convirtió en el «Telón de Acero». Durante cuatro décadas coexistieron una Europa patrocinada por Estados Unidos y una Europa patrocinada por la Unión Soviética. En este capítulo voy a exponer lo que fue el Estado de bienestar democrático-capitalista tal y como se desarrolló en Europa occidental y Escandinavia.

1. Nikolai Tolstoi, «Victims of Yalta — an Inquiry?», *Encounter*, junio, 1980, basado en documentos revelados después de treinta años por el Foreign Office referentes a la repatriación de unos dos millones de prisioneros soviéticos y polacos y sus familias.

Las condiciones económicas y humanas no siguieron siendo tan calamitosas como aparecieron en las fotos periodísticas de mayo de 1945. Los bombardeos no habían destruido las industrias británicas y alemanas tanto como suponían los comunicados militares de las fuerzas aéreas. Los suministros alimenticios de América y la Commonwealth fluyeron con rapidez al terminar el bloqueo naval y la lucha en los campos de batalla. La producción agrícola e industrial interna también se recobró rápidamente una vez restablecida la paz.

Hubo asimismo muchos factores a largo plazo que hicieron posible el desarrollo del Estado de bienestar. El tejido de la sociedad civil no había sido destruido. Hubo breves y sangrientas purgas de alrededor de diez mil colaboracionistas cada una en Francia e Italia (países con poblaciones de más de cuarenta millones de habitantes), pero en conjunto las lealtades y la cohesión nacional fueron muy pronto restablecidas. Las libertades política y económica habían sido condiciones estables de vida en Gran Bretaña, Francia, los Países Bajos y Escandinavia. Y eran profundas aspiraciones interrumpidas por el fascismo y la guerra —sin haber sido destruidas— en Alemania, Italia y la península Ibérica.

Las mujeres se habían integrado en gran número a la fuerza laboral durante la guerra y no estaban dispuestas a volver solamente a la *Kirche, Küche und Kinder* («iglesia, cocina e hijos»), como hacía poco pretendían conservadores filósofos políticos como Hitler, Mussolini, el mariscal Pétain y el general Franco. Todas las clases y partidos políticos estaban de acuerdo en que los sacrificios de los años de guerra debían ser recompensados por una distribución más justa de la riqueza de la que existía durante los años veinte y la posterior Gran Depresión. Incluso los capitalistas conservadores a ultranza eran más conscientes que nunca del ejemplo de la sociedad socialista que se estaba construyendo aunque fuera de manera cruda y dictatorial en la Unión Soviética.

Lo que hacía falta en 1945 era capital disponible, que fue suministrado por una de las más previsoras y generosas acciones internacionales de Estados Unidos. En junio de 1947, el general George Marshall —que había sido jefe de Estado Mayor durante la guerra y en ese momento era secretario de Estado del presi-

dente Truman— anunció que Estados Unidos estaba dispuesto a crear un plan de recuperación económica. Todos los gobiernos europeos, incluido el soviético, fueron invitados a presentar propuestas específicas con vistas a la reconstrucción de la infraestructura y la industria, además de hacer nuevas inversiones. Los países de Europa oriental, sobre todo Checoslovaquia, estaban ansiosos por participar, pero Stalin los obligó a negarse.

El ejemplo y el consejo estadounidense condujo a la sustancial reducción de aranceles intereuropeos y de cuotas internas. Durante la década de 1947 a 1956 fueron inyectados en la economía 25 000 millones de dólares, la mayor parte dedicados a la infraestructura y a la inversión en nueva tecnología. No hay manera de saber qué grado de sufrimientos y tensión militar se habrían ahorrado si los soviéticos hubieran participado, pero el hecho es que el Plan Marshall junto con la negativa soviética sellaron la división económica-política de Europa a fines de 1947.

El Mercado Común, que en un principio estuvo formado por las naciones clave de la Europa continental —Francia, Alemania Occidental, Italia y los países del Benelux—, fue consecuencia natural del Plan Marshall. Esas naciones estaban psicológicamente mejor preparadas que Gran Bretaña y Escandinavia para aceptar controles económicos supranacionales. Desde luego las razones políticas fueron probablemente más importantes que las económicas. La unión aduanera y el comercio cada vez más creciente entre los Seis significaban que era impensable una guerra entre Francia y Alemania, que los Países Bajos se veían liberados de la pesadilla de invasiones repetidas y que Italia se convertía en parte integral de la Europa capitalista democrática.

En 1960 Gran Bretaña, Noruega, Suecia, Dinamarca, Austria, Suiza y Portugal —bien llamados «los siete ajenos»— formaron la Asociación Europea de Libre Comercio (AELC), organizada menos rígidamente. Ni el Mercado Común ni la AELC aceptaban como miembros a gobiernos no democráticos. En aquellas circunstancias el virtual protectorado de Gran Bretaña sobre Portugal —dirigido con mano de hierro por António Salazar— permitió que, de algún modo, este último país fuera considerado democrático. En cambio España, bajo el gobierno del general Franco, no podía aspirar a ser aceptada por su condición de dictadura. La coexistencia de las dos organizaciones

ilustra las dificultades para la completa unificación de las prósperas democracias capitalistas, pero esas dificultades fueron superadas en las décadas siguientes.

Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca se unieron al Mercado Común en 1973 y, en los últimos años de los ochenta, España —convertida en monarquía democrática después de la muerte del dictador en 1975—, Portugal, Grecia, Suecia y Noruega se adhirieron también a él dando así lugar a que la AELC se disolviera sin traumas. El reconocimiento de los grandes beneficios mutuos acumulados por la reducción de las barreras comerciales no alteró el hecho de que los países europeos conservaran sus notables diferencias de puntos de vista, ni de que las naciones soberanas mantuvieran su poder interno y persiguieran sus intereses tradicionales dentro del Mercado Común.

Hubo tres modelos de desarrollo importantes. El modelo propiciado por Keynes se aplicó sobre todo en Gran Bretaña y Escandinavia. El gran economista británico había hecho hincapié en que la prosperidad dependía del equilibrio entre la producción y el consumo de bienes y servicios; y de la liquidez, es decir, del flujo constante del dinero en la economía. En tiempos de recesión no sólo está permitido sino que es necesario cebar la bomba, cosa que se consigue tanto con la inversión en obras públicas como con el subsidio de desempleo para que haya dinero en efectivo en todos los bolsillos. Si cebar la bomba provoca déficit, la consiguiente prosperidad hace posible que los gobiernos recobren a través de los impuestos el dinero empleado en cebar la bomba. Si el sistema demuestra tendencia general a una ligera inflación, de no más de unos pocos puntos anuales, es un precio aceptable para pagar la paz social y la garantización de servicios educativos y sociales que lleguen a la población en general.

La Alemania de posguerra desarrolló su propio modelo: la llamada economía «social de mercado». Los gobiernos de Bismarck de los años de 1870 y 1880 —recordados con nostalgia por los alemanes después de haber perdido dos guerras— demostraron que gobiernos conservadores, en una sociedad marcada por profundas diferencias sociales, podían ofrecer sin embargo una seguridad social básica a toda la población. Además de ese ejemplo histórico, la pavorosa experiencia de la inflación posterior a la primera guerra mundial hizo absolutamente nece-

sario que los gobiernos alemanes, si querían contar con la confianza pública, tuvieran que evitar la más ligera inflación, característica de las ideas de Keynes.

La economía de mercado social se basaba primero y sobre todo en una moneda fuerte. La Alemania inmediata a la posguerra se manejó fundamentalmente con una economía de trueque. Los alimentos, cigarrillos, cupones de gasolina y el sexo eran valores más confiables que la moneda. En la reforma monetaria de 1948, el ministro de Economía Ludwig Erhard restringió la emisión de marcos nuevos de modo que el dinero en efectivo escaseara más que los bienes vendibles. Esa política volcó al mercado valiosas mercancías que la gente acopiaba o, en todo caso, se negaba a vender a cambio de marcos amenazados por la inflación. El marco fuerte fue el primer elemento del «milagro económico» de la recuperación de Alemania Occidental.

La política alemana dejó en manos de las clases tradicionales de hombres de negocios y banqueros la decisión de inversiones. Pero no abandonó a la masa de ciudadanos a hundirse o nadar en una política de mercado pura. La mayor parte de los alojamientos urbanos habían sido destruidos durante la guerra. A fines de los años cuarenta, el gobierno federal y los *Länder* proveyeron aproximadamente el 50 % del capital necesario para construir varios millones de unidades habitacionales. De acuerdo con la tradición alemana el Estado logró un mínimo de beneficios de desempleo, salud y atención a la vejez. También estableció una tradición de negociaciones de salario por hora con los sindicatos, en su mayoría socialdemócratas.

Como reconocimiento de la permanente presencia de las mujeres en la fuerza laboral, la República Federal de Alemania garantizó seis semanas de permiso por embarazo con paga completa, antes y después de la fecha del nacimiento del hijo, e ilegalizó el despido de las mujeres que hubieran quedado embarazadas. La nueva prosperidad dependió de la constante ética de trabajo y de la autodisciplina del pueblo alemán. Y, durante los primeros años, de la voluntaria aceptación de austeridad en beneficio de mantener una moneda fuerte y estable.

El tercer modelo fue el capitalismo en pequeña escala de Francia combinado con lo que podría ser llamado el eterno espíritu de Colbert de los descendientes del Rey Sol. Francia era una

nación de empresarios individuales y de familias de pequeños y grandes comerciantes. Había barones del acero y el armamento comparables en poder a los más publicitados nababes corporativos de Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos. Había prósperas industrias especializadas, que se capitalizaban a sí mismas con sus ingresos comerciales y mantenían altos estándares de calidad. Había miles de pequeñas familias de comerciantes y miles de granjeros que se autofinanciaban.

La evasión fiscal era una honorable tradición en razón del interés más general de permitir a las pequeñas empresas mantenerse a flote en un ambiente competitivo, y a las grandes empresas mantener a sus ejecutivos y familias dentro del estilo de vida al cual estaban acostumbrados. Los franceses desconfiaban de los bancos y gobiernos con más intensidad todavía que otros pueblos europeos. Habían perdido grandes sumas de dinero cuando sus generosas inversiones en la Rusia imperial fueron liquidadas por la guerra y la Revolución. A la sazón eran filosóficamente tolerantes con una inflación considerable.

Con su largueza para atender a aquellos que presentaban ideas de inversión inteligentes, el Plan Marshall permitió a Francia recordar al régimen de Luis XIV y a su gran ministro de Economía Colbert. Las generosas inversiones del Estado y la frecuente nacionalización de industrias clave, la protección del mercado interno contra la competencia exterior, los impuestos al consumo más que a las empresas comerciales, la excelente educación de una élite económica y política en las *grandes écoles* conducían a los franceses a no preocuparse por naderías como los sobornos discretos e inoficiales o el pavoneo. A lo largo de varias décadas, Francia se las arregló para combinar el espíritu de Colbert con el hecho de ser miembro del Mercado Común, para sustituir el orgullo nacional por aranceles que necesariamente bajaban y para cerrar los ojos cuando sus granjeros destruían camiones españoles que llevaban frutas y verduras a través de los Pirineos.

Las industrias nacionalizadas han sido la bestia negra de Estados Unidos y, en general, de los economistas conservadores que han llevado la voz cantante de la discusión en los años recientes. Es por lo tanto importante tener en cuenta que Gran Bretaña, los países escandinavos, Alemania y Francia combinaron

un sistema esencialmente de empresa privada con considerables elementos de participación estatal. Las estaciones radiotelevisivas y los servicios públicos británicos, los ferrocarriles estatales de Alemania y Francia han sido administrados por los gobiernos con una eficiencia comparable a la mejor gestión del sector privado sin haber sido etiquetados como bolcheviques por sus mismos medios.

Hasta los años setenta, el Partido Laborista británico se aferró, sí, al marxismo y a la creencia socialista fabiana de que las principales fuentes de recursos naturales y las industrias que afectaran a la vida de toda la población debían ser nacionalizadas. Cuando estuvo en el poder entre 1945 y 1951 nacionalizó el Banco de Inglaterra, la industria del carbón, la mayoría de los medios de transporte, los servicios públicos y la industria del acero. Los conservadores privatizaron el acero en 1953, pero durante sus últimos años de gobierno (1964-1970 y 1974-1978) los laboristas volvieron a nacionalizar el acero más el transporte de carga y los autobuses, la empresa de aviación Rolls Royce y diversas firmas de gas, combustibles, aeroespaciales y astilleros.

Algunas de esas nacionalizaciones tenían más que ver con el rescate de empresas al borde de la bancarrota y el de los trabajadores con perspectivas de desempleo que con la naturaleza esencial de esas industrias. En el curso de las décadas de posguerra, los socialdemócratas se consideraron liberados de enfatizar la «propiedad de los medios de producción» para regular en cambio a la empresa privada como una forma de proteger a las clases trabajadoras de la brutalidad impersonal del mercado. En Gran Bretaña, lo mismo que en Suecia, se empezó a pensar en la socialización de la propiedad pública como ineficiente o, cínicamente, como un medio de arrojar sobre las finanzas públicas aquellas industrias que ya no eran lucrativas para la empresa privada. En los años ochenta, el gobierno conservador de Margaret Thatcher reprivatizó el grueso de la industria y dejó que las fuerzas del mercado determinaran la supervivencia de ciertas industrias. El socialismo perdió el apoyo ético de la opinión cultivada por la mala gestión en la democrática Gran Bretaña (donde no existían las *grandes écoles* sino más bien una tradición de aficionados para «salir del paso») y por el escandaloso fracaso en el mundo soviético.

Pero los ejemplos de Francia, Alemania e Italia demuestran que la nacionalización no necesita estar relacionada con la doctrina socialista. Después de la guerra, gobiernos franceses muy burgueses nacionalizaron también el carbón, la mayoría de las compañías de seguros y los bancos, las fábricas de automóviles Renault y la fábrica de camiones Berliet, las importantes fábricas de armas y la mayoría de los ferrocarriles. La gestión se puso en manos de tecnócratas bien preparados pertenecientes a la misma élite que dirigía el sector privado. En Alemania —donde tanto el gobierno federal como los *Länder* estaban dominados por los democratacristianos— el transporte y los servicios públicos estaban financiados principalmente por inversiones de nivel municipal, estatal y federal. En la Italia de la posguerra las reservas recién descubiertas de gas y petróleo eran explotadas por una corporación gubernamental constituida con ese fin.

Cuando tuvo lugar en Italia el gran auge industrial de los años sesenta fue en gran parte siguiendo el modelo francés, que produjo incluso porcentajes más elevados de inflación y evasión de impuestos además de cuantiosos sobornos tanto entre los políticos como entre los profesionales que servían de intermediarios. En esa misma década España, Portugal y Grecia —todavía bajo gobiernos autoritarios— iniciaban un auge económico de estilo italiano. Sería difícil afirmar si la corrupción prevalecía más en el sector privado que en el público. En cuanto a la eficiencia de gestión y a la calidad de los productos, la capacitación, la moral, el nivel de salarios y la libertad de la prensa investigadora eran más importantes que la propiedad técnica de los medios de producción.

Las tradiciones políticas y diplomáticas crearon también estilos nacionales muy diferentes entre los miembros del nuevo Mercado Común (o de la Comunidad Económica Europea, CEE). Los británicos seguían manteniendo al continente a prudente distancia (y viceversa, sobre todo cuando el presidente De Gaulle vetó por dos veces la invitación del resto de la comunidad para que Gran Bretaña se incorporara a ella). Los ingleses seguían ignorando en gran medida al continente. Los conservadores pasaban a veces las vacaciones en el sur de Francia o Italia como hacían las clases pudientes en el siglo XIX y entre las dos guerras. En cambio los líderes laboristas pasaban las vacaciones

en las islas Británicas y muy pocos de ellos hablaban algún idioma continental o leían literatura del continente.

Los británicos confiaban en su «especial relación» con Estados Unidos y la Commonwealth. Así como Churchill había cultivado la amistad con Roosevelt, el primer ministro Macmillan cultivó sus relaciones personales con los presidentes Eisenhower y Kennedy; y Margaret Thatcher su afinidad espiritual con Ronald Reagan y George Bush. La lengua común y los sistemas legales similares, los múltiples intercambios intelectuales y académicos, más las bases norteamericanas en Gran Bretaña durante la segunda guerra mundial contribuían a ese sentimiento de relación especial. Las frecuentes visitas de la reina Isabel II a los dominios angloparlantes y a las antiguas colonias que a la sazón constituían la Commonwealth mantenían la sensación de que Gran Bretaña tenía más intereses globales y relaciones más profundas con los países de habla inglesa que con Europa continental.

Alemania no había tenido nunca parlamentos verdaderamente soberanos como el de Gran Bretaña y además debía superar el tremendo legado de las depredaciones nazis tanto en el país como en el exterior. La desnazificación dirigida por los aliados fue bastante superficial, exceptuados los juicios de Nuremberg contra los líderes sobrevivientes. Eran tantos los empleados y funcionarios civiles que habían sido miembros del Partido Nazi, que habría sido imposible encontrar alemanes para gobernar el país si todos los ex nazis hubieran sido automáticamente eliminados.

Por añadidura factores políticos y culturales dispusieron a los anglosajones a la lenidad, incluso con alcaldes, jueces y empleados civiles alemanes obviamente autoritarios. El Telón de Acero y la guerra fría motivaron sin remedio a las autoridades de ocupación para pensar en los alemanes como aliados potenciales contra la hostilidad de la Unión Soviética. Con mucha probabilidad fue muy importante, en un nivel intuitivo, que los estadounidenses y británicos admiraran la eficiencia y la ética laboral de los alemanes. Por eso compartieron con ellos cierto sentimiento generalizado de superioridad sobre los pueblos «latinos» y «mediterráneos», que eran menos disciplinados.

En esas circunstancias fue una verdadera fortuna que sur-

giera como cabeza de la coalición mayoritaria democratacristiana y como primer ministro de la nueva República Federal de Alemania un político experimentado desde la época de Weimar, sin duda prooccidental y antinazi durante toda su carrera: Konrad Adenauer, *der Alte* («el Viejo»), que tenía setenta y tres años cuando llegó a primer ministro y ochenta y seis cuando se retiró. Había sido elegido alcalde de Colonia en repetidas ocasiones a lo largo del período de entreguerras. Era social y políticamente conservador; su personalidad se imponía sobre la de sus correligionarios de una manera que es mucho más frecuente en Alemania que en Gran Bretaña o Estados Unidos. Pero conocía y respetaba las normas de la democracia parlamentaria.

Durante catorce años (1949-1962) hizo posible que Alemania recobrara su autoestima y acabó con la ocupación militar occidental. Con la complicidad de la mayoría de los oficiales aliados, Adenauer evitó toda purga generalizada de los funcionarios civiles de la época nazi. Los franceses se felicitaban porque había favorecido con entusiasmo la reconciliación franco-alemana en los años veinte. Durante sus años a la cabeza del gobierno de Bonn favoreció también constantemente todas las medidas que condujeran a la cooperación franco-alemana y a la constitución del Mercado Común. Los anglo-americanos se felicitaban porque era un líder *civil* anticomunista capaz y porque favoreció el establecimiento de la Alianza Atlántica (OTAN).

El desarrollo del Estado de bienestar y la creación del Mercado Común se beneficiaron asimismo con la liquidación del imperialismo territorial europeo. Italia perdió su relativamente pequeño imperio africano como consecuencia de haber peleado y perdido la guerra al lado de Hitler. Gran Bretaña, Francia y Holanda habían visto cómo ocupaba Japón sus colonias asiáticas. En cualquier caso estaban demasido debilitadas desde el punto de vista financiero y militar después de la guerra para mantener sus imperios. Churchill dijo en tono beligerante que no se había convertido en primer ministro para presidir la defunción del Imperio británico. Pero de hecho ni los británicos en Oriente Medio, Birmania y la India ni los holandeses en Indochina tenían alternativa práctica alguna como no fuera la de abandonar sus colonias.

Tal vez para su sorpresa, esos pueblos pragmáticos descu-

brieron a principios de los años cincuenta que se las arreglarían mejor sin la carga de tener que gobernar a súbditos indóciles. Una vez que los europeos se despojaron de sus posesiones imperiales, los nuevos gobiernos independientes se apresuraron a dirigir el grueso de su comercio hacia sus antiguas «madres patrias». Adoptaron las lenguas inglesa y holandesa para comunicarse entre sus poblaciones multilingües, enviaron a sus élites a estudiar en universidades inglesas y holandesas, y mantuvieron muchas de las estructuras institucionales europeas en la construcción de los nuevos regímenes. En las antiguas metrópolis se celebraron más matrimonios mixtos y las parejas interraciales gozaron de más aceptación social. No quiero sugerir con esto que el racismo desapareciera como por milagro del norte de Europa, pero el fin de la época imperial trajo consigo el pequeño dividendo de una conducta más civilizada hacia los asiáticos.

Francia se mostró mucho más reacia a abandonar su imperio que Gran Bretaña y Holanda. Durante una década —hasta el desastre de Diên Biên Phu en 1954— luchó por restablecer su autoridad en Vietnam. En el norte de África reconoció la independencia de Tunicia y Marruecos, que le fue recompensada por relaciones comerciales y diplomáticas amistosas. Pero hasta 1961 insistió en que Argelia era parte integrante de Francia. Argelia no era, es cierto, una mera colonia explotada. La inmigración francesa a un territorio escasamente poblado comenzó en 1830. Al cabo de 120 años había más de un millón de franceses que cultivaban las tierras, dirigían pequeños negocios en condiciones muy semejantes a las de la Francia metropolitana y se consideraban tan argelinos como la mayoría musulmana. Sin embargo, los musulmanes eran ciudadanos de segunda categoría en la Argelia francesa y, como parte de todo el movimiento de descolonización posterior a la segunda guerra mundial, exigían la independencia y lucharon por ella en vista de que no se la garantizaban las negociaciones.

Por un lado la Francia de 1945-1946 decidió establecer la Cuarta República que, como su predecesora, tuvo un poder legislativo de coaliciones variables y gabinetes relativamente débiles. Por otro lado, Francia abrigaba con fervor el recuerdo de haber sido durante siglos la potencia continental más importante hasta la guerra franco-prusiana de 1870 y tenía la certeza de se-

guir siendo el centro principal de las bellas artes entre 1870 y 1940, a pesar de la pérdida de la superioridad política y militar.

Mientras reconocía la necesidad de liquidar el imperialismo del siglo XIX Francia estaba decidida a recuperar alguna forma de poder equivalente al de antaño. Cuando en los años 1960-1962 se produjo la independencia legal, las en teoría naciones soberanas que habían sido colonias liberadas incluían Mauritania, la República de Sudán, Nigeria, Chad, la República de África Central, Gabón, la República de Ghana, Senegal, la Guinea francesa, el Camerún francés y la Costa de Marfil. Estas naciones «nuevas» sin infraestructura política ni económica estaban atadas a la antigua «madre patria» por el entrenamiento de sus ejércitos y policías, más la discreta presencia de una élite de unidades de tropas francesas, el ceremonioso intercambio de regalos entre los presidentes franceses y africanos, la disponibilidad de Air France para trasladar a los gobernantes que asistían a conferencias internacionales y la educación de pequeñas élites en Francia.

Portugal —a esas alturas la más débil, pero también la más antigua de las potencias imperialistas europeas— intentó aferrarse el mayor tiempo posible a sus colonias de Goa, Angola y Mozambique.

La mitología de haber mantenido misiones civilizadoras desde mediados del siglo XV, de una presunta disposición para preparar a los nativos en cuestiones económicas y administración civil sin discriminaciones raciales y el mantenimiento de «lazos históricos» dio motivo a la dictadura conservadora de Salazar para sacrificar la prosperidad de Portugal mismo en aras de retener las colonias. La liberación de éstas en 1975-1976 coincidió con la «revolución de los claveles», la revuelta militar sin derramamiento de sangre que recuperó para Portugal las libertades políticas y dio comienzo a un rápido proceso de modernización dentro del marco de la CEE.

Italia tenía rasgos particulares que influyeron sobre su conducta en la nueva Europa democrática. Tanto durante la monarquía parlamentaria (1871-1922) como durante la dictadura fascista (1922-1943) había sido «casi» una gran potencia comparable con Gran Bretaña, Francia y Alemania. Sin embargo, el contraste de estándares de vida, salud y alfabetización entre el

norte industrializado y el sur agrícola era mucho mayor que los contrastes regionales de las potencias antes mencionadas.

Después de 1943, con su posición como país ex fascista y con el Partido Comunista más dinámico fuera de la Unión Soviética, Italia era una nación que provocaba especial susceptibilidad desde el punto de vista de los anglo-norteamericanos. La liberación no se logró en cuestión de meses como en Francia y los Países Bajos. Por el contrario, el avance de las fuerzas expedicionarias aliadas y la lenta retirada de los alemanes hicieron que se produjeran largas y cruentas batallas entre los primeros desembarcos aliados en Sicilia —julio de 1943— y el repliegue final de los alemanes del norte de Italia en abril de 1945. El rey y sus generales no se opusieron a deshacerse de Mussolini, pero no tenían arrestos para luchar contra los alemanes y difícilmente podían ser las personas indicadas para dirigir la transformación democrática de la península.

Los anglo-norteamericanos trabajaron con las reducidas élites intelectuales y políticas antifascistas y (como en la derrotada Alemania) con la masa de funcionarios que habían servido con lealtad a Mussolini y en ese momento estaban dispuestos a servir a cualquier buen pagador que los confirmara en sus cargos.

Durante los veintidós meses de campaña militar hubo una colaboración mutua respetuosa entre los ejércitos aliados y los partisanos, dentro de pautas establecidas casi en su totalidad por los militares y sin ningún compromiso económico ni social para el futuro.

Gran Bretaña y Estados Unidos estaban dispuestos a aceptar que la Italia de posguerra fuera una república o una monarquía mientras hubiera un mínimo de libertad política y mientras al Partido Comunista no se le permitiera participar en el gobierno nacional aunque sí en los municipios. Se convirtió en República parlamentaria por decisión de un plebiscito en 1946 y tuvo una serie de gobiernos dominados por el Partido Democratacristiano desde 1946 a 1992. Las mayorías democratacristianas se consiguieron en elecciones relativamente honestas. Pero el hecho de que sus organizaciones locales dependieran en gran medida del clientelismo y el soborno, y el de que Estados Unidos indicara cada vez que fue necesario que si los comunistas ganaran cesaría la ayuda económica significaron que Italia no fuera

una democracia en el mismo sentido que Gran Bretaña o los países del norte europeo. No hubo alternancia de poder de los diferentes partidos sino coaliciones variables, en las cuales los democratacristianos siguieron siendo los socios dominantes.[2]

Tal vez la «afortunada» historia más espectacular en la constitución de Estados de bienestar europeos en la posguerra sea la de Austria. El destino de Austria entre las dos guerras mundiales fue difícil. Los acuerdos de 1919 redujeron a Viena de ciudad principal de un próspero imperio multinacional a ser una ciudad hiperdimensionada que albergaba a la tercera parte del total de la población de un Estado pequeño étnicamente homogéneo. La nueva República tenía expresamente prohibido unirse a Alemania, también derrotada pero económicamente mucho más viable.

Durante la primera década el poder estuvo dividido casi por igual entre los socialdemócratas con base urbana y el Partido Social Cristiano con base rural, dominado por la Iglesia. El país sufrió un elevado desempleo y un intenso conflicto social desde el principio. Entre 1927 y 1938 sus gobiernos miraron al fascismo italiano como modelo político y, tras la ascensión de Hitler al poder en 1933, tuvieron la esperanza de contar con la protección de Mussolini para que los protegiera contra la versión más brutal del fascismo alemán.

Mientras los conservadores clericales dominaban cada vez más al gobierno nacional, los socialdemócratas continuaban manteniendo el poder mayoritario en el gobierno municipal vienés. Entre otros proyectos de bienestar social el municipio construyó bloques de viviendas obreras que incluían zonas de juegos, jardines y el cuidado, parte del tiempo, de los niños en edad preescolar. Tanto por razones arquitectónicas como políticas esos apartamentos tuvieron notable valor simbólico para la izquierda del mundo entero. En febrero de 1934 el gobierno nacional conservador recurrió a milicias fascistas que reprimieron una huelga general en Viena, convocada para resistir una serie

2. Para las complejidades de la política y la economía italianas me he basado fundamentalmente en Paul Ginsborg, *A History of Contemporary Italy*, Penguin Books, 1990, y en Linda Weiss, *Creating Capitalism*, Basil Blackwell, 1988, que trata sobre todo pero no exclusivamente el papel del Estado en la economía italiana de la posguerra.

de decretos que coartaban las libertades democráticas. Los obreros socialistas lucharon contra las milicias y, en el curso de la resistencia, muchos de esos edificios —que llevaban los nombres de Marx, Goethe y Beethoven— fueron dañados por el fuego de la artillería pesada.

La tragedia no fue olvidada. Al principio de la guerra civil española las milicias izquierdistas de Madrid y Barcelona acuñaron el lema de «Antes Viena que Berlín», para significar que era preferible la resistencia de los obreros vieneses contra el fascismo que la pasividad descorazonada de los obreros berlineses cuando los nazis tomaron la capital. Los apartamentos vieneses fueron reparados y mejorados después de la segunda guerra mundial y siguen siendo uno de los primeros ejemplos de alojamientos populares estéticamente agradables, que se convertirían en característicos en los Estados de bienestar del norte de Europa. Para volver al destino de Austria: en marzo de 1938, Hitler llevó adelante la *Anschluss* («anexión»), prohibida por los tratados de paz, y Austria desapareció como Estado soberano.

Pero después de la segunda guerra mundial ese mismo episodio se convirtió en una de las razones para la buena fortuna de Austria. Austria fue reconstituida y considerada víctima inocente del nazismo aunque lo cierto es que el antisemitismo fue relativamente más agudo entre los austríacos y bávaros que entre los alemanes del norte. Igual que Alemania, Austria fue ocupada por las cuatro potencias vencedoras, sin embargo, ni los soviéticos ni los aliados occidentales tenían la misma sed de venganza contra los austríacos que contra el antiguo Tercer Reich. En contraste con lo que ocurrió en Alemania, Austria fue tratada como una unidad económica y se le permitió gobernarse a sí misma dentro de generosos parámetros.

Después de la muerte de Stalin, sus herederos quisieron contrarrestar el creciente poderío de Alemania Occidental y su incorporación a la OTAN. Ofrecieron poner término a la ocupación militar tanto de Austria como de Alemania a cambio de la estricta neutralidad de los dos países. Las negociaciones nunca fueron más allá de gestos propagandísticos en el caso de Alemania, pero soviéticos y occidentales aprovecharon la ocasión para suavizar las tensiones de la guerra fría firmando un tratado de paz con Austria.

En 1955, diecisiete años después de haber sido barrida del mapa, Austria renació como República parlamentaria soberana (era la Segunda República de los austríacos). La Unión Soviética y Occidente aceptaron la presidencia de Karl Renner, uno de los políticos socialistas más prestigiosos desde los tiempos de la Primera República. La brecha urbano-rural volvió a reflejarse en la casi igualdad de fuerzas de los socialistas y del Partido del Pueblo (católico). Pero la ideología no era tan importante después de la guerra como lo había sido en los años veinte y treinta. Los socialistas desecharon la retórica revolucionaria marxista y el Vaticano era en ese tiempo socio de una Italia democrática en vez de fascista.

La mayoría de los gobiernos austríacos del medio siglo posterior a la guerra han sido gabinetes de coalición; la neutralidad ha sido aceptada de buen grado por todos los partidos políticos; la política económica ha sido en gran parte consensuada. Igual que en los países escandinavos y hasta un punto considerablemente alto también en Alemania y los países del Benelux, el consenso económico se logró no sólo a través de la legislación sino quizá más en reuniones programadas con regularidad de juntas sectoriales de gobierno que incluían a representantes de los sindicatos, las cámaras de comercio, las cámaras agrícolas y las influyentes autoridades regionales y municipales.

El dinero del Plan Marshall fue empleado sabiamente para modernizar las industrias estatales obsoletas del acero, la química, el carbón y el hierro como así también en excelentes ferrocarriles, servicios postales y red de carreteras. Como en los países escandinavos y Francia, la controversia sobre la propiedad pública o privada no ha sido una apasionada cuestión política. Aproximadamente el 20 % de la industria era y sigue siendo de propiedad estatal y, en general, está tan bien administrada como las empresas privadas.

La casi equilibrada división del poder político entre el Partido Socialista y el Partido Popular ha hecho posible que el consenso austríaco haya tomado elementos del modelo keynesiano de Suecia y de la economía social de mercado de Alemania. El primer ministro socialista Bruno Kreisky recurrió a ciclos alternativos de cebado de la bomba para mitigar los efectos de las crisis petroleras de los años setenta. Al mismo tiempo —ante

la insistencia de sus socios conservadores— mantuvo un chelín fuerte atado al marco alemán. A lo largo de los años setenta y ochenta, los gobiernos incrementaron los presupuestos de educación para todos los niveles. Un último elemento significativo en el afortunado destino de Austria ha sido la ausencia de una gran institución militar, condición para la soberanía impuesta por las potencias vencedoras y aceptada con gusto por la población.[3]

Volvamos de la variedad de idiosincrasias nacionales mencionadas en los párrafos anteriores a la Europa de posguerra situada al oeste del Telón de Acero. Todas la naciones se inclinaron con firmeza hacia la creciente unidad económica desde los tiempos del Plan Marshall hasta principios de los años noventa. Los años transcurridos entre 1950 y 1973 (cuando se produjo la repentina subida del precio del petróleo) fueron años de un crecimiento económico sostenido en todo el mundo. Pero las más beneficiadas fueron las poblaciones de Estados Unidos y de la Europa que estaba fuera de la órbita soviética. Con posterioridad a 1973, los costos de la producción de energía y la creciente conciencia del daño ecológico que estaba haciendo ese crecimiento económico global redujeron a la vez el porcentaje de crecimiento y el optimismo generalizado con vistas al futuro lejano.

Sin embargo, las facetas principales del Estado de bienestar no fueron seriamente cuestionadas hasta el colapso de la Unión Soviética en 1991. En ese momento y de ahí en adelante el fracaso del socialismo autoritario ha sido cada vez más utilizado como argumento para desacreditar las formas occidentales de responsabilidad estatal sobre la seguridad mínima de todos los ciudadanos.

Ideologías aparte, los tres modelos antes expuestos se precipitaron en dificultades financieras después de la primera ola de desarrollo y prosperidad de los años cincuenta y sesenta. Esas dificultades compartidas involucraron a todos los países occidentales. La recepción de impuestos no era suficiente para cubrir el costo de las pensiones y los servicios de sanidad. El mercado de grandes maquinarias y de artículos del hogar estaba saturado y, al mismo tiempo, las máquinas que ahorraban mano de obra em-

3. John Fitzmaurice, *Austrian Politics and Society Today*, MacMillan Press, 1991.

pezaron a sustituir en gran número a los obreros. La creciente actividad industrial polucionaba la atmósfera y el agua que todo el mundo había dado por buenas; y las medidas necesarias para controlar la polución se agregaban a los costos de producción y distribución.

Los costos agrícolas se añadían también a los crecientes déficits anuales. En todos los países altamente industrializados —incluidos de manera notoria Estados Unidos y Japón—, a los gobiernos les pareció necesario subsidiar la agricultura nacional. A principios de siglo la agricultura ocupaba todavía a la mitad de la población, pero en 1990 la agricultura mecanizada producía cosechas récord mientras sólo del 5 al 10 % de la población vivía aún en las granjas.

Estaban involucradas cuestiones estéticas y morales así como económicas. En cualquier parte donde el suelo fuera arable y las lluvias suficientes, los campos y bosques europeos habían sido cuidadosamente mantenidos tanto por su belleza como por su productividad. Durante los fines de semana cazar conejos o perdices, hacer excursiones por bosques donde la maleza había sido limpiada con esmero, recoger setas comestibles o fresas silvestres no eran actividades desdeñables; los gobiernos no podían permitir negligencias con el paisaje porque los salarios fueran más altos en las ciudades. De modo que todos ellos han seguido subsidiando la agricultura, eximiéndola de los efectos descontrolados de las fuerzas del mercado.

Si se piensa en Europa occidental y Escandinavia como un todo, la prosperidad de posguerra se ha basado en altos porcentajes de inversiones públicas y privadas. Primero se produjo la reconstrucción de la infraestructura y la edificación de alojamientos para una población en constante crecimiento. Hubo una incesante inversión en nuevas tecnologías electrónicas y químicas, en el desarrollo de servicios de sanidad pública y en la producción y venta masiva de automóviles, televisores, lavadoras, neveras y toda clase de aparatos que ahorraran trabajo. También se mantuvo el permanente paraguas defensivo del poderío norteamericano ejercido a través de la OTAN, que permitió a los Estados europeos evitar mantener cuantiosos presupuestos militares, a menos que así lo decidieran. Es el caso de los británicos y franceses que prefirieron conservar grandes fuerzas militares nacionales.

El desempleo alcanzó un promedio del 3 % durante los años cincuenta y de sólo un 1,5 % en los sesenta. Se logró así una capacidad de fuerza laboral y poder de compra sin precedentes. En 1960 la alta tasa de empleo permitió a Alemania absorber millones de *Volksdeutsche* (étnicamente alemanes), que habían sido arrojados de Europa oriental. Durante los años sesenta alrededor de un 5 al 7 % del total de la fuerza laboral del norte europeo estaba constituida por inmigrantes de los países mediterráneos. Toda esa gente vivía en alojamientos más precarios que los ciudadanos nativos y sufrió muchas formas de prejuicios étnicos. Pero esos obreros aprendieron el uso de la maquinaria moderna, podían mandar parte de sus salarios a los parientes, educaban a sus hijos en escuelas públicas del país que los acogía y recibían servicios de sanidad básicos.

Es necesario reconocer que el desarrollo del Mercado Común dio lugar, simultáneamente, al crecimiento de las tensiones étnicas en los barrios de clase obrera y a la ampliación de oportunidades sin precedentes incluso entre las clases más pobres y entre los pueblos históricamente más pobres. Como una vez dijo en pocas palabras el distinguido escritor suizo Max Frisch: «Pedíamos trabajadores y llegaron seres humanos.»

Turcos, griegos, españoles, portugueses y norteafricanos, todos ellos sufrieron los prejuicios y estereotipos de la Europa del norte, pero también encontraron una vida más digna que en sus países de origen. No eran trabajadores esclavos deportados como los de la segunda guerra mundial sino inmigrantes voluntarios. Muchos se convirtieron en propietarios de pequeños negocios minoristas en los países adonde habían emigrado y muchos otros utilizaron sus ahorros para comprarse casas y negocios en sus lugares de origen.[4]

En los cuarenta años que sucedieron a la segunda guerra mundial, los pueblos europeos —y los de los dominios de Estados Unidos y Gran Bretaña— adquirieron un estándar de vida más alto del que habían disfrutado en épocas pasadas. Los beneficios llegaron primero y en mayor cantidad a los países del norte. Pero a fines de los años ochenta, los pueblos de España, Portugal y

4. Ray C. Rist, «Guest Workers in Germany and France», *Daedalus*, primavera 1979, pp. 95-108.

Grecia también compartieron ese mejor estándar de vida y también lograron una libertad política comparable a la de las históricas naciones democráticas de Europa occidental y Escandinavia.

Gentes que habían vivido en chozas, sin electricidad, que tenían que sacar a mano el agua de los pozos, vivían en bloques de apartamentos con agua corriente, electricidad y gas. Gentes que nunca habían podido darse el lujo de tener médicos ni dentistas recibían atención sanitaria mínima, tal vez a costa de horas pasadas en las salas de espera antes de ser atendidas o de meses en las listas de espera para intervenciones quirúrgicas que no fueran de emergencia, pero aun así recibían una atención mínima que no estaba a su alcance en el pasado.

Esos trabajadores tenían unas cuantas semanas de vacaciones pagadas y muchos de ellos, que nunca habían salido de sus casas antes de la segunda guerra mundial, volaban a las playas mediterráneas en julio y agosto. Quien siempre había caminado o pedaleado en una bicicleta montaba en motocicleta o conducía su pequeño automóvil. En los pueblos donde la gente había tenido que usar los mismos utensilios domésticos a través de varias generaciones había ya cubos de plástico de brillantes colores, baterías de cocina, vajilla de mesa y cortinas; había también gran variedad de juguetes baratos de plástico para mantener entretenidos a los niños bajo la vigilancia de las abuelas mientras las madres trabajaban en almacenes o fábricas. Y esas madres se vestían con una variedad de modelos, colores y telas que antes eran privilegio de un puñado de gentes pudientes del pueblo.

La educación pública hasta los catorce o dieciséis años —según la legislación de los distintos países— estaba al alcance de todos. La calidad de la educación variaba mucho de un país a otro y de un distrito a otro dentro de cada país. Pero el analfabetismo generalizado había desaparecido virtualmente. Las facilidades universitarias se ampliaron de modo considerable conforme la educación superior se convirtió en ambición normal de familias modestas y en una necesidad para conseguir empleos bien pagados en la industria y los servicios. La rápida expansión universitaria causó problemas muy reales de «masificación» y escasez de laboratorios y bibliotecas. Pero son problemas que se resolverán con el tiempo y es importante reconocer que la masificación se ha convertido en problema precisamente porque aho-

ra llega a la universidad un sector mucho mayor de población que en cualquier época pasada.

Para todas las clases sociales, el deporte se ha convertido en la actividad más importante durante las horas de ocio. Todas las escuelas y muchos comercios y fábricas tienen equipos de fútbol y baloncesto. El tenis, el golf, la vela y el montañismo —actividades que antes eran sólo privilegio de los ricos— son cada vez más populares en parques municipales y excursiones organizadas. Sacos de dormir ligeros de peso, tiendas, hornillos de butano y canoas han llevado al aumento de la cantidad de excursiones y campamentos. La consecuencia inmediata es que se aprecie más el ambiente natural y se tenga más en cuenta la necesidad de protegerlo contra daños cometidos por imprudencia.

El cine se convirtió desde luego en entretenimiento de masas en la primera mitad del siglo. Pero los años cincuenta fueron testigos de la explosión de nuevas tecnologías. Casi hasta los más pobres tienen televisión en su casa desde los años sesenta y equipos de vídeo desde los ochenta. Los discos de larga duración, los discos compactos, los equipos de música cada vez de mejor calidad sea para grabarla o reproducirla han aumentado enormemente las audiencias de todo tipo de música lo mismo clásica que popular. Música que se escucha en hogares, auditorios y estadios con altavoces de alta fidelidad.

Otro factor cualitativo importante en el desarrollo de los Estados democráticos de bienestar ha sido la admirable calidad humana de numerosos líderes ilustres. Los sufrimientos masivos y los crímenes masivos cometidos bajo los regímenes fascistas, nazi y estalinista, así como durante la segunda guerra mundial, crearon una sensibilidad ética que no había sido precisamente característica de la política europea ni de ninguna otra.

En tiempos de paz Konrad Adenauer habría estado probablemente muy satisfecho retirándose como alcalde de Colonia al cabo de un par de períodos de gobierno. Dos guerras mundiales lo convirtieron en el principal artífice conservador germano de la reconciliación franco-alemana. En tiempos de paz Charles de Gaulle habría hecho sin duda una carrera técnica brillante como teórico de las operaciones bélicas con unidades blindadas. La derrota de 1940 lo convirtió en portavoz de una Francia que se negaba a aceptar el Nuevo Orden de Hitler en Europa. Más adelan-

te, a pesar de su soberbia personal, entendió la necesidad de retirarse de Argelia, la necesidad de una Constitución republicana de tipo presidencialista y la necesidad de la reconciliación con Alemania. Lo que esos dos hombres podrían haber sido como servidores de las dinastías de los Hohenzollern o los Bonaparte pueden ser elucubraciones pesadillescas de cualquiera. Pero en la Europa posterior a Hitler contribuyeron poderosamente con su ejemplo personal y su política a la recuperación de normas políticas civilizadas.

El Estado de bienestar como tal también le debe mucho al carácter de los hombres de estado más distinguidos que han presidido algunos gobiernos en la época de la posguerra: los primeros ministros británicos Attlee, Macmillan y Wilson; los primeros ministros suecos Erlander y Olof Palme; los alemanes Willy Brandt, Helmut Schmidt y Helmut Kohl; los austríacos Bruno Kreisky y Franz Vranitzky; el primer ministro y luego presidente portugués Mário Soares; los primeros ministros españoles Adolfo Suárez y Felipe González; la primera ministra noruega Gro Harlem Brant y el presidente italiano Sandro Pertini.

Incluso en sociedades democráticas donde el concepto de «estar por encima de los demás» ha desaparecido, el ejemplo dado por las figuras públicas es importante para la conducta del ciudadano normal. Los denominadores comunes de las personas antes mencionadas son la adhesión a la democracia, el compromiso con la supremacía civil de gobierno, la modestia de apetitos y ambiciones individuales, la escrupulosa integridad personal, la inteligente preocupación por las necesidades del pueblo entero sin tener en cuenta criterios ideológicos, nacionales ni racistas. Aunque rara vez se mencione, en la creación de una nueva atmósfera internacionalista ha sido importante el movimiento que hermana a ciudades de distintos países, que ha dado lugar a diversas formas de ceremonias fraternales y al intercambio de estudiantes y profesionales.[5]

Al final del período que abarca este libro —1990—, los presupuestos dedicados al Estado de bienestar todavía producen déficits que no es posible permitir se sigan acumulando indefini-

5. Edwina S. Cambell, «The Ideals and Origins of the Franco-German Sister Cities Movement», *History of European Ideas*, v. 8, 1987, pp. 77-95.

damente. Como en el caso de la masificación universitaria, gran parte del problema refleja el enorme éxito del Estado de bienestar. Preocupan los planes de pensión porque la expectativa normal de vida se ha incrementado con mucha más rapidez de la que nadie habría podido predecir en 1945. Los casos de tensión y depresión psicológica, de hipertensión y varias formas de alergias o desequilibrios químicos son tratados cada vez más con una sofisticada serie de drogas. Esas drogas son el resultado de investigaciones y experimentos onerosos y, por lo tanto, son costosas. La cirugía está capacitada para tratar muchos órganos y nervios en extremo delicados de áreas cerebrales, que antaño eran intocables. Pero el equipo y el procedimiento que exige son muy caros.

La economía del Estado de bienestar se ha visto perjudicada también por otros tres problemas que habían sido en parte anticipados, pero que no podían ser cuantificados antes de que se produjeran los hechos. Uno es que las parejas tienen menos hijos, de modo que la cantidad de asalariados activos que contribuyen a los fondos de jubilación será en el futuro mucho menor que la cantidad de personas que llegan a edad avanzada y reciben jubilación. El segundo es la rápida industrialización de China y el Sudeste de Asia, lo cual significa que productos que sólo se fabricaban en Occidente y Japón ahora se fabrican eñ países donde la mano de obra es mucho más barata y la protección social de los trabajadores mucho menor que en las democracias capitalistas occidentales. El tercer factor es el crecimiento de la automatización, que reduce de manera drástica y permanente la cantidad de puestos de trabajo industriales; la informatización del papeleo reduce también de manera drástica los puestos de trabajo para empleados de cuello blanco.

Por último hay otro factor psicológico importante que agrava la sensación de crisis del Estado de bienestar. La competencia de la recién industrializada Asia y el desempleo estructural debido a la automatización y la informatización han coincidido con el colapso de una potencia no capitalista importante: la Unión Soviética. La victoria occidental en la guerra fría y el repudio al comunismo de todos los pueblos que hasta 1989 vivían bajo la dominación soviética han desacreditado de forma directa las versiones autoritarias del marxismo y, de forma indirecta pero enérgica, tienden a desacreditar asimismo al socialismo de-

mocrático y a la democracia social. La victoria económico-política ha hecho crecer como era natural el prestigio del monetarismo y la exigencia de absoluta desregularización del capitalismo en el mundo entero.

La solución a los problemas del actual Estado de bienestar requerirá por cierto profundos cambios de actitud, reasignación de fuentes de recursos y cambio en los métodos de financiación pública. Dejo para el capítulo final la consideración de cuáles podrían ser esos cambios. Pero en simples términos de historia objetiva hay que reconocer que, entre 1950 y 1990, el Estado de bienestar ahora amenazado ha proporcionado las mejores condiciones de vida a una mayor cantidad de gente y ha roto más barreras de clase y rigidez social que ninguna otra sociedad creada hasta la fecha por el ingenio humano. No es algo a lo que se pueda renunciar fácilmente porque haya números rojos.

CAPÍTULO 11

EL IMPERIO SOVIÉTICO Y EL «SOCIALISMO REAL», 1944-1985

Debido al hecho de que el comunismo ha sido la ideología más controvertida del siglo XX, todo lo que se diga con referencia a la historia soviética está cargado de profundas connotaciones políticas. Por razones que se dan más adelante creo que el nombre de «Unión Soviética» es el más apropiado para los años transcurridos entre 1917-1939 y prefiero usar el de «Imperio soviético» para los años posteriores a 1940.

Como consecuencia de la Revolución y de la guerra civil (1917-1920) el Partido Comunista estableció su dominio en el grueso de los territorios europeos y asiáticos que formaran el Imperio de los Románov. En las esferas económica y política fueron los de etnia rusa los principales administradores del territorio heredado de los zares, reconquistado en la guerra civil. Ucranianos, georgianos y armenios tenían fuerte representación en el gobierno de Moscú; el régimen soviético, lo mismo que el de los zares, proclamaba su legitimidad como una federación de muchas nacionalidades, religiones y culturas lingüísticas. Puesto que el poder soviético se ejerció sólo en tierras que habían sido parte del imperio zarista, y puesto que el régimen soviético original tenía una ideología internacionalista y no racista, es razonable utilizar el término de «Unión Soviética» para los años que van de 1917 a 1939.

Pero el gobierno de Stalin se anexó en 1940 las repúblicas bálticas. Durante las últimas etapas de la segunda guerra mundial, el Ejército Rojo ocupó Polonia, Checoslovaquia, Hungría,


Europa dividida tras el fin de la guerra, 1946-1989
Telón de Acero
NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
DINAMARCA
IRLANDA
REINO UNIDO
PAÍSES BAJOS
BÉLGICA
ALEMANIA DEL ESTE
ALEMANIA DEL OESTE
POLONIA
CHECOSLOVAQUIA
FRANCIA
SUIZA
AUSTRIA
HUNGRÍA
RUMANIA
ITALIA
YUGOSLAVIA
BULGARIA
ALBANIA
GRECIA
PORTUGAL
ESPAÑA
TURQUÍA
UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS SOVIÉTICAS
Madrid
Barcelona
París
Berlín
Roma
Moscú
Helsinki
Oslo
Varsovia
Praga
Viena
Budapest
Belgrado
Bucarest
Sofía
Ankara
Estambul

Rumanía y Bulgaria. Según los acuerdos de Yalta de febrero de 1945, esos países iban a elegir sus gobiernos en elecciones libres en las cuales tendrían derecho a participar todos los partidos antifascistas. Pero más tarde, entre 1945 y 1950, Stalin hizo con los gobiernos y partidos comunistas de Europa del este lo mismo que había hecho con el gobierno y el Partido Comunista soviéticos entre 1936 y 1939.

La brutal toma del poder político-militar en los países mencionados en el párrafo anterior justifica ampliamente el título de «Imperio soviético» para este capítulo. Una de las grandes contradicciones de la historia soviética es que un régimen que se suponía satisfacía las leyes objetivas de la historia estuvo mucho más sujeto al control de gobernantes individuales que ninguna de las democracias capitalistas, e incluso que las dictaduras fascistas y derechistas del período de entreguerras, con excepción de la dictadura de Hitler. Durante la Revolución y la guerra civil, la palabra de Lenin era ley. Después de 1928 también es verdad que lo fue virtualmente la de Stalin y explícita y sangrientamente verdad en la época de las grandes purgas de 1936-1939.

Por otra parte, durante la segunda guerra mundial —llamada por la prensa soviética la «Gran Guerra Patriótica» o la «Guerra en Defensa de la Patria», no del comunismo—, Stalin pareció ser más flexible. Apeló a los sentimientos históricos del pueblo ruso y permitió que la Iglesia ortodoxa funcionara abiertamente. Poetas y novelistas se sintieron capaces de expresar sus sentimientos personales, en especial porque el sentido del patriotismo y el antifascismo eran de verdad el denominador común de los gobernantes y sus súbditos. La *Séptima sinfonía* de Dmitri Shostakóvich, dedicada al sitio de Leningrado, pudo ser ejecutada por el mundo entero como una obra de arte soviética antifascista. En esa época nadie tenía necesidad de saber que para el compositor era una sinfonía dedicada a su ciudad natal, dos veces devastada: primero por las purgas de Stalin durante la preguerra y luego por el cerco nazi.[1]

En 1945 Stalin restableció de inmediato la ideología más

1. G. Jackson, «Política y música en la vida de Dmitri Shostakóvich» y «El significado de las sinfonías de Shostakóvich», *Claves de la razón práctica*, Madrid, primavera de 1993 e invierno de 1994 respectivamente.

estricta y el control policial. Los soldados desmovilizados podían ser enviados a campos de trabajo carcelarios —los gulags— por hacer admirativos comentarios de cosas que habían visto en la Europa «liberada». El perro guardián de la cultura que tenía Stalin, Andréi Zhdánov, advirtió a los escritores que evitaran los pecados del «cosmopolitismo desarraigado» (un término tan abarcador que incluía los orígenes judíos y los lazos con corrientes intelectuales occidentales como el surrealismo y el psicoanálisis).

A Zhdánov no le hizo ninguna gracia que el famoso escritor satírico Soshchenko publicara el cuento de un mono que se escapaba del zoológico de Leningrado. Al principio el feliz simio estaba encantado con la libertad de que disponía para inspeccionar todos los aspectos de la vida soviética, pero al cabo del tiempo se encontró viviendo en tan malas condiciones al aire libre que volvió por voluntad propia al zoológico. Zhdánov advirtió también a los ilustres compositores Prokófiev y Shostakóvich contra la música no melódica, que los ciudadanos soviéticos eran incapaces de silbar; ridiculizó a la poetisa Ajmátova por escribir versos puramente subjetivos, que guardaban absoluto silencio ante los logros del socialismo soviético. Ninguno de esos artistas fue encarcelado, pero tuvieron que esperar hasta varios años después de la muerte de Stalin para considerarse libres de escribir o componer lo que de verdad querían.

En 1948 Zhdánov —cuya base política era, desde el punto de vista de Stalin, la poco digna de confianza ciudad de Leningrado— murió inesperadamente. Después de su muerte el anciano dictador dirigió una de sus masivas purgas sangrientas en el distrito de Leningrado. Los detalles de esa purga siguen sin conocerse; en las breves noticias de la prensa soviética se refirieron a ella simplemente como al «caso Leningrado». A fines de 1952 Stalin anunció el descubrimiento de un misterioso «complot de médicos» en el Kremlin, alegando una conspiración de médicos, la mayoría de los cuales resultaron tener apellidos judíos fácilmente reconocibles.

El 5 de marzo de 1953 murió Stalin, mientras todavía se estaban preparando las confesiones de los médicos para hacer el montaje de los juicios en una cárcel central de Moscú. Tenía setenta y tres años y desde hacía varios sufría manifestaciones co-

rrientes de arteriosclerosis, de modo que su muerte era desde todo punto de vista absolutamente natural. Pero pudo haber sido ligeramente acelerada por el hecho de que los correligionarios que lo encontraron tirado en el suelo medio paralizado no se atrevieron a tocarlo por miedo a que se los acusara de haber asesinado al padre del pueblo soviético.

Volvamos a 1945. El dictador, decidido a restablecer la ortodoxia estalinista en la Unión Soviética, también estaba decidido a imponerla en los Estados ocupados de Europa central y oriental. Todos esos países, excepto la parte occidental checa de Checoslovaquia, estaban constituidos por sociedades predominantemente campesinas. Tenían reducidos partidos comunistas y grandes partidos campesinos. Estos últimos ganaron el mayor porcentaje de votos en las primeras elecciones de posguerra; sus programas ponían énfasis en la defensa de la propiedad del campo, el nacionalismo y las formas locales de cristianismo.

A los dirigentes de los partidos campesinos se les permitió formar gobierno, pero los ministros del Interior y Defensa eran siempre comunistas. A lo largo de tres años varios importantes líderes campesinos fueron obligados a exiliarse mediante diversas acusaciones falsas de «corrupción», de apalear a miembros de la familia, etc. En cuanto a los mismos partidos comunistas, Stalin dividió a sus liderazgos según los cabecillas hubieran pasado los años de guerra en Moscú o en Occidente, según hubieran o no servido en las Brigadas Internacionales en la guerra civil española, según le fueran incondicionalmente leales o fueran sospechosos de desviaciones burguesas.

En general, aunque hubo excepciones, Stalin promovió a aquellos que habían pasado la guerra en Moscú, a los que no habían sido contaminados por la izquierda no estalinista española o por las experiencias en Europa occidental y Gran Bretaña en la época de la guerra. Entre 1948 y 1952 repitió en Europa oriental el estilo de purgas que había dirigido en Moscú antes de la contienda. La policía secreta consiguió «confesiones» de sabotajes, conspiraciones para asesinar a líderes elegidos por Stalin, etcétera, en Rumanía, Bulgaria, Hungría y Checoslovaquia. Los acusados confesaron sus pecados y fueron ahorcados. La única excepción se produjo en Polonia, donde el presunto desviacionista nacionalista Gomulka fue encarcelado, pero no ejecutado.

Volvamos a considerar la historia de la posguerra en conjunto, la historia del «Imperio soviético». Podemos dividirla en cuatro períodos, asociados al supremo liderazgo de cuatro personas que pusieron su sello personal en la dirección y el estilo de su desenvolvimiento. Desde 1945 hasta 1953 Stalin restableció la dictadura ideológica, paranoica, de acoso policial y purgas iniciada antes de la Gran Guerra Patriótica. Lo primero que hicieron sus herederos fue liberar a los médicos supuestamente traidores y absolverlos de todos los cargos que había contra ellos. Es probable que antes de la muerte de Stalin se hubieran puesto de acuerdo para reducir el poder de la policía secreta. Pocos meses después arrestaron y ejecutaron a Lavrenti Beria —último ministro del Interior de Stalin—, ejecutor de todas las purgas desde 1939 (¡aunque no el inventor del «complot de los médicos» porque había sido apartado del caso para convertirse en una de las víctimas!).

La atmósfera de terror fue suprimida por Nikita Jruschov —antiguo minero ucraniano y dirigente del partido—, que dominó el régimen entre 1955 y 1964. En 1956 reveló muchos, pero en absoluto todos los crímenes del extinto I. V. Stalin, en un discurso «secreto» ante el congreso del partido, que fue prudentemente divulgado. También redujo el número de gulags —los campos de trabajo— y la cantidad de gente recluida en ellos. En 1957 degradó a varios de sus rivales del partido pero, en abierto contraste con los hábitos de Stalin, no los ejecutó sino que los designó para ocupar cargos diplomáticos y administrativos de menor categoría. Sin democratizar el régimen en ningún aspecto demostró que era posible resolver conflictos políticos sin matar a la gente. Cuando en 1964 la mayoría del partido dirigida por Leonid Brézhnev decidió sustituir a Jruschov adoptó sus tácticas incruentas. El anciano caballero se convirtió en un personaje «anulado», pero se le permitió vivir sus últimos años en paz con una pensión generosa.

Leonid Brézhnev dirigió el régimen entre 1964 y su prolongada agonía en 1982. La época de Jruschov se caracterizó por la abundancia de experimentos económicos y administrativos, unos exitosos y otros no. La de Brézhnev hizo hincapié en la estabilidad y declinó poco a poco hasta convertirse en una gerontocracia estancada. Durante los últimos tres años de su gobierno,

Brézhnev tenía que ser asistido físicamente por dos fornidos guardaespaldas cada vez que se sentaba, se ponía de pie, bajaba una escalera o subía a un automóvil. Su estado presagiaba los últimos años del régimen. Después de otros tres años de interinato fue elegido primer secretario del partido el relativamente joven y vigoroso Mijaíl Gorbachov. Entre 1985 y 1991 hizo loables pero del todo inútiles esfuerzos por modernizar y democratizar el imperio al borde del colapso.

La desaparición del régimen soviético no fue de ninguna manera un final inevitable. De hecho tomó por sorpresa a la mayoría de los comentaristas políticos y a los servicios diplomáticos y de espionaje occidentales. Por lo menos hasta mediados de los años sesenta la Unión Soviética siguió siendo un modelo para los países del Tercer Mundo, que buscaban superar la herencia del colonialismo europeo y japonés. En Europa occidental y las Américas, muchos historiadores respetables y científicos sociales creían ver cierta convergencia entre el Estado de bienestar de los países industrializados y una potencia comunista muy industrializada que parecía ofrecer seguridad básica, educación y asistencia médica a una población que, de manera visible, no estaba acosada por la policía secreta ni por los cuadros agresivos del partido. Es por lo tanto importante valorar los éxitos del régimen posteriores a 1945 y preguntarse las causas de su espectacular fracaso final.

Los sucesivos gobiernos hasta los últimos años de Gorbachov tuvieron en común la economía impuesta por una planificación centralizada, cuyas decisiones se tomaban sobre bases políticas y en la cual las relaciones de mercado no jugaban prácticamente papel alguno. En ningún momento se cuestionaron los gobiernos la correcta interpretación de su tradicional materialismo histórico. En ningún momento cuestionaron el papel dominante de un partido político único ni la celebración de «elecciones» con sólo una lista de candidatos.

En ningún momento cuestionaron el derecho de Moscú a dirigir los asuntos exteriores y militares del Imperio. Desde 1945 en adelante el liderazgo soviético dominó sin justificación alguna la planificación económica y el mercado exterior de sus satélites del este europeo. No titubearon en amenazar a Polonia en 1956 y 1981 cuando pareció que los gobiernos satélites iban a

adoptar políticas que los soviéticos desaprobaban. No titubearon en invadir Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968 ni Afganistán en 1979 para asegurar que gobiernos «amistosos» controlaran esos países.

A fines de los años cuarenta la industria pesada, el petróleo y otros minerales, la producción de cemento, la reconstrucción de ferrocarriles y redes eléctricas recuperaron niveles productivos por encima de los existentes en 1940. Los productos químicos y el carbón de Alemania Oriental, el carbón y la recién expandida industria del acero de Polonia, la industria pesada checa y el petróleo rumano contribuyeron también de forma significativa a la recuperación soviética.

Las mujeres —la tercera parte de las cuales nunca tendrían ocasión de casarse— realizaban casi tantos trabajos físicos pesados como los hombres. Alrededor del 10 al 20 % de los supervivientes masculinos pasaron varios meses o años en los gulags al volver a sus hogares después de la victoria sobre la Alemania nazi. Con su fuerza laboral contribuyeron a la recuperación de la posguerra. Los logros en la industria pesada y las minas se produjeron con las mismas pautas económicas que los más exitosos planes quinquenales anteriores a la guerra. Al mismo tiempo, dentro de un programa de choque administrado por Lavrenti Beria, los científicos soviéticos produjeron también la bomba atómica en 1949, utilizando una combinación de científicos y operarios prisioneros y libres. También como en los años treinta los bienes de consumo dejaban mucho que desear tanto en cantidad como en calidad. Hasta después de la muerte de Stalin la producción agrícola se mantuvo por debajo de los niveles de 1940. Una de las concesiones de tiempos de guerra que hizo el gobierno a los campesinos colectivizados fue el llamado sistema «vinculante». Antes de la guerra Stalin había apaciguado a los campesinos desafectos permitiéndoles el uso del 1 al 2 % de sus tierras como parcelas familiares privadas. Esas parcelas resultaron de inmediato mucho más productivas que las hectáreas colectivizadas cultivadas.

A la vista de las abrumadoras necesidades de la guerra, Stalin permitió que grupos de alrededor de una docena de campesinos (amigos o miembros de alguna familia numerosa) asumieran la responsabilidad de una parte determinada de las tierras

de los koljoses. La medida significó que una proporción mucho mayor del total de las tierras se cultivara de acuerdo con la gestión cuidadosa de campesinos, que tenían algo que ganar con su duro trabajo. Una vez que hubieran cumplido con la entrega de grano o productos lácteos que les habían sido asignados, podían cosechar y vender lo que quisieran en el mercado libre.

La agricultura soviética se hizo mucho más productiva en esas condiciones. Pero como sucedió en los años veinte con la Nueva Política Económica, el gobierno comunista se mostró reacio a permitir que los campesinos se hicieran «ricos». Terminada la guerra, el partido no sólo abolió el sistema vinculante sino que aglomeró muchas granjas colectivas de pequeño y mediano tamaño para convertirlas en granjas estatales en las cuales a los campesinos se les pagaba por hora salarial como en cualquier establecimiento industrial. La productividad disminuyó en las hectáreas colectivas y se elevó en las minúsculas parcelas privadas que no fueron colectivizadas. Hacia 1950 la mitad de las verduras, dos tercios de la leche y de la carne, y casi el 90 % de los huevos se producían en un 1 o 2 % de las tierras que los campesinos podían cultivar por su cuenta.[2]

Durante esos mismos años las economías de Europa oriental estaban forzosamente integradas a la economía soviética. Los soviéticos establecían los objetivos de producción industriales y agrícolas de cada nación. Se cuidaron de actuar con prudencia en la colectivización agrícola y ofrecieron pensiones de seguridad social a los obreros industriales que cumplieran las normas y mantuvieran la disciplina en sus puestos de trabajo. Pero las decisiones se tomaban sobre la base de los intereses soviéticos, según entendían los cabecillas soviéticos esos intereses.

Desde 1955 en adelante Nikita Jruschov y sus correligionarios, después de haber acabado con lo peor del terror estalinista, se empeñaron en mejorar el sistema de pensiones para las viudas de guerra y los discapacitados. Revisaron las normas laborales y compensaron ligeramente los porcentajes salariales

2. Para la información política y económica de mi crónica general de la Unión Soviética de posguerra me he basado principalmente en Alec Nove, *An Economic History of the USSR*, edición nueva y final, Penguin Books, 1992; y en Geoffrey Hosking, *The First Socialist Society*, edición aumentada, Harvard University Press, 1990.

en favor de los operarios menos especializados y de las much
familias con un solo progenitor. Aumentaron el número de clí
cas y centros de atención infantil, cuya dirección se puso en m
nos de médicas y maestras bien formadas y moralmente co
prometidas. Entre 1955 y 1964 doblaron la disponibilidad
alojamientos.

Jruschov era un personaje terrenal, exaltado, el único
der soviético cuya conducta pública mostraba el mismo tipo
voluntarioso entusiasmo que caracterizara a la primera gene
ción de comunistas fervientes. Apremió a los campesinos, p
dominantemente escépticos, para que dieran por voluntad prop
más tiempo de su trabajo a las tierras colectivas, con la mis
eficiencia que dedicaban a sus parcelas privadas. Exigió que
mejorara el transporte público y desdeñó la idea de los autom
viles privados como fetichismo individualista occidental, indi
no de una sociedad socialista.

Sacudió a los cuadros del partido e intimidó a los apara
de poder locales para que se ganaran sus sueldos dando mej
ejemplo de compromiso socialista. Exigió más iniciativa lo
tanto en fábricas como en granjas. Pero la época estalinista ha
formado a los administradores para que no asumieran la respo
sabilidad de ninguna innovación y Jruschov se vio frustrado p
algunas de las variantes que había tomado el «cumplimiento
las normas». Como el plan de planchas metálicas se medía p
toneladas, las fábricas cumplían los requisitos de las normas m
fácilmente produciendo planchas demasiado pesadas para uti
zarlas como es debido. Las normas cuantitativas conduje
también a la producción de muebles hiperdimensionados, lá
paras y candelabros ridículamente pesados, botas y zapatos
tamaño excesivo, etcétera.

Como siempre, la agricultura iba a la zaga de la indust
y la minería. Hacia 1955 la producción de grano estaba toda
por debajo de los niveles de 1940 y los rebaños de ganado e
más reducidos que los de 1928 (cuando la NEP tocó a su fin
que los de 1916 (el último año anterior a la Revolución). Jr
chov exigió el incremento de la producción de fertilizantes q
micos y maquinaria; dio a las granjas colectivas más control
bre sus tractores y segadoras. Pero la pieza maestra de su políti
fue el aprovechamiento de «tierras vírgenes» en Kazajstán.

esa campaña apeló al idealismo de los estudiantes: miles de ellos marcharon para ayudar en las primeras labores de arado, siembra y cosecha. Las cosechas de 1955-1956 tuvieron un éxito clamoroso, pero en el curso de la década siguiente se combinaron las sequías y las tormentas de viento para arruinar virtualmente gran parte de ese nuevo cinturón cerealero.

En octubre de 1957 la Unión Soviética consiguió tal vez el logro más prestigioso de las siete décadas de su historia: el lanzamiento del *Sputnik*, primer satélite fabricado por el hombre, que inauguró la era de la exploración espacial. Si ese logro se añade al aprovechamiento de las tierras vírgenes y a la reciente y sustancial mejora de las condiciones de vida, ése fue probablemente el momento más feliz y pletórico de orgullo de la historia soviética. Dos años más tarde, Jruschov —que había expresado su admiración por la productividad agrícola estadounidense— visitó Estados Unidos. Entre otras vertiginosas actividades hizo un recorrido por una granja de maíz de Iowa, inspeccionó ganado de carne de primera calidad y, al mismo tiempo que hacía elogiosos comentarios, anunció alegremente que en «pocas décadas os enterraremos». Con esa metáfora vulgar no quiso significar que fuera a haber otra guerra mundial sino que la industria y la agricultura soviéticas «alcanzarían y sobrepasarían» al Occidente capitalista (como solía decir Stalin en sus pronunciamientos económicos).

De regreso a su país exhortó a plantar maíz en las tierras vírgenes sin darse cuenta por lo visto de que el clima era mucho más frío y seco que el de Iowa. En general uno de los grandes fracasos de la economía soviética fue la falta de atención a los problemas medioambientales. No es que los antecedentes de Occidente hayan sido ideales en esta cuestión, pero ha habido una significativa diferencia de escala en el maltrato del planeta. Desde los comienzos de la Revolución a los bolcheviques les gustaba pensar en términos grandiosos sobre la conquista de la naturaleza. Uno de los argumentos básicos de Stalin para tomar la decisión de establecer el socialismo en un país, en vez de concentrarse en la «revolución mundial», era la inmensidad y la riqueza de la Unión Soviética, una séptima parte de la superficie terrestre del planeta, que se extiende a lo largo de once zonas horarias desde Brest-Litovsk hasta Vladivostok.

Los soviéticos saquearon literalmente su tierra más que los norteamericanos en el siglo XIX. Miles de kilómetros cuadrados fueron envenenados con productos químicos en experimentos que condujeron a la fabricación de la bomba atómica. Muchos miles más en la campaña de las tierras vírgenes, explotadas con efímero éxito, sólo para volver a convertirse en desiertos al cabo de una década. El dragado de canales y el cambio de dirección de los ríos se intentó para mejorar las condiciones económicas de inmensos territorios de Asia central y Siberia, como también para mejorar la fibra moral de los prisioneros que hacían el trabajo principal. Pero en muchos casos el resultado no buscado fue el desastre ecológico de la zona y el daño infligido a la salud de los habitantes que vivían en ella. Como muchos de esos problemas no han sido reconocidos nunca públicamente es imposible cuantificar los daños.

La impulsividad de Jruschov y sus maneras plebeyas lo llevaron a la ruina. En 1960 —mientras hablaba en una reunión de la Asamblea de las Naciones Unidas— expresó su furia porque un avión de espionaje de Estados Unidos, que fue derribado, hubiera volado sobre la Unión Soviética: se quitó los zapatos y golpeó con ellos su escritorio. Un año más tarde, durante un encuentro con el nuevo presidente de Estados Unidos John F. Kennedy, trató sin éxito de intimidar a un jefe de gobierno a quien consideró joven e inseguro.

A petición de Fidel Castro, en 1962, planeó instalar bases de misiles balísticos en Cuba y se vio forzado a dar marcha atrás cuando la Administración de Kennedy anunció que utilizaría la fuerza para impedirlo. En 1964 los problemas agrícolas acumulados y el creciente desprestigio internacional que le acarrearon las actividades antes mencionadas condujeron a su destitución pacífica. En el marco de la perspectiva histórica, Jruschov será recordado con gratitud entre el pueblo ruso por haber sido el líder que acabó con la tremenda tradición de gobiernos paranoicos que recurrían a purgas sangrientas.

El siguiente jefe supremo, Leonid Brézhnev, heredó lo que sus correligionarios y él consideraban era una sociedad socialista multinacional en funcionamiento que, en poderío militar, diplomático e industrial, ocupaba el segundo lugar en el mundo después de Estados Unidos. Brézhnev tenía el instinto de los

grandes jefes políticos de ciudad, como aquellos que conducían la maquinaria política de Nueva York, Boston y Chicago en la primera mitad del siglo xx. Recordaba nombres, podía amenazar a la gente cuando lo consideraba necesario, podía tratar con personajes del submundo si hacía falta, pero prefería gobernar a través de cuadros estables, civilizados y razonablemente capaces.

Bajo el gobierno de Brézhnev la *nomenklatura* —los millones de funcionarios del partido— se encontró a sus anchas. Reclutada y promovida por Stalin con el consiguiente riesgo de purgas, criticada y llevada arbitrariamente de un lado a otro por Jruschov, con Brézhnev disfrutó de seguridad de empleo mientras obedeciera órdenes y mantuviera las apariencias. La estructura social de la Unión Soviética también se estabilizó. Facilidades de alojamiento especiales, escuelas especiales, almacenes especiales que vendían artículos de importación estuvieron al alcance de la clase de funcionarios superiores. Todos los vecinos urbanos tenían pasaportes internos y permisos de residencia. Según la fecha de esos papeles los ciudadanos sabían qué tipo de alojamiento podían reclamar y a qué ciudades podían trasladarse (Moscú era el destino más codiciado y difícil). Los campesinos de las granjas colectivas pertenecían a la categoría de quienes no tenían pasaporte. Como en tiempos de los zares, sólo podían dejar sus pueblos si tenían alguna especialización que ofrecer a la industria o si recibían becas de educación superior.

En los años sesenta, el régimen tenía suficiente confianza en su poder y el intercambio con el exterior de sus exportaciones de minerales y madera le daba suficientes ganancias como para mejorar el suministro de bienes de consumo haciendo contratos con industrias extranjeras. Fiat estableció una fábrica de automóviles en Stávropol, al sur de Rusia, a una distancia bastante próxima a los centros vacacionales del mar Negro frecuentados por la nomenklatura. El gobierno de Brézhnev compró en Occidente maquinaria para las industrias mineras y químicas, y el procesamiento de alimentos. El pueblo soviético pudo entonces variar la dieta invernal de patatas y repollo con la compra ocasional de latas de verduras y frutas. Se convirtió en hábito que los diplomáticos, científicos y académicos que viajaban al exterior volvieran con cámaras japonesas, perfumes franceses, vaqueros de marcas norteamericanas, automóviles y aparatos de

alta fidelidad alemanes, y whisky escocés para obsequiar a sus parientes y amigos. Hubo asimismo una próspera industria sumergida de piezas de recambio y servicios de reparaciones para toda clase de vehículos y aparatos domésticos. A fines de los sesenta estaba claro que el crecimiento económico se hacía más lento y, al terminar la época de Brézhnev, había caído prácticamente a cero. También estaba claro que, excepto en tecnología militar, la relación entre la economía soviética y la occidental era casi la misma que la de los países subdesarrollados proveedores de las potencias capitalistas. Ni los soviéticos ni sus satélites tenían productos manufacturados que pudieran vender en los mercados de Occidente o de Japón. Ganaban divisas con la madera, los minerales, el caviar y el esturión. La crisis del petróleo de 1973 les permitió durante aproximadamente la década siguiente conseguir altos precios con las exportaciones de petróleo y gas natural. Pero tenían que gastar preciosas divisas en la importación de grano. Ni en la productividad ni en la calidad de la agricultura y la industria civil se produjo la ligera mejora que se había logrado durante las primeras dos décadas de la posguerra.

Es posible señalar por lo menos tres grandes causas del estancamiento económico. Una es el problema sin resolver de la falta de motivación de la economía soviética en épocas de paz. ¿Por qué trabajar duramente si la iniciativa individual no reporta compensaciones y si no hay productos de calidad para comprar con los propios ahorros? La segunda es el hecho de que, incluso más que en Estados Unidos, una parte desproporcionada del producto nacional bruto iba a parar a la fabricación de armas, tanto para mantener el estatus de superpotencia como para competir con Estados Unidos y Europa en la venta de armas a los países subdesarrollados, la mayoría de los cuales trataban de mantener fuerzas armadas hiperdimensionadas. A lo largo de los años setenta y ochenta, entre el 30 y el 40 % de la clase trabajadora industrial estaba empleada en la producción de armamento.

Pero la causa más importante que condenó a la economía soviética a ir a la zaga de Occidente fue el temor a la informatización. Los matemáticos, físicos e ingenieros soviéticos estaban tan capacitados como sus colegas occidentales y estaban también al cabo del desarrollo de la revolución informática más allá de sus fronteras. Los mismos soviéticos utilizaban como es na-

tural ordenadores en la industria militar y para calcular las cuotas de producción de la economía dirigida.

Pero un Estado autoritario y muy centralizado no se atreve a permitir el tipo de experimentación aficionada y espontánea que produce sin cesar innovaciones y adelantos en los ordenadores y la programación. La ciencia y la tecnología científicas requieren libertad personal de investigación, verse libres de prohibiciones por motivos políticos o metafísicos. A los investigadores les ayuda también el derecho a patentar, establecer su propia empresa y comercializar sus productos. En la Unión Soviética, un puñado de físicos privilegiados podía trabajar con relativa libertad, pero la inmensa mayoría de los científicos dedicados a la investigación tenían que limitarse a cumplir órdenes, aplicando fórmulas conocidas y aprobadas. Eran raros los *hackers* de tipo occidental, y era probable que se les considerase subversivos. Por esa razón, aunque se hubiera hecho menos hincapié en la producción armamentista, los soviéticos habrían quedado muy por detrás de Occidente y Japón.

En 1985 la misma gerontocracia eligió al relativamente joven, muy inteligente y enérgico Mijaíl Gorbachov como nuevo primer secretario del partido. Gorbachov exigió *glasnost*, («transparencia en la publicación de informaciones») y *perestroika* («reestructuración de la economía y del sistema político»). Igual que los «déspotas ilustrados» del siglo XVIII creyó, con la mejor intención, que una sociedad compleja podía ser rápida y pacíficamente transformada de pies a cabeza. Intentó la cuadratura del círculo introduciendo algunos elementos de mercado y cierta libertad de expresión escrita y hablada sin autorizar la existencia de partidos políticos al estilo occidental ni elecciones libres. Pero no estaba seguro del alcance que podría permitir que adquiriera la libertad de facto ni la reestructuración económica sin que se destruyera el «socialismo existente».

Redujo el poder de la nomenklatura de modo que no pudiera sabotear sus reformas. Pero dio respuestas vacilantes y contradictorias a la pregunta clave sobre la flexibilidad en la planificación, cuotas, precios, poder local y nacional de decisión. No tenía ni el conocimiento propio de la economía de mercado ni el personal para reemplazar a los burócratas conservadores. Lo mismo que Jruschov exhortó a sus compatriotas a que hicie-

ran esfuerzos voluntarios en beneficio de un «socialismo» renovado, pero eran pocos los ciudadanos de todas las clases que todavía creían en el socialismo.

Varios acontecimientos inesperados destruyeron cualquier posibilidad de que Gorbachov hubiera podido revigorizar el sistema soviético. En 1979 los soviéticos habían invadido Afganistán con la idea de gobernarlo como un régimen satélite maleable igual que aquellos de los países de Europa oriental. Pero a mediados de los años ochenta se habían empantanado en una guerra colonial costosa y sin esperanza, igual a la que Estados Unidos había perdido no hacía mucho en Vietnam. Al mismo tiempo Estados Unidos se proponía construir un escudo espacial para protegerse contra los misiles soviéticos. El programa de la llamada «guerra de las galaxias» amenazaba el equilibrio de terror existente entre el Imperio soviético y Estados Unidos desde 1950. Competir con Estados Unidos en una carrera armamentística de nueva tecnología habría desbarajustado la economía soviética.

En 1986 ocurrió el peor de los desastres ecológicos de la época de la posguerra: al fundirse parte de la maquinaria de la planta de energía nuclear de Chernobil. A pesar de la glasnost, Moscú no publicó la verdad del accidente hasta que se vio forzada a hacerlo por informes suecos y alemanes sobre una intensa radiactividad que no tenían explicación posible sin reconocer el accidente de Chernobil. Tomados en conjunto el problema de Afganistán, la guerra de las galaxias, Chernobil y las flagrantes contradicciones de la perestroika condujeron a la rápida descomposición de la Unión Soviética a fines de los años ochenta. Gorbachov era reacio a usar la fuerza en los inquietos sátelites de Europa oriental, de modo que la veloz declinación de la autoridad soviética en el interior se vio acompañada por la quiebra del imperio.

Sin embargo, ninguna consideración sobre la civilización europea del siglo XX puede estar completa sin hacer referencia a aquellos aspectos de la vida soviética que gran parte de la población consideraba positivos. Si el lector puede despojarse temporalmente de la concepción occidental de libertad individual y garantías constitucionales, si es capaz de imaginar el estado de casi servidumbre en el cual vivía el 90 % de la población del imperio antes de 1917, es posible apreciar los éxitos de la Unión Soviética.

Los ciudadanos soviéticos de mediados del siglo XX vivían en una sociedad que había salido adelante por su propio esfuerzo. Se había industrializado sin subordinarse política ni económicamente a las potencias capitalistas avanzadas. Había sobrevivido a las purgas de Stalin y a la masacre de la maquinaria militar nazi. Y se había convertido en una sociedad mucho más estable y menos amenazada por el terror tras la muerte del paranoico dictador. El mismo Stalin no desalentaba las comparaciones entre su gobierno y los de Pedro el Grande o Iván el Terrible. Muchos de sus defensores más sutiles, lo mismo en la Unión Soviética que en Occidente, se referían a él como el Cromwell, el Robespierre o el Napoleón de la Revolución rusa.

En muchos aspectos la Unión Soviética era una sociedad *socialmente* democrática. La nomenklatura de los años cincuenta y sesenta era en gran parte de origen obrero o campesino. Se había procurado educación superior y disfrutaba merecidamente de la ascendente movilidad social de quienes trabajaban con ahínco para avanzar junto con sus hermanos y hermanas de clase. En cuanto a las purgas de los años treinta —que les habían dado esas oportunidades—, «no es posible hacer tortillas sin romper huevos».

Bajo la égida de Stalin —olvidemos por el momento los métodos brutales—, la alfabetización, la atención médica básica y las pensiones a la vejez eran casi universales. Alrededor de 140 pueblos recibieron libretas de alfabetización y diccionarios de lo que hasta entonces no habían sido más que lenguas habladas. Shostakóvich y Kabalevski se deleitaban con la música folclórica. Las danzas y trajes de las distintas nacionalidades se admiraban en los teatros de Moscú y Leningrado; su poesía tradicional se imprimía en ediciones baratas de muchos ejemplares. Cuando los cuadros del partido visitaban pueblos y granjas colectivas no eran recibidos por siervos que hacían reverencias y no se atrevían a mirar a los ojos de sus superiores sino por delegados elegidos localmente, que daban la mano a los representantes de la autoridad del partido.

Antaño las mujeres trabajaban sin salario a las incuestionables órdenes de sus maridos o patronos. Después de la Revolución, del 80 al 90 % de las mujeres eran trabajadoras asalariadas y prácticamente todo el personal de enseñanza y sanidad era

femenino. La sociedad dominada por los hombres había conseguido la ganga de que los salarios de las mujeres alcanzaran sólo el 65 % de lo que ganaban ellos por el mismo trabajo. Pero Roma no se hizo en un día. La igualdad de salarios era un objetivo legítimo en teoría reconocido; y ni siquiera en el paraíso capitalista se pagaba a las mujeres lo mismo que a los hombres. Mientras tanto unos cuantos maridos habían dejado de pegar a sus mujeres y hasta las ayudaban en la atención de los niños.

Los soviéticos no permitieron nunca partidos políticos ni diferentes listas de candidatos. Pero por lo menos en los niveles locales hicieron constantes esfuerzos para involucrar a toda clase de personas y puntos de vista en la administración del día a día. La promoción para acceder a la nomenklatura y permanecer en ella era un proceso de cooptación y nombramientos a dedo. Los candidatos eran propuestos de antemano por los superiores jerárquicos, dentro de una modalidad de clientelismo no demasiado distinta de muchos gobiernos occidentales locales o de la dirección de grandes corporaciones. A veces se olvida que es relativamente pequeño el porcentaje de gobernación occidental que, de verdad, es resultado de campañas políticas o de elecciones multipartidarias. Y se olvida también que la Unión Soviética —en marcado contraste con lo que ocurre en la mayor parte de Asia, África y América latina— ha mantenido con firmeza el gobierno en manos civiles. La gran mayoría de los dirigentes del Comité Central eran cuadros calificados de la jerarquía administrativa y del partido. Hacia 1981 sólo el 7 % eran militares y sólo el 3 % científicos o artistas (cosa que refleja la desconfianza que inspiraban los intelectuales).

Desde los años sesenta en adelante el intercambio académico, las conferencias científicas y culturales de todo tipo se hicieron más frecuentes. Se llegó así a un creciente contacto intelectual entre las élites soviéticas y occidentales. Ilustres profesionales de los dos mundos sabían muy bien que no eran —ni podían ser— del todo sinceros unos con otros. Pero las características generales positivas esbozadas en los párrafos anteriores hicieron posible que personas de buena voluntad de ambas partes pudieran imaginar una eventual convergencia entre la democracia social occidental y la científica y educacionalmente progresista sociedad soviética. El gobierno soviético era sin duda

una dictadura, pero no una dictadura racista que se propusiera sojuzgar al mundo como se proponían los nazis. Y después de Stalin los principales líderes han sido presidentes de un liderazgo colectivo más que dictadores arbitrarios y asesinos.

¿Por qué se produjo el colapso de esa sociedad en apariencia fuerte, estable y sensatamente gobernada al cabo de tres décadas y media de la muerte de Stalin, a pesar de los honestos esfuerzos de Gorbachov y de la buena voluntad de los gobiernos conservadores occidentales de fines de los años ochenta? Creo que la respuesta fundamental es el peso acumulado de muchos errores prácticos debidos a una ideología dogmática; y a la censura que hizo imposible reconocer y enmendar esos errores a tiempo.

No se puede dar mejor ejemplo del fenómeno antes comentado que el triste destino de la genética soviética entre mediados de los años veinte y mediados de los sesenta. Charles Darwin había explicado la evolución biológica como una serie de ínfimos cambios de mejora durante los cuales las especies tienen éxito en la adaptación o fracasan ante el ambiente. El proceso no es intencional. La teoría de la evolución es materialista y mina todas las explicaciones religiosas —específicamente las bíblicas— sobre cómo apareció y se desarrolló la vida en la Tierra. A las evidentes implicaciones materialistas del darwinismo se adhirieron Marx, Engels y las generaciones marxistas posteriores tanto de la Unión Soviética como de Occidente.

Pero Darwin no estaba en condiciones de explicar el mecanismo del cambio evolutivo. Había una pregunta muy real sin respuesta: si los rasgos adquiridos por la adaptación ambiental a lo largo de la vida de determinado organismo podían ser heredables o sólo aquellos que ocurrían como consecuencia de cambios accidentales en el tejido reproductivo —los cromosomas o genes—, cuyo mecanismo era todavía desconocido. Hasta después de la muerte de Darwin no fueron redescubiertos los estudios de las leyes hereditarias de Mendel en guisantes de jardín, ni los experimentos de T. H. Morgan con miles de moscas de la fruta probaron que sólo las mutaciones genéticas eran heredables.

La genética, lo mismo que la evolución darwiniana, ofrecía explicaciones materialistas. El marxismo no sólo era materialista sino ambientalista en sus creencias. En las largas contro-

versias formativas sobre si la herencia o el ambiente, la naturaleza o la nutrición eran más importantes en la formación de los seres humanos, los soviéticos se plantaron en banda en el campo ambiental. Compartían con gran parte de educadores occidentales la creencia de que una mejor asistencia y nutrición de los infantes, mejores métodos de instrucción, nuevas actitudes sociales adquiridas a través de la educación producirían una raza humana más capacitada, más solidaria, más pacífica que las especies existentes, una sociedad motivada por el afán de bienestar general en vez de por lograr beneficios particulares. Los genetistas soviéticos de los años veinte estaban divididos entre «mendelianos» (que sólo creían en la herencia de las mutaciones genéticas) y los «lamarckianos» (los que estaban de acuerdo con la hipótesis de que los rasgos adquiridos eran también heredables, hipótesis asociada con el naturalista francés del siglo XVIII Jean-Baptiste Lamarck). Es obvio que el punto de vista de Lamarck estaba más cercano al de los ambientalistas. A fines de los años veinte, e incluso después, también era obvio que los gobernantes soviéticos anhelaban mejorar el rendimiento de plantas y animales comestibles hasta donde fuera posible.

Todas las controversias científicas están teñidas por afectos y antagonismos al mismo tiempo que por evidencias científicas o supuestas evidencias. Cuando en 1928 se lanzó el primer plan quinquenal, el joven genetista Trofim D. Lysenko criticó a los genetistas occidentales por prestar «indebida atención a los factores hereditarios como factores de abstractas leyes de probabilidad matemática». En general los mendelianos eran científicos de más edad y de origen burgués mientras que Lysenko y sus lugartenientes pertenecían a la nueva generación de científicos que venían del ambiente de clases menos privilegiadas.

Lysenko abogaba por lo que llamó «vernalización» de las semillas: la exposición prolongada al frío y la humedad antes de ser sembradas en los campos, un proceso que se suponía las fortalecería contra el clima frío y las potenciales sequías. Lysenko afirmaba también que las nuevas semillas heredarían los rasgos de los ancestros sometidos al proceso de vernalización. Las tres características que llamaron la atención de Stalin en la teoría de Lysenko fueron la postura antiburguesa y antiintelectual, la definitiva afirmación de la herencia de rasgos producidos por el am-

biente y la idea de que los mismos campesinos se involucraran activamente en la vernalización de las semillas.

Pero los procedimientos de Lysenko significaban también que no se pudiera establecer ningún control de laboratorio que juzgara los resultados. Los asistentes de laboratorio y los campesinos colectivizados exponían las semillas en bandejas sobre el suelo. Las ponían en remojo por distintos períodos de tiempo y a distintas temperaturas, en agua que contenía distintas sustancias químicas en solución. Luego sembraban las semillas tratadas, sin sembrar a la vez en los mismos campos semillas no tratadas.

Si los rendimientos mejoraban —como sucedió en algunos casos—, la mejora podía deberse tanto al entusiasta cuidado dado por los experimentadores campesinos a determinadas plantaciones y al novedoso e intensivo uso de fertilizantes químicos como a las virtudes de la vernalización. Las estadísticas soviéticas siempre eran manipuladas según el interés de los resultados productivos deseados y, sin controles de laboratorio, nadie podía juzgar si las semillas de la cosecha siguiente habían heredado las cualidades vernalizadas de sus predecesoras.[3]

Y, sin embargo, esa práctica de la «genética» nada profesional y motivada por razones políticas se siguió llamando ciencia durante casi cuarenta años. Cuando en Occidente fracasaron los intentos de repetir los resultados de Lysenko, la prensa soviética declaró que los experimentadores occidentales eran incompetentes o antisoviéticos. Dados los riesgos políticos, ni los lamarckianos ni los mendelianos se afanaron por comprometerse y, de hecho, ni Stalin en los años treinta ni su portavoz cultural Zhdánov en los cuarenta se comprometieron personalmente con Lysenko. Pero este último era luchador, se aferró a sus afirmaciones y aduló tremendamente a Stalin, luego a Zhdánov, luego a Malenkov y por fin a Jruschov cada vez que esos cabecillas concentraban su atención en la producción agrícola. Entretanto, numerosos mendelianos terminaron en un gulag o perdieron sus cargos en la enseñanza y el privilegio de

3. Loren R. Graham, *Science, Philosophy, and Human Behavior in the Soviet Union*, Columbia University Press, 1987, pp. 105-128; Maxim W. Mikulak, «Darwinism, Soviet Genetics, and Marxism-Leninism», *Journal of the History of Ideas*, 1970, núm. 3, pp. 359-376; Gustav Wetter, «Ideology and Science in the USSR», *Daedalus*, verano de 1960.

disponer de un laboratorio, después de que las teorías de Mendel hubieran sido condenadas por su «burguesa» insistencia en el papel de la herencia.[4]

A fines de los cincuenta, Jruschov se dejó impresionar por la afirmación de Lysenko de que sus semillas híbridas habían sido un factor importante en los primeros éxitos de la campaña de las tierras vírgenes. En 1960, Jruschov le proporcionó a Lysenko costosos rebaños de ganado Jersey (con alta proporción de grasa y baja cantidad de leche) para ser cruzado con ganado Holstein (con baja proporción de grasa y alta cantidad de leche). Cuando la primera generación de híbridos no demostró ventajas apreciables ni en la producción de grasa ni en la producción total de leche se eclipsó por fin la estrella de Lysenko (y la de Jruschov).

Nada de lo dicho prueba que los experimentos soviéticos con semillas híbridas o ganado híbrido hayan sido inútiles. Muy al contrario, a lo largo de décadas se lograron resultados prácticos importantes. Pero la politización de la discusión científica, la falta de controles de laboratorio y el pueril afán de desacreditar la genética «occidental» y «burguesa» significan que no se puede hacer ningún juicio científico preciso de las actividades desarrolladas bajo el nombre de genética entre los años 1928 y 1965.

El dogma ideológico soviético afectó a otras ciencias, sobre todo a la psicología. Freud fue muy leído y el análisis freudiano se practicó durante la NEP, pero cuando se asentó sobre la Unión Soviética la combinación del dogma y el patriotismo con los planes quinquenales, no sólo el psicoanálisis sino todas las formas de psicología profunda occidentales fueron condenadas como idealismo burgués. Se demostró más interés oficial por la psicología conductista considerada a la vez materialista y ambientalista. Lo más importante es que la Unión Soviética se adjudicó los logros de un fisiólogo y psicólogo experimental de verdadero nivel internacional, Iván Pávlov, que recibió el Premio Nobel en 1904 por sus trabajos sobre psicología animal.

En los años veinte, Pávlov estableció en animales de la escala superior —principalmente perros— la presencia de un fenómeno conocido como reflejo condicionado. Si a lo largo de un

4. Raissa L. Berg, *Acquired Traits*, Viking Press, 1988, la autobiografía sarcásticamente titulada de un genetista soviético.

tiempo un perro oye sonar una campana en el momento en que su amo le pone el plato de comida delante, el perro empieza muy pronto a segregar saliva cuando oye la campana sin tener en cuenta si tiene o no la comida a su alcance. Pávlov llevaba a cabo sus experimentos con meticulosidad y los confirmaba con resultados idénticos conseguidos por investigadores extranjeros. Las autoridades soviéticas se sintieron muy complacidas por disponer de una teoría completamente materialista, desarrollada por un científico burgués prerrevolucionario, que trabajaba muy feliz con el gobierno revolucionario.

El reflejo condicionado contribuyó también al concepto de cambio de la naturaleza humana a través de la nutrición, más que al juego accidental de los cromosomas. A Stalin y a su policía secreta se les ocurrió que los presos políticos podrían ser «condicionados» para aprender y repetir, palabra por palabra, «confesiones» que les hubieran machacado en la cabeza durante interminables horas de interrogatorio. Utilizaron asimismo el reflejo condicionado para imponer obediencia —e incluso conformidad verbal— en los campos de prisioneros cuya función, según siempre proclamaban, no era el castigo sino la «reeducación».

En ese sentido eran mucho más sutiles que los nazis y, en general, que las dictaduras derechistas, que se apoyan en las cachiporras y el terror sin tapujos para obtener confesiones. La monstruosa utilización de parte de la tecnología de Pávlov en los interrogatorios de las cárceles se extendió de Europa oriental a Corea del Norte y a China, de modo tal que, en los años cincuenta, serios estudios occidentales especulaban sobre la posibilidad de crear al «nuevo hombre soviético» por los métodos de Pávlov. Pávlov había muerto en 1936 y no es necesario decir que no tiene responsabilidad alguna en el mal uso de su obra.

Después de Stalin las técnicas no fueron tan crudas. Pero en los años sesenta y setenta los disidentes políticos solían ser internados en hospitales psiquiátricos con la idea de que, a través de la combinación de entrevistas y administración de drogas, se los pudiera «condicionar» y conseguir que adoptaran una actitud más positiva hacia el socialismo soviético.

Para citar un ejemplo dramático: en 1978 la Unión Soviética privó de su ciudadanía al general Grigorenko, héroe de gue-

rra. El general fue confinado como «loco criminal» en vista de que no había respondido al condicionamiento seudopavloviano. Pero en las condiciones mucho menos crueles en que se vivía después de la muerte de Stalin fue autorizado a abandonar la Unión Soviética. Se marchó a Estados Unidos para someterse a un examen psicológico en Occidente. Según el informe de un psiquiatra de la Universidad Yale, que era un estudioso de la psiquiatría soviética, Grigorenko «nos recordaba de alguna manera ciertas formas de descripción de pacientes soviéticos... Donde ellos veían obsesiones, nosotros encontrábamos perseverancia; donde ellos hablaban de delirio, nosotros encontrábamos racionalidad; lo que ellos identificaban como temeridad psicótica, para nosotros era comprometida devoción...».[5]

En 1983, la asociación de psiquiatras soviéticos se retiró de la Asociación Psiquiátrica Mundial para no ser públicamente cuestionada por sus colegas extranjeros sobre cientos de casos similares.

Quiero terminar la exposición de los efectos ideológicos sobre la ciencia soviética con una nota menos lúgubre: el gobierno soviético no interfería normalmente en las discusiones de los físicos, hombres reconocidos como pares por sus colegas occidentales y asiáticos. Muchos físicos soviéticos (lo mismo que Einstein y otros físicos no soviéticos mundialmente famosos) no aceptaron en los años de entreguerras fenómenos como el de la «incertidumbre cuántica» y sus implicaciones de indeterminismo como verdades últimas. Algunos de ellos veían las ondas de probabilidad como una forma de idealismo filosófico. Algunos de ellos objetaban el hecho de que la «interpretación de Copenhague» parecía negar la validez de la causalidad en el mundo subatómico. En los años treinta ciertos físicos soviéticos fueron acusados de «humillarse» ante Occidente y de defender interpretaciones no materialistas. Pero Stalin, siempre el personaje decisivo en cuestiones de interpretación marxista, no hizo ninguna afirmación terminante como las que hacía cuando concernían a la biología, la psicología o la lingüística.

En el desarrollo de la aerodinámica y la cohetería antes de

5. Walter Reich, «The Case of General Grigorenko», *Encounter*, abril, 1980, pp. 9-24.

la segunda guerra mundial, del programa de choque para fabricar la bomba atómica y la bomba nuclear después de la guerra o el desarrollo de programas espaciales y de misiles en la época de la posguerra, la dirigencia soviética no interfirió en la labor de los físicos siempre y cuando estuviera segura de su lealtad a la Unión Soviética. En un momento dado, uno de los físicos soviéticos más ilustres, Liev Landau, encarcelado brevemente en 1938, dijo que la supervivencia de la física soviética había sido el primer ejemplo exitoso de disuasión nuclear.[6]

En lo que concierne al fracaso del socialismo soviético se ha dicho con frecuencia que la naturaleza del sistema, como tal, no puede ser juzgada sólo en función de la crónica de Stalin y sus sucesores. Es por lo tanto de sumo interés examinar la experiencia de Yugoslavia, donde la segunda guerra mundial terminó con el triunfo del mariscal Tito y sus partisanos, la mayoría de los cuales eran comunistas convencidos. Al principio el régimen siguió las pautas de Stalin, pero el Ejército Rojo no ocupó nunca Yugoslavia y, desde 1948, privó al régimen de Tito de la condescendiente bendición del Imperio soviético.

Ésa es la razón de que el comunismo yugoslavo se desarrollara bajo distintos auspicios que los que prevalecieron en los países ocupados por los soviéticos. Tito era un dictador comprometido con los principios del marxismo-leninismo. Gobernó con un partido único y no se privó de encarcelar a sus oponentes políticos o personales. Pero no era en modo alguno tan paranoico como Stalin. Disfrutó de considerable popularidad como artífice de la liberación contra la ocupación nazi y recibió importante apoyo occidental después de su ruptura con Stalin.

Desde 1945 hasta la muerte de Tito en 1980, la experiencia de Yugoslavia bajo su dirección constituye una experiencia aparte de la soviética en la «construcción del socialismo». Tito permitió que las repúblicas que constituían Yugoslavia (Serbia, Croacia, Eslovenia, Bosnia-Herzegovina, Macedonia y Montenegro) ejercieran una autonomía local considerablemente mayor que aquellas que constituían la Unión Soviética. No hubo campañas de ateísmo militante ni esfuerzos por destruir a las Iglesias

6. David Holloway, *Stalin and the Bomb*, Yale University Press, 1994, pp. 209-213.

católica, ortodoxa ni islámica. Los brotes iniciales de colectivización forzada fueron revertidos en los años cincuenta y la mayor parte de la agricultura yugoslava quedó en manos de los campesinos.

La independencia económica de Yugoslavia fue reforzada por frecuentes préstamos del Fondo Monetario Internacional y de bancos occidentales. El promedio del índice de crecimiento de los años cincuenta fue un significativo 8 % aunque el país contrajo también una deuda enorme —en última instancia impagable— por importación de maquinaria y tecnología. Durante los años sesenta varios cientos de miles de *Gastarbeiter* yugoslavos trabajaban en fábricas de Austria, Alemania y Suiza. Gran cantidad de turistas europeos llevaron divisas a Yugoslavia como hicieron durante esos mismos años con las dictaduras conservadoras de España, Portugal y Grecia. Hubo por lo tanto mucho más contacto y menos tensión entre Yugoslavia y Occidente que entre el Imperio soviético y Occidente.

La ruptura más radical con el modelo estalinista fue la de experimentar formas de «cogestión» en la industria yugoslava. La ley de gestión de los trabajadores de 1950 fue explícitamente concebida para evitar el desarrollo de una burocracia de estilo soviético. Los consejos de trabajadores de las fábricas eran elegidos por los obreros con una auténtica selección previa de candidatos. Por lo menos un cuarto de la clase trabajadora industrial prestaba servicio en esos consejos en algunos momentos de los años cincuenta o sesenta. Los consejos tomaban decisiones sobre la utilización de fondos sociales, educación y bienestar. Pero la adjudicación de materia prima y el control de la producción siguió a cargo de los ingenieros y funcionarios de gobierno.[7]

Los consejos favorecían la moral del trabajador, por lo menos en los primeros años. Sin embargo, lo cierto es que la industria yugoslava sufrió los mismos problemas de baja productividad y baja calidad que acosaron a las economías de la Unión Soviética y sus satélites. En 1965 se levantó el control de precios

7. Fred Singleton, *A Short History of the Yugoslav Peoples*, Cambridge University Press, 1985, pp. 216-248; James Simmie and Joze Dekliva, eds., *Yugoslavia in Turmoil: after Self-management?*, Pinter Publishers, Londres y Nueva York, 1991; Barbara Jelavich, *History of the Balkans*, siglo XX, vol. 2, Cambridge University Press, 1983, pp. 384-392.

excepto para los alimentos y la materia prima. Es comprensible que, conforme subían los precios para el consumidor, los consejos de trabajadores votaran incrementos salariales compensatorios sin tener en cuenta la necesidad de la inversión tecnológica ni la necesidad de mejorar la disciplina laboral de sus fábricas. El gobierno relacionó a su vez la política de inversión con los beneficios y, por lo tanto, con el éxito de mercado de cada industria.

En la misma proporción que el «socialismo de mercado» fracasó en su deseo por satisfacer los mercados locales o el más amplio mercado europeo; declinaron las convicciones socialistas y crecieron los sentimientos nacionalistas. En los años setenta, el prestigio personal de Tito y la devolución de creciente autonomía a las repúblicas evitó la desintegración de Yugoslavia. La brecha entre las repúblicas más prósperas y las más pobres siguió ampliándose. Hacia 1983 los ingresos per cápita en Eslovenia eran entre siete y ocho veces más elevados que en Kosovo. Por esa razón, a pesar de la ayuda occidental y de que la dictadura fuera menos dogmática y severa que la del Imperio soviético, la Yugoslavia comunista no tuvo más éxito económico que el régimen estalinista.

Queda por exponer otro fallo grave de las dictaduras comunistas entre 1945 y 1991. Todas ellas sufrieron desastres ecológicos que trataron de ocultar y que, a veces, fueron literalmente incapaces de entender. En 1957 se produjo una explosión de desechos nucleares en la base secreta de Cheliábinsk que provocó un número desconocido de muertos entre los trabajadores esclavizados y los científicos allí destinados. Hubo que evacuar miles de hectáreas. El desastre no fue oficialmente admitido hasta 1989.

En 1977 se extendió una epidemia de ántrax en la zona agrícola del sur de Sverdlovsk. La pérdida de vidas humanas fue atribuida en aquel momento a «carne en mal estado», pero el gobierno postsoviético ha reconocido que el brote fue causado por experimentos de guerra biológica, que se les escaparon de las manos. Ha reconocido a su vez que fueron arrojados desechos nucleares en el océano Ártico en cantidades y lugares que no pueden ser del todo establecidos.

Después de la rápida recuperación posterior a la segunda guerra mundial, los soviéticos planearon recanalizar muchos de

los mayores ríos de Asia central y Siberia con el fin de resolver problemas de riego, transporte y suministro de agua. Si los planes se hubieran ejecutado prestando la debida atención a los posibles efectos sobre el clima y la vegetación, esos proyectos habrían podido ofrecer sin duda mejores condiciones de vida a millones de ciudadanos soviéticos. Pero los criterios científicos estuvieron con frecuencia supeditados a consideraciones políticas; de acuerdo con la consagrada tradición soviética, los fallos mecánicos y los errores de ingeniería no podían ser ventilados por la prensa ni por técnicos que estuvieran libres del temor a perder sus puestos de trabajo o su libertad personal. En vez de contribuir a la economía en conjunto, esos proyectos condujeron a encenagar los ríos, a secar el mar de Aral y a la pérdida por tormentas de polvo de millones de hectáreas de suelo cultivable. Podrían citarse desastres similares en muchos ríos de las zonas industriales de Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Rumanía. El Imperio soviético pagó un precio altísimo por la obsesión de guardar secretos y por la desmesura de su planificación industrial.

Una última razón para el colapso del Imperio soviético fue la naturaleza racional y materialista de sus promesas. Las religiones tradicionales enseñan a sus fieles que se salvarán si observan un conjunto abstracto de principios morales y aceptan determinados principios metafísicos de fe. Ni los cristianos, ni los musulmanes ni los judíos pueden apelar a Dios para explicar sus fracasos en este mundo. En cambio, durante el régimen soviético a los pueblos se les enseñaba que estaban creando una vida nueva para sus hijos de acuerdo con principios científicos. A lo largo de aproximadamente los primeros treinta años muchos de ellos lo creyeron —o por lo menos tuvieron la esperanza de que fuera verdad—. Pero cuando al cabo de sesenta años fue evidente que el «socialismo real» no ofrecía mejores condiciones de vida que el capitalismo occidental, la fe secular se desvaneció.

CAPÍTULO 12

LA CIENCIA Y EL «ZEITGEIST», 1940-1990

El descubridor del hidrógeno pesado, Harold Urey, premio Nobel de Química del año 1934, pasó sus últimos años activos en la Universidad de San Diego, California, como consejero de un equipo de químicos más jóvenes que investigaban los orígenes de la vida. En los años setenta era algo así como una figura paterna entre el colectivo del cuerpo docente, y solía decir guiñando un ojo: «El 90 % de los científicos que en el mundo han sido, siguen vivos y gozan de buena salud en sus laboratorios.» Era una manera gráfica de referirse a la constante y acelerada expansión de todas las ciencias en el siglo actual.

Al hablar de la segunda mitad del siglo hay que hacer notar tres diferencias generales entre las décadas anteriores y posteriores a 1940. Una es el desplazamiento de descubrimientos revolucionarios de la física a la biología. Antes de 1940 la física cuántica, la relatividad y la aplicación de la física cuántica a la química eran los más extraordinarios y exitosos de los nuevos adelantos. A partir de 1940, la genética, la biología molecular y evolutiva, las ciencias neurológicas y las aplicaciones médicas y económicas de esas ciencias han provocado los avances más sobresalientes.

No es que el ritmo del desarrollo de la física y la química se haya desacelerado, sino que los nuevos avances en esos campos —la elaboración del «modelo estándar» en la mecánica cuántica y la electrodinámica, la teoría del «big bang» (teoría cosmológica que sostiene que la expansión del universo comen-

zó con una explosión gigantesca), el descubrimiento de los agujeros negros, la antimateria y el de millones de galaxias desconocidas hasta entonces— son consecuencia de la ampliación y las aplicaciones de la revolución provocada por las teorías cuántica y de la relatividad. Para los propósitos de este libro hay que destacar también que todos esos descubrimientos resultan cada vez más remotos en la vida y cultura de la mayor parte de los seres humanos. Los principales nuevos descubrimientos conceptuales que con más intensidad afectan a la vida humana se produjeron en lo que se conoce como las «ciencias de la vida».

La segunda diferencia es el desplazamiento del equilibrio entre Europa y el resto del mundo. Hasta alrededor de 1940 los grandes avances teóricos se producían casi todos en Europa (incluidas las islas Británicas) sin que faltaran importantes aportes del hemisferio occidental y Japón. A partir de 1940 el grueso de los nuevos trabajos, tanto teóricos como de aplicación, se han producido en países de habla inglesa con aportes importantes de Europa continental, Japón, China e India. El desplazamiento hacia el mundo de habla inglesa se debió en gran parte al triunfo del fascismo y a la ocupación de Europa entera por los ejércitos nazis. Miles de los científicos alemanes más calificados y cientos de los más ilustres científicos escandinavos, italianos, franceses, centroeuropeos e ibéricos emigraron a Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá y Latinoamérica entre 1933 y 1945.

Por añadidura los pioneros de la genética y de la biología evolutiva fueron en su mayoría británicos y norteamericanos. Además, Estados Unidos surgió después de la segunda guerra mundial como la nación más rica y poderosa de la faz de la Tierra. Es pues fácil entender que la ciencia «europea» se convirtiera en ciencia «occidental». Al mismo tiempo el incremento de estudiantes asiáticos graduados en universidades británicas y norteamericanas, más la recuperación de Japón, condujeron muy pronto al desarrollo de una moderna comunidad científica asiática por completo nueva. Es decir, a lo largo del siglo XX la ciencia fue sucesivamente europea, occidental y mundial.

La tercera diferencia notable es la evidente envergadura de la comunidad científica mundial, resultado en gran parte del rápido crecimiento primero en Estados Unidos, y en seguida en Europa, de universidades, laboratorios y fundaciones de investigación.

Antes de 1914 los científicos mundiales más destacados podían reunirse de manera informal en Cambridge, Copenhague o París, en Gotinga, Munich o en el Kaiser Wilhelm Institute de Berlín. Después de la primera guerra mundial se encuentran cientos de ellos en vez de docenas. Desde la segunda guerra mundial se reúnen por miles o decenas de miles en multitudinarias conferencias internacionales. El contacto personal ha sido sustituido en gran parte por revistas profesionales, publicaciones sueltas, paneles montados en los salones de conferencias que se celebran en hoteles de cuatro o cinco estrellas, y faxes.

Volvamos a la genética: alrededor de la primera década del siglo, varios químicos alemanes, suizos y holandeses redescubrieron las leyes de la herencia de Mendel, empezaron a analizar las proteínas, descubrieron el ácido nucleico, vieron cromosomas bajo el microscopio óptico. Estaban convencidos de que alguna sustancia química de los cromosomas era responsable de los patrones observados de la herencia.

Entre 1905 y 1915, los experimentos de T. H. Morgan y sus colegas con la mosca de la fruta confirmaron y ampliaron la variación genética de las leyes de Mendel sobre la herencia en miles de generaciones de insectos, pero nadie sabía todavía con exactitud de qué manera desarrollaban sus funciones los genes (nombre dado por el biólogo danés Wilhelm Johannsen en 1909). Hacia 1920, además de saberse que controlaban la herencia, se determinó que los genes eran unidades bioquímicas capaces de repetirse a sí mismas con precisión. Eran demasiado minúsculos para verlos con los microscopios de la época, pero sus efectos prácticos podían ser descritos en detalle.

El estudio cada vez más minucioso de compuestos orgánicos fue posible como resultado de nuevos métodos de laboratorio. La cristalografía de los rayos X —desarrollada en laboratorios de Cavendish en los años veinte— permitió a los químicos deducir la estructura de moléculas complejas en estado sólido, observando de qué manera los cristales de estas moléculas refractaban los rayos X. El físico hindú Chandrasekara Venkata Ranman descubrió que soluciones líquidas de proteínas y ácidos nucleicos alteraban la longitud de onda de la luz que pasaba a través de ellas; de esos cambios de longitud de onda fue posible hacer deducciones referidas a la estructura molecular.

La cromatografía —desarrollada durante los años treinta en Alemania gracias al desarrollo previo de anilinas colorantes— proporcionó el medio para separar pigmentos vegetales de composición química muy similar. Más tarde, en los años cuarenta, el espectrofotómetro midió minúsculas diferencias en la intensidad de la luz reflejada por distintos aminoácidos. Los químicos desarrollaron también el proceso de la cromatografía en papel, mediante el cual los diferentes aminoácidos podían ser separados dependiendo de las diferentes velocidades a las cuales reptaban, por capilaridad, a lo largo del papel que había sido embebido en un solvente adecuado. Por la misma época, el rápido perfeccionamiento del microscopio electrónico permitió observar no sólo las células (desde hacía tiempo visibles con el microscopio óptico) sino incluso las moléculas de mayor tamaño. Todas esas nuevas técnicas experimentales y esos nuevos instrumentos de laboratorio hicieron posible estudiar delicadas moléculas orgánicas sin alterarlas ni destruirlas.

Hay que añadir que a principios de los años veinte los químicos eran incapaces de explicar en detalle qué fuerzas mantenían unidas a las moléculas complejas. Las fuerzas de la gravedad y de la electromagnética previamente conocidas no eran capaces de explicar las fuerzas estudiadas en el nivel molecular: no podían explicar, por ejemplo, de qué manera un número de protones con carga positiva se mantenían unidos en vez de rechazarse unos a otros. Pero la aplicación de la mecánica cuántica al análisis químico entre los años 1927-1933 definió la naturaleza de las fuerzas «potentes» y «débiles» que actúan dentro de las moléculas, la naturaleza de los enlaces covalentes, es decir, las maneras complejas según las cuales las moléculas pueden compartir los electrones de las órbitas más alejadas de cada una de ellas. Tales adelantos condujeron a las primeras descripciones detalladas de la estructura molecular.[1]

Con los nuevos métodos de laboratorio y la comprensión de los enlaces químicos en términos de mecánica cuántica, el es-

1. Linus Pauling, «Fifty Years of Progress in Structural Chemistry and Molecular Biology», *Daedalus*, otoño, 1970, pp. 988-1014. Pauling fue probablemente el químico más ilustre de los que contribuyeron al conocimiento preciso de la composición química y la estructura molecular.

tudio de la bioquímica de la vida aceleró la marcha. Hacia 1938 habían sido identificados los veinte aminoácidos de los cuales se componen todas las proteínas. En el momento del estallido de la segunda guerra mundial (que como es natural redujo considerablemente tanto la experimentación auténtica como la comunicación internacional entre los investigadores), todos los químicos sabían que los cromosomas incluían proteínas y ácido nucleico. Sin embargo, suponían que el material hereditario era acarreado por las proteínas y no por el ácido nucleico.

En 1944, un químico investigador del Rockefeller Institute de Nueva York, Oswald T. Avery, anunció que el material hereditario de la bacteria de la neumonía que estudiaba se componía exclusivamente de ácido nucleico (el ácido desoxirribonucleico, ahora universalmente conocido como ADN). Alrededor de 1952, otros numerosos experimentos con bacteriófagos (virus parasitarios de bacterias que son, para ellos, huéspedes gigantescos) probaron en repetidas ocasiones que el ADN era el único y exclusivo material hereditario. Hacia 1951, Linus Pauling, del California Institute of Technology, publicó la prueba de la estructura helicoidal de las proteínas; las fotos cristalográficas de rayos X de Maurice Wilkins y Rosalind Franklin del King's College, Universidad de Londres, hicieron posible un estudio más exhaustivo de la estructura molecular y de los ácidos nucleicos.

Francis Crick, físico inglés convertido en biólogo, y el bioquímico norteamericano mucho más joven James D. Watson llegaron en 1952 a la conclusión de que la estructura del ADN proporcionaría la clave del mecanismo completo de la herencia de toda vida orgánica desde los virus hasta los seres humanos. El «telégrafo tam-tam privado internacional»[2] se mantiene vivo con elucubraciones sobre la estructura molecular de los ácidos nucleicos; la carrera para descubrir dicha estructura la ganaron en abril de 1953 Crick y Watson. Usaron el concepto helicoidal y las técnicas de construcción de patrones de Pauling, más la excelente cristalografía de Wilkins y Franklin, para crear y anunciar en abril de 1953 el doble patrón helicoidal de la molécula del ADN.

2 Esa frase genial y la relación general de los datos esenciales son de Gunther Stent, «DNA», *Daedalus*, otoño, 1970; y sobre el mismo tema, Robert Olby, «Francis Crick, DNA and the Central Dogma».

De acuerdo con lo dicho por el biólogo molecular y premio Nobel francés André Lwoff: «El ADN consta de dos cadenas complementarias, una de las cuales es patrón de la otra. Es un único y hasta aquí desconocido tipo de estructura, capaz de duplicarse por separación de las dos cadenas complementarias a las que copia. Es un tipo único de molécula, capaz de dividirse en dos diferentes si bien complementarias moléculas y de reproducir dos moléculas idénticas. Las leyes de la estereoquímica, los datos cristalográficos y los datos químicos son satisfechos por el modelo, como lo son los requisitos biológicos para el material genético.»

Rara vez ha sido tan amplia e inmediatamente reconocida la crítica importancia de un nuevo descubrimiento vital en la historia de la ciencia; y rara vez ha mostrado un gran científico una actitud tan «humana, demasiado humana» como James D. Watson respecto a sus ambiciones personales, sentimientos y el no siempre admirable trato de sus colegas. Las memorias personales de su colaboración con Francis Crick, *The Double Helix* (cuyo borrador sometió a la crítica de varios de sus colegas mencionados en el texto), es un documento de valor histórico único. En él explica qué es la investigación y cómo se practica de verdad la ciencia, con un estilo muy ameno de leer para cualquiera que esté moderadamente interesado en el tema. Hace también un relato franco, vivaz y humorístico de las relaciones humanas entre la comunidad científica, por lo menos en su forma anglosajona a mediados del siglo XX.[3]

Las cuatro décadas transcurridas desde el descubrimiento de la estructura del ADN han sido testigos de triunfos continuos en el avance de la biología molecular. En el año de la doble hélice, Frederick Sanger encontró la estructura exacta de la insulina, esencial para la digestión de los azúcares y el tratamiento de la diabetes. En 1957 le tocó el turno a la mioglobina, que pro-

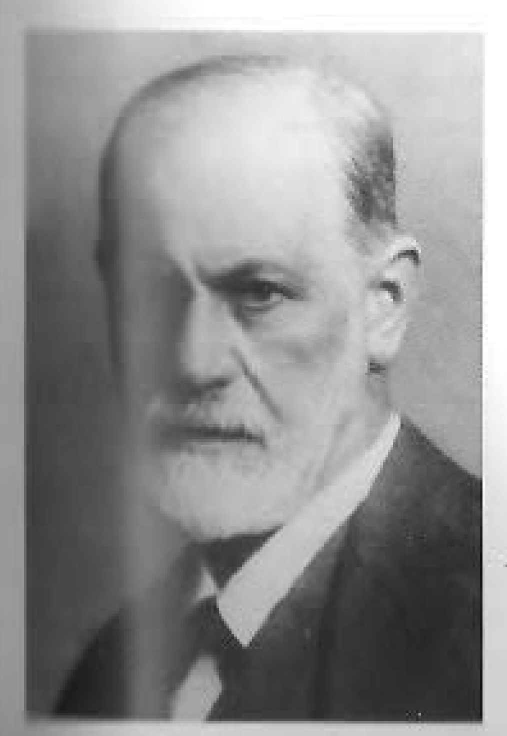
3. James D. Watson, *The Double Helix*, «A Norton Critical Edition», editado por Gunther Stent, W. W. Norton Co., 1980. Especifico esa edición porque Stent es un profesor de biología molecular internacionalmente respetado y porque el libro incluye numerosas valoraciones profesionales del texto de Watson, y varias de las publicaciones científicas clave concernientes al descubrimiento de la doble hélice. La definición previamente citada de André Lwoff aparece en la p. 229.



Werner Heisenberg.

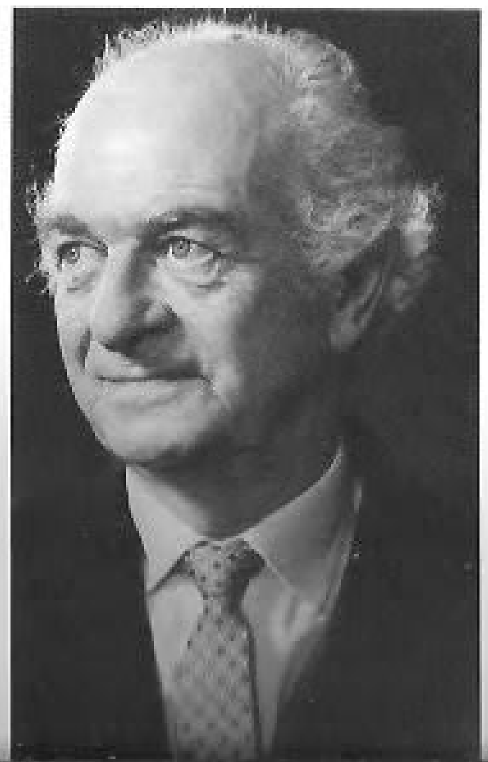


Erwin Schrödinger.



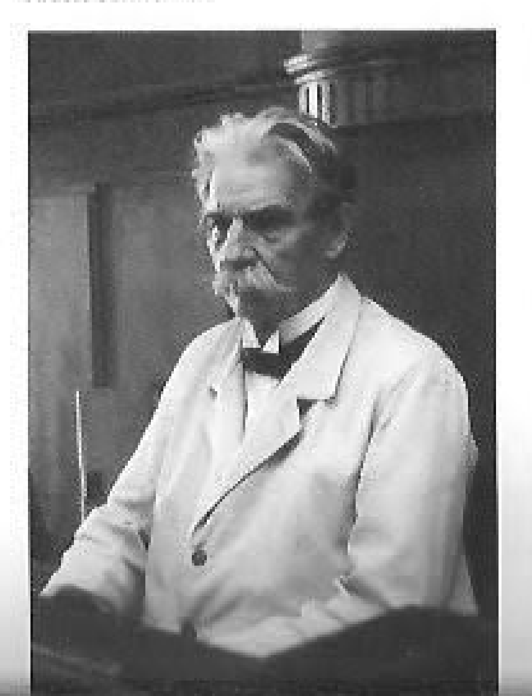
Sigmund Freud.

Linus Pauling.



James D. Watson y Francis Crick.

Albert Schweitzer.



Claude Lévi-Strauss.





Noam Chomsky.



John Maynard Keynes.



Bertrand Russell.



Ludwig Wittgenstein.







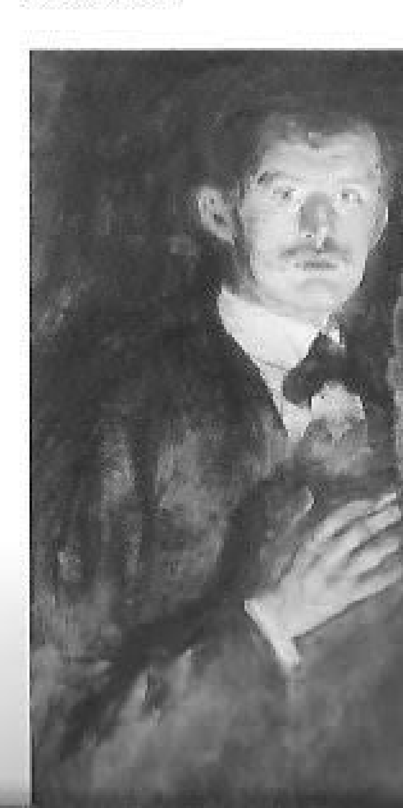
Vincent Van



Paul Cézanne.



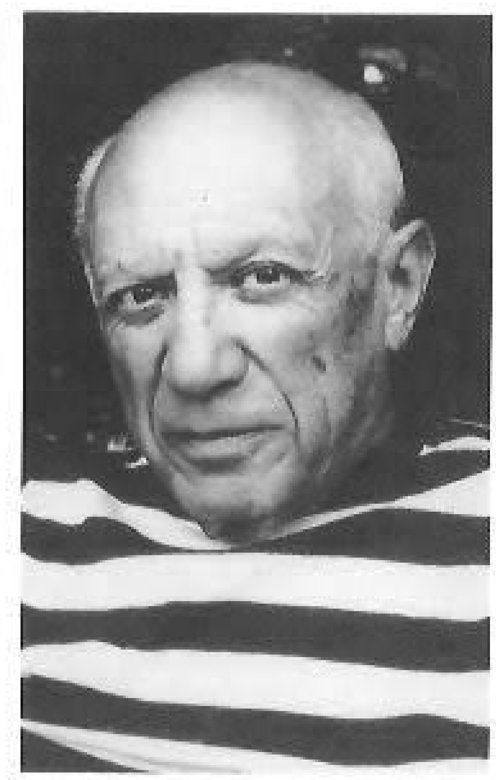
Paul Gauguin.



Gogh.



Georges Braque.



Pablo Picasso.



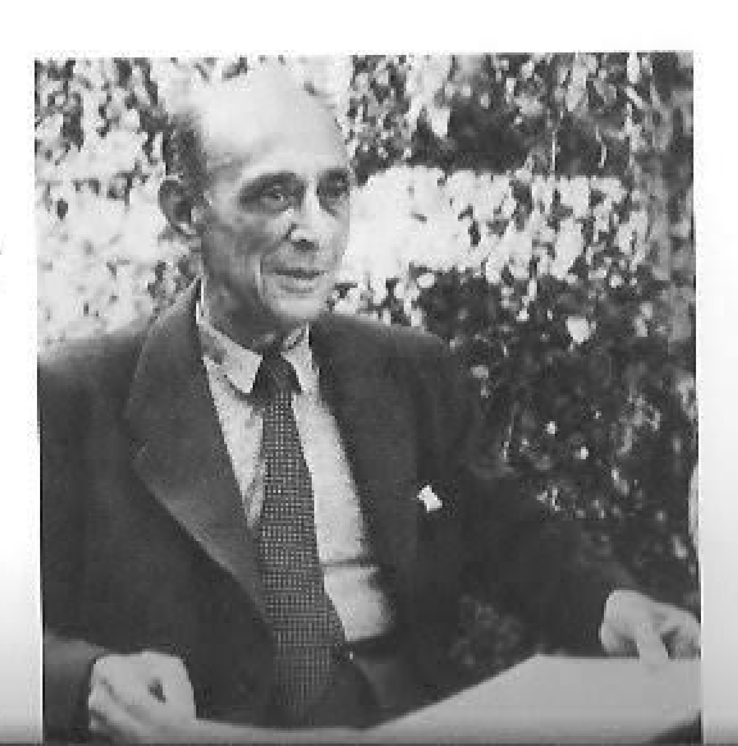
Max Ernst.



Serge de Diáguilev.



Ígor Stravinski.





Dmitri Shostakóvich.



Serguéi Prokófiev.

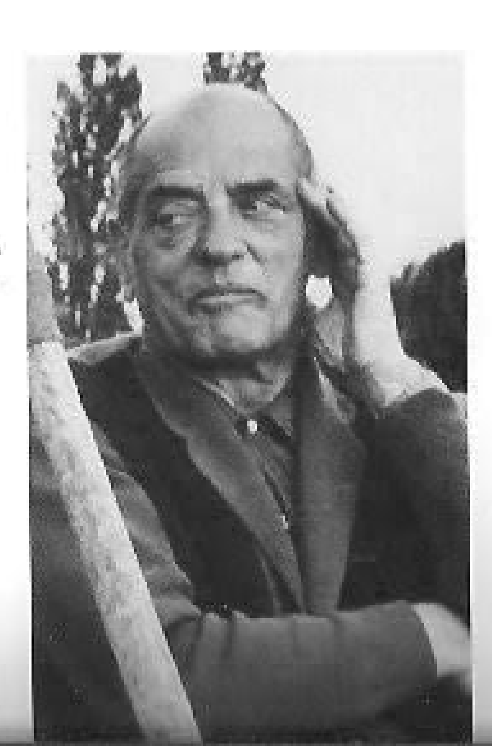




Serguéi Eisenstein.



Charles Chaplin.





Ingmar Bergman.

porciona el oxígeno a los músculos. En 1959 a la hemoglobina. Esta molécula gigante, formada por unos 550 aminoácidos, tiene un peso molecular de 67 000 y lleva oxígeno a la sangre.

Entre 1961 y 1967 los biólogos encontraron el código genético, el sistema de señales químicas por el cual los genes dirigen la creación de los miles de proteínas que componen toda materia viva. Hacia 1970 fue también posible aislar genes específicos en el laboratorio y colocarlos después dentro de huéspedes bacterianos. Con esa técnica, conocida como «ADN recombinante», se pudieron producir en cantidad y forma pura varias enzimas y hormonas necesarias para uso médico y experimental.

En los años ochenta se desarrolló una técnica de producción todavía más potente y verdaderamente masiva. La reacción en cadena de la polimerasa (PCR) permitió a los científicos hacer millones de copias de segmentos de ADN en tubos de ensayo *sin* necesidad de huésped bacteriano. Este tremendo aumento de la cantidad tiene numerosas aplicaciones en medicina forense, investigación criminal, identificación y fecha de material de segmentos orgánicos que, por accidente, han sido protegidos del deterioro durante miles o millones de años.

Desde 1980 los científicos colaboran en el llamado proyecto de genoma humano para trazar y ordenar de manera secuencial los entre cinco mil y diez mil genes colectivamente responsables de la herencia genética individual de todo ser humano viviente. Como hay también un millón o más de genes «inactivos» (por lo menos en lo que concierne a la producción de proteínas) y como los genes individuales ejercen distintas influencias específicas en aspectos muy distintos de nuestra herencia, el proyecto es en extremo complejo.

La genética de la que se habla anteriormente ha generado un sinnúmero de problemas económicos y éticos. Las sustancias químicas y los equipos de laboratorio son cada vez más complejos y caros. ¿Quién paga los costos de investigación y desarrollo? Tales gastos han superado desde hace mucho tiempo los presupuestos universitarios que cubrían dichos costos hace medio siglo. ¿En qué proporción deben ser pagados por compañías químicas o por los gobiernos con la recaudación de impuestos? ¿Quién debe conservar la propiedad de las patentes de nuevas drogas y ensayos diagnósticos? ¿Los laboratorios universitarios

o los privados? ¿Los descubridores científicos o las compañías químicas? Desde los años noventa ha habido descomunales batallas legales para establecer soluciones ad hoc, pero no hay consenso general con vistas al futuro.

Los genetistas que se dedican al proyecto del genoma humano han asumido también al mismo tiempo la tarea compleja y onerosa de la causa genética de enfermedades como la célula de la anemia falciforme, la corea de Huntington, la distrofia muscular de Duchenne y la fibrosis quística. No menos de siete equipos de investigación biomédica de universidades importantes buscaban el gen de la fibrosis quística entre 1981 y 1989. En algún momento de 1987 el hospital St. Mary de la Universidad de Londres anunció haberlo encontrado. El anuncio resultó equivocado. Según lo dicho por el gran biólogo molecular británico Walter Bodmer: «Al St. Mary se le han pasado por alto un par de miles de pares de base de ADN... por un pelo en términos genéticos.»[4]

Todo el mundo está de acuerdo en que sean identificadas las enfermedades de origen genético y todo el mundo quiere que las drogas para ser tratadas estén a disposición de los pacientes. La mayoría de la gente ve también de forma positiva las nuevas técnicas para identificar defectos graves de los fetos y aspiran a conseguir las drogas que puedan tratar al bebé que vendrá. Pero surgen serios problemas éticos cuando se trata de la inminente perspectiva de cambios genéticos positivos; no en cuanto al tratamiento de defectos sino en cuanto a la elección de sexo, la suma de genes que logren más altura o más inteligencia, etcétera. Hasta ahora, la acción de los genes es demasiado compleja e interdependiente para permitir una manipulación directa, pero ciertamente se avecina el momento en que tal manipulación sea posible.

Ya hay también serios cuestionamientos sobre el registro y el control de los datos genéticos. ¿Tienen los patronos y compañías de seguros derecho a saber que determinado individuo muestra predisposición genética para una enfermedad específica? ¿Debe ser informada la persona afectada, sobre todo cuando es posible que la enfermedad no se manifieste nunca? Durante

4. Walter Bodmer y Tobin McKie, *The Book of Man*, Little Brown & Co., 1994, p. 86.

los últimos treinta años, a la vez que conseguían enormes triunfos, los biólogos moleculares se han visto obligados a convertirse en empresarios (a estar sin cesar a la búsqueda de fondos para sus investigaciones, a consultar con laboratorios químicos o a hacer inversiones personales para la producción de drogas); también se han visto obligados a empezar a pensar en códigos éticos para utilizar el código genético y desarrollar el genoma humano.

El segundo avance científico revolucionario del último medio siglo ha sido el estudio del cerebro de pájaros y animales más complejos y, en particular, de nuestra especie, aduladoramente llamada *Homo sapiens*. Es un estudio complejo, interdisciplinario que, por lo menos, abarca la biología molecular, la biología evolutiva (que combina la selección natural con la nueva genética), las ciencias de la computerización y de la inteligencia artificial, la ciencia cognitiva y la lingüística (puesto que la capacidad del lenguaje hablado y del pensamiento abstracto es característica única del ser humano).

Esta combinación de distintas ciencias entraña dos vastos enfoques muy diferentes. Por un lado está la perspectiva de los científicos fisicomatemáticos, cuyos padres fundadores fueron Galileo y Descartes. Sus logros surgieron de una objetividad por completo impersonal; del abandono del aspecto emocional y subjetivo del pensamiento; del énfasis en la medición y el cálculo; de la insistencia en el razonamiento rigurosamente lógico y deductivo sobre el significado de la evidencia empírica y experimental disponible.

Por otro lado está la actitud de los científicos biológicos que enfatizan la morfología y la historia evolutiva, están constantemente alertas a la singularidad de cada organismo individual (al menos entre criaturas multicelulares) y al hecho de que las soluciones biológicas son con frecuencia «desaliñadas», «insensatas»; que carecen por completo de la «elegancia» que los físicos y matemáticos consideran parte integral de la «verdad». Puede parecer presuntuoso que lo diga un historiador lego, pero a menudo me parece que las interpretaciones en el campo de la investigación cerebral dependen tanto o más de esos vastos enfoques que de la evidencia empírica.

El cerebro humano es con mucho el órgano aislado más complejo sometido a nuestra observación. Contiene algo así

como diez mil millones de neuronas y millones de millones de sinapsis. Sabemos que esas neuronas se comunican química y eléctricamente unas con otras de múltiples maneras por vía de esos puntos de contacto, pero no estamos más que en los comienzos del conocimiento completo y detallado de todas las funciones posibles del cerebro humano.

Consideremos en primer lugar el cerebro en términos de la perspectiva evolutiva-biológica.[5] Este órgano tan complejo se ha desarrollado de los cada vez más complejos sistemas nerviosos de los mamíferos, que son nuestros más inmediatos ancestros y nuestros primos. Todos los animales tienen una conciencia primaria que los distingue de la materia sin vida. Perciben el mundo que los rodea. Reaccionan a los estímulos y toman decisiones sobre alimentos, luchas, escondites, etcétera... en un momento dado. Pero no tienen pasado, futuro ni capacidad para «pensar» en nada que no sea el presente inmediato; ni una lengua en el sentido humano de la palabra.

El sentido del tiempo, la capacidad del pensamiento abstracto son características de la conciencia específicamente más elevada del cerebro humano. La composición química de éste, sus formas de comunicación interna electroquímicas son ahora conocidas en principio como resultado de la biología molecular y la cuántica electrodinámica. Pero el verdadero misterio es cómo se organiza el cerebro a sí mismo, cómo las múltiples planimetrías interconectadas de las capas de neuronas adquieren su morfología y sus funciones que, para el biólogo, dependen de esa morfología. Según el biólogo premio Nobel Gerald Edelman, la forma es crítica y la combinación de genes actúa para darle a cada órgano su forma hereditaria. La condición desarrollista del organismo es a la vez dinámica y única, «depende de señales, genes, proteínas, movimiento celular, división y muerte, todos actuando en muchos niveles» (E64) y variando «como una función de tiempo y lugar» (E60). La singularidad de cada individuo es resultado del hecho de que el cerebro es un sistema au-

5. Mi exposición está principalmente basada en Gerald Edelman, *Bright Air, Brilliant Fire* (sobre el tema de la mente), Basic Books, 1992. Las páginas de las citas textuales están dadas entre paréntesis, precedidas por una «E».

toorganizado en el cual «las ramificaciones más microscópicas, después de haberse desarrollado, indican que el circuito preciso de punto a punto no puede producirse. La variación es demasiado grande» (E25).

El enfoque de los científicos de computación es menos morfológico e histórico. Sostienen la hipótesis de que el cerebro funciona de manera muy parecida a un ordenador; de que entre esos diez mil millones de neuronas hay muchos módulos complejos con programas capaces de cumplir todas las funciones de razonamiento del cerebro humano. Se han empeñado en buscar con mucho éxito la manera de simular muchos de los cálculos, los patrones bidimensionales y tridimensionales, y las funciones de razonamiento del cerebro. Hay ahora ordenadores que toman decisiones razonables ante alternativas complejas como las que exige el intelectualizado juego del ajedrez.

Sin embargo, no hay ordenadores capaces de tener intencionalidad ni que sientan dolor o alegría cuando se los pellizca o se los besa. Un ordenador tiene que estar programado para jugar al ajedrez. No toma decisiones «propias», independientes para jugar y, hasta donde sabemos, no experimenta emoción alguna. Por lo tanto el punto de vista de la computación no da razón de la conciencia individual ni de la intencionalidad[6] observadas en los animales de especies superiores ni en el ser humano, por difícil que sea dar una explicación de esa conciencia. El punto de vista biológico no da tampoco razón satisfactoria de la conciencia, excepto para insistir en que la morfología, la historia y la interacción de numerosas planimetrías neuronales dan lugar, de alguna manera, a las emociones y las intenciones.

Tal vez el campo más interesante en el cual estas dos tesis contrapuestas conciernen al cerebro sea el estudio, constantemente argumentado, de la lingüística. La capacidad para hablar y escribir lenguas naturales con vocabularios de cien mil o más palabras y gramáticas detalladas es una capacidad humana singular y depende de una cantidad de factores morfológicos. Uno es la gran parte de la corteza cerebral conocida como las zonas

6. Las exposiciones más convincentes que he leído sobre cuestiones de conciencia e intención aparecen en John R. Searle, *The Rediscovery of the Mind*, The MIT Press, 1992.

de Broca y Wernicke, que coordinan las relaciones entre las actividades acústicas, motoras y conceptuales del cerebro. Otro es la anatomía de los seres humanos en el tracto supralaríngeo. «Este tracto madura en el infante humano cuando la laringe desciende... Como parte de ese desarrollo evolutivo emergen los pliegues vocales; la lengua, el paladar y los dientes son seleccionados para permitir un control más completo del flujo del aire sobre la cuerdas vocales que, a su vez, permiten que se produzcan sonidos coarticulados» (E126).

En cuanto a los aspectos semánticos y sintácticos de las lenguas —como resultado de la evolución biológica—, el cerebro infantil tiene las categorías conceptuales necesarias antes de que el niño trate de hablar. El niño o la niña relacionan varias palabras con objetos y conceptos a través de la comunicación social con su madre y otros adultos, acumulando así rápidamente un léxico. Luego surge la sintaxis «que conecta el aprendizaje conceptual preexistente con el aprendizaje del léxico» (E129). Conforme crece la práctica del habla y el léxico «el cerebro relaciona de forma recurrente las secuencias semánticas a las fonológicas para luego generar correspondencias sintácticas, no por reglas preexistentes sino por reglas que *se desarrollan en la memoria* [las cursivas son de Edelman] como objetos para la manipulación conceptual» (E130).

El enfoque biológico insiste así en la morfología evolutiva y en la experiencia vital del infante. Rechaza cualquier «regla preexistente», es decir, cualquier módulo similar a un ordenador que pudiera actuar como *software* ante el *hardware* del cerebro humano.

Lo que el biólogo rechaza es la tesis revolucionaria de Noam Chomsky de que bajo todo lenguaje natural —y por lo tanto de la capacidad humana del uso de la lengua— hay una gramática universal. Lo cual significa que los miles de lenguas naturales creadas por el hombre, todas siguen ciertas reglas básicas. La función de las frases nominales, los verbos, las preposiciones y todos los modificadores es la misma en cualquier lengua. El orden de las palabras puede variar muchísimo porque la construcción de oraciones (lo mismo que las operaciones de un ordenador) abarca el uso infinito de medios finitos, en la forma de «una discreta cantidad de artificios combinatorios», cuyos

elementos pueden ser dispuestos en una infinita variedad de modelos.

Como historiador lego prefiero una vez más atenerme estrictamente a la fraseología de un reconocido experto —en este caso al científico lingüístico y cognitivo Steven Pinker,[7] seguidor de Chomsky. Pinker expone la copiosa evidencia experimental demostrando que niños muy pequeños expresan oraciones gramaticales completas, que no son simples copias ni ligeras modificaciones de oraciones que han oído, sino oraciones que ellos mismos han creado de acuerdo con las reglas de la gramática universal subyacente. Para él, el órgano del habla es «un órgano darwiniano de extrema perfección y complejidad» (P124).

Pinker acepta así la importancia de la morfología evolutiva y, no sólo está de acuerdo con ella, sino que enfatiza que el infante tiene pensamientos y conceptos antes de comprometerse en el habla. «Saber una lengua es saber traducir *el lenguaje mental*... Si los bebés no tuvieran *ese lenguaje mental*... no está claro cómo iban a poder aprender inglés [o cualquier otro idioma]» (P82). La gramática es un *software* «que conecta entre sí el oído, la lengua y la mente». La complejidad de la mente no está causada por el aprendizaje. El aprendizaje es posible gracias a la complejidad de la mente (P125).

Para el lego curioso del presente, la diferencia real entre los enfoques científicos con mentalidad física o mentalidad biológica no es tan fundamental como aparenta en los debates de revistas profesionales. ¿No es perfectamente posible pensar que el habla se ha desarrollado a partir de la morfología del cerebro, el oído, la boca y el tracto laríngeo? ¿Y concebir al mismo tiempo al lenguaje creando facultades en términos de un «módulo» con gramática universal? Si la capacidad de las aves y las ballenas para navegar miles de kilómetros y las miríadas de habilidades y capacidad sensitiva de la trompa del elefante son producto de la evolución biológica, ¿por qué no iba a ser lo mismo cierto para las reglas fundamentales del habla humana?

Los fascinantes y angustiosos temas que yacen tras las controversias físico-biológicas van mucho más allá de la cues-

7. Steven Pinker, *The Language Instinct*, William Morrow and Co., 1994. Las páginas citadas están entre paréntesis precedidas por una «P».

tión de si hay una gramática universal o sólo un proceso histórico de encajar la experiencia vital con el lenguaje oído. La tendencia general de la ciencia moderna es la de eliminar toda teleología y específicamente la valoración humana de nuestra comprensión del universo. El gran Charles Darwin —que era a la vez un hombre profundamente emocional y un científico brillante— titubeó durante años antes de publicar su tesis sobre la evolución porque sabía que destruiría la religión en la cual había sido educado, la religión honradamente creída por su mujer y por la mayoría de las personas a quienes quería y entre las cuales vivía.

La evolución biológica en la forma de selección natural es un proceso por completo impremeditado y sin propósito ni fin determinado. Como una forma taquigráfica de descripción hablamos de los «propósitos» que tienen las alas, la reproducción sexual, los pulmones o cualquier otra cosa. Pero en términos de evolución ningún ser vivo es en absoluto el resultado planificado de la relativa capacidad de adaptación de mutaciones accidentales, ocurridas a lo largo de millones de años.

Dios no tiene papel en ese proceso evolutivo. Tampoco hay ningún principio inherente de «progreso» como el que constituyó la fe poscristiana de muchos agnósticos y ateos de los siglos XIX y XX. Durante la época de Newton era posible creer que existía un Gran Relojero que lo había puesto todo en marcha según leyes inmutables y benignas (aunque el segundo de estos adjetivos estuviera siempre abierto a discusión). Albert Einstein confió hasta su muerte en 1955 en que una gran teoría unificada penetraría los secretos del «Viejo»; y nunca aceptó como verdad última aspectos indeterminados de la teoría cuántica.

Pero las leyes de la física cuántica y de la biología evolutiva —más la recientemente desarrollada ciencia del «caos»— han minado toda teleología, nos han dejado en un universo sin ningún propósito discernible y, desde luego, sin otra moralidad salvo la que nos creamos para nosotros mismos. En cuanto a los arrogantes científicos cognitivos que no se deciden a estudiar nada que no pueda ser observado en el mundo exterior o producido en el laboratorio, bien pueden proclamar que el cerebro es un ordenador y dejar que los humanistas divaguen en temas subjetivos como son la emoción y la intención.

Para volver de las ciencias de la vida al *Zeitgeist*, el espíritu general de la época en la Europa posterior a la segunda guerra mundial ofrece una considerable diferencia de perspectiva entre las clases intelectuales, profesionales y estudiantiles por un lado, y las clases de empresarios y trabajadores por otro. El primer grupo se ha visto confundido y alienado; a veces ha manifestado su protesta por importantes causas políticas y morales; a veces se ha mostrado pasivo y pesimista. El segundo grupo ha disfrutado a conciencia las grandes mejoras de vida material que empezó a tener a su disposición en los años cincuenta: vacaciones pagadas, automóviles, seguros de salud, viajes, películas y televisión, fútbol, música rock y folk; todo lo cual ayudó a la gente a escapar de las tensiones de la guerra fría, de la lucha por la relación entre las prósperas poblaciones locales y los trabajadores inmigrantes, y de la conciencia de un incómodo telón de fondo que amenaza con un desastre nuclear.

Las causas de la desazón de las cuatro últimas décadas no hay que ir a buscarlas demasiado lejos: los horrores de la ocupación nazi, la invención y uso de la bomba atómica, las revelaciones con respecto al gulag y el fenómeno de la guerra fría. Y, además de esas circunstancias políticas, la abrumadora evidencia científica de procesos cósmicos que de ninguna manera pueden ser atribuidos a religiones tradicionales ni creencias humanísticas. Sin embargo, la segunda mitad del siglo XX ha sido testigo de varios dignos y desesperados esfuerzos por reubicar a la humanidad, en un universo sin significado inherente intelectual ni ético. A esos esfuerzos me referiré ahora.

Tal y como sucedieron los hechos, la humillante capitulación de Francia en 1940 inspiró a una cantidad de sus más brillantes intelectuales jóvenes a dedicar todo el tiempo que les era posible durante la ocupación nazi para crear obras que recuperaran el liderazgo intelectual de Francia, una vez que los nazis hubieran sido derrotados. Jean-Paul Sartre, Raymond Aron, Albert Camus, Maurice Merleau-Ponty, Fernand Braudel y Claude Lévi-Strauss (algunos de ellos exiliados en Estados Unidos) sólo son un puñado de los nombres más famosos entre la generación que, con toda energía, combinó la resistencia con el lanzamiento de sus contribuciones a las ciencias sociales y humanísticas del mundo de la posguerra.

Uno de los más influyentes de esos esfuerzos fue la carrera político-filosófica de Jean-Paul Sartre. Cuando era joven, en los años treinta, prestó muy poca atención tanto al Frente Popular francés como a la guerra civil española. Pero el colapso de Francia en 1940 lo sacudió, como sacudió a todos sus compañeros soldados. Al mismo tiempo tuvo la buena fortuna de no ser judío, eslavo ni militante izquierdista, de modo que no fue tratado por los alemanes como un *Untermensch* («infrahumano»). Como prisionero de guerra tuvo tiempo de ocio suficiente para estudiar el imponente *Sein und Zeit* («El ser y el tiempo») de Heidegger y, gracias a un en cierto modo exagerado diagnóstico de sus problemas de vista, fue devuelto a Francia y a la vida civil a principios de 1941.

Durante los cuatro años siguientes de la ocupación alemana fue líder activo de la oposición clandestina intelectual y, a la vez, encontró tiempo para escribir dos obras de teatro y su principal obra filosófica: *L'Être et le Néant* («El ser y la nada»). Sin entrar en consideraciones técnicas sobre su deuda filosófica con Husserl, Heidegger, Bergson y Descartes es posible resumir la significación del «existencialismo» de Sartre en el contexto de Europa desde los años cuarenta hasta los setenta.

Sartre parte de un ateo, postura «fenomenológica». Existe un mundo real, que conocemos a través de los sentidos y la tarea del filósofo es estudiar el fenómeno (que incluye tanto los objetos reales como nuestra percepción de dichos objetos) sin ningún bagaje metafísico. No hay Dios, no hay ideas platónicas, no hay esencias ni kantianas *«cosas en sí mismas»* que permanezcan desconocidas e incognoscibles bajo la experiencia inmediata. Los fenómenos, todo lo que está fuera de nosotros, tienen lo que él llama *«ser en sí mismos»*; y nosotros los seres humanos, que también somos «objetos» para otros seres humanos y para el mundo material, tenemos también *«ser para nosotros mismos»*. Este último hecho significa que los seres humanos —aunque muy condicionados por sus circunstancias económicas, su herencia genética, su cultura nacional y familiar— tienen sin embargo posibilidad de elección, hacen juicios, toman decisiones y, por lo tanto, en un sentido esencial, se crean a sí mismos.

Esta filosofía del libre albedrío y de la responsabilidad individual fue expuesta por un hombre que sufrió la derrota que

infligieron los alemanes, que compartían y expresaban el corriente rencor intelectual francés contra la burguesía, miraba atrás de manera crítica su propia indiferencia (políticamente hablando) y se fue sintiendo cada vez más comprometido con la acción política durante la segunda guerra mundial y después de ella. Sartre era también un escritor capaz de combinar la abstracción filosófica más elevada con exposiciones muy terrenales de la conducta humana. Utilizaba ejemplos de situaciones cotidianas corrientes para ilustrar los conceptos de «autenticidad», la satisfacción de la naturaleza de cada uno; y la «mala fe», el rechazo a escoger las posibilidades que ofrece la vida.

En el constante y vivaz debate que es la gloria de la vida intelectual francesa, se fue sintiendo insatisfecho por el carácter en exceso individualista de su existencialismo. Interpretados de manera estricta, incluso otros seres humanos parecían sólo «objetos» para el individuo autónomo y solitario, que escogía sus posibilidades fueran o no auténticas. De modo tal que, al final de los años cuarenta y durante el resto de su vida, Sartre agregó elementos marxistas a su filosofía. La idea de la lucha de clases, la solidaridad con las clases trabajadoras como mayoría de la humanidad añadieron una sustancial «notredad» a lo que había sido una postura en extremo individualista. Al mismo tiempo veía su existencialismo humanista como enriquecedor del pensamiento marxista, distinguiéndolo de la impersonal y burocrática psicología de los regímenes soviético y del este de Europa. Además el existencialismo marxista militaba contra el racismo, en favor de la liberación de las mujeres, y de las colonias asiáticas y africanas.

En los años sesenta, Sartre, como muchos otros intelectuales con inclinaciones izquierdistas, trasladó a la China maoísta sus ilusiones perdidas con respecto al comunismo soviético. Pero mucho más importante que su ingenua ignorancia de gran parte de la política mundial y de su visceral antipatía por Estados Unidos fue su predominantemente positivo énfasis sobre la responsabilidad y solidaridad humanas, la insistencia en que, a pesar de la «absurdidez» (la ausencia de significado racional o predectibilidad) del mundo material, los seres humanos pueden y deben crear sus propios valores, su propia moral.

Sartre fue un gran editor y polemista, capaz según la oca-

sión de inspirar, trabajar en conjunto y romper relaciones con otros grandes intelectuales, que tenían distintos puntos de vista. La colaboración con Albert Camus se fue a pique por el rechazo de Camus al estalinismo y por su reluctancia a condenar del todo como puramente imperialista la larga historia francesa en Argelia. La colaboración con Maurice Merleau-Ponty fracasó también por la negativa de este último a aceptar la versión soviética de la guerra de Corea como una invasión inspirada por Estados Unidos desde el sur. Su amistad con Raymond Aron —que databa de sus años de estudiante— se fue asimismo a pique por el absoluto escepticismo de Aron hacia toda forma de marxismo, y porque consideraba a Estados Unidos un país sin duda menos amenazador para el futuro de Europa, que el imperialismo estalinista.

Como indica el párrafo anterior, la vida intelectual francesa de la posguerra estaba muy politizada. Durante la Resistencia, hombres y mujeres de creencias políticas y religiosas muy distintas compartieron las esperanzas de un futuro auténticamente democrático y en gran medida socialista. Entre 1945 y 1955, la mayor parte de lo mejor del pensamiento francés estuvo dedicado a debatir sobre ese futuro, a la luz de los decepcionantes acontecimientos que ocurrían en la Unión Soviética, las Américas, el norte de África, Palestina y el sudeste asiático. Desde mediados de los años cincuenta se produjo un notable distanciamiento del compromiso político activo y el más significativo cúmulo de ideas nuevas tuvo que ver con el lenguaje.

En particular, el movimiento multifacético conocido como estructuralismo tuvo un impacto inmenso en dos de las disciplinas sociales —la lingüística y la antropología—, y en la disciplina humanística de la crítica literaria y la interpretación. Los filólogos tradicionales habían estudiado las lenguas europeas desde un enfoque histórico. Se concentraron en la derivación del vocabulario de las lenguas vivas de sus raíces latinas, griegas, semíticas y sánscritas; en las relaciones de parentesco entre lenguas romances y germánicas; y en la manera en que el uso diferente de las mismas palabras evolucionaban a través de los siglos.

La lingüística estructural emprendió el estudio del lenguaje en general —de las miles de lenguas existentes— «sincrónicamente», en un presente sin tiempo. Cada lengua aislada constituye un conjunto de sonidos, que quienes la hablan utilizan

para comunicar sus ideas y deseos. El lenguaje es por lo tanto un instrumento social, razonablemente estable en su forma pero, dentro de cada lengua, la relación entre determinada combinación de sonidos y sus significados es por completo arbitraria. Es decir, no hay razón lógica (sólo utilización constante) por la cual cierto canino doméstico se llama *dog* en inglés, *perro* en castellano, *Hund* en alemán, etc. El significado completo de determinada palabra depende de su relación con el significado de otras palabras y, por lo tanto, de su lugar en la estructura de la lengua como un todo. Hasta ahora el logro singular más importante de la lingüística estructural ha sido la gramática universal de Chomsky, desarrollada con relación a la ciencia cognitiva.

La antropología estructural ha sido en gran parte invención de Claude Lévi-Strauss (quien, como muchos grandes pensadores conocidos en la literatura en general como estructuralistas, rechaza la etiqueta). Lévi-Strauss tenía experiencia personal con varias culturas latinoamericanas indias y era un lector voraz de la literatura etnográfica de numerosas sociedades tribales asiáticas. Citemos sus propias palabras sobre el concepto global de la antropología estructural: «Si, como creemos es el caso, la actividad inconsciente de la mente consiste en imponer la forma sobre el contenido, y si esas formas son fundamentalmente las mismas para todas las mentes —antiguas y modernas, primitivas y civilizadas—... es necesario y suficiente alcanzar la estructura inconsciente que subyace en cada institución y cada hábito para obtener un principio de interpretación válido para otros...»[8]

Según dice J. J. Honigmann en *Handbook of Social and Cultural Anthropology*, «...se asume que los fenómenos conscientes, empíricos y etnográficos son realizaciones concretas de sistemas inconscientes, estructurales y etnográficos. Se dice que éstos, a su vez, son el resultado de preposiciones universales neurológicas, cibernéticas y psicoquímicas». El paradigma del estructuralismo es «un movimiento abarcador desde la descripción empírica de patrones etnográficos hasta su final reducción a estructuras universales inconscientes comparables».

El tercer campo en el cual el estructuralismo ha sido im-

8. Claude Lévi-Strauss, *Structural Anthropology*, 2 vols., Basic Books, Nueva York, 1976, vol. 1, p. 21.

portante es el estudio de la literatura. En ese terreno se enfatiza la estructura de distintos géneros literarios: poesía épica y lírica, prosa narrativa, drama, prosa descriptiva, prosa epistolar, discurso político, tratados, sátira, cuentos policiales, anuncios; todas y cada una de las formas organizadas en las cuales se usan palabras. Los críticos literarios tradicionales y los historiadores se concentraban en la intención y el sentido individual del autor. Asumieron que ese sentido y ese significado eran el principal objetivo de los autores y que los autores determinaban verdaderamente el estilo y el significado de las frases elegidas.

Los críticos estructuralistas se dedicaron a demostrar que «... el significado no es expresión privada ni ocurrencia prescrita por la divinidad: es el producto de ciertos sistemas de significación compartidos».

Como método presumiblemente científico, el estructuralismo «[...] dejaba fuera de consideración el objeto real, el tema humano. Es en verdad esta doble acción la que define el proyecto estructuralista. La obra no se refiere a un objeto ni es la expresión de un tema individual; ambos están esbozados, y lo que entre ellos queda colgando en el aire es un sistema de reglas».[9]

Se dice que las imágenes literarias tienen principalmente significados relacionales más que significados inherentes. La estructura de las relaciones es, en cualquier caso, más significativa que el sentido aparente (lo mismo que en el psicoanálisis, donde el significado de los sueños es el contenido inconsciente más que el contenido manifiesto). El estructuralismo apunta a ser más analítico que valorativo y asume que, en cualquier narración o mito, hay siempre un sentido estructural más profundo que la anécdota superficial.

El estructuralismo, haya sido o no reconocido como nombre por quienes lo practicaban, anticipó sus afirmaciones más radicales en los años sesenta. Tropezó con mucha resistencia en los tres campos —el lingüístico, el antropológico y el literario— y, desde los setenta, ha coexistido en los estudios literarios con el post-

9. Terry Eagleton, *Literary Theory, an Introduction*, University of Minnesota Press, 1983, citas de p. 107 y 112. Puesto que hasta 1991 se han hecho once ediciones del libro presumo que da definiciones generales aceptables desde el punto de vista de los profesores que enseñan teoría de la literatura.

estructuralismo. La línea divisoria entre las dos escuelas de pensamiento no está en absoluto clara. Pero en general el último movimiento reduce aún más la importancia de autores, intenciones y significados cuando están expresados subjetivamente. Para los postestructuralistas, la literatura no consiste en «obras» producidas por individuos sino en «textos» que hablan a través del autor.

Aquí el pensamiento es análogo a la interpretación totémica de Lévi-Strauss y a los sistemas afines, como códigos sociales que permiten la transmisión de mensajes. «La mente que produce todo ese pensamiento no es la del sujeto individual: los mitos se piensan a sí mismos a través de la gente y no viceversa. No tienen origen en una conciencia particular ni un fin particular en vista. Uno de los resultados del estructuralismo es, pues, el "descentramiento" del sujeto individual, que no es ya visto como la fuente o el objetivo final del significado» (Eagleton, 104). Los postestructuralistas literarios «deconstruyeron», por lo tanto, los intentos subjetivos y los significados inadvertidos de aquellos que se consideran a sí mismos «autores». De hecho, un texto dado no tiene un significado definitivo sino que está sujeto a diferentes interpretaciones, que no son las de los autores, según los principios estructuralistas tal y como son elucidados por estructuralistas disciplinados o por la crítica postestructuralista. Por otro lado, aunque sólo sea a través de la retórica de sus artículos, los críticos estructuralistas parecen confiar plenamente en el significado de sus propias aseveraciones.

En términos de mis muy conscientes intenciones de autor, el estructuralismo y sus secuelas son más importantes como síntomas de la cultura de finales del siglo XX que como un conjunto de proposiciones científicas, excepción hecha de la gramática universal de Chomsky y sus colegas. La lingüística y la antropología dan testimonio de la muy desarrollada conciencia mundial de la cultura europea; de todas las lenguas, no sólo de aquellas que son relevantes para nuestro bagaje lingüístico; de todos los pueblos, religiones, mitos y códigos sociales, no sólo de los occidentales. La lingüística y la antropología expresan asimismo el esfuerzo, siempre que es practicable, de salvar pequeñas culturas primitivas de la extinción. También es saludable no considerar tan sólo el papel de los creadores individuales sino los modos en que las estructuras de la lingüística y la etnología constriñen a

conferenciantes y escritores, sin que los últimos se den necesariamente cuenta del hecho.

Por otro lado hay dos aspectos del proyecto estructuralista que me parecen bastante cuestionables. Uno es el modo a veces esquivo, a veces intencionadamente mistificador, con el que los teóricos destacados hablan de su obra. Ese rasgo puede muy bien ilustrarse en dos entrevistas concedidas por Lévi-Strauss a los críticos culturales George Steiner y John Weightman. Ante Steiner compara como al descuido el estudio de las sociedades occidentales y no europeas con la invención de la geometría no euclidiana y, en ese contexto, se refiere a Albert Einstein. En otro momento declara que «...no podemos estudiar al mismo tiempo "estructura" y "proceso"... ése sería el verdadero principio incierto de la antropología».

Las comparaciones con Einstein y Heisenberg dan testimonio del afán por dar a las ciencias sociales el mismo estatus que a las ciencias exactas. Por otra parte, cuando Weightman le pregunta sobre la falta de verificación científica de sus teorías, le contesta que en repetidas ocasiones ha dicho que no era un científico y que toda ciencia social es «precientífica». Weightman le pregunta también por la oscuridad de mucha de su prosa. A lo cual le replica que «... ha usado con entera libertad y tal vez con impudicia el tipo de lenguaje filosófico común a todos los miembros de la *intelligentsia* de París, pero que no le atribuye gran importancia al hecho».

A esas alturas el lector impúdico puede muy bien preguntar: Entonces ¿por qué debemos tomar en serio ni el alegado pseudocientificismo ni las frívolas excusas que ofrece? Sin aportar ejemplos similares de los ensayos y entrevistas de Roland Barthes, Foucault, Derrida, etc., basta decir que, por cualquier combinación de motivos personales, muchos de los estructuralistas más destacados se han complacido adrede en la inconsistencia y la oscuridad. Su conducta es un síntoma de la desesperación espiritual que se esconde bajo gran parte de los escritos sobre disciplinas humanistas y sociales del siglo XX.[10] El segun-

10. George Steiner, «A Conversation with Claude Lévi-Strauss», *Encounter*, abril de 1966; John Weightman, «A Visit to Lévi-Strauss», *Encounter*, febrero de 1971.

do aspecto cuestionable del estructuralismo literario es la sustitución de los autores por críticos y teóricos, como portavoces principales, ocupados en todo lo que sea literatura. Una cosa es señalar las formas en que un autor está intensamente condicionado por estructuras lingüísticas y antropológicas; otra por completo distinta escribir como si sólo hubiera «textos» y no obras creativas individuales.

La cuestión tiene asimismo directas implicaciones económicas y profesionales. Novelistas y poetas pueden luchar para vender unos pocos cientos de ejemplares de obras originales, que no agradan al gran público. Pero los críticos estructuralistas que hablan entre sí una jerga arcana pueden mantener cargos universitarios bien pagados y rodar por la jet, como cuenta David Lodge en su maravillosa novela *Changing Places*. La compleja verborrea de la teoría estructuralista resuelve también el problema de legiones de estudiantes —que tienen mucha más destreza analítica que creativa o interpretativa— para encontrar tópicos de tesis doctorales en filosofía.

En conjunto, no ha habido figura más importante, ni sintomática, relacionada con el nuevo énfasis puesto en el lenguaje que la del filósofo alemán Martin Heidegger (1889-1976). Heidegger nació y se educó en el sur católico y, siempre idealizando la vida rural, desarrolló gran parte de su pensamiento y escritos en una pequeña cabaña de la Selva Negra, y pasó los años más importantes de su vida profesional en Friburgo. Era un patriota alemán, profundamente descorazonado por la pérdida de la primera guerra mundial. Compartía el desaliento filosófico de Oswald Spengler, cuya *Decadencia de Occidente* se publicó en 1918, y fue por completo indiferente cuando no hostil a la República de Weimar. Según muchos informes era un maestro de arrebatada oratoria y, desde que publicó el primer volumen de *El ser y el tiempo*, (1927), adquirió una inmensa influencia en Alemania y Francia, y se convirtió también en figura principal en el mundo de habla inglesa.

Ese singular y más importante de sus libros fue fruto de su determinación —que había durado una década— de arrancar de cuajo la maleza metafísica de la filosofía occidental. El estilo de su prosa es en extremo oscuro y no puede haber ninguna clara interpretación ni es posible ponerse de acuerdo sobre sus resulta-

dos presumiblemente no metafísicos. Pero lo mismo que me ocurre con los estructuralistas, no me preocupan tanto sus doctrinas como su importancia sintomática. A pesar de lo farragosos que son sus párrafos hay un esfuerzo muy serio y angustioso por crear fundamentos no metafísicos para la filosofía y un patetismo extremo en su incapacidad para enfrentar con «autenticidad» los acontecimientos sucedidos en el curso de su propia vida.

En *El ser y el tiempo* insiste en que *«Alles Seiende ist im sein; das Sein ist das Seiende»*. Todo lo que existe está en el ser, y la totalidad del ser es equivalente a todo lo que existe. No hay esencias, ideas platónicas, cisma cartesiano entre materia y espíritu ni cisma cristiano entre cuerpo y alma. Esa determinación de superar el dualismo tanto en filosofía teológica como secular es, desde luego, común a todos los fenomenólogos agnósticos y ateos del siglo actual. Pero Heidegger trata sus implicaciones de una manera muy sugestiva y poética.

Aunque la mayor parte de su exposición sobre el ser enfatiza lo impersonal, la ausencia de lo divino y de lo intelectual, es no obstante cierto que el hombre, con su particular autoconciencia, está caracterizado por *Da-sein*, por «ser ahí», conscientemente, no sólo con la «mera presencia» de una roca. Él no había nacido por voluntad propia sino que había sido «arrojado» a la existencia.[11]

«Esta característica del ser *Dasein* —esto que es— está velada por el "de dónde" y "adónde" y, sin embargo, está revelada en sí misma tanto más abiertamente. La llamamos el "arrojamiento" de esa entidad en su "ahí". En verdad es arrojada de manera que, como ser-en-el-mundo, está "ahí". La expresión "arrojamiento" pretende sugerir la *factualidad de su ser entregado*.» (Cita de Steiner, p. 87, con la puntuación que le doy.)

El descubrimiento de uno mismo y el desvelamiento son dos de las imágenes más frecuentes usadas por Heidegger para caracterizar al ser. En cuanto al de dónde y adónde, *Dasein* está

11. Mi lectura de Heidegger está basada en las selecciones en inglés dadas por Martin Heidegger, *Basic Writings*, editadas por David F. Krell, Harper Collins, 1977, y en George Steiner, *Heidegger*, 2.ª ed., Fontana Press, 1992. Aunque leo prosa alemana corriente con bastante fluidez, cuando se trata de Heidegger dependo por completo de las traducciones.

caracterizado por un «estar a mano», una factualidad de experiencia análoga a la experiencia de un artesano, usuario de herramientas, estudioso manual de fenómenos, más que un intelecto desencarnado. Y la auténtica experiencia del ser conduce a momentos de comprensión, que él compara con la entrada a un claro (*Lichtung*) dentro de un bosque, donde el leñador emerge a la luz.

Pero más importante para la experiencia humana es que el ser incluye también la temporalidad, es ser-hacia-la muerte, una muerte que excluye explícitamente cualquier clase de vida posterior. Cada vida humana es única e incluye la muerte única de la cual ningún poder externo puede privarla. Ese sentido existencial de experiencia intransferible y movimiento hacia la muerte es condición básica de la dignidad y libertad de los seres humanos, un concepto que tuvo mucha influencia sobre los existencialistas franceses, que estudiaron su obra en los años treinta. Tomado en su totalidad, el clima literario de Heidegger incluye lo antiintelectual, anticientífico y antimetafísico; la angustia de san Agustín y Kierkegaard; y el apego hacia lo rural y artesanal que se infiltró en muchos de los movimientos del siglo XX, tanto de derecha como de izquierda.

Pero si el ser es también ser-hacia-la muerte y, si el hombre —en contraposición a los objetos sin vida— es de alguna manera «arrojado» a la vida, su forma de ser tiene pues que ser muy distinta de la de una roca; el filósofo no puede evitar los problemas metafísicos que han preocupado a todos los filósofos: cómo definir la relación entre el ser (o Dios o causa primera) y los seres (los vivientes únicos, mortales). Aquí aparece una de las primeras pugnas de Heidegger con la cuestión, en la introducción de *El ser y el tiempo*:

> El «ser» no puede, en efecto, concebirse como un ente; *enti non additur aliqua natura*: el «ser» no puede ser objeto de determinación predicando de él un ente. El «ser» no es susceptible de una definición que lo derive de conceptos más altos o lo explique por más bajos. Pero, ¿se sigue de aquí que el «ser» ya no pueda deparar ningún problema? En absoluto; lo único que puede inferirse es esto: el «ser» no es lo que se dice un ente. Por ende, la forma de determinar los entes justificada

dentro de ciertos límites —la «definición» de la lógica tradicional, que tiene ella misma sus fundamentos en la ontología antigua— no es aplicable al ser. La indefinibilidad del ser no dispensa de reiterar la pregunta que interroga por su sentido, sino que intima justamente a ello.» (*El ser y el tiempo*, p. 13, Fondo de Cultura Económica, México, 4.ª ed. revisada, 1971.)

De ese modo, la ontología desde Platón hasta nuestros días es rechazada. Es cierto que, en numerosos pasajes, Heidegger se refiere a la metafísica como «olvido del ser», queriendo decir que toda la fraternidad de los filósofos europeos ha discutido definiciones verbales mientras «olvidaba» el sentido de la vida misma. Al mismo tiempo Heidegger se sintió incapaz de definir el ser y lo adujo como la razón por la cual no escribió nunca el segundo volumen de *Sein und Zeit*. Manifestó que el vocabulario existente no podía expresar sus convicciones y que tampoco había sido capaz de crear el vocabulario adecuado (aunque los neologismos y las explicaciones etimológicas están entre los párrafos que más han influido después a los teóricos estructuralistas y postestructuralistas).

Entretanto los nazis tomaron el poder en Alemania. Heidegger compartió su explícita repulsión por el Tratado de Versalles y expresó su idiosincrática forma de racismo filosófico, afirmando que la gran filosofía no podía ser creada más que en griego o alemán. Compartió la visión romántica de los nazis de izquierda más idealistas, que proclamaban que ellos restablecerían los valores rurales y artesanales de la Alemania preindustrial. Heidegger era muy sensible ante la degradación del ambiente físico, provocada por la proliferación del carbón, el acero y las industrias químicas. En ese aspecto fue un precursor del movimiento ecologista. Tenía la esperanza de una especie de «tercera vía» entre el capitalismo industrial occidental —con sus ultrajes a los recursos naturales y al medio ambiente— y el comunismo soviético, que destruía con premeditación a sus prósperos campesinos y todas las formas de propiedad tradicional, religión y cultura «burguesa».

Los nazis lo nombraron rector de la Universidad de Friburgo. No cuestionó la destitución de colegas judíos, disfrutó vistiendo uniforme y exigió que sus estudiantes utilizaran el sa-

ludo de *Heil Hitler*. Según su antiguo colega Karl Löwith, sus oyentes «no estaban nunca seguros sobre si debían dedicarse al estudio de los presocráticos o unirse a las tropas de asalto».[12]

Como muchos intelectuales narcisistas redomados (no es posible haber sido profesor universitario sin conocer a un puñado de tales personajes), era en la mayoría de las circunstancias incapaz de imaginar los sentimientos de otros seres humanos, también desatinado en política académica. Durante los procesos de desnazificación de 1946, Heidegger alegó que, después de sus primeros pocos meses de rectorado, los nazis empezaron a perseguirlo. Es en verdad cierto que varios filósofos menores lo manipularon en cuestiones de política universitaria durante la época nazi. Pero él cumplió con sus deberes de partido hasta el final y no fue de ninguna manera perseguido.[13]

A lo largo de la guerra, Heidegger desarrolló el aspecto estético de sus ambiciosos intereses filosóficos y publicó profundos ensayos interpretativos sobre el poeta Hölderlin y el pintor Van Gogh. En esos ensayos es notable que, igual que en escritos estructuralistas posteriores, el papel consciente de los artistas es minimizado. Él escribió entonces que el ser, un concepto esencialmente impersonal en *El ser y el tiempo*, era creado por el lenguaje y el arte, cuyos fenómenos se expresaban a sí mismos a través de la obra de los grandes artistas. En la medida en que el curso de los acontecimientos lo decepcionó, Heidegger llegó a pensar en el ser como una creación de poesía y arte, una postura subjetiva, esteticista, muy alejada de sus esfuerzos de los años veinte para definir el universo existente como ser no metafísico. A pesar de sus conocidas simpatías nazis, sus admiradores franceses —con Sartre a la cabeza— tuvieron la esperanza de restablecer el contacto intelectual y, tal vez, superar los terribles

12. Citado en Allan Megill, *Prophets of Extremity*, University of California Press, 1985, p. 130.

13. Con respecto a la carrera académica de Heidegger y a sus relaciones con los nazis me he basado principalmente en Víctor Farías, *Heidegger y el nazismo*, Muchnik Editores, Barcelona, 1989. La publicación original francesa de este libro causó indignación entre los admiradores de Heidegger, pero el desdén que prodigaron contra Farías no invalida los hechos de la larga colaboración de Heidegger con los nazis, muy bien documentada en el libro de Farías.

daños psicológicos provocados por la guerra de Hitler. En 1946 Sartre publicó un ensayo titulado *El existencialismo es un humanismo*, en el cual exponía las ideas de una responsabilidad moral atea, existencialista y solidaria, a la cual me he referido antes en este capítulo. Esas ideas estaban decisivamente influenciadas por el Heidegger de *El ser y el tiempo*, un Heidegger que, sin embargo, había dicho de manera explícita que su libro no era un libro de ética. En esa época también, cuando las autoridades aliadas impedían que Heidegger enseñara en la universidad, otro joven filósofo francés dirigió una serie de preguntas a Heidegger, que pretendían envolverlo en un diálogo que concernía, entre otras cosas, a los puntos de vista de Sartre.

En 1947 Heidegger respondió a esas iniciativas francesas en su *Carta sobre el humanismo*. En esa *Carta* se concentra en resumir sus ideas con respecto al ser, la estética y el lenguaje. Pero en un momento comenta directamente el ensayo de Sartre. Escribe que el «pensamiento» (sin indicar personas) intenta tratar las relaciones entre ser, tiempo, autenticidad, lenguaje, moral, etcétera. «Trata de encontrar la palabra acertada para ellos, dentro del antiguo lenguaje tradicional y la gramática de la metafísica. Pero dando por supuesto que haya algo en un nombre ¿se permite a sí mismo todavía ser definido como humanismo? Con certeza no, hasta donde el humanismo piensa metafísicamente. Con certeza no, si humanismo es existencialismo y está representado por lo que Sartre expresa: "Estamos precisamente en una situación donde sólo hay seres humanos." Pensado desde el enfoque de *El ser y el tiempo* tendría en cambio que decir: "Estamos precisamente en una situación donde lo principal es el ser."» Después continúa para enfatizar la naturaleza en extremo impersonal del ser.

Tal es el tono de la réplica de Heidegger a sus jóvenes admiradores franceses, que intentaban establecer contacto humano con el Gran Hombre. Lo cito con cierta extensión para que el lector pueda juzgar por sí mismo las sugestivas aunque oscuras observaciones. (*Basic Writings*, p. 237.) Antiguos discípulos exiliados suyos, sobre todo Herbert Marcuse, intentaron cortés pero insistentemente sonsacarle su reacción ante el asesinato masivo de judíos, gitanos y eslavos, cometido por los alemanes y sus colaboradores. Hasta el día de su muerte jamás habló del Holo-

causto. Pero encontró muchos motivos para criticar tanto la política de Estados Unidos como la soviética y consideró la expulsión de alemanes de Europa oriental durante la posguerra como una injusticia flagrante.

Lo desoló sin duda la estrepitosa caída de los nazis, se sintió humillado e injustamente castigado por los aliados y compartió el generalizado rechazo alemán a reconocer ninguna responsabilidad moral por las atrocidades cometidas durante la perdida guerra. En septiembre de 1966 concedió una entrevista a los editores del semanario alemán *Der Spiegel*, con la condición de que sus palabras no fueran publicadas hasta después de su muerte, condición que fue respetada. En esa entrevista cargada de afirmaciones negativas contra la ciencia y la tecnología, el filósofo del ser, que había desterrado la metafísica, dijo que sólo un Dios podría ya salvar a la humanidad.

Desde la segunda guerra mundial, la vida intelectual europea ha tenido un inconfundible carácter torturado y autodestructivo. El gran filósofo del lenguaje Ludwig Wittgenstein murió en 1951, pero su influencia fue mayor a lo largo de las décadas posteriores a su muerte. Como individuo abominaba de sí mismo por haber nacido en un ambiente de familia rica y fue incapaz de establecer relaciones humanas con nadie, excepto con unos pocos de los discípulos que lo adoraban.

En algún momento de 1937, mientras enseñaba en la Universidad de Cambridge, hizo una doble confesión a una judía ucraniana que le enseñaba ruso. 1) Siendo maestro en una escuela primaria rural de Austria abofeteó a una niña y luego negó el hecho. 2) La gente creía que no tenía más que un cuarto de sangre judía, cuando en realidad eran tres cuartos, y él nunca rectificó el error. Otras interesantes observaciones de su profesora de ruso son la certidumbre de que no tenía, en absoluto, idea de lo incómoda que hacía sentirse a la gente en su trato social; que parecía por completo asexuado; que, por lo visto, no se dio cuenta cuando ella llegó a su octavo mes de embarazo.[14]

Igual que su predecesor Nietzsche y su contemporáneo Heidegger, Wittgenstein estaba decidido a exponer los múltiples

14. Fania Pascal, «Wittgenstein, a Personal Memoir», *Encounter*, agosto de 1973.

errores de la tradición metafísica. En su primer libro, el *Tractatus* (1921), analiza errores debidos a ambigüedades de lenguaje, pero todavía considera —por lo menos en enunciaciones no religiosas ni estéticas— que es posible formar oraciones que expresen la verdad de la correspondiente realidad.

Sin embargo, en su libro principal, *Investigaciones filosóficas*, publicación póstuma editada en 1953, enfatiza la escasa confiabilidad de todas las oraciones, que sus significados tenían que ser ambiguos por lo que él llamaba «el juego del lenguaje», las circunstancias extralingüísticas en las cuales se pronunciaban las frases. En todos sus escritos enfatiza la diferencia entre lo que puede ser expresado y lo que sólo es demostrable. Todos los valores religiosos y morales son inexpresables, razón por la cual —después de publicar el *Tractatus*— se marchó a enseñar en la escuela primaria de un pueblo rural austríaco y, durante décadas, arrastró en su corazón la culpa por haberle pegado en una ocasión a una alumna.[15]

De modo semejante, Michel Foucault —uno de los eruditos más brillantes que hayan enseñado en universidades europeas o norteamericanas durante los años sesenta y setenta— era un ser humano íntimamente torturado. Sus escritos son notables por la vehemencia de sus ataques contra la ciencia acumulada y contra los «planteamientos en boga» de la historia y las disciplinas sociales. Sentía gran simpatía por las personalidades inadaptadas y no convencionales. Sus aportes más valiosos enfocaron por primera vez la atención de los eruditos en el tratamiento de los enfermos, los locos y los criminales; criticaba las hipócritas maneras en que la sociedad «ilustrada» define la «normalidad» para después marginar a los miembros no conformistas.

Como muchos ensayistas recientes evita con premeditación la *clarté* que caracteriza la mejor prosa francesa. Su estilo combina brillantes agudezas con el menosprecio consciente de meros

15. Además de la lectura profana de su obra me he basado en Erich Heller, «Ludwig Wittgenstein», *Encounter*, septiembre de 1959, un ensayo que responde a la aseveración de Bertrand Russell de que *Philosophical Investigations* no significó nada para él, y en Stephen Toulmin, «Ludwig Wittgenstein», *Encounter*, enero de 1969. Para una biografía completa y llena de admiración: Ray Monk, *Ludwig Wittgenstein, the Duty of Genius*, The Free Press, Nueva York, 1990.

hechos; usa retahílas de adjetivos en parte sinónimos y sustantivos entrecomillados, de modo que el lector no sabe qué significado o pseudosignificado aplicar a dichos sustantivos y adjetivos. Con los discípulos que lo admiraban era más atento y servicial. Disfrutaba tratando con altivo desdén a los colegas o administradores a quienes consideraba mediocres. Sus biógrafos no son capaces de dilucidar si se expuso a propósito a contraer el SIDA, arriesgándose a una muerte temprana que, de hecho, fue resultado de sus «experiencias hasta el límite máximo» —como él las llamaba— en las casas de baños de San Francisco.[16]

Otro aspecto fundamental del *Zeitgeist* de la segunda mitad del siglo XX ha sido el papel cada vez más amplio de la juventud. El porcentaje de nacimientos durante los años cincuenta y sesenta provocó un porcentaje mucho mayor de población joven. El hecho de que en la mayoría de las familias ambos progenitores trabajaran fuera de casa y el crecimiento del número de alumnos por clase en todos los niveles educativos significaron que los niños tuvieran mucha menos supervisión adulta —o simplemente menos compañía de adultos, menos ejemplo y menos represión— que en épocas pasadas. Dos sueldos y un Estado de bienestar que redujo la importancia que antes tenía el ahorro para gastos sanitarios, vejez, etc., significaron también que los niños tuvieran más dinero de bolsillo, como asimismo más tiempo libre sin vigilancia adulta.

Se desarrollaron rápidamente instituciones y hábitos nuevos —buenos y malos— para reemplazar la antigua influencia de la familia y el vecindario: clubes atléticos, gimnasios, piscinas, conciertos de rock, bares con piano, clubs de cine, comunidades juveniles de clase media capaces de pagar un alquiler, comunidades también juveniles de okupas que no podían pagarlo, tribus urbanas de ciudades superpobladas. Los jóvenes son en particular blanco del mercado de los CD, vídeos, ropa novedosa y drogas. La disponibilidad de empleo y la píldora de control de la natalidad significan que las jóvenes pueden controlar su vida personal mucho mejor que en el pasado.

La manifestación más espectacular de la presencia juvenil

16. Información biográfica principalmente de James Miller, *The Passion of Michel Foucault*, Anchor Doubleday, 1993.

en la sociedad europea fue la revuelta de los estudiantes de París en mayo de 1968. Se enardeció por la ocupación policial sin precedentes del patio interior de la Sorbona que, durante siglos, gozó de una especie de estatus de extraterritorialidad. Pero hubo una acumulación de motivos que eran sintomáticos de las tendencias sociales de la posguerra. En la universidad misma, los estudiantes exigían más cantidad de aulas y material de laboratorio, que estuvieran a la altura del creciente número de estudiantes. Exigían también tener voz en la selección y promoción del claustro docente.

Con respecto al mundo exterior al campus, las consignas hacían referencia a la liberación personal y sexual, al antiimperialismo, a la exaltación de Fidel Castro y Mao Zedong, los dictadores marxistas que se pensaba encabezaban revoluciones populares genuinas y que, supuestamente, superaban el estancamiento y la burocratización atribuidas a la Unión Soviética y al Partido Comunista francés. Lo cierto es que, mientras los intelectuales más destacados de fines de los años cuarenta idealizaban a la URSS, los estudiantes idealizaban a Castro y Mao a fines de los sesenta.

Durante casi tres semanas, la vida parisina normal fue reemplazada por un continuo espectáculo de *graffiti*, desfiles, suspensión (en parte voluntaria y en parte involuntaria) de distintos servicios públicos —como el transporte y la recogida de basura—, debates y fraternización con los obreros, que no estaban seguros de si las exigencias estudiantiles eran o no realmente útiles para ellos. Quizá, para la mayoría de los parisinos y lectores de la prensa progresista de toda Europa, fue un genuino festival intelectual y popular de liberación contra la torpeza burguesa. Para una minoría no fue más que una mera fantasía de locura que, por fortuna, acarreó escasa violencia verdadera.

El 30 de mayo el presidente De Gaulle, que había desplazado estratégicamente una cantidad de tanques en los suburbios de París, en previsión de que se produjeran conflictos, disolvió el Parlamento y convocó elecciones para fines de junio. El gobierno elevó los salarios mínimos en un 35%, prometió nuevas inversiones para enfrentar los problemas de la masificación de la enseñanza y concedió a los estudiantes algún papel en cuestiones universitarias. La normalidad volvió a las calles de la capital. En

las elecciones de junio, los gaullistas ganaron por una importante mayoría, mientras los partidos comunista y socialista perdían más de la mitad de sus escaños.

La opinión pública francesa simpatizó con las demandas económicas estudiantiles, compartió su protesta contra la ocupación policial de la Sorbona y celebró la consigna de «la imaginación al poder» y otras semejantes. Pero los franceses votaron sin lugar a dudas por el restablecimiento de la estabilidad y la continuidad conservadora general representada por los gaullistas. Casi los mismos resultados se produjeron en Alemania Occidental, en respuesta a las protestas radicales de los estudiantes. Cuando, en los años setenta, grupos marginales de estudiantes revolucionarios desafiaron al Estado burgués «represivo» con secuestros y bombas en Alemania e Italia, la opinión pública aprobó los severos castigos impuestos a los pocos ejecutores de delitos que fueron apresados y condenados.

A primera vista puede parecer que no había demasiado en común entre las ideas existencialistas, estructuralistas y postestructuralistas, las profundidades intelectuales y las emociones torturadas de pensadores como Heidegger, Wittgenstein y Foucault, las revueltas estudiantiles de fines de los años 60, la espectacular violencia minoritaria de la banda Baader Meinhof en Alemania y de las Brigadas Rojas en Italia. Pero todos ellos comparten una sorprendente cantidad de rasgos fundamentales: apasionada crítica intelectual y moral de los sistemas existentes en el mundo —el capitalismo encabezado por los norteamericanos y el comunismo encabezado por los soviéticos—; un ateísmo recalcitrante, basado en la convicción de que Dios está en verdad muerto —como proclamó Nietzsche—, pero sintiendo esa muerte como una pérdida emocional, no como el triunfo de un pensamiento racional; la búsqueda de un nuevo resurgimiento ético, independiente de cualquier base religiosa; la liberación de la mujer, de la juventud y de todas las minorías raciales del «varón blanco» y de la dominación «burguesa» (excepción hecha del chauvinismo germano de Heidegger); variedad cultural sin precedentes en los «estilos de vida» que, con mucha frecuencia, significaban escapismo, modos de dejar pasar el tiempo, más que un verdadero compromiso con cualquier objetivo particular en la vida; un sentimiento de intensa alienación de las exigencias

y planes prácticos aceptados por sus antecesores; ausencia de claras alternativas al capitalismo y comunismo existentes; más una combinación de hedonismo, estoicismo y violencia ocasional frente a la «absurdidad» de la vida.

Para la gente que piensa y tiene sensibilidad, la prosperidad y la secular variedad del Estado de bienestar a finales del siglo XX no ofrecen suficiente sustento espiritual. Sin embargo, un factor positivo de su alienación es el nuevo interés prestado a las culturas no occidentales, la aceptación de que Europa es una civilización entre otras muchas, la creciente ayuda económica a las naciones «en desarrollo», el auge de los movimientos en defensa de los derechos humanos y la ecología. Para la mayoría con menos preocupaciones políticas existe el disfrute de una prosperidad, que contrasta felizmente con el recuerdo de dos guerras mundiales y de la Gran Depresión. Hay además una extraordinaria variedad de actividades para el tiempo de ocio, desde la telemanía hasta las mejores exposiciones de arte, los conciertos y el cine de verdadera categoría artística.

CAPÍTULO 13

LA GUERRA FRÍA EN ALEMANIA Y EUROPA CENTROORIENTAL, 1947-1990

«La guerra fría» es el nombre adecuado para aplicar a los años que van de 1947 a 1989, durante los cuales el factor más importante en la diplomacia internacional fue la hostil —pero cuidadosamente controlada— relación entre Estados Unidos y sus aliados militares-satétiles, y la Unión Soviética y sus aliados militares-satélites. La guerra fría condicionó el desarrollo de todas las naciones a ambos lados del «Telón de Acero», con importantes diferencias de intensidad, en gran parte, debidas a su geografía.

Excepto en momentos de crisis, Europa occidental, las islas Británicas, Escandinavia (con la exclusión de Finlandia) y la península Ibérica pudieron ejercitar su política nacional bajo el paraguas nuclear de Estados Unidos, sin sentirse militarmente amenazadas y con pocas interferencias sobre sus asuntos domésticos. La Unión Soviética pudo perseguir también los objetivos de su política nacional e internacional. Pero las zonas que limitaban con la Unión Soviética —desde Finlandia al norte hasta Grecia y Turquía sobre el Mediterráneo— no pudieron ni por un momento olvidar su dependencia de las grandes potencias ni el hecho del riesgo que corrían en caso de una posible guerra entre los dos gigantes. Esas zonas eran desde mucho tiempo atrás comarcas fronterizas culturales y políticas entre la Europa histórica y el «Este»; de modo que, para ellas, la guerra fría constituyó uno más de los importantes hitos religiosos y culturales, además de significarles obvios costos político-económico-militares.

En febrero de 1945, durante la Conferencia de Yalta, la Unión Soviética se comprometió a convocar elecciones libres en los territorios liberados por el Ejército Rojo. Es cierto que en Polonia, Hungría, Rumanía y Bulgaria, los soviéticos aceptaron al principio la victoria electoral de partidos campesinos que defendían la propiedad privada y las instituciones religiosas ortodoxas o católicas. Pero dado que esos países no habían tenido gobiernos realmente democráticos en los años anteriores a la guerra, a los soviéticos no les resultó difícil descubrir insignificantes irregularidades electorales en la inmediata posguerra e inventaron otras de mayor envergadura. A través del control policial —los comunistas exigieron que el Ministerio del Interior controlara cualquier coalición gubernamental—, del establecimiento de «facciones» leninistas en las reducidas zonas industriales, de la provocación de «incidentes» durante reuniones populares o políticas, de chantajes y ocasionales secuestros de cabecillas políticos o sus parientes, hacia 1948 habían acosado a todos los no comunistas hasta desalojarlos de sus cargos.

El Este y el Oeste, en efecto, echaron tierra sobre las esperanzas de continuar su cooperación durante la posguerra en 1948. Checoslovaquia era el único Estado liberado por el Ejército Rojo que, en los años de entreguerras, había sabido lo que eran elecciones limpias y libertades civiles sin cortapisas. La Unión Soviética había firmado con ella una alianza en 1943 y aceptado el retorno del presidente Benes de su exilio en Londres, además de la restauración de la República que Hitler y Chamberlain destruyeron en Munich.

Mas en febrero de 1948 la coalición de comunistas y una facción del Partido Socialista —compañeros de ruta de los comunistas— logró una mayoría parlamentaria del 51%. En ese momento, los comunistas dieron un golpe que acabó con la República democrática y convirtió a Checoslovaquia en un satélite más. El ministro de Relaciones Exteriores Jan Masaryk o bien se suicidó o fue arrojado por la ventana de su despacho el 10 de marzo. El 7 de junio renunció el presidente Benes, aquejado desde hacía tiempo por una enfermedad cardíaca, agravada por un ataque de angustia. Benes fue sucedido por el jefe comunista Klement Gottwald, que también sufría una enfermedad cardíaca (complicada por un exceso de adulación), y sobrevivió como

jefe de Estado ceremonial a tiempo parcial hasta marzo de 1953 (el mismo mes en que murió Stalin).

En marzo de 1948 Estados Unidos lanzó el Plan Marshall y, a instancias de Stalin, los gobiernos del Este europeo lo rechazaron. La combinación del golpe checo con el rechazo del Plan Marshall convenció a los líderes occidentales de que Stalin estaba decidido a ejercer el control político y económico de las tierras que se extendían al otro lado del Telón de Acero. Apresuraron por lo tanto la integración de las tres zonas alemanas ocupadas por las potencias occidentales y, el 30 de marzo, los soviéticos reaccionaron imponiendo restricciones al tráfico con las nuevas zonas «tripartitas» de Berlín. El 24 de junio impusieron un bloqueo terrestre en toda regla, por medio del cual esperaban apoderarse de la ciudad entera a corto plazo. En medio de la euforia del triunfo en la primavera de 1945, los aliados occidentales no pensaron en negociar derechos específicos de tránsito entre las zonas por ellos ocupadas y Berlín. Pero, por razones técnicas, sí habían firmado tratados escritos sobre el uso de los aeropuertos. Ese afortunado hecho permitió a Occidente montar legalmente un puente aéreo para abastecer sus zonas de Berlín de todos los suministros que era necesario proporcionar desde el exterior. Once meses después, en mayo de 1949, los soviéticos levantaron el bloqueo. Fue también en 1949 cuando se crearon dos Estados alemanes: la *Bundesrepublik* en lo que había sido la zona «tripartita» occidental y la República Democrática Alemana en la zona soviética. La OTAN y el COMECON —el tratado de alianza comercial de toda Europa oriental, dominado por los soviéticos, con la excepción de la disidente Yugoslavia— completaron el mapa de una Europa ya oficialmente dividida.

La evidencia acumulada de una creciente hostilidad entre los recientes aliados de la segunda guerra mundial provocó, como es natural, graves efectos en la política exterior occidental, sobre todo en la de Estados Unidos, que era el único país cuya primera prioridad no era la recuperación física de los estragos de la guerra. Franklin Roosevelt, que murió en abril de 1945 poco antes del final de la guerra europea, había soñado que continuaría la colaboración con el *Uncle Joe* Stalin en una *pax mundi* antiimperialista de posguerra. Pero la rápida transformación de los gobiernos coaligados de Europa del Este en desnudas dictaduras

estalinistas provocó una desilusión igual de rápida en cuanto a las intenciones «democráticas» de la URSS. Un importante análisis publicado por *Foreign Affairs* en 1947 esbozaba la política de «contención», que iba a ser la base de la política norteamericana durante las cuatro décadas de la guerra fría. El autor anónimo —más tarde identificado como el famoso especialista ruso George Kennan— argumentaba que los soviéticos, en su condición de marxistas científicos, creían que la historia estaba de su parte, que el mundo capitalista daría paso inevitablemente al mundo comunista. Pero por otro lado tenían un saludable respeto por el poderío norteamericano y no querían correr riesgos que pudieran desatar una tercera guerra mundial.

En cualquier caso Stalin siempre había sido más cauteloso y racional que Hitler y Mussolini. Kennan recomendaba por lo tanto una política de «contención»; recomendaba que Occidente estuviera dispuesto a emplear el poder económico y militar donde fuera necesario, para evitar una mayor expansión del Imperio soviético y que, en tales condiciones, la URSS no se mostraría agresiva. Sugería que, a la larga, la URSS podría perder su fe mesiánica y venirse simplemente abajo, reflexión final que resultó un presagio extraordinario de lo que, en verdad, sucedió en 1991.

Sin entrar en detalles se puede decir que Estados Unidos, con su diplomacia y sus acciones militares en la inmensidad del territorio euroasiático —desde el puente aéreo de Berlín y la guerra de Corea hasta el colapso de la Unión Soviética— aplicó con firmeza su poder económico y desarrolló con decisión su arsenal nuclear, con vistas a evitar la expansión del Imperio soviético más allá de sus fronteras de 1950. Al mismo tiempo, y a pesar de una ocasional retórica beligerante, Estados Unidos nunca amenazó al imperio existente.

El gobierno británico y, con distintos matices de reserva, los gobiernos de Alemania Occidental, Francia e Italia aprobaron la política de «contención». Pero la mayoría de la opinión pública activa —en la parte de Europa donde se podía expresar, es decir, al oeste del Telón de Acero— no aceptó la política norteamericana como nada que se pareciera a un valor fiable. Muchos intelectuales franceses —aunque no tenían más conocimiento de la Unión Soviética que el de visitas dirigidas con

sumo celo desde su alojamiento en hoteles de Moscú y Leningrado— estaban convencidos de que el comunismo era moral y económicamente superior al capitalismo.

La Unión Soviética podría estar menos adelantada desde el punto de vista tecnológico que Estados Unidos y Stalin podría haber recurrido a métodos muy crudos en su lucha contra la oposición. Pero la URSS había salvado a Europa de Hitler, era una sociedad de verdad multinacional y se había industrializado sin convertirse en esclava de los bancos occidentales. Si sus definiciones de lo que es la democracia y sus formas electorales eran distintas a las aplicadas en Occidente, era necesario recordar las muchas carencias de la democracia «burguesa» y tener en cuenta que la eliminación de las antiguas clases dominantes era en sí misma una forma de liberación para los ciudadanos de Europa oriental. La existencia del gulag fue negada de plano por muchos de esos intelectuales.[1]

Las mismas personas que dieron así el beneficio de la duda a todos los logros soviéticos eran profundamente antinorteamericanas. Para ellas, Estados Unidos era una sociedad por completo materialista e inculta. Su política exterior, respaldada por la superioridad nuclear, pretendía amedrentar al resto del mundo para que aceptara el dominio económico norteamericano y la cultura de Hollywood más la Coca-Cola.

En honor a la verdad, la muy limitada desnazificación de Alemania, la complicidad con la huida de ex nazis a la España de Franco y a Latinoamérica, el empleo de antiguos científicos nucleares y especialistas en cohetería nazis en las instituciones militares norteamericanas eran hechos flagrantes, que hacían comprensible el temor y el disgusto provocado por Estados Unidos. Pero muy pocos de los que rechazaban lo norteamericano parecían preocupados por la cantidad de científicos nucleares alemanes empleados en la Unión Soviética, ni por el número de ex nazis y fascistas que había en los partidos comunistas, gobernando el aparato de las llamadas «democracias populares».

1. Los párrafos anteriores pueden parecer a algunos lectores mera caricatura, pero es un resumen nada exagerado de la letanía que escuché en repetidas ocasiones, durante mi época de estudiante en las universidades de Toulouse y París entre los años 1950 y 1952.

La URSS hizo un uso muy hábil de esos sentimientos prosoviéticos y antinorteamericanos. Creó los Premios Stalin de la Paz y financió encuentros fraternales en los cuales escritores y artistas soviéticos, convenientemente atemorizados, declamaban fraseología estalinista ante intelectuales europeos, compañeros de ruta, de antemano convencidos de la virtud soviética y de la vileza norteamericana.

La exagerada ingenuidad de tales espectáculos enfurecía a aquellos otros intelectuales europeos y norteamericanos que pensaban que cosas como las purgas de Stalin, su alianza con Hitler hasta que los nazis invadieron la Unión Soviética y la disolución de todos los partidos no comunistas de Europa oriental despojaban de significado cualquier reclamo de virtud política, comparada con la de Estados Unidos. En 1950 (el año siguiente al fracasado bloqueo) fundaron en Berlín Occidental el Congreso por la Libertad de la Cultura. En franca competencia con las conferencias y publicaciones auspiciadas por los soviéticos, pensadores tan ilustres como Arthur Koestler, Raymond Aron y Sidney Hook publicaron relatos de los crímenes que se estaban cometiendo en el Imperio soviético.

Por alguna razón estos intelectuales anticomunistas no lograron nunca un público tan amplio como los grupos prosoviéticos. En primer lugar estaban fraccionados entre los recalcitrantes, que pintaban a la URSS sin distinguirla de los peores regímenes fascistas, y los moderados, que insistían en la verdad sobre el gulag y la policía secreta, pero hacían concesiones a los logros positivos alcanzados después de 1917. Y, lo que es más importante, había rumores —más tarde confirmados— de que la CIA financiaba el Congreso. Si se habla con objetividad no hay razón para que la CIA no ayudara a los escritores antiestalinistas a publicar su obra (lo mismo que la URSS subsidiaba las publicaciones prosoviéticas). Pero en el contexto real de la opinión pública europea y norteamericana, el estigma del dinero de la CIA desacreditó al Congreso tanto ante la mayoría democrática como ante la izquierda prosoviética.[2]

2. Para un ejemplo bien documentado sobre la negativa intelectual francesa a reconocer los hechos que ocurrían en la Unión Soviética, véase Nina Berberova, *L'Affaire Kravchenko*, Actes du Sud, Toulouse, 1990. El libro es

En Europa oriental, la libertad de expresión había sido suprimida alrededor de 1948 y seguiría suprimida, salvo en breves períodos, hasta la quiebra del Imperio soviético en 1989. En todos esos países la mayoría de los intelectuales y estudiantes universitarios habían sido admiradores de la ciencia, la literatura y la cultura musical alemana y, por esa misma razón, los escandalizó la conducta de los nazis. Esa mayoría experimentó también la influencia del marxismo y, en gran parte, se opuso activamente a los gobiernos casi fascistas que, excepción hecha de Checoslovaquia, prevalecieron en los años que desembocaron en la segunda guerra mundial.

Muy pocos de ellos eran comunistas y la mayoría sentía una especie de desdén por la URSS, comparable a la actitud de Europa occidental con respecto a Estados Unidos. El pacto nazi-soviético provocó una profunda desesperanza en cuanto a la futura restauración de la libertad en sus bienamados países. Pero después del ataque nazi a la Unión Soviética, en junio de 1941, fueran cuales fueran sus opiniones políticas a propósito de la URSS, rogaban por la victoria soviética frente a una Europa que había quedado por completo a merced de la Alemania nazi.

En 1945 creyeron tener la ocasión de ayudar a reconstruir sus países. Los soviéticos habían prometido elecciones libres, distribuido la tierra entre los campesinos y, al principio, permitido que todos los partidos políticos antifascistas —incluidos los tradicionales partidos campesinos y confesionales— participaran en las coaliciones gubernamentales. Sin embargo, hacia 1948, los gobiernos multipartidarios fueron reemplazados por dictaduras del Partido Comunista. En ese momento las alternativas eran escasas y claras: cooperar con los vencedores, permanecer en silencio (puesto que ya no había oposición legítima) o marcharse al exilio.

No hay estadísticas que puedan decirnos qué porcentaje de las reducidas clases intelectuales de Alemania Oriental, ni de

---

una traducción con comentario de sus artículos para la prensa de lengua rusa de París en 1949, durante la demanda por difamación ganada por el antiguo diplomático soviético contra *Les Lettres Françaises*. La revista había intentado desacreditar sus escritos con calumniosas acusaciones personales y llamó como testigos a numerosos académicos y escritores franceses de prestigio.

los países centroeuropeos del Este, decidió cooperar con las dictaduras comunistas, pero una considerable cantidad de sus miembros se convirtieron en escritores, funcionarios civiles, diplomáticos y maestros en todos los niveles del sistema educativo. Sus motivos eran inevitablemente variados. Si creían que los privilegios de clase debían ser abolidos y que merecía la pena luchar por la justicia social, incluso en una dictadura, podían aceptar un papel aunque fuera en condiciones mucho menos que ideales. Ser médico o educador contribuiría a crear un futuro mejor, sin tener en cuenta la opresión política del momento.

Si creían que el capitalismo era un sistema injusto, económicamente explotador, podían conceder unas pocas décadas de crédito al esfuerzo socialista, dirigido por un vecino que, desde el punto de vista técnico, iba a la zaga de los países occidentales. Si creían que motivos internacionalistas y antirracistas eran más valiosos que los del patriotismo étnico o la religión tradicional, podían tener la esperanza de que el genuino componente internacionalista y universalista de la Revolución soviética fuera eventualmente más fuerte que la Gran Rusia y las tendencias antisemitas encubiertas, entonces dominantes. Si habían perdido toda fe personal ya fuera en la religión, el nacionalismo o el marxismo, quedaba todavía la sensación de ser útil ante las necesidades prácticas del prójimo.

Tampoco hay que subestimar la embriaguez del poder o, en ciertos casos, la ilusión de poder. El gobierno podía recompensar a sus servidores fieles con publicaciones, cargos políticos o diplomáticos, viajes y residencia en el extranjero, almacenes especiales para los escasos bienes de consumo. Por último, como cuenta la obra maestra de Czeslaw Milosz *The Captive Mind* (A. A. Knopf, Nueva York, 1953), hay multitud de maneras con las cuales un ser humano inteligente puede engañarse a sí mismo en cuanto a sus verdaderas motivaciones y engañar a sus amos en cuanto a esas motivaciones. En condiciones de opresión, el primer deber de un esclavo es sobrevivir. Si también puede crearse una vida material más confortable o llevar a cabo una obra educativa o científica que beneficie a sus conciudadanos, tanto mejor.

Volvamos de las cuestiones individuales a las circunstancias políticas: desde 1947 en adelante, Alemania, Polonia, Che-

coslovaquia, Hungría y Yugoslavia —las zonas limítrofes clave entre Oeste y Este— iban a ser los principales territorios de constante tensión y de ocasionales conflictos beligerantes, que señalaron la guerra fría en Europa. Con la creación de la Bundesrepublik, que iba a durar de 1949 hasta 1990, Occidente contaba con el odio visceral alemán, tanto contra el comunismo como contra la Rusia estalinista, y con el verdadero talento político de Konrad Adenauer (a quien me referí en el capítulo dedicado al bienestar social).

En Alemania Oriental, la principal figura del nuevo régimen fue Walter Ulbricht, que tenía un sorprendente parecido caracterológico con su amo del Kremlin: reservado, conspirativo, sin amigos ni afectos personales, receloso con los intelectuales, con una tremenda memoria para nombres y organigramas, un agudo instinto para identificar a las personas que podían causar conflictos si no se las silenciaba y sometía a fuerza de terror. La Constitución de 1949 de la República «democrática», igual que la soviética, garantizaba sobre el papel todas las libertades individuales, más el derecho a la pequeña propiedad privada, el derecho a emigrar y el derecho a voto.

En realidad, los agentes del partido y de la policía secreta controlaban cualquier expresión de opiniones, los emigrantes perdían sus propiedades (como en la época nazi), la autoridad se imponía de arriba abajo y se votaba a mano alzada. Entre los años 1948 y 1950, mientras Stalin volvía a purgar los cuadros del Partido Comunista soviético, Ulbricht purgaba a unos 250 000 miembros no confiables del Partido Socialista Unificado (creado por la fusión del Partido Comunista y los miembros más dóciles de lo que quedaba del Partido Socialdemocrático). En la URSS, la población regimentada podía, al menos, estar orgullosa de su victoria sobre los nazis y de la creación de las bases para una economía industrial moderna. Pero en Alemania, la población regimentada recordaba los ultrajes y el saqueo cometidos por las tropas soviéticas, mientras se empeñaba en olvidar las agresiones y atrocidades del ejército alemán. Los habitantes de Alemania Oriental habían pasado de la dictadura nazi a vivir bajo una dictadura satélite soviética y se sentían víctimas inocentes de un destino fatídico.

Sin embargo, la vida continúa y los alemanes son trabaja-

dores eficientes y disciplinados. Desde que el fin de la cooperación entre las cuatro potencias había privado a los soviéticos de la industria alemana occidental, la URSS pugnó con notable éxito por establecer industrias del acero, energéticas y químicas en su zona de ocupación. Los soviéticos impusieron severas normas de trabajo y salarios bajos. Exportaban a la Unión Soviética alrededor del 25 % de la producción total, como indemnizaciones de guerra. En 1948 abolieron las comisiones de empresa —que habían sido elegidas por los obreros en 1946—, reemplazándolas por comisiones títeres. Desde el punto de vista material favorecieron a los obreros, en detrimento de la clase media, por el método de suprimir las cartillas de racionamiento de esta última, obligándola así a comprar los alimentos a precios más elevados en el mercado libre o negro. Por otro lado, como recordaban la terrible experiencia soviética de la colectivización forzosa en los años treinta, trataron a los campesinos con más lenidad. Cuando disolvieron los estados Junker, distribuyeron dos tercios de las tierras entre familias campesinas y sólo colectivizaron un tercio al estilo soviético. Aun así, entre el 3 y el 4 % de la población total —tanto urbana como rural— huyó a Occidente entre los años 1949-1952.

El año 1952 fue el último de vida activa de Stalin. El anciano dictador seguía por lo visto teniendo la esperanza de neutralizar a Alemania, en vez de permitir la existencia de dos Estados hostiles consolidados y rearmados. El trato propuesto —para elaborar una nueva Constitución— ofrecía la reunificación de Alemania, con la condición de que el país entero fuera neutralizado y Alemania Oriental (con una población de diecisiete millones de habitantes, una economía débil y un gobierno títere del régimen comunista) estuviera en pie de igualdad ante Alemania Occidental (con una población de cuarenta y nueve millones de habitantes, una economía fuerte y un gobierno federal multipartidario).

En el momento de la muerte de Stalin (el 4 de marzo de 1953), sus herederos estaban bastante preocupados por la evidente hostilidad de la población de Alemania Oriental y aconsejaron al gobierno de Ulbricht que ofreciera concesiones. Ulbricht anunció de mala gana el 11 de junio la «Nueva Línea» (imitación de la «Nueva Línea» auspiciada por Malenkov en Moscú). El gobierno suprimía las más estrictas de las recién

anunciadas normas de trabajo y admitía «errores» en las pasadas relaciones con la clase trabajadora. Prometió suspender los procesos de privación de bienes contra las familias campesinas que, o bien habían huido a Occidente, o bien estaban acusadas de no haber pagado los impuestos. Pero, el 15 de junio, otro portavoz gubernamental confundió la situación, al decir solamente que las normas de trabajo serían «reconsideradas».

En la atmósfera de tensión y absoluta desconfianza del momento, la diferencia entre «supresión» y «reconsideración» provocó manifestaciones espontáneas durante la tarde del 16 de junio y la mañana del 17. Unos doce mil obreros del acero, dieciséis mil ferroviarios y veinte mil obreros de la construcción tomaron parte en las manifestaciones de Berlín y hubo pequeñas demostraciones de simpatía en otras 250 ciudades y fábricas aisladas. No hubo sabotajes ni ataques verbales a las tropas de ocupación soviéticas sino un esfuerzo por fraternizar y ganarse el apoyo de la policía del régimen títere.

Las consignas y exigencias impresas se referían a la reunificación y a elecciones libres en el sentido occidental de la palabra, que incluían la pluralidad de partidos y el voto secreto. El gobierno de Berlín Oriental fue presa del pánico y llamó a los tanques soviéticos. Según informes oficiales hubo veintiún muertos. Informes extraoficiales hicieron subir la cifra a doscientos manifestantes y cien policías muertos. El principal resultado inmediato fue el reforzamiento de la posición de Ulbricht, puesto que su renuencia a iniciar la Nueva Línea fue confirmada. A la larga, el 17 de junio dio lugar a ligeras mejoras en el estándar de vida de Alemania Oriental, pero también puso por completo al descubierto el mito de la armonía entre la clase trabajadora y el régimen.[3]

El esfuerzo más espectacular y trágico por escapar del dominio soviético se produjo en Hungría en octubre y noviembre de 1956. Las primeras y relativamente limpias elecciones de posguerra se celebraron en noviembre de 1945. En esos tiempos, la población tenía un profundo sentimiento de gratitud hacia el Ejército Rojo, que la había liberado de los nazis, la había auxiliado en la siembra y recolección de las cosechas del año y que,

3. Hermann Weber, *Geschichte der DDR*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Munich, 1985, pp. 236-244.

también ese año, había colaborado en la distribución masiva de tierras. Oficiales aliados actuaron como observadores de las elecciones; los soviéticos todavía tenían la esperanza de mantener en la posguerra la colaboración con los aliados. En esas circunstancias, el conservador Partido Campesino de Pequeños Propietarios obtuvo el 57% de los votos y los comunistas reunieron el 17%.

Hasta el verano de 1947 fue primer ministro el presidente del Partido de Pequeños Propietarios, Ferenc Nagy. Pero el país estaba en realidad gobernado por el viceprimer ministro, Mátyás Rákosi, secretario general del Partido Comunista, designado personalmente por Stalin. Los comunistas controlaban también todas las fuerzas policiales y un creciente sector de los medios de comunicación. Después de que el presidente del Partido Nacional Campesino —Béla Kóvacs— fuera secuestrado y deportado a Siberia, y de que los amigos y la familia le dijeran al primer ministro que sería mejor que cambiara unas breves vacaciones en Suiza por el exilio permanente, Rákosi se convirtió sin tapujos en dictador.

Auspició una rápida industrialización y reorientó toda la economía en beneficio de la Unión Soviética. Impuso la confiscación de los bienes de la Iglesia y, lo que es más importante desde el punto de vista político y social, nacionalizó y secularizó todo su amplio sistema de enseñanza. Fue una desgracia para la Iglesia que el cardenal primado —József Mindszenty— fuera un pilar de mente estrecha durante el Antiguo Régimen, que no tenía más capacidad de comprensión ni simpatía por la democracia que por el comunismo. Su actitud excitó los extendidos sentimientos anticlericales de gran parte de la población y debilitó la resistencia moral de católicos y protestantes.

Cuando Stalin expulsó a la Yugoslavia de Tito del círculo de naciones «socialistas» amigas, Rákosi superó a los otros dictadores satélites en la propaganda contra la «herejía» de Tito. En septiembre de 1949 ahorcó al antiguo ministro del Interior László Rajk, con forjadas acusaciones de ser un agente «imperialista» y «sionista». Hasta la muerte de Stalin impuso con fidelidad en Hungría todas las normas de explotación y las purgas de cualquier miembro de los sindicatos y células partidarias locales que pretendiera mantener la menor independencia. Acciones simila-

res fueron características de todo el bloque oriental desde 1948 hasta marzo de 1953.

Los sucesores de Stalin adoptaron rápidamente la Nueva Línea: menos brutalidad policial ostensible, promesa de suministrar bienes de consumo, moderación en el ritmo de la colectivización y la industrialización. El nuevo primer ministro Imre Nagy no había estado implicado en el juicio de Rajk y era conocido por sus tibias reservas con respecto a algunas de las medidas políticas de Stalin. Pero en el fondo Rákosi, como secretario general del partido, todavía ejercía un poder decisivo. Cuando los fracasos económicos aumentaron una vez más la tensión social, Nagy fue sustituido como primer ministro, expulsado del partido (en abril de 1955) y culpado de todos los fracasos del período transcurrido desde la muerte de Stalin.

En mayo de 1955 Jruschov visitó Yugoslavia y pidió públicamente disculpas por los intentos de Stalin de derrocar a Tito. En agosto del mismo año, los aliados y la URSS firmaron un tratado de paz que dio por acabada la ocupación de Austria, a cambio de la estricta neutralidad de los austríacos. Esos dos acontecimientos despertaron muchas esperanzas de que se aligerara la presión ideológica e, incluso, de que se diera la posibilidad de un estatus neutral para Hungría, comparable al de Austria.

En marzo de 1956, un mes después de que Jruschov pronunciara el discurso «secreto» sobre los crímenes de Stalin, a Rákosi le pareció una medida de prudencia rehabilitar póstumamente a László Rajk, de cuya muerte él —como lacayo de Stalin— era responsable. Entre marzo y octubre se produjo cierto «deshielo» (como el de la Unión Soviética). Clubs «Petofi» (así llamados en memoria de uno de los héroes intelectuales de la revolución de 1848), constituidos por estudiantes universitarios, obreros industriales y funcionarios de gobierno políticamente conscientes, discutían sin trabas la necesidad de un socialismo no dogmático y de verdad democrático.

Revisaron el manifiesto de 1848, que exigía libertades personales, elecciones libres y el cese de la ocupación militar de los Habsburgo. Nadie con dos dedos de frente podía ignorar la analogía con la situación del momento. El gobierno intentó aplacar las exigencias de una mayor cuota de libertad sin perder el

control. Unos doce mil presos políticos fueron amnistiados y varios miles de «enemigos de clase», que habían sido forzados a abandonar Budapest para ser trasladados al campo, fueron autorizados a volver a la capital.

Pero Rákosi era incapaz de reconocer la necesidad de un verdadero cambio. El 30 de junio anunció que Imre Nagy y los «intelectuales» dirigían una conspiración contra el socialismo. El gobierno soviético, que ya tenía que vérselas con el «deshielo» en Polonia, decidió que la rigidez de Rákosi podría causar un estallido en Budapest. El 17 de julio, Yuri Andrópov (futuro jefe de la policía secreta soviética, dueño de una excelente colección de discos clásicos) y Anastas Mikoyán (ministro de Comercio y frecuente mediador desde los tiempos de Stalin) llegaron a Budapest para tender una mano fraterna a sus preocupados camaradas húngaros. Destituyeron a Rákosi y lo mandaron «a casa», a la URSS, donde vivió en paz hasta 1971. (La «dádiva» no fue inventada por el capitalismo norteamericano en la época de Reagan sino por Jruschov, que quería deshacerse de los *apparatchiks* osificados, sin fusilarlos.)

En tiempos más tranquilos, el sucesor de Rákosi, Erno Gero, pudo haber resultado una elección hábil. Había sido un estalinista leal, pero también había servido al partido en Barcelona durante la guerra civil española y en Francia durante la segunda guerra mundial. Al volver a Hungría fue «internado» por el gobierno de Horthy. De modo que disfrutaba del prestigio de haber prestado servicio en Occidente y evitado el estigma de aquellos que habían pasado la guerra en Moscú y habían vuelto como meros funcionarios de Stalin.

Sin embargo, los esfuerzos de Gero fueron contradictorios. Por un lado propuso acelerar los programas de colectivización e industrialización. Por otro propuso hacer concesiones económicas a los obreros industriales, y el nombramiento en altos cargos del Partido de camaradas que habían sido víctimas de Rákosi. Entretanto la agitación en los clubs Petofi no disminuía y el pueblo advertía que, en Polonia, los comunistas «nacionales» encarcelados por «titoístas» eran liberados del arresto domiciliario.

A principios de octubre Gero y Kádár (una de las víctimas de las purgas a quienes se les habían concedido cargos partida-

rios) viajaron a Moscú para informar a Jruschov de que sólo la devolución del carné del partido a Imre Nagy podía poner freno a la agitación entre los estudiantes y obreros de Budapest. Jruschov se mostró de acuerdo y recurrió también a su reciente amistad con Tito, para lograr que el dictador yugoslavo invitara a Gero en visita oficial a Belgrado, visita que, era de presumir, otorgaría al nuevo primer ministro parte del prestigio que tanto necesitaba a los ojos del pueblo húngaro.

El regreso de Gero a Budapest, el 23 de octubre, coincidió con la manifestación de unas cien mil personas en solidaridad con los acontecimientos que sucedían en Polonia. Por alguna razón la policía secreta hizo fuego contra la multitud y las tripulaciones de los vecinos tanques soviéticos, creyendo que el fuego iba dirigido contra ellas, usaron también sus armas y limpiaron las calles de manifestantes. El partido, tomado del todo por sorpresa e impotente, pidió entonces el apoyo soviético contra lo que empezó a llamarse una revuelta inspirada por los imperialistas. También pidió autorización para designar primer ministro al recién rehabilitado Imre Nagy. Mikoyán voló desde Moscú, acompañado en esa ocasión por Mijaíl Suslov, estalinista recalcitrante que seguía siendo el perro guardián ideológico del partido, a pesar de los numerosos cambios producidos desde la muerte de Stalin. El 24 de octubre confirmaron a Nagy como primer ministro, destituyeron a Gero y nombraron a János Kádár secretario general del partido.

Durante la semana siguiente se combinaron la esperanza con esporádicos estallidos de violencia callejera y traiciones. Nagy decepcionó a sus seguidores al negarse a aprobar la reimpresión que pretendían hacer del manifiesto de 1848 y a aceptar sus exigencias maximalistas de la retirada soviética. Grupos jóvenes de «luchadores por la libertad» fabricaron cócteles molotov (que habían aprendido a hacer durante el entrenamiento militar obligatorio dirigido por instructores soviéticos) y destruyeron cierto número de tanques también soviéticos. Consiguieron atraer a parte de la policía municipal hacia su bando y trataron como enemigos a quienes colaboraban con las fuerzas soviéticas.

Estallaron huelgas sin coordinar en muchas industrias y medios de transporte, especialmente en los que se identificaban

como servidores de los soviéticos. Hubo también toda clase de propuestas con vistas a reformas económicas de relieve. Se habló de una neutralidad al estilo austríaco en la prensa, mítines públicos y, el 31 de octubre, en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Se produjeron algunos episodios de confraternización entre soldados soviéticos y los intelectuales y trabajadores más jóvenes. Se dijo que Nagy y los soviéticos negociaban, con espíritu amistoso, la retirada de las tropas y tanques soviéticos de la misma capital y, eventualmente, de todo el país.

El 31 de octubre, portavoces soviéticos anunciaron a la prensa que planeaban reducir considerablemente su presencia militar en *todos* los países del Pacto de Varsovia. Al mismo tiempo hacían llegar ocho nuevas divisiones a través de la frontera norte y eludían las protestas verbales del primer ministro. En tales circunstancias, atrapado entre una ola cada vez más creciente de la exigencia popular de retirada soviética y la evidencia del engaño soviético, Nagy anunció que Hungría se retiraría del Pacto de Varsovia, pero permanecería neutral.

Ese anuncio era inaceptable para Moscú. El 2 de noviembre, unidades militares soviéticas tomaron el control de todos los aeropuertos y líneas ferroviarias, y rodearon la Gran Budapest con sus tanques. En algún momento entre el 3 y el 4, Kádár y varios altos oficiales abandonaron Budapest para refugiarse en cuarteles soviéticos y, el día 4, Nagy se refugió en la embajada yugoslava. Moscú anunció que el nuevo gobierno prepararía reformas económicas, garantizaría más autonomía local en la gestión empresarial, reduciría la burocracia y defendería escrupulosamente la soberanía húngara en las relaciones internacionales.

Nada se dijo de elecciones libres ni de un sistema político multipartidario. Los tanques soviéticos ocuparon la capital, las huelgas se extendieron a todas las industrias y el transporte nacional y, en muchas fábricas, se eligieron consejos de obreros. Los luchadores por la libertad continuaron sus desesperadas, si bien heroicas, operaciones en los suburbios y algunas unidades soviéticas se sintieron confundidas por el hecho de que no veían las tropas nazis ni norteamericanas, que les habían dicho eran la razón de su intervención armada.

Entre el 10 y el 20 de noviembre, el ejército soviético res-

tableció el orden en todo el país. Unas veinte mil personas habían muerto en las batallas callejeras. A pesar del alambre de púas del Telón de Acero, bastante más de cien mil cruzaron la frontera austríaca, seguidas de otras cien mil durante el mes de diciembre. Trenes soviéticos rodaban hacia el este, llevando rumbo al exilio siberiano a una cifra de entre diez mil y quince mil jóvenes revolucionarios. El 22 de noviembre, Nagy abandonó la embajada yugoslava con un supuesto salvoconducto, entregado por las autoridades soviéticas a la legación yugoslava. Pero la verdad es que fue secuestrado y llevado a Rumanía donde, en el verano de 1958, fue fusilado después de ser sometido a un juicio secreto.

El gobierno de Kádár intentó al principio, con escaso éxito, lograr que los consejos de obreros colaboraran en los planes de reforma. Poco a poco, a pesar de su completa dependencia del poderío armado soviético, Kádár mostró clara evidencia de su intención de mejorar las condiciones de trabajo, y de reducir el poder de la policía secreta y sus métodos de terror. Lanzó una consigna que, al principio, fue considerada cínica. Pero con el correr del tiempo resultó una genuina medida de pacificación para el martirizado país: «Todo aquel que no está contra nosotros, está con nosotros.»[4]

He tratado esta breve y fracasada revolución con algún detalle porque las secuelas que tuvo y las personas que en ella se vieron involucradas tipifican con claridad las contradicciones del esfuerzo soviético por establecer el «socialismo» en la Europa centrooriental. En el aspecto económico, las contradicciones se dieron entre una economía impuesta por la politización —rigurosamente dirigida en beneficio de la URSS— y la esperanza de lograr un socialismo voluntario con elementos de autogestión de los trabajadores. Desde el punto de vista de la política exterior, la contradicción se dio entre la absoluta subordinación a los

4. La revolución húngara fue cubierta en detalle por la prensa occidental. Excelentes relatos de testigos oculares y entrevistas con destacados personajes aparecieron (entre otros) en *The New York Times*, *The Christian Science Monitor* y *The Reporter*. En este último semanario, magníficos artículos de Leslie Bain, más tarde reunidos en un libro titulado *Reluctant Satellites*, MacMillan, Nueva York, 1960. También Tibor Meray, «L'insurrection hongroise et le drame d'Imre Nagy», *Les Temps Modernes*, noviembre de 1957.

planes militares soviéticos durante la guerra fría y la neutralidad de acuerdo con la línea garantizada a Austria y Finlandia. Casi todos aquellos que han interpretado esa revolución —y las figuras políticas húngaras entrevistadas en los meses que siguieron a la tragedia— están de acuerdo en que el anuncio de Nagy de que Hungría se separaría del Pacto de Varsovia precipitó el choque y la por completo inconsulta intervención soviética en la primera semana de noviembre.

En términos de política interna, la contradicción se dio entre una camarilla de «moscovitas» incondicionales —muchos de los cuales eran judíos, hecho que avivó el antisemitismo siempre latente de la población, e hizo que los dirigentes dependieran tanto más de sus amos soviéticos—, y el gobierno de los comunistas «nacionales», deseosos de colaborar con otras fuerzas izquierdistas, comprometido en la voluntad de poner fin a los múltiples abusos de la policía secreta.

Destacados personajes caracterizaban con precisión las alternativas. Mátyás Rákosi representaba la quintaesencia de la dictadura estalinista, transferida a Hungría con toda su brutalidad y secretismo. Erno Gero representaba la vana esperanza de un estalinismo leal, modificado por su experiencia en Occidente y por el hecho de no haber residido en Moscú. László Rajk era un intelectual estalinista anticlerical, un judío laico, secretario del partido en el batallón húngaro de las Brigadas Internacionales que habían luchado en España, prisionero político en Hungría durante la segunda guerra mundial —sospechoso por todas esas razones de deslealtad hacia Stalin y sus aduladores moscovitas—, por lo tanto candidato natural para hacer una fraguada confesión de «imperialismo sionista» y ser ejecutado por «traidor».

Imre Nagy podría haber sido un buen «moscovita». Pasó los años de la guerra en Moscú como director de Radio Kossuth pero, como ministro del Interior en 1946, se resistió a la aplicación de la tortura y fue reemplazado por Rajk. Más adelante se le utilizó para dar la cara por la Nueva Línea auspiciada por Malenkov, después de la muerte de Stalin. Los más inflexibles le echaron la culpa de los fracasos de esa política. El 24 de octubre de 1956, los «consejeros» soviéticos y el desmoralizado partido lo eligieron primer ministro porque era el único personaje comu-

nista de relieve que tenía alguna credibilidad fuera del partido. Abusaron de su buena fe hablando de retirada soviética, mientras entraban refuerzos en el país. Lo suplantaron por el crimen de decir que Hungría tenía derecho a ser neutral y por apelar a la ONU para proteger al país contra represalias militares.

János Kádár representaba al reducido estrato de funcionarios del partido, que trataron de mostrarse sensibles a las necesidades de los trabajadores y, a la vez, de respetar la línea soviética en política nacional e internacional. Fue torturado y encarcelado por Rákosi, hecho que le dio cierto crédito como persona entre los húngaros en general. También lo condujo a preferir las deportaciones masivas de luchadores por la libertad capturados a la probable alternativa de que fueran torturados y ejecutados. Un último factor que debe ser considerado con respecto a la revolución húngara es la posición minoritaria de todos los líderes comunistas. Entre los luchadores por la libertad había muchos que se oponían al socialismo y a la mayor parte de las formas de democracia occidental. Representaban la tradición patriótica nacional, con toda suerte de connotaciones antieslavas y del Antiguo Régimen. Entre los obreros huelguistas eran muchos los que habían votado a cualquier otro partido que no fuera el comunista, mientras hubo posibilidad de votar. Lo que Andrópov, Mikoyán y Gero sabían desde el primer momento, y los bienintencionados Nagy y Kádár aprendieron en octubre, era que la vasta mayoría de los húngaros odiaba el comunismo y había llegado a odiar a la URSS, después de la breve luna de miel que siguió a la liberación de 1945. Cada uno a su manera tuvo que enfrentar la cuestión práctica de cómo arreglárselas con ese odio.

La situación internacional afectó también la conducta de húngaros y soviéticos. La revolución húngara coincidió con el esfuerzo anglo-francés de revertir la nacionalización del canal de Suez, decidida por el coronel Nasser. Estados Unidos se oponía a tal esfuerzo; y el conflicto diplomático occidental impidió cualquier posible reacción de Occidente, ante la intervención soviética en Hungría. Rumores infundados y emisiones radiofónicas irresponsables de Radio Europa Libre alentaron a los luchadores por la libertad a esperar que Occidente les enviara ayuda armada. En el calor del momento, la ilusión era explicable, pero en realidad, las potencias occidentales no tenían plan alguno para

intervenir en la Europa dominada por los soviéticos, una vez que la división del continente se hubo consumado en 1948.

Casi tan dramáticas y, desde el punto de vista estratégico, más importante que los acontecimientos de Hungría, fue la exitosa revolución polaca contra las peores facetas de la dominación soviética. Stalin había tratado a Polonia combinando la brutalidad con la cautela. Por un lado había destruido literalmente al pequeño Partido Comunista polaco durante las purgas de 1937-1938; había masacrado a más de cuatro mil oficiales polacos en la selva de Katyn en la primavera de 1940. En la época inmediata a la posguerra, mientras todavía tuvo la esperanza de mantener la colaboración con los aliados, permitió que la mayoría del Partido Campesino encabezara la coalición gubernamental. Al mismo tiempo, dos sobrevivientes de las purgas de 1937, que habían pasado los años de guerra entrenándose en Moscú —Boleslaw Bierut y Jakub Berman—, socavaron al gobierno de coalición y dominaron el régimen estalinista desde 1947 en adelante. Entre 1947 y 1956, un mariscal soviético nacido en Polonia, Konstantín Rokossovski, fue «prestado» a Polonia como ministro de Defensa. Las exigencias soviéticas en Yalta y en las decisiones de las cuatro potencias de ocupación de Alemania beneficiaban en gran medida tanto a Polonia como a la Unión Soviética. Los territorios de Silesia y Poznan, transferidos de Alemania a Polonia, eran mucho más ricos en potencial industrial y agrícola que los territorios orientales anexionados por la Unión Soviética. Los comunistas distribuyeron tierras entre miles de familias campesinas; pero la colectivización de una reducida parte de ellas la hicieron sin apresuramiento, haciendo hincapié en el elemento voluntario. Lo cierto es que los campesinos sin tierras pudieron elegir entre participar en las colectivizaciones —cosa que pocos hicieron— y trabajar como asalariados en granjas estatales, que es lo que hizo la mayoría. Ese tipo de trabajo asalariado en la agricultura podía frecuentemente combinarse con tareas a tiempo parcial en la industria o los servicios.[5]

5. Henryk Slabek, «Socio-Political Aspects of the Polish Peasantry, 1944-1948», y Janusz Kalinski, «Collectivization of Agriculture in Poland, 1948-1956», *Acta Poloniae Historica*, 1988, pp. 137-201.

Los soviéticos desarrollaron la industria del acero y ampliaron el puerto de Dantzig. Reorientaron el comercio hacia la Unión Soviética —como hicieron con todos los satélites—, utilizaron las nuevas industrias para ayudar a la reconstrucción soviética y ayudaron a Corea del Norte y a China en tiempos de la guerra de Corea (1950-1953). También purgaron el reconstruido Partido Comunista. Wladyslaw Gomulka, el líder «nacional» más importante —que no había residido en Moscú durante la guerra— vivió en arresto domiciliario desde 1949 hasta fines de 1954.

La revuelta de junio de 1953 en Berlín Oriental impidió que la Nueva Línea posterior a Stalin fuera adoptada de inmediato en Polonia. Pero, a fines de 1954, la nueva flexibilidad alcanzó al mayor y más antirruso de los vecinos soviéticos. La policía secreta fue reorganizada por completo y se redujo su poder. Gomulka fue liberado y se le permitió publicar sus críticas a la política económica de Stalin: críticas que eran eco de las hechas por Nicolái Bujarin en los años veinte, críticas que habían sido consideradas traición por Stalin y que fueron el factor principal para que Bujarin fuera juzgado y ejecutado en 1938.

En la época del discurso «secreto» de Jruschov (febrero de 1956), murió de repente el jefe del partido polaco, Bierut, tal vez a causa de una enfermedad crónica; pero la mayoría creyó que se había suicidado. Los polacos hablaban abiertamente de los crímenes de Stalin, respaldados por las evidencias que aportaban los miles de conciudadanos que volvieron del gulag en la primavera y el verano de 1956. El número dos de la jefatura estalinista —Jakub Berman— fue destituido. Pero en las discusiones partidarias internas defendió con tenacidad sus antecedentes, señalando que en Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria, los «titoístas» y «comunistas nacionales» habían sido ahorcados, mientras en Polonia permanecían en arresto domiciliario. No es posible determinar cuáles son los méritos atribuibles a Berman y cuáles a Stalin en lo que a Polonia concierne.

Edward Ochab fue designado por Jruschov para sustituir a Bierut y Berman. Ochab era un moderado, que medió entre las alas estalinista y nacional del partido. Dio oficialmente por terminado el ya moribundo esfuerzo de la colectivización voluntaria de la agricultura. Sin embargo no tenía ni los conocimientos

ni el prestigio para remediar los desastrosos errores económicos de la pasada década. Durante la última semana de junio de 1956 surgieron conflictos en la ciudad industrial de Poznan, donde se fabricaban locomotoras para uso de soviéticos, chinos y polacos:

Un porcentaje alto de maquinaria ferroviaria Zispo fue rechazado por las autoridades soviéticas y chinas. El gobierno creyó necesario prestar atención a las quejas de los más poderosos clientes «fraternales» de Polonia. El 20 de junio convocó en Varsovia a una delegación de obreros y personal directivo, para discutir las quejas sobre la calidad de la producción. Los obreros tenían también sus quejas: la disminución de los salarios reales, la pobreza de iluminación y condiciones sanitarias de las fábricas, la falta de pago de horas extra prometido, y la baja calidad o la simple ausencia de bienes de consumo.

En el curso de las conversaciones, el gobierno amenazó con recortar los salarios, amenaza que después retiró. No obstante, cuando la mayoría de los asistentes había regresado a Poznan, las autoridades retuvieron como rehenes a algunos de los delegados más destacados. La noticia de la toma de rehenes se divulgó rápidamente y, el 28 de junio, los cincuenta mil obreros industriales de las fábricas de locomotoras y de la industria subsidiaria (en total una población urbana de 450 000 habitantes) se declararon en huelga. La ciudad quedó paralizada. Mientras pacíficos manifestantes portaban carteles exigiendo elecciones libres, enseñanza religiosa en las escuelas y *Russians Go Home* («rusos a casa»), reducidos grupos de militantes asaltaron e incendiaron la sede del Partido Comunista y algunas comisarías policiales, tras lo cual conquistaron a cierto número de policías y se apoderaron de armas de pequeño calibre. Fueron recibidos con simpatía por gran parte del pueblo y fraternizaron con la policía municipal. Pero la policía de seguridad soviética abrió fuego y arrestó a cierta cantidad de huelguistas.

El gobierno, que fue presa del pánico, mandó dos divisiones y trescientos tanques para restablecer el orden. A la caída del sol del 29 de junio, la ciudad estaba en calma. Habían muerto unas cien personas y otras trescientas resultaron heridas. La prensa soviética explicó la revuelta como un «complot capitalista», financiado y armado por Occidente. El gobierno polaco y todas las fracciones del partido negaron la versión de la conspiración y re-

conocieron la existencia de quejas legítimas. Además, las noticias de Hungría, y la evidente esperanza popular de que una aparente liberalización similar fuera posible en Polonia, influyeron sobre el gobierno para que tratara con lenidad a los huelguistas arrestados. Tuvo particular importancia el apoyo públicamente expresado de prestigiosos veteranos de la Brigada Dombrowski (los voluntarios polacos de las Brigadas Internacionales que habían luchado en la guerra civil española). El juicio que siguió a los acontecimientos fue breve y las sentencias benignas.

Pero la huelga de Poznan y la consiguiente violencia incrementaron las exigencias de que el líder comunista nacional, Gomulka, no fuera simplemente reincorporado al partido sino que se convirtiera en primer secretario. Los soviéticos siguieron insistiendo en la teoría de la conspiración. Personajes de la talla del primer ministro Bulganin y del mariscal Zukov visitaron Varsovia a fines de julio, para informar a los camaradas polacos de que preferirían que el nuevo secretario general del partido fuera cualquier otro en lugar de Gomulka.

Sin aceptar ni rechazar las sugerencias de los soviéticos, el Comité Central programó su reunión para el 20 de octubre y, en el ínterin, negociaron su propio consenso sobre la necesidad de elegir a Gomulka, reconociendo ante sí mismos que era el único líder comunista que inspiraba algún grado de respeto entre los no comunistas. El 19 de octubre, el embajador soviético en Varsovia solicitó que se pospusiera la reunión del Comité Central y, el mismo día, una delegación constituida por Jruschov, Molótov (el más seguro, inescrupuloso y cara de póquer de los hombres de Stalin), Kaganóvich (cuñado de Stalin y uno de los comisarios más despiadados de las campañas de industrialización y colectivización de la Unión Soviética) y Mikoyán llegaron al aeropuerto de Varsovia. Fueron recibidos por un grupo de polacos de alto nivel, incluido Gomulka.

Jruschov dio rienda suelta a su furia y, para salvar la cara, los polacos acordaron la postergación de las elecciones del Comité Central, pero ratificaron su decisión de elegir a Gomulka como secretario general. De hecho, lo cierto es que Jruschov podía reconocer a Gomulka como una elección aceptable. Después de todo, el jefe soviético había dado publicidad a algunos de los crímenes de Stalin y había buscado con empeño reconciliarse

con el original «titoísta» mariscal Tito, presidente de la fraternal «comunidad socialista» de Yugoslavia (aunque no fuera miembro del Pacto de Varsovia). La verdadera queja de los soviéticos era que no habían sido informados por los polacos de sus deliberaciones, después de la visita de Bulganin y Zukov.

El 24 de octubre, Gomulka se dirigió a unas quinientas mil personas durante un mitin al aire libre en Varsovia. No podía ignorar que su prestigio se debía al hecho de haber sido víctima del régimen estalinista. Prometió reformas económicas y el fin de los abusos policiales, pero reafirmó el «socialismo» y la adhesión de Polonia al Pacto de Varsovia. A lo largo de la semana siguiente, su gobierno envió varios saludos fraternos al gabinete de Nagy, establecido en Budapest el 23 de octubre, la víspera de que Gomulka volviera al poder.

La confirmación de Gomulka sobre la pertenencia al Pacto de Varsovia y su claro compromiso con un sistema más justo —pero siempre comunista— salvó a Polonia del destino que alcanzó a Hungría en los primeros días de noviembre. El instinto político de Gomulka lo salvó a él y a su país. No evitó que la prensa publicara fervorosos elogios a la revolución húngara ni se opuso a la recolección de fondos para Hungría en las calles de las ciudades polacas a fines de octubre, incluso después de la invasión soviética. Levantó el arresto domiciliario al cardenal Stefan Wyszynski y aceptó las principales condiciones que este último puso para que la Iglesia aceptara el régimen: restablecimiento de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, devolución de las propiedes confiscadas a la Iglesia, libertad para las actividades caritativas de la Iglesia y las actividades proselitistas de las órdenes religiosas.

Polonia tuvo también la suerte de que el carácter del cardenal Wyszynski fuera muy distinto que el del reaccionario cardenal Mindszenty de Budapest. Wyszynski había sido estudiante de ciencias sociales en París antes de la segunda guerra mundial y «cura obrero» tanto en París como más tarde en Lublin y Cracovia. También había presionado al Vaticano para que reconociera la soberanía polaca sobre Silesia y Poznan, durante los pocos años en que el Vaticano se seguía refiriendo a ambas como provincias alemanas. De esa manera combinaba el patriotismo polaco con la plena conciencia de la naturaleza explotado-

ra del capitalismo; además de su buena voluntad para aceptar un sistema socialista, siempre y cuando garantizara los derechos humanos individuales y la supremacía educativa-moral histórica de la Iglesia en Polonia.

De acuerdo con Gomulka —buen conocedor como era de los intereses de Polonia— acompañó al nuevo secretario del partido para dirigirse a otro mitin multitudinario, celebrado el 4 de noviembre, el mismo día que Budapest era ocupada por los tanques soviéticos y el primer ministro Nagy se refugiaba en la embajada yugoslava. El cardenal hizo suyas las palabras de Gomulka de que el destino polaco se afirmara sobre la disciplinada obediencia al nuevo gobierno.

Según el reportaje que *The New York Times* hizo del mitin, «habló de países en los cuales magníficas constituciones, que proclaman los derechos de los pueblos, coexisten con terroríficos métodos de gobernar a los ciudadanos. La mancha más oscura de este siglo es el pisoteo de los derechos individuales y civiles... Debe proclamarse la prioridad del hombre sobre lo material. En el proceso económico hay que tener por el hombre más amor que por las cosas, que por una máquina, que por una fábrica, que por los productos de una fábrica».[6]

A pesar del duro contraste que, en esa época, hubo entre la tragedia húngara y la exitosa afirmación de la autonomía polaca, los resultados a largo plazo de ambas revueltas fueron bastante similares. Lo mismo el gobierno de Gomulka en Polonia, que el de Kádár en Hungría, buscaron por todos los medios mejorar las condiciones económicas y políticas, dentro de los límites establecidos por la política soviética y la guerra fría. La policía secreta fue frenada en los dos países, las tropas soviéticas fueron confinadas en sus bases, lejos de los principales centros de población.

Ambos gobiernos toleraron la práctica de la religión cristiana y, de manera tortuosa, culparon de los «errores» pasados a los antiguos líderes del partido de origen judío. Ambos gobier-

6. Sydney Gruson en *The New York Times*, 5 de noviembre, 1956. Traducción y extractos ligeramente diferentes del original polaco, aparecido en Konrad Syrop, *Spring in October*, Greenwood Press, Westport, Conn., 1957, pp. 154-157.

nos trataron con representantes informales de los trabajadores tanto o más que con los sindicatos oficiales. Ambos gobiernos dejaron la agricultura en manos de los campesinos y les permitieron vender parte de su producción en el limitado mercado libre. Ambos gobiernos establecieron relaciones consultivas con representantes económicos y comerciales soviéticos, mejorando así hasta cierto punto los términos del comercio bilateral con la patria del socialismo.

Ninguno de los dos gobiernos tuvo verdadera popularidad entre sus ciudadanos, pero a Gomulka se le perdonaron sus maneras autocráticas y su dogmatismo marxista porque defendió los intereses nacionales de Polonia. A Kádár se le perdonó en cierto momento su traición a Nagy porque se las arregló para conseguir que los soviéticos otorgaran más flexibilidad económica y rudimentos mercantiles de los que nunca habían existido en ninguna parte del mundo socialista.[7]

Sin embargo, la decreciente opresión en los regímenes satélites después de 1956 no provocó ningún nuevo entusiasmo por el sistema, considerado en su conjunto. Desde que se erigió el Telón de Acero —con sus hileras de alambre de púas; su suelo constantemente removido y sus torres de vigilancia equipadas con telescopios y ametralladoras—, la generalidad de la población no pudo emigrar. Pero todavía quedaba un lugar por donde los alemanes podían escapar por el simple método de tomar un metro, que los llevara del este al oeste de Berlín. Entre 1949 y 1961, alrededor de tres millones de personas —incluida una gran proporción de profesionales y obreros calificados— hicieron ese viaje en una sola dirección: oeste.

En el verano de 1961, las autoridades del Pacto de Varsovia tomaron una decisión colectiva: construir un muro que cegara esa única brecha. El momento de hacerlo pudo haber sido elegido porque Jruschov quisiera probar el temple del joven y nuevo presidente norteamericano, John F. Kennedy. Hacía años que venía diciendo que sellaría esa frontera, significando con su

7. Adam B. Ulam, *The Communists... 1948-1991*, MacMillan, 1991, y Antonin Snejdarek y Casimira Mazarowa-Château, *La nouvelle Europe centrale*, Imprimerie Nationale, París, 1986, passim, sobre los acontecimientos polacos de 1956 y los acontecimientos checoslovacos de 1968.

fanfarronada que nada, salvo la guerra, podría impedirle hacerlo y que nadie sería tan estúpido como para correr el riesgo de un conflicto bélico con la Unión Soviética. Al amanecer del 13 de agosto empezaron las obras, terminadas en cuestión de días. Occidente protestó, pero desde luego nadie estaba dispuesto a desatar la guerra por ese particular *fait accompli*. En términos puramente prácticos, el muro fue un gran éxito. Desde agosto de 1961 hasta noviembre de 1989 —cuando se derribó—, sólo unas cinco mil personas escaparon a través del Telón de Acero, ya sin fisura alguna. Desde luego que, al mismo tiempo, la simple existencia del muro hizo advertir el hecho de que los pueblos centroeuropeos del Este vivían literalmente prisioneros.

La destitución de Jruschov en 1964 llevó al poder al líder menos espontáneo y más burocrático Leonid Brézhnev, la más exitosa máquina política de la historia de la URSS. Brézhnev estaba dispuesto a permitir que los satélites manejaran sus asuntos internos, siempre y cuando consultaran con regularidad, mantuvieran intacto el poder del partido único y apoyaran el punto de vista soviético en todo lo que se refiriera a las relaciones con Occidente y China (que ya no era un aliado «fraterno»). También les exigía pruebas de lealtad al Pacto de Varsovia, que aceptaran la supervisión soviética de sus fuerzas armadas. Toleró incluso las pretensiones de Rumanía de mantener una política exterior independiente, porque el régimen de Ceausescu seguía siendo sólidamente comunista y permanecía dentro del Pacto de Varsovia.

De todos los países satélites, Checoslovaquia fue el que menos conflictos le creó a la URSS. La gran mayoría del pueblo era prorruso en 1945. Los comunistas, junto con los socialistas de izquierda, obtuvieron el 51% de los votos en las elecciones que los comunistas utilizaron, en aquel entonces, como justificación «legal» para destruir en marzo de 1948 la democracia multipartidaria. Las relaciones entre checos y eslovacos eran tensas, pero no estaban caracterizadas por el abierto odio y la esporádica violencia de las relaciones entre polacos y ucranianos, ni entre magiares y rumanos. La calidad y cantidad de la producción industrial checa ocupaba sólo el segundo lugar, después de la de Alemania Oriental. Pero Checoslovaquia no tuvo su 17 de junio en 1953 y permaneció en absoluta calma durante las revoluciones polaca y húngara de 1956.

Por otro lado, precisamente debido a su relativa sofisticación económica, era cada vez más sensible al fracaso soviético, en reconocer la importancia de la revolución informática, de la industria de los metales ligeros y el plástico, y de los mecanismos del mercado. El año 1957 fue el año del *Sputnik*, pero durante la década siguiente, la tecnología soviética —no así las ciencias básicas— se situó por debajo de la de Occidente. En los años sesenta, la economía checoslovaca —dependiente como era de la soviética— se estancó. Entretanto, un grupo de jóvenes economistas de alto nivel elaboraban planes que combinaran los mecanismos para fijar precios de mercado, con centros de decisión descentralizada, que mantuvieran el control de la producción y los recursos naturales en manos del Estado.

Los cambios políticos amenazaban también el síndrome de estabilidad doméstica-lealtad-estancamiento. El secretario del partido y presidente de Estado, Antonin Novotny, era discípulo de Jruschov y, como su mentor, había reformado los peores aspectos del estalinismo. Tras la caída de Jruschov en 1964, su mediocridad personal se hizo evidente por su rigidez con respecto a los economistas jóvenes y a las crecientes exigencias del partido eslovaco, en demanda de absoluta igualdad con el partido checo. Cuando el hermano mayor Brézhnev visitó Praga en diciembre de 1967, Novotny trató de culpar de sus problemas al secretario del partido eslovaco, Alexander Dubcek.

Pero en esa época, Dubcek tenía las mejores credenciales soviéticas. Su padre se había ido a la URSS en los años 30 para trabajar como voluntario en la industria pesada y el joven Dubcek se educó en escuelas soviéticas. De regreso a Eslovaquia, después de la segunda guerra mundial, fue un hábil funcionario y uno de los cabecillas que establecieron estrechas relaciones con la élite intelectual y científica eslovaca. Fue también alumno de Brézhnev en la Escuela de Cuadros del Partido de Moscú. Cuando Brézhnev decidió desembarazarse de Novotny desencadenó sin proponérselo la «Primavera de Praga», al sustituirlo por Dubcek. En febrero y marzo de 1968, los comunistas checos y eslovacos decidieron seguir el siguiente plan de reformas, que sería adoptado por el congreso conjunto del partido, programado para septiembre: el cese de la censura de prensa, radio y televisión; más iniciativa local e introducción de los mecanismos de mercado en la economía

socialista; absoluta autonomía e igualdad para los partidos checo y eslovaco; elecciones libres, que autorizaban la participación de partidos no comunistas. La censura se dio, en efecto, por terminada de inmediato y, desde febrero en adelante, se produjo un extraordinario grado de libre debate en todos los medios de comunicación. Al mismo tiempo, los partidos comunistas de Alemania Oriental y Polonia empezaron a atacar al nuevo liderazgo binacional, tildándolo de «contrarrevolucionario» y «antisoviético». El antiguo Partido Comunista alemán todavía estaba dirigido por Walter Ulbricht, de la vieja línea estalinista. En Polonia, Gomulka había evolucionado con firmeza hacia una postura conservadora, después de haber salvado a Polonia del dominio directo soviético.

Al principio, la actitud de Brézhnev fue ambigua. Se inclinaba por autorizar reformas políticas, en tanto no hubiera dudas sobre la lealtad al régimen de partido único y al Pacto de Varsovia. Al fin y al cabo ésa era la postura establecida con respecto a Hungría, donde el régimen de Kádár había introducido algunas de las reformas que, a la sazón, se auspiciaban en Praga. Pero la prensa soviética hacía advertencias contra el retorno de la «burguesía» o las influencias «revanchistas» de Alemania Occidental, si bien con menos estridencia que los alemanes orientales o los polacos. Las advertencias contra Alemania Occidental eran en particular significativas porque los planes económicos checos dependían del incremento comercial con Alemania y de la importación de maquinaria alemana.

Durante la primavera, Kádár y Tito trataron cada uno por su lado de advertir a Dubcek del creciente riesgo de una intervención soviética. Las prensas de Alemania Oriental, Polonia y la Unión Soviética empezaron a hablar de la influencia «sionista», recurriendo al antisemitismo más crudo, para estigmatizar el papel de Edward Goldstucker, profesor de literatura alemana, defensor de las reformas de Dubcek y presidente de la Unión de Escritores Checoslovacos. En junio y julio, el Pacto de Varsovia realizó maniobras militares en suelo checo y tardó mucho en evacuar a las tropas, una vez terminados los ejercicios oficiales. La prensa nacional se quejaba amargamente de la continuidad de la presencia de los ejércitos «fraternos». Se convocó una reunión de emergencia de los politburós checoslovaco y soviético para el 2 de agosto.

Se encontraron en la frontera entre Eslovaquia y la Unión Soviética, puesto que checos y eslovacos declinaron la invitación de viajar a Moscú. Cada una de las delegaciones se alojó en sus vagones de ferrocarril y las discusiones se mantuvieron en el restaurante de la estación. Los soviéticos exigieron el restablecimiento de la censura de prensa y reiteraron los diversos editoriales de advertencia de los últimos meses, contra los peligros de la influencia burguesa en el programa de liberalización checo. Dubcek aseguró a los líderes soviéticos su absoluta lealtad al Pacto. Aceptó eliminar toda referencia de la prensa a tropas extranjeras y poner freno a la crítica que les hacían los periódicos a los aliados del Pacto de Varsovia. El 4 de agosto se celebró una demostración de renovada unidad en la ciudad de Bratislava, sólo ensombrecida por algunos abucheos ante la aparición de Walter Ulbricht.

Sin embargo, el 20 de agosto, unos cuatrocientos mil soldados soviéticos acompañados por reducidas unidades alemanas, polacas, húngaras y búlgaras ocuparon en veinticuatro horas el país entero. Secuestraron a Dubcek con todo su gabinete, los trasladaron en avión a Moscú y presionaron al presidente Svoboda (todavía en Praga) para que nombrara un gabinete que fuera aceptable para Moscú. Pero en esos momentos el rechazo contra la invasión era tan grave, que ningún miembro promoscovita del partido iba a consentir ser nombrado. En esa atmósfera, el gabinete de Dubcek fue obligado a reasumir el poder y a prometer combatir con toda energía a las fuerzas «antisocialistas». En abril de 1969, Dubcek fue reemplazado por Gustav Husák, que había sido su sucesor como jefe del Partido Comunista eslovaco y que, en apariencia, había apoyado el programa de reformas durante la breve Primavera de Praga de febrero-agosto de 1968.

En esa intervención —igual que en la invasión de Hungría de 1956—, las circunstancias internacionales evitaron que se produjera ninguna condena de peso a la URSS y, menos aún, que se produjera una contraintervención de Occidente. En julio de 1968 —después de años de arduas y con frecuencia agrias negociaciones—, Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética (sin la participación de Francia, China ni Israel) firmaron un tratado de no proliferación nuclear, que despertó la esperanza de un posible desarme nuclear (según prometieron los firmantes).

Cualquier condena a los soviéticos habría puesto en peligro la efectividad del tratado. China, en cambio, no titubeó en condenar la invasión soviética, tildándola de imperialismo puro.

La moral comunista no se recuperó nunca de la invasión a Checoslovaquia en 1968. Los partidos comunistas de Francia e Italia habían advertido de antemano a Moscú que no llevara la invasión adelante y condenaron sin ambigüedades la acción cuando se produjo. Hubo incluso pequeñas protestas públicas en la plaza Roja. No había habido plausibles pretextos semejantes a los de octubre de 1956, cuando el colapso del régimen «socialista» húngaro. Si a un fiel comunista de toda la vida como Dubcek, dirigente de un partido que siempre había sido leal al Pacto de Varsovia, en un país más amigo de la Unión Soviética que ningún otro de sus «aliados», no se le permitía crear un «socialismo con rostro humano» ¿qué esperanza quedaba de acabar con el estancamiento del mundo liderado por los soviéticos?

Sin embargo, lo mismo los jefes soviéticos que los de los países satélites interpretaron los acontecimientos de 1968 en Checoslovaquia como una advertencia de que debía elevarse el nivel de vida. En los años setenta (aprovechando la *détente* general en las relaciones Este-Oeste), compraron ingente cantidad de tecnología occidental e importaron alimentos y bienes de consumo. Ese esfuerzo se vio facilitado por la crisis del petróleo sufrida por el mundo capitalista en 1973. Cuando los principales productores de petróleo de Oriente Medio formaron un cártel y cuadriplicaron los precios del petróleo mundial, la URSS y Rumanía, sin tener que tomar ninguna iniciativa «hostil», pudieron subir los precios de su producción hasta alcanzar los del mercado mundial. La URSS estuvo también en condiciones de conseguir importantes préstamos de bancos occidentales, gracias a sus vastos recursos naturales colaterales. La constante debilidad del sistema comunista se hizo más evidente en Polonia. Durante los años setenta, el gobierno contrató el establecimiento en Polonia de numerosas industrias extranjeras, entre ellas la de automóviles Fiat (italiana), la de camiones Berliet (francesa), la de tractores Massey-Ferguson (norteamericana), la de radios y televisores Grundig (alemana) y la de motores Leyland (británica). Hacia 1979, la deuda externa polaca de veinte mil millones de dólares era aproximadamente igual a la totalidad de la deuda externa de la

URSS. Y Polonia no tenía oro, petróleo ni caviar para financiar sus deudas.

En mayo de 1980, el secretario general del partido —Gierek— recibió la visita de economistas soviéticos y la de David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank. El 1 de julio, el gobierno redujo los subsidios a los alimentos como medida necesaria para reducir la circulación de dinero. La inevitable subida de los precios provocó una ola de huelgas industriales, que empezó en los astilleros Lenin de Dantzig y se extendió a cientos de otras fábricas. Los obreros polacos habían adquirido refinadas tácticas y estaban dirigidos en ese momento por un electricista enérgico, carismático, ferviente católico —Lech Walesa—, que había sido despedido cuatro años antes por intentar organizar sindicatos libres.

Bajo el disciplinado liderazgo de Walesa, los huelguistas ocuparon las fábricas en vez de manifestarse en las calles. Minimizaron así el riesgo de choques armados con la policía. Sus primeras exigencias fueron estrictamente económicas. Reiteraron su aceptación del Pacto de Varsovia y del «papel dirigente» del partido. El gobierno deseaba a su vez evitar conflictos violentos que, de inmediato, habrían dado al traste con las delicadas relaciones no sólo con la Unión Soviética sino con los bancos e industrias occidentales. El 31 de agosto se firmaron acuerdos que contemplaban el incremento de salarios, la reducción de horas de trabajo, la mejora de los beneficios sociales, la libertad de expresión, la liberación de presos políticos y —por primera vez en la historia del Pacto de Varsovia—, el derecho de huelga.

Como en ocasiones anteriores, el partido pretendió alegar que la protesta de los huelguistas se debía a errores cometidos por directores de planta aislados y no por el sistema comunista como tal. Gierek fue reemplazado por un burócrata del partido y se produjeron numerosos cambios personales, que hicieron posible frenar el cumplimiento de las onerosas concesiones acordadas en el convenio con los huelguistas. A fines de septiembre, los distintos sindicatos se aglutinaron para constituir Solidaridad, una confederación que, a mediados de 1981, contaba con unos nueve millones de adherentes (en una población de treinta y seis millones). Había entre ellos intelectuales, sacerdotes, trabajadores industriales y empleados de cuello blanco. Los costos

de los nuevos salarios y servicios, sumados a las continuas huelgas y a la tensión social, condujeron a una caída considerable del producto nacional bruto. En interés de la paz social, la URSS subsidió con todo su peso a la economía polaca, en los meses que siguieron al acuerdo de agosto.

Era inevitable que los comunistas soviéticos y polacos recordaran los acontecimientos de 1956 y 1968. En febrero de 1981, el general Wojciech Jaruzelski —ministro de Defensa durante varios años— fue nombrado primer ministro. En general, Moscú consultaba cada vez más con los empleados estatales comunistas polacos, que con los funcionarios del Partido. El 5 de junio el Comité Central soviético alertó al Comité Central polaco con respecto a las actividades de los enemigos del socialismo polaco. En septiembre, Solidaridad publicó un llamamiento en favor de reformas políticas y sociales, dirigido a los trabajadores de *todos* los países del Pacto de Varsovia.

En ese momento el gobierno soviético y el partido firmaron una carta conjunta exigiendo una acción inmediata y decisiva. El 16 de octubre, el general Jaruzelski se convirtió en primer secretario del Partido Comunista. El 13 de diciembre decretó la ley marcial, disolvió Solidaridad como organización, arrestó a los principales cabecillas, prohibió las huelgas y restableció la censura de prensa. Polonia no había encontrado a su Dubcek sino a su Kádár. Se salvó de la invasión soviética y fue gobernada por una tibia dictadura hasta la disolución del imperio.

A pesar del descorazonador récord económico y humano de diversos componentes del Imperio soviético, no hay razón convincente para suponer que, en 1989, se colapsara simplemente por ese motivo. La inmensa mayoría de líderes políticos, diplomáticos y científicos sociales occidentales creyeron —hasta fines de los años ochenta— que desde luego se habría estancado y habría quedado técnicamente cada vez más a la zaga de Occidente y Japón, pero que sobreviviría durante algunas décadas.

Dos factores nuevos fueron responsables del colapso del Imperio en 1989 y de la disolución de la misma Unión Soviética en 1991. Uno fue la renovada carrera armamentista; el otro el nombramiento de Mijaíl Gorbachov como secretario general del Partido Comunista soviético en 1985.

Hablemos primero de la carrera armamentista. A fines de

los años setenta, en ambos bloques se habían desarrollado misiles nucleares de menor tamaño, de modo que la guerra nuclear no era ya tan «impensable», en el sentido de que las bombas de hidrógeno de destrucción masiva destruirían inevitablemente una enorme parte de la humanidad en pocas horas (la pesadilla con la que vivió la gente en los años cincuenta y sesenta). Tanto europeos como norteamericanos empezaron a preguntarse si Estados Unidos correría el riesgo de desatar una guerra mundial para contrarrestar un golpe limitado soviético en Europa. La enérgica oposición popular al propuesto emplazamiento de avanzados misiles norteamericanos en Alemania tuvo origen en movimientos pacifistas locales, afanosamente apoyados por los medios de comunicación soviéticos y los partidos comunistas.

Mientras Occidente titubeaba —entre 1977 y 1980—, los soviéticos desplegaban sus misiles SS-20, capaces de alcanzar blancos de Europa occidental sin amenazar de forma directa a Estados Unidos. Entre 1980 y 1983, la URSS dio largas a las negociaciones desde su obvia posición de fuerza. Pero en marzo de 1983, el presidente Ronald Reagan —que se refería a la URSS como al «imperio del mal»— anunció un nuevo programa norteamericano, la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI), que pretendía construir un escudo espacial, capaz de destruir cualquier incursión de misiles soviéticos. La tecnología sería enormemente cara (de hecho todavía no había sido inventada) y los soviéticos sabían que no podían igualar la inversión norteamericana. Tanto a ellos como a los ciudadanos de a pie occidentales les alarmó hasta qué punto Reagan parecía pensar que una guerra nuclear podía «ganarse». En noviembre de 1983, el Parlamento de Alemania Occidental votó el permiso para la instalación de los nuevos misiles norteamericanos Pershing, si los soviéticos se negaban a retirar sus SS-20.

La primera reacción de los soviéticos fue la de retirarse de todas la negociaciones de control de armas e intentar cargar todas las culpas sobre Estados Unidos y Alemania Occidental, los dos países a los que sincera y acertadamente temían. En 1985 entró en juego el segundo factor: el nombramiento de Gorbachov como jefe del partido de la URSS. Gorbachov estaba decidido a modernizar la economía soviética y a permitir un importante grado de libertades políticas dentro del marco de un Estado con

partido único. Causó una impresión personal favorable a la primera ministra británica Margaret Thatcher y al presidente Reagan, que valoraba mucho el juicio de la primera. La afinidad intuitiva personal entre Gorbachov y Reagan (ambos eran seres humanos en lo fundamental sensatos y optimistas) dio resultado. Los soviéticos aceptaron entonces la opción «cero a cero», que los norteamericanos habían ofrecido en 1981: la total retirada de Alemania y Europa oriental de misiles nucleares norteamericanos y soviéticos.

Entretanto, la política de Gorbachov de discusión abierta y de reforma económica —aplicada a la URSS y sus satélites— reveló la absoluta falta de perspectiva de un cambio constructivo dentro del mundo soviético. Todos los países de Europa oriental querían verse libres de las guarniciones soviéticas, es decir, libres del Pacto de Varsovia. Las economías soviética y de Europa oriental estaban todas sumidas en la confusión. Nadie que fuera capaz de pensar por su cuenta creía ya en la economía dirigida y centralizada. Los tradicionales sentimientos religiosos y nacionales florecieron con la nueva libertad de expresión.

Ante la disyuntiva de elegir entre un futuro incierto —y era de esperar, no violento— y el esfuerzo por mantener el Imperio a la fuerza, Gorbachov se decidió por la primera. Los pueblos de los Estados satélites tuvieron la sensación de que no tendrían que enfrentar una invasión soviética y, de modo unánime y pacífico, exigieron el fin del comunismo y del Telón de Acero. Cuando Gorbachov aceptó esas exigencias, la demolición del muro de Berlín y la reunificación de Alemania, la guerra fría terminó automáticamente.

Queda por ofrecer una reflexión más en cuanto al sistema soviético. En teoría era un sistema científico, que ayudaría a que la historia evolucionara como era inevitable que estuviera destinada a evolucionar. En teoría los individuos no eran más que instrumentos de ese dialéctico desarrollo histórico, que había asumido el papel de Dios. Por eso en su declaración final por traición en 1938 —cuando ya había sido condenado a muerte—, Bujarin citó para aprobarlas las palabras del novelista alemán, compañero de ruta, Lion Feuchtwanger, para afirmar que «la historia mundial es una corte de justicia mundial». Lo creía de veras, como lo creían Lenin, Trotski, Stalin, Mao Zedong y casi

todos los líderes revolucionarios marxistas hasta alrededor de 1960.

De hecho, la evolución de la URSS y sus satélites estuvo más estrechamente ligada a los rasgos personales —del todo humanos— de líderes individuales, de lo que estuvo ligada a sus líderes la evolución de los países capitalistas occidentales. La paranoia de Stalin, el entusiasmo fanfarrón de Jruschov, la fría eficiencia de Ulbricht, la paciente capacidad de recursos de Kádár, la equivocada y confiada decencia de Dubcek: esos rasgos personales fueron más decisivos para la historia de sus respectivos países que cualquier teoría política o social. Y eran mucho más importantes que los rasgos individuales de líderes en sociedades donde el poder económico y político no está tan concentrado como en las dictaduras comunistas.

CAPÍTULO 14

INTERPRETACIÓN DE LA EUROPA DEL SIGLO XX

Si es difícil condensar las líneas generales de un siglo entero en trece capítulos (desafiando así las persistentes supersticiones que arrastra consigo el número 13), más difícil aún es querer interpretar en un solo capítulo la historia del siglo, con la mirada puesta en el futuro. Sin duda, lo primero que hay que destacar es que, por mucho cuidado y amor con que se haya estudiado la historia, no hay manera de predecir detalle alguno de ese futuro. Esta limitación se debe al hecho —simple pero inevitable— de que las decisiones las toman seres humanos. No hay método que pueda prever la inteligencia, la energía, el conocimiento objetivo y pertinente de los acontecimientos, las fuentes económicas y demográficas, el nivel de educación, los compromisos emocionales y morales de aquellos que asumirán el liderazgo político e institucional del futuro. Lo más que se puede esperar es lograr definir parámetros, reconocer de verdad las fuerzas y tendencias a largo plazo, de manera tal que, con buena suerte, se reduzca la magnitud de lo desconocido.

Para empezar con el panorama económico global hay que decir que, en el siglo actual —como ya había quedado demostrado en los siglos XVIII y XIX—, el capitalismo ha seguido probando ser el sistema productivo más efectivo en la historia de la humanidad. Durante la Depresión de 1930, el socialismo autoritario de la Unión Soviética pudo proclamar, por un breve período, que había descubierto un sistema productivo más eficiente y una forma más justa de distribución. Pero la competitividad en

Europa en 1996

Centrales nucleares

tiempos de paz entre el capitalismo occidental y la economía soviética ha demostrado con toda evidencia la superioridad del capitalismo.

Esta superioridad no depende exclusivamente del papel del mercado sino de modo sustancial de la libertad política. Ya mucho tiempo atrás, en 1831, el distinguido historiador británico Macaulay, en su conferencia inaugural de la nueva Universidad de Londres, destacó el nexo entre libertad económica y libertad académica. Toda la experiencia occidental moderna indica que la libertad del individuo posibilita la utilización de una inteligencia más creativa, sin coacciones ni intimidaciones, tanto si se trata de objetivos intelectuales como comerciales. La libertad de prensa —y de los medios de comunicación en general— proporciona un contrapeso necesario contra la corrupción, el favoritismo, los monopolios y todas las tendencias gracias a las cuales una élite de poder existente intenta mantener sus privilegios y restringir el acceso de nuevos participantes.

Los Estados autoritarios económicamente exitosos del Asia contemporánea —Singapur, Corea del Sur y China— parecen contradecir las generalizaciones antes expuestas. Lo cierto es que en esos países se sostiene con frecuencia que el desarrollo de la economía de mercado nada tiene que ver con las libertades «occidentales» (no humanas). Pero su éxito en la primera generación es demasiado reciente para probarlo. A lo largo de las próximas décadas se verán obligados a conceder libertad política o sucumbirán a la corrupción y a la gerontocracia, que destruyó la Unión Soviética y que limita gravemente el desarrollo de los jeques del petróleo, India, Paquistán, etcétera.

La superioridad del capitalismo contemporáneo depende también de las modificaciones y controles sociales, ligados al Estado de bienestar. La mitigación del desempleo masivo en los países anglosajones y escandinavos durante los años treinta, la recuperación económica de Alemania y Europa occidental después de la segunda guerra mundial y la rápida conversión de las economías agrícolas mediterráneas, dominadas por los terratenientes, en un capitalismo de mercado, todo ello ha dependido en gran medida del control social, la inversión y las decisiones sobre redistribución, que llevan dinero a los bolsillos de los trabajadores sin ambiciones empresariales.

La prosperidad capitalista depende de grandes mercados de consumo y de las ventas de alta tecnología industrial y comercial, tanto civil como militar, de los ciento ochenta y tantos países soberanos del mundo. Ni en 1930 ni en 1990 ha sido capaz el capitalismo incontrolado de resolver el problema del desempleo masivo y de la «superproducción» o «bajo consumo». A lo largo de los primeros años de la Depresión mundial, los gobiernos de Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania se empeñaron en lograr presupuestos equilibrados y políticas monetaristas del tipo que ahora auspician los economistas conservadores. La Depresión no respondió al tratamiento y la recuperación posterior a 1933 se debió a la inversión gubernamental en obras públicas, infraestructura, seguridad social y rearme.

La prosperidad occidental entre el final de la segunda guerra mundial y la crisis del precio del petróleo de 1973 dependió de la reconstrucción de infraestructuras, del aumento de los salarios —que permitió a la gran mayoría comprar bienes de consumo—, del desarrollo de productos nucleares y de otros productos militares de alta tecnología, y de la venta de armas tanto en el mundo desarrollado como en el subdesarrollado. Desde 1973 los costos de la energía forzaron a los países desarrollados a incrementar la eficiencia y la productividad, y a reducir el gasto de desembolso público. Además, desde el desmantelamiento del Imperio soviético en 1989-1990 y la desaparición de la misma Unión Soviética en 1991, los filósofos y economistas conservadores han insistido cada vez más en que el Estado de bienestar, como tal, está obsoleto.

En ese aspecto no debemos olvidar que el Estado de bienestar se desarrolló, en gran parte, como respuesta del mundo capitalista a la posibilidad de que la revolución soviética pudiera proporcionar mejores condiciones de vida material a las masas. No es, pues, motivo de sorpresa que, cuando la competencia económica ha sido ganada por el capitalismo, los portavoces de la economía neoclásica no vean más razón para mimar a las clases trabajadoras occidentales con el oneroso Estado de bienestar.

La facilidad con que el capital puede ser transferido electrónicamente alrededor del globo y la industrialización de muchos países con mano de obra considerablemente más barata que

la de Europa amenazan, sin duda, el nivel de vida logrado por los pueblos europeos sólo en las últimas cuatro décadas. En teoría, industrias completas pueden ahora trasladarse con toda facilidad a Asia, mañana a América latina y, al día siguiente, a África, puesto que la industrialización masiva eleva los costos de mano de obra e infraestructura en un sitio después de otro.

Pero con esos puntos de vista no se dan cuenta de la complejidad de la sociedad industrial. Ciertos inversores ya han advertido que, para el capitalismo, la ventaja de salarios bajos puede ser anulada por falta de infraestructura local, inestabilidad política, inestabilidad monetaria, necesidad de sobornar a legiones de policías y burócratas, rechazo o incomprensión de necesidades técnicas, más las enormes diferencias culturales que hay entre administrar una oficina en su país natal o manejar, con medios electrónicos, oficinas situadas en lugares remotos. Toda esta potencial transferencia de la industria desde países maduros a países en desarrollo conducirá a los mismos tipos de enconada lucha que siempre han acompañado al imperialismo, ya sea impuesto por una bandera o por una serie de normas bancarias.

Más realista que una descapitalización y desindustrialización masiva de Occidente es la necesaria reforma del Estado de bienestar. Por ejemplo, algunos sindicatos luchan por el derecho a la jubilación con una paga completa o casi completa a los cincuenta y cinco años. Lo que más bien hace falta es elevar la edad del retiro a los setenta años, y mucha gente con buena salud puede muy bien preferir trabajar incluso más allá de los setenta, en vez de tratar de ocupar su tiempo con programas de televisión o viajes organizados.

Son también necesarios planes de trabajo compartido como última y única solución al desempleo masivo. Si se pretende que el trabajo compartido sea un éxito, hay que mejorar las condiciones de educación, tanto técnica como general, de modo que la gran mayoría de los potenciales trabajadores sean capaces de ser tan productivos como la élite. Ésta es una buena razón más, entre otras muchas, para incrementar la inversión social en educación de generaciones que vivirán en una sociedad cada vez más automatizada y tecnificada. Y cuando se comparta el trabajo en tareas planeadas de oficina o terminales de ordenador menos exigentes, la nueva situación alentará por sí

misma a la gente a permanecer más tiempo activa, tiempo durante el cual seguirá contribuyendo al fondo colectivo de sus pensiones de vejez.

El costo de la tecnología médica moderna es también uno de los factores que amenazan con crear un déficit todavía mayor en los presupuestos del Estado de bienestar. Pero un cambio perfectamente factible, si bien gradual, es el de dar preferente prioridad a la medicina preventiva en vez de a la terapéutica. Así se impediría que escaparan de todo control los costos de la asistencia sanitaria. Es imposible decir cuántos de los ataques cardíacos y derrames cerebrales, que requieren tratamientos de emergencia caros, no ocurrirían si la gente comiera con más sensatez, controlara su peso y fuera menos competitiva. La competitividad hace aumentar desmesuradamente los índices de aceleración del ritmo cardíaco y la hipertensión. Son cuestiones que se advierten a simple vista: la cantidad de personas que están por encima de su peso, que se atiborran de comida-basura, etcétera.

Hay también serios y costosos problemas de drogas, abuso que sólo puede reducirse con una educación preventiva y con el mantenimiento de una sociedad en la cual la juventud pueda encontrar empleo útil. Existe el antiguo adagio de que «más vale prevenir que curar». Es una verdad tan válida como siempre y su aplicación es una de las reformas factibles y necesarias del desembolso de bienestar en las naciones técnicamente avanzadas.

En cualquier caso, a todos los gobiernos democráticos les ha parecido necesario mantener las características esenciales del Estado de bienestar aunque sólo sea para mantener también la cohesión social de los países que gobiernan. Los evangelistas del capitalismo incontrolado y de los presupuestos equilibrados rara vez demuestran preocupación por los déficits que provocan los gastos militares, pero les parecen inaceptables los que provocan los gastos sociales. Sus estadísticas tampoco se refieren al hecho de que los gastos militares son, económicamente, gastos a fondo perdido, mientras los gastos de sanidad y educación multiplican los beneficios económicos (hay que admitirlo, difíciles de cuantificar) de la sociedad futura. A pesar de todos los gráficos y de todo el vocabulario técnico, los verdaderos problemas son más políticos y educativos que económicos.

Al mismo tiempo, puesto que el Estado de bienestar capitalista cuenta por cierto como factor de optimismo potencial —tanto para el futuro europeo como para el futuro general— existe un inmenso obstáculo virtual en la configuración de ese futuro. El obstáculo es la acumulativa crisis ecológica y demográfica, una crisis causada en gran parte por el progreso industrial y médico del presente siglo.

Hace medio siglo, los gestores económicos e industriales estaban preocupados con lo que preveían iba a ser la extinción de fuentes naturales tales como la madera, el carbón y el petróleo. Las selvas del mundo continúan, en efecto, peligrando por una combinación de la explotación comercial y de la expansión de la agricultura y el pastoreo primitivos. Pero el descubrimiento de muchas nuevas fuentes de carbón y petróleo ha puesto fin a los temores de un inminente agotamiento de dichas fuentes. La invención de los plásticos ha disminuido en gran medida la total dependencia de la madera y los metales. El problema no es tanto la disponibilidad de materia prima como los «efectos secundarios» del desarrollo industrial y el uso de la Tierra sobre la biosfera: aire, agua, vida vegetal y animal, de los cuales dependen en última instancia todas las actividades humanas.

La destrucción de la biosfera se produce bajo todos los sistemas económicos. La conversión de las selvas y estepas en campos cultivados, la polución química del aire y el agua provocada por operaciones industriales, más las nubes de humo que provocan millones de vehículos impulsados por la gasolina se dan tanto en la economía precapitalista como en la capitalista o comunista. Una vez más, la libertad política ha significado que, en los países democráticos, hayan podido exponerse y lograrse en parte las medidas correctivas necesarias para remediar muchos de los peores abusos cometidos contra el medio ambiente. Pero en los regímenes de los gobiernos, en la mayoría de los casos autoritarios, comunistas, precapitalistas y del Asia capitalista, la combinación de la censura y la ignorancia ha impedido la debida protección del medio ambiente.

Cinco años después del colapso de la Unión Soviética, todavía no sabemos cuánta gente murió en Chernobil, cuántos millones de hectáreas agrícolas han sido envenenadas por los escapes radiactivos en el total de la antigua URSS, sus vecinos

escandinavos y los satélites de Europa oriental. Tampoco sabemos cuántos residuos nucleares han ido a parar a aguas árticas, y tal vez a todos los océanos, como consecuencia de no sabemos qué cantidad de accidentes navales o, simplemente, como consecuencia de los productos radiactivos vertidos por las fuerzas navales soviéticas. Ni sabemos tampoco nada más sobre los residuos nucleares y la polución industrial de China y Vietnam, que aquello que los gobiernos de esos nuevos gigantes económicos se dignan revelar.

Los científicos, hombres de negocios y la gente de a pie del noroeste norteamericano, todos ellos están tratando de entender los efectos perniciosos de la despiadada explotación forestal a costa del agua potable, las inundaciones y la erosión. Están también preocupados por la vida vegetal y de los peces en aguas costeras, la industria pesquera, etc. Y, en gran parte de América latina, África y Asia, los campesinos —desesperados por alimentar a sus familias— talan árboles para cultivar tierras que no tienen ni la fertilidad ni la cantidad de lluvia que necesita una agricultura próspera.

Gran parte del daño ecológico del siglo pasado es resultado de la permanente y creciente presión demográfica. Los campesinos tradicionales —que constituyen la mayoría en algunas de las regiones más populosas del globo— quieren tener muchos hijos como garantía de sostén económico en la vejez. Al mismo tiempo, las religiones más proselitistas y vigorosas del mundo —el catolicismo romano, el islamismo y el protestantismo fundamentalista— son todas adalides de la lucha contra la planificación familiar y el control de la natalidad. Sólo la China confuciana ha adoptado oficialmente una política de limitación del crecimiento demográfico. Los métodos por los cuales se creen obligados a implementar esa política, en un país técnicamente atrasado, incluyen no sólo los abortos masivos sino la esterilización forzosa y el infanticidio (sobre todo si se trata de niñas).

Existe la esperanzadora evidencia de que, con el desarrollo económico, los pueblos de todas las nacionalidades y religiones empiezan a tener menos hijos. Pero la perspectiva de métodos voluntarios y efectivos para limitar la población planetaria depende de cambios de actitud por parte de las autoridades religiosas, cambios de los cuales no hay, por el momento, señal al-

guna. En cualquier caso, un futuro mínimamente civilizado para la raza humana exigirá un uso mucho más cuidadoso de la tierra, el agua y toda clase de recursos naturales, del que ha sido desde siempre característico de la conducta humana. Es uno de los muchos problemas que no puede resolver el mercado, arrastrado por motivos amorales de lucro a corto plazo y no por preocupaciones de problemas sociales ni por la disponibilidad de recursos a largo plazo.

Si se asume que la sociedad europea será bastante racional como para reformar y mantener el carácter esencial del Estado de bienestar, y que todos los gobiernos entenderán la necesidad de preservar un ambiente planetario vivible, hay muchas posibilidades esperanzadoras de que continúe la vitalidad de la civilización europea, en un mundo en gran parte pacífico y no imperialista. Un factor cultural esencial de esa vitalidad ha sido siempre el complejo juego entre muchas culturas lingüísticas diversas y una lengua franca: el latín hasta el siglo XVII, el francés hasta mediados del siglo XX y el inglés desde la segunda guerra mundial.

La lengua —junto con los libros, las costumbres religiosas y folclóricas, la cultura musical, artística y atlética, el paisaje y los estilos arquitectónicos acumulados entre gentes que comparten el mismo idioma— es la marca de distinción tangible de las diferentes «minicivilizaciones» dentro de la civilización general europea. Las culturas lingüísticas se han confundido demasiadas veces con la seudobiología, a la cual nos hemos referido con frecuencia en este libro. En la primera guerra mundial y en la época nazi-fascista, los espejismos de la seudobiología condujeron a la civilización europea al borde del suicidio. Y la materialización de culturas lingüísticas en doctrinas nacionalistas, que exigen un Estado separado para cada una de esas culturas, sigue siendo un conflictivo problema político contemporáneo.

Enfatizar la herencia cultural de cada uno, desear utilizar el lenguaje histórico propio y gozar de instituciones que contribuyan a la variedad de una civilización compartida son rasgos distintivos positivos. La democracia política, la devolución del poder de los gobiernos centrales a gobiernos regionales y municipios, la verdadera unificación económica y la potencial unidad

política de Europa, todo ello trabaja en la dirección del reconocimiento de la variedad lingüístico-cultural, sin la creación de nuevas soberanías, nuevos ejércitos, nuevos prejuicios nacionalistas, nuevas monedas, nuevos cuerpos diplomáticos y nuevas policías de frontera.

La completa libertad para viajar por la Unión Europea, el mutuo reconocimiento de títulos académicos y asociaciones profesionales, el desarrollo de los programas de confraternidad Erasmus, la cooperación internacional en laboratorios científicos —como el CERN— y en costosos proyectos tecnológicos como el del Airbus, más los sistemas de comunicación por satélite, son todas iniciativas que están creando una Europa psicológicamente muy distinta de la Europa enfrentada, nacionalista e imperialista de 1914.

Hay que admitir que no es fácil extender esa fructífera coexistencia de culturas lingüísticas diferentes. Los Estados centralizados no se resignan, sin resistencia, a lo justo que es delegar sus funciones en las autonomías regionales. A los fervientes portavoces de pequeñas minorías sin Estado no les gusta reconocer que hay minorías culturales dentro de su propio medio. Todos los nacionalismos —aunque estén afortunadamente libres de racismo y de agresividad militar— tienen una fuerte tendencia a considerarse víctimas, a pensar que todas sus tribulaciones están causadas, no por intereses económicos, geográficos, competitividad de clase o ineficiencia local, sino por los Estados vecinos.

La creación de una Europa unida compuesta por varias docenas de culturas lingüísticas dispuestas a colaborar es, en mi opinión, una de las tareas esenciales —y posibles de lograr— de las próximas décadas. Modelos constructivos son la política regional de Cataluña, la separación pacífica de las repúblicas checa y eslovaca, el arbitraje de conflictos históricos entre minorías rumanas y húngaras —que viven bajo la soberanía de esos dos Estados—, y la política de delegación de poderes que, gradualmente, está surtiendo efecto entre Inglaterra, Escocia y Gales. Modelos destructivos son las enconadas guerras étnicas producidas en la antigua Yugoslavia y la antigua Unión Soviética. Además del terrorismo existente en el País Vasco español y el norte de Irlanda, con el muy evidente propósito de impedir soluciones pacíficas —aunque sean limitadas— a los agravios históricos.

Si se piensa en la vitalidad a largo plazo de la civilización europea, nunca se insistirá bastante en la importancia de la libertad de *circulación* —física y espiritual—, dentro de la variedad de culturas nacionales y lingüísticas. Es de presumir que Albert Einstein habría sido un gran físico aunque hubiera tenido que vivir en la Alemania imperial, cuya estructura de clase y cuyo militarismo eran ajenos a su naturaleza. Pero pudo educarse en Italia y Suiza, vivir y trabajar en la muy cosmopolita ciudad de Zurich, también patria de muchos revolucionarios políticos y artísticos, cuyo espíritu era, en general, mucho más afín al suyo que el de las burguesas Munich o Milán.

Pudo pasar unos pocos años intelectualmente muy ricos en Praga cuando, antes de 1914, era un centro mundial de brillantes y heterodoxas culturas checa, alemana y judía. Pudo volver a la Alemania imperial donde, a pesar de un enmascarado antisemitismo, el gobierno y sus colegas le proporcionaron todas las condiciones posibles para que continuara sus investigaciones en plena guerra. Y después pudo demostrar su gratitud a esa Alemania éticamente mejor, insistiendo en que no asistiría a ninguna conferencia internacional a la cual no fueran invitados los físicos alemanes.

El gran compositor ruso Dmitri Shostakóvich fue obligado a humillarse haciendo confesiones públicas y, entre 1937 y 1953, hubo de limitar la publicación de sus obras a aquellas suficientemente melodiosas como para satisfacer el oído del exaltado Padre de los Pueblos Soviéticos, líder venerado del proletariado. Pero antes de establecerse la dictadura de Stalin se vanagloriaba de sus contactos musicales con experimentados compositores de Europa occidental y del jazz norteamericano. Lo estimularon, además, las películas y obras de teatro en varias lenguas distintas, a las cuales aportó ocasionalmente su música.

En 1949 y 1950, el gobierno soviético envió a Shostakóvich —ya famoso en el mundo entero por su *Sinfonía de Leningrado*, compuesta durante la guerra— a Nueva York, París y Varsovia como parte del esfuerzo de ese gobierno por aparentar ser el verdadero propulsor de la paz y de la cultura internacional. Shostakóvich se mostró muy cauto en sus respuestas a los periodistas. Sabía que los espías que lo acompañaban darían información de cada una de sus palabras y de cada uno de sus gestos. Y, desde

luego, su joven familia quedó como rehén en Leningrado para evitar la posibilidad de que le tentara la defección. Pero esas oportunidades de viajar merecían todas las precauciones que, por necesidad, ejerció ese hombre normalmente sociable, con tal de encontrarse con sus colegas occidentales y escuchar su música.

Es probable que uno de los viajes más importantes haya sido el que hizo a Leipzig en el verano de 1950. En esa ocasión fue enviado para actuar de miembro del jurado del concurso internacional de piano, que se celebró dentro del programa de la conmemoración del segundo centenario de la muerte de Juan Sebastián Bach. De cara al exterior estuvo allí como embajador cultural soviético. Para él fue la ocasión de ver con sus propios ojos las sombrías ruinas de la guerra en Alemania Oriental y armonizar su espíritu con el de Bach. Porque en los meses posteriores escribió una serie de veinticuatro fugas y preludios, dignos del maestro cuyo *Clave bien temperado* conmemoraba. A lo largo de su vida creativa combinó la necesaria conformidad exterior con la ideología soviética y un criterio íntimo muy propio y cosmopolita. De ascendencia solamente rusa y polaca escribió música sobre temas judíos, en especial durante los años cuarenta, cuando las obsesiones antijudías de Stalin eran evidentes. Su obra sinfónica se inspiró claramente en las tradiciones de Beethoven y Mahler. Compuso varias partituras para obras de teatro o películas basadas en Shakespeare. Una de sus últimas obras de gran envergadura es una sinfonía de canciones, sobre poemas elegidos entre los de Federico García Lorca, Guillaume Apollinaire, Wilhelm Küchelbecker y Rainer Maria Rilke. De modo tal que, a pesar de haber sido una vez objeto de la censura de Stalin y de haber sido severamente criticado al final de los años cuarenta —durante la campaña contra el «cosmopolitismo desenraizado»—, Shostakóvich fue capaz de enriquecer su vida creativa con la de la Europa presente y pasada.

Llegados a este punto de la interpretación de la Europa del siglo XX asumamos que se mantendrán la libertad política, la democracia constitucional y el contacto sin impedimentos entre las muchas culturas lingüísticas. En tales circunstancias no hay razones para ser pesimistas sobre las perspectivas futuras de la civilización europea. Pero así como el optimismo en el campo económico debe moderarse por la amenaza ecológica y la crisis

de población, el optimismo cultural debe moderarse por la evidencia de la crisis espiritual acumulada en Occidente durante el siglo actual.

En el pasado reciente (medido en siglos más que en la programación de noticiarios de la CNN), Occidente ha dado cierto sentido de objetivos y cierta esperanza de trascendencia a los pueblos, en tres aspectos generales, uno de ellos religioso y los otros dos seculares. La esperanza de salvación religiosa en sus muchas formas cristianas y judías ha sido un aspecto íntimo de la cultura europea durante dos mil años. Y, conforme gran cantidad de inmigrantes africanos y asiáticos se establecen en Europa, distintas formas de islamismo y budismo se han añadido a la gran variedad de credos.

El Siglo de las Luces y los aspectos positivos de las revoluciones francesa y norteamericana hicieron nacer esperanzas de salvación secular en forma de democracia política, derechos humanos y oportunidades económico-educativas, para elegir la forma de vida de cada uno de acuerdo con las capacidades y preferencias personales. Esas esperanzas fueron significativas, sobre todo, para las clases urbanas de profesionales y hombres de negocios. También para los trabajadores urbanos y los inmigrantes rurales, que tuvieron habilidad para abrirse paso en la meritocracia competitiva. Más tarde, en el siglo XIX, varias corrientes de socialismo y anarquismo —y, en especial, el marxismo de la Segunda Internacional— extendieron las esperanzas seculares en la forma de un ideal no competitivo de control colectivo y usufructo de todos los recursos naturales y humanos. Para expresarlo abiertamente, pero sin exageración, hay que reconocer que, en la práctica, ninguna de estas tres vías de esperanzas u objetivos han florecido en el siglo XX. La verdadera fuerza del cristianismo es difícil de evaluar. Las estadísticas pueden decirle al lector cuánta gente asiste a los servicios religiosos, hace sus votos matrimoniales en una ceremonia religiosa, manda a sus hijos a escuelas religiosas o encarga funerales religiosos en memoria de miembros de su familia. Pero nada de eso evidencia que las personas que cumplen con tales formalidades crean realmente en la teología y la moral cristianas. (Las mismas consideraciones pueden aplicarse sólo en un grado ligeramente menor a los judíos.) El inteligentísimo primer ministro de la Re-

pública española, Manuel Azaña, provocó en 1931 un escándalo cuando auspició la separación de la Iglesia y el Estado, basándose en que España había dejado de ser un país católico. No quería decir que la gente hubiera dejado de ir a misa ni que la Iglesia hubiera perdido su poder institucional, sino que la Iglesia ya no conservaba la clase de liderazgo intelectual y espiritual que tenía en los siglos XVI y XVII.

Lo mismo puede decirse del conjunto de Europa en el siglo XX. En Escandinavia y Europa occidental, el papel de las Iglesias se ha visto cada vez más limitado al registro de nacimientos, matrimonios y defunciones, y a algunas ocasionales ceremonias de exhortación moral y consuelo. Pero, para la inmensa mayoría, esas funciones tienen poco que ver con sus creencias personales y decisiones vitales.

En la Rusia soviética desde 1917 en adelante y en la Europa centrooriental entre 1945 y 1990, la población no comunista se aferró a sus creencias religiosas porque era la única forma permitida de expresión de algún ideal diferente a las machaconamente repetidas consignas del partido gobernante. Pero incluso en Polonia —donde la religión católica romana ha sido durante siglos consustancial al sentimiento de nacionalidad, donde los amplificadores electrónicos se emplean para llevar la misa a las enormes multitudes que rodean los atrios de las iglesias y donde el papa conservador Juan Pablo II es héroe nacional—, las generaciones más jóvenes practican todo tipo de control de la natalidad. Y el ideal económico-cultural prevaleciente es el de parecerse tanto como sea posible al Occidente democrático secularizado.

Volvamos de los ideales religiosos a los seculares: el socialismo marxista se ha desacreditado por completo en el Este, por culpa de la serie de dictaduras opresivas, incompetentes e hipócritas, que crearon lo que a ellos les gustaba llamar «socialismo real». Y también se ha desacreditado muchísimo en Occidente, porque lo más próximo a sus ideales ha sido incorporado por el Estado de bienestar socialdemócrata —en su mayoría capitalista— y no en los regímenes surgidos de la Revolución bolchevique.

Más grave con vistas al futuro es el desencanto con respecto a la herencia de la Ilustración del siglo XVIII. Una de las

pocas afirmaciones positivas y categóricas que pueden hacerse sobre el siglo XX es que el Estado de bienestar de los últimos cuarenta años ha ofrecido un nivel de vida material más elevado, y mayores oportunidades culturales y educativas, a un porcentaje más alto de población que ninguna otra sociedad conocida. Desde el punto de vista material, esa sociedad ha sido posible gracias al capitalismo democrático. Desde el punto de vista espiritual se ha inspirado por ideales (potenciales) de perfectibilidad humana y de libertad político-religiosa, asociados a las revoluciones holandesa e inglesa del siglo XVII, y a las revoluciones francesa y norteamericana del siglo XVIII.

Desde los años noventa, toda esa tradición secular está a la defensiva. Los economistas más prestigiosos insisten en que el Estado de bienestar es demasiado caro para que pueda sostenerse, en que las condiciones de la economía global exigen un capitalismo competitivo y sin regulaciones, como el de las primeras etapas de la revolución industrial (de manera tal que se pueda competir exitosamente con las recién industrializadas economías asiáticas, que tienen salarios bajos y carecen de protección social; un capitalismo desde luego característico de la industria europea hasta fines del siglo XIX).

Desde una perspectiva política y espiritual, el optimismo sobre la perfectibilidad humana, el potencial de la educación generalizada, el sufragio universal y todas las formas de participación en el «proceso político», es mucho menos notable que en las primeras décadas del siglo. Las luchas por el reconocimiento de los sindicatos, el voto femenino, la legislación social de frente popular, la solidaridad con la República española, los ardientes debates dentro de los movimientos de resistencia durante la segunda guerra mundial, que aspiraban a la democratización de la sociedad posbélica, todo ello estaba inspirado por los ideales seculares de la Ilustración, por versiones del marxismo compatibles con esos ideales y por la ilusión de que la Unión Soviética abarcaba todos esos ideales.

En décadas recientes, los movimientos en favor de la igualdad sexual, de los derechos de los gays y las lesbianas, de la protección de trabajadores inmigrantes perseguidos por el racismo, también tienen sus fuentes originales en los ideales de la Ilustración. Pero, excepto en lo que se refiere a los derechos de

la mujer (las mujeres constituyen en última instancia el 51% de la población), la participación en esos movimientos no está tan extendida ni es tan militante como lo era hasta y durante la segunda guerra mundial.

En mi opinión, la segunda guerra mundial y, en especial pero de ninguna manera únicamente, la ocupación nazi de la mayor parte de Europa continental destruyeron la capacidad de los pueblos europeos para pensar en el futuro con optimismo. ¿Cómo es posible que gentes presumiblemente civilizadas como aquellos guapos, saludables y disciplinados jóvenes soldados alemanes trataran a los judíos, los gitanos y los prisioneros de guerra soviéticos con la fría crueldad y la eficiencia de las unidades exterminadoras? ¿Cómo es posible que líderes políticos presumiblemente civilizados decidieran ordenar bombardeos de saturación y, por último, dejar caer la bomba atómica sobre ciudades populosas habitadas por civiles indefensos? ¿Cómo pudieron los jefes aliados no bombardear Auschwitz? ¿Cómo pudo Stalin alentar el levantamiento de Varsovia y quedarse después de brazos cruzados mientras los alemanes destruían la capital polaca? Nunca hubo tantísimos testigos que vieran la combinación de semejante poder material con semejantes crueldades y traiciones masivas; o por lo menos nunca hubo tantísimos testigos que no tomaran conciencia de ella.

El arte y la música abstracta de las recientes décadas; la moda de las novelas de crímenes y de espionaje, de las películas violentas y de los «culebrones» de televisión; la búsqueda de sensaciones físicas cada vez más novedosas, y el alejamiento de la realidad de los juegos sexuales sadomasoquistas, los viajes exóticos, las drogas y el alcohol; las tortuosas y deliberadas mistificaciones de tanta filosofía y poesía contemporáneas; las protestas masivas sin programa constructivo alguno de los movimientos políticos estudiantiles; las facciones terroristas de los años sesenta y setenta; el «deconstructivismo» de la herencia humanista occidental en las universidades; las espantosas revueltas de masas entre los fanáticos del fútbol... Todas estas manifestaciones son sintomáticas de una sociedad caracterizada por la prosperidad material, la alta tecnología y la ausencia de cualquier ideal generoso, esperanzador y consensuado para esa parte de la naturaleza humana que no puede vivir sólo de pan.

En Europa oriental y Rusia, la experiencia general del siglo XX ha sido desastrosa: imperios dinásticos tambaleantes fueron sucedidos, después de la primera guerra mundial, por una dictadura bolchevique de partido único en la Unión Soviética; por repúblicas fracasadas y dictaduras más o menos fascistas en Europa centrooriental y los Balcanes. Y, después de la segunda guerra mundial, por la extensión de la dictadura soviética sobre pequeños países vecinos. Aproximadamente hasta los años sesenta, una parte significativa de intelectuales, científicos, estudiantes y la élite de los obreros industriales creían que estaban construyendo el socialismo, a pesar de las purgas de Stalin, y a pesar de los sombríos burócratas que sucedieron a la generación de los revolucionarios purgados.

Pero cuando se estancó la economía, cuando la libertad no apareció y cuando fue con toda claridad evidente que el «socialismo real» era incapaz de ofrecer a las masas una vida ni por asomo tan tolerable como la que ofrecía el Occidente capitalista, la fe marxista secular se desvaneció. En proporción con su inteligencia y su sensibilidad, la gente privatizó su vida. La lectura, la música, el sexo, el alcohol, la esperanza o desesperanza religiosa, la actividad científica o artística no política han quedado para aquellos que han sido bendecidos con el talento necesario.

No sé cuántas referencias he leído sobre el hecho de que Yuri Andrópov —durante muchos años jefe de la policía secreta soviética— tenía una magnífica colección de discos clásicos y reputación de ser un conversador lleno de encanto para hablar de literatura o arte. Nunca he estado seguro de hasta qué punto se podían tomar en serio esos informes, porque también se dijo lo mismo con frecuencia del peor de sus antecesores, Lavrenti Beria; y aparecía muy a menudo en escritos referidos a algunos de los peores carniceros nazis. Si esos informes son ciertos, todo lo que significan es que personas que se han alejado de todo ideal humano pueden muy bien ser unos villanos y disfrutar con las artes.

Es demasiado pronto para juzgar lo que han sentido los pueblos gobernados por los soviéticos en los años ochenta o después del inesperado colapso del Imperio. Pero están claras ciertas tendencias: una absoluta desilusión en cuanto a la economía dirigida y un rechazo predominante —o pérdida de esperanza—

con respecto a todas las formas de gestión económica colectiva; odio por la nomenklatura y por los comisarios convertidos en capitalistas, que han expoliado la economía rusa de manera tal, que habrían hecho ponerse verdes de envidia a los «barones bandidos» del capitalismo del siglo XIX; amargas dudas sobre la posibilidad de lograr la democracia política y el capitalismo de rostro humano (por alterar ligeramente la frase de uno de los pocos hombres de verdad decentes que han gobernado nunca un país comunista, Alexander Dubcek).

Las posibilidades de crear una economía capitalista democrática en el antiguo Imperio soviético están obstaculizadas tanto por la herencia soviética como por el capitalismo doctrinario incontrolado, alentado por los actuales gobiernos y bancos occidentales, coludidos con las mafias rusas. Los soviéticos nunca obtuvieron éxito en la creación del Nuevo Hombre soviético, soñado en los años veinte y treinta; pero sí tuvieron éxito en la destrucción de las antiguas clases medias, de un modo tan absoluto que, ni en la Unión Soviética desde 1930 ni en la mayoría de Europa oriental desde 1950, ha habido clases medias capaces de crear pequeñas empresas, manejar mercados y servicios financieros para la gente de escasos recursos, etcétera. La eliminación de la clase media no fue tan completa en Polonia, la República Checa, Hungría y las ciudades bálticas. Y ésas son precisamente las regiones donde ha sido posible crear las bases de una economía libre y de instituciones políticas libres.

En términos de ideales sociales y comunitarios, la situación de Europa oriental no es mejor que la de Occidente. La corrupción soviética y la explotación de ideales internacionalistas ha significado que los valores de la Ilustración del siglo XVIII no sean más florecientes allí que en Occidente. Los derechos humanos fueron estandarte de la lucha por deshacerse del dominio soviético. Pero a falta de una fe democrática secular, la religión tradicional (agobiada por el peso de sus propios prejuicios contra los forasteros), el nacionalismo y el racismo amenazan esas desdichadas tierras con más intensidad aún que con la que amenazan los sectores pesimistas y desilusionados de la sociedad occidental.

El recrudecimiento del nacionalismo, el racismo y toda la panoplia de las ideas sociales darwinistas, a lo largo y ancho de Europa, ha destruido en gran medida la euforia que acompañó a

la «revolución de terciopelo» y al colapso no violento de la URSS. El ideal democrático secular ha asumido siempre que los seres humanos, si tienen lo suficiente para comer y han sido razonablemente bien tratados en el hogar y la escuela, actúan con decencia cuando tratan con otros seres humanos. Todos los programas sociales y educativos adoptados por instituciones públicas y privadas dependen de ese convencimiento.

Pero ¿qué ocurre si —como Hobbes, Edmund Burke y Sigmund Freud entre otros ilustres pensadores suponían— hay cierta esencia de pura mezquindad en un número considerable de seres humanos? Graduados universitarios de familias prósperas cometen con frecuencia horrendos crímenes. Los motines de los fanáticos del fútbol y los incendios de viviendas de trabajadores inmigrantes están a menudo instigados por personas que no son víctimas de la opresión ni el hambre. Muchos de los criminales nazis más monstruosos —los Himmler, los Eichmann y los Mengele— pertenecían a familias de ambientes muy normales. Y del hombre que más responsabilidad tiene en la limpieza étnica en Bosnia, a principios de los años noventa, se dice que es poeta, además de psiquiatra.

En realidad, la amenaza que plantean esas personas es la misma creamos o no que sólo un 1% o una gran proporción de nuestros congéneres puede estar motivado por una hostilidad criminal. En un mundo abarrotado de armas nucleares, químicas y biológicas —con un mercado negro floreciente de dichas armas— es ya perfectamente posible que minúsculas minorías chantajeen a la mayoría pacífica. Y será cada vez más fácil, a medida que esas armas sean «perfeccionadas» y diseminadas.

Por esa razón siempre he creído en la necesidad del desarme nuclear, químico y biológico, a partir de la hora cero de 1945 en adelante, nada más que para proteger a la humanidad de semejantes catástrofes. El problema, desde luego, no es sólo europeo ni de los blancos; existe en todos los continentes y en gentes con pieles de todos los colores. En el contexto actual, significa que cualquier cosa que se pueda anticipar sobre el futuro de Europa (o de la humanidad) depende de la prevención de la guerra nuclear por Estados organizados y del chantaje nuclear y el terrorismo de pequeños grupos, que actúan en nombre de una etnia particular o de un grupo religioso o político.

Aparte de la evidente necesidad del desarme, la historia de la Europa del siglo XX demuestra también lo que ocurre cuando el «realismo» amoral reemplaza a todo sentido de solidaridad y a los principios de resistencia a cualquier perversidad masiva y claramente intencional. Entre los muchos ejemplos que pueden citarse, elegiré dos: la responsabilidad política de que se produjera la segunda guerra mundial y las implicaciones morales-intelectuales de la reciente y todavía próspera escuela de crítica literaria y filosófica conocida como «deconstructivismo».

En la Europa anterior al siglo XX, la guerra era un instrumento normal de la política dinástica o nacional. Felipe II, Luis XIV, Federico el Grande, Bismarck —y numerosos cabecillas menores— calculaban sus riesgos y emprendían guerras, cuyo costo se suponía razonable según la tecnología contemporánea y el tratamiento mínimamente aceptable hacia sus súbditos, privados de derechos civiles y políticos. La primera guerra mundial fue también consecuencia de cálculos estratégicos hechos por los líderes militares y diplomáticos, que consideraban que la guerra era un instrumento normal de la política. Pero por esa época la masa de población empezaba a gozar de ciertos derechos políticos y la guerra misma resultó mucho más destructiva de lo que ninguno de quienes habían hecho los cálculos anticipara. El acuerdo de la Liga de las Naciones y varias conferencias mantenidas en los años veinte con vistas a la limitación de armamento fueron evidencia de que los líderes políticos reconocían la absoluta necesidad de eliminar la guerra como instrumento de política nacional. En 1933, Adolf Hitler tomó el poder en Alemania, sin mayoría pero por métodos del todo legales. Su autobiografía, *Mein Kampf*, sus arengas preelectorales y sus muchos discursos como canciller reiteraban sin cesar su determinación de dominar el continente europeo a costa del terror o de la guerra, y su intento por establecer un Imperio alemán, basado en jerarquías raciales. Su diplomacia y su rearme fueron del todo coherentes con las intenciones expresadas verbalmente. En contraste con las complejas rivalidades y los equivocados cálculos que hubo detrás de la primera guerra mundial, en los años transcurridos entre 1933 y 1939, no había duda de que Hitler y sólo Hitler (ni siquiera su desventurado aliado Mussolini) quería la guerra. No tuvimos que esperar a que saltaran los sellos de los

documentos diplomáticos ni las memorias de los líderes de los años treinta. Cualquiera que leyera los periódicos de esa década conocía las intenciones de Hitler y los preparativos materiales que llevaba a cabo para lograrlas.

Europa tuvo dos oportunidades muy claras para detener a Hitler sin desatar una tremenda guerra continental o mundial. Esas oportunidades fueron la guerra civil española de 1936-1939 y la crisis checoslovaca de 1938. En el primer caso, las democracias occidentales tendrían que haber colaborado con la Unión Soviética y el apoyo que les ofrecía la mayoría de la opinión pública de sus países, si hubieran decidido acudir en ayuda del gobierno español, legalmente electo. En relativa defensa de los apaciguadores se puede argumentar que el golpe militar en España desató una violenta revolución izquierdista en los primeros meses de lucha y que, a lo largo de la guerra, el gobierno soviético ejerció una influencia indebida sobre los gobiernos republicanos (si bien esa influencia fue el resultado directo de la negativa occidental a ayudar a la República).

Ninguna de esas excusas son válidas para defender la traición cometida con Checoslovaquia, que tenía un gobierno tan estable y democrático como cualquier país occidental, más un ejército muy bien preparado y excelentes fortificaciones. Un país que estaba dispuesto a sostener la más ardua de las luchas contra el asalto de Hitler, sólo con que Occidente reconociera su propio interés, acudiendo en ayuda de ese Estado democrático, de concienzuda clase media.

Las tremendas torpezas cometidas durante las crisis española y checoslovaca involucraron una asombrosa combinación de intereses nacionales mal calculados y cobardía moral. Los dos factores se reforzaban uno a otro. La ceguera del primer ministro británico ante las intenciones nazis y los exagerados temores al comunismo encajaban con las sugerencias sobre el sinsentido de arriesgarse a una guerra por una pequeña y remota nación, de la cual Occidente sabía muy poco. Esas sugerencias encajaban, a su vez, con el deseo de evitar cualquier responsabilidad humana general, que pudiera conducir a la guerra. En 1936 Hitler sabía que no podía correr el riesgo de una guerra, e incluso a fines de 1938, sus consejeros militares y el recuerdo de la primera guerra mundial aconsejaban con absoluta certeza no arriesgarse a una

guerra contra las fuerzas combinadas de Occidente y la Unión Soviética. Pero en Munich, bajo el liderazgo de Chamberlain, Occidente le ahorró a Hitler la molestia y creó una situación en la cual, un año más tarde, sólo pudo salvarse a sí mismo a costa de una guerra mundial.

Volvamos a la cuestión de las responsabilidades: la responsabilidad de la segunda guerra mundial se debió, sin duda, al insaciable apetito de Hitler por la agresión y, también sin duda, a la política de apaciguamiento de los gobiernos occidentales y de Iósiv Stalin que, en agosto de 1939, desbarató las intenciones de esos gobiernos a convertirlo en la futura víctima de Hitler. No insistiría tanto en esa combinación letal de cálculo equivocado y de cobardía moral, si no se hubiera repetido en las «menores» pero depravadas guerras que destruyeron Yugoslavia y dividieron Bosnia entre 1992 y 1996. Los propios intereses económicos y políticos de las naciones europeas —y cualquier consideración de decencia humana— apuntaban inequívocamente a la necesidad de impedir la agresión serbia y croata. Podría haberse logrado con una mínima o ninguna actividad bélica en 1991 o 1992 pero, igual que en los años treinta, las principales potencias europeas no estaban dispuestas a correr riesgos en beneficio de pueblos pequeños y remotos.

Los ejemplos arriba expuestos significaban, desde luego, considerables riesgos e inmensas pérdidas potenciales. Puede, por lo tanto, parecer casi trivial analizar en el mismo contexto un aspecto de la crítica literaria posmoderna. Pero, si nos preocupan las evidencias de la motivación (o parálisis) moral, la relación entre política internacional amoral y las corrientes de la crítica literaria puede no estar tan traída por los pelos.

Una de las principales características de la teoría literaria posmoderna —y, en particular, la del movimiento conocido como «deconstructivismo»— es la minimización del papel de los autores y sus intenciones conscientes. Los libros no son, en primer lugar, producto del esfuerzo intelectual y el juicio moral de los individuos cuyos nombres aparecen en los títulos de la tapa. Se trata más bien de una estructura inconsciente lingüística o mítica, la que se expresa a través del escritor. La obra que él puede equivocada y egoístamente creer que es su «creación» es, de hecho, un «texto» sin significado preciso, para ser «decons-

truido» por críticos literarios, que señalan todas las ambigüedades en el uso de palabras, todas las posibles contradicciones internas, las muchas vías alternativas por las cuales puede ser interpretado el texto según distintas perspectivas, dentro de distintos contextos culturales, en respuesta a distintas preguntas retóricas, a la luz de deslumbrantes retruécanos, etcétera.

Un mundo que ha vivido Munich, Auschwitz e Hiroshima; limpiezas étnicas en gran parte de África, los Balcanes y la antigua Unión Soviética; y bombas indiscriminadas de terroristas en todas las regiones del planeta es, desde luego, un mundo de incertidumbres morales y ambigüedades. La insistencia posmoderna sobre interpretaciones múltiples y ambigüedades morales corresponde, sin duda, al *Zeitgeist* de fines del siglo XX. Al minimizar el papel consciente del autor, el deconstructivismo también reduce los elementos del juicio intelectual y moral y, por lo tanto, los elementos de responsabilidad moral o quizá, simplemente, la responsabilidad sin adjetivos.

En el mundo actual hay también miles de personas vivas y llenas de energía, que fueron funcionarios fascistas o comunistas y después se han transformado en demócratas o nacionalistas, según el contexto político en el cual se encontraron en las sociedades posfascistas o poscomunistas. Un único ejemplo dramático del fenómeno que estoy exponiendo es la carrera de uno de los fundadores y practicantes más admirados del deconstructivismo, el difunto profesor belga-norteamericano Paul de Man.

En el momento de su muerte en 1983 era el mentor venerado de docenas de los más brillantes profesores de literatura en Estados Unidos, autor de varios acreditados libros (tal vez tendría que decir «textos») sobre teoría y crítica literaria. Hasta donde cualquiera sabía, había llegado como refugiado y casi sin un cuarto a Estados Unidos en 1948. Ejerció la docencia en el Bard College, donde se casó con una de sus alumnas. La originalidad de sus escritos fue en seguida reconocida y lo condujo a ser miembro de la prestigiosa Society of Fellows de la Universidad Harvard. Más tarde llegó a formar parte del cuerpo de profesores de Yale.

Cuatro años después de su muerte, un estudiante que preparaba su biografía tropezó con unos 170 artículos, que De Man había publicado entre los años 1940 y 1942. Dichos artículos ha-

bían aparecido en *Le Soir*, el principal periódico independiente de Bélgica, expropiado por los nazis y editado bajo el auspicio de éstos después de la ocupación de Bélgica en mayo de 1940. También resultó que De Man había dejado sin pagar importantes deudas, adquiridas a causa de la bancarrota de una editorial, fundada por él durante la guerra. Se supo asimismo que había abandonado a su mujer y a tres hijos pequeños, que se fueron a la Argentina cuando él se marchó a Estados Unidos.[1]

Semejantes descubrimientos dieron lugar a mucho examen de conciencia y a muchos agrios debates en la comunidad universitaria. Los artículos en cuestión no eran tan rabiosos como la propaganda nazi más violenta, pero reflejaban sin la menor duda puntos de vista nazis, auspiciaban un futuro europeo de orientación nazi e incluían la obligada denigración del papel de los judíos en la vida cultural europea. Contenían, además, una cantidad de frases con múltiples posibles sentidos que, con esfuerzo, podían ser «deconstruidos» en implicaciones no nazis o antinazis. En cuanto al abandono de esposas y a la falta de sostén de los hijos, son fenómenos no demasiado raros en estratros académicos ni en ambientes menos ilustres de la sociedad moderna. De modo que los antiguos colegas de De Man —muchos de ellos judíos— podían si querían pergeñar su defensa o, por lo menos, ofrecer una «explicación», tanto de su profesión de periodista en tiempos de guerra como de su conducta personal. En realidad, la existencia de algunos de los artículos no era del todo desconocida antes del escándalo de 1987. En el momento en que fue propuesto para formar parte de la Society of Fellows de Harvard, se le pidió que ofreciera informes de sus actividades durante la segunda guerra mundial. Sus bien dispuestos padrinos aceptaron la declaración de que había escrito «algunos artículos literarios» en 1940 y 1941. Dijo haber dejado de escribirlos «cuando el control del pensamiento de los nazis no permitió ya la libertad de expresión». Lo cierto es que continuó publicándolos

1. Para una relación de los hechos, David Lehman, *Signs of the Times, Deconstruction and the Fall of Paul de Man*, Poseidon Press, Nueva York, 1991; para un análisis detallado de la controversia, Alan B. Spitzer, *Historical Truth and Lies about the Past*, University of North Carolina Press, 1996, cap. 3.

hasta fines de noviembre de 1942 (cuando ya estaba claro para cualquier observador inteligente que tarde o temprano Alemania sería derrotada). Las autoridades de Harvard no supieron o no se dedicaron a comprobar el hecho de que había sido colaboracionista hasta fines de 1942. Tampoco le preguntaron si su parcial reconocimiento de la verdad significaba que los artículos publicados —con su contenido pronazi y antisemita— representaban sus opiniones del momento, libremente expresadas.

Para complicar todavía más las cosas, la evidencia parecía no sólo absolver a De Man de antisemitismo personal alguno sino sugerir que había adoptado una conducta muy decente con respecto a individuos judíos. Hubo un testimonio de que había dado refugio a una pareja judía en su huida de los nazis, y varios de sus conocidos judíos de la época de la guerra tenían la seguridad de que nunca les había denunciado a las autoridades de ocupación. Casi todos sus colegas y alumnos judíos de Yale lo defendieron contra cualquier sospecha de antisemitismo personal.

¿Qué tiene todo esto que ver con cuestiones morales de la historia europea del siglo XX? En mi opinión demuestra los efectos deplorables de la amoralidad y el oportunismo, que tanto se han extendido en la conducta del siglo, ya sea en la política del poder o en una carrera académica particular. El hecho de que De Man tuviera una actitud decente con amigos judíos aislados y de que fuera —según el testimonio de varios estudiantes y colegas— un profesor que los apoyaba mucho, sirve para poner de relieve los aspectos negativos de sus antecedentes. El mismo hombre estaba evidentemente dispuesto a escribir sandeces pronazis para progresar en su carrera, a abandonar a su familia por los motivos que fuera, a esconder su pasado todo el tiempo posible y a mentir sobre detalles significativos, si en alguna ocasión se le cuestionaba.

No deben de haber sido necesarios remordimientos de conciencia ni sufrimiento moral alguno. El punto de vista deconstructivista hace intelectualmente respetable actuar y escribir como si nada tuviera un significado preciso; de ahí que nada involucre responsabilidad, juicio moral ni solidaridad. Personalmente no creo que ninguna cultura intelectual ni artística de verdadera categoría pueda sobrevivir, si esta clase de oportunismo y amoralidad se va a convertir en norma general de conduc-

ta. La inmensa mayoría de científicos, filósofos y artistas creativos de todo tipo se han inspirado en algún ideal trascendente, no sólo en el deseo de tener éxito en la política de supervivencia de su época.

Después de la segunda guerra mundial se usó en exceso la palabra «totalitarismo» para referirse a las dictaduras hitlerista y estalinista. El término fue acuñado para pintar la totalidad sin precedentes de control ideológico e institucional logrado por esos dos dictadores. La investigación posterior indica que ni el control ideológico ni el institucional fueron tan absolutos como desde fuera parecía mientras esos dos poderosos criminales ejercitaron el poder. Pero sigue pareciendo verdad que, de alguna manera, esos dos regímenes eran por cierto más «totales» que aquellos con los cuales podemos compararlos. Según mi modo de pensar, lo que en ellos había de total era la capacidad de cínica manipulación y la completa carencia de escrúpulos morales.

Si examinamos regímenes tan poderosos como los de Felipe II en España y Luis XIV en Francia resulta que ambos estaban convencidos de haber recibido su poder y autoridad directamente de Dios; y los dos creían tener el derecho de disponer —hablo de manera literal— de la vida de sus súbditos. Ser un esclavo condenado a galeras en tiempos de Felipe II o del llamado «Rey Sol» no era un destino en absoluto más feliz que ser un recluso en los campos de concentración nazi o en el gulag. Tampoco las vidas de los campesinos anónimos y soldados de a pie eran más valiosas para los reyes antes mencionados que para los dictadores del siglo XX.

Pero dos circunstancias generales eran muy distintas. Los reyes de las dinastías de los Habsburgo y los Borbones sí reconocían el valor de sus súbditos de clase media, de sus científicos y artistas. Esos súbditos reconocían, a su vez, el derecho divino y el marco político-religioso dentro del cual los príncipes absolutistas podían disponer de las vidas y propiedades de esos súbditos. No existían las instituciones democráticas ni los derechos humanos. En cambio sí existía el concepto de responsabilidad mutua entre el gobernante cristiano y una sustancial minoría de súbditos cristianos.

Quizá Felipe II entregara a los acusados de herejes a la Inquisición y Luis XIV exiliara a los hugonotes. Quizá ambos cal-

cularan mal sus planes bélicos, tan mal como lo hicieron sus sucesores en 1914. Pero en general alentaron la iniciativa individual y la autonomía intelectual-emocional de los sectores de clase media, que eran sus súbditos, cuya dignidad humana reconocían. Tenían escrúpulos sobre el trato humano de los seres humanos. No apartaron ni oprimieron intencionadamente a aquellos a quienes reconocían como prójimos y súbditos leales.

En cambio Hitler a lo largo de toda su carrera y Stalin —por lo menos desde el momento en que se hizo con el poder absoluto alrededor de 1930— no tuvieron escrúpulo alguno en cuanto al tratamiento de sus súbditos. No hubo nada que se pareciera al gobernante que reconoce el valor humano de un súbdito (en su forma de alma inmortal). El único criterio era el del poder, medido en la incuestionada obediencia al Führer o al «partido», personificado en Stalin.

Las charlas íntimas de Hitler están llenas de referencias despectivas hacia los alemanes ordinarios y, cuando supo que la guerra estaba perdida, proclamó que el pueblo alemán no se merecía a su Führer. Hasta donde sabemos, en su suicidio no influyó un ápice el remordimiento. En cuanto a Stalin, no hay en la historia ningún otro gobernante que arrancara falsas confesiones de miles de sus fieles súbditos, para después ejecutarlos o exiliarlos a campos árticos, donde estaban manejados por secuaces de la policía o criminales empedernidos. Si me pregunto cuál es la diferencia cualitativa entre estos monstruos y los reyes autoritarios por derecho divino del pasado —incluido el pasado ruso—, la diferencia parece ser que los tiranos recientes no se sentían constreñidos por ninguna traba religiosa o moral de tipo alguno, mientras que los gobernantes dinásticos del pasado reconocían, por lo menos, cierta responsabilidad, cierta motivación (por paternalista, equivocada o hipócrita que a veces fuera), para respetar la mínima condición humana de sus súbditos. En ese sentido de absoluta instrumentación, pragmatismo e irresponsabilidad humana es en el que los regímenes de Hitler y Stalin eran, desde luego, «totalitarios». A lo dicho añadiría que el poder arrollador toma, casi inevitablemente, formas sádicas, sin duda inconcebibles sin intenciones también sádicas.

Una de las preguntas cruciales con respecto al futuro de

Europa y de Occidente en general es, pues, si las sociedades en exceso secularizadas de fines del siglo XX, que carecen de ningún principio trascendente de legitimidad y freno sobre el poder en estado puro, serán capaces de sustituir la perdida ética religiosa por una ética secular humana. Aunque fui educado como judío y me siento afortunado y feliz con esa herencia cultural, no puedo encontrar en el fondo de mi alma razón alguna para creer en los dogmas específicos de ninguna de las religiones monoteístas.

Como el ya desaparecido poeta ruso Borís Pasternak, creo que somos «huéspedes de existencia», invitados agradecidos de un inescrutable anfitrión. Pero ninguna forma de aprendizaje me ha dado las bases para una creencia teológica determinada. Además de que cualquier estudiante de historia sabe que, con intervalos, se han cometido masacres genocidas en nombre de cada una de las religiones monoteístas. Al mismo tiempo, este historiador tampoco conoce ningún ejemplo de una fe no religiosa, que haya convencido nunca a amplios sectores de la humanidad de que la vida de sus congéneres —incluyendo a aquellos que veneran a otros dioses o que no veneran a dios alguno— es sagrada.

En el siglo analizado en este libro hemos visto de lo que son capaces los gobernantes absolutos, cuando no reconocen ningún límite ni freno a su poder. Hitler y Stalin pudieron matar a millones de personas simplemente por ser *quienes* eran, sin que hubiera relación alguna con lo que de verdad hubieran *hecho*. Esos hombres y sus lugartenientes no creían, en absoluto, que la condición humana fuera, por naturaleza, sagrada. En cambio, los reyes feudales de la Edad Media y los soberanos absolutistas de la Europa de los siglos XVI al XVIII creían —o por lo menos les pareció sabio pretender que creían— que todo cuerpo humano encierra una alma inmortal y que ellos, como soberanos, debían rendir cuentas a Dios. En tiempos de guerra y en momentos de enconado fanatismo olvidaban a veces esa creencia y esa responsabilidad. Pero no consideraban que, por una cuestión de principio, estuvieran autorizados a masacrar a grupos enteros de seres humanos.

¿Cuál fue la causa de la singular capacidad destructiva de estos dos tiranos del siglo XX? Es posible destacar por lo menos

tres elementos: 1) la absoluta falta de creencia alguna que pudiera limitar la concepción de su poder; 2) la seudorracionalidad de sus programas seculares (*Lebensraum* para la raza aria superior, y un eventual futuro glorioso para el mundo proletario); 3) los rencores acumulados de hombres que no eran príncipes, vástagos de prósperas clases medias ni beneficiarios de oportunidades educativas democráticamente concedidas. Eran advenedizos, despreciados por los árbitros de una sociedad en la cual ellos habían alcanzado la madurez física. Los resentimientos acumulados de semejantes personas suelen conducir al sadismo aunque, rara vez, en la escala que lo perpetraron Hitler y Stalin.

Soy personalmente incapaz de creer que factores «objetivos» —como depresiones económicas o sufrimientos de tiempos de guerra— basten para explicar las monstruosidades cometidas en nuestro siglo. Algún grado de sufrimiento ha sido rasgo casi universal de la vida humana. Y algún grado de crueldad arbitraria ha sido frecuente en todas las sociedades. Es la absoluta desvalorización de la naturaleza humana, la instrumentalización y el pragmatismo absolutos en el trato de los seres humanos, lo que caracteriza fenómenos tales como el nazismo y el estalinismo. El problema fundamental es, pues, encontrar ciertas nuevas bases para preservar el concepto de que la vida humana es sagrada.

El gran médico y musicólogo alsaciano Albert Schweitzer (1875-1965) reconoció la necesidad de hacerlo apenas comenzado el siglo, antes incluso de las guerras mundiales. Aunque era un creyente cristiano no ortodoxo, era también plenamente consciente de la secularización del mundo occidental; y estaba sensibilizado, en particular, contra los crímenes que el imperialismo europeo cometía en África. Sin predicar ninguna solución política precisa, habló de la necesidad de lo que llamaba «reverencia por la vida». Si ese sentimiento va a llegar a ser eventualmente tan fuerte o a actuar con suficiente energía como para frenar el poder y alentar el altruismo —con la idea de que «todos somos hijos de un solo Dios»— es algo que sólo el futuro podrá demostrar. El gran filósofo británico, lógico y ateísta, Bertrand Russell (1872-1970) luchó desesperadamente, preocupado por la necesidad de restringir los obvios excesos del poder sin escrúpulos. Fue uno de los primeros visitantes de la Rusia revolucionaria que reconoció y habló con claridad contra la tremenda crueldad

que acompañaba los planes de racionalización económica de los bolcheviques; una crueldad que proporcionó a Lenin la justificación de miles de penas de muerte y a su sucesor la razón para ejecutar a millones de personas.

En uno de sus libros no técnicos más breves —*Power, a New Social Analysis*, (W. W. Norton, Nueva York, 1938)—, Russell intentó imaginar cómo podría ser domesticado el poder. Del ejemplo era posible extraer los requisitos legales e institucionales. La libertad política, el gobierno constitucional y la libertad de expresión permitirían que los votantes, con una inteligencia normal, impidieran que los fanáticos ganaran un poder ilimitado. La parte difícil de la tarea es de orden psicológico. ¿Qué podría hacerse para educar al pueblo de modo que prefiriera los objetivos pacíficos y constructivos a la violencia?

Para empezar, definió el poder en los términos más amplios posibles como «la capacidad de producir efectos intencionados». Asumió que es parte de la naturaleza humana sentir la necesidad de expresar activamente los deseos de cada uno, para que hagan impresión en el mundo que lo rodea. Hay muchas maneras de causar esa impresión. Construir una silla, pintar un cuadro o ser capaz de conversar —de modo tal que la conversación resulte placentera para hijos y amigos— son formas de poder. Esas formas de poder comparten, con el uso de las bombas atómicas, la capacidad de producir efectos intencionados. No sabemos por qué cierta gente trata de contribuir a la felicidad de sus vecinos ni por qué otra gente trata de oprimir y matar como demostración de poder. Pero por razones elementales de supervivencia tenemos que encontrar vías de motivar a tanta gente como sea posible, para provocar efectos pacíficos; y tenemos que impedir a los otros el acceso a armas letales.

Las variadas capacidades técnicas de la moderna sociedad industrial y postindustrial hacen, en potencia, mucho más factible ofrecer una variedad interminable de modos pacíficos para producir efectos intencionados. La empresa de negocios competitiva, las batallas legales competitivas, los congresos de ciencia competitivos, los concursos musicales y artísticos, los deportes competitivos, todos ellos proporcionan infinitas oportunidades de desahogar la agresividad inherente a la condición humana y, a la vez, provocar efectos gratificantes para el individuo y útiles

para la sociedad. En ese sentido sobran razones para ser optimistas en cuanto a las posibilidades del futuro humano. Pero, como también es verdad que la tecnología seguirá ofreciendo más y más formas de matar gente —como una manera de demostrar poder— es esencial lograr el desarme nuclear, químico y biológico, y tener un profundo conocimiento de lo que se está produciendo en los laboratorios y fábricas del mundo.

En estas últimas páginas correré el riesgo de resumir lo que creo son las principales «lecciones» que es necesario aprender de la historia de Europa en el siglo XX. Si me pregunto: ¿cuáles son las características que merecen ser emuladas y aplicadas con realismo en otras civilizaciones, si éstas lo desean? Serían la economía de mercado capitalista, limitada cuando sea necesario por consideraciones morales y humanas, que no son inherentes a la economía en sí; la libertad individual en las esferas económicas y políticas; el gobierno constitucional como garantía de métodos pacíficos del cambio social y aproximación al equilibrio de intereses de grupo, que compiten entre sí; libertad de expresión como necesaria y última barrera protectora contra la corrupción, el favoritismo, el dogmatismo, la injusticia y la negligencia con respecto a los problemas del medio ambiente; la tolerancia por la diversidad humana en las relaciones cotidianas que, en la Europa anglosajona y del norte, se inclina a tomar la forma de una fría civilidad y, en las sociedades latinas, mediterráneas y eslavas se inclina a ser más demostrativa y exuberante.

La lección negativa más importante es la necesidad de rechazar por completo el síndrome del darwinismo social, en todas sus formas de superioridad de clase, racial, nacional y étnica. Los prejuicios nacionalistas, étnicos y religiosos son el reverso de la variedad de culturas lingüísticas, que constituyen uno de los atributos más positivos de Europa. El darwinismo social es, en su conjunto, el resultado a largo plazo de una desafortunada serie de coincidencias temporales: el triunfo del capitalismo individualista en la revolución industrial del siglo XIX; la doctrina de la evolución biológica en la que las interpretaciones dominantes durante el siglo XIX destacaban la «lucha por la supervivencia» tanto de una especie como entre distintas especies; la moda de la seudociencia eugenésica, que prometía una raza humana mejorada por medio de la esterilización de los pobres «ne-

gligentes»; el triunfo imperialista mundial de las naciones blancas europeas, que parecían demostrar —en forma de armas destructivas y explotación de los recursos naturales de la Tierra— que la «raza» blanca había alcanzado un nivel más alto de «evolución», que las «razas» negras o mongólicas.

Fue por cierto el racismo biológico de los fascistas (tal y como se aplicó en Etiopía y el norte de África) y el de los nazis (tal y como se aplicó contra judíos, eslavos y gitanos) lo que hizo posible las matanzas masivas indiscriminadas, cometidas abiertamente en la Europa del siglo XX. Y el virus es todavía muy potente, conforme variedad de nacionalismos racistas echan leña al fuego de guerras civiles en la antigua Unión Soviética y la antigua Yugoslavia; además de ser un elemento del terrorismo de Oriente Medio, el País Vasco y episodios esporádicos contra los inmigrantes en Europa. Cualquier futuro decente para la civilización europea exige que los pueblos del continente superen por completo sus prejuicios racistas tan profundamente arraigados.

Después de hacer esta necesaria advertencia contra el darwinismo social y de recordar que las malas noticias dan lugar a más titulares que las buenas, me inclino a creer que el promedio de los seres humanos es más decente de lo que las inquietantes páginas de la historia reciente hacen suponer. Quienes instigan y azuzan suelen ser personas frustradas con mucha energía que, en su frustración, se convierten en gente muy cruel y destructiva. Los Hitler y los Stalin originan más noticias, crean obviamente una cantidad mucho mayor de documentación de archivo, que la gente modesta que da refugio a los perseguidos o dona dinero y tiempo a organizaciones caritativas, educativas, médicas y humanitarias. La continuidad de la civilización depende de la educación y de «facultar» a la —en potencia— mayoría decente. Y depende también de las necesarias restricciones legales que se impongan a la minoría de posibles exterminadores, con enorme capacidad destructiva.

Para que estas palabras no parezcan caer en una especie de optimismo panglossiano, habría que hacer notar que ni Mussolini, Hitler, Lenin o Stalin —ninguno de ellos— fueron «elegidos» por la mayoría de su pueblo. Los dictadores fascistas llegaron al poder con la consciente y directa colusión de fuerzas conservadoras, que pensaron que podrían usar a los fascistas y a

los nazis para controlar las demandas democráticas, y/o revolucionarias, de pueblos devastados por la guerra y la depresión. Lenin condujo a los bolcheviques a una toma de poder, respaldado por una minoría en las principales ciudades del Imperio ruso, arruinado por la guerra. Y Stalin se hizo con el poder, una vez ganada la lucha política dentro del liderazgo del partido, después de la muerte de Lenin.

Ninguno de los dictadores derechistas menores —Franco, Salazar, los coroneles griegos, el conde Bethlen, etc.— dieron nunca a su pueblo la oportunidad de votar en elecciones libres. Y no les faltaba razón. Con respecto a los dictadores comunistas menores, lo cierto es que fueron nombrados y destituidos a voluntad por sus amos del Kremlin. En la segunda mitad del siglo ha habido en Europa occidental varios movimientos neofascistas y terroristas utópicos. Pero ninguno de ellos ha disfrutado de un sostén popular mayoritario (aunque sintieran cierta simpatía con algunas de las exigencias y personas involucradas). De modo que, después de los sufrimientos de los años 1914-1945, es razonable tener la esperanza de que, en condiciones de paz y con gobiernos constitucionales, los pueblos de Europa eviten los horrores del pasado reciente, con su voto y su conducta.



Índice temático

Abraham, Karl: 158.
Ácido nucleico (ADN): 153, 347, 349, 351, 352.
Adenauer, Konrad: 302, 313, 387.
Adiós a las armas (Hemingway): 48.
Adler, Alfred: 158, 164.
Aeroplanos/aviación (primera guerra mundial): 51.
Afganistán: 15, 19, 21.
Afganistán, invasión de (1979): 324, 332.
África: 11, 12, 15, 17, 18, 19, 22, 45, 146, 167, 215, 303, 334, 362, 419, 437.
Agricultura/producción, cambios: 9, 310, 326.
Agua pesada: 248, 249.
Agustín, san: 369.
Ajmátova, Anna A. G., *llamada*: 320.
Albania: 42, 113, 229, 236.
Albéniz, Isaac: 186.
Alejandro I de Yugoslavia: 124, 127, 129, 267.
Alejandro II de Rusia: 78.
Alejandro Nevski (Eisenstein, 1938): 193.
Alemania: 12, 14, 16, 17, 20, 21, 24, 26, 29, 40, 42-48, 52-57, 61, 64, 65, 69, 70-74, 78, 79, 80, 82, 89, 93-96, 99, 101, 103, 104, 115, 123, 131, 132, 137, 142, 145, 156-158, 163, 173, 180, 187, 189, 190, 191, 194, 197, 198, 200, 203, 206, 208, 211, 214, 216, 223, 224, 227, 229, 230, 231, 233-235, 237, 239, 243, 244, 247, 248, 250, 252, 253, 254, 291, 292, 294, 296, 306, 348, 367, 370, 417, 418.
Alemania Oriental (República Democrática Alemana): 324, 381, 385, 387-389, 398, 405, 407.
Alfonso XIII de España: 115, 118, 120.
Aliados: 45, 47, 64, 67, 69, 73, 74, 76, 80, 81, 85, 88, 89, 90, 93, 99, 116, 122, 131, 145, 198, 233, 241, 243, 244, 246-251, 253, 263, 268, 277, 285, 287, 301, 373, 390, 391, 398.
Alianza Dual: 20.
Anarquismo/Anarcosindicalismo: 25-28, 36, 86, 104, 117, 119, 192, 214, 216, 217, 218, 220, 427.
Andrópov, Iuri: 392, 397, 431.
Anexión de Etiopía (Italia, 1935): 215, 227, 261.
Anschluss (anexión de Austria, 1938): 307.
Antibelicismo: 28, 174, 175.
Anticomunismo: 113, 197, 204, 227, 281, 384.
Antifascismo/antifascista: 177, 228, 305, 319.
Antisemitismo/antisemita: 23, 37, 85, 98, 115, 122, 123, 124, 128, 139, 159, 180, 204, 205, 206, 216, 258, 267, 270, 271, 277, 282, 283, 284, 287, 288, 307, 386, 396.
Apollinaire, Guillaume: 426.
Arditi (grupos semiarmados italianos): 108, 112.
Armamento/armas: 18, 21, 39, 40, 266, 330, 331.
Armisticio/capitulación (Francia-Alemania, 1940): 234, 359, 360.
Arnaldo de Brescia: 107.
Aron, Raymond: 242, 359, 362, 384.
Arp, Hans: 175.
Arquitectura: 170, 173.
Arte abstracto: 169, 174, 187.
Arte académico: 176.
Arte africano: 168, 169, 170, 171, 172, 177.

Arte del Pacífico: 168, 169, 170, 171, 172.
Arte de Oceanía: 169.
Arte figurativo: 168, 169.
Arte ruso: 173, 174.
Asia: 11, 15, 17, 45, 133, 167, 252, 334, 419, 421.
Asociación Europea de Libre Comercio (AELC): 295, 296.
Asociación Nacional lituana (1917): 61.
Asociación Psiquiátrica Mundial: 340.
Astronomía: 133, 142.
Átomo, estructura/fisión del: 141, 142, 143, 149, 247, 248.
Atonalidad (música): 181, 185, 186, 193.
Attlee, Clement R.: 314.
Augusto, Cayo Julio César Octavio: 19.
Auschwitz (campo de exterminio): 275, 277, 278, 281, 284, 437.
Australia: 11, 46, 94.
Austria: 13, 16, 17, 20, 21, 24, 26, 42-46, 52, 53, 56, 57, 69, 80, 99, 107, 109, 113, 114, 124, 128, 151, 162, 163, 223, 224, 235, 247, 253, 254, 288, 295, 306, 308, 309, 342, 391, 396.
Automatización: 315.
Avery, Oswald T.: 349.
Azaña, Manuel: 428.

«Baader Meinhof» (grupo terrorista alemán): 377.
Baby's Toilet (documental, 1905): 188.
Bach, Johann Sebastian: 91, 179, 181, 183, 426.
Balilla (jóvenes fascistas): 112, 113.
Ballet/danza: 165, 181, 183, 184.
Ballet mechanique (Léger): 194.
Báltico, mar: 46, 58, 73, 96, 232.
Bartók, Béla: 186.
Baudelaire, Charles: 36.
Bauhaus: 173.
Beck, Karl: 11.
Beethoven, Ludwig van: 56, 183, 426.
Bélgica: 17, 44, 45, 53, 54, 67, 93, 94, 101, 145, 187, 191, 200, 231, 233, 252, 257, 260, 261, 277, 283.
Bellas artes: 165-179, 194, 378.
Benes, Edvard: 99, 380.
Benedicto XV, papa: 53, 62.
Benz, Karl Friedrich: 14.
Bergson, Henri (*élan vital*): 171, 177, 360.
Beria, Lavrenti: 322, 324, 431.
Berlín oriental, revuelta de (1953): 389, 399.
Berman, Jakub: 398, 399.
Bernstein, Eduard: 29.
Bethlen, conde de: 122, 123, 447.
Bethmann-Hollweg, Theobald von: 43.
Bierut, Boleslaw: 398, 399.
Big Bang, teoría del: 345.
Biología (molecular/evolutiva): 133, 134, 153, 154, 345, 346, 353, 359.
Bioquímica: 349.
Bismarck, Otto von: 16, 17, 21, 24, 31, 96, 296, 434.
Blavatsky, Helena: 171.
Bleyl, Fritz: 170.
Blitzkrieg (guerra relámpago): 232, 236, 253.
Bloqueo de Berlín/puente aéreo (1948): 381, 382.
Blum, Leon: 216.
Bodmer, Walter: 352.
Bohr, Niels: 143, 146, 147, 148, 149, 249, 257, 258.
Bolcheviques: 71, 79, 81-87, 117, 130, 173, 174, 215.
Bomba/energía atómica: 247-252, 324, 328, 341, 359, 412, 430.
Bombardeos estratégicos/de «saturación»: 240-243, 253.
Bonaparte, familia: 314.
Borbón, dinastía: 440.
Born, Max: 146.
Bose, Satyendranath: 146.
Brahms, Johannes: 179, 181, 182.
Brailsford, H. N.: 53.
Brandt, Willy: 314.
Braque, Georges: 168, 169.
Braudel, Fernand: 359.
Braun, Wernher von: 244.
Breton, André: 176, 177, 178.
Brézhnev, Leonid I.: 322, 323, 328, 329, 330, 405, 406, 407.
Brigadas Internacionales: 221, 280, 321, 396, 401.
«Brigadas rojas» (Italia): 377.
Broglie, Louis de: 146, 147.
Bruner, Jerome S.: 164.
Brüning, Heinrich: 200, 207.
Bujarin, Nikolái I.: 80, 200, 399, 413.
Bulganin, Nikolái A.: 401, 402.
Bulgaria: 17, 20, 24, 42, 46, 69, 75, 113, 125, 127, 130, 237, 284, 289, 319, 321, 380, 399.
Bülow, Bernhard von: 39.
Bulwer-Lytton, Edward: 188.
Burke, Edmund: 433.
Bush, George: 301.

Caballería (primera guerra mundial): 51.
Cabiria (película, 1914): 188.

«Caciquismo»: 116, 120.
Cadetes (demócratas-constitucionales rusos): 78.
Caída/colapso de la URSS: 81, 203, 299, 309, 315, 323, 332, 335, 344, 382, 418, 421, 431, 433.
Calvo Sotelo, José: 119.
Campesinos: 14, 77, 106, 107, 114, 122, 128, 129, 156, 174, 219, 321, 324, 325, 337, 422.
Campo de la fuerza electromagnética: 135.
Campos de concentración/exterminio: 121, 221, 259, 265, 268, 273, 276, 277, 288, 440.
Camus, Albert: 359, 362.
Canadá: 94, 168, 195, 249.
Capitalismo/capitalista: 77, 78, 107, 155, 156, 167, 198, 200, 207, 211, 227, 272, 291, 316, 334, 344, 370, 378, 415-421, 429.
Carlismo/carlistas: 218.
Carol II de Rumanía: 129.
Carta sobre el humanismo (Heidegger): 372.
Castro, Fidel: 328, 376.
Catolicismo social: 36.
«Catorce puntos» (Wilson): 69, 70, 71, 88.
Ceaucescu, Nicolae: 405.
Cerebro humano: 353, 354, 355, 356, 358.
Cervantes Saavedra, Miguel de: 159.
Cézanne, Paul: 167, 168, 177.
Chadwick, James: 145, 247.
Chamberlain, Neville: 223, 224, 225, 226, 229, 231, 380.
Chandrasekara Venkata Ranmar: 347.
Chaney, Lon: 187.
Changing Places (Lodge): 367.
Chaplin, Charlie: 187, 194.
Checoslovaquia: 69, 72, 74, 75, 97-102, 121, 127, 128, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 235, 248, 267, 295, 317, 321, 344, 380, 385-387, 399, 405, 409, 432, 453.
Chernobil, accidente nuclear en: 332, 421.
China: 15, 18, 19, 72, 194, 315, 339, 346, 361, 399, 405, 408, 409, 417, 422.
Chomsky, Noam: 356, 357, 363, 365.
Churchill, Winston: 222, 231, 234, 235, 246, 263, 272, 301, 302.
CIA: 384.
Ciclotrón: 248.
Ciencia (europea/occidental): 14, 15, 151, 158,345-378.
«Ciencia del caos»: 358.
Ciencias naturales: 133-164.
Ciencias sociales: 133-164.
Cinematografía/cine: 165, 187-196, 315, 378.
Ciudad/Estado del Vaticano: 111, 208, 209, 280, 281, 282, 402.
Clase media urbana: 165, 166, 167, 202.
Clave bien temperado (Bach): 426.
Clemenceau, Georges: 70, 72.
Código genético: 351, 353.
Cohetes (como arma de guerra): 249, 340, 413.
Colbert, Jean-Baptiste: 297, 298.
Colectivización de la agricultura (URSS): 192, 201, 270, 325, 388, 401.
Colonias africanas: 17, 72, 105, 117, 237, 302, 304.
Colonias/colonización/independencia: 11, 302, 303, 304, 314, 323.
Comisario político: 86.
Comité de Liberación Nacional (Lublín, 1944): 244, 245.
Comité de No Intervención: 216, 217, 220, 222, 223.
Commonwealth: 94, 294, 301.
«Complejo de Edipo»: 161, 163.
Comunismo/comunista: 104, 107, 114, 197, 204, 207, 211, 212, 213, 214, 222, 227, 228, 230, 263, 272, 280, 281, 288, 317, 361, 370, 378.
«Comunismo de guerra»: 83, 84, 86.
Conferencia de Potsdam (julio de 1945): 291, 293.
Conferencia/acuerdos de Yalta (febrero de 1945): 291, 292, 293, 319, 380, 398.
Conferencia/Pacto de Munich (1938): 225, 226, 271, 380, 436, 437.
Conflictos étnicos: 126, 437.
Conflictos lingüísticos: 23, 58, 128.
Congreso por la Libertad de la Cultura: 384.
Consejo Nacional estonio (1917): 61.
Consejos de obreros (Hungría): 394, 395.
Consejos de trabajadores (Yugoslavia): 342.
Constructivismo/constructivistas: 172, 173, 174, 177.
«Contacto médico» (Holanda): 259.
Convención de Ginebra: 253.
Corea del Norte: 339, 362, 399.
Corea del Sur: 362, 417.
Corea, guerra de (1950-1953): 362, 382, 399.
«Corporaciones» en Italia (1927): 112.
Correns, Karl: 153.
Crac de la Bolsa (1929): 197.
Crews, Frederick: 164.
Crick, Francis: 349.

Crisis del canal de Suez (1956): 397.
Crisis del petróleo (1973): 409, 418.
Crisis espiritual de Occidente: 427.
Cristalografía: 347.
Cristián de Dinamarca: 258.
Cristiandad/cristianismo: 13, 15, 19, 27, 205, 321, 427.
Cristo se detuvo en Éboli (Levi): 110.
Croce, Benedetto: 109.
Cromatografía: 348.
Cromosomas: 153, 335, 339, 349.
Cromwell, Oliver: 30, 333.
Cuba, crisis de los misiles: 328.
Cubismo/cubistas: 37, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 177, 185, 191.
Cuestiones de lingüística: 355, 356, 423, 424, 425, 426, 445.
Cultura/arte no europeo: 167, 168, 178, 378.
Cultura occidental: 194, 195, 196.
Curie, Irène: 149, 247.
Curie, Pierre: 137, 141, 144.

D'Annunzio, Gabriele: 108, 109, 188.
Dadaísmo/dadaísta (movimiento dadá): 175, 176.
Daedalus (Bruner): 164.
Daimler, Gottlieb: 14.
Darlan, almirante: 261, 263.
Darwin, Charles: 34, 35, 153, 335, 358.
Darwinismo social: 34, 36, 432, 445, 446.
Dawes, plan (1924): 74, 93.
Debussy, Claude: 37, 179, 182, 185, 186, 193.
Decadencia de Occidente (Spengler): 367.
Declaración sobre la Europa Liberada: 292.
«Deconstructivismo» (crítica posmoderna): 434, 436, 437, 439.
Deflación: 198, 199, 200.
Delaunay, Robert: 191.
Democracia/demócrata: 39, 78, 157, 197, 227, 228, 252, 319.
Deportación/deportados: 258, 259, 282, 283.
Deporte, desarrollo: 313.
Depresión económica (Gran Depresión): 74, 123, 132, 197-228, 294, 378, 415, 418.
Der blaue Reiter (*El jinete azul*, 1909-1913): 171.
Der Spiegel (semanario): 373.
Derechos humanos: 155, 378.
Desarme (nuclear, químico, biológico): 197, 432, 434, 445.
Desarrollo científico/económico/industrial: 11, 39.
Descartes, René: 133, 150, 353, 360.
Desempleo/paro: 114, 127, 197, 198, 199, 200, 203, 211, 299, 311, 315, 417-419.
DeVries, Henry: 153.
Diáguilef, Serge de: 183, 184.
Dictadura/totalitarismo: 104, 132, 196, 319, 339, 431, 440, 441.
Dictadura conservadora: 113, 121, 342.
Dictadura militar: 105, 120.
Die Brücke (*El puente*, 1905-1911): 170.
Dinamarca: 16, 46, 67, 73, 96, 97, 231, 232, 235, 241, 247, 248, 261, 277, 283, 289, 295, 296.
«Dios no existe» (Mussolini): 107.
Dirac, P. M.: 147.
Disonancia (música): 186.
Dmowski, Roman: 59, 60.
Dodecafonía/dodecafónico: 181.
Dönitz, almirante: 274.
Dollfuss, Engelbert: 280.
Doriot, Jacques: 262.
Dostoievski, Fiodor: 36, 54, 159, 170.
Dreyfus, Alfred: 159.
Dubcek, Alexander: 406, 407, 408, 409, 411, 414, 432.
Dunkerque, retirada de: 233.
Dvorak, Antonin: 37.

Ebert, Friedrich: 89, 100.
Ecología/ecológico (daños contra el medio ambiente): 177, 309, 310, 313, 327, 343, 344, 378, 421-423.
Economía de capitalismo en pequeña escala (Francia): 297.
Economía de equilibrio (Inglaterra y Escandinavia): 296.
Economía de mercado social (Alemania): 296, 297.
Ecuaciones astronómicas Newton-Laplace: 150.
Edelman, Gerald: 354, 356.
Educación pública: 312.
Efecto fotoeléctrico: 138, 139, 146.
Ehrlich, Paul: 33.
Eichman, Adolf: 284, 433.
Einstein, Albert: 138, 139, 140, 144, 145, 146, 147, 148, 150, 162, 249, 340, 358.
Eisenstein, Serguéi: 82, 192, 193.
Eisner, Kurt: 90.
Ejército Patriótico Polaco: 244, 245.
Ejército Rojo: 82, 85, 86, 232, 238, 245, 266, 268, 269, 291, 293, 317, 341, 380, 387.

El acorazado Potemkin (Eisenstein): 192.
El chiste y su relación con el inconsciente (Freud): 160.
El existencialismo es un humanismo (Sartre): 372.
El gabinete del doctor Caligari (Wiene): 190.
El nacimiento de una nación (Griffith): 188.
El pájaro de fuego (Stravinski): 185.
El pierrot lunar (Schönberg):
Ellis, Havelock: 158.
Emigración/inmigración en Europa: 94, 311, 359.
Enesco, George: 186.
Engels, Friedrich: 28, 335.
Entente Cordiale: 21.
«Equilibrio del terror» (nuclear): 290, 332, 359, 433.
Erhard, Ludwig: 297.
Erlander: 314.
Ernst, Max: 178, 193.
Erzberger, Matthias: 89.
Escandinavia: 11, 29, 94, 103, 114, 187, 200, 218, 258, 260, 264, 288, 290, 293, 294, 295, 296, 308, 310, 312, 379, 428.
Escritura/dibujo «automático»: 177.
España: 15, 67, 102, 113, 115-121, 126, 129, 191, 213, 214, 216, 217, 218, 219, 221, 227, 228, 236, 284, 295, 300, 311, 342, 383, 428, 435.
Estado del bienestar (1945-1990): 290-316, 375, 378, 418, 419, 420, 421, 423, 428, 429.
Estados satélites (de la URSS): 291, 293, 295, 311, 321, 323, 330, 332, 339, 379-414, 422, 428, 431, 432.
Estados Unidos de América: 41, 47, 67, 69, 71, 74, 91, 92, 94, 100, 101, 116, 133, 144, 155, 176, 178, 187, 189, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 203, 222, 239, 240, 241, 244, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 263, 264, 271, 278, 279, 290-295, 298, 301, 302, 305, 309, 310, 311, 327, 328, 330, 332, 340, 346, 361, 362, 373, 379, 381-385, 397, 408, 412, 418, 437.
Estonia: 58, 59, 61, 64, 69, 114.
Estructura molecular: 348.
Estructuralismo (lingüístico, antropológico, literario: 362, 363, 364, 365, 367, 368.
Estudiantes, protestas de: 376, 377.
Ética/religiosa, secular (código de): 353, 442.
Eugenesia: 36.
Eutanasia contra débiles mentales: 272, 276, 286.
Exilio/exiliado: 95.
Existencialismo: 360, 361, 372.
Experimento de Michelson-Morley: 140.
Expresionismo/expresionistas: 170, 171, 172, 173, 174, 177, 194.

Fairbanks, Douglas: 194.
Falange Española: 215, 218.
Falla, Manuel de: 186.
Fascio di combattimento (1919): 1908.
Fascismo/fascista: 104-132, 185, 196, 197, 211, 213, 214, 216, 217, 218, 220, 227, 228, 252, 291, 306, 307, 313, 346, 446.
Fauvismo/fauvistas: 170, 171, 173, 174, 177.
Federalismo: 25.
Federico el Grande: 434.
Felipe II de España: 434, 440.
Fermi, Enrico: 149, 248.
Feuchtwanger, Lion: 413.
Finlandia: 19, 58, 59, 61, 62, 63, 64, 65, 69, 114, 130-132, 379, 396.
Fisher, Seymour: 164.
Física clásica: 133, 136, 138, 144, 149, 150.
Física moderna: 138, 154, 345.
Física/teoría atómica: 136, 147, 148, 152.
Física/teoría cuántica: 37, 137, 138, 139, 140, 141, 143, 144, 146, 147, 150, 345, 346, 348, 358.
Fitzgerald, George: 136, 139.
Foch, Ferdinand: 51.
Fondo Monetario Internacional (FMI): 342.
Ford, Henry: 200.
Foucault, Michel: 374, 377.
Francia: 12-16, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 41, 43-50, 53-56, 60, 63, 67, 69, 71-75, 78, 92-95, 101, 113, 114, 117, 127, 152, 170, 171, 173, 187, 189, 190, 191, 194, 198, 199, 200, 213, 216, 218, 219, 222, 223, 225, 226, 229, 231, 232, 233, 234, 236, 241, 247, 252, 254, 257, 260, 261, 271, 272, 277, 283, 289, 291, 294, 295-300, 302, 303, 304, 308, 313, 367, 382, 392, 408.
«Francia Libre»: 262, 263, 264.
Francisco Fernando de Austria: 42, 72.
Franck, James: 251.
Franco Bahamonde, Francisco: 196, 214, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 226, 229, 235, 236, 280, 285, 291, 294, 295, 383, 447.
Frank, Hans: 274.
Franklin, Rosalind: 349.
Frente del Trabajo Nacional (nazi): 211.

Frente Popular: 212, 214, 215, 219, 221, 228, 234, 235, 164, 360.
Freud, Sigmund: 145, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 177, 178, 338, 433.
Friedrich de Hesse, príncipe: 65.
Frisch, Max: 311.
Futurismo/futuristas: 37, 107, 109, 172, 174, 176, 177.

Galileo, Galileo Galilei, *llamado*: 133, 139, 353.
García Lorca, Federico: 426.
Gases venenosos (primera guerra mundial): 51.
Gastarbeiter (trabajadores extranjeros): 342.
Gauguin, Paul: 167, 171, 193.
Gaulle, Charles de: 262, 263, 264, 300, 313, 376.
Geiger, Hans: 145.
Genética/genes: 35, 151-154, 335, 338, 345, 346, 347, 351, 352, 353, 354.
Genética soviética/ambientalismo *vs* herencia: 335, 336, 337.
Gentile, Giovani: 109.
Gerlier, cardenal francés: 281.
Gero, Erno: 392, 393, 396, 397.
Gierek, Edward: 410.
Giolitti, Giovanni: 109, 110.
Giraud, general: 263.
Gitanos: 125, 206, 272, 279, 289, 372, 430, 446.
Glasnost (transparencia): 331, 332.
Goebbels, Joseph: 239, 247, 272, 274.
Goerdeler, Carl: 287.
Goering, Hermann: 265, 274.
Goethe, Johann Wolfgang von: 91, 159.
Goldstucker, Edward: 407.
Gömbös, Gyula: 123, 124.
Gomulka, Wladislaw: 321, 399, 401, 402, 403, 404, 407.
González, Felipe: 314.
Gorbachov, Mijail: 323, 331, 332, 335, 411, 412, 413.
Götterdämerung (ocaso de los dioses): 246.
Gottwald, Klement: 380.
«Gramática universal» (Chomsky): 356, 358, 363, 365.
Gramsci, Antonio: 108, 110.
Gran Bretaña/Inglaterra: 9, 15, 18, 19, 21, 22, 23, 24, 25, 29, 40, 42, 44, 45, 46, 47, 48, 53, 54, 56, 60, 67, 69, 71, 78, 79, 94, 101, 111, 114, 137, 141, 144, 152, 163, 191, 194, 196, 198, 119, 216, 219, 222, 223, 225, 226, 227, 229, 231, 235, 241, 250, 253, 260, 263, 264, 271, 291, 292, 294, 295, 296, 298-306, 311, 321, 379, 408, 418, 424.
«Gran guerra patriótica»: 269, 319, 322.
Grecia: 20, 26, 54, 69, 75, 105, 110, 113, 125, 130, 155, 229, 236, 237, 252, 296, 300, 312, 342, 379.
Greeley, Horace: 210.
Greenberg, Roger P.: 164.
Grey, Edward: 43.
Grieg, Edvard: 37.
Griffith, D. W.: 189.
Grigorenko: 339, 340.
Grundtvig, Nikolai: 26.
«Guardia de Hierro» (rumana): 128, 129.
Guerra civil española (1936-1939): 196, 215, 217, 219, 222, 230, 280, 285, 307, 321, 360, 392, 401, 435.
Guerra civil rusa: 67, 71, 82, 83, 84, 86, 173, 268, 317, 319.
Guerra de Crimea (1853-1856): 41.
«Guerra de las galaxias», programa de: 332.
Guerra de Marruecos: 117, 120, 219.
Guerra de Secesión (EE.UU): 41.
Guerra franco-prusiana (1870): 303.
Guerra fría: 290, 293, 301, 307, 315, 359, 379-414.
Guerra/lucha de trincheras (primera guerra mundial): 49, 50, 240.
«Guerra total»: 253.
Guerras balcánicas (1912 y 1913): 38, 42.
Guerrilla/maquis/partisano: 264, 266, 269, 270, 280.
Guetos: 270, 277, 278, 279, 283.
Guillermo I: 16.
Guillermo II: 16, 17, 41, 43, 57, 61, 64, 65, 69, 72, 88, 118.
Gulag (campo de trabajo soviético): 320, 322, 324, 337, 339, 359, 383, 384, 399, 440.
Gurrelieder (Schönberg): 182.
Gustavo V de Suecia: 96.

Haakon de Noruega: 258.
Haase, Hugo: 92.
Habsburgo, dinastía: 15, 19, 23, 42, 57, 69, 75, 105, 121, 122, 123, 125, 127, 159, 391, 440.
Hahn, Otto: 247.
Haig, Douglas: 50.
Handbook of Social and Cultural Anthropology (Honigmann): 363.
Harlem Brant, Gro: 314.
Heckel: 170.

Hegel, Georg W. F.: 156.
Heidegger, Martin: 360, 367-373, 377.
Heine, Heinrich: 159.
Heinz Seraphim, Peter: 265.
Heisenberg, Werner: 147, 148, 149, 257, 288.
Hemingway, Ernest: 48.
Henlein, Konrad: 223, 224, 226.
Herder, Johann Gottfried: 26, 37.
Herriot, Eduard: 56.
Heydrich: 274.
Hilferding, Rudolph: 93.
Himmler, Heinrich: 204, 209, 244, 266, 273, 284.
Hindenburg, Paul von Beneckendorff und von: 48, 57, 65, 101, 132, 207.
Hiro Hito, emperador del Japón: 251.
Hiroshima (bomba atómica): 243, 251, 437.
Hitler, Adolf: 16, 73, 101, 104, 105, 113, 114, 123, 124, 129, 132, 163, 196, 204, 205, 207, 208, 209, 210, 211, 215, 216, 222-228, 229, 230, 232-239, 241, 246, 247, 249, 250, 252, 255, 260, 261, 262, 266, 267, 268, 271, 274, 280, 281, 284, 287, 288, 294, 302, 306, 307, 313, 314, 319, 380, 382, 383, 434, 435, 436, 441, 442, 443, 446.
Hlinka, Andrej: 98.
Hobbes, Thomas: 433.
Hobson, J. A.: 53.
Hohenzollern, dinastía: 57, 66, 190, 314.
Holanda (Países Bajos): 25, 46, 65, 67, 72, 88, 94, 102, 114, 200, 231, 233, 241, 252, 254, 258, 259, 260, 277, 281, 294, 302, 303, 305.
Hölderlin: 371.
Hollywood, cine en: 189, 194, 196, 383.
Holocausto/genocidio/«solución final»: 163, 271, 272, 274, 275, 276, 277, 280, 286, 289, 372, 373, 442.
Honigmann, J. J.: 363.
Hook, Sidney: 384.
Hoover, Herbert: 103.
Horthy, Miklós: 121, 122, 268, 284, 392.
Hospitales psiquiátricos (URSS): 339-340.
Huelsenbeck, Richard: 175, 176.
Hugenberg, Alfred: 207.
Hungría: 11, 12, 20, 23, 26, 69, 98, 113, 121, 122-124, 127, 128, 237, 245, 246, 254, 276, 284, 317, 321, 344, 380, 387, 390, 391, 392, 394, 396, 397, 398, 399, 401, 402, 403, 407, 432.
Hus, Jan: 98.
Husak, Gustav: 408.
Husserl: 360.
Huygens, Christiaan: 140.
Ibsen, Henrik: 170, 189.
Iglesia católica romana: 12, 30, 111, 112, 116, 120, 151, 213, 219, 280, 282, 286, 288, 341, 342, 390, 402, 422, 428.
Iglesia evangélica: 287.
Iglesia ortodoxa: 13, 76, 78, 84, 129, 319, 342.
Iglesia protestante/luterana: 12, 95, 97, 286, 287, 288, 422.
Iglesia reformista holandesa: 282.
Iglesia uniata: 98, 268.
Ilustración francesa: 25, 29, 33, 55, 155, 428, 429, 432.
Imperialismo: 18, 157, 167, 230, 290, 302, 419.
Imperio/imperialismo alemán: 16, 17, 20, 24, 31, 64, 88, 90, 131, 145, 157, 425.
Imperio/imperialismo austro-húngaro: 15, 16, 19, 23, 24, 26, 29, 42, 52, 58, 70, 72, 97, 99, 110, 121, 124, 145, 180, 267.
Imperio/imperialismo británico: 19, 302.
Imperio/imperialismo español: 77.
Imperio/imperialismo francés: 17, 19.
Imperio/imperialismo otomano: 15, 19, 54, 124.
Imperio/imperialismo portugués: 77.
Imperio/imperialismo ruso: 12, 21, 52, 57, 58, 64, 76, 77, 114, 130, 201, 298, 317.
Imperio romano: 88, 107, 111, 155.
Imperio soviético: 317-344.
Imperios centrales: 45, 145.
Impresionismo/impresionistas: 166, 168.
India: 15, 19, 168, 169, 194, 302, 346.
Índice de natalidad: 114, 127.
Inflación: 199, 211, 296, 297, 300.
Ingeborg Holm (1913): 189.
Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI): 412.
Instituto de Cultura Alemán: 257.
Interpretación de los sueños, La (Freud): 160.
Intervención norteamericana (primera guerra mundial): 47, 48, 63, 69, 260.
Intolerancia (Griffith): 189.
Invasión de Checoslovaquia (1968): 324, 408, 409.
Invasión de Hungría/revolución húngara (1956): 324, 389, 394, 397, 408.
Invasión de la Unión Soviética (junio de 1941): 213, 255, 257, 258, 261, 263, 264.
Invasión de Yugoslavia (nazi): 267.
Investigaciones filosóficas (Wittgenstein): 374.
Irlanda: 22, 296, 424.
Isabel II de Inglaterra: 301.

Islam: 13, 342, 422, 427.
Italia: 11, 13, 19, 20, 21, 24, 45, 46, 67, 75, 101, 104, 105, 106, 107, 109, 110, 112, 113, 115, 122, 123, 127, 129, 172, 187, 188, 189, 201, 211, 214, 215, 216, 223, 227, 236, 237, 241, 244, 247, 252, 267, 268, 283, 285, 294, 295, 300, 302, 304, 305, 308, 377, 382, 425.
Iván el Terrible (I y II) (Eisenstein): 193.
Iván el Terrible de Rusia: 333.

Jacob's Ladder (Schönberg): 182.
Japón: 41, 94, 144, 194, 195, 243, 250, 251, 310, 315, 330, 331, 346, 411.
Jaruzelski, Wojciech: 411.
Jawlensky, Alexéi: 171.
Jazz: 185, 195, 425.
Jeannert, Charles-Edouard *llamado* Le Corbusier: 173.
Jeans, James H.: 137.
Joffre, Joseph: 50.
Johannsen, Wilhelm: 347.
Joliot-Curie, Frédéric: 149, 247.
Jones, Ernest: 163.
Jruschov, Nikita: 322, 325, 326, 327, 328, 329, 331, 337, 338, 391, 392, 393, 399, 401, 404, 405, 406, 414.
Juan Pablo II, papa: 428.
Juana de Arco: 263.
Juárez, Benito: 107.
Judenräte (consejos judíos): 278, 279.
Judíos: 75, 76, 97, 115, 124, 125, 128, 180, 196, 205, 206, 207, 208, 209, 246, 258, 265, 270, 271, 272, 274, 276, 278, 279, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 320, 372, 396, 427, 429, 446.
Jung, C. G.: 158, 163.
«Juramento de lealtad» (nazi): 259.
Juventud/jóvenes: 375.

Kabalievski, Dmitri B.: 333.
Kádár, János: 392, 393, 394, 395, 397, 403, 404, 407, 411, 414.
Kaganóvich, Lazar: 200, 401.
Kaiser Wilhelm Institut: 347.
Kaltenbrunner: 274.
Kámenev, Liev: 62, 82.
Kandinsky, Vasili: 171, 191.
Kant, Immanuel: 54, 360.
Karólyi, Mihály: 121.
Keaton, Buster: 187.
Kennan, George: 382.
Kennedy, John F.: 301, 328, 404.
Kepler, Johannes: 133, 150.
Kerenski, Alexandr: 80, 81.
Keynes, John Maynard: 123, 199, 296, 297.
Kierkegaard, Soren: 369.
Kirche, Küche und Kinder (iglesia, cocina e hijos): 294.
Kirchner, Ernest Ludwig: 170.
Knapp, abad: 152.
Koch, Robert: 32, 33.
Kodály: 186.
Koestler, Arthur: 384.
Kohl, Helmut: 314.
Koljos: 266, 325.
Komorowski: 245.
Kornílov, Lavr Gueórguievich: 81.
Kóvacs, Béla: 390.
Krafft-Ebing: 158.
Kreisky, Bruno: 308, 314.
Küchelbecker, Wilhelm: 426.
Kun, Béla: 121.

L'Être et le Néant (El Ser y la Nada, Sartre): 360.
La brujería a través de los tiempos (1922): 190.
La caída de Troya (1911): 188.
La consagración de la primavera (Stravinski): 37, 185.
La Haya, conferencias de (1899 y 1907): 38, 39, 56.
La querida del cardenal (Mussolini): 107.
La toma de Roma (1905): 188.
Lagerlöf, Selma: 189.
Lamarck, Jean-Baptiste: 336.
Landau, Liev: 341.
Langevin, Paul: 147.
Largo Caballero, Francisco: 217.
Laval, Pierre: 261, 262.
Le Soir (diario): 438.
Leahy, almirante: 263.
Lebensraum (espacio vital): 264, 268, 443.
Léger, Fernand: 194.
Leibniz, Gottfried Wilhelm: 133.
Lenard, Philip: 138, 139.
Lenin, Vladímir I. U., *llamado*: 30, 62, 63, 64, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 86, 87, 107, 130, 173, 191, 200, 319, 413, 444, 446, 447.
León XIII, papa: 30, 31.
Letonia: 58, 59, 60, 61, 64, 69, 114.
Levantamiento de Varsovia (1943): 280, 430.
Levi, Carlo: 110.
Lévi-Strauss, Claude: 359, 363, 365.
Ley de Defensa del Pueblo y del Estado (nazi): 208, 209, 280.

Ley de gestión de los trabajadores (Yugoslavia, 1950): 342.
Ley de la gravedad: 134, 135, 348.
Leyes de la herencia/proporcional: 153, 154, 335, 347.
Leyes de la probabilidad: 150, 151.
Leyes de la termodinámica: 140.
Leyes de Newton: 134, 135, 140, 148.
Leyes fundamentales de la física: 134.
Liberalismo: 25, 55.
Libertad/libertades: 114, 124, 166, 217, 291, 294, 360, 417, 425, 426, 445.
Liebknecht, Karl: 88, 90.
Liga de las Naciones: 71, 73, 75, 92, 101, 102, 103, 110, 115, 123, 162, 197, 226, 229, 237, 434.
Liga de los Tres Emperadores (*Dreikaiserbund*): 17, 20.
Liga Espartaquista: 88, 89, 212.
Lingens, Ella: 275.
Lister, Joseph: 32.
Liszt, Franz: 15, 91.
Literatura moderna: 166, 170.
Lituania: 60, 64, 69, 114.
Litvinov, Maxim: 229.
Lloyd, David George: 50, 70, 71, 72.
Locarno, acuerdos/tratados de (1925): 101, 103, 113.
Lodge, David: 367.
Lorentz, Hendrik Antoon: 136, 139, 144.
Los maestros cantores de Nuremberg (Wagner): 272.
Los últimos días de Pompeya (película, 1913): 188.
Los últimos días de Pompeya (Lytton): 188.
Löwith, Karl: 371.
Lucha/división de clases: 112, 155.
Ludendorff, Erich: 48, 57, 65.
Ludwig, Emil: 111.
Lueger, Karl: 205, 271.
Luis XIV de Francia: 297, 298, 434, 440.
Lumpen proletariat: 84.
Lunacharski, Anatoli: 191.
Luxemburg, Rosa: 88, 90.
Lysenko, Trofim D.: 336, 337, 338.

Mach, Ernst: 142.
Macmillan, Harold: 301, 314.
Maginot, línea: 229, 233.
Mahler, Gustav: 37, 179, 182, 426.
Malenkov, Georgi: 337, 388, 396.
Malestar de la cultura, El (Freud): 162.
Malinovski, Rodión Y.: 246.
Man, Paul de: 437, 438, 439.
Manifiesto Comunista (Marx/Engels): 28.
Mann, Thomas: 54, 55.
Mannerheim, Gustav: 64, 65, 130, 131.
Mano de obra, falta de: 265, 279.
Mao Zedong: 376, 413.
Marc, Franz: 171.
Marcha sobre Helsinki (1931): 131.
Marcha sobre Roma (1922): 131.
Marcuse, Herbert: 372.
Marinetti, Filippo Tommaso: 38, 109.
Marshall, George: 294.
Marx, Karl: 28, 107, 155, 156, 158, 335.
Marxismo/marxistas: 29, 218, 299, 335, 341, 361, 385, 429.
Marañón, Gregorio: 158.
Masificación universitaria: 312, 315, 375.
Masaryk, Jan: 380.
Masaryk, Tomás: 28, 99, 100, 101.
Matemáticas: 133, 154.
Matisse, Henri: 170, 171.
Matteotti, Giacomo: 110.
Mauthausen (campo de exterminio): 258.
Maximiliano de Baden, príncipe: 88.
Maxwell, Clerk: 135, 144, 150.
«Mayoría silenciosa»: 258.
Mazzini, Giuseppe: 26, 37.
McCloy, John J.: 250.
«Mecánica de la matriz»: 147, 148.
Medicina científica: 31, 32, 133, 420.
Mediterráneo, mar: 9, 21, 113, 215, 236.
Mein Kampf (Hitler): 434.
Meitner, Lise: 247.
Memoirs Dada Drummer (Huelsenbeck): 175.
Mencheviques: 79, 80, 82, 84, 86, 87.
Mendel, Gregor: 35, 36, 151, 152, 153, 335, 337, 338.
Mengele, Joseph: 274, 275, 433.
Mercado Común: 290-316.
Merleau-Ponty, Maurice: 359.
Metchnikoff, Elie: 32.
Meyer, Stefan: 145.
Microscopio (electrónico/ocular): 348.
Mikoyán, Anastas: 200, 392, 393, 397, 401.
«Milagro económico alemán»: 297.
Milicia prosoviética finlandesa: 130.
Militarismo alemán: 72.
Milosz, Czeslaw: 386.
Mindszenty, József: 390, 402.
Minorías nacionales/étnicas: 75, 76, 115, 128, 202, 217, 280, 311, 333.
Mit Brennender Sorge (encíclica, 1937): 281.
Mola, Emilio: 219.
Molotov, Viacheslav: 229, 230, 401.

Monarquía constitucional: 116, 218.
Monetarismo, prestigio del: 316.
Morgan, T. H.: 36, 154, 335, 347.
Morozof, Pavlik: 192.
Moses and Aaron (Schönberg): 182.
«Movimiento Laopu»: 131.
Movimientos pacifistas: 288, 412.
Mozart, Wolfgang Amadeus: 181.
Muertos civiles (segunda guerra mundial): 252.
Munch, Edvard: 167.
Münch, Hans: 275.
Münter, Gabriele: 171.
Muro de Berlín (1961): 404, 143.
Música: 165, 166, 179-187, 313, 378.
Música clásica: 183, 313.
Música folclórica/folclore: 186, 194, 203, 333.
Mussolini, Arnaldo: 107.
Mussolini, Benito: 30, 104, 105, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 115, 119, 123, 124, 128, 129, 131, 196, 214, 215, 216, 227, 228, 229, 236, 237, 244, 247, 261, 267, 280, 283, 294, 305, 306, 382, 434, 446.

Nacionalismo catalán/vasco: 119, 213, 218, 424.
Nacionalismo/nacionalista: 20, 25, 26, 27, 58, 75, 115, 123, 124, 126, 186, 203, 204, 321, 423, 424, 432, 445.
Nacionalizaciones: 298, 299, 300.
Naciones Unidas (ONU): 328, 394, 397.
Nagasaki (bomba atómica): 251.
Nagy, Ferenc: 390, 396.
Nagy, Imre: 391, 392, 393, 394, 395, 396, 397, 402, 403, 404.
Nansen, Fridtjof: 103.
Napoleón I Bonaparte: 41, 60, 71, 259, 333.
Napoleón III: 16, 22.
Nasser, Gamal Abdel: 397.
Natalidad, descenso/presión demográfica: 315, 422, 426, 427.
Nazismo/nazi: 105, 123, 124, 139, 145, 162, 163, 176, 180, 196, 197, 204, 205-213, 223, 224, 227, 232, 247, 257, 291, 301, 307, 313, 324, 333, 335, 359, 370, 371, 385, 438, 443, 446.
«Neurosis de guerra» (primera guerra mundial): 52.
Neutralidad/países neutrales: 95, 107, 116.
«New Deal»: 212.
Newton, Isaac: 133, 134, 135, 137, 138, 140, 144, 150, 358.
Nibelungenlied (película): 190.
Nicolás II, zar: 78, 79.
Nietzsche, Friedrich: 36, 91, 170, 373, 377.
Nihilismo: 174.
Nijinski, Vaslav: 184.
Nivelle, Georges Robert: 50.
Nomenklatura (burocracia comunista): 329, 331, 333, 334, 432.
Normandía, desembarco aliado (1944): 244, 264.
Noruega: 67, 97, 231, 232, 235, 241, 248, 258, 260, 277, 283, 295, 296.
Novotny, Antonin: 406.
«Nueva Línea» (países socialistas): 388, 389, 391, 396, 399.
Nueva Política Económica (NEP): 86, 87, 93, 174, 192, 200, 201, 325, 326, 338.
«Nuevo Orden» (nazi): 236, 255, 261, 313.
Nueva Zelanda: 46, 94.
Nyszli, Miklós: 275.

Obreros/trabajadores/asalariados: 106, 107, 170, 172, 174, 192, 198, 211, 227, 310, 311, 312, 315, 325, 359.
Ochab, Edward: 399.
Ocupación alemana de Europa: 115, 255-289, 341, 346, 359.
Ocupación de fábricas (1920, Milán y Turín): 106.
Oder-Neisse, línea fronteriza: 292.
Opción «cero a cero»: 413.
«Operación Barbarroja»: 237.
Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN): 290, 302, 307, 310, 381.
Organización Internacional del Trabajo (OIT): 102.
Orlando, Vittorio Emanuele: 70, 71.
Oro, patrón monetario: 12, 199.
Oswald, Wilhelm: 142.

Pacífico, océano: 72, 94, 167, 178.
Pacto de no agresión germano-soviético: 193, 232, 235, 237, 292, 384, 385.
Pacto de Varsovia: 290, 394, 396, 404, 405, 407, 408, 409, 410, 411, 413.
Palme, Olof: 314.
Partido Agrario checoslovaco: 98.
Partido Alemán de los Sudetes: 223.
Partido Campesino polaco: 398.
Partido Campesino croata: 126.
Partido Campesino de Pequeños Propietarios (Hungría): 390.
Partido Católico de Centro (alemán): 31, 53, 204, 208, 280.

Partido Comunista alemán: 204, 212.
Partido Comunista checoslovaco: 98, 406.
Partido Comunista de España: 220, 221, 227.
Partido Comunista finlandés: 131.
Partido Comunista francés: 376, 409.
Partido Comunista húngaro: 390.
Partido Comunista italiano: 106, 108, 305, 409.
Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS): 87, 105, 193, 200, 317, 319, 387, 411.
Partido Comunista polaco: 398, 399, 400.
Partido Comunista yugoslavo: 126.
Partido Conservador británico: 299, 300.
Partido Conservador español: 116.
Partido del Pueblo eslovaco: 98.
Partido Demócrata Cristiano italiano: 305.
Partido Fascista: 105.
Partido Laborista británico: 299, 300.
Partido Liberal español: 116, 117.
Partido Nacional Campesino: 390.
Partido Nacional Socialista alemán: 88, 89, 204, 224, 226, 274, 301.
Partido Social Cristiano austríaco: 306.
Partido Socialdemócrata alemán: 204, 212.
Partido Socialdemócrata austríaco: 306, 308.
Partido Socialdemócrata checoslovaco: 98.
Partido Socialdemócrata independiente: 88, 89.
Partido Socialdemócrata ruso: 78, 79.
Partido Socialdemócrata sueco: 212.
Partido Socialista francés: 29.
Partido Socialista italiano: 106.
Partido Socialista Obrero Español: 117.
Partido Socialista Revolucionario ruso: 78, 80, 84, 87.
Partido Socialista Unificado alemán: 387.
Partito Popolari: 105, 107, 108, 111.
«Pasaporte Nansen» (para refugiados): 103.
Pasternak, Boris: 442.
Pasteur, Louis: 32, 33.
Pauling, Linus: 349.
Paulus, Friedrich von: 239.
Pavelic, Ante: 267, 268.
Pávlov, Iván: 338, 339, 340.
Paz de Brest-Litovsk (1918): 48, 62, 63, 72, 82.
Paz/normalidad europea tras la primera guerra mundial: 67-102.
Pearl Harbor (ataque japonés, 1941): 239, 241.
Pedro el Grande de Rusia: 333.
Pelleas und Melisande (Schönberg): 182.
Península Ibérica: 11, 22, 113, 286, 294, 379.
«Pequeña Entente»: 101, 127, 200.
Perestroika (reestructuración): 331.
Perlasca, Giorgio: 285, 286.
Pertini, Sandro: 314.
Pétain, Philippe: 51, 234, 235, 236, 260, 261, 263.
Petofi, clubs: 391, 392.
Petrushka (Stravinski): 185.
Picasso, Pablo: 168, 193.
Pickford, Mary: 194.
Pierrot Lunaire, Le (Schönberg): 37, 180.
Pilsudski, Josef: 59, 60, 61, 65.
Pinker, Steven: 357.
Pío XI, papa: 111, 280, 281.
Pío XII, papa (cardenal Pacelli): 268, 272, 280, 281, 282.
Plan de Recuperación Económica (Plan Marshall): 295, 298, 308, 309, 381.
Plan quinquenal (URSS): 201, 202, 336, 338.
Planck, Max: 137, 138, 139, 140, 144, 148.
Planificación económica: 323.
Planificación familiar/control de natalidad: 422.
Platón: 370.
Poincaré, Raymond: 43.
Política de «contención» (Kennan): 382.
Polonia: 11, 17, 19, 29, 48, 53, 57, 59, 60, 62, 69, 73, 74, 78, 79, 80, 82, 98, 101, 114, 128, 130, 200, 201, 202, 225, 226, 229, 230, 231, 232-236, 239, 241, 245, 252, 254, 255, 257, 260, 264, 268, 270, 273, 274, 277, 279, 280, 292, 317, 321, 323, 324, 344, 380, 386, 392, 393, 398, 399, 400-402, 407, 409, 411, 428, 432.
«Por encima de la batalla» (Roland): 54.
Portugal: 113, 114, 216, 295, 296, 300, 304, 311, 342.
Postestructuralismo: 364, 365.
Power, a New Social Analysing (Russell): 444.
Poznan, huelga general (1956): 400, 401.
Pravda (periódico): 240.
Premio de la Orden de Lenin: 193.
Premio Stalin de la Paz: 193, 384.
Preysing, obispo alemán: 281.
«Primavera de Praga» (1968): 406, 408.
Primera explosión atómica (julio de 1945): 250.
Primera guerra mundial (1914-1919): 18, 21, 24, 25, 30, 36, 40-66, 76, 87, 93, 96, 103, 105, 106, 109, 116, 121, 141, 145, 157, 160, 162, 169, 172, 173, 176, 179, 180, 185, 187, 189, 195, 197, 231, 232,

237, 244, 247, 253, 255, 260, 264, 296, 347, 378, 423, 431, 434, 435.
Primo de Rivera, Miguel: 102, 115, 118-120.
Principio de autodeterminación: 72, 121.
Principio de incertidumbre (Heissenberg): 148, 340.
«Programa de Karlovy Vary»: 223.
Programa de «préstamo y arriendo»: 239, 241.
Programas espaciales/misiles (URSS): 332, 341, 412.
Progreso/desarrollo, idea de: 9, 134, 378.
Prograrn: 85, 203, 205.
Prokófiev, Serguéi: 181, 193, 320.
«Pronunciamiento»: 115, 215.
Prosoviético: 384.
Proyecto de genoma humano (1980): 351, 352, 353.
Prusia: 12, 16, 45, 60, 73, 96, 116, 260, 292.
Psicoanálisis: 159, 160, 161, 163, 164, 320, 338, 364.
Psicología: 158, 338.
Psicopatología de la vida diaria, La (Freud): 160.
Purgas estalinistas: 193, 221, 291, 319, 321, 322, 328, 333, 384, 431.

Quantas: 137.
Queipo de Llano, Gonzalo: 219.
Química (clásica, atómica): 133, 134, 136, 137, 144, 149.
Quisling, Vidkun: 283.
Quo Vadis? (película, 1913): 188.
Quo Vadis? (Sienkiewicz): 188.

Rabinowitsch, Eugene: 251.
Racionalización (de la sociedad): 156, 444.
Racismo/racistas: 77, 126, 204, 206, 257, 287, 303, 432, 446.
Radich, Stephan: 126, 127.
Radio Europa Libre: 397.
Radioactividad artificial: 149.
Radioactividad/radiaciones: 37, 137, 139, 141, 142, 145.
Rajk, László: 390, 391, 396.
Rákosi, Mátyás: 390, 391, 392, 396, 397.
Rathenau, Walther: 56, 92.
Ravel, Maurice: 37, 185.
Rayleigh, John William S.: 137.
Rayos (alfa, beta, gama, X): 137, 142, 347, 349.
Reagan, Ronald: 301, 392, 412, 413.
Real Fuerza Aérea británica (RAF): 235, 248.
Realismo socialista: 173.
Rearme, programa de: 123, 210, 211, 215, 226, 235, 271, 441.
«Reflejo condicionado» (Pavlov): 339.
Reforma agraria: 127, 213.
Renacimiento: 168.
Rendición incondicional: 243, 250, 251.
«Rentenmark» (1924): 93.
Repatriación de prisioneros de guerra (crisis de): 292, 430.
República de Baviera (1918): 89, 90.
República de Berlín (1918): 89.
República española (1931-1939): 213, 217, 220, 222, 226, 229, 428, 429, 435.
República Federal Alemana (Alemania Occidental): 297, 298, 299, 300-308, 311, 314, 342, 377, 381, 382, 383, 387, 388, 407, 412.
República italiana (plebiscito de 1946): 305.
Rerum Novarum (encíclica, 1891): 30.
Resistencia (contra el fascismo/nazismo): 244, 259, 262, 263, 280, 286, 287, 288, 291, 359, 362.
Reunificación de Alemania: 413.
«Reverencia por la vida» (Schweitzer): 443.
Revolución de Asturias y Cataluña (1934): 213, 214.
«Revolución de los claveles» (Portugal): 304.
Revolución francesa (1789): 25, 55, 76, 95, 134, 138, 155, 205, 217, 427.
Revolución industrial: 9, 11, 12, 13, 14, 15, 20, 25, 172.
Revolución mundial/internacional: 63, 79, 83, 105, 114, 122, 130, 197, 327.
Revolución rusa (1905): 58, 60, 116, 117, 190, 217.
Revolución rusa (marzo, 1917): 61, 64, 76-87, 174.
Revolución rusa (noviembre, 1917): 48, 57, 62, 89, 105, 106, 109, 116, 117, 121, 122, 172, 173, 174, 190, 192, 218, 268, 298, 317, 319, 326, 327, 333, 386, 428, 443.
Revolución turca (1908): 42.
Revuelta húngara (1956): 397, 405.
Revuelta polaca (1956): 398, 405.
Reynaud, Paul: 234.
Ribbentrop, Joachim von: 230.
Rilke, Rainer Maria: 426.
Robespierre, Maximilien de: 333.
Rockefeller, David: 410.

Röhm, Ernst: 204, 209.
Rogers, Will: 187.
Rokossovsky, Konstantín: 398.
Rolland, Romain: 54, 162.
Románov, dinastía: 57, 66, 75.
Roentgen, Wilhelm: 137.
Roosevelt, Franklin D.: 222, 231, 250, 263, 272, 301, 381.
Rouault, Georges: 170.
Rumanía: 12, 20, 24, 42, 47, 69, 75, 101, 113, 121, 124, 127-130, 191, 202, 225, 229, 236, 237, 254, 319, 321, 344, 380, 395, 399, 405, 409.
Runciman, Walter: 224.
Rusia: 9, 11, 12, 13, 15, 17, 19, 20, 21, 23, 24, 41, 42, 43, 44, 48, 52, 53, 54, 56, 57, 60, 61, 62, 63, 64, 67, 72, 85, 87, 88, 172, 191, 270, 386.
Russell, Bertrand: 53, 55, 162, 443, 444.
Rutherford, Ernest: 141, 142, 143, 144, 145, 149.

Sahachiro Hata: 33.
Salazar, António de Oliveira: 280, 291, 295, 304, 447.
Salièges, arzobispo francés: 281.
Sanz-Briz, Ángel: 286.
Sarajevo, atentado de (1914): 42, 44, 72, 110.
Sartre, Jean-Paul: 359, 360, 361, 371, 372.
Schacht, Hjalmar: 210.
Scheidemann, Philipp: 89.
Schiller, Friedrich von: 91, 159.
Schleicher, Kurt von: 209.
Schlieffen, plan: 41, 44, 45.
Schlinder, Oscar: 273.
Schmidt, Helmut: 314.
Schmidt-Rottluff, Karl: 170.
Schönberg, Arnold: 37, 179-183, 185, 186, 191, 193.
Schrödinger, Erwin: 147, 148.
Schubert, Franz: 186.
Schuster, Arthur: 141.
Schweitzer, Albert: 443.
Scott, John: 202.
Scott, Masha: 202.
Scott Nearing: 202.
Scriabin, Alexander: 37.
Segunda guerra mundial (1939-1945): 103, 115, 129, 165, 176, 177, 185, 220, 228, 229-254, 255, 280, 281, 290, 294, 296, 301, 303, 307, 311, 312, 313, 317, 319, 321, 341, 343, 346, 347, 349, 361, 373, 378, 381, 383, 392, 396, 402, 406, 417, 418, 430, 431, 434, 436, 438, 440.
Segunda Internacional: 28, 427.
Sein und Zeit (*El Ser y el Tiempo*, Heidegger): 360, 367, 368, 369, 370, 371, 372.
Semmelweis, Ignaz: 31.
Séptima Sinfonía (Sinfonía Leningrado, Shostakóvich): 319, 425.
Serbia: 19, 20, 24, 41, 42, 43, 45, 52, 69, 70, 124, 162, 224.
Serialismo: 181, 185, 186.
Shakespeare, William: 159.
Shaw, George Bernard: 53.
Shostakóvich, Dmitri: 319, 320, 333, 425, 426.
Sibelius, Jean: 37, 186.
Sida: 375.
Sienkiewicz, Henryk: 188.
Sigfrido, línea: 229, 233.
Sindicatos/sindicalismo: 22, 39, 157, 207, 215.
Sklodowska de Curie, Marie: 137, 141, 144, 145, 147, 149.
Soares, Mário: 314.
Socialismo/socialistas: 25, 28, 29, 36, 104, 155, 207, 209, 211, 217, 288, 427.
«Socialismo de mercado» (Yugoslavia): 343.
Socialismo democrático: 315, 316.
«Socialismo real»: 317-344, 415, 428, 431.
Sociedad industrial: 157.
Sociedades «primitivas»: 177, 178.
Soddy, Frederick: 143.
«Solidaridad» (confederación de sindicatos polacos): 410, 411.
Solvay, Ernest: 144.
Sommerfeld, Arnold: 146.
Sorel, Georges: 29, 107.
Soviets: 81, 83, 86.
Speer, Albert: 265, 274.
Spengler, Oswald: 367.
Spinoza, Baruch: 138.
Sputnik: 327, 406.
Stahlberg, J. K.: 131.
Stalin, Iósiv V. D., *llamado*: 80, 82, 83, 173, 174, 185, 192, 193, 200, 202, 212, 226, 227, 229, 230, 235, 237, 244, 245, 246, 255, 269, 293, 295, 307, 317, 319, 320, 321, 322, 324, 327, 329, 333, 336, 337, 339, 340, 341, 381-383, 387, 388, 390, 391, 392, 393, 396, 398, 399, 401, 413, 414, 425, 426, 430, 436, 441, 442, 443, 446, 447.
Steiner, George: 171, 368.
Strasser, Gregor: 209.
Strauss, Richard: 181.
Stravinski, Ígor: 37, 181, 183, 184, 185, 186, 193.

Strinberg, August: 189.
Stuart Mill, John: 159.
Suárez, Adolfo: 314.
Submarinos en la primera guerra mundial: 46, 48, 145, 231.
Suecia: 46, 67, 80, 94, 95, 97, 132, 189, 194, 199, 253, 283, 284, 295, 296, 299, 308.
Sufragio universal: 22, 94, 95, 96, 157.
Suiza: 12, 62, 67, 80, 276, 288, 295, 342, 425.
Surrealismo/surrealistas: 169, 175, 176, 177, 178, 185, 190, 191, 193, 320.
Suslovf, Mijail: 393.
Sutton, Walter: 153.
Svinhufvud, Pehr Evind: 64, 130, 131.
Svoboda, Ludvík: 408.
Szilard, Leo: 248, 251.

Tanques (primera guerra mundial): 51.
Tatlin, Vladímir: 175.
Tecnología, difusión: 418, 445.
Televisión/videos, desarrollo: 313.
Telón de Acero: 293, 301, 309, 379, 381, 382, 395, 404, 405, 413.
Teoría cinética de los gases: 135.
Teoría de la «complementariedad, interpretación de Copenhague»: 148, 340.
Teoría de la evolución/selección natural: 153, 335, 353, 356, 358.
Teoría de la relatividad: 37, 139, 140, 141, 150, 345, 346.
Teoría de la relatividad especial: 136, 137, 139, 140.
Teoría de la relatividad general : 137, 145, 146.
Teoría general de la luz: 140.
Tercera Internacional: 106, 221.
Terje Vigen (1916): 189.
Terrorismo/terroristas: 433, 437, 446.
Thatcher, Margaret: 299, 301, 413.
The Captive Mind (Milosz): 386.
The New York Times (diario): 403.
Thèas, obispo francés: 281.
Thomson, J. J.: 137, 142, 144, 145.
«Tierras vírgenes», aprovechamiento: 326, 327, 328, 338.
Tiso, Josef: 267.
Tito, Josip Broz: 267, 341, 343, 390, 391, 393, 402, 407.
Togliatti, Palmiro: 108.
Tolstói, Liev: 54.
Tractatus (Wittgenstein): 374.
«Transformación» de Lorentz-Fitgerald: 136.
Tratado/conferencia de Versalles (1919): 50, 54, 70, 72, 74, 90, 92, 99, 101, 105, 199, 204, 210, 215, 370.
Tratado de Letrán (1929): 111, 112.
Tratado de No Proliferación Nuclear: 408.
Tratado de Trianon (1920): 121.
«Tres Grandes»: 291, 292, 293.
Tres teorías de la sexualidad (Freud): 160.
Triple Alianza: 21, 41, 45, 54.
Triple Entente: 21, 41.
Trotski, Liev: 62, 63, 79, 80, 81, 82, 85, 107, 413.
Truman, Harry: 250, 251, 295.
Tschermak, Erich von: 153.
Turquía: 23, 41, 42, 45, 53, 75, 105, 110, 113, 379.

Ulbricht, Walter: 387, 388, 389, 407, 408, 414.
Unamuno, Miguel de: 118.
Unificación italiana (1870): 111.
Unión de Escritores checoslovacos: 407.
Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS): 81, 93, 96, 101, 103, 110, 114, 120, 128, 173, 174, 184, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 197, 201, 204, 212, 216, 217, 220, 221, 223, 225, 227, 229, 230, 232, 236-240, 246, 252, 253, 255, 268, 269, 272, 280, 283, 288, 290-294, 301, 305, 308, 309, 313, 362, 376, 379-385, 387, 388, 390, 391, 398, 405, 408-414, 415-418, 424, 431, 432, 435, 437, 446.
Unión General de Trabajadores (UGT): 119.
Unión Europea: 424.
Unión Patriótica (España): 119.
Uranio: 247, 248.
Urey, Harold: 345.
Uritski, jefe de policía: 83, 84.

V-1, cohetes: 244.
V-2, cohetes: 244, 249.
Van Gogh, Vincent: 167, 171, 371.
Van Roey, cardenal belga: 281.
Verklarte Nacht (Schönberg): 182.
«Vernalización» de las semillas (Lysenko): 336.
Vernichtungskrieg (guerra de aniquilamiento): 257, 272.
Verschuer, Otmar Freiherr von: 274.
«Vía Intermedia» (sueca): 212.
Vichy, gobierno francés de: 234, 261, 262, 263, 283.
Víctor Manuel III de Italia: 109, 115, 244, 305.

Vlaminck, Maurice de: 170.
«Voluntad del Pueblo» (1870): 78, 79.
Vranitzky, Franz: 314.

Wagner, Richard: 37, 54, 179, 181, 182, 271, 272.
Walesa, Lech: 410.
Washington, George: 71.
Watson, James D.: 349.
Weber, Max: 155, 156, 157, 158.
Webern, Anton von: 186.
Wehrmacht: 234, 238, 239, 244, 264, 272.
Weimar, república de (1919): 69, 87-93, 100, 101, 132, 157, 173, 180, 190, 204, 211, 302, 367.
Weismann, August: 153.
Weizsäcker, Carl Friedrich von: 257.
Werefken, Marianne: 171.
Wilkins, Maurice: 349.
Williams, Ralph Vaughan: 186.
Wilson, Harold: 314.
Wilson, Woodrow: 53, 62, 69, 70, 71, 72, 75, 76, 88, 99, 101, 116.
Wittgenstein, Ludwig: 373, 377.
Wyszinski, Stefan, cardenal: 402, 403.

Yad Vashem (Memoria del Holocausto): 285.
Yugoslavia: 69, 75, 101, 109, 113, 121, 122, 124-128, 237, 252, 254, 277, 341, 342, 343, 381, 387, 390, 391, 402, 424, 436, 446.
Young, plan (1929): 74.

Zang Tumb tuum (Marinetti): 38.
Zeitgeist (espíritu de la época, 1940-1990): 345-378, 437.
Zhdánov, Andréi: 320, 337.
Zinóviev, Grigori Y. R.: 82.
Zola, Émile: 159.
Zonas ocupadas de Alemania: 291.
Zhúkov, Gueorgui K.: 401, 402.

Índice

Prólogo 5

1. Europa antes de la primera guerra mundial 9
2. La primera guerra mundial, 1914-1918 40
3. Paz inestable y recuperación, 1919-1930 67
4. El fascismo y sus imitadores, 1922-1944 104
5. Las ciencias naturales y sociales, 1895-1939 133
6. Las Bellas Artes y la música, 1895-1939 165
7. Depresión y confrontación ideológica, 1930-1939 197
8. La segunda guerra mundial, 1939-1945 229
9. Ocupación nazi de Europa, 1940-1945 255
10. El Estado de bienestar y el Mercado Común, 1945-1990 290
11. El Imperio soviético y el «socialismo real», 1944-1985 317
12. La ciencia y el «Zeitgeist», 1940-1990 345
13. La guerra fría en Alemania y Europa centrooriental, 1947-1990 379
14. Interpretación de la Europa del siglo XX 415

Índice temático 449

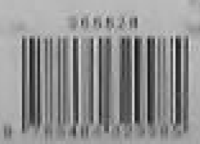
GABRIEL JACKSON



Cualquier persona sensible que reflexione sobre la Europa del siglo XX, se verá inmediatamente perturbada por una pregunta inquietante: ¿por qué en el siglo pasado los europeos fuimos capaces de conseguir las mayores metas científicas y artísticas, y, al mismo tiempo, desencadenar la más execrable barbarie sobre nuestros semejantes?

En este libro que recorre todo el siglo XX «corto», desde la primera guerra mundial hasta el hundimiento del fallido imperio soviético, al gran historiador Gabriel Jackson le interesa menos la historia económica, diplomática y militar –que, sin embargo, repasa magistralmente en sabios trazos– que el impacto de las ideologías, las artes y las ciencias en el acervo universal. En una infrecuente combinación de honestidad intelectual y reflexión crítica sobre el significado ético y social de los acontecimientos que describe, Jackson, que trata de obtener una respuesta a aquella inquietante pregunta, se revela en estas páginas más como humanista que como científico social, más preocupado por la vida de los seres humanos que por las estadísticas de producción material.

BIBLIOTECA GABRIEL JACKSON




creative
commons